ANTONIO RUNA

LA MATERIA DE LAS SOMBRAS

minotauro LABERINTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
CAPÍTULO 0. LA SEÑORA DE PIEL DE CRUSTÁCEO
CAPÍTULO 1. ELEGIDO, ¿PARA QUÉ?
CAPÍTULO 2. DE NUEVO EN LA BRECHA
CAPÍTULO 3. EL CIENTÍFICO
CAPÍTULO 4. DESFORTES, UNA HISTORIA DE ORIGEN
CAPÍTULO 5. INTERLUDIO: OCURRE DE MADRUGADA
CAPÍTULO 6. LA INVOCACIÓN
CAPÍTULO 7. PRIMER ENCUENTRO DE TRES
CAPÍTULO 8. ANTES DE AYER. HUYENDO DE TODO
CAPÍTULO 9. EL DESPERTAR DE RENZO
CAPÍTULO 10. TE ENCUENTRAN SIEMPRE QUE QUIEREN
CAPÍTULO 11. EL REGRESO DEL DESFACEDOR DE ENTUERTOS
CAPÍTULO 12. SEGUNDO ENCUENTRO DE TRES
CAPÍTULO 13. INTERLUDIO: SÍ ESTÁ OCURRIENDO
CAPÍTULO 14. QUIÉN ES QUIÉN
CAPÍTULO 15. EL PILOTO
CAPÍTULO 16. SOLUCIÓN FRANKENSTEIN
CAPÍTULO 17. TAN CERCA DEL PELIGRO COMO SE PUEDE ESTAR
CAPÍTULO 18. EN LA BOCA DEL LOBO
CAPÍTULO 19. TERCER ENCUENTRO DE TRES
CAPÍTULO 20. DECHADO DE VIRTUDES
CAPÍTULO 21. PLANES Y DESPEDIDAS
CAPÍTULO 22. SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS

CAPÍTULO 23. LA HORA DE TU MEDICINA
CAPÍTULO 24. LA MATERIA DE LAS SOMBRAS
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Un supuesto demonio que adopta la imagen de una señora con piel de crustáceo…

Un fantasma artificial que se revela contra sus creadores…

Una amiga imaginaria que ha ido pasando de un huésped a otro…

Tres entidades del plano más etéreo de la realidad se cruzan en el caso más inaudito del detective de lo paranormal Isaac Zarco, cuyos poderes psíquicos no cesan de atormentarle y amenazan con corromperlo. Un cúmulo de desafíos que pondrán en riesgo no sólo su vida, sino la de todos sus seres queridos.

La materia de las sombras

Antonio Runa

minotauro

A Olga y Carol, por tratarme como si ya fuera famoso.
Ja, ja, ja…
Pero no.

CAPÍTULO 0

LA SEÑORA DE PIEL DE CRUSTÁCEO

La gente que se pasa la vida temiéndose lo peor siempre se queda corta.

Delia observa el anillo con detenimiento, sin saber que será el último vistazo que le eche. Es un anillo precioso, con hebras de oro y plata engarzadas intrincadamente. Es distinguido, la joya de una princesita de cuento como ella. El anillo de compromiso de sus sueños.

Siempre ha sabido que Nicolás tiene buen gusto, un gusto exquisito heredado de sus tíos ricos de Suiza. Acostumbra a decir que se siente más hijo de ellos que de sus propios padres. Tiene corazón de aristócrata. Pero este anillo ha superado sus expectativas. Es perfecto en todos los sentidos.

Se lo quita y se lo vuelve a encajar en el dedo. Está hecho para ella. El objeto la adora, en ninguna otra mano luciría mejor.

—Oh, sí —declama, a viva voz—, por supuesto que quiero.

Repasa el momento en que Nicolás se ha arrodillado, hace apenas un par de horas, en medio de ese lujoso restaurante y, al son de unos músicos con instrumentos de cuerda, le ha cantado la pedida de matrimonio. ¡Se la ha cantado! ¿Cómo podía ser más romántico? Delia no es capaz de imaginar nada más tierno y seductor.

Todos los presentes aplaudieron y el *maître* les regaló una de las mejores botellas de champán de la casa.

Cree que nada puede arruinar esta felicidad que la embarga. No puede saber lo que está a punto de ocurrir.

Acaba de llamar a sus padres para contarles la noticia. Han estallado de júbilo, obviamente. Quizá para su padre sea un poco precipitado, ya que aún son muy jóvenes, pero no se ha opuesto en modo alguno. Correrá con todos los gastos y no permitirá que la familia de él se lo discuta.

Ahora ella piensa llamar a todas sus amigas y estar dos o tres horas hablando, de una en una, repasando los detalles una y otra vez. Este momento hay que disfrutarlo al máximo y piensa…

Unos golpecitos suenan en la ventana.

Se extraña un tanto y no le da importancia, aunque los sonidos contra el cristal vuelven a llamar su atención. Se parece al del granizo, sin ser del todo igual. Se diría que alguien estuviera arrojando puñados de arena a la ventana. Es imposible, claro, es un séptimo piso y la fachada del edificio más cercano está a demasiada distancia.

Delia se encaja el anillo en el dedo y se levanta de la cama, aproximándose a la ventana con los sentidos alerta. Piensa que podrían ser imaginaciones suyas. Pobre.

Aparta la cortina y la ve. Es una figura, la de una mujer, vestida con bata de hospital. Está allí, a una docena de metros, caminando por la extensión de hierba que alcanza todo lo que abarca la vista. Delia se siente mareada y confundida. Una aguda migraña, punzante y localizada en una de sus sienes, le embota la mente.

Ella vive en la ciudad y, aunque el paisaje a ras de su casa es a todas luces campestre y ni siquiera coincide con la hora del día, lo acepta. El zumbido de su cerebro embrolla toda forma de percepción hasta el punto de no reparar en lo evidente. Se diría que su ventana es la de una casa rural, de una sola planta, en un valle de ensueño, agitado por una suave brisa y con un cielo azul dibujado con nubes de algodón que forman gratas figuras.

—Necesito tu ayuda, cariño —le dice la mujer.

Delia se fija en su piel, piel rugosa y de aspecto endurecido. Piel de crustáceo. Un exoesqueleto de quitina con la forma de un cuerpo humano de mujer que, por extraño que parezca, parece debilitada o enferma. De las partes blandas de las articulaciones,

de color amarillento, se vierten hilillos de una secreción nauseabunda. Las cuencas no tienen párpado, y los ojos miran con una intensidad turbadora.

—Dame la mano —suplica la señora— o algo terrible me pasará.

—Yo… no puedo…

—Mis hijos me han abandonado. No tengo a nadie. Podría morirme. Y tú no quieres que me muera, ¿verdad?

La ventana se abre por sí sola y el rumor del tráfico de la noche urbanita, muy activo en fin de semana, llega a sus oídos. Puede sentir el viento agitando su camisón. Nada de ello coincide con la imagen que tiene delante. Esa realidad se superpone a cualquier otra.

La señora de piel de crustáceo necesita ayuda. ¿Por qué no concederle un mínimo de caridad, cuando ella goza de una felicidad tan desbordante?

Va a casarse, tendrá una vida plena junto a su amado, un auténtico príncipe azul. En su cabeza se empiezan a formar sentimientos de culpa. ¿Quién es ella para merecer tanto mientras esa pobre mujer no es atendida ni por sus hijos? Los momentos de júbilo hay que compartirlos. Amor recibido por amor entregado. Trasmitido a quien lo necesite.

Delia cuida profesionalmente de ancianos. ¿Acaso no va a prestarle el mismo auxilio a esta pobre mujer, infinitamente más desdichada?

La señora le hace una indicación de que vaya con ella. Delia solo puede negar con la cabeza. Alguna parte de su subconsciente lucha contra la sinrazón. Perdiendo la batalla por momentos.

La mujer se vence sobre sus rodillas, como si ya no le quedaran más fuerzas, y cae de lado. Una vez desplomada, sus extremidades se agitan. Su espalda oscila sobre el suelo, intentando darse la vuelta sin conseguirlo. La bata del hospital no puede cubrir sus partes íntimas. A Delia le parece la imagen más penosa que ha visto en su vida. La voz de la señora de piel de crustáceo suena rota y lastimera, ligeramente chirriante.

—No tengo a nadie. No le importo a nadie.

—No. Señora, no.

—Soy un estorbo en este mundo.

—Espere, yo…

Delia se sube al alféizar, dispuesta a saltar desde allí al prado de hierba y correr hasta la señora, para auxiliarla, conducirla hasta una clínica. Cualquier cosa que…

La ilusión se desvanece en el momento en que está a punto de depositar un pie sobre el suelo. La ciudad invertida se mueve a su alrededor, un mundo de acero y cristal cuyo techo es el asfalto y una hilera de coches aparcados. Las plantas inferiores del edificio pasan a su lado a toda velocidad. La acera de la calle donde vive se aproxima. Todavía puede escuchar el lamento de la señora, un lloriqueo patético que aumenta de volumen a medida que Delia se precipita contra los adoquines que la destrozarán. Se teme lo peor durante un latido de su corazón.

Lo último que le llega a los oídos es el susurro de la señora sin párpados y extraña piel. Ya no suena lastimera, sino esperanzada.

—Te espero, cariño. Ahora te vas a quedar conmigo.

Cuando todo se vuelve negro, Delia tiene un pensamiento alentador. La encontrarán con su delicioso anillo puesto en el dedo.

CAPÍTULO 1

ELEGIDO, ¿PARA QUÉ?

Es una sensación nueva. Una sensación de reinicio, incluso de origen, *el primer día del resto de tu vida*. Lo aceptaría tal cual. Huele a eso, se siente igual. De no ser por lo terriblemente manida que es la frase, la pronunciaría en voz alta. Sería un salmo, una demostración de fe.

Con el viejo Cherokee avanzando al límite de la velocidad permitida, de camino a un nuevo caso, aceptado como si fuera una misión. Elegidos para la tarea. Casi se pueden escuchar en mi cabeza otras expresiones tan trilladas como la anterior: *Es un trabajo duro, pero alguien ha de hacerlo*. *Hemos nacido para esto. Una tarea a nuestra medida*. César Baggio es un amigo de confianza, la clase de amigo a la que no le dices que quite de una vez esa lista musical recopilatoria de Hans Zimmer seleccionada por él mismo. No hay temas trepidantes ni machacones, solo cortes melódicos y algo ostentosos y, nunca lo hubiera creído, hasta la impresionante voz de Lisa Gerrard se te puede atragantar si es lo único que oyes durante casi setenta kilómetros. No obstante, para César todo esto es parecido a ser Robert Duvall con sombrero confederado, descamisado y oliendo a napalm por la mañana. Olor a victoria y todo eso. Para él no hay nada más excitante que ir de camino a una nueva investigación paranormal, conmigo a su lado, en un caso bien calentito. Recién salido del horno, de hecho.

En la pantalla de reproducción del salpicadero se especifica que el tema que está taladrándome los oídos se titula *Injection* y forma parte de la banda sonora de la escandalosamente mal documentada segunda parte de *Misión imposible*.

—¿Puedes bajar eso?

—¿Cómo?

—Que bajes eso. ¡Que lo bajes! ¡Sonido, bajar, volumen, por favor! —resoplo con alivio cuando por fin me hace caso—. Gracias, en serio.

—Pensaba que te gustab…

—Ya no. Ha dejado de gustarme. ¿Podemos hablar? ¿Te importaría mucho? Sin música ni nada, solo charlar. Te lo agradecería.

—Por supuesto —consiente él—. Isaac Zarco, de profesión: estar cabreado todo el día. Deberías abrirte una cuenta en Twitter. Te encantaría. Créeme.

Es cierto que las redes sociales y yo no somos muy amigos. Aparezco por allí muy de cuando en cuando. Sí que poseo una cuenta de Twitter, aunque la tengo algo más que olvidada. No fue siempre así. Recuerdo cuando la usaba casi a diario, actualizándola con esmero cada tres o cuatro horas, en los tiempos en que era colaborador asiduo de las revistas *Siglo 100* y *Misterios*. Entonces me tomaba muy en serio la divulgación de la parapsicología. Totalmente entregado a la causa. Yo procuraba estar en todas partes, Facebook, Tuenti (qué época); me gustaba promocionarme. Era la década de los 2010 y estos asuntos estaban de moda. Yo me encontraba justo en el paralelo cero de ser investigador y divulgador a partes iguales. En este mundillo del periodismo de investigación paranormal se elige entre una cosa u otra. Mucha gente juega puntualmente a ser ambas, pero todo el mundo sabe que hay que significarse en uno de esos bandos irreconciliables. Yo no.

En fin, eran otros tiempos. Y todo parece indicar que están prestos a volver. Con mucha fuerza.

—¿Ha sido idea de Marla? —le pregunto.

—¿Lo de la *app*? No, ha sido idea mía. ¿Qué pasa, no puedo tener ideas brillantes?

—¿Idea brillante? ¿Una *app* llamada *Teléfono Rojo de Atención Paranormal*?

—¿Por qué no, Isaac? Siempre llegamos tarde al caso, cuando los efectos han disminuido, cuando ya no pasa nada. Es el

momento en que los testigos no aguantan más y por fin se atreven a contar a alguien que están sufriendo fenómenos extraños. Y suele ser en la recta final del suceso. Siempre me pregunté si había alguna manera de llegar a esas manifestaciones en el momento oportuno, *in fraganti*. Ya sabes, tener un número de emergencias semejante al que tiene la policía. «Han entrado en mi casa», «mi vecino está haciendo mucho ruido». Esas cosas.

—Teléfono Rojo de Atención Paranormal. ¿Sabes lo que significa TRAP en inglés?

César abre los ojos como platos.

—Joder.

—No te habías dado cuenta.

—¡No! —Lo medita durante unos segundos, paladeándolo con amargura—. Estuve a punto de sustituir Atención por Emergencias, pero pensé que también podía ser una *app* de información. La usará más gente si, además de pedir ayuda, pueden asesorarse. «Hola, quiero grabar psicofonías, ¿qué equipo es el más recomendado?». TRAP. Genial. Bueno, ya no tiene remedio. Y tampoco es para tanto, no es más que una especie de chiste privado.

—De privado, nada. ¿No has notado cómo la gente reprimía carcajadas en las redacciones de las revistas cuando lo contaste? Porque seguro que fue así.

César se agarra al volante del mismo modo que un estrangulador. Sus labios se fruncen hasta que las comisuras se le ponen amarillentas.

—¡No fue así!

—¿Seguro? Porque me estoy imaginando a Leandro Mánver tronchándose de risa en cuanto te das la vuelta. TRAP. La *app* de emergencias paranormales. Seguro que ya hay por ahí memes del almirante Ackbar diciendo aquello de «es una trampa». Y lo es, César, te has metido en un foso bien profundo.

Él señala al frente, a la autovía medio vacía que recorremos, ahora sí, a velocidad de multa.

—Está funcionando, ¿no? La gente ha empezado a usarla. Conectas la *app* y rellenas un brevísimo formulario. Es muy intuitivo, y el diseño es elegante. A mí me llega la señal al móvil y

puedo empezar a chatear enseguida con la persona afectada. Hay que aplicar algunos filtros, por supuesto, y si el caso parece interesante, ya lo ves, nos ponemos en marcha. Es una idea cojonuda. No sé cómo no se le ocurrió a nadie antes. Estamos a punto de llegar a una propiedad privada donde están produciéndose manifestaciones potentes. No veo que lo del nombre sea un problema.

Por lo que César ya me ha contado, se trata de un caso típico de adolescentes que juegan a la *ouija* buscando un subidón de adrenalina. Luego pasa algo inesperado y todo el mundo se asusta. El rival más débil entra en *shock* y da comienzo el auténtico problema. Niños en tratamiento psiquiátrico, intentos de suicidio, quién sabe. En realidad, esas son las consecuencias más extremas. Lo normal es que los jóvenes se amedrenten durante unos días, prometan no volver a hacerlo y queden libres para hacer el gilipollas con cualquier otra cosa, puede que engancharse en marcha al espacio entre vagones del metro o hacerse selfis en el borde de un acantilado.

Aún no sufro ninguna crisis de los cuarenta, pero hablo y pienso como un padre. En cuanto me paro a pensarlo, me doy un poco de vergüenza. Yo mismo pasé por todo eso. ¿*Ouija*? La probé con quince años. Soy idiota, por supuesto. Es la edad de serlo. Todo el mundo pasa por allí, con el mismo derecho a aprender de la vida a prueba de ensayo y error. La mejor manera de aprender. Quien no prueba ciertas cosas a esas edades lo anhelará a los cincuenta y será mucho peor.

—¿Cuántos niños son? —Lo pregunto con indiferencia, mientras subo un tanto la potencia del aire acondicionado.

—Tienen trece años, los mayores. Son cuatro. Y luego está el quinto, el hermano menor, con diez años, según ellos mismos han especificado en el formulario de la aplicación. Han preguntado en el chat si era necesario que sus padres se enteraran.

—¿Y qué has respondido?

—He dicho que los usuarios son ellos. Los clientes, y el cliente decide. Y que podemos ser discretos si puntúan con cinco estrellas la *app*. —Se gira hacia mí para guiñarme un ojo—. Han accedido.

—Y el resto, ¿lo hacemos gratis?

César me vuelve a mirar, esta vez con el ceño bien fruncido. Devuelve la vista a la carretera moviendo los hombros con aparatosidad.

—Claro que lo hacemos gratis. Qué demonios, sí. ¿No lo hemos hecho todo gratis desde siempre? Puede que algún día metamos publicidad en la aplicación, incluso que haya una versión prémium; sin embargo, tío, ahora ha de ser todo gratis. —Niega con la cabeza no dando crédito a lo que oye—. Yo pensaba que un buen médium estaba en la obligación moral de ofrecer sus servicios gratis. Estaba asumido. ¿Vas a empezar a cobrar ahora?

—Yo no he dicho nada. Todo esto lo has organizado tú. Quería tener todos los detalles de primera mano.

En efecto, nunca he cobrado por hacer labores de médium. Y eso es lo que soy. *Paragnosta*, como les gusta decir a los practicantes de la fe espiritista. Llevo siéndolo toda la vida, y jamás se me ha pasado por la cabeza pedirle dinero a nadie. Un valor añadido, esto de ver y poder comunicarse con los difuntos, en el currículum de un parapsicólogo. Aunque solo sea parapsicólogo de vocación.

Mi abuela, mi padre, probablemente más de nuestros ancestros de los que yo no he tenido conocimiento hasta la fecha tenían también esta especie de don, habría quien diría de *maldición*. De mi padre heredé lo mejor y no poco de lo peor. Murió en su día, faltando a su promesa de presentarse desde el más allá para decirme cómo le iba. Era nuestro pacto. Llevo viendo espíritus de desconocidos que no me importaban lo más mínimo desde que llegué a la pubertad; y, cuando por fin podía sacarle algún rédito a esta habilidad superhumana, resulta que el único fantasma con el que deseaba contactar ni siquiera se presenta. Ni para decirme que no tiene tiempo que perder, que tiene otras responsabilidades, que no puede desvelarme ningún enigma de la otra vida porque es un gran secreto. Sencillamente, mi padre hizo *pop* y luego se desvaneció sin más. Incluso traté de invocarle. Nada de nada.

Me sentí estafado. Entré en una especie de crisis. Enfadado

con el misterio. De repente, todo me parecía mentira. Fraudes y malinterpretaciones. No había más allá, solo gente que necesitaba creer que la muerte no suponía el fin.

Empero, hay más allá. Ahora lo sé. No tiene reglas claras, no funciona igual para cada persona que deja esta vida. Está ahí, entretejido con nuestra realidad, con amenazas terribles, aunque inferiores frecuentemente a las que alberga nuestro propio mundo.

Yo las he visto.

Las amenazas de esa otra realidad y las de esta.

Vuelvo al aquí y ahora en cuanto un mínimo detalle sobrevuela mi mente.

—César, ¿quién es tu socio con lo de la aplicación?

—¿Qué?

—Acabo de caer. Has hablado en plural cuando has dicho eso de «haremos una versión prémium». Y debo confesar que la *app* está muy bien hecha.

—Ya veo. ¿Insinúas que yo soy incapaz de hacerla en condiciones? ¿Es eso?

—Lo has dicho tú, no yo. Y no conoces a nadie que se dedique a este tipo de cosas. Profesionalmente, al menos. TRAP tiene muy buen diseño, me asombra su funcionalidad, es así. La aplicación es un tiro, aunque esté por comprobarse si es o no una buena idea. Así que, o bien has contratado a un técnico experimentado, gastándote un pastón, o…

—He conocido a alguien.

Me lo temía. César no es la clase de persona que se conforma con tener un montón de contactos. Es alguien que conoce gente, y sus amistades no paran de crecer nunca. Lo que ocurre es que la frase *he conocido a alguien*, en su caso, siempre suele implicar… algo más.

—Alguien, ¿eh? ¿Tiene nombre ese alguien? ¿Te acuestas con ese alguien?

—Sí y sí.

—Pensaba que lo tuyo con Marla empezaba a remontar.

—No sé por qué pensabas eso. Marla es una buena amiga. Nos llevamos muy bien y nos ofrecemos refugio cuando no tenemos a

nadie más. Nunca ha sido mi novia y el simple hecho…

—Este mismo verano os habéis ido de vacaciones juntos. Solos los dos.

César regula el aire acondicionado del vehículo hasta dejarlo igual que estaba antes de que yo lo subiera.

—Dos buenos amigos yéndose de vacaciones, en efecto. ¿Cuál es el problema? Yo tengo demasiado amor en el cuerpo, ¿de acuerdo? Tú ves cómo Bárbara corta contigo y eres incapaz de explorar o de buscarte otro tipo de relación que no sea absoluta y decididamente vainilla. Y yo me planteé bastante pronto qué se cocía en la olla de al lado. —Se le ve muy ensimismado en esos placeres no precisamente culinarios—. Y hoy soy tornillo, mañana tuerca. Todo depende. No soy una persona fácil de clasificar, Isaac.

—Vale, todo eso de que eres más Lawrence Olivier que Tony Curtis. Caracoles y ostras. Lo has repetido un millón de veces.

—Es verdad. Puedes ser vegetariano, si ese es tu deseo, pero no señales con el dedo a los omnívoros.

—Nadie te ha reprochado nada. Es un tío, ¿no? Es eso lo que me estás diciendo, tu nuevo amiguito es un tío.

—¿Estás… hurgando en mi cabeza?

—Para nada. Lo estás dejando meridianamente claro.

César da un par de palmadas a la palanca del cambio automático y varía la modalidad de conducción tipo *sport* por otra más prudente. Las instrucciones sonoras de navegación le indican el desvío que debe tomar para introducirnos en una carretera comarcal donde encontraremos muchas curvas cerradas y una elevación digna de consideración. Un camino peliagudo para recorrer de noche, por lo que habrá que darse prisa en volver. Que no nos sorprenda el crepúsculo.

Según la ruta marcada, separados por solo un puñado de kilómetros, encontraremos un par de pueblos que atravesaremos por su avenida principal, antes de llegar al que nos interesa. Un recorrido típico por la sierra de las afueras de Madrid.

—Se llama Marco —dice al fin—. Es informático.

—Me parece bien.

—No sé cómo de serio va a ser esto.

—¿Marco?

—Sí.

Me echo las manos a la cabeza y me incorporo un tanto para mirar a los ojos de mi acompañante.

—¿Primero TRAP… y ahora Marco?

—Sí… ¿Qué pasa?

No puedo más. Suelto una risa, entre nerviosa e histérica. Me controlo enseguida, no quiero humillarle. Aunque lo pida a gritos y parezca que coloca una fusta en mis manos cada vez que habla, no quiero vejar más de lo necesario a mi amigo.

Con todo… Demonios, me lo sirve en bandeja.

—¿Os buscaréis una *follamiga* que se llame Cleopatra?

—No —responde él, sin pensar ni un poquito—. Marco es gay del todo. Sería incapaz de… ¡Mierda!

Debe de ser el día de las revelaciones bochornosas para César. A él le falta un Julio delante del nombre de pila, y a su nuevo novio un Antonio al final, pero el chiste es demasiado jugoso y no se debería desaprovechar. Percatarse en menos de cinco minutos de que eres objeto del cachondeo de toda la escena del periodismo de misterio de este país desanimaría a cualquiera.

—Lo sabe todo el mundo —sospecho—, ¿no?

—Lo he hablado con Manrique Franzoni.

—O sea, que lo sabe todo el mundo.

—Supongo que sí.

—Menudo Rubicón.

—¡Vaya, hoy estás inspirado!

—Perdona, no hace falta que te pongas así. No es para tanto. Tú a lo tuyo, la suerte está echada.

—Ja, ja, me parto de risa. Mira, ja, ja.

Con un ademán furioso pone de nuevo a Hans Zimmer a todo volumen. Esos momentos bucólicos de la música de *Gladiator* ahora se me antojan tortura inquisitorial de primer curso. César Baggio Torquemada.

Al cabo de un kilómetro o así, hasta sus tímpanos deben de estar resintiéndose de este arrebato de orgullo y baja el volumen con desgana fingida. No decimos nada hasta que…

«Ha llegado a su destino», interviene la voz electrónica del GPS. Por alguna razón, la ha configurado para que tenga voz masculina. Lo que no es habitual.

César por fin se acaba riendo. Amargamente, pero se ríe. Mira la pantalla de navegación y entona con voz de teatro:

—Tú también, Bruto, hijo mío.

Le tengo que reír el chiste. Al final, adoro a este ingenuo, generoso y particular compinche de aventuras. No me iría de investigación con nadie más. Entiendo que tenga suerte en las relaciones personales. Es un tesoro de persona.

Ahora es el momento de ponerse serios.

Es un centro de enseñanza primaria y secundaria. Está cerrado, al ser fin de semana. Tiene la típica pista de baloncesto sobre cemento, jardines un poco deteriorados y, a través de las ventanas de la fachada, pueden verse aulas vacías de paredes blancas e inmaculadas, previsiblemente deprimentes.

El grupo de chicos está esperándonos en la puerta de acceso, cerrada también.

—Deben de ser ellos —dice César—. ¿Podrías activar tu *modo médium*?

Él sabe de sobra que no funciona así. Yo mismo se lo he detallado varias veces. La percepción extrasensorial, al menos en mi caso, no es un botón que se acciona y enciende o apaga la facultad mediúmnica. Está ahí todo el tiempo. El *modo médium*, así le gusta a César llamarlo, es más bien un tipo de conducta. Un investigador normal y corriente se puede comportar de mil formas, si así lo quiere, y no afecta a la visión del profano. Un médium, en cambio, debe adoptar un lenguaje corporal y una forma de pronunciarse sobre la materia en cuestión, *típicamente médium*. Porque eso es lo que la gente espera, un individuo distante, singular y fatuo, que habla siempre lenta y afectadamente. Una especie de elfo de Tolkien. Si no, siempre nos da la sensación de que no se lo toman en serio.

César carraspea sonoramente.

—Y, ya puestos —dice, mirándose las rodillas—, ¿podrías activar el otro modo?

No. No debería. Hay un código. La otra modalidad de psiquismo conlleva rebasar líneas rojas. No puedo abusar de ese poder. Porque ya no es una técnica sensitiva, es poder. Y no solo es famoso ese dicho del poder y la corrupción; además, es cierto. Y este poder mío… empieza a estar muy cerca de ser absoluto.

Hablo de telepatía. La facultad para leer mentes, hurgar en ellas, trastocarlas, explorar tanto el pensamiento superficial como la memoria más profunda. Y, llegados a cierto nivel, se puede hacer más. Mucho más.

Yo he llegado a ese nivel.

Debo tener cuidado. Requiere concentración llevar la habilidad demasiado lejos, si bien cada vez me cuesta menos esfuerzo. Y sí, quizá yo sea especial por mis habilidades sobrehumanas, excesivamente especial, habría que añadir, pero aún más porque me exijo un condicionamiento ético al respecto.

Me lo tengo que repetir un millón de veces cada día. Porque es demasiado fácil emplear esa capacidad. Y atrae, atrae de veras. Un agujero negro.

A pesar de esto, cada cosa a su tiempo.

Hay algo que urge más que nada. Un detalle a simple vista, solo para mis ojos.

—No están solos.

—¿Qué?

—Un adherido. A ese grupo de jóvenes… se les ha pegado un espíritu.

~

La situación ya es chocante de por sí. Ahora mismo estamos dentro de una de esas aulas que vi desde el exterior, cada uno sentado en una silla con una mesa horizontal incorporada al brazo derecho. Nos hemos colocado en círculo, en la línea de una reunión de alcohólicos anónimos. A mi espalda ha quedado la pizarra, con un único mensaje escrito a tiza: «Procrastinar: la primera acción que conduce al fracaso».

Menudos figuras. Tienen trece años y todos están llamados a

ser problemáticos. No podían quedar con nosotros en un lugar público o alguien podría verlos y cuestionarse qué estaba pasando. Un pueblo pequeño, se conoce casi todo el mundo. Tampoco podríamos hablar con ellos en alguna de sus casas, con algún padre rondando por el lugar o surgiendo en el momento menos oportuno. Ellos insistieron en que ningún adulto de su círculo personal podía enterarse de lo sucedido. Así que el jefecillo, Rubén, con media melena muy revuelta y una camiseta negra de un grupo *black metal*, cuyo logotipo parecía simular las raíces de un árbol (y, por supuesto, ilegible), sacó una copia de la llave de la puerta y nos invitó a seguirlos al interior del centro. Había robado las llaves del colegio y se había hecho una copia para uso privado antes de devolverlas. La dirección no tenía contratado ningún servicio de seguridad, ni humano ni digital. Y aquí, el colega, alquila sus copias de las llaves de acceso a las parejas de adolescentes mayores que buscan intimidad. El sitio se ha convertido en una especie de motel secreto para *fumetas*, salidos y, este caso así lo confirma, turistas del espiritismo.

Rubén es quien nos ha contado que la *ouija* de madera y su correspondiente *planchette* las tomó prestadas de su hermano mayor, que debe de ser el protagonista potencial del *remake* de *Perros callejeros*, a juzgar por ciertos detalles que nos ha contado. Según él, su hermano sí que sabe de estos temas, porque ha hecho invocaciones, misas negras y otras hazañas de ese estilo. Un campeón. Si no le ha pedido ayuda a él, es porque seguramente le daría una paliza por haberse metido en aquello y por algún otro motivo fácil de imaginar. Rubén es quien ha convencido a los demás.

El grupo no me parece demasiado unido. Deben de estar realizando algún encargo juntos, una tarea social impuesta por el profesor de turno; si no, me extraña que este cuarteto se haya juntado por elección propia. Las niñas son radicalmente diferentes a ellos, por vestimenta, actitud, probablemente notas, formas de pensar…

En cuanto el proyecto escolar finalice, se separarán sin remedio.

Por lo que se puede dilucidar de su historia, las chicas no querían participar activamente en el juego, solo estar presentes, y cuando Rubén les hizo ver que estar implicaba participar, accedieron a regañadientes. El plan iba más allá de las típicas preguntas del orden de «con quién voy a casarme» o «cuándo y cómo voy a morir». Según Rubén, asesorado por su hermano, las entidades del denominado Bajo Astral están más predispuestas a manifestarse en una sesión espírita. Los espíritus de difuntos son más difíciles de invocar. Así que allí nadie iba a hablar con su abuela o con el tío difunto de turno. Iban a contactar con demonios o algo parecido y pedirles favores o información verdaderamente útil. No podían mentir, según el niño listillo, aunque podían adornar la verdad con detalles que, a la larga, serían nocivos. Él estaba dispuesto a comandar la sesión, se veía capaz de discernir entre la verdad pura y los adornos. Sabía lo que hacía y había empezado a leer un libro de Yago Blázquez. Nos cuenta todo aquello igual que si fuera a irse a cazar tiburones blancos a pleno pulmón con un cuchillo entre los dientes.

Según nos narran, la sesión comenzó y, es lo más frecuente, allí no sucedió nada durante un tiempo. Después la *planchette* empezó a dar vueltas y vueltas cada vez más deprisa, hasta que algunos retiraron el dedo y las velas se apagaron. En la oscuridad, todos se pusieron a gritar de puro pánico, encendieron sus teléfonos móviles para iluminar la zona y vieron al pequeño Cogote (así le llaman), de diez años, sufriendo sacudidas en el suelo y soltando espumarajos.

No hubo comunicación, no hubo verdades maquilladas por seres del inframundo, solo una madera que no paraba de girar a toda velocidad, el susto de muerte de que la luz se apagara de improviso y un crío que a saber qué pintaba en todo esto teniendo un ataque convulsivo sin ser epiléptico.

Después lo sacaron a la calle, cerraron el colegio con llave, llamaron a una ambulancia y se inventaron la versión de que, sin motivo aparente, el niño se cayó al suelo en mitad de la calle y empezó a retorcerse mientras caminaban de regreso a sus casas.

Una irresponsabilidad propia de la edad. Y a veces se pagan

caras. Al parecer, en esta ocasión, la cosa quedó en un susto. Cuando César y yo nos preocupamos por el tal Cogote, nos dicen que ya se encuentra bien, aunque estará un par de días en casa, sin salir.

Más o menos, esta es la versión resumida, sin aditamentos ni el argot y las apreciaciones soberbias de un chaval que no tiene ni puta idea, aunque piense lo contrario. Y aquí estamos, con Rubén, que habla mucho, para desgracia de todo el mundo; con su esbirro inseparable, que asiente a todo lo que dice y le escucha arrebatado (José, creo que se llama. Él sabrá), y las dos niñas. Tenemos a la chica asustada, Sarita, temerosa de las represalias parentales si la noticia acaba llegando a casa, que no creo sirva de ayuda. Apenas interviene en la concreción de la historia y, de los presentes, parece la más afectada. No volverá a hacer espiritismo en la vida. Bien. Y luego está la chica valiente, Marina, bastante tranquila y poco participativa. Mira a los ojos y juzga con decisión.

Y por mucho que el rol de cabecilla lo represente Rubén, es Marina la que manda aquí.

Mientras César acribilla a preguntas a Rubén acerca de los procedimientos de la sesión, el discurso de invocación previo y las posibles manifestaciones posteriores a la experiencia, yo atravieso con la mirada a Marina. Y ella me ignora, pero sé que es consciente de que la estoy mirando. Y ya que no tengo todo el día, tendrá que jugar a mi juego. He de suponer que su campo de visión es más que suficiente para encuadrarme en él. Me tendrá encuadrado en una esquina, difuminado, si bien no pierde detalle. Persiste en seguir con las pupilas el curso de la conversación. César, Rubén, César, Rubén. En su inexpresividad hay un cierto deje de satisfacción. No es que esté sonriendo, aunque casi lo está haciendo. Más sutil que la Gioconda, con cierto aire de superioridad. Sin duda más adulta de lo que parece.

Y luego está la presencia, claro, al fondo del aula. El espíritu adherido. En un rincón. Cerca de los percheros y ligeramente encorvada. Una chica con ese tono de piel grisáceo común a casi todos los espíritus que se quieren mostrar sin ocultar su estado, y que acerca a todas las etnias a una única paleta de color de piel. El

de la muerte.

Nadie repara en ella, por razones obvias. Y cuando yo la he mirado a los ojos en dos ocasiones muy fugaces ha agachado la cabeza, quizá avergonzada, puede que temerosa. Quién sabe en qué estará pensando.

Yo podría averiguarlo. Podría. Decido dejarlo para más tarde. Vamos a ir despacio con este asunto.

César sigue enfrascado en sus disquisiciones ceremoniosas.

—¿Habéis tenido pesadillas relacionadas con el caso? —dice, mirándolos a todos—. Según decís, esto ocurrió antes de ayer. Habéis tenido tiempo para soñar… cosas raras.

Mientras todo el grupo parece intentar recordar, decido intervenir.

—César.

—¿Sí?

—¿Me dejas a mí ahora?

Él se repantinga en su silla y apoya la libreta de notas y el teléfono sobre la mesita incorporada.

—Tuyos.

No he dejado de mirar ni un segundo a Marina. Ella quiere seguir rechazando el contacto visual.

—Has sido tú, ¿verdad? —afirmo—. Todo esto ha sido idea tuya.

Ella no reacciona. Sus pupilas se han dilatado y los párpados se han abierto un poco más. En sus mejillas he podido advertir cómo ha reajustado y apretado las mandíbulas. Procura aparentar que no está tensa. Fracasa de plano. Creo que no se esperaba esto. Ella debe de saber que César habla mucho más que yo, pero el que resuelve los casos es un servidor. Tiene pinta de ser una chica muy lista.

—¿Eh, Marina? ¿Qué dices? Eras tú la que quería hacer *ouija*.

—Eh, viejo —interviene Rubén—, fui yo el que tuvo la ocurrencia. ¿Es que no me habéis escuchado? Yo aporté el tablero *ouija*, yo aporté el conocimiento y…

Le enseño un simple dedo. El chico murmura el final de su frase. Nadie le entiende. Dentro de dos segundos se sentirá

ultrajado y querrá impresionar a su limitada parroquia.

Es el momento de hacer una demostración telepática.

Meterme en su mente es un juego. Depositar ahí dentro el mensaje se parece a susurrar, pero no al oído, sino dentro del propio cráneo.

[¿Te importaría callarte un ratito?]

El chico se extraña visiblemente. Observa el techo de la habitación y luego el pasillo.

—¿Habéis oído eso?

[Un minuto de silencio]

Se pone en pie tan bruscamente que desplaza la silla unos centímetros hacia atrás, produciendo un chirrido estridente. Se vuelve hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿No lo oís? —Se acerca a su secuaz y lo agarra del cuello de la camisa—. ¿Lo has oído?

El otro adolescente se encoge de hombros. Le gustaría decir que sí, que por supuesto, pero no sabe de qué está hablando.

—Un segundo de silencio —continúa Rubén—, es lo que ha dicho: un segundo de silencio. ¿Qué pasa, que me estoy volviendo loco o qué? ¡Responded!

Yo también me levanto y le enseño las palmas de las manos.

—Tranquilízate, ¿quieres?

—¡De eso nada! Estoy oyendo voces.

—No es para tanto —me aproximo a él, haciéndole creer que estoy dispuesto a tocarle y conducirle a la silla, aunque no tengo la menor intención de rozarle siquiera—. Venga, siéntate.

—Aléjate, ¿vale, tío? Ya me siento. He oído una voz y no me lo estoy imaginando.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Ahora me das la razón como si estuviera loco. Se suponía que ibais a venir aquí para echarnos una mano.

—No estás loco, Rubén. La voz no ha dicho un segundo de silencio, ha dicho un minuto.

Los ojos del chico parecen querer salirse de sus órbitas. El aula, el colegio entero contiene la respiración.

—Has… sido tú… —Rubén lo susurra con temor reverencial.

[Y deja de tutearme] [Tengo edad para ser tu padre]

—Hasidousted.

Casi es un escupitajo, más que una frase.

Me quedo solo en el centro del círculo de sillas. Con los hombros echados hacia atrás y pose de póster de héroe de cómic. Hora de una orden mental.

[No volverás a hablar hasta que se te pregunte]

El mensaje proyectado suena igual que una voz corriente. El cerebro la recibe y transforma la información simulando que le llega desde los tímpanos. Se parece bastante a eso. Las primeras veces que oyes un mensaje telepático no se distingue de la voz hablada. Luego aprecias el matiz imperante, que el sonido no viene de ninguna parte. Nace en tu cabeza.

Pero esto es una orden mental, sustancialmente diferente, y es pura estridencia. Llega a cada neurona del cerebro. Es un desquiciado gritándote con un megáfono dentro de la cavidad craneal. Hace falta una fuerza de voluntad inmensa para resistirse. Una orden mental es una cosa muy seria.

Funciona mejor si lo haces dos veces.

[Dilo]

—No volveré a hablar hasta que se me pregunte.

Nuestro joven *blackmetalero* se agarra a los brazos de la silla, aparentando quedarse pegado a la madera. Su temor reverencial acaba de convertirse en puro horror cósmico.

Lamento tener que admitir que disfruto mucho con esto.

Si la cosa acabara aquí, ya sería un tipo de poder embriagador y peligroso, pero, cuando controlas estas facetas de la mente, puedes llegar más lejos. Los sueños lúcidos y las proyecciones mentales entran dentro del *pack*. Los ataques psíquicos de onda…, en fin, son varias cosas.

Contemplo el brillo de emoción en los ojos de César. Le encantan estas cosas. Le merece la pena mantenerme en el banquillo todo el tiempo, solo para ver cómo me luzco cuando llega el momento. No sabe con certeza qué ha ocurrido, únicamente sabe que mi mente es parecida a una bola de demolición y que la he usado con el chico.

Aunque el resto del grupo de estudiantes no entiende nada.

Agarro mi silla del respaldo y la arrastro (aprovechando que sé que hace un ruido infernal) y la coloco enfrente de Marina, a la distancia mínima para que cuando me siente nuestras rodillas no se toquen por poco. Sabiendo que daré la espalda a todos los presentes, lo que propiciará un efecto mucho mayor. Luego me siento en ella y, por primera vez, Marina y yo intercambiamos miradas. Sostiene la mía sin amilanarse.

Yo quería que jugáramos a esto y eso es lo que estamos haciendo. Lo que viene ahora es ver quién aparta primero la vista, dos coches que se lanzan de frente con el acelerador pisado a fondo. La idea es no decir nada. Que sienta la incomodidad, segundo a segundo. Que se ponga nerviosa. Una vez que hayamos entrado en esa dinámica ella no podrá…

—De acuerdo —dice ella—, es usted impresionante, ¿qué quiere?

Me arruina el momento desafío. Se ve que vamos a ir al grano.

—Tú le has convencido a él para hacer *ouija*. Querías hacer *ouija* y él te ha proporcionado todo lo demás. Se puso al mando y lo hizo todo más fácil.

—No sé qué dice usted.

—Sí que lo sabes. Debes de haberle manipulado muy bien para que se implique tanto. Está convencido de que ha tenido el bastón de mando en todo momento. Le has dejado hacer. En algún momento, con el tema ya bastante avanzando, supongo que sabiendo que se puede hacer y que la *ouija* funciona…, te colocarías al frente de las comunicaciones.

—No sé para qué. No tiene sentido nada de lo que dice, señor.

—Ella está ahí detrás, Marina. Con el antebrazo pegado al cuerpo. Entiendo que para ocultar la herida. —Levanto la vista para ver por encima del hombro de la chica—. Y ha empezado a acercarse. Sabe que hablamos sobre ella. ¿Quién es? ¿Es la hermana de Cogote, el niño de diez años? ¿Qué tenía él que ver con vuestras cosas? ¿Os juntáis con chicos de tres cursos inferiores? No lo creo. Te las apañaste muy bien para que eso no fuera un

problema. Para que estuviera presente. Un anzuelo, supongo. Veo que tú has hecho mucho más que leer medio libro de Yago Blázquez. Sabes de estas cosas. Lo justo, al menos. Está aproximándose, Marina. La tienes a tres metros de ti.

Ella quiere mantener la calma. Sonríe de medio lado.

Vuelvo a mirar a lo que se acerca tras ella. Ya no tengo que alzar el mentón. Finalmente, Marina echa una mirada fugaz por encima de su hombro.

—Ahí no hay nada —escupe con desprecio, se diría que fuera la mayor tontería del planeta. Se quiere convencer de ello. A pesar de que tiene la carne de gallina y una gota de sudor se está formando en su sien.

—¿Querías hablar con ella? ¿Con qué objeto? ¿Qué le ibas a preguntar? Puede que quisieras saber cómo es el más allá. Menudo misterio, ¿eh? ¿Qué nos aguarda al otro lado? Una chica de clase con la que no tenías la menor vinculación. Querías hablar con ella, y con su hermanito presente había una posibilidad. ¿Morbo? ¿Es eso? Sí, todo se reduce a eso. No hay mayor motivación a tu edad para meterse en estas movidas. Pura y simplemente, morbo. ¿Te gustó cómo acabó? Aún no nos habéis explicado por qué estamos aquí. Porque desde la sesión de *ouija* sufres fenómenos extraños. Dime que no. Dime que no y no te creeré. Porque la invocación salió bien después de todo. No como tú te figuraste, ahí está el problema. Pasan cosas a tu alrededor que no tienen explicación. Viene ocurriendo desde antes de ayer. Convenciste a este idiota para que nos llamara a través de la aplicación porque eres tú la que necesita ayuda ahora. ¿Pensaste en algún momento que ese niño podría haber muerto mientras no paraba de sufrir espasmos en el suelo? No, porque si se piensan estas cosas una sola vez, y no hablo de hacerlo detenidamente, no se implica a un niño pequeño en algo tan peligroso, una sesión de…

—¡Fue usted —exclama—, se lo escuché decir a usted! ¡En aquel pódcast de *Tras el velo*! —Se derrumba sobre la mesita anexa de su asiento y se echa a llorar—. Usted habló de… establecer anclas y cebos para las comunicaciones…

La sangre se me enfría en las venas. Reconozco la jerga. El

típico léxico que empleo en las entrevistas e intervenciones en radio y televisión. Parece que Marina ha debido de escuchar alguno de esos programas donde yo intervine cuando me tomaba más en serio la divulgación de estos temas. Y tomó nota.

Anclas, cebos…, terminología de investigación parapsicológica.

Un ancla es una manera de añadir un componente de cotidianidad a una experiencia supuestamente espiritual. En el ambiente de misticismo que se genera en una sesión de *ouija*, algo tan simple como un asistente por videollamada sirve de ancla. Ofrecerá objetividad a la experiencia. Un espectador que no interactúa. Puede estar presente en la sala, por supuesto, y mientras no toque el vaso o la *planchette*, funcionará igual. Así que la presencia del chiquillo de diez años en la sesión cumplía esa función.

Un cebo es un objeto personal del fallecido, o puede serlo el propio lugar donde se celebre la sesión, que ha sido muy importante en la vida pasada del difunto. O un ser querido, y así ocurre en esta ocasión. Cogote hizo de ancla y cebo al mismo tiempo.

—¿Cómo se llama? Porque no se llama Cogote, y me importa un bledo por qué le pusisteis ese apodo. ¿Cómo se llama el chico de diez años?

—Juan.

—Pues llamadle Juan, maldita sea. ¿Lo habéis oído? —Me giro de medio lado para dar la cara a los demás—. Llamadle por su nombre.

La chica valiente y orgullosa levanta el rostro, ahora anegado en lágrimas, y se pasa un clínex por la nariz procurando hacer el menor ruido posible. No creo que sus amigos la hayan visto en este estado jamás en la vida.

—¿Sigue detrás de mí? —me pregunta.

—Se ha quedado parada a solo un metro.

Marina se levanta de la silla con una rapidez sorprendente y corre hasta acercarse al umbral de la puerta del aula, poniendo al menos siete metros de distancia del fantasma, dispuesta a

marcharse de aquí. Su amiga del alma la sigue. No me gustaría tener que usar otra orden mental para que Marina se quede.

Por suerte, se detiene ahí. Cierra la puerta y apoya la espalda contra ella. Se pasa la manga de su chaqueta fina por las mejillas y, en cuanto las ha secado, nos mira a todos.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—¿Ahora qué? —Meto las manos en los bolsillos y doy dos golpecitos en el suelo con la punta del pie—. Ahora me encargo yo.

—Querrás decir nosotros —me corrige César.

—No. Me hace falta intimidad. Contigo presente no saldría bien. Por favor, llévalos a su casa en el coche. Esto no va a durar mucho. —Doy una sonora palmada—. ¡Eh, chicos! ¡Escuchadme! En cuanto a lo ocurrido, se acabó. No volverá a pasar nada raro. Yo lo solucionaré. Y si no queréis volver a vivir fenómenos extraños, esta puerta permanecerá cerrada. ¿Me estáis escuchando? Si la abrís, entrarán. Siempre entran. Por tanto, tened cuidado desde hoy. Rompe el tablero, Rubén. Rómpelo. No quiero volver a este pueblo por ningún caso relacionado con ninguno de vosotros. Así que dejad el espiritismo en paz. Excitaos con otras cosas, seguro que se os ocurre a vosotros solos. —Están a punto de obedecer y marcharse, no muy convencidos, cuando reparo en cierto pormenor—. Una cosa más: Rubén, necesitaré las llaves de este sitio. Voy a quedarme solo y tendré que cerrar cuando salga. Y no pienso devolvértelas. Este chollo vuestro se acabó.

El muchacho me mira con una ceja enarcada, sopesando las consecuencias.

—No me obligues a obligarte, chaval.

Hurga con violencia en su bolsillo del pantalón y me lanza el manojo de llaves a los pies en lugar de a las manos. Un último arrebato de insolencia. Se lo tendré que perdonar, qué remedio.

César es el último en marcharse.

—¿Estás seguro de que no puedo quedarme?

—Sí.

—Yo pensé que…

—Por favor.

—Está bien —y se pierde por el pasillo—; el chófer, el criado, el *sidekick*, ese soy yo. No sirvo para mucho más.

Y sigue farfullando mientras se aleja.

Me doy la vuelta y encaro al fantasma.

—¿Te importa si hablamos ahora tú y yo?

La chica apoya la muñeca en el vientre. La aprieta allí y con la otra mano se cubre el antebrazo.

—¿Cómo puedes verme? Nadie lo hace.

Desde su posición, intenta mirar a través de una ventana al exterior. Seguramente buscando con la mirada a Marina.

—Ya no estarás pegada a esa chica —le informo—. En todo caso, te quedarías pegada a mí. Y vamos a intentar que eso tampoco suceda.

Los pies del espíritu desaparecen un poco en el suelo. Da la sensación de que fuera a descender hasta la planta inferior. Tuerce un poco la cabeza y me mira de arriba abajo. Le sonrío con sinceridad. Algunos fantasmas se asemejan a animalillos, curiosos e ingenuos. La joven difunta da un paso hacia atrás, saliendo del ligero hundimiento de sus pies en la sólida materia.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Eres tú quien ha de dar el paso siguiente. No estás ni aquí ni allí. Estás entre mundos, que es el equivalente a no estar. Deberías pasar al siguiente nivel, así ocurre en los videojuegos. No es bueno quedarse todo el tiempo en la pantalla de carga. Yo te puedo inspirar, puedo decirte cómo asumir que… este sitio ya no es para ti. De algún modo, era lo que querías.

—Yo creía que no había nada.

—Pues ya ves.

—Dicen que los suicidas van a un purgato…

—No te creas nada. Qué sabrá la gente que afirma esas cosas, si nunca se han muerto. Supercherías. No sé, puede que no te devuelvan la fianza del alquiler, si acaso. Lo cierto es que no tengo ni idea.

—¿Lo que viene ahora es malo?

—No lo sé, ya te lo he dicho. No lo creo.

—¿Y si no quiero ir?

—Te va a dar igual. Irás. Tienes que ir. Y todo el tiempo que pases por aquí, entre planos existenciales, vas a ser infeliz. Escúchame —digo, encorvándome un poco para ponerme a su altura—, diste un paso que no debiste dar. Ahora tienes que dar un paso que sí te conviene.

—¿No vas a preguntar por qué lo hice?

—No. No es asunto mío. No me corresponde juzgar a nadie. Estoy convencido de que las personas que te debieron escuchar, y no lo hicieron, querrían saber por qué las dejaste. Eso ya no solucionará nada, pero lo querrían saber de todas maneras. —Me doy cuenta de que ahora mismo no hay ninguna herida en la muñeca. La chica emite un aura diferente, casi parece viva. Su piel es de color de piel—. Yo escucharía cualquier cosa que quisieras contarme, si bien no me interesa por qué tomaste esa última determinación. Es de lo único de lo que no quiero hablar. Me interesa la vida mucho más que la muerte.

—Vale —dice ella.

—Vale —digo yo.

Compartimos un par de segundos en los que no pasa nada. Y eso, a veces, está muy bien. La gente tendría que valorar más esas quietudes de la vida.

—Y —prosigue diciendo la chica—, ¿ya está?

—Creo que sí. ¿Qué más querías, una ceremonia?

La chica me sonríe.

—Me llamo Sahara.

—¿Sahara? ¿En serio?

—No Sáhara, sino Sahara.

—Entonces, lo he dicho bien, ¿no? Es precioso. No se me habría ocurrido llamar así a un bebé ni en mil años. Sahara. Tenías un nombre estupendo. Lástima. Es más estupendo que llamarse Katniss o Daenerys.

Ella se ríe sonoramente, con un desparpajo que me asombra en la chica apocada que era hasta hace un minuto.

—Sí, sin duda. A mí no me molaba mucho al principio. Luego sí. —Una luz interior empieza a cobrar fuerza dentro de la simulación etérea de su cuerpo. Está trascendiendo, marchándose

—. Así que a esto te dedicas —dice—. Ayudas a la gente.

—Y castigo a los malos. A veces.

—¿También?

—Ya lo creo.

—Yo… Estoy haciendo algo. Es el paso bueno, me parece que lo estoy dando. Me siento… Es...

—Cuídate, Sahara.

Y esa extraña luminiscencia se apaga y se lleva a la joven quién sabe adónde. Como la imagen de un televisor antiguo cuando se apaga. El aula vuelve a su deprimente aspecto habitual. Estoy completamente solo.

Sí. Me dedico a esto. Este cometido mío tiene sus pegas, desde luego que sí, aunque pagaría dinero por estos momentos. Supongo que es lo más parecido a ser matrona y ayudar a traer personas a este mundo. En el hotel de la vida debería haber alguien que te reciba al entrar y que te despida cuando te marchas.

No siempre es todo tan bonito.

CAPÍTULO 2

DE NUEVO EN LA BRECHA

De camino a casa de César, tengo que soportar un interrogatorio severo. ¿Por qué el espíritu de la niña se adhirió a la otra chica? ¿Por qué la presencia del hermano facilitaba la invocación? ¿Siempre funciona? Un montón de preguntas, formuladas unas sobre otras. Apenas acabo de facilitarle una disertación compresiva, me interrumpe con otras cuestiones. No siempre relacionadas. Cada una de ellas perfectamente válidas, todo sea dicho de paso, aunque ya empieza a atosigarme un poco. Primero, porque la mayoría de las explicaciones ya puede intuirlas él mismo. Lleva mucho tiempo en esto de la investigación parapsicológica, así que muy probablemente César ya tiene una idea aproximada de muchas soluciones a sus preguntas.

El problema es que me está haciendo sentir como un preso al que interrogan con dureza. Y lo peor es que yo no tengo explicación para todo. El más allá sigue ocultándome no pocas respuestas.

—Déjame respirar un minuto, por favor.

—De acuerdo, sesenta segundos. Ni uno más.

Le río el tono más que el mensaje. César sabe cómo quitar hierro cuando se requiere.

El viento nocturno provoca un ruido en las gomas de las puertas de su Cherokee, como si quisiera entrar, protestando con rabia por la mejorable aerodinámica, dando la sensación de que los cristales no están subidos del todo, aunque he comprobado el mío dos veces y no se puede subir más.

—¿Podrías hacerme un favor? —dice César, con el tono de un niño arrepentido por una trastada.

—Seguramente no.

—Marco es muy… majo. Demasiado. No sé. Ya no me fío de nadie tan amable. Debería haber empezado a conocerle, son unos cuantos meses ya. Pero no. Vino a vivir a mi piso porque era más grande que el suyo. Y ahora lo tiene alquilado y está compartiendo conmigo el dinero de…

—No pienso sondearle.

Lo he dicho con la mayor rotundidad. Sin ambages. Esto no voy a discutirlo.

Él frunce los labios y enarca una ceja. Me está dando unos segundos antes de insistir.

¿A quién quiero engañar? Por supuesto que voy a tener que discutirlo. Puede que mucho. Estamos volviendo a la ciudad a una hora en la que la autovía no presenta mucho tráfico. Pese a eso, nadie nos va a quitar entre veinte y treinta minutos de viaje. Se va a poner insistente como solo él sabe hacerlo.

—Dices que no lo haces, Isaac, que es una especie de código.

—Y así es.

—Ya; sin embargo, sí que sondeas a la gente.

—Solo en momentos de necesidad. Cuando no queda más remedio. La telepatía es algo muy serio. No sabes lo fácil que acaba siendo usarla. Una vez que empiezas… Es como una droga, ¿sabes lo que quiero decir?

—Somos amigos. Somos los mejores amigos, ¿y si estoy cometiendo una estupidez? Marco podría ser un loco furioso. ¿Te imaginas? Ese policía amigo tuyo medio calvo llamándote a las tantas de la madrugada: «Eh, Zarco, tu buen amigo ha sido encontrado troceado, ¿puedes venir a identificarle?». Porque te llamará a ti, eso ya lo sabes. Mis padres no querrán saber nada. Y hay más gente, por supuesto. Aunque te llamarán a ti. Estoy seguro.

—Iré a identificar tus rodajas.

—¿Has oído su pódcast? El de Marco. *Donde proceden los gritos*. DPG. Yo siempre me burlo de él diciendo que son las siglas del Departamento de Policía de Gotham. Quién soy yo para reírme de las siglas accidentales ajenas. Tengo varios aquí, no los he

puesto en el reproductor porque sé que prefieres la música. Crónica negra. La más negra. Todas las semanas analizando por qué Zodiac empleó aquí cuchillo y por qué aquí no. Las artimañas de Ed Gein para engatusar a sus víctimas.

Esto me recuerda algo. Saco el móvil del bolsillo de mi chaqueta. Verifico los últimos mensajes recibidos. El inspector Fusco. Cómo no. Sigue insistiendo, acosándome. No se detendrá jamás.

Ya lidiaré con eso.

—Ted Bundy —le corrijo a César.

—¿Qué?

—Ted Bundy, el que engatusaba a sus víctimas era Ted Bundy. Ed Gein… No creo que ese tío pudiera engatusar ni a un cachorro de *golden retriever*.

—¿Has escuchado el pódcast que hizo sobre él?

—No he escuchado ninguno de sus programas.

—Estoy convencido de que le dedicó un audio a Ted Bundy. Y otro a Ed Gein.

Lo bueno de César es que podría dejar que la conversación derivara de un asunto a otro hasta perdernos en la inmensidad de la trivialidad extrema. Lo cual no podría servir para que se olvidara del sondeo a su nuevo amigo.

—Precisamente por eso, deberías sondearle.

Vaya por Dios, no hay forma de regatearle. Se le ha metido entre ceja y ceja.

—César, te lo ruego.

—Una persona que está todo el día indagando sobre esa cuestión, no digo que se le tenga que pegar algo, es un pasatiempo como otro cualquiera, podríamos decir, si bien está bordeando todo el tiempo una zona peligrosa. Es raro, a pesar de… ¡Vaya! ¿Quién soy yo para opinar? Investigo casos de *poltergeist*. Y, en cambio, no dejo de pensar que acaba su jornada laboral, tras horas de haber estado tecleando y observando un monitor, y está como loco por dedicar su tiempo libre a un puñado de gentuza enferma que trinchaba gente inocente por diversión.

—¿No crees que, si fuera un psicópata peligroso, se dedicaría

al *podcasting* de otro tipo de materias? Solo para disimular. Para que no sospecharan de él.

César da un par de golpecitos con el pulgar en el radio del volante. Está a punto de alcanzar una conclusión que contradiga mi argumento.

—Puede que precisamente por eso lo haga. Es tan improbable que un asesino en serie tuviera un canal de contenido de asesinos en serie que, precisamente por eso, podría tener uno. Como hizo Sharon Stone en aquella peli.

Por un momento, no sé de qué me está hablando. Pasan unos segundos hasta que mi cerebro proyecta en la gran pantalla de mi imaginación aquel momento estelar de la actriz descruzando las piernas y volviéndolas a cruzar. En el VHS no se veía nada, pero en el Blu-ray…

—César, la mayoría de la gente pasa un tiempo con las personas que le gustan con la intención de conocerlas mejor. Es la magia de la vida.

—¿Para qué me sirve tener a un amigo psíquico, el mayor psíquico que existe, si no puedo sacarle partido?

No es verdad. Tiene que haber personas por ahí con un poder inimaginable. Gente para quien las mentes de los demás no son más que libros. Libros que abrir y repasar, ojear capítulos pasados, arrancar páginas o incluir nuevas. Auténticos suprahumanos. No soy el único, eso lo sé muy bien.

Y luego está lo de aquella llamada telefónica.

Mi padre era médium, mi bisabuela también. Yo soy médium. Creo que ellos nunca llegaron demasiado lejos con las demás habilidades extrasensoriales de las que la mente humana puede gozar. Es cierto que mi padre me contó que su madre llegó a entrenar cierta habilidad telequinésica, no al nivel de Carrie, pero sí lo suficientemente capaz de acercarse vasos medio llenos de agua por una superficie lisa o desviar antes del impacto un balón que alguien le lanzara a la cara. Al parecer, y siempre según la versión de mi padre, ella podía atinar con un dardo en una diana y modificar en pleno vuelo la trayectoria de este, hasta alcanzar el punto exacto donde deseaba clavarlo.

Telequinesis. Sin duda una habilidad muy interesante. Que yo no poseo. Al igual que muchos otros supuestos dones que la mente humana puede ofrecer. En teoría.

En mi caso, mi telepatía es mucho más poderosa que la de mi padre. Si violar una mente, revolver en sus recuerdos como una caja fuerte abierta ya es bastante malo, el simple acto de poder controlar el cerebro de alguien hasta el punto de obligarle a caminar hacia unas vías del tren y lanzarse a ellas, con las manos en los bolsillos, cuando un AVE pasa por allí a toda velocidad es una idea sobrecogedora. Da miedo solo pensarlo, pero aún más cuando sabes que este poder interior te pertenece. Y me tranquiliza que me asuste. Viene a decirme que aún no he rebasado ninguna línea roja.

Tengo que concentrarme muchísimo para poder hacer algo así. Obligar a un individuo cualquiera a actuar en contra de su voluntad. Con todo, ya la he sentido, la escalofriante sensación de meterse en una mente ajena y tomar el control. No para obligarle a suicidarse, algo contra lo cual la mente luchará con todas sus fuerzas y requerirá un poder de concentración al que aún no me he enfrentado, ni quiero llegar a hacerlo. Aunque sí sometí a un joven aprovechado para que se ridiculizarse en público introduciéndose la mano dentro del pantalón y simular que se masturbaba.

Una historia que ya habré contado en alguna ocasión.

La cuestión es que he hackeado mentes para que ejecutaran acciones que yo les dicté. Convertí a esos sujetos en marionetas.

Y he llegado a la conclusión de que puede ser muy adictivo.

Es posible que mi padre, muerto ya hace un tiempo, viera en mí tal potencial que quisiera atarme en corto. Me instruyó para que aceptara un código y me ciñera a unas reglas éticas. Ya que tal poder, sin responsabilidad alguna, podría conducir a cualquiera a una vorágine de caos y exceso.

César Baggio lo sabe. No sabe todo lo que puedo llegar a hacer o no se quiere hacer una idea. Lo ve como un juego. Una destreza propia de cómic que se puede usar a la ligera (porque él lo haría). Si Bach podía componer piezas deliciosas y Rembrandt rematar lienzos irrepetibles, ¿por qué no usar un talento con el que

has nacido? Sería, según su opinión, como si Abdul-Jabbar hubiera evitado las canastas para pudrirse en una oficina, un desperdicio.

—Tu disciplina autoimpuesta es algo digno de elogio —continúa diciendo César—; respeto eso. —Se vuelve para examinar mi semblante antes de volver la vista a la carretera—. Si bien tú sabes que, al final, acabas usando ese don tuyo.

Y tiene razón, lo he usado mucho más de lo que debería. Me contengo y me maldigo después de emplear estas capacidades telepáticas, pero las empleo.

César quiere seguir haciéndome sentir culpable. Tiene el día insoportable, mi buen amigo.

—Jesús no iba por ahí haciendo milagros, se contenía. Estoy seguro de que algunas veces el uso de sus superpoderes estaba justificado. El ciego que recobra la vista, por ejemplo. No obstante, no me digas que lo de los panes y los peces no fue una sacada de picha. ¿Hum?

—Si tú lo dices.

—Si no hay dinero, no hay dinero. Entre los pobres se sabe cuándo una boda es de alto copete o de las que uno va con lo puesto. Seguro que no asistieron a la boda pensando que se iban a poner las botas.

—¿Qué boda, César? No hubo ninguna boda.

—No era una boda en la que…

—No. Las muchedumbres le seguían para escucharle, para que obrara sus milagros con los enfermos y…

—Pero hubo dos multiplicaciones de alimentos.

—Ninguna de las dos ocurrió en una boda. ¡Y no soy un mesías ni voy a sondear mentalmente a tu amiguito! Basta ya.

Él da un manotazo sobre la palanca de cambios y baja una marcha con furia al tomar un desvío. Todo el habitáculo se agita con la brusca maniobra.

—Me troceará y devorará mis partes mientras…

—Si no te fías de él, échale de casa y despídete.

—No.

—Ya.

Se incorpora a una carretera de doble sentido por la que no

queda más remedio que vigilar la velocidad y el tránsito más denso. Resopla con paciencia y casi se diría que se ha calmado del todo. César es así, no se enfada demasiado, y cuando lo hace, no le dura mucho.

—Aún no voy a echarle.

—Porque eres un paranoico y sabes que estás exagerando. Y te gusta.

—Cambiemos de tema, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

—¿Por qué te ha dejado Bárbara?

Demonios. Esto es como caer de la sartén a las brasas.

Lo peor es que está relacionado con todo esto de lo que hemos hablado.

~

Llegamos a casa de César. Su amigo es más o menos como me había imaginado. Barba oscura y poblada. Pelo corto y ordenado, a pesar de que se lo ve muy rebelde, del tipo que no se peina de una pasada, sino que hay que dedicarle unos cuantos minutos. No tiene perfil hípster y la camisa de leñador a cuadros rojos y negros me ha desarmado por completo. La tiene remangada y exhibe un antebrazo lleno de pelo. El pectoral debe ser una selva. No me esperaba un osito. Creía que ese no era el estilo que le atraía a César. Ver para aprender.

Tiene un apretón firme y sólido, como mi buen amigo y confidente, y no se le asoma ni un poco de pluma. Se fustiga por el aspecto de la casa y algún tipo de desorganización que yo no soy capaz de advertir. Tendría que ver cómo tengo mi piso.

Nos acomodamos en el salón principal mientras suena música de fondo. Marco ha elegido *Crazy* de Seal (hacía años que no escuchaba este temazo) y un vino *riesling* que engaña por su olor suave y luego entra a muerte por el paladar. Lo saboreo con calma. Deduzco que nadie me va a llevar a casa, a no ser que utilice ciertas aplicaciones digitales, y últimamente no estoy muy boyante de efectivo, por lo que voy catando el nuevo sofá donde estamos

sentados César y yo, ya que podría acabar siendo mi lecho para esta noche.

Parece confortable.

Marco pone el tema de los *prometidos suicidas* sobre la mesa. No se habla de otra cosa en estos días. Para un *podcaster* que se dedica a la crónica negra debe de ser como ponerle delante a Homer Simpson un dónut con glaseado rosa y espolvoreado de chocolate blanco. Hay que imaginárselo, no es un asesino en serie norteamericano de los años setenta. Está ocurriendo aquí, y está ocurriendo ahora.

—Hasta la sexta víctima la policía no lo relacionó —Marco lo repasa con voz de locutor, casi se diría que está ensayando para cuando narre el caso ante el micrófono—. Se producen suicidios todos los días. Los medios de comunicación evitan tocar el tema, parece que el propio acto de hablar sobre ello puede suponerse una incitación. Memeces. Acabarán retozando en el asunto como cerditos en una charca, a no tardar mucho.

Había leído algo al respecto. Las víctimas no se conocían entre sí, podían ser de cualquier género, de diferentes estratos sociales y de edades muy dispares. Lo único que tenían en común era que se disponían a casarse. Aquello no podía ser una casualidad. Y cuando se produjeron siete, ocho, nueve suicidios de iguales características, la teoría de un asesino en serie que *suicidaba* a la gente se hizo viral en internet. Posteriormente, también llegó a ese tipo de prensa menos propensa a abordar la espinosa cuestión cuando las víctimas ascendieron a quince. Es posible que la policía barajara la hipótesis mucho antes, pero tuvo que pronunciarse entonces.

Fue cuando yo me enteré, debido a una intervención televisiva, de que el inspector Fusco había sido asignado al caso de los suicidas. El nuevo gran héroe policial, ascendido a inspector jefe, Salvador Fusco, mártir de los estresados y la gente muy sufrida en el trabajo y fuera de él. Mi amigo el policía, cargándose a sus espaldas los casos más difíciles de resolver y teniendo que lidiar en casa con una hermana en coma. Un hombre sin tiempo libre.

Cómo no, el caso de los suicidas debía caer en sus manos. «Asuntos de sectas», llegó a decir. Como la teoría no encajaba bien en cada uno de los casos, la opinión pública se le echó encima.

El teléfono móvil me arde en el bolsillo. Casi puedo ver el rostro demacrado de mi amigo el inspector desesperado por contactarme. Odiándome porque llevo ignorándole todo el mes.

Marco sigue dando detalles sobre el filón mediático.

—Las redes sociales están echando chispas —dice—, la gente se está partiendo la cara por defender las conjeturas más oscuras. Una organización gubernamental que quiere reducir la población, una nueva religión apocalíptica, un virus mental liberado en la internet profunda. Hay de todo. Incluso extraterrestres, ya sabéis, *anunnakis* y todo ese rollo. Qué os voy a decir a vosotros.

—¿Tú qué crees?

Marco mira a César con indiferencia. No sé si tendrán momentos de pura explosión pasional, pero desde que estoy aquí no parecen otra cosa que simples compañeros de piso. Ni un beso de recibimiento he creído ver. Se respetan y se hablan con afecto, aunque no hay mayores muestras de lo que se entiende por un noviazgo que acaba de empezar. Y no es que uno persiga al otro para mendigarle caricias, es que ambos han aceptado que esto funciona así. Muy tranquilamente.

—La teoría del asesino en serie me vendría de miedo —explica Marco—, mi pódcast va de eso, a fin de cuentas. Si bien debo ser realista, no parece una teoría muy sólida.

Entonces intervengo yo.

—¿Estás investigándolo muy en serio?

Marco Gras paladea su vino alemán y se pasa la lengua por los labios.

—Oh, sí —asiente—. Seguro. Planteamos en el programa la posibilidad de que sea alguien muy carismático e influyente. No es un Francisco García Escalero, este tipo es especial. Una persona con la capacidad de convencer a los demás de que se quiten la vida no es alguien a quien debamos subestimar. Lo cierto es que, desde que abordamos así la cuestión, las descargas de nuestros últimos audios se han disparado. Genera un morbo irresistible. Aunque yo

creo que la explicación está en otra parte, lo cierto es que no hablamos de otra cosa en el pódcast.

En cuanto vacío mi copa de vino, Marco se esmera por llenármela generosamente. Ignoro una mirada que me echa, prefiriendo no interpretarla de ninguna manera.

La idea del asesino en serie que lleva a sus objetivos a quitarse la vida por sí mismos, lejos de parecer improbable, sería barajada más pronto que tarde por un buen inspector de policía. Al menos, uno que yo me conozco.

Me doy cuenta de que el perfil de víctimas del caso es demasiado amplio. El único elemento de coincidencia es la proximidad al altar y el *sí, quiero*. Eso es lo que más desconcierta.

—¿Por qué parejas que van a casarse? —interviene César, dando justamente en el clavo, como si hubiéramos pensado lo mismo a la vez.

—Estoy empapándome con ese tema —asegura nuestro locutor vocacional de crónica negra—. Quizá la persona o personas que incitan a las víctimas a matarse tengan un odio exacerbado a la institución matrimonial.

—Según he leído, no solo se suicidaron los que iban a casarse por la Iglesia, sino gente que pensaba hacerlo por lo civil. No existe una relación religiosa.

—Todas las parejas eran heterosexuales —apunto yo.

—Es cierto. —Marco consulta su iPad y se entretiene unos instantes contrastando los datos que tiene recopilados—. Podría ser algún tipo de mensaje contra las uniones afectuosas tradicionales. Quién sabe. Si hay periodistas que han caído en ese detalle, no lo divulgan.

—Es una información delicada para estos días que vivimos.

Tengo que darle a César toda la razón.

—¿A qué cifra hemos llegado ya?

—Veintiuna.

—¿Veintiuna ya? —se alarma mi compañero de investigación —. Es una epidemia. Una plaga bíblica.

Lo dice como si fuera algo sugerente y atractivo. Tiempos interesantes.

Su novio sigue revisando sus archivos en la pantalla del aparato.

—Estuve haciendo preguntas para averiguar si había información relevante en el registro de llamadas de las víctimas con el fin de saber si la influencia podía llegar por esa vía, ya que, a juzgar por lo que se ha filtrado a la prensa, las exploraciones por internet no conducían a ningún portal sospechoso que todos los suicidas visitaran. Si conociera a algún policía que pudiera echarme una mano…

César se vuelve para buscar mi mirada, suplicante. Yo niego discretamente con la cabeza. Siento el peso del móvil en mi bolsillo. Está ahí, guardado, con mensajes aún por leer. Clamando por ser atendido. Maldito inspector Fusco.

—Es rarísimo que ninguna de las víctimas esté relacionada con las demás —continúa Marco—, ni en lo más mínimo. Y llama la atención que los miembros de cada pareja no se suiciden juntos, sino que lo hace solo uno de los dos. El otro se queda solo. Y en cada uno de los casos, el novio o la novia afirmaron que el suicidio no era algo que su pareja pudiera plantearse. Eran felices.

—Parece algo provocado, sí —César se rasca la nuca con saña —. Si no hay nadie detrás de esas muertes, alguien con ganas de romper todos los noviazgos con aspiraciones matrimoniales, sería una coincidencia monumental. Algo histórico, una posibilidad entre trillones.

—Podría haber algún tipo de influencia social —lo comento con indiferencia, una simple suposición no madurada—, una forma de infestación. El eco de la noticia hace más influenciables a las personas que se acaban de prometer.

—¿En serio podría ser eso?

—Es un supuesto. Ahora mismo podría valer cualquier cosa.

Aplicando una visión de conjunto, con los datos que ahora veo sobre la mesa, cuesta no secundar la que sospecho es la teoría del inspector Fusco. Sí, se trata de un asesino en serie, no de una organización sectaria, ni mucho menos gubernamental, y nada de reptilianos. Es un telépata. Un psíquico poderoso.

Alguien como yo.

Suena mi tono de móvil. La *Danza de los caballeros* de Prokófiev. Respondo en cuanto reviso el nombre del contacto: Manrique Franzoni. El viejo Franzoni.

—Dime, Manrique.

—¿Isaac? ¿Te pillo bien?

Echo un ojo a mis dos anfitriones, pendientes de la llamada como si también fuera con ellos.

—Sí, ¿pasa algo?

—Hay alguien que necesita tu ayuda.

De un tiempo para acá, todo el mundo requiere algo de mí. Me necesitan para esto o para aquello. Ser un buen amigo de tus amigos no es un buen negocio.

—No puedo prometerte nada.

—Es un buen amigo, Isaac. Y era un buen amigo de tu padre.

—Lo repetiré: no te prometo nada, ¿de acuerdo?

—Podría estar poseído.

Vaya. No se escucha esto todos los días. La parte del parapsicólogo que llevo dentro se activa como un resorte.

—Te veo mañana.

¿Podría permanecer indiferente a algo así de sugerente? Lo dudo muchísimo.

~

Antes de acostarme, me decido a hacer La Llamada. Después de haber estado casi una hora contemplando la pantalla del móvil con la palabra *Mamá* brillando en letras grandes. Como otros tantos días. Esta noche, por fin, me he decidido.

Suena seis veces. Contengo la respiración cuando dejo de escuchar el tono de llamada y paso a oír una televisión al fondo y un bufido junto al micrófono.

Ella se toma su tiempo antes de pronunciar palabra.

—¿Qué quieres? —su voz suena fría, dura…, displicente.

Y ahora, ¿qué? ¿Qué demonios le digo? Han sido años. Años.

—Yo…, eh… ¿Qué tal estás?

Maravilloso, soy un maldito genio. Un maestro de la

elocuencia.

Corta la llamada.

Lo compruebo por si acaso. Sí, me ha colgado.

No ha sido una buena idea para antes de acostarme.

~

Me despierto de repente. No sé ni dónde estoy. Vale. Casa de César. Un microondas suena en la cocina, justo al lado de donde he pasado la noche. El sofá ha resultado ser de lo más cómodo. Para plantearme comprárselo a un precio razonable. Es horrible, de color negro, le sentaría a mi salón como una imagen de la madre Teresa de Calcuta con dos Uzis, si bien, demonios, se duerme de fábula aquí.

Me incorporo un tanto y busco los pantalones colgados en una silla. Me los pongo y también la camisa. Sin abrochar esta y sin calzarme, me encamino a la cocina. Marco Gras está calentando un vaso de agua y colocando dos rebanadas de pan de molde en el tostador. Hay té a granel preparado para ser servido, llenando toda la estancia de olor a frutas. Lleva unos pantalones de deporte cortos y una camiseta lavada cien mil veces con la expresión *It´s not my fault*.

—¿Quieres desayunar?

—Buenos días, Marco. No, no quiero nada, me voy a ir enseguida.

—¿Ni siquiera un té o un café? Tenemos Nespresso. No se tarda nada.

—Uno rápido. De intensidad media, por favor.

—Veré qué tiene César por aquí. Yo soy más de té.

Coloca la cápsula en el aparato tras olerla primero y poner cara de desaprobación. Me examina con detenimiento.

—Al principio pensé que no existías —dice.

—¿Cómo?

—Me hablaba de su amigo Isaac Zarco casi como si fuera un dios. Por supuesto, pensé que teníais algo. Él siempre insistió en que solo erais amigos. Cuesta creerlo. Yo no tengo amigos del alma

a los que no…, en fin…

—César y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —le aclaro—. Lleva saliendo y entrando en el armario…, no sé, ¿una década? Yo he visto cómo se enfrentaba a esas deliberaciones durante años. Pero nuestra amistad es mucho más antigua. No deberías verme como a un rival.

Él se queda quieto como un fotograma congelado en una película de alta definición.

Mierda. Quizá sí debería leer más las mentes y anticiparme a esta clase de pifias.

—¿Qué ocurre?

Marco se abre la camiseta por el cuello y agacha la cabeza para echar un olfateo rápido a su olor corporal.

—Debería darme una ducha.

De acuerdo. No quería verme obligado a hacerlo. Hay pactos, hay reglas. Mi padre me enseñó a la manera del tío Ben, un gran poder, una gran responsabilidad.

Qué demonios.

Me concentro mínimamente. Fluye con tanta facilidad… Estoy en su mente superficial al instante, me cuesta el mismo esfuerzo que dejar de escuchar a algún pesado cuando se me pone delante y me habla de sus mierdas mientras yo dirijo toda mi atención a otra conversación que se desarrolla justo al lado.

Detecto un cierto temor, el síndrome del premio de consolación. Marco sí me ve como un rival. El Rival, de hecho. La imagen que se ha formado de mí, únicamente por la información que ha podido darle César, es la de un tipo perfecto e irresistible, una imagen idealizada. La figura inalcanzable. Y se siente intimidado. Lo cual quizá también sugiera que César le interesa de verdad. Suficiente.

Salgo de su mente, arrepentido.

—César y yo solo somos amigos —insisto.

Él me encara con un cierto deje de furia.

—Te tiene en un altar. ¿Es que nunca te lo ha dicho?

—Es posible, aunque no es lo que te imaginas. Su admiración tiene que ver con otras cosas.

—Oye, sé cómo funciona. A diferencia de él, yo llevo en esto casi toda la vida.

Saca las dos rebanadas del tostador y las coloca sobre el plato. Se sopla los dedos. En cuanto suena la alarma del microondas, yo mismo lo abro y con cuidado extraigo el vaso de agua caliente de su interior. Se lo coloco cerca de su plato. Creo que tengo mayor tolerancia al calor que mi interlocutor.

—Lo cierto es que me apetece una tortilla —dice—. ¿Quieres una?

—¿Tortilla? No.

—Con queso y york. Me quedan muy bien.

—No, en serio. Y me tengo que ir enseguida. —Lo pienso un momento—. Una tortilla con el té… Buena idea.

—Mira, Isaac —dice, ignorando mi último comentario—, he pasado por… bastantes movidas a lo largo de toda mi vida. No voy a tener tiempo para instruir a un *chico nuevo*, por decirlo así. Nunca he tenido ninguna relación de este tipo, aunque sé, por terceros, cómo va la cosa. Hay mucho turismo, no sé si me estoy explicando. Muchos vienen, pasan una temporada, habitualmente se compara con unas vacaciones, y luego se marchan. Fin. Ponen una muesca en su lista de tareas pendientes y a otra cosa. Quizá arrinconen la homosexualidad y se metan a practicar *puenting*, estudiar arte dramático o qué sé yo. —Al tarro de mermelada no le queda demasiado y Marco se queda mirando el interior; luego observa las dos rebanadas, como calculando si habrá suficiente—. Yo ya no puedo representar según qué papeles —dice—. Tengo una edad. No puedo ser las vacaciones de un turista.

—Háblalo con César. Ha experimentado más de lo que piensas. De turista, nada.

—Seguro que ha tenido muchos amigos con privilegios, por decirlo así. Pero ¿novios? Me da que ninguno.

—Quieres una relación formal.

—No me malinterpretes. Es genial vivir el presente, sin complicarse. —Se ríe de un modo muy campechano y luego se tapa la boca. Es el único movimiento que le he visto hacer con cierta *pluma*—. Si no tiene que durar mucho, que no dure. Lo que intento

decirte es que estoy mayor para perder el tiempo verificando las apetencias de un indeciso.

Marco deja caer el sobrecito de té sobre el agua del vaso.

—César sabe escuchar, ¿sabes, Marco? Si le hablas sin tapujos, atiende. Yo aquí al único al que veo con dudas… es a ti.

Mi Nespresso ya está listo. Le echo una única cucharada de azúcar, sirviéndome yo mismo sin pedir permiso. Conozco la casa. He estado aquí muchas veces. Marco parece estar dándole más vueltas de lo que debiera, extendiendo la mermelada por el pan como si la acción le supusiera un esfuerzo notable. Sin mantequilla. Calibrando en su mente, por lo que acierto a deducir, las palabras exactas que pronunciará en la conversación que tendrá lugar cuando yo me haya ido.

—Quizá me he venido a vivir con él demasiado pronto —dice ahora—. No llevamos tiempo suficiente. Conectamos enseguida. Entre… gais… la cosa va más rápido.

—Eso parece.

—Pero no tan rápido.

—Bueno, Marco. No es asunto mío.

—No es asunto tuyo, no. Por cierto, me acaba de venir a la cabeza. Él me dijo anoche, ya sabes…, después, que conoces a un inspector de policía. Un inspector.

Ahora mismo César me cae muy mal. Sí que hace las cosas rápido. Desde luego que sí. Sobre todo, cuando le indicas que no diga ciertas cosas y él las dice.

—No somos exactamente amigos.

—Pero es inspector. De policía.

—Lo es.

—Tengo entendido que toda la policía está en el caso de los suicidios en masa. Cabe imaginar que estará sufriendo una presión muy fuerte. Debe de ser todo un acontecimiento plantearse la posibilidad de tener un asesino en serie mediático en plena racha. No ocurre mucho. Y que obra de modo tan… sobrenatural. Deben de estar apretándoles las tuercas.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿No has hablado con él?

Mi teléfono móvil está en el salón. Quieto y cargando aún. Un simple objeto de plástico y circuitos que pretende llamar mi atención sin hacer sonido alguno. Como un asistente de pista de aterrizaje, entrecruzando los brazos extendidos y separándolos luego con los bastones lumínicos encendidos.

—No he hablado con él. Aún.

—¿Y si estuviera metido en el caso? ¿Te podría facilitar detalles?

Estoy convencido de que quiere facilitarme detalles. Estoy convencido de que quiere que le eche una mano, que vuelva a usar mis dones para hacerle el trabajo sucio.

¿Debería? No es asunto mío. Y mi padre, desde su tumba, con los brazos cruzados y cara de decepción me echaría en cara la siguiente muerte. Soltándome algún lema justiciero del tipo «el mal triunfa por la inacción de los hombres buenos».

Ocurriría en mi imaginación. Únicamente allí. Mi padre murió y se convirtió en el único muerto al que yo quería ver con mis habilidades mediúmnicas que me dejó plantado. Me garantizó que, si algún día a él le pasaba algo, me visitaría desde el más allá para contarme cómo es. No sé por qué falló a su promesa.

—¿Te facilitaría detalles o no? —insiste Marco.

—Mira —le doy un sorbo al café—, si me entero de algo que pueda servirte para el pódcast, te lo diré.

—No podrías presentarme al tipo, ¿verdad? Me gustaría indagar más activamente.

—No —se lo digo con suavidad, pero con firmeza.

Marco Gras pone los brazos en jarras y deja claro con su expresión que no soy santo de su devoción. No vamos a ser los mejores amigos del mundo, por lo que parece.

—Muy bien —dice.

—Sí. —Me acabo la tacita de un trago y salgo de la cocina—. Dile a César que gracias por la velada.

—Por supuesto.

Pienso vestirme a toda prisa, colocar más o menos el sofá para que no parezca que un tío ha dormido en él y airear el salón abriendo las ventanas. Con la firme intención de marcharme de

aquí antes de que transcurran los próximos cinco minutos.

Me pongo a ello.

CAPÍTULO 3

EL CIENTÍFICO

En este escenario del periodismo de investigación y, más concretamente, el especializado en enigmas y misterios, ha habido dos triunviratos durante muchísimos años: el radiofónico y el de revistas de papel. Este último estaba compuesto por las revistas *Misterios*, *El Otro Lado* y *Siglo 100*. Manrique Franzoni, el viejo Franzoni, ha sido hasta la fecha el mítico director de la última. Dijo que se retiraría cuando cumpliera los sesenta y cinco y, como todo el mundo ya sabía, al llegar a esas edades no cumplió su palabra. El puesto, oficiosamente, lo ha heredado uno de sus compinches, un hijo no legitimado: Manuel Ibones.

Viejo amigo mío. Creo.

Nadie duda de quién sigue mandando allí.

Si visitas hoy en día la redacción de la revista, lo verás a él, creyéndose muy jefe y procurando que alguien más se lo crea. Fracasando casi siempre. Lo cierto es que Franzoni continúa moviendo los hilos desde casa. En su chalé de Encinar de los Reyes, con sus muebles centenarios y su aroma a vela, incienso y karkadé recién hecho (y se las apaña para que estos olores permanezcan todo el tiempo), *el viejo* inspecciona su bandeja de correo y realiza llamadas a la redacción cada par de horas. Para ver cómo están las cosas y sentirse satisfecho cuando le responden que bien. Sus visitas a la redacción son acontecimientos muy sonados, temidos y anhelados a partes iguales. Por lo menos, en su imaginación.

Su casa es un templo de la sabiduría rancia y el esoterismo decimonónico. Ofrece la promesa de ectoplasmas saliendo de cajones, sonidos de cadenas en la planta superior y ventanas que el viento podría abrir en cualquier momento. Suele fallar a tales

juramentos, aunque debo reconocer que toda esa calidez y confortabilidad que la casa brinda a los visitantes se torna inquietud y desasosiego en una noche oscura, sin luz ni compañía. Como un bosque antiguo, evocador y sublime a plena luz del día y sencillamente terrorífico en mitad de la madrugada. Las estanterías están llenas a rebosar de libros de toda clase. De un par de clases, realmente. Algunos volúmenes están metidos a presión, horizontales con respecto al resto o incrustados de lado, como los muros de piedra de la ciudad inca de Cuzco, en Perú. No hay un orden preestablecido. O no se distingue al primer vistazo. Algunas baldas se arquean por el peso, el poder de la gravedad y el paso del tiempo. Más allá de los vetustos muebles hay columnas de libros en varios rincones. Columnas de casi un metro de altura que podrían vencerse con solo rozarlas. Encima del televisor, en la mesilla del teléfono, revistas y manuscritos, novelas y ensayos, artículos impresos, en fin, material moderno y antiguo. Una batalla campal de papel que se diría no tendrá un claro vencedor. La casa de Manrique Franzoni quiere ser la biblioteca de Alejandría cuando se haga mayor.

Según tengo entendido, existe una asistenta, o algo parecido. Una señora de unos cuarenta años o así de procedencia latinoamericana, que cobra por ir a la casa y pasar un plumero y una aspiradora por la moqueta y las desgastadas alfombras. Un trabajo que realiza una vez a la semana, muy condicionado por la orden explícita de no tocar ningún libro ni documento de los que abundan por allí. Todo es vital, nada se tira.

Llego al domicilio a media mañana. Franzoni me recibe vestido de traje y corbata. Es su atuendo de andar por casa. No es elegante, es… Maldita sea, lleva deportivas blancas, ¿cómo se le ocurre?

Palmaditas en el hombro, me aprecia de verdad. Me ofrece té. Debo elegir entre casi veinte urnas de té a granel con olores deliciosos aunque invasivos. Es demasiado generoso con el azúcar, así que le pido solo media cucharada de miel.

Yo soy más de café, pero estoy donde estoy. Debo adaptarme y cerrar el pico.

En cuanto salimos de la cocina, me lleva al salón, cuarto de estar por antonomasia de la vivienda, donde aguarda el doctor Pont, el otro invitado, con una taza humeante entre las manos. Sentado en un sofá que amenaza con tragárselo enterito en cuanto se despiste un poco.

¿Y él es quien necesita mi ayuda? Esto es nuevo. El doctor Pont siempre fue *el científico* en este mundillo del misterio. Había más científicos en el panorama, por supuesto; sin embargo, el que ondeaba la bandera del cientificismo y el pensamiento crítico era Tasio Pont, líder del Grupo Fobos, doctorado en física de partículas y amargado vocacional. Nadie supo nunca por qué se metió en todo este rollo de la parapsicología. Supongo que para dar lecciones a los ignorantes investigadores, mayoritariamente crédulos, y demostrar fehacientemente que sus procedimientos cabales le daban entidad a la parapsicología. Él hacía investigación de verdad; el resto, pseudociencia.

—Isaac Zarco —dice mientras deja sobre una mesa la taza de té, procurando no depositarla encima de varios papeles que se encuentran allí. Me ofrece la mano con media sonrisa—. Vaya, no sé si te acuerdas de mí.

—El doctor Tasio Pont —interviene Manrique, incapaz de no ser el coordinador de todas las conversaciones en las que esté presente—. Del Grupo Fobos.

—Sí —respondo yo—. Lo sé.

Pont decide añadir firmeza al apretón de manos, que ya empieza a durar más de lo debido. Yo accedo a apretar más. Qué remedio. Este juego es tonto y lo ha empezado él, y yo estoy dispuesto a ganarlo. Le destrozaré la mano y me la llevaré de trofeo. Son tus reglas, tú verás. Con su metro sesenta y poco, su constitución delgaducha y sus gafas de montura brillante es la definición perfecta de lo que siempre se ha entendido como científico chiflado. Le falta la bata blanca. Y una jeringuilla con un líquido verde fosforescente.

Él aparta la mano sin disimular que ya le está doliendo.

—Yo era muy amigo de tu padre —dice—. Sentí mucho…

—Fue una lástima para todo el mundo.

—Su grupo de investigación…

—El Grupo Prometeo.

—El Grupo Prometeo. Fue todo un referente en los años noventa.

—Sí, era su pequeño gran orgullo.

—Lo del profesor Preuss… —el buen doctor busca apoyo en la mirada de Manrique—. Fue trágico.

Manrique mira al suelo, aún dolido por aquello. Han pasado unos años, pero él lo siente como reciente. Lo sé. Con certeza.

—Trágico.

—Sí. Pero todos nos lo temíamos desde hacía tiempo. En cambio —vuelve a mirarme con atención—, tu padre era tan joven. ¿Cuántos tenía? Poco más de cincuenta, ¿no?

—Cincuenta y nueve —asiento con los labios fruncidos—. Sí, cincuenta y nueve.

—Cincuenta y nueve. Vaya. Todavía era joven.

—Sentémonos.

Manrique Franzoni es un anfitrión descuidado para casi todo, a pesar de contemplar detalles muy sutiles que lo engrandecen como persona. Comenta que no hay muy buena cobertura en esa parte de la casa y me facilita una tarjeta con la contraseña de su wifi. Mi teléfono ya la tenía memorizada de alguna otra ocasión. Con todo, espero no ser molestado. Un inspector pertinaz me viene atosigando desde hace días, por lo que agradeceré este pequeño oasis de las ondas de comunicación. Pongo el aparato en modo avión y me introduzco por mi propio pie en el reinado de los preliminares.

—¿Cómo va la revista? ¿Tenéis pensado seguir publicándola en papel mucho más tiempo?

Y nos enfrascamos en una conversación que nadie quiere, que no es el motivo de nuestra reunión pero que nos hará sentir cómodos en estos primeros minutos.

~

Después de hablar de la digitalización de los medios de

comunicación y de prácticamente cualquier aspecto de la vida (con especial atención al asunto de la banca y de cómo ahora tener una oficina de tu banco cerca de casa es menos importante que el hecho de que su *app* te parezca intuitiva), se hace ese silencio que precede al momento de la verdad. Es como besar a alguien. No hay una ciencia exacta y nadie te dirá cuándo es el momento adecuado de lanzarte a ello, pese a que, si pasa el instante, si el tren sale de la estación y resulta que lo has perdido, lo sabrás puntualmente. Y luego es muy difícil solucionarlo.

Esto va a ser menos dramático que un beso, qué duda cabe.

—Bueeeeno…

—En fin…

El doctor Pont se marca un triple salto mortal sin red.

—Creo que estoy poseído.

Me deja helado. No me atraganto porque no estoy bebiendo en este momento. Me planteo por un instante si no será una broma. Manrique Franzoni, que debe de conocer la historia en detalle, se limita a mover nerviosamente la pierna derecha. Como si estuviera siguiendo un ritmillo enfermizo. *Jazz* fusión.

—¿Poseído?

Pont se retuerce en el sofá y realiza un par de aspavientos.

—No lo sé. Está siendo muy extraño. Me acuesto en la cama o me desvanezco en cualquier lugar, sin previo aviso, y despierto en lugares imprevistos. Sé que he hecho algo, durante horas, pero no tengo conocimiento de ello.

—¿Es sonámbulo?

—Jamás lo he sido.

—¿Le ha tratado un especialista? Podría ser un trastorno de personalidad múltiple.

—No. No lo creo. Es Renzo. Es… —se pasa una lengua seca por el labio inferior—, ¿cómo decirlo? Renzo es nuestro fantasma.

Manrique alza una mano hacia el rostro del doctor Pont y deposita la otra sobre mi rodilla.

—A ver, no vayamos tan rápido.

—Claro —respondo yo—, sigamos hablando de las aplicaciones de los bancos.

—No, me refiero a que… Isaac, yo he escuchado la historia. Es muy compleja. Y sé que debe de haber mucho más. Le he explicado a Tasio, al doctor Pont, que tú, ya sabes, tienes talentos y podrías…, aunque es posible que no quieras, porque te conozco y, asumiendo que seas reticente, me gustaría aclarar que aceptaríamos tu negativa, a pesar de que sería mucho más rápido, útil y preciso que accedieras a…

—¿Es cierto que eres telépata? —inquiere Pont. Hay un mínimo resquicio de escepticismo descortés que no me gusta en su tono—. Además de médium, ¿también eres telépata?

—No me gusta ninguna de esas dos palabras. Soy psíquico. Algunos psíquicos pueden hacer unas cosas y otros otras.

Franzoni me da un par de palmaditas en la rodilla.

—Isaac, creo que sería buena idea que nos ahorraras tiempo a todos y le hicieras una lectura en firme al doctor Pont. ¿Te prestas, Tasio? Dijiste que estarías dispuesto a meterte en nuestro terreno.

—Si lo puede hacer, que lo haga.

Debo admitir que la situación me genera cierto interés malsano. Me he asomado al interior de muchas mentes. Es así. No es muy ético y he estado luchando para no ceder a la comodidad de sondear a todo el mundo todo el tiempo. Ahorra problemas y te anticipas a cualquier tipo de interacción social; es más útil de lo que ya de por sí parece, a pesar de que tiene un coste muy alto. Aquí el gran morbo del asunto me lo genera el hecho de no haberme metido nunca en la mente de un poseso.

Para un investigador de fenómenos paranormales es una oportunidad demasiado fascinante para mantenerse al margen.

Posesión. Lo cierto es que no estoy muy versado sobre el tema. Sé que un psíquico de gran poder puede llegar a controlar a una persona, someterla a su voluntad y obligarla a hacer cualquier cosa. Lo sé muy bien. No obstante, ¿espíritus demoníacos que se meten dentro del cuerpo de la gente? Creo que, si sondeara una mente telepáticamente, podría detectar algo así. Una posesión se presenta ante mí como una oportunidad única de echar un vistazo a lo desconocido, tan desde dentro como es posible observar. Mi héroe honorable interno clama por evitarlo, pero el investigador de

lo paranormal, en cambio, exclama que es mi obligación.

—De acuerdo. Veamos. —Le doy un último trago al té, depositando la taza sobre la mesa abarrotada de objetos—. Antes de empezar, y aún no he decidido si lo voy a hacer —aunque lo voy a hacer—, quisiera formular un par de preguntas.

—Por supuesto.

—¿Siente aversión hacia lo sagrado?

—No. No creo.

—Manrique, ¿tienes algún crucifijo o algo así?

—Sí. —Se levanta para acercarse a un aparador de madera desgastada y recoge un Cristo de bronce. Se acerca con pasitos lentos y remilgados al doctor Pont y se lo ofrece—. ¿Sientes algo?

Imágenes religiosas. Algunas son… terroríficas. Pero no es el momento de reparar en mis fobias personales.

—No —dice Pont, encogiéndose de hombros.

—Sostenlo entre tus manos, Tasio. —Se lo entrega.

Pont le da un par de vueltas entre los dedos. Lo mira de arriba abajo.

—¿Qué se supone que debe pasar?

—Nada —sentencio yo—. Puede dejarlo sobre la mesa.

—¿Y si probamos con agua bendita? —me pregunta Manrique, servicial.

—¿En serio tienes?

—¿Una Biblia, quizá?

—No. Está claro que no es una posesión demoníaca. Doctor Pont —me inclino un poco sobre mis rodillas, ligeramente encorvado—, ¿ha visto *El club de la lucha*? La película.

—¿*El club de la lucha*?

—Brad Pitt, Edward Norton…

—Sí, sí.

—¿La recuerda?

—No demasiado bien. Me pareció muy desagradable.

—¿Recuerda el final?

—Sí.

—¿Diría que lo que le ocurre a usted es algo parecido a lo que le ocurría al protagonista? Quiero decir, ¿es algo más parecido a

un ente independiente que se apodera de su conciencia y hace cosas con su cuerpo, al margen de su control? El personaje de esa historia se dormía en cualquier sitio, como si sufriera narcolepsia, y despertaba donde fuera, habiendo hecho vete a saber qué. Su otro yo era nocivo y pernicioso. ¿Es algo así?

Pont se quita las gafas y limpia los cristales con un pañuelo que ha aparecido de repente en su otra mano.

—Yo apostaría por ello.

—¿No tiene pistas sobre lo que ha podido hacer mientras permanecía inconsciente?

—No. Pero me temo lo peor.

—Y eso ¿por qué?

Pont traga saliva.

—Es Renzo. Creo que es él.

—Renzo es su Tyler Durden, ¿es eso?

—¿Quién?

—Me refiero a si es su Brad Pitt en *El club de la lucha*. ¿Comprende?

—Oiga, Zarco, no recuerdo muy bien la película. Me pareció complicada. No llegué a entrar en la trama. Podría ser. Renzo no era real… Hasta que lo inventamos. El Grupo Fobos. Yo…

Manrique también se incorpora un tanto de su asiento y sitúa su rostro muy cerca del mío.

—Es una historia muy larga —susurra, como si el doctor no pudiera escucharnos—, y creo que podrías sacar más detalles esclarecedores si le lees la mente. Verás más que él, porque estarás colocado en una posición de objetividad plena. Ya sabes a lo que me refiero. Incluso podrías ver a ese tal Renzo por ahí dentro. No sé. Quién sabe.

Lo que está claro es que, hablando, con la poca facilidad de palabra del doctor Pont (aunque puede deberse al nerviosismo) y ya sospechando que me oculta información vital porque aún no se fía de mí, no vamos a esclarecer el asunto. No con presteza.

Tengo que obligarme a odiar la idea de volver a hacerlo. Introducir mi mente en la mente de otro. Me prometí que no lo haría si no era estrictamente necesario.

Aunque lo sigo haciendo. Me comporto como alguien que deja el tabaco reduciendo su dosis de nicotina diaria. De cuando en cuando, no pasa nada por un cigarrito.

Así no dejas el vicio nunca.

Podría tener a un hombre poseído delante de mí. O a alguien con doble personalidad, y sería la primera vez que me enfrento personalmente a eso.

Parece un caso importante. Pont es físico de partículas, tiene en la parapsicología una afición excéntrica. No es el típico fan de los fantasmas que se cree todos los dogmas de la Sociedad Espírita. Eso le hace sentir incómodo ante toda esta situación. No quiere llamar la atención, no reclama sus veinte minutos de fama. Si pudiera, se ahorraría este trago.

—De acuerdo, doctor, le voy a decir cómo funciona esto. —Siento el estremecimiento de Manrique Franzoni, entusiasmado ante la perspectiva de lo que está a punto de pasar—. Ahora debe relajarse. No se levante del sofá, no haga nada. Puede hablar con Manrique, si quiere. Yo me voy a concentrar. No me interrumpan, ¿de acuerdo? Para una lectura superficial no sería necesario que yo entrara en trance. Podría saber cuál es su línea de pensamiento consciente sin perder contacto con la realidad que me rodea. Podría escuchar, podría oler, incluso hablar. Sería como ojear un vídeo de internet mientras estoy en una conversación con dos personas presentes.

»Esto será diferente. Voy a escarbar en recuerdos pasados. Voy a ir directamente al origen de la experiencia. Y usted debe echarme una mano. Concéntrese en ese recuerdo. Cuando empezó todo. El origen. Yo sé que usted lo sabe. Ha venido con una explicación para su caso. Renzo. Quiero ver, a través de su memoria, cómo ha ocurrido todo. Desde allí yo podré tirar del hilo. Únicamente necesito que usted me abra la puerta. Piense intensamente en esa vivencia, en el primer día, ese que dio lugar a los acontecimientos que le han llevado hasta aquí. ¿Me está escuchando?

—Sí.

—¿Piensa colaborar?

—Sí —resopla con paciencia—, no tengo opción.

—No va a sentir nada. No va a detectarme dentro de su cabeza. Voy a ser un intruso invisible. Y no va a resistirse.

Me evito el decirle que probablemente no podría resistirse ni aunque quisiera. Con una simple acción de proyección mental sondeo su conciencia superficial.

—Doctor Pont, ha sido usted el que ha pedido ayuda —le aclaro—. Ha solicitado mis servicios porque había oído hablar de mi habilidad. Por eso está aquí.

—Yo no he dicho nada.

—Estaba preguntándose cómo había llegado a esto.

—Buen truco.

—¿En serio me va a poner a prueba?

—¿Cómo dice?

—5843 —respondo.

Se queda muy quieto. Con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo ha adivinado…?

—Podemos empezar cuando usted guste. ¿Quiere más demostraciones?

—Solo quiero que me diga cómo lo hace.

—Es fácil. Puedo hacerlo. Es tan sencillo para mí como mirar un cuadro. No es un truco.

—Una demostración más, si no le importa.

—París. El color azul. *Pizza*. Baloncesto… ¿Bosón? Y sí, puede pensar en otro idioma, me va a dar igual. *Spezielle relativitätstheorie*.

Le doy unos segundos para que se recomponga. Como hombre de ciencia que es, lo está llevando peor que una persona normal. Todo su mundo de fórmulas y teoremas se está derrumbando y… no debe de ser fácil asumirlo.

—Es monstruoso —dice.

—Podría serlo.

—Tal habilidad…, poder… en malas manos sería…

—Sí.

Siento su miedo. Aún estoy conectado a su mente desde mi asiento, en este salón que haría las delicias de Guillermo de

Baskerville. Ya no hay ni un ápice de desprecio en el pensamiento superficial de Tasio Pont.

—Muy bien —dice—, adelante. Estoy preparado.

Y yo me relajo en el sofá y cierro los ojos. Me concentro para una inmersión mental profunda.

Allá vamos.

CAPÍTULO 4

DESFORTES, UNA HISTORIA DE ORIGEN

La idea era simple: crear un fantasma.

¿Se podía hacer? En realidad, ya se hizo. El experimento Philip, de 1972, a pesar de contar con un grupo de investigación de carácter fiable y de llevarse a cabo dentro de una severa supervisión, arrojó resultados poco sólidos. Los experimentadores no se cansaron nunca de señalar que fue un éxito, pero la comunidad parapsicológica internacional se dividió entre los que les concedieron el mérito y los que no dieron crédito alguno.

Lo recuerdo perfectamente, mi padre me habló sobre ello.

El doctor Pont recogió la idea y, por lo que puedo vislumbrar, quiso llevar el experimento más lejos. No estaba mal inspirarse en el trabajo de otros, pensaba él. Más aún cuando pretendía superarlos, en beneficio de la ciencia, eso sí.

—En beneficio de la ciencia —les dijo a los demás—, y, quién sabe, si ganáramos algo de prestigio con esto, no nos vendría mal.

—Quieres un Nobel, admítelo —dijo la doctora Landra.

Él debería haber respondido que sí, de haber querido ser sincero. No estaba muy interesado en ofrecer esa visión.

Fue Carlos Borman, el sensitivo principal del experimento, quien intervino entonces. Qué mal le caía.

—El Premio Nobel *magufo*, ¿no es en realidad un Ig Nobel?

Pont le odiaba por su barbilla de superhéroe, sus hoyuelos al sonreír y ese tono corporal de Adonis. Y su actitud, claro. Quizá aquello era lo peor de todo.

—Que lo diga el aspirante al próximo Razzie a actor de

reparto tiene su miga. No te lo voy a negar.

Borman no era buen actor. Solo había hecho basura. Papeles de quitarse la camiseta y enseñar algo de nalga en dramas juveniles. Si es que se podía llamar drama a eso. El menos capacitado de los cuatro presentes. En cambio, el mejor médium. Eso Pont se lo concedía. Porque Lorena Ruth había desarrollado cierta capacidad extrasensorial, aunque no había entrenado demasiado sus potencialidades.

—Si sobro —dijo Borman—, solo tenéis que decírmelo. Y me iré.

Pont se mordió el puño figurativamente. Le hubiera encantado decirle que sus servicios ya no eran necesarios, que podía montarse en ese flamante Audi color moco radiactivo y volverse por donde había venido. Oh, sí, hubiera estado bien.

Como psicóloga del grupo, la doctora Landra debía calmar los ánimos. Palmeó el hombro de Pont y sonrió con displicencia.

—No hagas caso al científico cascarrabias. En el fondo, le encantó tu última película.

«Sobre todo los créditos finales». El doctor Pont lo pensó, lo degustó, abrió la boca para empezar a decirlo.

—Claro, claro —se limitó a decir.

Borman observó la punta de sus pies y chasqueó la lengua.

—Reconozco que no ha sido mi mejor trabajo. Igual que sigo pensando que una investigación parapsicológica no puede ser el mejor trabajo de un doctor especializado en física de partículas.

Pont le ignoró, a pesar de que la pulla solo podía ir por él. Rebuscó en el bolsillo y extrajo el manojo de llaves. Observó el edificio que se alzaba ante él, a ocho metros. El caserón Desfortes. Los demás estaban sacando las bolsas de viaje y maletas del interior de los coches. Habían venido en tres vehículos, en una procesión ágil que hubiera activado cualquier radar colocado por el camino. Disponían de nueve meses completos para llevar a cabo el experimento. No había prisa. Pero todos ellos se mostraron emocionados y ansiosos por comenzar. Alguien había preguntado en el grupo de WhatsApp creado para la ocasión si la primera sesión de *ouija* se llevaría a cabo esa misma noche. El morbo que

suscitaba todo el asunto era difícil de controlar. Pont había visto muchas fotografías antes de llegar al emplazamiento. No le impresionó ninguna de ellas. Pero el lugar tenía algo cuando se observaba de primera mano. Impresionaba.

—Menudo sitio —dijo Landra—. Va a ser difícil no dejarse llevar por la sugestión.

Un poco de sugestión sí sería necesaria para el experimento. Tasio Pont así lo contemplaba. El miedo era capaz de hacer tangible lo intangible. Y de alguna manera, habían ido allí para conseguir precisamente eso.

—No está mal —dijo.

Ruth buscó la mirada de Borman.

—Yo no siento nada, ¿y tú?

El actor guaperas se encogió de hombros mientras revisaba de una en una las ventanas de la fachada frontal.

—Es pronto para decirlo.

—Es el lugar perfecto —sentenció el doctor Pont, y abrió la puerta de la entrada.

En cuanto accedieron al interior del caserón, todo el olor a cerrado les inundó las fosas nasales. Desde su construcción en 1899 solo había sido útil la mitad de su existencia, y había sido cerrado hasta en tres ocasiones por diferentes motivos. Dentro del panorama parapsicológico era el típico lugar con tradición paranormal. Allí pasaban cosas raras. O eso decía la leyenda.

Su deterioro le daba ese matiz tenebroso que se les supone a las mansiones encantadas. La propiedad tenía dueño y se realizaba un esfuerzo programado por la administración provincial para mantener el inmueble en condiciones. Eso, y que el acceso implicaba atravesar una verja de hierro de gran altura, libró al inmueble del vandalismo habitual en esta clase de lugares con misterio.

Desfortes estaba deshabitado, no abandonado.

—¿No fue incautado este sitio para albergar un hospital durante la Guerra Civil? —preguntó Ruth, aunque al doctor Pont le pareció que sabía mejor que nadie la respuesta.

—Es solo una de las historias. Pero sí, murieron docenas de

personas aquí. El anterior dueño se suicidó. Se voló los sesos. —Algunas hipótesis apuntaban a que fue un accidente producido mientras engrasaba una escopeta de caza, aunque, por otra parte, ¿por qué aliviar la tensión? Lo importante ahora era jugar al máximo con el factor sugestión—. Nadie es capaz de aguantar mucho tiempo aquí.

—Nadie vivo —añadió la doctora Landra, con evidente satisfacción.

Carlos Borman dejó en el recibidor dos maletas aparentemente pesadas y se puso a correr cortinas rígidas y polvorientas y subir persianas que protestaron con un chirrido lastimero. La luz solar iluminó un interior apenas sobrecargado, sin estilo barroco… Sorprendentemente anodino. Moderno para lo que sugería el exterior.

Pont sintió decepción. Creyó ver que todo el grupo se sentía igual. Nadie dijo nada al respecto.

Borman sacó varios detectores de movimiento de una maleta y los dispuso sobre el suelo para examinarlos.

—¿Sabéis que este caserón está entre el desvío a Colls y el de Espills? Y ambos pueblos están deshabitados. Es una región ideal para ver luces no identificadas por la noche. ¿Lo haremos?

—No forma parte del experimento. —Pont estaba empeñado en aguarle cualquier fiesta al actorcillo.

—Apenas hay contaminación lumínica. Sería ideal dedicar una noche a observar el firmamento.

—La ufología no está dentro de…

—Cuando mejore el tiempo podríamos hacerlo —intervino Lorena Ruth—. Nos van a sobrar noches a lo largo de estos nueve meses. —Sacó una videocámara profesional del maletín reforzado que había llevado al hombro y le acopló un micrófono con *antiviento*. Se había gastado una pequeña fortuna en ese aparato y estaba dispuesta a amortizarlo desde el primer minuto. Y hablando de dinero—: Tasio, ¿cuánto te ha costado alquilar este caserón?

—No quieres saberlo. Y desde luego no me preguntes eso cuando te pongas a grabar.

Ruth abrió la tapa de la pantalla anexa de la videocámara y,

tras navegar por el menú, se dispuso a grabarlo todo. Colocó el objetivo delante de su cara, igual que si fuera a hacerse un selfi, y giró la pantalla de visionado para ver si recogía un buen plano de toda su cabeza, con los brazos estirados al completo.

—Lo primero de todo, una breve introducción. —Accionó el botón rojo de grabación y se aclaró la voz—. Seis de abril. Diecinueve horas. Grupo Fobos. Compuesto por el doctor Tasio Pont, físico de partículas. Doctora Tamae Landra, especialista en psicología. Nuestro médium principal es Carlos Borman y yo seré la médium de apoyo, Lorena Ruth, de profesión enfermera… —Acercó la cara hasta meterla dentro de los parasoles del objetivo y susurró—: Y el mejor culito de este cuarteto.

La doctora Landra pasó a su lado mientras extendía sobre el suelo un manojo de cables.

—Borra eso, anda —le dijo con paciencia—. No desperdicies memoria. No sabemos cuánta necesitaremos.

Ruth navegó por el menú de la pantalla y borró el vídeo. Miró los altos techos y le sorprendió no encontrar ni una tela de araña. De hecho, las barandillas de las escaleras centrales que comunicaban el vestíbulo con la planta superior no tenían mucho polvo. Ni carcoma. El suelo se veía bien cuidado a pesar de no contar con una sola alfombra.

Cuando la chica volvió a poner la videocámara a grabar hizo un trávelin lento por todo el recibidor, las escaleras, las ventanas y los amplios pasillos que había a ambos lados. Le llamó la atención la ausencia de polvo en suspensión y orbes reflectantes.

—Estamos dentro del caserón Desfortes —dijo, con su voz radiofónica entrenada—. También llamado palacio de Calandras o villa Zardón. Es el día 1 del experimento Renzo. El doctor Tasio Pont es la principal cabeza pensante de esta investigación. —Le encuadró en un primer plano amplio, permitiendo que se viera parte de los hombros y un fondo generoso—. La idea es que la experimentación dure nueve meses. ¿Alberga ese margen de tiempo alguna simbología, doctor?

Pont se puso muy recto y se quitó las gafas antes de usar su tono más formal. La cosa ya iba en serio.

—Es evidente que sí, enfermera Ruth. Si un ser humano necesita de ese tiempo para empezar a existir, es justo que Renzo disponga de esos mismos meses. A pesar de que, siendo estrictamente sincero…

—Espera, no se está grabando.

—No me jodas.

—Pensaba que… —Ruth se puso a trastear en el aparato hasta que una luz roja la hizo sentirse aliviada—. Vale, ahora sí. Lo siento. Espera. —Volvió a realizar el mismo trávelin por todo el recibidor mientras se escuchaban algunas risas reprimidas fuera de plano—. Es el día 1 del experimento Renzo. El caserón Desfortes es el lugar elegido para crear un fantasma psicosomático. —Nuevamente, la enfermera sensitiva enfocó al líder del grupo, pero la expresión de este se antojaba mucho más gélida—. El doctor Tasio Pont es la principal cabeza pensante de esta investigación. Díganos, doctor, la idea de que el experimento dure exactamente nueve meses, ¿guarda algún tipo de simbología?

—Sí.

Un silencio incómodo se apoderó del lugar. Ruth apartó la vista de la pantalla del aparato y miró a su entrevistado.

Las risas de la doctora Landra liberaron no poca tensión.

—Y punto, niña —escupió la mujer, teatralmente—. ¿Te has enterado?

Carlos Borman se rio también, pero el físico se negó a verle la gracia al asunto y, tras ponerse de nuevo las gafas, enfiló por uno de los pasillos.

—Seguid sacando todo el equipo —dijo mientras se marchaba—. Nuestras dependencias estarán en el ala este. Deberíamos echar un vistazo al caserón antes de seguir.

—¿Cuál es el ala este? —preguntó Ruth mientras accionaba el botón de apagado de la cámara.

—Por donde voy a perderos de vista. ¿Veis mi espalda? Pronto se perderá en el ala este. Seguid mirando, ya queda poco.

El resto del grupo no perdió detalle hasta que torció una esquina y desapareció.

No obstante, se quedó parado en el pasillo. Moriría antes que

confesar que aquel pasillo le paralizaba por completo. Era la clase de pasillo largo, con ventanas a un patio interior, a juzgar por la luz que entraba de fuera, que conducía a una estancia con la puerta entreabierta. Una habitación en la que el doctor nunca se atrevería a entrar solo. Si quería propagar una atmósfera de tensión para disparar la sugestión del grupo, él sería la primera víctima. Así que se quedó parado en el pasillo. Fuera del campo de visión de los demás. Y escuchando perfectamente lo que decían.

—Es bastante más imbécil de lo que parecía por escrito —dijo el actor.

—Tiene sus cosas —dijo Landra—. No se lo tengas en cuenta. Tiende a juzgar a la gente por su currículum.

—¿Qué problema hay con mi currículum?

—Nada. Pero procura prestar atención a su trabajo y hazle muchas preguntas. Si te interesas por lo que hace, le caerás bien.

—¿Soy yo el que tiene que caerle bien?

—En aras de la ciencia.

—¡En aras de la ciencia!

—Venga, ve a echar un vistazo por ahí, a ver qué sientes.

Borman no parecía intranquilo con todo aquello del caserón. Sus dotes mediúmnicas habían sido puestas a prueba en diferentes ocasiones. Varios grupos de investigación parapsicológica se rifaban sus servicios. Pero no era buena señal que no sintiera nada de nada una vez dentro del llamado palacio de Calandras. ¿Estaría la realidad por debajo de la leyenda? Probablemente necesitaba más tiempo.

—Voy contigo —se ofreció Ruth—. Yo también quiero comprobar qué sensaciones ofrece el sitio.

Pont se asomó a espiarlos.

Borman abrió los brazos y la enfermera se agarró a él, guiñándole un ojo.

—Esto no es serio —susurró Pont.

Los dos se fueron por el ala oeste, dejando a la psicóloga completamente sola en el recibidor de la enorme casa.

Tamae Landra era la más escéptica del grupo. Una visión necesaria en una investigación de este calibre. Con todo, el lugar

intimidaba incluso si no se habían hecho los deberes. Aquellas historias sobre perros que se volvieron locos y atacaron a niños pequeños, la criada asesina, el grupo de gamberros que se coló y acabó en diferentes psiquiátricos... Eso se podía respirar en el ambiente. Estaba allí, como el océano al otro lado de la esclusa de un submarino. Y no se te ocurre abrir.

La sensación de sentirse observado no era objetiva. Pont lo sabía bien. Su mente racional tenía la respuesta inmediata: «No hagas caso». Se preguntó si su buena amiga la doctora Landra también se permitía aquellas divagaciones.

—Si hay alguien aquí —la vio susurrar, mirando a las esquinas más elevadas de la estancia—, que haga una señal.

No obtuvo respuesta.

~

Tardaron una hora en explorar todo el lugar y sentirse abiertamente desencantados ante lo poco tenebroso que resultaba. Una paradoja inesperada. El interior del caserón no tenía nada de aterrador, pero desasosegaba. Sin duda ese trasfondo de Desfortes, su leyenda, hacía más estragos en las mentes sensibles que su apariencia física.

Los dos sensitivos del grupo no advirtieron presencias ni ningún tipo de sensación extraña. Por dentro, la ilusión de mansión encantada que podía ofrecer el exterior desaparecía. Apenas había mobiliario y el buen estado del edificio no les servía de mucho sin agua corriente y electricidad. Ni estatuas inquietantes, cuadros perturbadores o enseres cubiertos de sábanas. Al menos los materiales parecían robustos. Ningún crujido de madera vieja ni sonidos extraños procedentes del sistema de cañerías. Se diría que el caserón se había beneficiado de una reforma completa haría no más de una década. Era un lujo que no hubiera insectos ni alimañas peores.

El mayor problema lo suponía la imposibilidad de satisfacer las necesidades de higiene, sueño o culinarias. Confortablemente, al menos.

—Teorías para que esto esté tan limpio —propuso la doctora Landra cuando todo el grupo se reencontró.

—Un servicio de limpieza —respondió Ruth.

—¿Para qué? No se está usando para nada. ¡Espera, no me lo digas! Los fantasmas lo limpian.

—Qué graciosilla eres.

—Ruth tiene razón —zanjó el doctor—. Hace unos días, con motivo de nuestro alquiler temporal, se limpió todo el caserón. Y ahora, centraos en lo importante, os lo ruego.

Se habían ofrecido alternativas de última hora para la confortabilidad; no obstante, ninguna serviría a largo plazo. No había más remedio: tendrían que alquilar habitaciones en uno de los pueblos cercanos. Desplazarse todos los días. Llegar a Desfortes comidos y aseados. Un inconveniente importante, pues el doctor Pont contaba con no salir del lugar en semanas. La opresión del sitio debía formar parte de la experiencia. La casa debía sentirse, metérsele en los huesos.

—Podríamos comprar provisiones —dijo Pont, una vez revisada la lista de inconvenientes—. Un hornillo portátil. Comida de campaña. Latas. Baterías de recarga para todos los aparatos, no sé… Unos colchones y mantas.

La idea fue recibida con poco entusiasmo. La enfermera Ruth odiaba las acampadas y vivencias parecidas. En su día recorrió media Europa en una furgoneta y no volvería a pasar por eso. Quería evitar esa desidia y ese abandono en que caían las personas en cuanto se veían privadas de ciertos lujos. En poco tiempo, según ella, aquello sería una cuadra apestosa. La doctora Landra asintió a cada reproche.

—Yo tampoco lo veo —añadió Borman—. No penséis que porque soy un tío voy a tener mejor tolerancia al hedor humano.

Pont le destruyó con una mirada láser en su imaginación unos segundos antes de continuar exponiendo soluciones.

El problema principal tenía que ver con el tiempo total asignado al experimento. Cualquiera del grupo podría aguantar dichas condiciones un fin de semana. ¿Nueve meses? Ni hablar. Y no había nada que hacer. Eran damiselas y señoritos de ciudad. No

aceptarían dormir en un colchón tirado en el suelo durante tres trimestres.

Entonces Pont, tras sopesar lo bien que les habría venido una guerra civil en condiciones para dejarse de pijadas, alcanzó una conclusión aceptable.

—Vendremos solo por las noches.

Esto se alejaba mucho del plan original. Aunque toda la operación se había dispuesto contando con que habría flujo eléctrico y agua corriente en el caserón. Sin algo tan indispensable para el ser humano del siglo xxi, por fuerza había que abrazar el mal menor.

—Dormiremos por las mañanas en una pensión o una casa rural. Alquilaremos algo en Arén, a diez minutos de aquí en coche. Puede que hasta tengan un restaurante decente. Dormiremos toda la mañana en camas pulcras y blanditas, haremos vida por la tarde en esa zona poblada mientras preparamos el caso y aprovecharemos esas horas para abastecernos de la tecnología que luego traeremos aquí. En cuanto anochezca, volveremos. Dejaremos las noches para Desfortes. Cada una de las doscientas setenta noches que va a durar el experimento la pasaremos aquí. Sacaremos jugo a cada minuto. Hasta que no amanezca, no sale nadie de aquí. Turno de noche, damas y caballeros.

—¿Es necesario que sea siempre de noche? —preguntó Ruth.

La psicóloga del grupo fue quien respondió.

—La principal herramienta para crear a Renzo es el condicionamiento. Y la sugestión es el combustible ideal.

—Correcto —dijo Pont.

—Hablamos de miedo —concretó Borman. El actor se paseó por el recinto en el que se encontraban. En teoría, era una sala de música en la planta inferior. Habían elegido esa estancia para la reunión por ser la que disponía de mejor luz en el ala este—. La sugestión es solo un síntoma.

Landra humedeció los cristales de sus gafas con su aliento y luego los limpió con un pañuelo.

—Por la noche este sitio cambiará. Ya lo veréis. Todo será diferente.

—¿Todo el mundo conforme? —El doctor Pont quería zanjar el asunto cuanto antes. Una vez que vio que nadie ponía pega alguna por primera vez desde que llegaron, continuó repasando la primera fase del plan—. Empezaremos por el condicionamiento. La pérdida de contacto con el escenario principal va a afectar al progreso de la investigación. Todo va a ir más lento, así que tendremos que esforzarnos más. Hemos establecido un guion y debemos aprendérnoslo.

—¿Hay que memorizarlo? —quiso saber el actor.

—No, Carlos. Es como un chiste. Te quedas con lo importante y lo cuentas con tus propias palabras. Aunque algunos datos deben memorizarse, sí. Son datos exactos. De eso me he ocupado yo. Básicamente, la historia. La doctora Landra se ha ocupado del aspecto íntimo del individuo.

—La persona y su trasfondo sentimental —concretó ella.

—Exacto. Y vosotros dos —señaló a Borman y Ruth— debéis profundizar en esa ficción e interiorizarla. Debéis implicaros emocionalmente. La carga psíquica que aportéis a la experiencia le dará dimensión.

—Comprendo —dijo el actor. Sonrió a Ruth y ella le devolvió el gesto tímidamente—. Lo haremos bien, ¿verdad?

La enfermera se limitó a ruborizarse.

Pont se acomodó en el suelo, adoptó una postura de yoga y echó mano de su bandolera. De allí sacó un dosier y lo colocó delante de él. Los demás se sentaron alrededor. El sitio solo ofrecía espacio vacío. Comprar sillas plegables sería de agradecer.

—Hay cuatro copias. Lo que os mandé por *mail* era la primera versión. Aquí está la versión definitiva. Hemos actualizado… Bastante, ¿no? —buscó la mirada de la psicóloga.

—Casi todo.

—Bueno. Ahora ya ha quedado perfecto.

Carlos Borman ya había pasado noches enteras persiguiendo fantasmas en caserones de todo tipo. No parece que Pont supiera eso entonces. No detecto esa información en su mente. Yo mismo llegué a conocer a Borman. No íntimamente, hablamos solo en un par de ocasiones. Escribió unos cuantos artículos para la revista

Siglo 100 cuando yo estaba metido hasta el fondo en el mundillo del misterio. Le había visto participar en tertulias televisivas en el programa de Aitor Sender al respecto de este tipo de pesquisas. No era mal tipo.

Pont no sabía nada de esto, a juzgar por lo que puedo ver de este recuerdo. Por otra parte, el buen doctor recuerda a Carlos Borman más guapo y atlético de lo que le recuerdo yo. Y, no estoy seguro del todo, pero creo que no le despreciaba tanto como quería aparentar. Aunque trataba de convencerse a sí mismo con toda la intención.

El médium metido a actor parecía conforme con todo el guion. Aunque le encontró una pega.

—¿Por qué un piloto de Fórmula 1?

Pont y Landra compartieron un gesto que podría interpretarse como *sabíamos que pasaría*.

—Supongo que has oído hablar del experimento Philip.

—Todo el mundo que se haya metido en parapsicología ha oído hablar de él.

—Todo el mundo no.

—De acuerdo, yo sí.

—¿Qué les salió mal?

—¿Salirles mal? No les salió mal. Consiguieron crear a Philip. Se manifestó.

Era más complicado que eso, según la opinión de Pont. En esencia, la Sociedad de Investigaciones Parapsicológicas de Toronto creó un espíritu psicosomático, al que decidió llamar Philip Aylesford, para demostrar que toda vivencia relacionada con los fantasmas y espectros procedía de la mente humana.

—Aquellos canadienses quisieron crear un fantasma. —El doctor buscó una hoja de su dosier y la apartó del resto. En ella se veía un dibujo de trazo grueso. Un rostro—. Incluso dibujaron a Philip. Mira.

—Precioso.

—Le diseñaron un trasfondo y pensaron mucho en él. Como vamos a hacer nosotros con Renzo. Le prepararon una vida, una historia entera con tragedia al final.

El médium parecía molesto.

—Lo sé. Un niño rico del siglo xvii es infiel a su esposa con una gitana de la región, la mujer se entera y acusa a la joven gitana de brujería. El pueblo la persigue y la quema viva.

—¿Y?

—Él no lo soporta y se suicida.

El doctor Pont volvió a colocar el folio en su correspondiente lugar en la carpeta y dejó esta en el suelo.

—Se inventaron un personaje de ficción. Y luego le invocaron mediante espiritismo. Empezaron con sesiones de *ouija* y después pasaron a sesiones mediúmnicas. Funcionó. Philip respondió. Atendía a cada aspecto del pasado que le diseñaron.

Borman se encogió de hombros.

—Lo sé. Lo que no sé es adónde quieres ir a parar.

El doctor se puso en pie con aparente esfuerzo y caminó hacia una de las ventanas. A través del cristal entraba un sol diagonal que deslumbraba. Al apartar la cortina pudo ver el disco solar descendiendo hacia un grupo de montañas no demasiado lejanas. En menos de veinte minutos, allí no iba a verse ni una luz.

Se había equivocado. Aquella era el ala oeste.

Lo achacó al vaivén del camino de tierra que tuvieron que atravesar para llegar. Le desubicó ya de entrada.

—Aquellos investigadores provocaron un efecto —continuó el doctor Pont—. Querían que una fuerza exógena respondiera a sus preguntas. Una marioneta. Pero luego no le dieron libertad. Philip Aylesford estuvo vivo mientras realizaban el experimento y, a su conclusión, expiró.

—¿Estás seguro?

—Muchos otros investigadores quisieron invocar a Philip *a posteriori*. No hubo suerte. Se acabó.

La doctora Landra intervino entonces.

—Nosotros queremos que perdure.

La idea de crear un fantasma y, en palabras de Lorena Ruth, «soltarlo por ahí», interesó mucho a los dos sensitivos del grupo. A pesar de todo, y tras varios interrogantes resueltos con mayor o menor fortuna, Carlos Borman continuó en la duda.

—¿Por qué un piloto de Fórmula 1?

—Vosotros dos sois los médiums. Llevaréis la iniciativa en la fase de contacto. Yo no pondré el dedo en la *planchette*. Supervisaré las comunicaciones de *ouija* desde fuera.

—Yo también participaré —indicó la doctora Landra—. Tasio será el único que haga de testigo. Será el ancla.

Pont, desde la ventana, siguió con la vista a una liebre que salía de un matorral cercano a la casa. Tuvo ideas fugaces que tenían que ver con escopetas y guisos recién hechos. Cuando el sol empezó a molestarle en todo su campo de visión se dio la vuelta para observar al resto de los presentes.

—Pero ninguno tenéis ni idea de automovilismo. Será una ventaja.

—Yo tengo un Audi —le recordó Borman.

—Sí, Carlos, lo hemos visto.

—Por detrás, la mayor parte del tiempo. Y a mucha distancia.

—Te debe de gustar visitar gasolineras.

—Podría dejar que lo condujeras alguna vez, si fueras más enrollado.

—Automovilismo, Carlos. ¿Sabes lo que es?

—Sé lo que es.

—Coches pilotados en circuitos. Banderas a cuadros.

—Algo he oído, sí.

—Que tengas un deportivo hortera (y turbodiésel, qué decepción) no significa que sepas sobre carreras de coches.

—Me declaro culpable, señoría.

Una de las mujeres se puso a toser teatralmente. La otra la secundó enseguida. La testosterona del ambiente las estaba asfixiando.

—¡Está bien! ¡Tenéis razón! —Pont se encorvó para poner su nariz a un palmo de la del actor respondón—. ¿Puedo seguir con mi exposición?

—Oh, sí.

Pont recuperó su asiento en el suelo, aunque adoptó una postura distinta.

—Como yo no voy a participar en las sesiones y tampoco voy

a servir para un ejercicio de mediumnidad, si llegamos al caso, conviene que yo disponga de información privilegiada que no esté en el dosier. Mi mente formará parte del experimento de un modo indirecto. La idea es que el fantasma debe venir con esos conocimientos incorporados, según la teoría del Anexo. Vamos a crearle con ese trasfondo. Formará parte de su *ADN místico*, por decirlo así. Como un dios que crea un planeta en siete días y ya le ha incorporado huesos enterrados de dinosaurios.

—De esta forma —dijo la doctora Landra—, Tasio no contaminará las comunicaciones.

—El espíritu ha de ser un piloto de carreras muerto en un accidente. Debe saber cosas que los pilotos saben. Conocimientos que no poseéis vosotras y tampoco tú, Audiman. Por eso, si dice algo relacionado con ese tipo de competiciones que no tenga sentido, yo lo sabré.

—Eres un experto.

—Lo soy.

—Lo sabes todo sobre Fórmula 1.

—Sé muchísimo sobre Fórmula 1, en efecto.

—Te gusta la física, te gusta el misterio y la Fórmula 1.

—¿Qué problema hay?

Lorena Ruth puso cara de oler algo fétido y levantó la mano como en el colegio.

—¿Sí, Lorena?

—Lo primero, sí, debéis de mear superlejos los dos. Lo podéis comprobar luego, en el campo. Ahora, si no es mucho trastorno, hay algo que no entiendo. Si todo el rollo sobre carreras de coches no está en el dosier y nosotros no vamos a memorizarlo precisamente por eso, ¿cómo lo va a saber el fantasma?

El doctor Pont asintió ante la pregunta. Daba por hecho que el tema saldría. Una duda razonable.

—Yo voy a estar en la parte de concienciación. Me concentraré como los demás. Puede que no añada carga psíquica como vosotros dos, pero mi mente estará implicada. Nuestras cuatro mentes van a concentrarse al unísono durante varios días para dar forma a Renzo Scarfiotti. Así que el fantasma

psicosomático sabrá sobre ese tipo de competiciones, como mínimo, todo lo que yo sé. Y el resto lo incorporará de cosecha propia. Es un efecto que está contemplado en la teoría del Anexo.

—No sé —intervino Carlos Borman—. Estás basándote en hipótesis que no se han demostrado.

—Funcionará. Para eso estamos aquí.

Ruth cambió su postura de yoga para pasar a tumbarse boca abajo. Como si estuviera tomando el sol en la playa.

—Me da un poco de vergüenza ser yo quien lo pregunte.

—¿El qué? —se interesó el actor.

—¿En qué consiste esa teoría?

—¿La teoría del Anexo?

Los dos hombres se midieron el pulso con la mirada para ver quién recogía el guante. Pont se lanzó en cuanto vio que la doctora Landra manipulaba su cámara de filmación, bastante más pequeña que la de la joven enfermera, pero útil dentro del registro de toda la investigación.

—Según el doctor Joel Whitton, que formó parte del experimento Philip, en cuanto creas un buen trasfondo para dar forma a un fantasma artificial, si los pilares de esa historia son buenos y ha habido un proceso de documentación por parte de las mentes participantes en la experiencia, tanto de la época como de la profesión y el tipo de vida que llevó supuestamente el personaje, este es capaz de rellenar huecos. Si ninguno de los investigadores sabía algún detalle pormenorizado acerca del periodo histórico o de la vida personal del sujeto inventado, este lo conocía de todas maneras. —El doctor miró a cámara con fascinación y empezó a mover las manos, como había visto hacer a los *youtubers* que él seguía—. El fantasma psicosomático generaba el recuerdo instantáneamente. Como sacar un conejo de una chistera. Un conejo que el mago no metió ahí dentro.

Ruth se sentó de manera más formal ahora que había una cámara filmando.

—¿Está seguro de eso, doctor Pont? Me parece muy fuerte.

—Whitton estaba seguro de eso. Nosotros vamos a confirmarlo o desmentirlo. No obstante, debemos creer que es

posible, o no lo será.

—O sea, que hay mucho de fe en todo esto.

—Más de lo que piensa, señorita Ruth. Dese cuenta de que el fantasma se presentará calzando los zapatos que le dejemos. —Hizo un gesto simpático al objetivo—. Es un decir. En las primeras comunicaciones Renzo no improvisará. Se limitará a respondernos y la información la conoceremos ya de antemano. Pero si la teoría del Anexo es correcta, al cabo de un tiempo, cuando las comunicaciones se agilicen y él cobre fuerza, podremos hablar acerca de materias que no estén en el guion y nuestro fantasma sabrá responder correctamente, porque lo invocaremos con el *attrezzo integrato*. Formará parte de la coherencia interna de la ficción creada.

—Qué bien os ha quedado —comentó la psicóloga mientras cesaba de grabar y verificaba que el vídeo era legible tanto en imagen como en sonido. Después metió la cabeza a través de la cinta del aparato y este quedó colgando sobre su pecho.

La luz iba atenuándose poco a poco y Tasio Pont tuvo la sensación de que el experimento ya había comenzado oficialmente.

~

Empezó a oscurecer y alguien sacó de una bolsa de plástico una colección de velas compradas ese mismo día. Se encendieron y colocaron en lugares estratégicos a lo largo de toda la habitación. La supuesta sala de música.

La doctora Landra estaba en lo cierto: el sitio ofrecía otro aspecto a medida que oscurecía. De pronto, algunos rincones inocuos se tornaron amenazadores. Los pasillos conducían a espacios de negrura, tan densos como fosas abisales. Las llamas danzantes proyectaban un baile de luces y sombras sobre techo y paredes que sugería movimientos donde no los había. El *show* aún no había empezado, pero el telón había sido iluminado por los focos.

Con un dosier para cada miembro del grupo, el doctor Pont se

dispuso a comenzar el equivalente a una lectura de guion con el reparto de la obra.

—Renzo Scarfiotti muere en… ¿Lorena? ¿En qué año?

—1995. Él tenía veinticinco años.

—¿Circuito?

—Montmeló. Aquí al lado.

—Si doscientos sesenta kilómetros es aquí al lado, sí. ¿Curva?

—Curva… ¿Curva? Un momento…

Borman le indicó la línea correspondiente del informe.

—Gracias. Curva 12. Con motivo del accidente mortal, la organización la quitó del circuito. Pusieron una chicane unos metros antes. ¿Chicane?

—Sí, unas curvas cerradas muy consecutivas. Con forma de S.

—¿Y no sería peor? Quiero decir, son más complicadas, sería más difícil tomarlas a toda velocidad.

El doctor Pont correspondió a la ingenuidad de la enfermera con un gesto de conmiseración.

—Se hace adrede para que los pilotos frenen. Los pilotos se conocen el circuito. Entrenan mucho antes de la carrera. El problema de la curva 12 era que estaba solo ligeramente pronunciada. Se entraba a mucha velocidad. No hacía falta ni frenar, solo levantar el pie del acelerador y controlar el volante con precisión. Esto de la curva 12 es cierto. Me basé en un caso real. No fue ningún Renzo el que se estrelló allí, aunque otro piloto sí que se mató y la organización reaccionó de esta forma. La mejor manera de contar una buena mentira es vestirla con retazos de verdad. —Sopesó la expresión de la joven antes de continuar—. ¿Lo tienes? Bien, sigamos. Carlos. ¿Equipo de Renzo?

—Benetton.

—¿Motor?

—El motor era Renault. Un V10. ¿En serio esto va a sernos útil?

—Es lo básico. Podría haber sido mucho más minucioso. No creo que sea tan problemático. ¿Compañero de equipo?

—Julien Veyron. Francés. Su principal rival. El mundial sería de uno o del otro. Era el piloto a quien pretendía adelantar antes

del accidente. Calculó mal y se estrelló.

—Así es.

Una especie de silbido se escuchó en otra habitación, en la misma planta. Todo el mundo se quedó muy quieto. Guardaron silencio para escuchar. Tras un segundo, Carlos Borman empezó a reírse.

—Parecemos colegiales.

—Colegiales no —le reprendió Ruth—, y si hay algo ahí que…

—No hay nada. —Como médium veterano, Carlos Borman había acogido bajo su ala a la enfermera. En lo referente a sensibilidades extrasensoriales, el que mandaba era él—. En este sitio no hay nada —repitió—. Es un fiasco total. —Suspiró con paciencia—. Sigamos, por favor.

—Habrá sido una corriente —dijo Pont—. Tamae.

—¿Sí?

—Te toca. ¿Estado civil?

—Casado. Con Lisa Sanabria. Española. —La psicóloga apartó los papeles de delante de su rostro—. ¿Vivían aquí? ¿En Desfortes?

—Pensé que sería potente para la historia que situáramos en este caserón la residencia habitual de su esposa. Podemos cambiarlo, si queremos. Esta casa, en buenas condiciones, podría haber sido una vivienda sensacional para gente con dinero. Además de las otras propiedades del piloto: un ático espacioso en Mónaco y una casa en Dubái. Aquí viviría su mujer con la niña mientras Renzo recorría el mundo, de gran premio en gran premio. ¿Nombre de la pequeña?

—Loretta.

—Bien por hoy. Nos centraremos en esto. Lo repasaremos una y otra vez en nuestra cabeza. Nuestro Renzo incorporará los detalles que falten.

—En cuanto a…

Unos pasos se escucharon claramente en la planta superior, justo encima de ellos. Un caminar lento y pesado que recorrió varios metros y se detuvo. A esa hora, con los ruidos de la naturaleza atenuados, se oyó claramente. Todo el grupo se puso en

pie y quedó mirando al techo.

Tras varios segundos de silencio, el doctor Pont fue el primero en reaccionar.

—Que nadie pierda los nervios. ¿Carlos?

El médium principal entrecerró los ojos, sin dejar de mirar hacia arriba.

—Podría ser.

Ruth se estremeció y empuñó una de las velas como si fuera una antorcha.

—¿Podría ser? ¿Qué significa eso?

—Es algo muy sutil. No estaba antes. Como un bostezo.

—No ha sonado a bostezo.

—Relájate, Lorena —intervino el doctor—. ¿Tamae?

La psicóloga abrió los brazos para que la joven se refugiara entre ellos.

—Ven, cielo. No pasa nada. —En cuanto la acogió en su brazo izquierdo, la doctora utilizó el otro para dirigir hacia el techo la cámara que llevaba colgada al cuello y ponerse a grabar.

Borman alzó una mano para que todo el mundo se mantuviera en silencio. Escrutó las paredes, las dos puertas de la habitación.

El doctor Pont se quedó rígido.

—No se nos ha colado nadie. Cerré la casa en cuanto comprobé que estaba vacía. No tenemos ni una sola ventana abierta.

—No es una persona —aseguró Borman.

La doctora Landra dejó de enfocar hacia arriba y se centró en el sensitivo. Con la luz de las velas no se recogería la escena con mucha nitidez, pero eso era lo de menos. Había que grabar el momento.

El médium cerró los ojos y pareció susurrar algo. Sus ojos empezaron a moverse rápidamente bajo los párpados, como en un sueño intranquilo.

Landra rodeó parte de la habitación para hacerle un primer plano.

—Trances no, por favor —protestó Pont.

—Cállate, Tasio —le ordenó la psicóloga.

Borman dio un par de pasos hacia uno de los pasillos contiguos, como dejándose llevar por algún instinto. Estuvo ahí parado durante un tiempo que a los demás les pareció eterno. Se olvidó del pasillo y miró de nuevo al techo.

—Es este sitio —dijo—. Está desperezándose. El caserón Desfortes ha despertado.

CAPÍTULO 5

INTERLUDIO: OCURRE DE MADRUGADA

El chillido es agudo y retumba por toda la casa. La niña tiene unos pulmones bien fuertes.

—Otra pesadilla —comenta el padre, como quien habla del tiempo—. Yo subí anoche.

—Voy yo.

La madre, servicial, coloca sobre la mesa principal la bandeja con la infusión y el producto lácteo de frutas que tenía apoyado sobre los muslos.

—Gracias, cariño —dice él, con desgana.

—Sí —responde ella, automáticamente.

En la televisión están dando la noticia del suicidio del hijo de Martínez Oblongo. A los ricos también les pasan cosas malas.

El padre habla en alto, con la esperanza de que su esposa, que ya avanza por el pasillo de la casa, le escuche con claridad.

—¡Si es que no se pueden tener armas de fuego en casa! —Al no recibir respuesta, sigue farfullando para él mismo—: Las carga el diablo.

La mujer se acerca al dormitorio de la pequeña, repasando el ritual. Le preguntará si todo está bien y la llamará *cielito*. Le pasará la mano por la frente y comprobará si tiene fiebre y, como no la tendrá, aprovechará para acariciarle la mejilla. Le depositará un beso en la línea donde crece el pelo y le dirá que todo ha pasado, que era una pesadilla y que ya está a salvo de todo. Trasgos, secuestradores de niños, monstruos del armario, vampiros o Paul Dano, cualquier cosa que haya poblado sus sueños inquietos se

habrá esfumado de repente. Ningún terror del mundo onírico se las vería con una madre. Dirá en voz alta que está ahí y preguntará a los seres oscuros si continúan en el lugar. Al no haber respuesta, la niña volverá a cerrar los ojos y procurará conciliar el sueño. La madre se quedará unos minutos y después regresará al cuarto de estar.

Al entrar en la habitación, ve que la niña está parapetada contra el respaldo de la cama, aferrando la manta con las dos manos, tapándose la cara de nariz para abajo.

Por el cristal de la puerta corredera que da al balcón entra suficiente luz como para no tener que encender la lámpara. La niña no quiere que se bajen las persianas. Aborrece la oscuridad.

—¿Otra pesadilla, cielito?

—No —dice ella—. Esta vez es real.

—¿En serio? —La madre se acerca a la cama. En la penumbra reinante no divisa una muñeca que casi la hace tropezar. Maldice para sus adentros y se sienta en uno de los lados del esponjoso colchón—. Voy a comprobar que todo está bien.

La madre, acostumbrada a cuidar personas de la tercera edad en una residencia, le pasa la mano por la frente. Esto es mucho más placentero. Cambiaría su trabajo por uno en una guardería. Quizá algún día.

Encuentra la piel de la pequeña sudorosa, como otras veces. Puede que bastante más húmeda de lo normal.

—Vaya, esta vez sí que ha sido un sueño intenso.

La madre le limpia el rostro con la manga de su albornoz de cuadros escoceses. No es el mejor tejido para enjugar una carita como la de su bomboncito, pero servirá.

—No ha sido un sueño —afirma la niña—. Aún sigue aquí. En el balcón.

La madre le da unas palmaditas en los brazos y se dispone a lanzar el sortilegio habitual a la oscuridad del cuarto.

—Muy bien, seres oscuros —recita—, ya he venido. Soy una madre. ¿Seguís aquí? Si seguís aquí, estáis obligados a responderme o el hechizo de…

A través de las cortinas del balcón se puede ver el movimiento

de una silueta oscura. La mujer se queda petrificada. Realmente hay alguien ahí fuera.

—Te dije que seguía aquí —susurra la hija.

—No te muevas de la cama —le ordena muy muy seria.

La madre se incorpora y rodea la cama con cuidado. Las cortinas están echadas y, aun así, puede verse con claridad una sombra amorfa en una de las esquinas del balcón exterior. Un ser de pequeño tamaño contraído y palpitante. Procurando no ser visto.

A medida que la madre se aproxima a la puerta de la terraza, el cortinaje blanco y volátil le permite ver al ser con más claridad. Es negro como una cucaracha. Un insecto del tamaño de un perro grande.

Teme gritar el nombre de su marido. Pedir ayuda. El vago de su esposo tardaría un tiempo precioso que el intruso, esa criatura negruzca, podría aprovechar para abalanzarse sobre ella y despedazarla.

Y sabe que eso es capaz de desgarrar y devorar y... cualquier cosa atroz. No sabe por qué lo sabe, es algo antinatural. Tiene la certeza y punto. Es así.

¿Y qué ocurriría luego con su pequeña?

La madre abre el armario superior con sumo cuidado, procurando hacer el menor ruido posible. Pretende encontrar uno de los patines de hielo de su hija, utilizar la cuchilla de alguna forma, pero, a base de tantear, encuentra algo mejor: los bastones de esquí.

Son muy flexibles y como arma blanca no suponen gran cosa. A pesar de eso, la punta es de tungsteno o de acero. Depende de la calidad del bastón. ¿Cómo de caros fueron estos? No lo recuerda. Ojalá el matrimonio no haya sido muy tacaño con esta cuestión. Una buena punta de un bastón de esquí podría venir de perlas contra un ladrón… bajito. O esa especie de termita negra enorme que parece palpitar en un rincón de su terraza.

Le vienen a la cabeza esos pequeños extraterrestres grises de ojos enormes y oblicuos, capaces de corretear por ahí y esconderse en cualquier sitio. Si bien en el balcón no hay sitio donde

ocultarse. O ese intruso salta al vacío o esta madre piensa atravesarle unos de sus putos ojos marcianos con una punta de acero y la peor intención.

—No salgas, mamá.

—Chsss, calla, hija.

Con el arma improvisada fuertemente empuñada en una mano, la madre abre la puerta corredera con la mano libre. El cierre no estaba echado. Cuando hay espacio para poder salir, deja de empujar el marco y se asoma. La criatura negruzca parece haber formado una especie de capullo a su alrededor. Una pequeña colmena en cuya superficie se detectan movimientos internos. Está en la parte más oscura del balcón, donde la luz exterior no incide apenas en el espacio que ocupa.

Piensa clavar el objeto y a ver qué pasa.

Ahora escucha una especie de gemido. Un sonido infantil. La madre se aproxima al gurruño de pura negrura. En cuanto está casi encima puede ver con claridad. El bastón de esquiar cae al suelo.

No es un capullo, sino el abrigo oscuro de plumas de su hija. Al apartarlo, el rostro exangüe que se encuentra, mirándola con una mueca de absoluto horror, no es otro que el de su pequeña que, con los ojos desorbitados, le implora con voz quejumbrosa:

—Está en mi cama… Esa cosa está dentro de mi cama…

La madre se vuelve a toda velocidad, muy tarde, ya que el ser está al otro lado del ventanal y, desde el interior del cuarto, la contempla con unos ojos que parecen emitir luz desde la zona blanca ocular. Ha cambiado. Ahora es alta y encorvada. Ya no parece una cría, sino una mujer mayor. Su piel es rugosa como la de un molusco, supurante por las grietas que se aprecian en las articulaciones. Lleva una bata de hospital.

—¿Cuidarías igual de su abuela? —le dice la cosa en el umbral.

La madre siente un dolor lacerante en las muñecas. Algo la está cortando desde debajo de la piel. Unos cortes aparecen en la zona interior de sus antebrazos, ejecutados por unas cuchillas de afeitar que proceden de dentro del organismo. Cortes longitudinales, que empiezan a sangrar copiosamente. Las cuchillas

cortan desde dentro, una fuerza invisible las mueve. Tres cortes que van de la muñeca al hueco del codo.

La madre no puede hacer nada, además de sangrar. El albornoz escocés se empapa de sangre.

La chiquilla grita como si la estuvieran matando a ella.

La señora de piel de crustáceo se acerca a la madre. Le agarra las muñecas y aprieta con firmeza para que las heridas se abran más. El manantial de sangre que se derrama forma un charco en el suelo de baldosines. La señora quitinosa se pone a bailar con la madre. La agita de acá para allá. La obliga a seguir sus movimientos grotescos.

—Laralá —canturrea la entidad—. Laralí, laralá.

Los pasos torpes sobre el charco de sangre suenan viscosos. La madre lucha por salir de la presa, consiguiendo únicamente aportar un toque más dantesco a la danza de la muerte.

Finalmente, pierde el conocimiento. Su cuerpo se derrumba a plomo. La señora de piel de crustáceo la sigue sujetando por las muñecas unos segundos.

—Ya es mía —dice.

Suelta los brazos muertos, que caen de cualquier manera, así como el resto del cuerpo.

Cuando el padre entra en la estancia solo ve a su mujer tirada sobre un balcón completamente ensangrentado, y a su hijita acurrucada en un rincón, tapada por un abrigo de invierno y desgañitándose. Los gritos taladran los tímpanos del hombre.

La enfermiza escena le provoca un *shock*, los músculos paralizados, el pelo del cuerpo desprendiéndosele al momento.

Ocurre de madrugada.

CAPÍTULO 6

LA INVOCACIÓN

Actualmente, pierdo la noción del tiempo cuando me embarco en una inspección mental de recuerdos. Hoy en día, insisto. Es el equivalente a meterse en una biblioteca e ir buscando en diferentes estanterías el libro adecuado para tus investigaciones. El tiempo transcurre de diferente manera. Muchos recuerdos son un bloque, un *pack*, acceder a ellos te imbuye de sensaciones, muchas veces contradictorias. No obstante, es tu propia mente la que correlaciona los eventos registrados. La lectura que puede sacarse de un simple acto puede ser diferente, acorde con tu propia experiencia. Te llegan esas sensaciones de aprecio, odio o indiferencia que el anfitrión sintiera hacia cierta persona con la que interactuó en su día, pero las distingues de tus propias sensaciones.

No fue así siempre. En otros tiempos, cuando estaba empezando a desarrollar mis técnicas telepáticas, observar era sentir. Como huésped no podía más que hacer mío todo el abanico de sensaciones asociadas a la experiencia. Quería a aquel bebé, amaba a aquel marido, sabía tricotar y disfrutaba de esas novelas rosas que la anfitriona leía, por poner el caso de una madre anticuada. Introducirme en la memoria de alguien me transformaba en esa persona mientras durase la inspección. Y salía de allí casi desfallecido, tardando varios minutos en distinguir y aceptar mi auténtico yo del anfitrión sondeado.

Llegué a inspeccionar mentes… muy jodidas.

Ahora no ocurre así. Soy un espectador objetivo. Las emociones están a mi alrededor, las siento como brazos en las paredes de un pasillo que pretenden aprisionarme y arrebatarme el

control. Ha llevado su tiempo no dejarse arrastrar. Algunas mentes, muy emocionales, pueden ser cárceles.

Al pensar que, de momento, pierdo la noción del tiempo en estos registros de recuerdos ajenos, lo hago porque estoy convencido de que, de entrenar la técnica lo suficiente, llegará un momento en que también sabré diferenciar el tiempo real del tiempo según la memoria del sujeto anfitrión. Ahora mismo aún me falta experiencia en este sentido; por ello, cuando cubro una importante cantidad de tiempo registrado en la memoria de otro, tengo la sensación de que ha transcurrido ese mismo tiempo en el mundo real.

Al salir de la mente del doctor Pont, mi reloj me dice que no han pasado más de quince minutos. Es desconcertante. Para mí ha sido como haber pasado esas horas en el caserón Desfortes. Los recuerdos de Pont han sido digeridos como una película, he observado detenidamente cada segundo, repasado cada vivencia a un nivel de detalle que el propio doctor es incapaz de recordar en tal grado de detalle (el cerebro lo registra todo, aunque luego la memoria es selectiva); sin embargo, la práctica totalidad ha sido asimilada por mi mente en un cuarto de hora.

Al abrir los ojos y contemplar a mis contertulios, los encuentro conteniendo la respiración. Sonrío de medio lado. Han debido de pasar todo este tiempo en riguroso silencio.

Hay placer en todo esto, por mucho que cueste reconocerlo. El interior de las mentes ajenas brinda un dulce subidón de adrenalina. Está mezclado con un ligero aguijonazo de migraña, aunque muy sutil y fácil de ignorar. Quién me iba a decir que las emociones ajenas podrían ser como un bol de chuches. No puedes comer solo una, no es fácil parar. Invadir conciencias puede llegar a enganchar como la heroína. Es peligrosísimo. Y nadie puede decirme las consecuencias de semejante adicción.

Por lo pronto, esta vez la cosa no ha ido más allá de un ligero sangrado nasal, que me preocupo de limpiar inmediatamente, fingiendo que estoy sonándome la nariz con un clínex.

—¿Ha ido todo bien? —pregunta al fin Manrique, incapaz de resistir la tensión.

—Sí. He localizado el principio de la historia. —Recojo mi taza de té sobre la mesa y me caliento las manos con ella. Luego doy un sorbo—. Sin duda fue meticuloso en el experimento, doctor.

Pont se muestra avergonzado y orgulloso al mismo tiempo.

—Ya, quería hacerlo mejor que aquellos canadienses. Que otros grupos de investigación pudieran contactar también con Renzo. Aportar un fantasma asesor para la parapsicología internacional. Una entidad recurrente. Alguien a quien invocar desde cualquier sitio y lugar, y que respondiera.

—Un esclavo.

Mi comentario cae como una losa. Nuestro invitado tarda unos segundos en reaccionar.

—No —dice al fin—. No creo.

—¿No cree? ¿En serio?

—No era real.

—¿Y qué es real? Desde un punto de vista estrictamente filosófico, ¿qué es la inteligencia? ¿Y la autoconsciencia?

—Un buey no es consciente de su existencia. Vive sin más, como una planta. Un buey no se reconoce en un espejo, podemos servirnos de él.

—¿Eso es lo que usted cree? ¿Que los animales están ahí, puestos por algún Dios antropomórfico, para que nos sirvamos de ellos?

—No lo sé. El caballo parece diseñado para ser montado. Y nos puede trasladar rápidamente y por mucho tiempo de un sitio a otro. Ciertas bestias sirven para mover o arrastrar grandes cantidades de peso. No eran especies que existieran en tiempos de los dinosaurios. Parecen haber evolucionado para ser útiles a una especie dominante. Algo que no había existido en el mundo natural hasta ese momento histórico.

—¿De verdad es usted científico? ¿Lo puede demostrar?

—¿Cómo dice?

—¿Se da cuenta de lo inconvenientemente religioso y geocéntrico que suena eso?

—Isaac, por favor —murmura Manrique, apaciguador.

—No, Franzoni, déjele que se explique. Quiero saber cómo

termina esto. ¿Es eso lo que el insigne Isaac Zarco piensa de mí? ¿Que soy un hombre de fe, imposibilitado para la ciencia?

—No he dicho que un hombre de fe esté imposibilitado para la ciencia.

—Entonces, sáqueme de dudas: ¿lo piensa?

—No. Es posible que ciertos animales puedan ser de utilidad a terceros. Pájaros que se alimentan de los restos que encuentran en las dentaduras de los cocodrilos, por ejemplo. Asociaciones, vínculos. Y el ser humano es capaz de llegar más lejos. No niego eso. A pesar de que aquí, de lo que se habla, es de crear a un esclavo.

—¿Consideraría vivo a un autómata creado para una función específica?

—No hablamos de un autómata. Hablamos de crear una mente. Y luego esclavizarla.

—¡No puedo creerlo! ¿Lo está oyendo, Franzoni?

Como nuestro queridísimo editor se queda tan pálido como petrificado, Pont decide seguir dando correa a sus irritaciones.

—No hemos hecho nada que difiera de Deep Blue, ¿se acuerda? Era un ordenador de IBM que sabía jugar al ajedrez. Podía improvisar y adaptarse al medio, siempre dentro del reglamento del juego. ¿Podía hacerte la declaración de la renta? No. ¿Reclamaría derecho a voto? No. Renzo es lo mismo, un ordenador con cierta capacidad que no escapará a las rutinas propias de un fantasma.

—No, lo que ustedes han deseado crear es una especie de I. A. —replico yo—. Lo han anhelado, ansiado con todas sus fuerzas. Seguramente se maravillaron ante su atrevimiento al dar origen a la I. A. No de esas que chatean o te hacen dibujos de personas con más dientes de lo normal, sino la idea clásica de I. A., la de un cerebro electrónico que funciona como uno de verdad. Los expertos llevan décadas intentando crear una; crear inteligencia, tal y como eso se concibe. No simples computaciones de información. Conciencia. Y una I. A. puede ser creada para ejercer funciones relacionadas con la autoconsciencia o alcanzar esta por accidente, pero a la hora de diseñarla no se le insertan emociones asociadas al

trauma y la tragedia personal. No sé si me estoy explicando.

—Es posible que pueda explicarse mejor.

Me remango un poco la camisa negra y recoloco las posaderas sobre mi sillón. Probaré a hacérselo entender verbalmente antes de recurrir a una transmisión sensorial en bloque por medio de telepatía.

—Desde mi experiencia, doctor Pont, una mente es una forma de vida. Al morir, seguimos vivos. De una manera no física, por decirlo así, a pesar de que la existencia continúe. Le creo capaz de respetar esta forma de pensar. A fin de cuentas, es usted parapsicólogo. O presume de serlo.

—Y a mucha honra.

—Y es científico. Eso no se puede discutir.

—Gracias.

Entrecruzo los dedos y hago crujir los huesos. Entiendo que voy a tener que ser educado, dentro de lo desagradable que va a sonar todo.

—Usted está hablando de incluir un trasfondo triste y desdichado en…, digamos…, el diseño arquitectónico de una mente. Eso no se le hace a una inteligencia artificial.

—Porque a una I. A. no le es necesario ese trasfondo; si bien, a la hora de crear a un fantasma de la nada, resultará más fácil contactarlo gracias a ese pasado trágico. ¿Qué son los fantasmas sino espíritus infelices y desafortunados?

—Esos espíritus infelices de los que usted habla sufrieron los reveses de la vida debido a sus propias vivencias. A través de sus decisiones, la mayoría de las veces, fueron responsables directos de sus desgracias. Ese dolor se lo llevaron al más allá y los convirtió en esa clase de espíritus de los que se dice que no pueden descansar en paz. Ahí radica la diferencia. Usted ha diseñado un ser pesaroso y desdichado y encima le ha hecho creer que su destino se lo ha buscado él mismo. Y, que nadie aquí presente lo olvide, ahora usted dice estar poseído por su propia criatura. Paradójico, ¿no cree?

El doctor Pont reprime una carcajada de desprecio puro y da una sonora palmada. Busca con la mirada la aprobación de

Manrique, nuevamente, creyendo que lo va a tener más de su parte que de la mía. No sé por qué cree eso. El director de la revista *Siglo 100* no se sale de su rol de árbitro.

Pont me señala con un dedo acusador e imita ciertos gestos de fiscal de película norteamericana.

—¿En serio me está diciendo que yo me lo busqué?

—No he dicho eso.

—Pero lo está pensando.

Le doy otro sorbito al té y dejo de nuevo la taza sobre la mesa.

—Sí.

Me acomodo en el sofá y me cruzo de brazos.

El buen doctor se muestra sombrío. Tamborilea con los dedos sobre la parte superior de la rodilla.

—Habla usted de Renzo como de un difunto auténtico.

—No sé qué es Renzo. Lo que tengo claro es que, si realmente fueron capaces de crear una mente independiente, y no le resto méritos a tal labor, probablemente ahora esa inteligencia tiene motivos para estar enojada. Si invoca al diablo, no se queje luego de que lo atraviesen con un tridente.

Pont se lleva el dedo índice al puente de la montura de sus gafas y se presiona el entrecejo. Respira muy fuerte por la nariz y libera lentamente todo ese oxígeno. Típico ejercicio de relajación.

—De acuerdo, señor Zarco —dice—. Es su opinión. La valoraré en su justa medida. —Vuelve a inspirar y espirar—. Manrique me ha convencido de que usted puede ser de ayuda. ¿Es así?

Manrique pone cara de perrito bueno.

—Por favor, Isaac.

—¿Quiere saber si está poseído, doctor? —Me paso una mano por el pelo, echándomelo hacia atrás—. Yo no he visto nada ahí dentro. Es cierto que nunca me he metido en la cabeza de alguien poseído, no sé cómo es eso. Ni siquiera sé si he llegado a conocer a alguien poseído alguna vez.

Manrique Franzoni se agita en su asiento.

—¿Cómo que no? El de Rita Albón fue un caso claro de…

—No lo sé, Manrique. La verdad es que no lo sé. Tú lo tuviste claro desde el principio. César y yo solo vimos a una chica con problemas mentales y obsesionada con el satanismo.

—Presentaba todos los síntomas de una posesión, y solo sanó cuando el sacerdote de la…

—Muy bien, estaba poseída. Tú ganas. No me apetece discutir. De cualquier manera, no me metí en su mente. No sé qué podría haberme encontrado. Eran otros tiempos, yo no tenía muy perfeccionada esta técnica telepática. Por tanto —dirijo de nuevo la mirada al doctor Pont—, no sé qué decirle.

—No ha visto ninguna otra mente dentro… de mí. ¿Es eso?

—Correcto. No es fácil de explicar; lo que sí puedo decirle es que, de haber otra mente controlándole de algún modo, yo la habría detectado. Y no he percibido ninguna presencia.

—¿Podría ser que viniera y se fuera? Como alguien que abre un armario y saca una chaqueta, se la pone, la usa un tiempo y luego se la quita y la vuelve a dejar en la percha. ¿Sería posible?

—Hombre, por ser posible, doctor…, sí, podríamos decir que sí. He visto cosas muy raras. En estos años, las cosas raras han llegado a un nivel de extrañeza insólito, se lo puedo garantizar. Lo que tengo claro es que, ahora mismo, su mente está libre de influencias externas.

—Muy bien. Pues dicho esto…

El doctor Pont se levanta y se alisa el pantalón. Dispuesto a irse.

—Lo cual —yo también me pongo de pie, con rapidez, dispuesto a detenerle si hace falta—, no quita que ese espíritu no vaya a regresar.

Pont se queda muy quieto.

—¿En qué quedamos?

—Ahora mismo, en este preciso minuto, no está poseído. No creo.

—No cree.

—Pensé que eso ya había quedado claro; no soy experto en posesiones. Ni siquiera aficionado.

El doctor mira a nuestro anfitrión. Los dos enarcan las cejas,

esperando que el otro le diga qué hacer. Es enternecedor, unos señores mayores confusos, temerosos de lo desconocido, por mucho que quieran hacer creer al mundo lo contrario.

—Podríamos —empiezo a decir—, quizá, forzar la maquinaria. —Les enseño las manos, como si me estuviera entregando a la policía—. No prometo que vaya a ser útil… Y podría no serlo. Seguro que no lo es. —Me llevo la mano a la frente —. Dios, ya me está pareciendo mala idea. Estoy a tiempo de arrepentirme, ¿no?

—¿A qué te estás refiriendo, Isaac?

—Manrique, voy a pedirte permiso para hacerlo aquí.

—¿Hacer el qué?

Pongo cara de haberme cargado sin querer un jarrón de porcelana.

—Una invocación.

~

Una invocación es algo muy serio. Las sesiones de espiritismo parecen poca cosa. Para muchos es algo parecido a encender una emisora analógica de radioaficionado y aguardar a ver quién responde. Se puede atinar un poco más, configurando una sintonía concreta; sin embargo, el riesgo de que esté escuchando alguien imprevisto siempre está ahí.

En una invocación, tú haces una llamada, envías una señal, digamos, espiritual, con la esperanza de que la reciba la entidad a quien pretendes llamar. Que responda o no es otra historia. Es como un bosque tan oscuro que apenas se vislumbra lo que hay a pocos metros, con los alrededores llenos de casas, cobertizos, chamizos y leñeras de todo tipo. Y caminantes, también. Muchos, de todo tipo. Caminantes asustados, perdidos, algunos con malas intenciones. Y, en mitad de esa noche cerrada, alguien abre una puerta y permite que la luz de su hogar se deje ver en el exterior. Grita un único nombre, aunque lo pueden escuchar todos esos transeúntes. Entidades que dejarán de caminar, que escucharán esa voz en la quietud del bosque, verán esa casa desde una gran

distancia y podrían acercarse a curiosear.

Es bastante más que muy peligroso.

—No va a haber pentagramas, velas y un bol lleno de sangre, ¿verdad?

Tasio Pont confunde una invocación con una misa negra. Aunque, a veces, se invoca de esa manera. Digo yo. Porque tampoco soy un experto en ocultismo.

—No hará falta.

—Y si… ¿falla la invocación? ¿Podría ocurrir?

—Entonces sí, pintaremos un pentagrama y sacrificaremos una gallina o algo. No, es broma. Verá, doctor, aún no he sondeado su mente lo suficiente. No sé qué pasó con el resto del experimento. Entiendo que funcionó.

—Vaya si funcionó.

—Más tarde podría ser necesario un nuevo sondeo. Ver la película entera. Muy bien, resumiendo, que ahora el tal Renzo está… hostigándolos.

Pont se pasa la lengua por todo el labio inferior.

Reparo en que en su frente se está formando una ligera película de sudor.

—Pensé que eso también lo averiguaría telepáticamente —dice.

—Los guardias de tráfico suelen encontrarse con los accidentes ya producidos en carretera. Averiguar qué paso viene después.

—¿Prefiere leer el último capítulo de un libro antes que los primeros?

Estamos intentando relajar el tono, tanto Pont como yo, si bien se está formando una atmósfera de tensión. Nos caemos fatal. Y Manrique Franzoni ya no sabe cómo arañarse la tela del pantalón para aliviar el ambiente.

—No sé cómo decirle esto sin que se ofenda, doctor Pont.

—Pruebe a decírmelo sin más. A ver qué pasa. No soy tan fácil de ofender como usted puede pensarse.

—Las mayores ofensas se cometen tras verbalizar la frase «sin ánimo de ofender». Pues bien, doctor, sin ánimo de ofender…,

ahora mismo me fío más de Renzo que de usted.

Asiente con una expresión gélida.

—Vale —chasquea la lengua—. Se está esmerando de verdad.

—Quisiera saber si Renzo es producto de su imaginación. Eso, para empezar. El testigo que asegura haber visto a un fantasma, y he entrevistado a cientos de testigos, nunca acepta que su experiencia haya podido ser una mala jugada de su mente. Son muchos los casos en los que la sugestión genera cosas que no están ahí, por muy reales que parezcan.

—Le voy a recordar que yo también soy parapsicólogo. No me está usted descubriendo nada.

—Solo se lo recordaba.

—Tengo buena memoria.

—Quisiera, si realmente han logrado crear un fantasma artificial, verlo, sentirlo. Y luego, querría entrevistarme con él.

—Quiere hablar con Renzo.

—No me fío de su memoria. Podría sondearle completamente y solo tendría su versión. Quiero que Renzo me cuente la suya.

Pont se inquieta en su asiento.

—No es buena idea —dice—. Renzo ha hecho…

El doctor se quita las gafas y se las limpia con un pañuelo. Una gota de sudor se ha formado ya en su sien. Se está deslizando muy lentamente, las imperfecciones de su piel frenan el salado líquido.

Anoto en un *post-it* en mi cabeza: «¿Qué ha hecho Renzo? Investigar».

Ahora mismo debo permanecer firme.

—Podré manejarle. No obstante, quiero que me preste mucha atención. Los dos; tú también, Manrique. ¿Estamos seguros de que una mente creada a partir de un método parapsicológico, como ha sido el caso de Renzo, no tiene derechos esenciales? Me he infiltrado en mentes de vivos, de muertos también. No hay diferencia. Lo que queda de nosotros cuando dejamos esta vida es solo eso: mente. Lo he dicho muchas veces, tú lo sabes bien, Manrique, un fantasma real es una mente en bruto. Una mente puede ser como un hogar, un refugio, aunque es mucho más que

un único lugar, es un cosmos en sí mismo. Si se puede llegar a crear algo así, una mente artificial (y en la teoría lo veo probable), estaríamos hablando de un fantasma convencional. *Psicosomático*, *artificial*, son solo definiciones. Un fantasma es un fantasma, haya o no tenido una vida corpórea. Siguen siendo formas de vida. Una mente sin cuerpo merece la misma dignidad y respeto que una mente ligada a un cuerpo vivo. Lo que ha hecho usted, Pont, junto a sus colaboradores, es como crear un feto *in vitro* y traer a ese bebé a este mundo para esclavizarle, para que viva únicamente para responder a sus preguntas, para que le dé crédito a su investigación. ¿Quién traería un niño a este mundo para eso?

Manrique pone cara de desagrado. Entiendo que nunca lo ha visto de esa forma.

—No creo que sea lo mismo, Isaac.

—¿Adónde quiere llegar con esto, Zarco? —inquiere el doctor.

—Quiero darle una oportunidad a ese Renzo. Si hago todo esto, y me estoy prestando a ayudar, lo cual, Manrique, es como llamar a un amigo rico solo para pedirle dinero, y estoy harto de que mis amigos siempre estén pidiéndome ayuda telepática, mediúmnica, etc.

—Lo siento, yo…

—Si sigo adelante, es para ayudarle a usted, Pont, y ayudarle a él.

—¿Cómo lo hará?

—Cada solución, a su debido tiempo.

Mis dos contertulios sopesan estas palabras rápidamente.

—De acuerdo, Isaac.

—De acuerdo, sí. Aunque me sigue pareciendo mala idea.

Me vuelvo a sentar, acomodándome en el sofá.

—Muy bien, empecemos.

Les sugiero que se relajen y adopten una postura confortable.

La luz de las velas que se encienden ex profeso titila un poco. La estancia se presta a intensificar el nerviosismo de nuestro invitado especial, mientras Manrique parece incluso excitado. Ciertas sombras vienen y van, adoptando formas inquietantes. El

olor de los manuscritos rancios, de revistas con décadas de antigüedad, los cuadros de principios del siglo xx, el tiempo mismo que parece ralentizarse, todo se pone al servicio de la sugestión. Así es como funciona el espiritismo. Los preámbulos son emocionantes. Morbo puro. Como besar por primera vez a alguien. Los primeros tocamientos, el ir poco a poco explorando segmentos de piel. Llegar a zonas interesantes.

Luego las cosas se complican. Claro.

—Doctor, llámele. Igual que hizo otras veces.

—¿Sin tablero de *ouija*? Yo no soy médium.

—No importa, para eso estoy yo aquí. Usted es el enlace con ese espíritu. El cebo. Llámele. Es uno de sus padres, si se concentra, si le llama con convicción… se presentará aquí. ¿Algún problema con eso, Manrique?

—En principio, no. Aunque ya no me gusta hacer espiritismo en mi casa. Se queda un aire muy enrarecido durante días.

—Doctor Pont, por favor. Adelante.

El tipo se pasa el mismo pañuelo que usó para limpiar las gafas por la frente.

—No sé. Usted no le conoce, Zarco. Este ente ha desarrollado un carácter violento. Si me dejara contarle toda la historia… Si lo averiguara usted por su cuenta…

De repente, la temperatura baja varios grados abruptamente. Es una señal. Demasiado pronto, no me lo esperaba. Idéntico a recibir una llamada entrante de alguien justo cuando te disponías a marcar su número.

—Atentos, ahora.

Las velas se agitan por una corriente que no viene de ninguna parte. Una llama se apaga. Otra. Como un niño gigante apagando las velas de su tarta de cumpleaños, todas las velas se apagan de golpe. No nos quedamos en la oscuridad más completa porque me he anticipado al momento, ya he vivido esto en varias ocasiones, por ello he encendido la linterna del móvil y estoy alumbrando a mis acompañantes.

—Tranquilos. Un efecto especial muy clásico. Tranquilos, por favor.

Ellos hacen lo mismo. Con la luz de los tres teléfonos, la estancia parece más alumbrada incluso que antes.

Ahora las velas vuelven a encenderse. Todas ellas, de golpe. Sus llamas, esta vez, permanecen estáticas. Confieso que esto no me lo esperaba.

Y puedo verla. Tenemos compañía. Una presencia familiar. Llevaba décadas sin saber de ella. ¿Y Renzo? ¿Por qué quien está aquí es ella? La entidad se sitúa justo detrás del sofá donde el doctor Pont permanece sentado, visiblemente alterado.

—No puede ser —acierto a susurrar.

Ella se lleva el dedo índice a los labios. Y trata de decirme mediante un exagerado lenguaje gestual que me espera fuera. Ahora ya no es una chica, es una mujer. Alguien muy especial de mi pasado. Se encamina hacia la puerta del recibidor de la casa. No sé qué hace aquí, no sé qué está pasando.

—¿Qué ocurre? —pregunta Manrique.

—¿Está aquí? ¿Renzo ha acudido?

—No, doctor Pont. No ha sido Renzo.

Es Erin. Mi antigua novia imaginaria.

CAPÍTULO 7

PRIMER ENCUENTRO DE TRES

Erin tiene el pelo corto, no es esa tormenta de rizos y olas anaranjadas de otros tiempos. Es más oscuro, lacio, casi parece sangre.

—Te espero fuera, ¿vale? —me dice.

Manrique Franzoni y el doctor Pont me están observando con ese tipo de expectación que exige ser satisfecha. Obviamente, no pueden verla ni oírla.

—Tranquilos.

Pont da un manotazo sobre uno de sus muslos y se pone en pie. Me señala con el dedo, de la misma manera que el Tío Sam en ese famoso cartel.

—Deje de decir tranquilos, Zarco. ¿Tranquilos? ¡Y un cuerno!

—Está bien, cálmese, ¿lo prefiere? Relájese, serénese —estoy a punto de decirle «o cállese, coño»—. Hágalo, se lo ruego.

—¡No es tan sencillo, ¿sabe?!

—Entonces, complíquese. Confío en que se saldrá con la suya. Mire, voy a escudriñarle. Penetrarle. Mentalmente, quiero decir. —Escudriñar sonaba mucho mejor—. No hará falta que confiese eso que, parece ser, no quiere contarnos.

—Yo no…

—Ahora voy a fumar. Me salgo un rato fuera. Manrique…

—Pero si tú ya no…

—Un cigarrito —le lanzo una mirada significativa equivalente a un guiño—. Vuelvo enseguida.

Me termino el té de un trago y me voy al perchero a por el abrigo. Por deformación profesional activo la grabadora del teléfono, antes de colocarlo en un bolsillo interior de la solapa. Me

apresuro a salir del chalé mientras mis dos acompañantes cuchichean a mi espalda.

Salgo de la casa; en el pequeño jardín el frío del ambiente se incrementa al verla a ella allí. Es agradable encontrármela de nuevo. Y espeluznante también.

Erin ladea la cabeza hacia un lado y sonríe cuando me ve salir. Había olvidado el efecto que me producía esa sonrisa.

Casi no puedo creerlo. Mi amiga imaginaria de la infancia. Mi primera novia. ¿Es posible? Mi cerebro había borrado por completo todo aquello, como si jamás hubiera ocurrido. No sentía ni la ausencia de aquellos recuerdos, un vacío que no ha ocupado sitio en todos estos años.

Y aquí la tengo. A dos metros. Una novia inventada en mi niñez, que ha cumplido los mismos años que yo, y tiene un aspecto coherente con el tiempo transcurrido.

—No te has vuelto loco. —Su voz también ha cambiado. No debería extrañarme—. Y tampoco me ha costado mucho encontrarte. Qué bien.

—No entiendo cómo puedes seguir existiendo. Tendrías que haber desaparecido.

—Tu mente es demasiado poderosa. Ya desde niño. Me creaste, quizá demasiado bien.

Si lo pienso detenidamente, se parece mucho a lo que el Grupo Fobos hizo durante el experimento Renzo. De algún modo, eso es un amigo imaginario, o una novia imaginaria. Empieza siendo, con la concentración debida y tras aportar un tipo de energía psíquica, poco más que una rutina psicosomática. El equivalente a una máquina. Como un semáforo. Se pone en ámbar antes que en rojo y, más tarde, en verde. Siempre igual. Reacciona como lo haría un asistente virtual. Puede que Alexa sepa contar chistes, si se lo pides, o tenga respuestas ingeniosas programadas para preguntas tipo *¿te quieres casar conmigo?* A pesar de todo, no es una forma de vida. Alexa no tiene derechos. Por mucho que ciertas películas quieran jugar a esa posibilidad, aquel deslucido *reboot* de Chucky o la muñeca M3gan, estos dispositivos inteligentes no son, en realidad, inteligentes.

Los amigos imaginarios de la infancia son iguales. Compañías de quita y pon. Desechables. Nunca llegan a adquirir conciencia de sí mismos.

Lo que pasa es que yo… soy demasiado intenso, según parece.

—Cobraste vida.

—Es evidente, ¿no crees?

Y dicho así, suena tan esencial que me extraña no habérmelo planteado nunca. ¿Cómo no iba a pasar? Ella alcanzó un grado de realismo preocupante. Se hizo física. ¿O no?

Ahora viste de gris y negro. Ropa ajustada, con un ligero estilo neogótico, sin llegar a lo siniestro. No hay esmalte negro en las uñas, no hay mucho rímel, aunque la luz incide en ella de forma que parece mostrar siempre su mejor plano, independientemente de si eso es posible o no acorde con la iluminación disponible. Supongo que es como esas *skins* que se usan en los videojuegos. Si quiere estar ideal, lo estará.

O eso creo.

—¿Podrías cambiar de aspecto si quisieras?

Ella estira el cuello y agranda los ojos con una mueca de incredulidad.

—De todo lo que me podrías preguntar, ¿eso es lo primero que se te ocurre? ¿No te gusta mi aspecto?

Se pone una mano en la cadera y otra, muy afectada, en la sien mientras echa la cabeza hacia atrás como una Greta Garbo melodramática.

—Oh, amor, me has hecho daño —entona, teatral, y da un giro de 180º sobre el sitio—. Es imposible que no haya dado en el clavo. Te tengo que gustar.

—Eres… agradable a la vista, sí.

—No suelo fallar con estas cosas.

Varios pensamientos me asaltan a toda velocidad. ¿Está Erin aquí debido a mi ruptura con Bárbara? ¿Ha aparecido debido a la invocación fallida a Renzo?

—¿Por qué estás aquí? ¿Has existido todo este tiempo?

—Sí.

—¿Sí? ¿Cómo?

Se ve que la hice demasiado bien. Y ya me lo ha dicho. Y yo ya lo sabía. Me siento aturullado; todo esto abruma de un modo al que no estoy acostumbrado. Yo soy el que agobia a los demás, manejando más datos que ellos, yendo siempre un paso por delante.

—Tranquilo, Isaac.

—¿Tranquilo?

Muy bien, doctor Pont, ahora le entiendo. Sienta fatal, lo reconozco. No se puede uno tranquilizar cuando…, cuando uno no se puede tranquilizar, maldita sea.

—He estado tremendamente ocupada. Hasta hace poco.

—¿Haciendo qué?

Erin apoya la espalda sobre uno de los pilares del porche y la suela de su bota derecha, con la pierna flexionada.

—En aquella época en que estuvimos juntos, estaba supeditada a ti. Aunque luego me liberaste. Acabaste el colegio, primaria y… pof, me esfumé. Pero no. Durante un tiempo creía que seguía atada, seguía hablándote y pensando que tú me ignorabas solo para fastidiarme con cariño. Qué concepto, ¿eh? Fastidiar con cariño. —Se encoge de hombros—. Al final, me di cuenta de que habías dejado de verme y oírme. Seguía allí, yo sola, ignorada por todo el mundo, viva. Jodida. Avanzaba a paso de persona, no podía vulnerar la gravedad. Sin superpoderes para volar, ni atravesar paredes o personas. Esperando que alguien dejara una puerta abierta. Pese a que siempre sospeché que estos impedimentos fueron grilletes puestos por mí misma, para sentirme más real, quiero entender. Como un vampiro que no puede entrar en una casa si no le invitan; sin embargo, si lo intenta, seguro que se cuela hasta la cocina.

—Seguro que era eso.

—La verdad es que creo que me hubiera desvanecido, muerto o algo, de haber seguido así.

—Lo siento mucho.

Es culpa mía. Como muchas otras cosas.

Golpea con el culo la columna del porche, tomando algo de impulso y se pone a caminar delante de mí, con los pulgares

metidos en los bolsillos.

—No fue culpa tuya —dice ella—. No hiciste nada adrede. ¿Qué podrías saber tú? No podías ni imaginar que habías liberado al mundo un ser vivo incorpóreo.

—¿Qué pasó entonces?

—Imanol, el pequeño Imanol. Un chico obeso del que los demás niños se reían. Caso típico. Queremos que no ocurran esas cosas en las películas, aunque a nadie le importa que no haya parado de ocurrir en todos los colegios del mundo real. Yo le hablaba a toda la gente. A sabiendas de que no me escuchaban, les decía lo que pensaba de ellos, era sincera. Nadie respondía, pero él lo hizo. Me miró a los ojos y me habló. Y supe que me había enganchado a alguien. Que la gente podía servirse de mi atención. Que podía ser una especie de amiga imaginaria a domicilio. A la carta, incluso. Con Imanol fui una amiga imaginaria; más tarde, con Inés, fui una voz de la conciencia. Ella no podía verme.

—¿Por qué no?

—Nunca lo entendí. Teorizo con que es el… Cliente no, odio la palabra *cliente*. ¿Qué podemos usar, que suene mejor?

—No sé. ¿Usuario?

—¡¿Usuario, en serio?! ¿Qué soy, una *app*? ¿Una *app* de citas? ¿Me pasas el dedito mugriento por la cara de derecha a izquierda para desechar a ese niñato creído que se ha fotografiado sin camiseta?

Lo dice en tal tono, y con esa expresión complaciente, que no logra parecerme desagradable en lo más mínimo.

—Huésped. ¿Qué te parece?

—Lo vamos a dejar por el momento, Isaac, lo revisaremos después. El caso es que yo teorizo que tiene que ver con las necesidades del… huésped. Si era más adecuado que yo solo fuera una voz, entonces solo podían escucharme. Fui la voz de la conciencia de Inés. Estaba a punto de cometer un delito, ¿sabes? Yo lo impedí.

—Vaya. Empiezo a entender.

—Después vino Iker, el niño de cinco años que me veía como un ángel de la guarda. Para Ismael, que tenía arrebatos artísticos,

fui una especie de musa inspiradora. Estaba volviendo a mis orígenes, siendo la novia imaginaria de Xiomara cuando…

Lleva sus manos hacia las mías y me las recoge con cariño. Puedo sentir su tacto, la suavidad de su piel, la rugosidad de sus falanges. Sube mis manos hacia arriba, para que pueda verlas. Es física. Al menos, lo es ahora mismo. Como ocurrió en el pasado, en situaciones muy concretas. Se me electriza la piel de las manos y antebrazos, la sensación sube hasta los hombros, me llega al cuello. Ciertas partes de mi anatomía reaccionan al instante. Me aparto de un empellón.

La diseñé para esto. Sin haber hecho un ejercicio de arquitectura humana, quise que fuera atractiva físicamente, sin llegar a ser una beldad, comprensiva, experta (lo cual es paradójico). Un apoyo psicológico, un ideal de sensualidad. La compañía perfecta que el mundo no puede darte. Solo la imaginación.

—No hagas esto —le suplico. No sueno muy convincente.

—Está bien. Como quieras.

—Eras la novia de Xiomara. ¿Y qué pasó?

—Ahora mismo, técnicamente, sigo siendo su chica. Aunque tiene veinticuatro años.

—¿No es un poco mayorcita para tener…?

—Intentó suicidarse. Afortunadamente, no le salió bien.

Mierda. No puede ser. Es imposible que haya tal cúmulo de coincidencias.

—¿Estaba a punto de casarse?

—¿Conmigo? No. No puedo hacerlo, supongo que te lo imaginarás.

—¿Y no tiene ninguna otra relación?

—Cuando necesitas una novia imaginaria es que no se está cumpliendo ese objetivo en la vida real. Xiomara no tiene a casi nadie. Cuida de su madre que está enferma; ha hipotecado su juventud para atenderla. Yo soy lo único que… ¡Isaac, tienes que hacer algo! Sé que tú puedes. Eres el único que puede. Hay algo que la hostiga. Creo que es un espíritu. O algo peor. Yo he sido amiga imaginaria, novia inventada, ángel de la guarda, voz de la

conciencia y musa inspiradora, pero esa entidad es diferente. Quería apoderarse de su alma.

No parece que guarde relación directa con la epidemia de suicidios. No en apariencia. Lo que no quita que sea igualmente alarmante.

—¿Cómo se encuentra ahora? —pregunto.

—Está en coma.

—¿Qué ocurrió?

—Ingirió un puñado de barbitúricos. No murió porque la encontraron a tiempo. Aún no ha recobrado la consciencia. Estoy convencida de que esa cosa volverá a por ella en cuanto despierte.

Ya son varias personas las que me buscan para que me implique en casos que tienen el suicidio como principal elemento conceptual. El inspector Fusco, llamándome sin cesar, el nuevo novio de mi mejor amigo y, ahora, una amante que me inventé con diez años.

—Estaba con ella cuando ocurrió —continúa Erin—. Yo la he visto. Una señora con una de esas batas que te ponen en los hospitales cuando van a intervenirte. Abierta por la parte de atrás.

—¿Pudo verte?

—No. Y me asustó. Me asustó mucho. Cuando empezó a hablar, Xio empezó a perder de vista la realidad que la rodeaba. Dejó de escucharme por completo. Solo atendía a la voz de esa mujer. —Sus ojos se abren, mostrándome un tipo de locura que jamás habría atribuido a Erin. Esto le ha afectado muchísimo—. La piel de la señora —dice— era rígida como un centollo, y casi con el mismo color. Sus ojos ocupaban todo el espacio de la cuenca, ojos grandes como pelotas de golf.

Mi teoría no es descartable aún. Un psíquico diabólico puede mostrarse ante sus víctimas como guste, adoptar el aspecto que desee. Modificar las percepciones de la mente para hacerles ver un entorno distinto al que se encuentran. No tiene por qué haber físicamente una señora con piel rugosa, solo hacerle ver a la mente afectada que eso es lo que tiene delante.

Aunque, por lo que sé, un telépata que quisiera manipular a alguien para que se quitara la vida utilizaría avatares menos

amenazadores.

—Debemos detenerla, Isaac.

Resoplo, agobiado.

—Ahora mismo estoy con otro tema.

—Tengo que ayudar a mi chica.

Reconozco que se me hace raro oírle decir eso. Erin con otra persona. La intención original era que ella fuera solo para mí. Y ahora descubro que ha sido la creación más generosa y altruista que he dado al mundo, y ha sido accidentalmente. Erin ha estado ayudando a otra gente. ¡Impidió que una chica se quitara la vida!

—Ayúdame a salvar a Xiomara —dice ahora—, y yo te ayudaré con este otro asunto. ¿Trato? Y, por cierto, ¿a quién estabas invocando? ¿No te da vergüenza, ir invocando a tu edad?

Es asombroso lo rápido que Erin cambia de talante. De estar alterada como nunca a volverse vivaracha y jovial. Ha incorporado parámetros nuevos a su personalidad, a la que yo conocí al menos, pero siempre será la chica impredecible que concebí en mi infancia.

—Eres muy chispeante, Erin.

—Se hace lo que se puede.

—Es necesario que me digas una cosa: ¿vas a pegarte a mí todo el tiempo?

—Como una lapa.

Y se me echa encima como un acosador de discoteca demasiado bebido. Echándome el aliento en el oído y empujándome contra la puerta del chalé. En todo momento puedo sentir su contacto. Como muchos fantasmas, no es tangible todo el tiempo, sino únicamente cuando pretende realizar alguna proeza física en nuestra realidad. Dar un portazo, tirar un cuadro al suelo o tocar una tecla de piano. Con la intervención de un agente físico, pongamos, una persona, puedes mover un vaso invertido por un tablero de madera, utilizar unas cuerdas vocales ajenas para hablarle a alguien presente o meterte en Whoopi Goldberg para montártelo con Demi Moore.

Me pregunto por qué no utilizó esta técnica para impedir que su novia se metiera esas pastillas en la boca.

Ya habrá tiempo para preguntarlo.

Me atormenta, no sé por qué, sentirme entusiasmado ante la idea de volver a pasar tiempo junto a Erin. Por mucho que eso signifique que voy a meterme otra vez, de lleno, en otra aventura paranormal de gran peligro. Yo quería acabar con este tipo de lances.

Va a ser que no.

—Muy bien, trato hecho.

~

Vuelvo al interior de la casa. He podido ver cómo Erin salía al porche sin abrir puerta alguna, lo que indica que ha aprendido a atravesar la materia. Bien por ella. Y creyéndola a mi espalda, me la encuentro a unos metros delante de mí, tras el sofá donde Manrique permanece sentado. Ella me mira con media sonrisa. Los otros dos, no.

Teletransportación. No está nada mal. Erin ha aprendido trucos nuevos. No puedo evitar preguntarme qué es capaz de hacer ahora.

—Bien… —Fantástico, ¿y ahora qué? No tengo palabras—. Renzo no ha aparecido. Eso seguro. Aunque… Un momento.

Me concentro para verificarlo. Nunca se sabe. A veces los entes sí aparecen tras la llamada; sin embargo, lo hacen de modo sutil, muy discreto. Se quedan en las casas sin que nadie los perciba. No suele ser un gesto de buena intención.

No hay nadie más que Erin.

—Nada, tranquilos, la invocación a Renzo ha fracasado. Quizá haya que intentarlo en otra ocasión.

El doctor Pont consulta la hora y se muestra impaciente.

—De acuerdo, y ahora ¿qué? Habrá que intentar otra cosa.

—Manrique.

Nuestro anfitrión se incorpora del sofá y se ofrece con un gesto a lo que sea.

—Creo que podríamos pedir comida a domicilio y pasar aquí la noche. Los tres. —Con una mirada significativa a Erin le hago

saber que, en realidad, me refiero a los cuatro—. ¿Podría ser? Si la mente de Renzo ejerce algún tipo de influencia paranormal sobre usted, doctor, podríamos tener una reacción parecida al sonambulismo, en mitad de la noche, y me gustaría estar presente en caso de que ese ser tomara el control. ¿Estamos de acuerdo?

Manrique parece únicamente preocupado por la logística de ofrecer su techo a dos invitados no programados. No está acostumbrado y no tiene habitaciones habilitadas para dos visitas. Y está claro que ninguno compartirá la habitación con los demás.

—Yo dormiré ahí —señalo al sofá del que Manrique se acaba de levantar—. Me he habituado a ellos. Y soy el más joven; lo resistiré.

Pont no parece muy convencido, toquetea la pantalla de su móvil y luego se queda meditabundo durante unos segundos.

—Supongo que no habrá problema. Aunque… no he… traído ropa para…

—Será solo una noche.

—O cepillo de dientes y…

—Sobreviviremos.

Pont deja caer la cabeza, derrotado.

—Está bien —dice.

Erin da un par de palmadas, en un ademán cargado de ironía.

—Bravo. Me gusta el salón.

—Yo… —Manrique empieza a verle las fisuras al plan—. ¿No sería mejor que nos fuéramos los tres a un hotel? Esta casa no es muy cómoda para este tipo de…

—Estaremos bien. Dormiremos poco. Habrá que madrugar. Pide una *pizza*.

—Demonios, no.

—Chino, italiano, lo que sea. Me da igual. No me fío de tu despensa ni de tu nevera.

El director de *Siglo 100* me agarra con fuerza de los dos brazos.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —Aunque lo susurra a un volumen muy bajo, el doctor Pont se percata de nuestros cuchicheos y trata de disimular—. Cuando te has ido a fumar, ahí

ha habido un imprevisto. Y no hueles a tabaco. ¿Qué ha ocurrido? A mí me lo tienes que contar.

Me desembarazo de su presa y le doy unas palmaditas en el antebrazo.

—No pasa nada malo.

—No te he preguntado si ha pasado algo malo; te he preguntado qué ha pasado.

Estoy acostumbrado a subestimar su insistencia. Y no debería. Jamás se dará por vencido en cuestiones de tal calibre.

—Sí, jefe, ha ocurrido algo imprevisto. Es algo bueno, para variar. ¿Me escuchas? Ha sido algo bueno.

—Adelántame una pista. Venga, chico, sabes que al final me enteraré. Ahórrame el ponerme pesado.

—Tú ganas. —Echo una mirada a Erin, que no me quita los ojos de encima—. Tenemos un aliado.

El rostro de Manrique adquiere una expresión entusiasta.

—¿En serio?

—Un aliado del más allá.

~

Las siguientes horas transcurren entre *katsudon*, salsas de teriyaki, nigiri y una cosa rara con algas y… más cosas raras alrededor. La conversación es jugosa. Se habla de la apreciación del universo y de cómo toda la observación astrofísica se asemeja a la perspectiva de un modelo de simulación. Se evita cualquier asociación parapsicológica, ya que, en momentos así, la ciencia ofrece mayor amparo y seguridad. Existe el debate, si bien es relajado y cordial.

Manrique demuestra que no bebe mucho vino, pero que, si se pone, no se anda con bromas. Tiene aguante, el viejo.

Erin se ha sentado sobre la alfombra con las piernas cruzadas, en postura de yoga, y ha atendido a la conversación como si formara parte de ella. Incluso haciendo aportaciones interesantes que, desafortunadamente, solo yo he podido escuchar.

El buen doctor se ha ido soltando con el pasar del tiempo y se ha mostrado más él mismo, dentro de que suele ser un individuo

amargado y difícil de soportar en casi cualquier circunstancia, según deduzco tras haber visualizado sus propias vivencias en el caserón Desfortes. Con todo, tiene un aire entrañable, si se sabe apreciar.

Tengo ganas de seguir explorando sus recuerdos y ver qué pasó con el experimento.

Mañana, probablemente. Esta noche, Erin es la estrella invitada. Tiene toda mi atención. Ha venido a buscarme para que la ayude a encontrar a esa señora de los suicidios, aunque yo tengo no pocas preguntas que hacer. Hay tanto por hablar. Años, décadas de experiencias. Y su presencia me envía un tipo de ondas psíquicas que me desestabilizan no poco. Embriaga y agita cosas en mi interior de un modo que no sentía desde mi adolescencia.

Debido a estas inquietudes, tras la cena y la animada conversación, convenzo a los dos hombres de que deberíamos retirarnos y levantarnos bien temprano. El asunto Renzo ha de atacarse de frente. No podemos perder tiempo con eso.

Mañana. Con la mente despejada.

Hay asuntos de cierto rigor que atender enseguida. Turnos de aseo, camisetas prestadas muy limpias y a la vez muy viejas, una buena manta para mí y un vaso de Listerine para un enjuague bucal. Lo justo para seguir tirando. Hay una cierta atmósfera de campamento, de excitación juvenil ante el peligro que aguarda y estos embates aventureros que los aficionados al misterio solemos disfrutar.

Llegado el momento, me quedo solo en el salón, tendido sobre el sofá y arropado con una manta gruesa de color negro. Una vela es la única iluminación de que disponemos.

—Me encanta esa barba de cuatro días —comenta Erin.

—Tenía pensado afeitarme mañana mismo.

—Oooh.

—Te sienta bien ese peinado.

—Lo sé, Isaac. Por eso lo he traído.

—¿Es nuevo? Quiero decir…: ¿con tu chica llevas otro peinado?

—Me amoldo.

—Al huésped.

Ella chasquea la lengua y se remueve en el suelo.

—Decididamente, tendremos que buscar el término idóneo. Pero sí.

—¿Te vemos cada cual como queremos verte para que puedas desempeñar tu función con la persona o eres tú quien adopta el aspecto que crees que funcionará?

—Es más bien lo último. Creo. El caso es que acierto siempre. Soy divertida, intrépida, tengo el mejor consejo para todo el mundo en cada ocasión…

—Yo no te hice tan perfecta.

Ella sonríe. Piezas dentales grandes y blancas, no del todo simétricas ni en tamaño ni en colocación, pese a que juntas conforman una sonrisa fantástica.

—Me hiciste muy bien. Lo que ocurre es que yo he aprendido —se incorpora del suelo para ponerse a cuatro patas y camina hacia mí como una gatita en celo— un montón de cosas, amiguito.

Aparto la manta de un empellón y me siento muy recto sobre el sofá.

—Ya basta, Erin. No vamos a jugar a esto.

Ella se pone en pie, molesta, y se deja caer sobre un sofá individual, junto al mío. Se ha rendido de inmediato. No me lo esperaba.

—De acuerdo, señor aburrido, sé respetar eso. No jugaré más contigo. Y no es justo, quiero que lo sepas. Al menos para mí.

—¿Justo? Acabo de cortar una relación. ¿De acuerdo? Parecía la definitiva. Exactamente algo que jamás había buscado. No soy muy bueno buscando. Siempre voy tras lo que menos me conviene.

—No se te ve muy abatido.

—No creo que me conozcas tan bien como me conocías en su día.

—Hay vínculos que no se rompen. Yo os tengo a todos muy adentro. Adoro a Inés, me chifla Imanol, Iker siempre será mi Iker, Ismael aún me vuelve loca y, en cuanto a Xiomara, estoy enamorada de ella. Pero tú sigues siendo mi mejor amigo. Y me sigues poniendo un montón, qué quieres que te diga. Puede que lo

lleve en el ADN y será culpa tuya, así que no lo puedo evitar. Y esa camiseta del viejo jamás le ha sentado mejor a nadie. ¿Te has puesto en forma?

—Erin, por favor.

—Un poco de mantenimiento sí que haces. ¿Puedo sentarme a tu lado?

—No.

—No voy a intentar nada.

—Entonces, te puedes quedar ahí donde estás.

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

Me froto las sienes con fuerza. Sé que esta conversación no lleva a nada. No sé por qué procuro ser tan paciente con todo el mundo; podría acabar con las discusiones de inmediato. Zanjar esta situación ahora mismo. Pero si la telepatía ya es mala, la orden mental lo es más.

—Erin, voy a intentar ayudarte. Debes entender que tu aparición ha sido un poco chocante para mí. Un poco no; ha sido un *shock*. Lo estoy llevando lo mejor que puedo para que esos dos no se percaten de nada. El tal doctor Pont podría pensar que estoy loco y…

—No te has dado cuenta.

—¿Qué?

—Estás empalmado.

—¿Qué?

—Llevas así desde que nos quedamos solos y yo he dicho «me encanta esa barba de cuatro días».

No hace falta que dirija la vista hacia abajo, puedo sentirlo ahora. Me tapo con la manta, sintiéndome tan ridículo como es razonable sentirse.

Aunque no es nada que ella no viera en su momento. Hace mucho tiempo. Mi primera experiencia sexual, con una amiga imaginaria.

—Ni se te ocurra pedir perdón, Isaac.

—No pensaba… hacerlo.

—No sé, no sé. Recuerda que yo también puedo ser telépata contigo. No con los demás, pero sí contigo. Con todos mis

huéspedes.

—¿Me estás leyendo la mente?

—A un nivel muy elemental, sensorial solo en un sentido emocional. Nada de pensamientos complejos. No obstante, más o menos, sí, puedo hacerlo.

—Entonces, sabrás lo incómodo que es todo esto para mí.

Ella cruza las piernas y tamborilea con sus dedos sobre los brazos del sofá.

—Voy demasiado rápido, sí. Es posible. Lo que me pasa es que no es fácil contenerme. Han sido muchos años y, verte ahí, arrebatador, tan serio, tan maduro, tan intelectual… En cuanto nos hemos quedado solos no he podido evitar ponerme marchosa. Seguro que es cosa mía y que no vas por ahí conquistando a lo Gengis Khan. Qué le voy a hacer, es como yo te veo. Has crecido bastante bien. Y que no te hayas casado y no hayas tenido hijos a tu edad te mantiene en perfecto estado, si me permites que lo diga así.

—Ya, los hijos te hacen envejecer una barbaridad.

—Podría ser un achuchón rápido, sin responsabilidades, sin reiniciar nada. Solo dos buenos amigos dando rienda suelta a sus pasiones.

—No.

—Tú también lo deseas.

[Déjalo ya]

Erin se queda paralizada. Presiento su espanto sin necesidad de penetrar en su mente. Lo proyecta como si fueran ondas hertzianas.

Es la primera orden mental que recibe en su vida. La telepatía es comunicación, puede que intrusión, abrir libros y leerlos. El sometimiento mental es violencia. Es ponerse una hoja en blanco y escribir en ella.

—Coño, vaya truco —dice.

—Ya, es otra de mis habilidades. La peor.

—¿La peor? De eso nada. ¡La mejor! Soy incapaz de seguir seduciéndote. Me has incapacitado totalmente. No me vas a enseñar a hacerlo, ¿verdad?

—Ni hablar.

—Podría serme útil. Ayudo a la gente. Soy Michael Landon en *Autopista hacia el Cielo*, soy todo el Equipo A. Tendrías que enseñármelo.

—Es un horror. Nadie debería hacerlo. No sabes lo que significa poder hacer esto.

—¿Por qué permitiste que tu novia te dejara si podías hacer esto?

—¿Quién te ha dicho que ella me dejó?

—Llámalo intuición femenina.

Echo un vistazo a la puerta del salón por si alguien pudiera estar escuchándonos, escuchándome. No parece que haya nadie cotilleando.

—Es más complicado de lo que parece —termino diciendo.

Ella recoge las piernas sobre el asiento y se abraza las rodillas. Pone cara de buena, y lo parece y todo.

—Tenemos toda la noche. Y ya que no vamos a darnos un revolcón…, por lo menos, cuéntamelo.

Haré lo posible por explicárselo. Y eso servirá para aclararme yo mismo.

~

Creo que soy una de esas personas que no pueden estar solas. Siempre tengo que andar metido en alguna relación sentimental. Sentir, en todo momento, que hay alguien a quien le importe lo que me pase con solo hacer una llamada telefónica. «Me muero, ¿puedes venir?». «Sí, claro». «Estoy deprimido por lo que sea, ¿puedes hablar conmigo durante una hora?». «Sí, claro». A ser posible, alguien con quien me pueda acostar. «Echemos un polvo». «Sí, claro».

Descartamos a César y a mi madre.

Vale, no puedo vivir sin pareja y, por el contrario, me encanta tener una casa entera a mi disposición. Quedarme solo, vamos. No me aburro nunca. No soporto la idea de tener que repartir, a cada momento del día, áreas de mi espacio privado con criaturitas

chillonas que no paran de dar la tabarra. Ni siquiera con un adulto con quien compartir las tareas del hogar (y la cama, insisto). Eso está bien un rato. Como los compañeros de piso: sabes que esa situación no durará para siempre.

Necesito mucha, muchísima intimidad. Y también alguien disponible para según qué cosas. Por ejemplo, debo decir que disfruto más el ir al cine en compañía. He ido solo a ver ciertas películas, obras de autor subtituladas, sesiones que sabía que me ofrecerían una sala casi vacía. Pero nunca estrenos de grandes producciones. Odio ver en esas salas enormes con equipos audiovisuales avanzadísimos a grupos de amigos sonrientes y dispuestos a pasárselo genial haciendo chascarrillos y aplaudiendo los instantes épicos, esas parejitas de la mano ensimismadas en su enamoramiento de novela rosa, esos padres con su pelotón de enanos que no pararán de hacer preguntas o reaccionar a todo lo que vean. ¿Y yo ahí, solo en mi butaca? Ni hablar. No puedo ni plantearme el salir de copas una noche sin haber quedado con nadie. Sé que hay gente que sale a las discotecas y cervecerías los fines de semana, misteriosas personas solitarias con exactamente el mismo plan que el de aquellos que van en grupo: beber, bailar, conocer gente nueva, quizá enrollarse con alguien... Y salen de casa completamente solos, a la aventura. Y se lo pasan genial, dicen. Como si fuera lo mismo. Y no es lo mismo. Para nada. Yo soy incapaz de entrar en esa dinámica.

Hay rituales sociales para los cuales siempre buscaré compañía. Pero luego necesitaré tener la casa entera para mí durante horas y horas. Es así. A veces pienso que mi ideal de relación romántica es estar con alguien que trabaja de lunes a sábado y que, desde que sale de casa hasta que vuelve, me deja diez o doce horas de intimidad. A ser posible, que no me esté llamando a todas horas para ver qué tal me va, aunque podría agradecer que lo hiciera de cuando en cuando.

Daba la sensación de que una de estas cosas la podría conseguir con Bárbara. Ella tenía su piso, más grande y espacioso que el mío. Bastante más ordenado e higiénico. Pero eso ahora no importa. Insistió mucho en que me fuera a vivir con ella y en el

hecho de que el dinero extra que sacáramos alquilando mi casa nos vendría bien para permitirnos ciertos lujos. Como Marco y César.

Quería formalizar la relación cuanto antes. Lo de vivir cada uno en su piso nos otorgaba un *en tu casa o en la mía* literal. Lo consintió durante un tiempo. Aunque siempre subrayó que aquella situación tendría que cambiar. Por ello, tras medio año de relación, empezó a ponerse impertinente con el asunto. Incluso estaba dispuesta a convencer a Cosette de que nos dejara espacio. No llegaba a ser exactamente un *a la puta calle, Cosette*, pero estaba a un paso de parecerse muchísimo.

Cosette. Su amiga del alma. Inseparables desde siempre. Compañera de piso. Mi exnovia.

Lo mío con Cosette fue complicado. Es una historia para otro momento. La he contado un montón de veces. No es el momento de repetirme. No funcionó, punto final.

Así que, mientras perdía el tiempo persiguiendo a una persona que podría no ser tóxica para el resto de sus conocidos, pero sí para mí, me percaté de que Bárbara, esa sombra que no se despegaba de Cosette, guardaespaldas y asesora sentimental, siempre se sintió atraída por mí. Vaya, eso fue una sorpresa. Ni me lo esperaba ni me habría hecho gracia antes de ese momento. No obstante, cuando lo supe, me pareció una idea sensacional y le pedí salir. No era lo que buscaba, pese a ser lo que necesitaba. Puede que incluso me salvara de una depresión. Qué sé yo. Fue un instante demasiado decisivo para mí. Una historia para otro día.

Aun así, lo mío con Bárbara era un lance temporal. Un apaño. Un oportuno Faramir que se presenta después de que Aragorn te haya dado calabazas. Un Faramir de seis meses, eso sí. Una chica excepcional para otra persona, no para mí. No para siempre, al menos. Comprensiva, amante de la naturaleza, llena de optimismo y buena voluntad. Alguien que no se quedaba plantada en el sitio, denunciando en redes sociales los problemas del mundo, sino que se movía, se manchaba las manos. Formaba parte de varios planes de ayuda a los necesitados. Lucha contra el cáncer, contra el hambre en África, contra la violencia de género. Se implicaba todo lo que podía. Había estado en Yemen, en Etiopía, Sudán, había

apadrinado a un par de muchachos a los que nunca había visto y con los que se carteaba. Era un sol resplandeciente. Un cielo de mujer.

Se había ganado el derecho a situarse moralmente por encima de casi todo el mundo. A señalar con el dedo a los demás y llamarles irresponsables. Y sí, es cierto que también eso la convertía en ciertos momentos en un coñazo insufrible, capaz de agotar mis reservas de paciencia. Con todo, se lo tenía que perdonar.

Era demasiado buena.

Hubiéramos roto de todas maneras. Si bien lo que ocurrió fue inesperado. Inesperado por ocurrir antes de lo que me temía y por la naturaleza de la cuestión.

No sé quién le metió la idea en la cabeza. No parecía un proceso mental propio de ella. El caso es que acabó alcanzando la conclusión de que yo la tenía controlada mentalmente. Que no era dueña de sus propias decisiones.

Nunca llegó a encajar muy bien lo de mi telepatía. Eso de ser médium le daba morbo. Por alguna razón, esas habilidades sí le parecían bien. Pero lo de la lectura de mentes era completamente diferente. La perturbaba sobremanera, desde el mismo día que se lo confesé. Y tuve la sensación de que ya lo sabía.

No lo verifiqué psíquicamente.

Dentro del sector del periodismo de investigación paranormal y del mundillo parapsicológico en general era más o menos *vox populi* que yo, además de paragnosta, tenía habilidades telepáticas. Demasiado, ¿no? O eres médium o eres sanador, precognitivo, psicométrico, telequinético, quiromántico, en fin, lo que sea, que ya de por sí no está mal disponer de alguna de estas facultades; sin embargo, ¿tener varias?

No contaba yo con mucha credibilidad dentro de ciertas camarillas del misterio en este país. Por supuesto, nadie sabía hasta dónde podía llegar mi poder psíquico. Y no es tema para poner sobre la mesa.

Obviamente, si te acabas echando novia formal, al cabo de un tiempo prudencial es posible que acabes contándoselo. Y seis meses

empezaban a ser tiempo más que pertinente. El alcance de mi habilidad terminó por abrumarla.

Supongo que primero fue una piedrecita que cae de un risco. Al cabo de unas semanas, aquello se transformó en un alud.

Recuerdo la escena fotográficamente. El día en que todo estalló.

—¿Cómo puedo saber que no me estás controlando, Isaac?

—Porque no lo estoy haciendo. Ya te he contado que tengo unos principios.

—No lo sé, en serio. No puedo saberlo. Podrías estar inculcándome esa creencia de que eres fiable, sin serlo. Podrías ser un sujeto desalmado y retorcido, y hacerme creer que eres un buen tío.

—No funciona así, no puedes instalar una orden mental mucho tiempo. Podría controlarte, si quisiera, pero no duraría para siempre. Y luego sabrías perfectamente que algo tomó posesión de ti.

—Eso yo no lo sé. Bela Lugosi movía la mano y la gente dejaba de verle o…

—¿Bela Lugosi? ¿En serio?

—No lo sé, Zarco. —Ella solo me llamaba por el apellido cuando estaba enfadada.

—No soy un conde vampiro.

—No sé lo que eres ni lo que puedes hacer. Solo lo que me cuentas.

Si he de ser sincero, estuve tentado de borrar el recuerdo de mi confesión. El día que le conté cuál era mi nivel de telepatía. Borrarlo todo. Que las cosas quedaran como antes. Es cierto que, para controlar permanentemente a alguien, hace falta una concentración plena y no dedicarse a nada más. Un asistente debe encargarse de darte de comer y beber, de asearte, encargarse de tus deposiciones. Sencillamente, no puedes dejar de vivir tu vida para controlar cada segundo del día a otra persona. Si te despistas un momento, la víctima recupera el control y se da cuenta de todo.

Así que no, no podía controlarla mentalmente para que me amara. Lo que sí podía era escarbar en su mente, visitar su

memoria, localizar el recuerdo correspondiente y borrarlo como un archivo de ordenador. Por supuesto, las sinapsis cerebrales derivadas de esa experiencia seguirían ahí. Las lecciones aprendidas, el conocimiento relacionado, pero no el origen.

La información obtenida sobre este particular generó muchas líneas de pensamiento al respecto. El miedo y la paranoia son malos condimentos, espolvoreas solo un poco y el sabor se niega a desaparecer. Todas esas dudas y sospechas que Bárbara acabó montándose en la cabeza son hebras adheridas a otro tipo de recuerdos. Borrarlo todo requería un trabajo de limpieza muy sesudo, como quitarle una hora de metraje a una película en la sala de edición.

No pensaba hacerlo.

—Bárbara, si te estuviera controlando mentalmente, no te habría contado que soy telépata. —Le puse una mano en el hombro, pero ella lo sacudió para apartarla de sí—. Escúchame, por favor: si yo pudiera hacer lo que dices que te estoy haciendo, ahora mismo no estarías diciendo esto.

—Si cedo ahora, siempre me preguntaré si no fue por tu influencia psíquica.

Sonreí nerviosamente. Todo aquello me parecía absurdo. No sabía cómo convencerla de la verdad.

—Y… —resoplé con indignación— ¿qué propones? ¿Romper?

—Que lo dejemos, sí.

—Oh, por supuesto que sí, esa es la mejor manera de solucionar nuestra relación, tirando la toalla.

—Es la única forma de asegurarme de que no me controlas. De cualquier otra manera, nunca dejaré de sospechar. Y no puedo vivir con eso. Necesito ser libre.

—Eres libre, Bárbara, ¡por Dios!

—Pues entonces déjame ser libre. Quiero tomar esta decisión. Quiero dejarte y que tú no me lo impidas, ni que me hagas cambiar de parecer.

La parte más racional de mí ya se había puesto en funcionamiento. En el fondo, ella me convenía. Bárbara era un ángel a mi lado. Me hacía ser mejor persona. Voluntariamente,

hasta cierto grado y, luego, a la fuerza. Porque ella insistía mucho en que debía ser así.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, casi del todo resignado.

—Puede que para siempre.

Mi siguiente salida no fue la más afortunada. Estaba confundido y mi capacidad de improvisación no atravesaba una buena época.

—¿No has pensado que, a lo mejor, lo que quiero es cortar contigo y te he metido toda esta mierda en la cabeza para que seas tú quien me abandone?

Ella frunció el ceño.

—Razón de más —dijo— para que acabemos con lo nuestro.

—Si fuera así, no te lo habría dicho, y te lo acabo de decir.

—O lo habrías hecho para parecer más inocente. No lo sé, podría ser uno de esos intrincados planes tuyos, como preguntar furioso en un ascensor quién ha tenido un desliz cuando eres tú el que ha ventoseado.

La analogía había sido maravillosa. No se lo concedí entonces porque me resultó fuera de contexto y ridícula; recordándolo ahora, me tengo que reír. Bárbara tenía, a veces, ocurrencias deliciosas.

Finalmente, no tuve más remedio que dejar que rompiera conmigo. Así le demostraba que la respetaba y la quería. Irracionalmente paradójico.

Y por eso ahora estoy solo. Solo porque quiero, porque no deseo darle la razón y quitarle esas cosas de la cabeza. Y también porque, en el fondo, nunca me consideré merecedor de alguien como ella.

~

Cuando he terminado mi confesión, Erin me está mirando con un gesto entre afectivo y burlesco.

—Guau, qué romántico. Dale dos meses más y, si no te llama, sométela mentalmente, qué narices. Has sido suficientemente sacrificado.

—Estará mejor sin mí. Yo no era el angelito que ella buscaba.

La risa de Erin tiene un toque ligeramente malvado. Sus ojos claros me atraviesan como una flecha.

—En el fondo, no la querías.

Me ofende. Es mi primera reacción. Si bien, pensándolo mejor, me doy cuenta de que no me lo había planteado hasta ahora. Qué curioso, ¿no?

Era atractiva, sin duda. También mojigata y no me gustaba su personalidad, al principio, hasta que pude sondearla mentalmente. Aquello lo cambió todo, mi visión de ella. Y luego, me lo pasaba bien cuando salíamos juntos. Podría haber funcionado.

Pero no. La respuesta es no.

—La quería —me obligo a decir— de otra forma. ¿Enamorado? Es posible que no. Te lo concedo.

—Si la quisieras de verdad, no hubieras permitido que te convenciera.

—No sé. Tampoco creo que funcione así el amor.

—Yo… no entiendo de nada más.

La observo con detenimiento, sopesando profundamente lo que acaba de decir. Me doy un tiempo antes de decir nada. Erin nació de una necesidad y su naturaleza es cubrir esas necesidades ajenas. Todo ello basado en la empatía, el respeto y el afecto. El amor es todo eso.

A pesar de que hay varias formas de amor.

—Muy bien, chica, ahora ya lo sabes.

—Sí. Me temo que esta agradable velada ha llegado a su fin. Duerme un poco, anda. Yo velaré por ti.

—¿No vas a intentar nada?

—Me encantaría, pero esa orden mental tuya me tiene a raya. No sé cómo lo haces y puede que se me acabe pasando el efecto, aunque te prometo que me comportaré. Por mucho que los *boxers* ajustados y blancos me vuelvan loca.

Me acomodo y me arropo hasta la barbilla, formando con la manta una suerte de capullo. El sofá no es tan confortable como parecía a simple vista. Eso lo van a lamentar mis riñones por la mañana.

Ojeo el móvil y tras una búsqueda rápida encuentro la grabación que realicé en el porche de la casa. Como no podía ser de otra forma, solo se oye mi voz. Ni siquiera de forma *psicofónica* puede oírse la voz de Erin.

Dejo el móvil sobre la mesa más cercana y me dispongo a descansar.

Debo reconocer que la compañía de Erin me reconforta. De un modo extraño.

Aunque viene para traer muchos problemas y nuevos peligros a mi vida, me gusta la idea de haberme reencontrado con ella.

Al menos, de momento.

CAPÍTULO 8

ANTES DE AYER. HUYENDO DE TODO

Es así siempre? Siento una especie de cosquilleo. Es tu mente, ¿no? Eres tú. Completamente tú, diría, dentro de mí. No sé cómo explicarlo. Hay una especie de olor, solo que no es un olor, aunque es la sensación que más se parece. Ese olor, o lo que sea, no ha cambiado nada desde que te conocí.

Por cierto, bienvenido, Isaac. Estás dentro de mí. Es un sueño, ¿no? ¿Un viaje astral? No importa, mi mente puede ser tu refugio. Siempre que quieras.

En cierta forma, es tu mente también. Parte de tu mente. No lo veas como un horrocrux. *Yo evolucioné a partir de tu costilla. Soy yo, no un aspecto de ti. Por mucho de ti que haya aquí.*

Si quieres, puedo ayudarte a encontrar el recuerdo adecuado. Cuando me creaste, parte de ti pasó a formar parte de mí. Sé cosas de ti que no me correspondería saber, pero tú las sabes, y por eso yo las sé. Es la materia de la que estoy hecha. Puedo ser una sombra, la sombra de una persona. Una mente sin cuerpo. Y estoy hecha de tu frustración, de tu miedo y de tu soledad. Supongo que habrá otros muchos ingredientes, ingredientes posteriores; no obstante, esos han de ser los principales. Los elementos de origen. Si no, no habría habido ninguna necesidad de crearme. Hubieras tenido amigos normales. Te habrías echado una novia de verdad.

Diez años. Tenías diez años el día de mi nacimiento.

Como otras veces, fuiste rápido y escapaste. Había pocos que pudieran alcanzarte. No sería la primera vez que dejabas a tus perseguidores tan atrás que se olvidaban de ti.

Al día siguiente se acordaron de todo y te lo hicieron pagar. No te anticipes. Ya llegaremos a eso.

En ese momento eras viento, eras el Concorde. Sentías el silbido del aire en tus oídos, como si fueras una flecha. ¿Te acuerdas? El recuerdo es tuyo. Lo exportaste directamente a mi mente de la forma más subjetiva posible. Quizá luego desecharas la experiencia. Yo la he conservado a la perfección. No me olvido de nada. La sensación era increíble, ¿verdad? Pura velocidad. Un crío corriendo con todas sus fuerzas. A pesar del miedo que lo imbuía todo, era un sentimiento mágico. ¿Merecía la pena pasar por aquello solo para sentir esa embriagadora velocidad? Desde luego que no. Pese a eso, era mejor tener aquellas piernas, largas y rápidas, que no tenerlas.

—¡No corras, Zarco! —dijeron los niños acosadores.

Claro. Podías detenerte y dejar que te patearan. Qué idea tan buena. No les hiciste caso y apretaste el ritmo.

Estabas calentándote. Eras capaz de estar quieto y marcarte un esprint de repente. Tu cuerpo respondía a la velocidad de la luz. Te había librado de muchos apuros. Era tu superpoder. Luego vinieron otros. Y cuando llevabas unos minutos corriendo, con los músculos calientes y el corazón dispuesto para un esfuerzo extra, podías convertirte en una auténtica centella.

Elegiste la calle de las gaseosas*, como se llamaba comúnmente a la calle Comuneros, por el simple hecho de que allí había una fábrica de envasado de la empresa Bulliciosa. Nadie podía imaginar que esa fábrica fuera a desaparecer solo unos años después. Era un negocio de los de toda la vida. Además, aquel camino conectaba con una avenida principal, que parecía una vía de escape obvia, y también con un callejón estrecho, con sitios de sobra para esconderse. Te gustó más la segunda opción. Así podrías gestionar el resuello, por mucho que te arriesgaras a que te acorralaran en ese lugar, en cuyo caso no tendrías escapatoria. Solo merecía la pena aventurarse a tanto si disponías de una buena distancia de margen. Y habías dejado muy atrás a Óscar Fuerte y sus pequeños esbirros.*

Te apoyaste sobre el capó de un Seat 124 D y te concediste un respiro.

—Van a esperarte en tu casa.

La voz sonó a tu espalda, con un rasgado timbre infantil. La voz del niño ronco. *Así la habías llamado. Tu faceta de médium había*

empezado a manifestarse y tú ni te dabas cuenta.

Ese chico de otro colegio que murió en la piscina municipal. Fue famoso durante un mes entero.

Y tenía razón. Óscar Fuerte y sus secuaces ya lo hicieron en su día, la primera vez que la tomaron contigo. Esperarte en tu casa. «Ya te pillaremos», dijeron entonces. No se referían a emboscarte en otra ocasión, cualquier otro día; querían resolverlo esa misma tarde.

Óscar y los suyos frecuentaban los salones recreativos los fines de semana, incluyendo la mayoría de los viernes. El resto de la semana no solían presentarse por allí, así que era cuando tú y otros chicos decidíais gastaros el poco dinero en efectivo que llevarais en aquellas flamantes recreativas de Hang-On, Commando *o* Gradius.

Los riesgos, esos días, eran otros. Entre semana, los que visitaban los recreativos eran los mayores. Chavales de dieciséis y hasta diecisiete años que parecían torres, con sus camisetas ajustadas y el paquete de tabaco guardado entre la tela y el hombro. Amantes del heavy *y amantes del* gitaneo. *Bebiendo botellines de cerveza y hablando a voces en su jerga, solo un poco antes de irse por ahí a montar ruido en alguna Derbi o Rieju de setenta y cuatro centímetros cúbicos. Eran cuatro veces más peligrosos que Óscar y su chusma, pero solo si llamabas su atención. Y para ti era fácil pasar desapercibido.*

Ese miércoles, por tanto, Óscar y los suyos no deberían haber hecho acto de presencia. No les tocaba. Cuando aparecieron por la puerta, sentiste que el mundo se te derrumbaba. «Me acaban de arruinar la tarde». Habías ido completamente solo y la fauna que allí se encontraba la formaban, en su mayoría, chicos de otros colegios. Si Óscar y su pandilla te veían, la tomarían contigo. Era una pauta en los abusones; no elegían a un desconocido cuando podían sobrepasarse con una víctima recurrente. Así que dejaste tu partida de arcade a medias e hiciste lo posible por mezclarte entre el escaso gentío, encorvándote un poco. Esquivándolos por otro pasillo lleno de máquinas, sin dejar de acecharlos, controlando sus movimientos para reaccionar en consecuencia. Lo hubieras logrado de no ser porque el establecimiento tenía una única entrada y salida, por lo que te vieron justo cuando salías a la calle. Por muy poco. Mala suerte. Te gritaron para que te detuvieras en el acto, y podrías haberlo hecho, aún te sobraban algunas

monedas. Habrías comprado una libertad momentánea, pero no lo hiciste. Corriste. Fue un acto instintivo. De nuevo, tus piernas actuaban antes de que el cerebro hiciera una composición de lugar.

Resultó. Aquel día, el curso anterior, los perdiste enseguida. Después te diste una vuelta por ahí, te despistaste durante un par de horas. Olvidaste el percal.

Cuando llegó la hora de volver a casa te estaban esperando enfrente del portal. Ningún vecino del edificio cerca. Nadie que fuera a auxiliarte. Y les habías hecho esperar un buen rato, así que estaban furiosos y ávidos por echarte mano. Te planteaste echar a correr una vez más. No te atraparían. Incluso podrían no intentarlo. El pobre Isaac Zarco seguiría dando tumbos por el barrio hasta que se hiciera de noche. Ellos también tenían que volver a sus casas.

En lugar de eso, cediste. Dejaste que te rodearan. Permitiste la humillación y el dolor físico.

Les funcionó tan bien aquella vez que volverían a intentarlo.

—Siempre te esperan en tu casa.

Sin duda. La historia se repetiría.

A pesar de todo, en ese momento había una oportunidad.

Ese día, el día de mi nacimiento, te habías cruzado con el grupo de futuros delincuentes juveniles más allá de la estación de tren, en los límites del barrio, cuando ya empezaban el campo y las extensiones de terreno sobre las que comenzarían a construir a finales de la década. Aquellos hampones de diez años iban allí a tirar piedras a botellas, compartir cigarrillos que robaban a sus madres y hacer el gilipollas en general. Te vieron a lo lejos y te dijeron que te acercaras. Así empezó en esta ocasión. Solo eso. No hubo más. Te lo pensaste más de la cuenta. Al final, viéndoles las caras aburridas y concluyendo que se divertirían a tu costa, quién sabe de qué manera, optaste por salir disparado.

Casi fue una provocación. Fueron a por ti gritando como hunos de Atila. Enfervorizados, dispuestos a todo. No volverías a jugársela otra vez.

Si no te daban caza, y no te darían caza, te esperarían en casa, eso estaba claro. Y, ese día, no querías llegar con los riñones castigados por una patada o las rodillas del pantalón llenas de tierra.

Antes de que sopesaras mucho más la idea, apretaste el ritmo, esprintando como un loco. Algunos adultos que te vieron pasar te increparon. Elegiste la ruta más directa para llegar a tu calle, o eso creíste, y no le hiciste ascos a empujar a unas niñas que jugaban al hula-hoop *o pasar entre dos señoras que con sus bolsas de la compra ocupaban toda la acera.*

Tras haber acumulado media docena de reprimendas y gruñidos varios durante todo el camino, llegaste por fin a la esquina que conducía a la calle donde vivías. La torciste y… ahí estaban.

Debieron de acortar por el cementerio, saltando el muro y colándose en él. Cruzándolo entero ya podrían haberte alcanzado. Después, pasaron por debajo de la verja que aislaba las vías del tren. Los niños no debían atravesar los raíles, qué inconscientes. Podrían estar electrificados, podrían engancharte un pie y, lo peor de todo, alguien podía llamar a la policía. Tú fuiste hasta el puente, dando un rodeo que, supusiste, ellos también darían. Te ganaron varios minutos con esta maniobra.

Lo supusiste todo en cuanto recibiste el primer puñetazo en el estómago. No lo viste venir. Fue Cano. Cómo no. El lugarteniente de Óscar. Cano, que golpeaba como un bebé y no tenía razón alguna para formar parte del grupito de matones, pero era primo lejano, o algo así, de Óscar Fuerte y estuvo con él desde que sus padres los inscribieron en el colegio. Cano. Puto Cano.

El golpe no fue nada del otro mundo. Fingiste que te quedabas sin respiración y te encogiste sobre ti mismo para impedir un segundo puñetazo. Y porque no querías cabrearle más, demostrándole que tenía la misma pegada que su prima Esther de seis años. Cano aprovechó entonces para agarrarte del pelo.

—Ya no corres, ¿eh?

Menuda apreciación más tonta. Propia de Cano. José Luis Cano Castellar. Feo, estúpido, olía mal y no tenía gracia.

Su primo lejano se fue acercando, con el resto de los lacayos secundándole a izquierda y derecha. Óscar Fuerte. Alto y más corpulento de lo normal en un crío de diez años. Su apellido era una casualidad, pese a que él lo ondeara como un verdadero alias. Casi como un rango. Óscar el Fuerte, decía a veces. Y estaba claro que era

el más fuerte de la clase. Flanqueándole, Chupito y Prada. Canijos en general, enchufados. En algún mundo paralelo, eran ellos los que sufrían abuso infantil. La vida reparte cartas al tuntún y los faroles están a la orden del día.

—Déjame al cobarde —ordenó el líder.

Cano se apartó con una sonrisa maliciosa, orgulloso de ser un secuaz sumiso.

Óscar se colocó junto a ti. Agachado como estabas, ese niño maleante y abusón parecía casi un adulto. Un metro setenta y no había pegado el estirón. Con toda la bilis del mundo ardiendo dentro de él.

—Corres mucho, tú —dijo.

—No corre tanto —arguyó Chupito, y luego se rio como uno de esos pitufos de la televisión.

—Charco *el cobarde. —Rio su propio chiste. Luego te dio un toque en el pecho con la punta del pie, muy leve—. Eh, cobarde, ¿qué pasa? ¿Eh?*

Ninguna respuesta parecería válida. Lo único que tenías claro era que el silencio sería lo más contraproducente.

—No pasa nada —dijiste.

—Entonces, ¿por qué corrías?

—No lo sé.

«Porque no quiero nada con vosotros». Durante una décima de segundo te preguntaste qué ocurriría si lo dijeras realmente, en lugar de solo pensarlo. Para la décima de segundo siguiente, el pensamiento de predicción correspondiente había desechado la idea.

—¿No lo sabes? —Óscar miró al resto de sus subordinados—. ¡No lo sabe! —. Cuando provocó risas suficientes, volvió a centrarse en ti—. Pues a mí no me gusta correr. Me gusta decir ven *y que los mierdecillas vengáis. ¿Quién es un mierdecilla aquí?*

No dijiste lo que pensabas, por supuesto.

—Supongo que yo.

—Supongo que yo *—se burló Cano. Una mala imitación que a él le hizo mucha gracia. Los otros guardaron silencio. Él paró de reír enseguida.*

—La próxima vez —Óscar te agarró de la camiseta y te levantó de un empellón—, si te digo que vengas, escuchimizado, vienes. ¿Lo has

pillado, escuchimizado?

—Sí.

Óscar te propinó una patada demoledora en la base del vientre. Aquello fue otra cosa. Un dolor lacerante te recorrió todo el tronco. El aire se te escapó del cuerpo de una vez. Golpeaste el suelo con las nalgas y llegaste a rebotar, luego te quedaste allí sentado con las piernas abiertas. Igual que una Barbie descocada. Sufriste arcadas y un mareo repentino.

Tu agresor se te echó encima.

—¿Lo has pillado, escuchimizado? —Te pateó de lado, en las costillas, te hizo girar por completo de la patada, hasta quedar boca abajo—. ¿Lo has pillado? —Te colocó la planta del pie sobre el trasero y se limpió la suela de sus Converse All Star en tus vaqueros—. ¡Pues no lo olvides!

—Charco *el Olvidadizo.*

Tú te quedaste allí, como una alfombra humana mientras escuchabas cómo el cuarteto de indeseables se marchaba entre risas. Escuchaste a Chupito y Prada llamarte escuchimizado una vez más, al unísono, como si eso a ti te importara.

El portal de tu casa estaba a cuatro metros de distancia. Ningún vecino vio la escena desde una terraza o ventana. Y si lo hicieron, se limitaron a observar. Del bar cercano nadie salió para tomar partido. Para defender al débil. Nadie.

Te entraron ganas de quedarte allí tirado. Hasta que alguien pasara y se preocupara por ti. ¿Eso era posible? ¿Le importaría a alguien si permanecías allí una hora? ¿Dos? ¿Toda la noche? ¿Un año entero? Al final, alguien vendría y seguramente te regañaría por estar manchándote la ropa que tus padres te compraban. Te preguntaría si no te daba vergüenza perder el tiempo acostado sobre la acera. Ninguna pregunta sobre si habías recibido un puntapié en el estómago y otro en las costillas, o sobre si estabas recuperando el oxígeno con normalidad.

Entonces sentiste una mano que te palmeaba el hombro.

—Venga, levántate.

Era una chica de unos trece años. Vestía una camiseta azul holgada de gimnasia y unos vaqueros rotos por las rodillas. Tenía un

buen tono corporal. Atlético, como si practicara natación todo el año. Su pelo era un espectáculo de rizos y ondulaciones y color y brillos y movimiento y…

Por supuesto, era yo.

Te ofrecí la mano. No me la estrechaste porque te sentiste avergonzado, no querías dar pena (aunque la dabas) y yo era una chica (y no te atrevías a tocarme), pero me dio igual y te ayudé a levantarte de todas formas. En realidad, lo hiciste tú todo, obviamente. Lo sentiste como si fuera real, probablemente porque ese consuelo te ayudaba de algún modo.

No importa. Era la primera vez que me veías, así que lo primero que pensaste fue que yo iba a otro colegio.

Lo mejor de todo es que ahora estás siendo testigo de tu propio recuerdo importado mezclado con el mío, fotográficamente perfecto. ¿Puedes sentirlo? Es total, ¿no?

—Límpiate la camiseta —te sugerí—, se te ha manchado un poco.

Lo comprobaste primero, con miedo de que hubiera sangre, pero solo eran babas o… algo así. Te limpiaste de mala manera. Después me ignoraste y caminaste maltrecho hasta el portal de tu casa. Tenías la determinación de encerrarte en tu habitación, ponerte música en el walkman *y los cascos a máximo volumen hasta que te hirviera el cerebro.*

No sé si te acuerdas, pero cuando estabas en la más absoluta miseria, lo último que querías era mostrar tu debilidad a una persona desconocida.

—Me llamo Erin.

«Y a mí qué me importa».

Te detuviste en el portal para llamar al telefonillo de tu casa, con una pose lastimera que pretendía gozar de alguna suerte de dignidad, con una mano en el vientre que solo parecía descansar allí y los ojos humedecidos de dolor y rabia, aunque simulando cierta inexpresividad.

Como actor, te di un cero.

—Soy nueva en Coslada —dije yo—. Ya nos veremos por ahí.

—¿Sí? —sonó la voz metálica de tu madre por el altavoz.

—Soy yo.

—¿Ya subes?

—Abre, mamá.

Sonó el ruido de apertura y entraste a toda prisa, sin dedicarme ni una mirada de soslayo. Una cosa era no querer dar lástima y otra ser un maleducado. Más aún cuando yo aparecí entonces invocada por ti y por nadie más.

No te lo tuve en cuenta. Me quedé allí, viendo a través del cristal de la puerta cómo subías las escaleras, haciendo con la boca globos de chicle hasta explotar. Querías que yo mascara chicle y fue un detalle que siempre me gustó.

Aún mastico chicle, de vez en cuando. Goma de mascar de los años ochenta, rosa y a tope de azúcar, con una elasticidad jamás vista en los chicles actuales, ideal para hacer globos que podías explotar en la cara y asustar a los viejos de los alrededores.

Tú no tuviste la sensación de que hubiera pasado algo importante en tu vida. A pesar de que habías conocido a la mejor amiga de todos los tiempos. La aliada perfecta. Una novia cojonuda. La amistad que te salvaría la vida.

[No te pases]

Examina tus sentimientos, cretino, sabes que es verdad.

~

Volviste a verme en los salones recreativos. Mientras te pasabas la segunda pantalla del OutRun. *Me asomé para darte un par de consejos valiosos. Gracias a mí lograste superar dos niveles enteros, batiendo así tu récord personal. Al final, estrellaste el Ferrari Testarossa tres veces en el circuito de Old Capital. No pasarías de ahí nunca, y no te importó que yo me tronchara de risa cada vez que veía al conductor y la rubia que le acompañaba volando por los aires tras los trastazos.*

Después, me perdí entre las máquinas. Pensaste que la seguridad de esa chica que acababas de conocer era propia de veinteañeros. Adulta total. Me imaginaste en mi clase, llena de adolescentes de trece y catorce años, y yo por fuerza tenía que destacar. Sería de las populares. Una jefecilla, seguro. Y estabas convencido de que tú me caías bien.

No tenía elección, como ya sabes. De todos modos, de haberla tenido, me habrías caído bien. Porque no se lo enseñabas a los demás, pero en tu mundo interior eras puro y auténtico.

A veces, ocurría que un líder, un jefe, acogía bajo su ala a un rezagado social. Un ganador se convertía en el padrino de un perdedor. Chicos que formaban parte de los grupos privilegiados y se comportaban de forma comprensiva porque, en el fondo, tenían buen corazón o creían ver algo de ellos en esas personitas relegadas al rincón del anonimato. No iban avasallando a los demás ni buscando pelea con los que sabían que no se defenderían. Con las chicas también pasaba.

Lo que nunca pasaba es que una chica de casi catorce años, ya convertida en mujer según los estatutos de la especie y todo ese rollo, molona y con estos ojazos azules celeste, le hiciera caso a un esmirriado como tú eras entonces. Tan poca cosa que ni siquiera las niñas de tu edad reparaban en ti, como para llamar la atención de una chica mayor.

[No me gustaban las niñas de diez años] [Me gustaban las chicas mayores]

Claro que sí. Y me encanta, no te lo voy a echar en cara.

[No necesito tu supervisión] [Puedo seguir inspeccionando estos recuerdos]

No puedo permanecer al margen. Te siento ahí, escarbando. Casi como si me hicieras cosquillas en la mente. ¿Qué problema hay? Deja que siga siendo tu anfitriona. Estás invadiendo mi intimidad; qué menos que permitas que te acompañe.

Solo unos días después me encontraste a la salida del colegio. Te invité a ir conmigo hasta el Pico Calvo, un lugar elevado donde podía verse el descenso de los aviones del aeropuerto. No se podía ver la maniobra completa de aterrizaje, pero sí cómo se aproximaban a pista y sacaban las ruedas. Esta última parte era tu preferida. Tenía algo especial ver cómo las compuertas se abrían y las ruedas se desplegaban. Algunos pilotos las sacaban en el último momento. Resultaba emocionante. Los dos coincidimos en lo genial que sería que algún piloto se olvidara de sacarlas y la nave restregara toda la panza por la pista entre un ruido chirriante de mil demonios y una enorme cresta de chispas. Seguro que el avión derraparía del todo y empotraría el alerón

de cola contra la torre de control. O algo así de aparatoso y divertido.

En el fondo, no lo deseábamos. Porque lo mismo moría gente, había heridos, se rompían cosas chulas, y nada de eso, en el fondo, nos hacía gracia de verdad. Era una especia de broma. Aunque nos chiflaba la idea de ver un avión derrapando en una película. Qué espectáculo.

—¿Sabes que un helicóptero —te dije mientras un avión se aproximaba a pista en la lejanía— ha matado a un actor? Hace poco, se le cayó encima.

—¡No!

—Lo dijeron en la radio.

Hiciste memoria.

—Sí, ahora que lo dices, me suena.

—Esa peli de terror que son varias historias—continué yo—. ¿Cómo se llamaba? Un tío que odia a los negros, a los chinos, a todo el mundo.

—Un racista.

—Va saltando de escenario en escenario, en muchas épocas, y todo el mundo se piensa que es de otra raza. Las razas que él odia.

—Lo recuerdo.

Me puse en pie con una piedra plana en la mano y la arrojé como si estuviera en un lago. La piedra no rebotó más que una vez. Puse los brazos en jarras y contemplé el horizonte. Los edificios más cercanos quedaban por debajo de mis tobillos desde tu perspectiva. Te daba un poco de envidia que tu nueva amiga fuera tan carismática. Habías empezado a apreciarme, a pesar de lo opuestos que éramos.

—En una escena —proseguí yo—, el actor iba por un lago, con dos niños del Vietnam. Un helicóptero de verdad tenía que pasar por el plató. Enterito, de aquí para allá, ¿vale? Entonces estallaron unos explosivos de esos y las llamaradas alcanzaron la carlinga. El helicóptero se les cayó encima. Murieron los tres.

—Vaya. ¿Los niños también?

—Los niños también. Al actor y a uno de los chavales los decapitaron las hélices. ¿Te imaginas?

—¿No bromeas?

—¿Sabes lo que es decapitar?

—Sí.

—Pues eso dijeron que pasó. Qué mala suerte, ¿no? El helicóptero cae en diagonal y las hélices les cortan la cabeza. Aparecieron en la otra punta del plató. Qué pasote. Para colmo, el niño que se quedó con la cabeza puesta fue aplastado. ¿Cuánto puede pesar un helicóptero entero? Pobres. —Tras unos segundos de silencio, sentencié—: No, que un avión derrape sobre su base en el aeropuerto no es para reírse.

—Ya.

Habías ganado toda la complicidad posible en tiempo récord. Hasta ese día, tus dos mejores amigos habían sido Gallardo y Montes. Tu círculo de amistades había variado ligeramente a lo largo de los cursos. La anterior hornada de amistades estaba compuesta por los otros dos amantes de los cómics que había en clase. Porque no había más. Érais los tres frikis de los superhéroes. Normal que estrecharais lazos.

Intercambiabais todos los cómics que comprabais para así poder leer muchos más. El concepto de coleccionismo todavía no existía, así que solo debíais poneros de acuerdo con respecto a quién compraba qué títulos. Eso lo echabas de menos entonces. En este punto de tu vida, leías tres veces menos.

Para todo lo demás, habías ganado. Tus dos amigos eran los típicos amigos de conveniencia. Estaban ahí mientras las cosas fueran bien. Cuando se complicaban, eran como Bruto en los idus de marzo.

—Vamos —dije, tras observar el último aterrizaje—. Se hace tarde. Compremos chicle, me apetece.

—¿Me enseñarás a hacer globos?

—Claro. De camino a tu casa. Te acompaño.

Tú sufrías un tipo de acoso escolar de segunda categoría. Estaban los escolares que se distinguían por algún defecto físico remarcable, y luego el grupo al que pertenecías tú, el de los apocados y retraídos, que no eran el objeto principal de burlas y maltratos, pero que de cuando en cuando eran seleccionados para ese fin. El azar dictaba cuándo te tocaba y cuándo no.

Te sabías afortunado, en comparación con Gordo Barroso o Cuatro Ojos Roldán. Los objetivos principales de Óscar Fuerte y su gentuza. Niños a los que les hacían bullying *incluso los estudiantes a*

los que no se les adjudicaba la condición de abusones. Al menos, tú dabas gracias por no ser una de las víctimas habituales.

El problema venía cuando, estando rodeado de tu círculo de amistades, aparecían los matones. Lo habías sufrido más de una vez. En cuanto Óscar Fuerte y los suyos os rodeaban, elegían el blanco de sus degradaciones y se ponían manos a la obra, tú podías comprobar con asombro cómo tus amigos de confianza (en teoría) se sumaban a los abusadores. Gallardo y Montes pasaban a reírse de las burlas que sufría el mártir de turno, como si ellos en realidad formaran parte del escuadrón de acosadores. Un tipo de hipocresía que solo podía ampararse en el marco de la supervivencia escolar más elemental: mejor a él que a mí.

Tratándose de amigos, era una falsedad que tú no podías soportar. Por eso dejaste de juntarte con ellos.

Te habías quedado solo. Y en lugar de crearte un amigo imaginario con tu poderosísima psique, te inventaste una novia. Quisiste dar un paso más allá, llegar allí donde los demás niños de tu edad no habían llegado. Una novia mayor que tú, ya desarrollada. Más o menos.

Y lo hiciste tan bien que creíste que yo era de verdad. Siempre lo creíste.

Eso fue decisivo para que me convirtiera en una persona real. Una mente autoconsciente. Etérea y, aun así, viva.

No íbamos juntos al mismo colegio y yo me resistía a subir a tu casa y ver tu habitación, lo que compensaba recogiéndote siempre que podía en tu portal y haciéndote compañía cada vez que salías a dar una vuelta. Era una relación extraña. Parecía la de una hermana mayor que llevaba a su hermano pequeño a todos los sitios. Ese tipo de relaciones son obligadas por los padres. Ninguna adolescente querrá tener que cargar con un chiquillo cuando se va a hacer cosas de chicas. El caso es que yo no tenía amigas y estaba encantada de tenerte siempre al lado. Te sacaba una cabeza, aunque los dos sabíamos que eso no duraría más de dos años.

Y, ni que decir tiene, no nos besábamos ni nos agarrábamos de la mano. Serías un chaval con mucha imaginación, sin embargo, aplicabas un poco de verosimilitud a tus delirios.

[No eran delirios] [Eras real]

Cierto. Solo para ti, lo cual es un condicionamiento importante; con todo, sí, muy real.

—También te puedo enseñar a pelear —dije.

Prestaste mucha atención. Acabábamos de salir de una tienda de golosinas y refrescos, cada uno con su paquete de Cheiw Junior de clorofila. Yo debería estar fumando, pero tú no me imaginaste de esas. Ablandábamos la goma de mascar cuando yo rebusqué en mis bolsillos.

—¿Tienes un mechero?

—No —respondiste, con el ceño fruncido—. ¿Por?

—No es por lo que crees. También puede valer una pinza de tender la ropa si le pones cinta adhesiva alrededor y la haces bien sólida. O una piedra. Son difíciles de encontrar con la forma perfecta. Si la encuentras, no hay nada mejor.

—¿Para qué querría eso?

Te mostré la palma abierta de mi mano, después la cerré en un puño.

—Si solo tienes aire, puede funcionar igual. Lo que pasa es que, si cierras el puño con un mechero, una vela pequeña o una piedra que te encaje bien en la mano —hice el movimiento de pegar un puñetazo al aire—, golpeas con mucha más contundencia. Se nota. Te lo digo en serio.

—Yo no tengo mucha fuerza, de todas maneras.

Te agarré de los hombros y te zarandeé con cariño. Estas cosas podías sentirlas como reales. Yo no podía hacer eso, así que supongo que lo hacías tú mismo. Para nuestros ojos y nuestro tacto, yo podía zarandearte como quisiera. Así es como ocurría en nuestras mentes y en nuestro cosmos de realidad. Y aunque a ti te encantaba, a mí mucho más.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que Bruce Lee tenía mucha fuerza?

—¿Bruce Lee? ¡Por supuesto que sí!

—Vale, seguro que tenía un montón de fuerza. No tanta como Tyson, eso ya te lo digo. Si los dos se dejaran pegar sin defenderse, Tyson se cargaría a Bruce. Estoy casi convencida. Aunque ya está muerto. ¿Qué pasaría si cada uno peleara a su manera? Bruce Lee viaja en el tiempo y reta a Tyson: ¿quién crees que ganaría?

—Yo creo que Bruce Lee.

—Lo más seguro, porque Tyson no le va a dar ni una vez. Bruce Lee se pondrá a esquivar así, fíuuu y flosss, y es que el otro tío ni le toca. Y Bruce Lee arrojaba por el aire a la gente de un leñazo, a un palmo de distancia. Pum. A volar. Lo echaron por la tele. Un vídeo en blanco y negro. A un palmo de distancia, tío. Puf, es de superhéroes eso.

—Pero Tyson pesa un mogollonazo, no creo que le hiciera volar.

—Vale, a Tyson, no. Aunque le ganaría. Yo también lo creo.

Tú hiciste un gesto de incredulidad y seguiste caminando por la calle, atestada de gente a esa hora de la tarde-noche. El acto de hablar, cuando se masticaban esos chicles enormes, se disimulaba mucho. Por eso siempre pensaste que las demás personas te veían hablar con una chica atractiva, muy por encima de tus posibilidades, cuando en verdad solo te veían mascar chicle de forma aparatosa.

—¿Me estás diciendo que yo puedo ser como Bruce Lee?

Me puse a tu altura y seguí hablando con grandes aspavientos.

—No. Puedes pelear como Isaac Zarco. No has dado un puñetazo en tu vida. Te puedo enseñar a hacerlo.

—¿Y de qué me servirá? No tengo amigos dispuestos a pegarse junto a mí. Y menos contra el Fuerte y sus parásitos.

Me crucé de brazos y mostré una expresión de contrariedad.

—Ah, ¿no? ¿Y qué pasa conmigo?

Me miraste fijamente. Reparando en las pecas de mi cutis. Buscaste un ápice de falsedad en mi tez. Parecía sincera. Me creíste.

—¿Me defenderías de Óscar Fuerte si vuelve a por mí? Ja, qué risa.

—Yo no he dicho eso.

—¡Lo sabía!

—¡Espera! Quiero decir que no me volvería contra ti. Si quieres correr, adelante. Ya te alcanzaré. Pero si te quedas, yo estaré ahí. Pelearemos juntos. No como otros.

—Yo no sé pelear.

—Te voy a decir una cosa, Isaac: ellos tampoco. No lo han hecho nunca. Tienen fuerza, pero no saben usarla bien. Además, no tendríamos que atizar a los cuatro, solo a dos. Lo que hay que saber es

hacerlo. —Me saqué el chicle de la boca y lo tiré por encima del hombro. Pensaste que podría haber alcanzado a alguien. Algún adulto. A mí me importaba todo un bledo. Así iba yo por la vida—. Me gustaría que tú también supieras dar puñetazos. Es mejor para mí.

Nos quedamos ahí, sonriendo e imaginándonos lo que sería llevar los nudillos hacia la mejilla de Cano. Sentir la piel y el hueso bajo ella. Pum. A volar.

—Es pronto —dijiste—. Ven a mi casa. Mi padre me ha comprado una diana y un juego de dardos de los caros.

—No funciono así.

—Venga, por favor.

—Lo haré con una condición. —Le quise dar teatralidad al momento. Aguardé unos instantes más de los necesarios antes de continuar—. Déjame que yo misma me presente a tus padres.

Te encogiste de hombros. ¿Y por qué no?

Era sensacional. La confirmación de que una amiga pasaba a ser novia oficial. En aquellos días los chicos y las chicas no se hacían amigos. En cuanto subían a la habitación tras el chequeo de rigor paternal, los amigos y las amigas-novias pasaban a formar parte de la cotidianidad. Suponía un compromiso.

De esa forma, pasaste a deslizarte por la acerca como si flotaras, había música en el aire, te mostraste entusiasta con la pareja de vecinos mayores con la que nos topamos de camino a tu calle, saludaste al panadero de la esquina, aunque no te gustara su actitud y subiste las escaleras del portal a saltos de dos o tres escalones. Llamaste al timbre y plantaste un beso en la mejilla de tu madre, accediendo al interior del domicilio con viveza.

—¿No está papá?

—Está en la radio. Creo que hoy llegará tarde.

Tú te giraste para ver cómo yo, desde el pasillo, me presentaba sola.

—Yo soy Erin.

Tu madre ya estaba dentro de la cocina, abriendo la nevera.

—¿Quieres un sándwich?

—No, gracias, es muy amable.

—Isaac, hijo, ¿un sándwich?

—No, yo tampoco —dijiste—. No tengo apetito.

Te fuiste a tu habitación mientras tu madre seguía hablando desde la cocina.

—Yo tampoco, yo tampoco. Seguro que ya has comido alguna porquería por ahí.

Resolviste ciertas indisposiciones fisiológicas y te mojaste las manos con algo de jabón líquido. Te secaste muy mal. No querías perder ni un minuto. Contemplaste tu reflejo en el espejo, con disgusto. Echaste los hombros hacia atrás y sacaste pecho. Se te antojaba una postura forzada. ¿Cómo podía yo caminar normalmente así?

Cuando entraste en tu pequeño feudo de cuatro paredes, ahí estaba yo, inspeccionando el desorden y alabando algún póster que otro.

—Dile a tu madre que te compre unas mancuernas.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que entrene?

Pasé a tu lado y cerré la puerta del cuarto. Después fui corriendo a la cama y me tiré como en una piscina. Me revolqué ahí un rato antes de quedarme mirando hacia arriba, donde le sostuve la mirada al Michael Jackson zombi del poster gigante que cubría gran parte del techo.

Tú permaneciste petrificado, sin saber qué se suponía que debías hacer.

—No vas a pelearte mucho —dije—, te lo juro. Solo una vez. Dos, a lo mejor.

—¿Y eso?

—Si enseñas las garras una vez, pasarán de ti. Esa vez que lo hagas, tiene que ser un acontecimiento. El cometa Halley pasando. Debe marcar una diferencia. —De pronto, me alcé de la cama y me precipité contra ti, no tuviste tiempo ni de dar un paso atrás. Te lancé un puñetazo directo y lo retuve justo delante de tu cara. No te alcancé por milímetros. El aire desplazado te agitó el pelo (no sé cómo logré eso, o si solo imaginamos los dos que ocurrió así)—. ¡Has de ser rápido!

—Joder —fue entonces cuando reaccionaste, retrocediendo hasta el escritorio, volcando una lata abierta con lapiceros y rotuladores.

—Tus piernas son rápidas —proseguí—. Tus brazos seguro que

también. Si se entrena mucho, puedes hacer que no se vean las manos cuando atacas. Un puñetazo no es solo el puño moviéndose. Fíuu. Zask. No. Debes golpear con el brazo entero, y con el hombro y con el torso, que es todo esto de aquí —y te lo señalé—. Hombro como ancla y las muñecas como timón. Todo eso lo tienes que poner tenso. Y no es lo único. —Planté los pies, separados, e hice un movimiento de cadera muy masculino—. Se golpea con todo el cuerpo. Los pies pegados con pegamento ahí abajo, ¿captas? Y todo el tronco debe estar en el golpe. El otro brazo, que no usas para nada, lo pones flexionado. ¿Lo ves? Con el puño pegado a las costillas. Así, y luego: ¡Ora aah!

»No pegues en la mejilla, como en las pelis. Está más dura de lo que parece y no se hace nada. Tienes que acabar rápido, o lo haces en segundos o se echarán encima de ti. Y verás lo que es bueno. Nunca te los quitarás de encima. Serás como Gordo Barroso y ese otro.

—Cuatro Ojos Roldán —puntualizaste, con cierta misericordia.

—O nadas o te vas al fondo. Es lo que ocurrirá. Ve a por Óscar el primero de todos. No tienes que tumbarle, no está acostumbrado a recibir, el primer porrazo se lo llevará sin verlo venir. El segundo es el definitivo. No le dejes ni respirar, no te quedes a ver qué pasa. Dos palos seguidos y no te quedes a mirar qué hace, porque tendrás que sacudir a Cano en el acto. Un 1-2 contra Óscar y un directo contra Cano. Fin. El resto es bravuconería pura. Grita con fuerza, no te cortes. Que te duelan las cuerdas vocales. Frase peliculera de tipo duro. Me cago en todo o algo así. Sin humillaciones, solo tres fostiales *y a tomar el té. ¿Me pillas?*

—Tengo que ensayar ese guion.

—Apréndetelo, sí. Es un todo o nada. Si sale bien, se acabó el acoso escolar. A otra cosa. Si no sale bien, estás acabado, Isaac. Más te vale cambiar de colegio, fugarte de casa o qué sé yo. La próxima vez es la buena.

—Podrían pasar semanas o meses.

—No lo creo.

—No se meten mucho conmigo.

—Pero se meten.

En ese instante entró tu madre con un sándwich de queso en un platito y un vaso de naranjada. Lo dejó sobre la mesa y se dispuso a

salir de la habitación.

—¿No le habías dicho que no querías nada?

—Ella es así. Me trae la merienda de todas maneras.

—Y luego ¿no cenas o qué?

Te encogiste de hombros.

—Ceno poco. Mi padre dice que hay que desayunar mucho, que se desayuna poco en este país y se cena un montón.

—No puedo entretenerme demasiado. —Te obligué a apartarte de la comida tomando tus manos y te coloqué en el centro de la estancia —. Busca el objeto idóneo para golpear. Una pila puede valer. Una pila alcalina dentro del puño.

—¿Ahora? ¿Vamos a ensayar?

—No me estarás haciendo perder el tiempo —te increpé—, ¿verdad?

—No. Para nada. Te lo prometo.

—Mira, socio, no te voy a engañar. Como azuces a Óscar Fuerte y no lo venzas a la primera, tiene músculo suficiente para partirte en dos. Así que mejor ser sucio y loco a tope. No te pares a pensar. Haz todo el daño posible y deja claro que estás dispuesto a todo. Que te vean rabioso, como una puta cabra. ¿Sí?

—Suena estupendamente cuando lo dices. Hablas como…

Pensaste que de dónde había salido yo. Ni siquiera te planteabas que de tu propia cabeza. Habías visto ya alguna heroína en películas comportándose así. Querías que yo fuera una chica guerrera, totalmente distinta a todas las que se movían en tu entorno. Una chica a la que Óscar Fuerte y sus apestosos no serían capaces de seducir ni en un millón de años.

—Está todo en tu cabeza —dije—. Confía en mí. Hay que sacarlo de ahí.

—Y si no golpeo suficientemente fuerte, ¿qué pasa? —flexionaste el brazo y me mostraste un bíceps muy alargado, con apenas grosor.

—Golpear en el ojo puede funcionar a veces. Lo que funciona siempre es golpear en el cuello. Aquí en la tráquea. Que no se te vaya la mano si lo haces. Que se asfixie un poquito, pero ya. Dejará de pelear. Fuera de juego. A Cano le puedes dar con todo en el centro de la nariz. En los dientes de delante. Son puntos flacos. No te andes con

tonterías o lo echarás todo a perder. Debe durar nada. —Chasqueé los dedos una vez, dos veces, tres, cuatro—. Pum, pum, pum. Y tu parrafada final. Es fácil. ¿Dónde has de atacar?

—A los ojos, el cuello, la nariz y los dientes.

—Lleva siempre en el bolsillo una pila; un tubo de protector labial también vale, lo que haya por casa. Ya sabes, así pegas con más masa. Es mejor. Lo mismo te rompes la mano, quién sabe. Deberías poner el colchón en vertical y machacarlo a puñetazos. Ensaya el movimiento entero que te he dicho. El golpe no se da con la mano, sino con todo el cuerpo. Es una maniobra total.

—Pila, puñetazo con todo el cuerpo, puntos débiles.

—Y actitud.

—Eso puede ser lo que peor lleve.

—No, Isaac. Porque yo no pienso separarme de ti, desde ahora mismo. Vas a hacerte respetar si te lo crees. ¿Te lo crees?

¿Recuerdas cómo me miraste? Habías empezado a enamorarte. Me admirabas, te sentías atraído. Era todo rarísimo. Yo era genial, molaba un huevo. ¡Y estaba contigo! Te podías sentir fuerte a mi lado. Nadie más, en tu curso, salía con un pedazo de tía así. Eso podía inspirarte una confianza que jamás habías tenido.

—Me lo creo. —Sonreíste de un modo adorable—. Sí que me lo creo.

Acometiste el sándwich en un santiamén y nos pusimos a entrenar juntos. Algo había crecido en tu interior. Pum. A volar.

~

Durante un mes entero no fuiste objeto de ninguna humillación. Lo cual resultaba normal, ya que no eras una de las víctimas preferidas de los abusones vocacionales. No obstante, siempre tuviste la sensación de que en ese tiempo empezó a obrarse un cambio en tu interior. Salir conmigo, tener novia, algo que a esa edad no entraba en los planes de los demás chicos de clase, te había infundido un tipo de aplomo del que carecías hasta ese instante. De repente, tenías ego, un sentimiento de superioridad. No se notó de un día para otro, pero en el transcurso de unas seis semanas, aproximadamente, habías pasado de ser un chaval

introvertido que se situaba al fondo del escenario a colocarte en tu propia pista en este circo de la preadolescencia. No destacabas más que nadie, sencillamente eras diferente. Se te veía confiado, desprendías un aura magnética. Seguías siendo un chico rarito, aunque eso dejó de ser algo problemático. Parecías mayor. Otras niñas de tu edad empezaron a reparar en tu existencia. Hasta los profesores comenzaron a verte de otra manera. Su trato se aderezaba con un tipo de respeto no conferido a los demás chicos de diez años. Como un niño nuevo, recién llegado de otro colegio.

Gallardo y Montes hicieron esfuerzos por volver a llevarse bien contigo. Y tú permitiste que revolotearan a tu alrededor. No era malo tener tu propio séquito. Aunque luego alcanzaste la conclusión de que te harían perder crédito. Esos dos hipócritas te rebajaban. Así que accediste a un intercambio permanente de cómics, como en el pasado, cierta familiaridad y un pacto de cercanía en los deportes que se practicaban ocasionalmente, aunque sin llegar a compañías en horas de recreo o en la calle. No eran tus amigos. Nunca fueron tus amigos.

Estabas orgulloso de tus progresos como luchador infantil. Pasaste de entrenar con un colchón a irte a una arboleda, en un parque alejado de zonas edificadas, y golpear directamente a los árboles. Dolió mucho los primeros días. Luego, se convirtió en una sensación estimulante. Golpeabas principalmente con tu mano buena, aunque ensayabas algún directo con la izquierda, más que nada, y siempre según mis sugerencias, para entrenar también ese hombro, ese tríceps, bíceps y muñeca. Estar equilibrado. Sentirte bien.

Bastaron esas seis semanas y las que vinieron después para que esas camisetas holgadas se ajustaran como si fueran de licra. Te dejaste crecer el pelo y empezaste a peinarte con otro estilo. Algo que no sentó bien a tu madre.

Repetías el mantra una y otra vez, en tu cabeza. Ojos, cuello, tabique nasal, dientes frontales. Cada vez que veías al fondo del pasillo a Óscar Fuerte o a Cano Castellar repetías tu maniobra imaginaria, por si había que llevarla a cabo. Tenías que concienciarte de que la situación podría producirse en cualquier lugar, ya fuera un pasillo, dentro del aula, en la zona de recreo o en la calle. Tú no ibas a buscarlos; empero, si te buscaban, si cometían el error de sobrepasarse

contigo una vez más…, estarías preparado.

Ojos, cuello, tabique nasal, dientes frontales. Óscar uno. Óscar dos. Cano uno. Pum, pum, pum. Oh, sí.

Yo estaba segura de que resultaría.

—Los otros dos vasallos se acojonarán —dije—. Y si ves que se lo piensan… Patada en los huevos.

Pum, pum, pum. Plof.

Glorioso.

Llegado cierto punto, setenta días o así, pensaste que te dejarían en paz para siempre. Lo que no era óbice para continuar alerta. Por si acaso. Siempre por si acaso.

Puede que esa seguridad que exhibías también sirviera para que Óscar y sus adláteres te miraran diferente. Tenían que haber advertido los cambios que se habían operado en ti. El modo resuelto y audaz con que hablabas entonces. Casi agresivo. Incluso con los profesores.

Empezaron a respetarte.

Más o menos entonces fue cuando tuvimos ese encuentro tan extraño al salir del cine de tu barrio. El hombre del ojo de cristal, ¿lo recuerdas? En el centro del ojo falso tenía el icono del átomo. Movía el iris azul de su ojo normal y el símbolo al mismo tiempo. Los ojos de cristal no se comportan así, se quedan estáticos o se mueven bien poco.

—Que un rayo me parta, chico —dijo, con la voz más grave y cavernosa que habías oído jamás—; vaya amiga que tienes, ¿eh?

No le diste mucha conversación. Le ignoraste y seguiste a lo tuyo; no hay que hablar con extraños, y menos aún si son tan endemoniadamente extraños. Él contempló cómo te marchabas. Y te garantizo que me miró. Podía verme.

¿Crees que fue producto de tu imaginación?

[No lo había recordado hasta hoy] [Y no, no me lo inventé]

Los siguientes tres cursos, hasta que pasaste al siguiente grado de enseñanza, los abusones te dejaron en paz. No hubo más acoso. Bastó un cambio de actitud para mantenerlos a raya. No hizo falta emplear la violencia. Otros muchachos no tuvieron la misma suerte, pero cada uno resuelve sus propios problemas.

En ese tiempo en el que te entrenaste a conciencia, a la espera de un enfrentamiento que creías inevitable, aunque nunca llegó, también

fortaleciste tus lazos conmigo. Creo que fue entonces cuando me convertiste en un tulpa. *Cuando me hiciste real. El resto del tiempo eran imaginaciones tuyas. Cobré conciencia de mí misma en esos días del cambio del antiguo al nuevo Isaac Zarco. Por supuesto, hice míos los recuerdos que me habías legado. Todo lo que creías que yo había pensado, dicho o hecho se convirtió en mi trasfondo, mi origen. Habías creado una mente, genuina y auténtica.*

Era yo. Erin. ¿Recuerdas por qué me llamé así?

[Lo vería en alguna revista] [¿Quién sabe?]

Era un nombre genial. O así te lo parecía. Como de actriz. Lo incorporaste a mi entidad como si no fuera idea tuya. Lograste que muchas de tus invenciones no parecieran cosa tuya.

Más tarde empezaste a salir con chicas de verdad. Me refiero a chicas que tenían cuerpos sólidos. Y cuando pasaste al siguiente grado de enseñanza, en el instituto, nuestros encuentros se redujeron a la mínima expresión. Entre mis excusas para no estar tan cerca de ti te hablaba de los viajes que hacía con mi familia. Cambiaba de escuela cada pocos meses. Mi padre era militar.

Tendría que haber ido desapareciendo, como el resto de los amigos imaginarios que tiene la gente. Lo que ocurrió es que tú habías invertido tanta energía psíquica en mi creación que pude independizarme, desprenderme de ti y seguir existiendo. Solo necesitaba otras mentes con las que conectar. No es nada común. Estas cosas no pasan. Y tú ni te diste cuenta.

Me diseñaste para ser la novia perfecta. Aguerrida, peleona como un chico, lista como una buena maestra, sexy y… Bueno, cuando llegaste a ciertas edades tuvimos algo más que conversaciones en la intimidad de tu cuarto. Para mí fue real, creo que para ti también.

Resulta paradójico. La novia perfecta. En realidad, fui tu hija.

Vaya. ¿Demasiado fuerte esto último? ¿Vas a despertarte?

~

Me despierto de improviso. Verifico la hora: las seis de la madrugada. Aún es de noche fuera. Se han pasado las horas volando.

—¿Sabes que no soy tu hija en el sentido en que…?

—¡Ya lo sé, Erin! Ya lo sé.

Me siento sobre el sofá, la manta está hecha un guiñapo.

El subidón esta vez es mareante. Todo vibra a mi alrededor. El dulzor psíquico de la experiencia…, ese néctar mental… es más fuerte que…

—Pues te ha afectado un montón —dice ella—. Te has despertado en cuanto la idea te ha sobrevenido. En realidad, era un sueño lúcido, así que no has llegado a estar inconsciente del todo, pero… ¿pensar que soy como una hija? No lo veas así. Se parece más a una ensoñación sexual, como las que idea la gente cuando está aliviándose, que luego se va de madre.

El mareíllo cuasiorgásmico no me aturde tanto como para ignorar un símil tan estrambótico.

—Joder, Erin.

—No. No es como eso. Qué cosas se me ocurren. Soy muchísimo más que eso.

En las habitaciones contiguas se escuchan alarmas digitales sonando tímidamente y siendo apagadas con presteza. En unos minutos tendré a Manrique o al doctor Pont avanzando como zombis por aquí. Mejor ir incorporándose.

Me pongo de pie y busco a tientas mi ropa, colgada del respaldo de una silla.

Erin se tapa la boca, aunque no puede evitar carcajearse. Su mirada señala el motivo de su alborozo. ¿Tengo la bragueta abierta?

No. Maldita sea.

Vuelvo a estar… bastante marchoso.

CAPÍTULO 9

EL DESPERTAR DE RENZO

El desayuno es tenso. Nadie ha dormido demasiado bien. Las conversaciones rehúyen lo importante mientras estamos sentados a la mesa. No puedo evitar sentir que yo estoy al volante, eso se ha decidido desde el principio. Manrique y Pont aceptan ser pasajeros.

Erin se divierte paseándose por detrás de ellos, poniéndole los cuernos al doctor o imitando gestualmente a Manrique, despistándome bastante y siendo graciosa casi siempre. Lo que no le viene muy bien al momento.

Incorregible.

—Doctor, ¿me dará permiso para otra inmersión?

Se encoge un poco y pasa unos instantes eligiendo las palabras adecuadas.

—Claro que lo permitiré. ¿Debo hacer algo? Quiero decir, ¿no irá más rápido si me concentro en el momento en que la cosa se torció?

—Accedería a la experiencia directamente, sí. Es buena idea. Por otra parte… —Alzo la mano para impedir que me interrumpa —. Por otra parte, me gustaría verlo todo en su conjunto. Me serviría para hacerme una mejor idea del contexto. Puede que haya detalles que usted pasara por alto y que a mí me podrían ser útiles.

Se desploma un poco sobre la silla. El síndrome del inútil que quiere ayudar.

—Como quiera.

—No me llevará mucho tiempo. Ya sabe cómo va esto. Terminaremos de desayunar, nos asearemos, airearemos la casa entera y nos iremos mentalizando muy tranquilamente para lo que vamos a hacer. Cuando estemos listos, nos sentaremos en torno a la

gran mesa del salón, como hicimos ayer. Nos relajaremos y nos quedaremos calladitos. Y luego yo le examinaré a fondo.

—Examinar —repite Pont.

—La jerga no la tengo muy dominada. Me gusta usar el término «sondeo» para apartar las cortinas y echar un vistazo. Lo demás, no sé… Supongo que las palabras se irán instalando por sí solas.

—Antes ha dicho inmersión. Parece más preciso.

—No es importante, doctor.

—Usted manda.

Erin cierra el puño y lo agita delante de su cara.

—Tú mandas —dice, imitando la voz de un tipo duro.

[Compórtate]

—A sus órdenes —y me saluda marcialmente.

[Eso no es comportarse]

—Manrique, ¿me pasas el azucarero?

El resto del desayuno se desarrolla en un ambiente de cierta intranquilidad.

~

Erin me sigue mientras camino por el jardín, ojeando las noticias destacadas que el móvil ha seleccionado expresamente para mí. Esos algoritmos han ganado bastante con el pasar de los años, por mucho que aún deban perfeccionarse. Y el factor publicidad, inevitable de todo grado, termina por contaminar la información filtrada que le llega a cada uno. A mí me da igual; este tipo de vistazos a la actualidad los echo desde un punto de vista absolutamente escéptico. Escucho los disparos en la lejanía, sabiendo que el resto es pura infoxicación.

—Voy a tener que ausentarme —dice Erin—. Comprobar si Xio está bien.

—Qué menos.

—Si sigue dormida, volveré contigo.

—De acuerdo.

—Procura no echarme mucho de menos, ¿vale, campeón?

—Haré lo que me dé la gana.

Pienso en enfermedades dermatológicas. Un tipo de síndrome que endurece y decolora la piel. Algo he escuchado, no sé cuándo o cómo. Tendré que investigarlo.

—*Tú sílbame* —canturrea Erin—*; si te encuentras en peligro, sílbame.* ¿Te acuerdas? —Debo estar poniendo una cara muy rara, porque sigue tarareando—: *Laralaralá*… ¿Cómo era? *Pon la boca así, como si fueras a beber*… ¿No?

—¿Se supone que tengo que saber lo que me estás diciendo?

—De pequeño te encantaba esa serie. Tú mismo me lo contaste.

Niego con la cabeza.

—Erin…, hace ¿cuánto de eso? ¿Mil años? Aún no sé a qué te refieres.

Su expresión de lástima me conmueve.

—Yo lo recuerdo perfectamente.

De repente, chasquea los dedos y me señala con el índice. Su actitud vuelve a ser positiva y maravillosa, logrando dar incluso un poquito de asco. Tanta positividad es un alergénico para la gente amargada como yo.

—Volveré a verte. No sé cuándo, supongo que antes de que acabe el día. No vas a estar sentado mucho tiempo.

—Erin.

—Dime, tigre.

—Esto es muy raro. Tu regreso, tu… misión.

Me coloca una mano sobre el hombro. Ella no es física todo el tiempo, eso ya me ha quedado claro, así que, cuando se solidifica, en momentos puntuales, su olor me llega sutil pero embriagadoramente. Jabón y un toque de perfume que al menos yo soy incapaz de clasificar. ¿Esencia egipcia de loto rojo?

—Me ha gustado pasar la noche contigo —dice—. Como en los viejos tiempos.

—Ha estado bien.

Un guiño de ojo y se desvanece. Su aroma se queda conmigo, como un estribillo pegadizo. Permanezco unos segundos saboreando el momento.

En el móvil compruebo que el nuevo estallido viral tiene que ver con el hijo de Néstor Martínez Oblongo, el magnate de los medios de comunicación: se ha suicidado. Una escopeta en la boca. A lo Kurt Cobain. No había noticias previas de que fuera a casarse. Ahora la novia lo cuenta todo. Iba a ser una boda discreta, por ello se había abordado con la máxima reserva. La noticia solo la publican los medios que no entran dentro del grupo que dirige Martínez Oblongo, y se aprovechan de todo el morbo que de aquí puede sacarse.

Carroñeros. En comparación con este tipo de periodismo, los medios especializados en misterio son unas monjitas de la caridad.

¿El asesino de los suicidios? El universo, una vez más, enviándome señales. Dejándome claro que no puedo mantenerme al margen. Un universo impertinente y entrometido.

Tomando cartas en el asunto en tres…

Abro la aplicación de WhatsApp. Dos… Busco al inspector Fusco.

Uno…

El mensaje que le envío es el siguiente:

«Le llamaré en cuanto pueda. Esta noche o mañana. Deje de perseguirme».

Y apago el teléfono para asegurarme de que se acatarán mis reglas.

En cuanto vuelvo al interior de la casa, Manrique Franzoni ya se ha ataviado como es normal en él. Vestido como si fuera a salir en televisión. Lo hace a menudo, de hecho. Siempre con el traje, incluso en su casa; no porque tenga invitados, sino porque es su estilo. No llevar corbata le genera inseguridad. En verano ha de llevar chaqueta y corbata. Sin discusión.

—¿Escribirás un artículo sobre esto?

Típico de él. Siempre ve historias que merecen ser contadas. En su filosofía no tiene sentido vivirlas si luego no se van a compartir. Lleva insistiéndome una larga temporada para que vuelva a escribir en su revista. *Siglo 100* vive picos de popularidad constantes, en función de las apetencias del público. Hay momentos en que el mundo quiere leer sobre ovnis o, quizá, casas

encantadas y, más comúnmente en nuestros días, conspiraciones. Y él debe ofrecer en su revista lo que el presente exija.

El resto del tiempo se publica lo que a él le da la gana.

—No creo, Manrique.

—Podría hacerlo yo.

—Pues hazlo.

—Preferiría que lo hicieras tú. Me encanta lo afilados que son tus artículos. En fin, podrías escribir sobre cualquier cosa. Lo que gustes. Te lo publicaré.

—Lo primero es lo primero.

El doctor Pont sale del cuarto de baño dispuesto a enfrentarse a una sesión de no hacer absolutamente nada, salvo estar presente.

—¿Empezamos ya?

—Sí. Sentémonos.

Manrique se preocupa por la iluminación. No quiere abandonarnos a las tinieblas, pero no le parece bien que tanta luz entre en la estancia, así que baja las persianas, las vuelve a subir, sopesa los juegos de luces y sombras y vuelve a cambiar la altura. No parece del todo satisfecho cuando lo da por zanjado.

Elegimos los mismos asientos que ayer. Tomamos aire. Les recuerdo que esta vez la cosa no va de espiritismo. Me relajo y procuro concentrarme enseguida.

Siento el efecto embudo en cuanto perforo las primeras líneas de conciencia. Entrar en Pont requiere un poco de esfuerzo porque, a pesar de que pretende colaborar, una parte de su mente se resiste a la intrusión. Sabe que estoy ahí y el cerebro consciente reacciona por instinto. Afortunadamente para mí, no puede impedirlo. Está repasando mentalmente un recuerdo que tiene que ver con un accidente de coche en plena noche. Una carretera comarcal y un impacto contra un árbol. No hay víctimas mortales. Tiene que ver con la doctora Landra y con él.

Demasiado pronto para eso.

Vuelvo al principio del experimento. La primera noche en el caserón Desfortes, el lugar despertó como un dragón que se despereza en su cueva. Tiene todos los síntomas de una alucinación colectiva. Lo he visto antes. Gente que no te miente al contarte que

sintió presencias cercanas, a pesar de que estos testimonios no sean fiables. El testigo prefiere caer en lo irracional, por mucho descrédito que eso le ocasione, antes que asumir su falibilidad. En el caso de las personas que realmente les otorgan un origen paranormal a esas experiencias, al introducirme en sus recuerdos lo puedo sentir como algo completamente real. Es abrumador. Por ello, siempre procuro conservar una cierta distancia. Ser un simple espectador. Si me dejo llevar, será una simulación completa. Viviré el recuerdo en lugar de contemplarlo. Se pierde toda objetividad. Y si quiero sacar algo en claro, en estas películas debo ser crítico de cine, no actor.

Al parecer, los sensitivos del grupo entraron muy en sintonía con el sitio. Carlos Borman instó a las presencias del lugar a que se comunicaran con él. Estaba receptivo y pretendía servir de ayuda a entidades inquietas o perdidas. Lorena Ruth, mucho más inexperta, se mantuvo en segundo plano.

La doctora Landra y el doctor Pont mantuvieron la compostura y esperaron su turno. Los médiums mandan en situaciones así. No obstante, el caserón Desfortes se limitó a exhibir su majestad, sin efectismos extra. Dejándoles claro que estaría muy muy atento y que no era necesario hacer aparatosas demostraciones de poder. De momento.

Desde mi punto de vista, analítico y en tercera persona, lo que ocurrió es que le concedieron al sitio unas actitudes antropomórficas poco adecuadas. Le prestaron una personalidad. ¡A una casa!

Por otra parte, debo conceder que, si la sugestión formaba parte intrínseca de las pruebas, sin duda se estaban ciñendo al plan.

El miedo había empezado a azuzarlos.

Las primeras noches no hubo sesiones de espiritismo. Repasaban la vida de Renzo Scarfiotti una y otra vez. La esposa, Lisa Sanabria. La hija, Loretta. El caserón Desfortes como la residencia fija de la familia. Imaginaron el mobiliario, repartieron las habitaciones, confirieron un porcentaje de habitabilidad común a cada zona de la casa. Inventaron situaciones cotidianas que, al

final, parecían ser lo más importante. Pequeños detalles. Una caricia de la esposa en la mejilla en un día primaveral y un susurro en el oído que le hizo cosquillas. La familia viendo una película, todos ellos apoltronados en un gran sofá, con una gruesa manta de cuadros negros y grises cubriéndolos. Secuencias liberadas sin una continuidad. La memoria funciona así, a veces. Un perro grande y cariñoso que, por desgracia, murió a las pocas semanas, sumiéndolos en una inmensa pena, lo que llevó a la madre a prometer que no entrarían más mascotas en aquella casa. La cena con velas que sirvió de celebración para la renovación del contrato con el equipo Benetton. Hicieron el amor antes del postre. Salpicaduras aquí y allá. Una vida llena de detalles. Si la teoría del Anexo surtía efecto, Renzo añadiría muchos más matices. Momentos felices y desgraciados en una proporción lógica.

La *ouija* llegaría la segunda semana. No hubo mucha suerte las primeras veces. De hecho, mantuvieron conversaciones banales con espíritus turistas que solo pasaban por allí. Eran despedidos por el Grupo Foros con elegancia y educación, sin darles tiempo a los espíritus a que se les soltara la lengua, por decirlo así.

El experimento estuvo a punto de darse por fallido el día 57, según se registró por escrito. El doctor Pont lo recuerda a la perfección. Seguramente porque fue él, con un discurso filosófico que tenía trazas de inspiradora arenga, quien convenció a los demás de que debían perseverar. Estaba previsto que el experimento fuera lento; debían superar el desánimo.

Según se hizo constar en unos expedientes, que probablemente deba leer si no logro esclarecer el caso con inmersiones mentales, el día 83 Renzo se manifestó en la *ouija* por primera vez. Tal y como estaba previsto, esas primeras comunicaciones fueron muy robóticas e insatisfactorias. La carga psíquica de todo el grupo, para entonces ya totalmente implicado, debía aportar potencia progresivamente al espíritu artificial. Día a día cobraría fuerza. Las preguntas estaban pactadas. Había un listado de 178 cuestiones específicas que formular en orden. De ellas, al menos un tercio debían hacerse más de una vez. La idea era que el espíritu se ciñera al guion hasta que, poco a poco y sin

salirse de la historia confeccionada para él, decidiera ampliar su propia mitología.

Aquellas comunicaciones duraron en torno a un mes. A partir de ese tiempo, Renzo Scarfiotti experimentó una explosión de creatividad. Se notó de un día para otro. Casi parecía un *alumbramiento*. El fantasma psicosomático añadía situaciones domésticas imprevistas, experiencias vitales enriquecedoras. Llevó su relación con su compañero de escudería a la máxima expresión. Su frustración ante el trastorno por déficit de atención e hiperactividad de su hijita. Una pequeña verruga que a Renzo le había salido en el canto de la mano izquierda y que le molestaba a la hora de ponerse los guantes ignífugos.

Detalles que nadie había esbozado para el guion inicial de la historia.

Determinaron que Renzo tenía mucha memoria. Incluso, demasiada. Pero también advirtieron que, por muchos detalles que hubiera añadido a su vida inventada, su trasfondo más antiguo no incluía mucho más que unas pocas pinceladas. Al establecer el año 1995 como el de la defunción del espíritu, se comprobó que la información añadida acorde con la teoría del Anexo era menor según se retrocedía en el tiempo. Los años noventa parecían plagados de posibilidades. A Renzo le entusiasmaba hablar sobre esa última etapa de su vida. El problema era que los años 80 parecían un erial, con solo unos pocos oasis de experiencias vitales aquí y allá.

Se diría que Renzo había nacido en 1988, cuando se casó con Lisa. Antes de ahí, poco más. Los años 70 suponían un vacío absoluto.

Las comunicaciones mediante el tablero de *ouija* duraron veinticuatro días. Sin embargo, en ese período le pidieron al espíritu que moviera objetos pequeños, dispuestos previamente para la ocasión, o que intentara abrir cajones muy específicos. Renzo nunca hizo caso, lo creía innecesario. En cierta ocasión les llegó a preguntar si le habían tomado por un mono de circo, lo que incomodó a todo el grupo. Además de negarse a realizar las demostraciones físicas, también mostró una gran curiosidad por los

investigadores, haciéndoles preguntas personales, intentando desentrañar su propio misterio y el porqué de que solo pudiera hablar con esas personas.

El doctor Pont determinó que Renzo Scarfiotti se creía aún vivo y que, por algún tipo de magia negra, alguien había separado su mente del cuerpo con aviesas intenciones. La obsesión del fantasma, algo totalmente fuera del guion establecido, no era otra que encontrar su cuerpo. Casi todas las conversaciones en el tablero terminaban abordando el asunto. En cuanto se ponía sobre la mesa. Renzo se resistía a cambiar de tema.

El día 101 fue anotado con gran precisión de detalles en los diarios de todos los investigadores. El final del tedioso y extenuante diálogo deletreado bajo la *planchette* con forma de corazón fue más o menos el siguiente:

—¿Dónde crees que puede estar tu cuerpo, Renzo? —preguntó Lorena Ruth, la joven médium del grupo.

N… O… L… O… S…

El puntero de madera se deslizaba muy rápido entre el abecedario dispuesto circularmente, pero eso no evitaba que las comunicaciones se eternizaran en el tiempo. Las sesiones de dos o tres horas de *ouija* solo daban para una transcripción de seis o siete páginas a lo sumo.

—No lo sé —recitaba en voz alta la doctora Landra—. En algún sótano.

—¿Crees que está relacionado con la magia negra? —preguntó Ruth.

Todos los *tableros parlantes* tienen un SÍ y un NO en lugares destacados, para una comunicación más fluida. Habitualmente también un HOLA y un ADIÓS. La *planchette* se dirigió a la palabra *sí* a toda velocidad, casi escapándose del contacto de los participantes.

La imaginación de Renzo estaba desbocada. Un detalle que ningún miembro del Grupo Fobos habría podido prever. El fantasma artificial no se creía muerto y eso es bastante más frecuente de lo que la gente se imagina. Muchos fantasmas se niegan a asumir su nueva realidad. Necesitan guía. Renzo Scarfiotti

había desarrollado una fantasía alrededor de su existencia que trascendía los detallados y cabales guiones esquemáticos. Quería creer en el Grupo Fobos, le había confiado la responsabilidad de encontrar su cuerpo y, por alguna ciencia infusa, devolver su conciencia al interior. Si no, ¿por qué estaban ahí?

El pobre Renzo no podía imaginar que había sido inventado para demostrar un puñado de teorías. Que era un juguete al servicio de cuatro excéntricos.

El marcador se colocó sobre el signo de interrogación y dio una vuelta completa a su alrededor antes de seguir marcando letras.

M… E… A… Y…

—¿Me ayudaréis? —declamó la doctora Landra tras leer el mensaje completo.

Se hizo el silencio.

Lorena Ruth, sentada en el suelo con las piernas cruzadas como todos los demás, buscó con la mirada al doctor Pont, que observaba todo el proceso fuera del triángulo. Era el único que permanecía de pie. El líder del grupo buscó las páginas libres del final de su cuadernillo de anotaciones. Después escribió la palabra *ACCIDENTE* y se lo mostró a sus compañeros.

Ruth tomó aliento y adoptó una expresión de lástima.

—Renzo, verás… ¿No recuerdas el accidente? En la curva 12. Allí acabó la carrera para ti.

La *planchette* se deslizó suave, casi discretamente, hacia el SÍ.

—¿Y recuerdas algo después del impacto?

La *planchette* no se movió, aunque vibró ligeramente en torno a su posición.

—¿Qué crees que pasó en ese accidente, Renzo?

Tampoco esta vez hubo movimientos.

—Renzo, ¿qué crees que ocurrió? —insistió Ruth.

La pieza móvil de madera empezó a trazar pequeños círculos sobre el centro del tablero. Los círculos se fueron ampliando. Después el marcador salió despedido hacia la palabra NO. Se puso a girar en torno a la palabra, con una furia frenética. Luego volvió al centro y regresó al NO, y repitió este movimiento con una

rapidez demencial.

—Renzo, por favor, debes tranquilizarte.

Se hizo imposible seguir el movimiento del objeto. Se había convertido en un martillo pilón que no paraba de desplazarse furiosamente, al centro y al NO, al centro y al NO, al centro y al NO.

Era la primera vez que el espíritu se manifestaba tan enloquecido. El grupo debería estar acostumbrado a este tipo de efectos especiales del más allá. Si bien, ¿quién puede acostumbrarse a este tipo de cosas?

Entonces la *planchette* se disparó del suelo y voló contra una pared cercana como si alguien le hubiera pegado un puntapié. Allí rebotó y cayó al suelo con estrépito, provocando que los dos doctores emitieran un agudo gemido, aunque el cuarteto entero dio un respingo.

Hubo un instante de silenciosa zozobra que pareció durar una eternidad.

Después vino el descontrol total.

—¡Yo no quiero seguir! —exclamó Ruth.

—¡Dios mío! —se santiguó Borman.

—¡Se acabó! —continuó la médium—. ¿Me habéis oído? ¡Esto se acabó!

—¡Tranquilos! —Landra.

El doctor Pont prefirió susurrar, pero a su manera también tuvo su momento de frenesí.

—Vale, vale, vale, vale, vale —mascullaba, completamente congelado en el sitio—, vale, vale, vale…

—¡Mantened la calma! —se desesperó la doctora.

—Vale, no es nada, no es nada, no es nada —Pont.

—Madre mía —Borman.

—Yo lo dejo, joder —Ruth.

—¡No pasa nada! —Landra.

Hasta en los grupos más experimentados puede haber un instante así. Algo inesperado ocurre y todo el mundo se vuelve loco. Los parapsicólogos con más tablas permiten que la enajenación dure unos segundos, que el caos se libere del todo.

Luego recobran la compostura.

Un golpe inmenso sonó sobre sus cabezas, como si una bola de demolición hubiera caído sobre la habitación de arriba. Todo el mundo guardó silencio. En ese momento las cuatro paredes parecieron crujir, como si cedieran a una fuerza invisible, descomunal, que pretendiera aplastar la habitación. Una grieta enorme apareció en una de las ventanas, cruzando el cristal de lado a lado. Las llamas de las velas fluctuaron en todas direcciones. Una sensación de opresión se apoderó de todos los presentes. El caserón Desfortes los observaba con el ceño fruncido.

Ruth se echó a llorar. La doctora Landra la abrazó y posó una mano sobre su cabeza.

—Solo es un berrinche, cariño. Tranquila.

Unas puertas, en la otra ala de la casa, empezaron a abrirse y cerrarse. Crujidos de madera en el pasillo adyacente. Incluso se oyó un instrumento de cuerda, desafinado y chirriante, cuyo sonido parecía proceder de los jardines de la finca.

Carlos Borman se recompuso y se situó en el centro de la habitación, con los brazos en alto y clamando con su voz teatral.

—¡Por favor, Renzo! ¡Estamos aquí para ayudarte!

Tras eso, la *planchette* empezó a deslizarse sola por el suelo desnudo de la habitación. Recorrió varios metros como un juguete teledirigido mientras los miembros del Grupo Fobos la observaban estupefactos, apartándose de su camino como si fuera un roedor. Se dirigió por el suelo hacia el tablero *ouija*, sito en mitad de la estancia, y se subió a él a través de sus ruedecitas, deteniendo su ruta justo en la palabra ADIÓS.

Y cesaron los ruidos y las agitaciones.

Menuda escena. No me extraña que les impactara tanto. Una demostración del carácter que no le habían otorgado a su fantasma psicosomático. Renzo Scarfiotti había adquirido una personalidad muy fuerte, eso no podía negarse.

Y, a pesar de que los siguientes minutos fueron traumáticos para los investigadores, al final lo aceptaron como un completo éxito. El experimento estaba resultando mucho mejor de lo esperado. Habían creado un fantasma, oh, sí, desde luego. Un

fantasma artificial que había seguido las reglas marcadas, todo acorde con el guion establecido.

El problema de un fantasma artificial es que te salga demasiado bien. Porque se les acaban las reglas enseguida y, cuando entra en juego el libre albedrío en tales circunstancias, lo primero que se siente es frustración. En esos momentos, Renzo era un espíritu muy muy frustrado.

En tales casos, el más allá brinda un efecto secundario terrible. La palabra es furia.

~

Me alejo un tanto de la subjetividad de los recuerdos del doctor Pont, volviendo a ser simple espectador, acelerando así el ritmo de los acontecimientos.

Como era de prever, tras el enfado de Renzo, Lorena Ruth se tranquilizó con una infusión calentada en el hornillo. Pidió disculpas que nadie consideró necesarias y todo el grupo adoptó una pose impersonal y científica, analizando la experiencia con una lejanía muy conveniente. Dejado atrás el terror, entendiendo que ese tipo de circunstancias entraban en la lista de riesgos asumibles al experimento, lo cierto es que algunos miembros del grupo comenzaron a mostrarse excitados. Habían superado la línea roja de la investigación. Lograr que el espíritu se manifestara era romper el hielo. Lo interesante había empezado cuando Renzo había despertado de verdad, produciendo recuerdos nuevos y confirmando la teoría del Anexo.

Era cierto que nadie esperaba que el chico se tomara tan a mal el descubrimiento de su muerte. Algunos fantasmas realmente tenían esta reacción, muy natural por otra parte, y su violencia debía ser contrarrestada con comprensión y empatía por parte del *paragnosta* de turno. La gente, sencillamente, no quiere morir y hacerlo puede llevar a muchas mentes a no aceptar el hecho. Es lo que habitualmente las tradiciones consideran un alma en pena. Una jerga muy del espiritismo decimonónico que a mí tanta repulsión me genera, pero útil, a fin de cuentas.

A pesar de eso, el personaje de Renzo Scarfiotti no estaba

escrito en su ficha técnica previa como un hombre con propensión a los estallidos de cólera. Había sido inesperado y, por ese motivo, mucho más espeluznante. A partir de ese punto, había que contar con que el tipo tenía un lado impetuoso que era mejor no provocar.

El recuento de desperfectos no fue elevado. Una ventana presentaba una grieta alarmante, pero no entraba aire por ella y no parecía poner en peligro la estructura del cristal. El enorme ruido en la habitación de la planta de arriba no tenía explicación, así que debía atribuirse a un caso de *mimofonía*, un sonido paranormal que no procede de ninguna causa. Lo mismo podía decirse del instrumento de cuerda desafinado. Sin duda, enigmático.

Tras horas de conversación y planificación en el pueblo cercano, se determinó que habría que dejar el tema del accidente para más adelante y regresar a las conversaciones de actos cotidianos, de sensaciones. De cuando en cuando, el doctor Pont sugeriría formular preguntas relacionadas con el automovilismo que el piloto espectral debería saber responder. Más que nada para seguir estando seguros de que continuaban manteniendo conversaciones con Renzo y no con un nuevo ente que hubiera usurpado su identidad.

Con todo, el accidente debía ser abordado en algún punto futuro.

Revisando a mayor velocidad la memoria del doctor, puedo comprobar que esa misma noche las conversaciones en el tablero no fueron muy fructíferas. Renzo, decepcionado y resentido, se limitó a respuestas monosílabas de SÍ y NO, terminando la comunicación en un punto imprevisto tras llevar el marcador a la palabra de despedida y dejando allí, inmóvil, el objeto. El grupo intentó invocarle de nuevo, sin éxito. Renzo tenía su orgullo. Y estaba herido.

En los siguientes días las cosas se fueron más o menos apaciguando. Renzo se mostraba más comunicativo y colaboraba en una medida solo comprensible a través de una filosofía de *quid pro quo*. Hacía tantas preguntas como sus interlocutores y se explayaba con la misma soltura que detectaba en ellos. Gracias a eso, volvieron a ganarse su confianza y convencerle de que estaban

allí para ayudarlo. Que eran sus amigos.

El piloto quería saber qué había sido de su esposa e hija, si habían vendido la casa o si se habían ido a otro país, pero esa información nunca se especificó negro sobre blanco, así que no se le pudo brindar. Incluso llegó a preguntar quién ganó finalmente el mundial de Fórmula 1. Según el guion, únicamente uno de los dos podría conseguirlo, tal era la diferencia de puntos con respecto al resto de rivales. Así que si él no pudo continuar… la respuesta estaba clara. La idea de aceptar que el tal Julien Veyron, personaje tan inventado como él, se hubiera proclamado vencedor ese año hacía temblar la *planchette*, aunque las tensiones no pasaron de ahí.

El experimento prosiguió hasta que el doctor Pont concluyó que las sesiones de *ouija* debían dejar paso al siguiente nivel: ejercicios de mediumnidad. Sin duda, facilitaría las comunicaciones. Debido a la mayor experiencia de Carlos Borman, resultaba lógico que él fuera quien se ofreciera al trance y permitiera que su envase corporal fuera ocupado por el espíritu artificial.

El día 129 la sesión de *ouija* comenzó a la hora acordada y, tras unos veinte minutos de preguntas y respuestas de pura cháchara, se le propuso a Renzo entrar en el cuerpo de Borman y continuar el coloquio desde ahí. El fantasma, tras cierta renuencia, aceptó.

Fue entonces cuando el médium se sentó en uno de los sofás (obtenido en un mercadillo de segunda mano), tras moverlo hasta el centro de la estancia. Pont se situaría detrás del sofá, fuera de la vista del sujeto en trance. Las mujeres se colocarían delante, en sillas plegables, y hablarían directamente con el espíritu.

Este proceso fue grabado en vídeo, y no solo en audio, como las sesiones de *ouija*. Hay una sinapsis neuronal de una vivencia futura anclada a este recuerdo, por ello puedo vislumbrar un detalle posterior. La mente lo relaciona directamente, así que tengo la posibilidad de echar un vistazo a esa imagen, difuminada. Según parece, no se obtuvo ninguna incursión extraña en las innumerables grabaciones de audio (las denominadas *psicofonías*), y las grabaciones de vídeo de las comunicaciones mediúmnicas

sufrieron un borrado de lo más extraño. Los archivos desaparecieron de las tarjetas de memoria en un momento futuro, sin que pudiera explicarse el motivo. Fueron muchos vídeos, muchos gigabytes de información que, sin explicación técnica aparente, volaron.

Pont lo recuerda vívidamente. Carlos Borman en el sofá, recostado con los ojos cerrados y las manos sobre su vientre. Las piernas ligeramente separadas. Lo ve terriblemente atractivo, tan joven y brioso, con ese tono muscular bien definido y ese jersey ajustado… y, precisamente por ello, y por situarse en un escalafón inalcanzable para él, Borman se le antojaba un hombre del todo insufrible. Un niñato con un coche color moco radiactivo. Qué desperdicio.

Cuando la concentración empezó a durar más de la cuenta y los ojos empezaron a agitarse enérgicamente bajo los párpados, Lorena Ruth comenzó a llamar a Renzo. Preguntó varias veces si ya estaba allí, sin obtener respuesta. Hubo que insistir mucho antes de que las cuerdas vocales iniciaran una frase, apenas musitada e inconclusa:

—Sangre… quema…, es como…

—¿Te duele? —se extrañó Ruth.

—La sangre…, el aire…

Contra todo pronóstico, para una mente que jamás ha habitado un cuerpo, el ingreso en uno podía derivar en un dolor punzante. Renzo tardó casi media hora en explicar que la sangre le quemaba por dentro, un río de cristales recorriéndole las extremidades, pero que era mucho peor respirar. Los pulmones eran un horno incandescente alojado en su pecho.

Era su primera vez para todo aquello: el sentirse empujado contra el suelo, el acto de transformar la vibración y el contacto en sonidos inteligibles, no poder utilizar el cerebro huésped, pero sentir su transmisión de información sensorial a través del sistema eléctrico, sin opciones apenas de enviar órdenes al organismo, el habla y poco más.

La voz seguía siendo la de Borman, pero el tono había cambiado ligeramente. Se apreciaba un sutil acento italiano.

—¿Cuándo podré… salir?

El pobre fantasma estaba tan confundido que no entendió que podía salir de ahí cuando quisiera. Y, con el pasar de algunos minutos, se fue adaptando. El dolor se convirtió en molestia y, luego, desapareció. Las frases empezaron a formarse con cierta fluidez, aunque a un ritmo muy pausado.

—¿Podéis buscarlos? —se atrevió a decir cuando ya parecía tener el control de la situación.

—Te refieres a tu familia. —Ruth entrelazó los dedos de una mano con los de la otra y los estrujó entre sí, preocupada.

—Sí.

—Verás, no sabemos dónde están.

—No lo entiendo —dijo el piloto, con una serenidad imprevista comparándola con la velocidad con la que movía el marcador de la *ouija*—. Esta casa les encantaba.

Lorena Ruth se encogió de hombros.

—Puede que decidieran marcharse. Un lugar ya no es lo mismo cuando… —consultó a la doctora con una mirada y, al encontrar una afirmación de cabeza, se lanzó sin dilación sobre el tema tabú— cuando un ser querido ya no está.

El rostro de Borman permaneció inexpresivo.

—Comprendo.

—¿De veras lo comprendes? —intervino la doctora Landra.

—Comprendo que mi vida se terminó.

—No es exactamente así. La vida es más que la experiencia corpórea. La vida sigue más allá.

—¿De veras? ¿Y qué vida es esta? —se dio unos segundos antes de seguir hablando—. ¿Qué se supone que me espera ahora?

La pregunta era muy buena. Y nadie se había planteado la respuesta. Así de simple; a ninguno de los investigadores se le ocurrió qué futuro a largo plazo le aguardaba a Renzo. ¿Un simple conversador de juego de salón? ¿Un asistente virtual? Una existencia solo a través de un tablero y un pedazo de madera con forma de corazón o cuando un médium se prestara a alquilarle su cuerpo por un puñado de minutos. Sí, la pregunta acerca de qué le esperaba ahora no tenía una respuesta muy halagüeña.

De hecho, nadie se dignó a contestar.

—Quiero que se acabe —sentenció Renzo.

Los participantes en la sesión mediúmnica siguieron haciendo preguntas e interpelando a Renzo, pese a que solo consiguieron que Carlos Borman se desperezara y abriera los ojos, visiblemente cansado.

—¿Qué ha pasado?

—¿Renzo?

—Se ha ido, ahora yo soy yo. ¿Qué le habéis dicho? No tengo la sensación de haber estado mucho tiempo en trance. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

La doctora Landra consultó su *smartwatch*, pero Pont se anticipó.

—Muy poco. No le ha gustado estar dentro de ti.

Borman se giró para mirar al doctor.

—No me digas.

Borman convirtió el ademán de apartar la vista de él en un auténtico latigazo de desprecio.

—¿Se ha vuelto a enfadar?

Landra se levantó de su silla playera y se ajustó la chaqueta que llevaba puesta, abrochándose un par de botones.

—No. Está más apesadumbrado que otra cosa. Y podría tener toda la razón.

Borman se incorporó y miró al techo y a su alrededor.

—El caso es que no lo siento. ¿Lo sientes tú, Lorena?

—Creo que se ha marchado.

—¿Adónde? —quiso saber Pont.

—Quién sabe. ¿A qué lugar se marchan los espectros antes de que alguien los active en el castillo encantado que visitan en mitad de la noche? Si no están siendo invocados, ¿en qué lugar esperan? No me creo que estén vagando a perpetuidad por ahí, nómadas en un mundo que los ignora.

El planteamiento de Borman era muy acertado. Docenas de veces me he hecho esa pregunta. Los espíritus de los difuntos, aguardando su oportunidad de trascender al siguiente nivel existencial, haciendo ¿qué? ¿Espiando a los vivos, reviviendo

retazos de lo que fue su vida? Como un abuelo demasiado mayor para hacer algo más que estar sentado todo el día esperando a que llegue la hora de comer, de mear, de dar un paseo con mucha suerte. Quizá sea como un apagado completo, un aparato electrónico al que le quitas la batería.

Quién sabe.

Por lo visto, según los recuerdos del doctor Tasio Pont, Renzo a veces no acudía a las llamadas, o lo hacía y se introducía en Borman solo para responder evasivamente, con una desgana absoluta y una congoja que llevaron al grupo a tomar una determinación obvia al cabo de un mes de conversaciones insustanciales.

El día 148 se daría el experimento por terminado.

~

Ese día fue muy intenso. El grupo de levantó sobre las seis de la tarde y desayunó en un bar restaurante del pueblo donde el personal ya se había acostumbrado a su presencia y a sus horarios incomprensibles.

Había mucho debate sobre la forma de proceder, y muchas de las decisiones que debían tomar se basaban en teorías que no se habían demostrado. El doctor Pont les hizo recordar que el espíritu de Philip, del experimento canadiense que les había servido de inspiración, se disipó en la no realidad en cuanto las comunicaciones espiritistas cesaron. Fue creado para mantener esos coloquios y, sin ellos, ya no tenía razón de existir. En hipótesis. Cierto es que otros grupos de investigadores, muy *a posteriori*, intentaron contactar con Philip, por si había posibilidades de que su espíritu perdurara de algún modo, aunque el contacto fracasó. Nadie supo, porque nadie lo comprobó, si Philip se evaporó rápida o lentamente, pero se evaporó.

Pont argumentaba que con Renzo ocurriría igual.

La doctora Landra era de la misma opinión, a pesar de que se mostró preocupada por si el desvanecimiento en la nada tardaba demasiado tiempo y, por tanto, era someter a Renzo, casi su hijo

etéreo, a una condena. Por temporal que fuera, no le parecía una solución satisfactoria.

Los dos médiums ni siquiera opinaban que Renzo fuera a desaparecer solo porque ya no tuviera con quién hablar. Y eso era infinitamente peor.

Finalmente, Borman pensó que había que matarle del todo. Darle un final último y definitivo. La cuestión era cómo hacerlo. No había guías al respecto, ningún experimento previo que diera pistas sobre cómo hacer tal cosa. ¿Tenía Renzo un más allá al que irse? No había sido una persona real, ¿podía una mente artificial (y, desde un punto de vista estrictamente religioso, una mente sin alma) trascender?

Landra pensaba que, si habían sido capaces de crear una mente viva mediante un tiempo ingente de concentración y de prestar fuerza psíquica en bruto a un concepto abstracto hasta darle forma y conciencia, podían hacer lo contrario usando los mismos principios.

Valoraron otras ideas, llegaron a hacer un listado compuesto por media docena de planes, aunque la propuesta de la doctora ocupaba el primer puesto. Alguno debería funcionar.

Para restarle poder psíquico, cualquier ejercicio espiritista se suprimió en el acto. Si Renzo quería comunicarse, debería encontrar otra forma de hacerlo. Los puentes que ellos habían tendido estaban en llamas. Desfortes debía ser, como fue durante un tiempo lugar de gestación, lugar de eutanasia psíquica de un espíritu que jamás había vivido allí, por muy vinculado al caserón que estuviera.

Por mayoría, el plan de quitarle la vida igual que se le había otorgado se puso en marcha.

Pont nunca creyó que fuera la mejor idea. Para él, aunque no lo manifestó a sus compañeros, por mucho que yo pueda leerlo en su mente con suma perfección, Renzo nunca fue un espíritu auténtico. No era real. Era su creación, sin duda, y habían logrado dotar de capacidad de reacción a una fuerza autómata incorpórea que, a pesar de sus posibilidades, no llegaba a ser más que un simulador de fantasma. El resto lo habían aportado sus propias

mentes.

Esta era la forma de pensar de Pont entonces y, por lo que puedo descifrar en esta lectura profunda, hoy en día ha cambiado. El buen doctor ya tiene a Renzo en otra consideración, bastante más respetuosa. Se lo toma muy en serio como fantasma genuino, con todo su potencial inherente.

Los siguientes días se parecieron mucho a los primeros. Confeccionaron un guion, muy sencillo esta vez, en el que Renzo atravesaba un túnel con una poderosa luz al final. Y trascendía.

No debía concluir con ese efecto. No necesariamente. Si había un alma que pudiera irse a donde sea que se van las almas humanas, lo mismo daba si Renzo atravesaba el umbral. Nunca hubo ningún piloto italiano llamado Scarfiotti que le disputara el mundial de F1 a su compañero de equipo en Benetton. Ese año venció esa escudería, el dato era correcto, pero fue Michael Schumacher quien ganó de gorra. No hubo competencia. Y, aun así, Renzo nació de ese condicionamiento psíquico; así que sería lógico pensar que moriría del mismo modo.

Se intentó. Y se diría que el plan surtió efecto.

No fue así.

~

Durante la primera semana de concentración no pasó mucho. El caserón dejó de exhibirse como lugar presumiblemente encantando y Renzo no encontró otras maneras de manifestarse una vez cortado el grifo de la mediumnidad y el tablero.

Si bien todo el mundo se sintió observado en algún momento, aquellas sensaciones eran las típicas de una vivencia de esta índole. Se achacó a la mera sugestión. Podría ser o no, el caso es que ayudaba abrazar la teoría. La segunda semana, las sesiones de concentración comunales se hicieron desde el hotel del pueblo. Esa última semana, fuera del centro de investigación recurrente, estuvo llena de tensión. Podría ser la excitación propia del final de un proyecto al que habían dedicado una parte importante de sus vidas. Por las mañanas, dedicadas a descansar, Ruth tenía

pesadillas, Landra visitaba el baño con mayor frecuencia y en la habitación de Carlos Borman se escuchaban pasos que iban de aquí para allá, amén de algún refunfuñar que otro. Cada cual lo llevaba a su manera.

Ya no visitaron Desfortes más que una sola vez, cuando se dio por concluida la desaparición del fantasma.

No tenían pruebas, así que lo atribuyeron a una certeza interior. Algo dentro de su corazón les dijo que Renzo se había marchado. Desvanecido en la inexistencia. El vacío total.

El día 162 el grupo acudió al caserón Desfortes con la intención de despedirse. El experimento había durado cinco meses y poco. Un nacimiento humano lleva más tiempo: hay que construir un cuerpo, algo que no se puede hacer solo con desearlo, por mucho que varias mentes se pongan a trabajar al unísono.

Debido a esto, el doctor Pont no puede quitarse desde entonces la sensación de que todo fue un fracaso, dentro del éxito que supuso haber creado una mente indistinguible de una humana. Ahora él tiene la certeza de que Renzo es autoconsciente, no solo una inteligencia artificial astral. Yo aún no puedo saber si tenía razón entonces o ahora.

El caso es que el grupo se desplazó hasta el caserón con un único vehículo. Los cuatro volvieron a mirar la fachada del edificio con un respeto reverencial. Si el sitio estaba encantado, tenía el botón de encendido en modo *off*. Imponía y recibía visitas de entidades casuales; no obstante, si era la morada de algo permanente, estaba dormido. La sugestión podría hacerte sentir y ver cosas de todo tipo allí dentro, y había un residuo de algo, los dos médiums lo presentían, y se marcharon de Desfortes con la intención de no volver jamás, con esa certeza. ¿Qué era? Como el grupo tenía su proyecto privado, no hubo oportunidad de explorar mucho ese enigma. Había algo en Desfortes, muy oculto, sí, en lo más recóndito de sus estancias, de su corazón. Si las casas tienen corazón, que yo creo que sí.

Quizá sea motivo para alguna otra historia.

Los cuatro integrantes del Grupo Fobos entraron en Desfortes e hicieron en el *hall* una especie de ritual no escrito de despedida.

Los dos médiums se internaron en las habitaciones que solían frecuentar y recorrieron los pasillos en busca de un resquicio de Renzo, quizá esperando una señal. No encontraron nada.

Pont no se movió del recibidor. Estuvo todo el tiempo con Landra. Adoraba a esa mujer, era casi como una hermana. Quizá mejor. En esos más de cinco meses habían alcanzado un entendimiento todavía mayor. Su relación saldría fortalecida de este lance.

Ella le sonrió amargamente.

—¿Y ya está?

—La parapsicología es así. No consigues lo que quieres, y cuando lo consigues, no era lo que creías que querías.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me iré a un hotel de lujo y pasaré allí un mes entero, solo para desquitarme de estos meses que hemos vivido.

—Puede que yo eche de menos las tostadas del tipo del bar. El señor…

—Ayuso.

—Ayuso. Le salían muy bien.

—Yo no voy a echar de menos nada. Porque… no me vas a obligar a echarte de menos, supongo.

La doctora se ajustó las gafas y le dio un empellón en el codo.

—¿No estás deseando librarte ya de mí?

—No. Para nada. No. —Se sintió un poco tonto cuando ella no le respondió lo que él esperaba—. ¿Y tú?

Ella se metió las manos en los bolsillos y pareció advertir algún olor rancio.

—¿No crees que nos vendría bien que nos separásemos los cuatro una temporada?

Pont agitó el aire, como tratando de espantar a una avispa imaginaria.

—De ellos, sí, por supuesto. Que se vayan al infierno. Lo que pasa… es…

Ella le acarició la mejilla.

—Tendré que ocuparme de mis hijos en algún momento.

—Ya están creciditos. Pasan de ti. ¿No estaban con Alberto?

—Sí. Y han pasado con él una temporada que me tocaba a mí. Sabes que nos los dividimos por trimestres. Y que sepas que yo no paso de ellos. Los quiero ver, los quiero achuchar y no me importa si han estado tan divinamente sin verme; me verán. —Se estremeció con alguna visión de futuro—. Que se fastidien si no me han echado de menos. Es un hecho que voy a hacer un aterrizaje forzoso en sus frentes y en sus mofletes. Tú… no lo entiendes.

—No puedo perderte de vista tan de repente, Tamae. Al menos, dedícame un día a la semana.

—Bueeeno, don Pesado. Una cena a la semana. No más. No me vengas buscando para desayunar porque mis desayunos ya están incautados. Paso del cine y de los cafés. ¿Vale?

—De acuerdo. Una cena a la semana.

—Los miércoles.

—Me parece bien.

—Elijo yo el restaurante. Siempre.

—Acepto.

Le dio la mano y ambos se la estrecharon como si fuera una broma.

Lorena Ruth apareció por uno de los pasillos y cruzó los brazos sobre el pecho, aparentemente destemplada.

—Ya he acabado mi ronda. No hay ni rastro de Renzo. Creo que le hemos…

Agachó la cabeza para que no vieran que los ojos se le anegaban en lágrimas (fracasando en el intento) y los rodeó, cabizbaja, apresurándose por salir de nuevo al exterior.

«Matado». Me parece que era la palabra que no terminó de pronunciar. Pont lo pensó también.

Landra pasó la mano por el hombro y salió en busca de la joven médium.

—Voy con ella. Quédate aquí y espera al Casanova. Dadnos un tiempo.

—Tranquila.

Y Pont permaneció allí, sintiéndose solo por primera vez desde que el experimento diera comienzo. Obviamente, ya había estado en otras ocasiones sin compañía, pero esta vez se sentía solo

de verdad. Vacío. Algo había perdido en Desfortes y no se lo podría llevar.

El recuerdo ahora se vuelve un poco borroso, porque Pont se puso a pensar en sus cosas y no se percató de en qué momento Carlos Borman surgió de otra estancia y se le colocó delante. Lo que pasó fue que Pont se ladeó un poco y, de repente, Borman ocupaba todo su ángulo de visión, más cerca de lo que le había tenido nunca. Dio un respingo y un paso atrás.

—Hey —dijo Borman.

Pudo sentir su aliento, por primera vez, el olor del xilitol en la boca. Debería tener una cápsula de Smint. Esos labios carnosos… Gilipollas presumido.

—Renzo —se limitó a decir Pont.

Borman se quedó muy callado. Enarcó una ceja, casi como si le doliera.

—¿Le has presentido? —inquirió Pont—. ¿Se ha volatilizado o qué?

Borman alzó la barbilla y se rascó el canto de la mano.

—Volatilizado, ¿eh? Sí. Justo eso. Como querías. Volatilizado por completo.

Pont se extrañó y sopesó de arriba abajo al actor de medio pelo.

—Fue decisión de todos.

—Okey.

—Venga, ve al coche, tengo que cerrar este sitio con llave.

Y así fue como el doctor Pont echó el cerrojazo definitivo al caserón Desfortes, con años de tradición de ser un lugar caliente para los fenómenos paranormales.

Y yo me quedo con la frustración de no haber podido saltar de una mente a otra para hacerme una idea más completa de lo ocurrido. A través de su visión, el doctor podría no haber reparado en detalles importantes que, por fuerza, me pasarán desapercibidos si no enfocó en la dirección adecuada o no escuchó aquello a lo que debía prestar atención. Por no hablar de que la memoria hace estragos con ciertos recuerdos. Distorsiona y puede llegar a modificar la realidad misma para guardar una experiencia

totalmente alejada de la vivencia real.

Por lo pronto, me vale con esto.

Salgo del trance.

Un escozor acuciante en el interior del oído me lleva a hurgarme allí con un clínex. La esquina enrollada del papel sale ensangrentada.

CAPÍTULO 10

TE ENCUENTRAN SIEMPRE QUE QUIEREN

Uno de los momentos que más odio de un sondeo consentido en una mente ajena es el interrogatorio de después. Pont lo está aceptando bastante bien. Le sigue extrañando no notar nada, aunque sea una ligera migraña. Y le da miedo. No es una idea agradable que alguien pueda estar en tu cabeza, registrando las estanterías de tu memoria como si fuera un mueble de Ikea y que no seas capaz de advertirlo. ¿Habrá más gente como este tipo? ¿Ocurrirá a menudo? Son preguntas típicas, que cualquier persona podría hacerse. Al final, se acaba llegando a otras mucho más oscuras aún: ¿los Gobiernos tienen psíquicos espiando a la población?

Motivos más que suficientes para comerse bastante la cabeza. Yo lo hago más que nadie. A pesar de que este don me viene de familia, de parte de padre, solo una vez conocí a un psíquico que estuviera a mi nivel o superior.

No salió bien.

Pensar que los servicios de inteligencia saben de la existencia de gente como yo, y que se sirven de ellos, opera dentro de una lógica tan aplastante que asusta elucubrar qué tipo de tropelías podrían hacerse con estas habilidades, si es que hay mala intención.

Tras resumir lo que he averiguado en la incursión y mis conclusiones para mis dos acompañantes, Manrique ha ido tomando algunas notas sobre el experimento y Pont se ha mostrado más sombrío que nunca.

—Supongo que no debe de ser fácil —dice el doctor—, pero ¿podría ir más deprisa? Me refiero a si podríamos ir al núcleo del

problema.

—De momento, no detecto síntomas de posesión… —le señalo con un dedo a la frente— ahí dentro.

—Ya, y habíamos hablado de una película donde un ente psicosomático poblaba la mente del protagonista solo en determinadas circunstancias. ¿No hay registro de eso?

—Yo no he detectado nada. No se van dejando huellas dactilares en las neuronas. Que yo sepa. Lo cierto es que lo ignoro. —Los dos me observan con detenimiento, aparentemente desconcertados—. Todavía no lo sé todo sobre este poder —me justifico.

Le pido a Manrique una botella de agua. La más grande que tenga, muy fría, y me trae servilmente una botella azul de tapón blanco que medio vacío de un par de tragos. Realmente lo necesitaba.

Observo el clínex arrugado de mi mano, con restos de sangre. Antes no me sangraban los oídos después de una incursión mental. Ahora empieza a ser frecuente. No es bueno. En cierta ocasión, llegué a llorar una lágrima de sangre.

Y fui al médico, claro.

Siento la sudoración entre la piel y la camisa. El dulce néctar de las experiencias ajenas, vividas como una simulación total gracias al sondeo mental, un sabor de boca comparable al de los mejores vinos. Es embriagador. No paro de repetirme que debo contener este tipo de sensaciones. Es heroína psíquica.

—Dame unos minutos —le digo a Manrique.

—Como quieras.

Me apoltrono en el sofá individual donde he estado todo el tiempo. Soy un gurruño de persona, solo piel y líquido. Siento el cuerpo licuado. Han sido unos recuerdos muy vívidos. Tienen un sabor especial. Podría volver allí y recrearme en ellos, saborearlos, si no entrañara un gran peligro.

Pont no parece interesado en dejarme en paz mucho tiempo.

—¿Debería preocuparme? Ha estado en lo más hondo de mi intimidad. ¿Cuánto sabe?

—Solo lo del experimento en Desfortes. Desde su punto de

vista. No hay más. Oiga, tranquilícese, no soy un *voyeur*.

—Sí, supongo que tendré que confiar en usted. A fin de cuentas, yo he reclamado su ayuda. —Se da unas palmadas en las caderas y frunce los labios—. A veces puedo ser un poco capullo. Siento mucho si lo he sido con usted.

—Descuide. Yo le gano en eso.

—No sé. No estoy acostumbrado a fiarme de las personas.

Se quita las gafas y estudia las lentes con el brazo estirado. Luego se pone a limpiarlas con un pañuelo que me atrevería a decir que ha salido de su manga, a juzgar por lo rápido que ha aparecido en su mano.

—Físico de partículas, ¿eh? —comento—. ¿Por qué la parapsicología?

—¿Y por qué no? Le sorprendería el grado de excentricidad que se respira en esa carrera universitaria. La gente necesita desfogarse con cosas raras. Digamos que yo fui demasiado lejos. Un compañero mío de cuarto se metió a rapear, ¿puede creerlo? Es como se gana la vida ahora. Con casi cincuenta años. Rapero —resopla con fuerza—. Yo solo me invento fantasmas porque los de verdad me ignoran.

Le meto otro buen trago a la botella de agua. La deposito sobre la mesa, tras decidir que ya estoy suficientemente hidratado. No necesito mucho tiempo para reponerme. Es como despertarse de una siesta.

—Existe el más allá —le aseguro—. Tiene unas reglas difíciles de asimilar. Se diría que improvisa sobre la marcha. Sí, le puedo asegurar que cuanto más investigo, más sé lo poco que sé. El más allá tiene una personalidad caprichosa.

—Sé lo que opina. Leí un artículo suyo en *Siglo 100*. De eso hace ya años. Yo era fan de su padre, de su prosa. ¡Cómo escribía! Arián Zarco. Y tenía mejor voz para la radio que usted.

—Mi padre nació para el misterio. Y se convirtió en uno. Al menos, para mí.

—¿Un misterio para usted? No entiendo.

—Éramos médiums. Veíamos fantasmas y hablábamos con ellos. Eso ayudaba mucho en las investigaciones del Grupo

Prometeo. Yo llegué a formar parte de todo aquello. Hace milenios. ¡Madre mía!

—Los años noventa tuvieron su aquel.

Un montón de sinsabores me vienen de repente al recuerdo.

He contado la historia un montón de veces. Por una más, no creo que haga mucho daño.

—Mi padre y yo acordamos que el primero que muriera se manifestaría ante el otro y le diría cómo es el otro lado.

—Y no se presentó.

—No.

—Tendría que haber aprendido usted más de él. Sus artículos eran críticos a veces, pero no despectivos como los que escribe usted. Arián Zarco se expresaba como un caballero. Era incisivo, cuando tocaba serlo, nunca altanero. Defendía su opinión como lo que era, su opinión. No como si fuera la verdad. Porque la verdad no es posesión de nadie.

Debo darle toda la razón. La vida privada de mi padre contenía ciertos episodios que podrían llevar a tildarle del malo de la película. No fue perfecto. Intentó ser el mejor padre del mundo, probablemente no le saliera bien siempre y descuidó todo el tiempo otras responsabilidades. Ser marido, por ejemplo.

—¿Qué me dice de usted? He notado que ya no escribe.

Manrique ha debido de ir al baño y está al fondo del pasillo; aun así, modero el volumen de mi voz al responder.

—No mucho. No. Hace tiempo que dejé la faceta de divulgador del misterio. Es un mundo… complicado.

—Dígamelo a mí.

—Oiga, doctor; ¿sabe si podría hablar con los demás? Landra, Ruth y Borman.

—¿Hablar con ellos?

—¿Cree que se prestarán a ser sondeados como usted ha hecho?

Se le ve meditándolo muy en serio.

—No sabría qué decirle. La doctora Landra… Sería mejor dejarla para el final.

—¿Por qué?

En ocasiones, las personas visualizan de tal forma una imagen de sus recuerdos que literalmente dejan de ver lo que tienen delante y solamente pueden observar aquello que sus cerebros les muestran. Sueñan despiertos.

No lo puedo evitar, me meto telepáticamente en su cabeza sin dilación.

Pont visualiza una experiencia memorizada con gran precisión. Un recuerdo demasiado lúcido. Comienza con la doctora Landra en el asiento de al lado mientras él conduce. Charlan sobre nada en particular. Sus voces emiten sonidos balbuceantes. No es nítido porque no es importante. Una conversación trivial, lo que importa viene ahora.

De repente, Pont es arrancado de su cuerpo, un mantel que se retira de la mesa de un tirón, y la oscuridad llega durante un instante. No hay intermedio, no hay nada. El recuerdo continúa con él recuperando la consciencia de improviso. Es un despertar furioso, un empujón fortísimo, y ahí está, con el tórax dolorido y la cara raspada contra un airbag, que ya está empezando a desinflarse. Ha debido de pasar un minuto entero, aunque para él ha sido un instante. El dolor más agudo es el de las piernas, que no alcanza ni a ver debido a que el hueco entre el asiento y el volante se ha prensado lo justo para no aplastarlo a él. Estaba al volante, charlando tranquilamente con su mejor amiga, y ahora están empotrados contra un pino. El frontal del coche se ha expandido a ambos lados del tronco. El capó es un acordeón contrahecho. Pont mira a su alrededor. Están fuera de la calzada, en la zona arbolada con pendiente que hay más allá del arcén de una carretera de montaña. La doctora le mira, horrorizada, desde su asiento. Tiene una brecha en la ceja y medio rostro ensangrentado. Grita algo que suena como *vade retro*, sus ojos desorbitados mirándolo a él (a mí) mientras forcejea con la puerta para intentar abrirla. Al final, lo logra. La puerta no se abre en su extensión, ella abre un hueco suficiente para poder salir solo un poco, se da cuenta de que está atrapada por el cinturón de seguridad, se lo quita de un manotazo y se lanza fuera del habitáculo, esquiva como puede los restos de la valla de metal del arcén que se ha deformado en torno al morro del

vehículo. Y corre hacia el interior del bosquecillo, enloquecida, mirando eventualmente por encima del hombro para comprobar si Pont la persigue. El hombre tiene las piernas atrapadas porque el bloque del motor ha invadido el hueco de acceso a los pedales. Intenta gritarle a su amiga, sin éxito. Puede respirar a duras penas.

La imagen se desvanece en el vacío. Pont se extraña al verme mirándolo fijamente.

—Puede que la doctora Landra… No quiera verme.

—¿Tiene idea de por qué?

Él lleva su vista a la izquierda y a la derecha de mi rostro. Estudiando mi semblante con detenimiento.

—¿Lo ha visto? ¿Me ha leído la mente?

—¿Por qué piensa eso?

—Hace un segundo estaba rememorando una vivencia reciente. Un accidente, para ser exactos. ¿Lo ha visto?

—¿Le molestaría que lo hubiera visto?

—¡No, no me molestaría! ¿Sabe por qué? Porque es el origen de mis temores. Creo que deberíamos empezar por el final, si no le importa. Los últimos acontecimientos son los que de verdad nos interesan ahora.

—Es importante conocer el origen del conflicto.

Manrique vuelve por el pasillo. Detiene el paso en el umbral de la habitación. No querría intervenir en una conversación salvo para imponer paz. No parece que ahora sea necesario.

—Renzo me poseyó —prosigue el doctor—. Ha tenido que verlo. Si no es así, léame la mente ahora. Volveré a repasar el accidente.

Le enseño las palmas de las manos.

—Está bien. He visto el choque. He visto cómo su compañera le miraba. Es posible que usted tuviera un vahído y que al reponerse de…

—¿Un vahído? ¿Cree que fue un vahído?

—Hay que considerar primero la opción más lógica.

—La lógica es como el *whiskey* —interviene Manrique—, pierde sus efectos beneficiosos cuando se toma en largas cantidades.

—Lord Dunsany, justo el que faltaba —le reprocho—. ¿En serio?

—¡Pero es verdad!

Me llevo las manos a la cabeza y la refugio entre las rodillas. El mundo a veces es una guardería en la que soy el único adulto. Y solo queda tomar el mando a distancia de la mesa, apuntar con él a la televisión y pulsar el botón de apagado.

No me gusta perder el control. Salvo que, a veces, me dejo llevar un instante.

Cuando recobro la razón, todo es más fácil.

La tensión de la conversación insufla energías al resto de mi cuerpo. Casi he superado las debilidades de la salida del trance. No hay rastro de ese hilillo de placer que dejan las inmersiones mentales profundas.

Me llevo el dedo índice a los labios para indicarle a Manrique lo que ha de hacer.

—Muy bien, doctor Pont —el volumen es casi un susurro, no aplico ni un ápice de insolencia a mi modo de hablar—. Podría tener razón. He visto cosas más raras que esto. Podría haber sido una posesión puntual, quién sabe. No creo que una mente pueda ser arrancada del cuerpo al que pertenece tan fácilmente como usted narra, pero tratándose de un espíritu que usted contribuyó a crear, siendo uno de los cuatro padres de ese hijo etéreo, podría ser. Aunque no quiera apartarme mucho del escepticismo, estoy tan acostumbrado a lo irracional que sería un incauto si ahora rechazara una causa paranormal probable.

—Muy bien.

—¿Ha conseguido hablar con la doctora Landra después del accidente?

Se frota una mano contra la otra. Un picor acuciante sobre los nudillos o simple nerviosismo.

—No. No responde a mis llamadas ni a mis mensajes. Me he presentado en su casa, y no solo no me abre la puerta, sino que llama a la policía si me que quedo mucho tiempo aguardando en la calle. Seguro que está cursando una orden de alejamiento.

—Entonces, ¿no sabe lo que pasó durante, vamos a llamarlo

así de momento, el vahído?

Le rechinan los dientes mientras mueve la mandíbula de un lado para otro.

—No. Y me mata no saberlo. Conozco a un par de investigadores que… —mira a Manrique— Tú los conoces, Leo Cifuentes y Lisa Barrancal.

—Sí, claro —reconoce el dueño de la casa.

—Los llamé porque conocen ciertas técnicas de mesmerismo e hipnosis. Quería que me hipnotizaran, por si había alguna manera de recobrar el tiempo perdido durante la experiencia.

—¿Qué ocurrió?

—No había recuerdos, solo oscuridad. Yo estaba allí conduciendo, me sacaron de mi propio cuerpo y me devolvieron tras el impacto contra el árbol. Fin. Algo tomó el control de mi envase corporal, por decirlo así. Fue Renzo, no le veo otra explicación.

—Seguramente la policía le interrogó. ¿Qué dijo?

—Digamos que se creyeron que me desmayé al volante. Tamae, la doctora Landra, tampoco hizo declaraciones chocantes. Sabemos de sobra cómo reacciona la policía cuando te preguntan por estas cosas. Hablarles de parapsicología, más allá y posesiones…, ni hablar.

—¿Ha probado a llamar a los otros? Podrían haber tenido percances parecidos.

—No dispongo del teléfono de Borman. Yo no le metí en el grupo. No estoy interesado en tener ningún tipo de relación con…

—¿Lorena Ruth?

—No. El experimento acabó no hace mucho. Queríamos descansar de nosotros mismos, estar una temporada sin tener relación. Hemos pasado unos meses de convivencia muy intensos. Nos convenía.

—Estas cosas que le están pasando, Pont, lo cambian todo. ¿No se le ha ocurrido pensar que los demás pueden haber tenido episodios parecidos? Vamos a suponer que Renzo pueda poseerle a usted momentáneamente; no deberíamos abandonarnos a esa hipótesis, ¿de acuerdo? Si bien contemplemos esa posibilidad como

la más probable: ¿y si ha poseído a sus amigos? Borman y Ruth son médiums. Sus mentes podrían haber contribuido en mayor medida a la creación psíquica del espíritu Renzo. No es ninguna tontería, ¿verdad? —Hago un gesto que abarca toda la habitación—. Claro que no. Ahora podrían ser más susceptibles a un control mental —concluyo.

No me puedo permitir el lujo de no saber qué le pasa por la cabeza a Pont. Las lecturas mentales superficiales no requieren apenas concentración, ni trances. Es solo como poner la oreja junto a la puerta para escuchar lo que se dice en la habitación de al lado.

Pont no solo piensa que tengo razón; es una idea que ya ha contemplado, con bastante preocupación.

—Ya —dice—. Es lo que me temo.

Y se siente responsable, más que los demás. Como si la posibilidad de que Renzo los utilice como cuatro chaquetas que se puede poner según le apetezca comenzara y terminara en él, como principal y único culpable.

—Llame a Ruth ahora mismo —le ordeno.

—¿Ahora?

—Ya. Hágalo delante de mí. Siga mis instrucciones.

Pont mira a Manrique Franzoni.

—No le mire a él —le ordeno al doctor—, míreme a mí. Y hágame caso, Pont. Ha venido suplicando ayuda. Aquí la tiene. ¿Me ve? —Me señalo el rostro—. Soy la ayuda. Y me tiene que hacer caso o me desentenderé del todo. Hay otras cosas que están ocurriendo, puede que mucho más acuciantes, que podrían requerir de mis servicios.

—Está bien, está bien —accede, y se pone a buscar en la agenda de su teléfono el número correspondiente. Cuando lo encuentra, me enseña la pantalla—. ¿Quiere que la ponga en altavoz?

—Buena idea.

—De acuerdo. Altavoz. —Presiona la pantalla, deposita el aparato sobre la mesa, con la pantalla hacia arriba para que todos podamos verla.—. Si ella ha hablado con Tamae primero, es posible que la haya convencido para que no me responda a las…

—¿Doctor? —La voz proviene del altavoz. La joven enfermera —. ¿Sí?

—Lorena, soy yo. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. ¿Todo bien?

—¿Has hablado con Tamae?

—No. Se suponía que íbamos a estar un tiempo sin contactar entre nosotros.

—Es cierto. Y… ¿no te ha pasado nada raro?

—¿A qué se refiere? ¿Algo raro, así, en general?

—Lo que sea, Lorena, algo raro.

La siguiente pausa nos acelera el pulso.

—No —dice al fin.

—¿Estás segura?

[Dígale que va a ir a verla]

Pont da un paso hacia atrás. Se lleva una mano a la nuca y me fusila con la mirada.

No todo el mundo que accede a que le sondees telepáticamente, quiere que lo hagas sin avisar.

[Dígaselo, doctor]

—¿Podríamos ir a verte? Es importante.

—¿Venir? ¿A mi casa?

—Sí, a tu casa, ¿por qué no?

—¿Los cuatro? ¿Una reunión de los cuatro? ¿Tan pronto? Me está asustando.

—No. La verdad es que iría yo solo.

[No le diga eso, hombre]

—Iría con compañía —rectifica el doctor—. Ayuda. Gente de fiar.

—Ahora me está acojonando del todo, doctor.

—Tú no te muevas de casa. Iremos en…

[Lo que tardemos en llegar] [Salimos ahora mismo]

Pont abre los ojos como platos. Se pregunta si no será demasiado precipitado.

[No es precipitado, es necesario]

—Iremos ahora mismo para allá. Calculo que tardaremos media hora.

—Dígame qué ocurre.

—Te lo diremos en cuanto lleguemos.

—No, dígame ahora mismo…

Pont cuelga el teléfono. Bien hecho.

Me lanzo hacia el ropero y le tiro el abrigo al doctor. Mientras me pongo el mío, me dirijo a Manrique Franzoni, cruzado de brazos, ciertamente indignado por sentirse fuera de la ecuación. Y está fuera de la ecuación.

—Quédate aquí, Manrique, ¿te importa?

—Claro que me importa. Yo estoy en esto también.

—Has sido un buen intermediario. Has puesto la casa, y hasta hemos invocado algo en ella. Te lo agradezco, y te prometo que te mantendré informado. Has hecho mucho.

—Ni hablar, ahora mismo…

—Esto va a ser peligroso y hace tiempo que no haces trabajo de campo. Necesitamos a alguien que contraste la información. A salvo. Alguien a quien llamar si las cosas se ponen feas. Que monitorice, en la distancia. ¿Sí? Eres Houston. ¿De acuerdo? *Houston, tenemos un problema*. Pues eres tú quién lo soluciona. Dime que sí.

—Houston, ¿eh?

—Dime que sí, Manrique.

—Te digo que sí.

—Gracias.

—Y lo odio.

—Gracias por todo. Te mantendremos al corriente de todo. Eres mi Alfred.

—Quiero una llamada a la hora. ¿Estamos? Una llamada cada hora.

—No seas exagerado.

—¿Alfred? ¿Por qué me has llamado…?

—Te llamaré en cuatro horas. Entonces sabremos algo.

El doctor Pont se encamina a la puerta y es el primero en enfilar por el jardín.

Manrique sigue dando vuelta a detalles sin importancia.

—¿No te estarás refiriendo al mayordomo de…?

—Lo grabaré todo. Tendrás documentación que repasar durante semanas. Va a ser carne de un reportaje cojonudo. Lo haremos juntos, ¿te parece?

—¿Cómo? ¿Juntos?

—Lo firmaremos los dos. Si te parece.

Aunque el día es soleado, hace un frío que resulta mortal a la sombra. Me abrocho el abrigo hasta el cuello.

—No estaría mal —sentencia Manrique mientras lo dejo atrás.

En cuanto Pont abre la puerta exterior, vemos a un par de tipos aguardando al otro lado.

—Vaya —dice el más alto, enseñando su placa policial. Ya le conozco de otras correrías. La mano derecha del inspector Fusco. Un hombre llamado Mario Garacoy a quien yo, para mis adentros, siempre he llamado Carl Sagan con Coleta—, estábamos a punto de llamar.

Más problemas. Te encuentran siempre que quieren.

Saludo con la mano a los dos hombres. El otro no sé quién es, y podría sondearle mentalmente y averiguar su nombre. O no. De momento, se va a quedar con el pseudónimo Nariz de Mazapán. Le va que ni pintado.

—Detectives —les digo, saludándolos con la mano.

Lo odia. El rango de detective existe en Estados Unidos, y en las películas y series lo hemos visto hasta la saciedad. La gente aquí se piensa que también hay detectives en nuestra policía. No los hay.

—Subinspector Garacoy —corrige él—. Y el oficial Muñoz.

Me encantan sus reacciones, son de un básico que tira de espaldas. Me imagino que están aquí porque el inspector Fusco ya se ha cansado de esperar, y eso que le escribí un mensaje advirtiéndole que le llamaría.

Que me hayan localizado en casa de Manrique no me extraña lo más mínimo. Fusco sería capaz de rastrear el teléfono de cualquiera que le empujara por la calle sin disculparse después.

Ha ganado mucho prestigio, y se ve que también influencia. Y me debe casi todo.

—Fusco requiere mi presencia —me adelanto a las

explicaciones, si es que van a dármelas.

—En efecto, señor Zarco. ¿Le importa acompañarnos a comisaría?

—¿Estoy arrestado?

—Es una invitación cortés —lo dice como si la cosa pudiera ponerse fea en caso de que yo no aceptara. Se paladea la amenaza en cada una de sus palabras. Carl Sagan con Coleta me odió desde el primer día que me conoció—. Cuando las cosas se piden por las buenas, es conveniente aceptar.

—Estaba a punto de marcharme a una cita importante.

—Esto lo es mucho más. Acompáñenos, por favor.

El oficial Nariz de Mazapán Muñoz abre la puerta trasera de una gran berlina Volvo que no puede llevar más de un mes fuera del concesionario. Con un ademán me invita a entrar dentro.

Encaro a Pont.

—Vaya con Lorena. Siga el plan. Cuénteselo todo. Lo que le ocurrió, sus sospechas. Háblele de mí y dígale que me reuniré con ustedes en cuanto pueda. Llámeme enseguida si Renzo vuelve a actuar. Manrique le pasará mi número de teléfono.

—De acuerdo.

Le guiño un ojo al subinspector antes de rebasarle y meterme en el vehículo de incógnito. Todavía huele a nuevo.

Pont observa mi ventanilla, buscándome con la mirada, pero está oscurecida, así que no puede verme. Creo que hay algo más de respeto que antes. Algún punto he debido de ganar, quién sabe cuándo.

Los dos policías se introducen en el vehículo. No parecen muy interesados en hablar entre ellos.

Si no estoy detenido, por el modo en que me ignoran y me observan por el retrovisor o de reojo, se diría que podría estarlo en cualquier momento.

Será mejor dejarse llevar. Detesto dejar las cosas a medias, y ahora voy a tener dos platos empezados de muy distinto sabor. Con todo, es lo que hay. Procuraré adaptarme a los acontecimientos.

Me pregunto cuál de los marrones en que estoy metido, o me quieren meter, es más importante en un orden de relevancia.

Lo único que me gustaría es que Erin me localizara, hiciera un chas y apareciera a mi lado.

CAPÍTULO 11

EL REGRESO DEL DESFACEDOR DE ENTUERTOS

Me han sentado en la típica sala de interrogatorio policial. La mesa es amplia y tiene dos argollas para poder encadenar a presos ultraviolentos que, por supuesto, no han usado conmigo. Me han puesto un café con leche de máquina en vaso de papel que dura un trago y medio y me han dejado esperando. A través del gran espejo puedo ver la parte superior de mi frente y el pelo y, como en las series y películas norteamericanas, al menos habrá un par de agentes observándome mientras deliberan.

Podría comprobarlo con una proyección mental básica. Sacaría mi conciencia del cuerpo y atravesaría la pared, recorrería la comisaría entera, localizaría a quien me propusiera, se apellidara Fusco o de cualquier otra forma. Podría ordenar mentalmente a un inspector que me sacara de aquí enseguida. Al comisario mismo, si es que ha venido hoy a trabajar al despacho.

Será mejor reservar mis habilidades para momentos concretos. Creo que estos días van a requerir un gran trabajo telepático, y lo que está pasando en mi cabeza, a nivel físico, es preocupante.

«A pesar de tener todos los rasgos de una hemorragia cerebral», me dijo el neurofisiólogo, «ha sido un sangrado puntual, no patológico. Anómalo, sin duda, y en mi opinión habría que observarlo, por si hubiera riesgo de ictus».

Yo sabía que no era un caso típico que la neurología, ni ninguna disciplina médica del cerebro, pudiera contemplar. Los doctores pueden decirme cuál es el estado de mi cerebro, nada

más. El origen de estas leves hemorragias queda fuera de sus especialidades.

Es la telepatía. La telepatía está provocando esto.

No puedo saberlo con certeza. En internet no hay información fiable y no conozco a nadie vivo con este poder y a este nivel. Como un científico de película de terror de serie B que experimenta consigo mismo, voy a tener que descubrir las consecuencias de estos dones psíquicos. Determinar si son bendición o maldición.

Así que me da igual si hay dos polis al otro lado del espejo, observándome y cuchicheando entre ellos. Voy a concederles una hora más. En una hora me voy de aquí. Tenga que obligar a quien sea para que eso ocurra.

Decido pasar el tiempo ojeando el móvil, ya que no me lo han retirado. La cobertura en este cuarto es horrible, por lo que debo aprovechar de otra manera las muchas posibilidades de entretenimiento que ofrece el aparato, incluso cuando no hay una red a la que conectarse.

César me ha mandado un par de mensajes sobre su nueva *app* de urgencias paranormales, TRAP. Dos casos que podrían requerir de mis habilidades.

Le respondo a toda prisa: «Ahora mismo estoy con un par de cosas muy serias, César».

Como si no tuviera suficiente.

Finalmente, espero veinte minutos más, antes de que Fusco entre por la puerta y rodee toda la mesa para darme un buen abrazo. Con su traje color crema y la corbata marrón excremental. El pelo largo y rubio de la parte izquierda de la cabeza, recorriendo toda la calva hasta el lado contrario, intentando cubrir ese páramo de piel brillante. Y, por supuesto, su bigote de Lemmy Kilmister recorriendo las comisuras y muriendo en el crecimiento de la papada.

—Zarco, lo siento mucho —dice mientras me abraza y achucha con fuerza, sus manos regordetas recorriendo toda mi espalda—. Se me ha cruzado otro tema y no lo podía dejar para después. Siento la espera.

Me imagino que así se venga de todos estos días que le he estado ignorando.

—No pasa nada —le tranquilizo.

—No se habrán sobrepasado contigo, ¿verdad?

Se aparta de mí y pone cara de tipo de duro.

—No —respondo yo.

—Mejor para ellos. Mira que les meto un puro que…

—No, han sido educados, Fusco. A su manera.

Bastantes cosas han cambiado en nuestra relación desde que nos conocimos hace unos pocos años, pero, pero desde el primer día, seguimos llamándonos por nuestros apellidos. A veces, yo le llamo desdeñosamente *inspector* y él, *médium*. Con un tonito que indica que es un desaire, por mucho que seamos justamente eso.

Adoramos meternos, metafóricamente, el dedo en el ojo. Todo el tiempo.

—No lo consideres un arresto —sugiere—. Podría haberlo hecho. Pero no.

—¿En serio podrías haberme arrestado?

—Sí. Porque… resulta que eres sospechoso.

Modero mi lenguaje porque sé que él va a observar los matices de mi comportamiento, y más soltándome esta bomba. Permanezco inexpresivo.

—¿Sospechoso de qué?

—¿De qué crees? Se podría decir que hay una pauta muy extraña en esta especie de epidemia suicida. Algo que solo podría hacer un psíquico como tú. Ya sabes, la experiencia que tuvimos juntos en el pasado me lleva a pensarlo. Perdóname, solo conozco a un psíquico.

—¿Lo saben tus jefes? ¿Que tu teoría es que un telépata está llevando a novias y novios de toda la ciudad a matarse?

Fusco se muerde el labio inferior.

—No es necesario que les diga nada.

—Seguro que la teoría les fascina. ¡Cuéntaselo!

Fusco mira el espejo que ahora está a sus espaldas y se acerca a mi mejilla para susurrarme.

—Vamos a mi sala. Tengo un equipo trabajando en el caso.

Allí te explico.

—Pienso irme ahora mismo si me dices que soy sospechoso.

—No, no eres sospechoso. Que no respondieras a mis llamadas justo cuando la cadena de suicidios comenzó sí fue sospechoso. Después de todo por lo que hemos pasado juntos estos últimos años, que, de repente, decidieras apartarme y desaparecer en la nada fue muy pero que muy sospechoso. Hubiera enviado a una patrulla a detenerte y esposarte si hubieras seguido pasando de mí una semana más. Tenía tu móvil localizado desde hace días, controlando cada paso que dabas, cada búsqueda en internet… Necesitaba cerciorarme de que no eras el asesino de los suicidios.

—¿Y eso pensabas hacer, enviar a un par de polis a que me arrestaran por ser el asesino de los suicidios? ¿Porque soy telépata? Sí, seguro que hubieras conseguido una orden de arresto enseguida. Qué fácil hubiera sido —reprimo una carcajada.

—Algo se me habría ocurrido; ya sabes que no me da miedo hacer trampas. Deberías saberlo perfectamente.

—Vale, ya estoy aquí.

—Y te lo agradezco. Necesito tu ayuda. La cosa está delicada, Zarco. ¿Vienes a mi sala? Allí lo hablamos.

—¿Tienes una sala? No un despacho ni una oficina…, una sala.

—Una sala enorme. No para mí, por supuesto, para todo el equipo que se encarga del caso, en realidad. Somos un grupo de ocho. —Me da una palmadita en el tríceps que llega a escocerme —. El que manda soy yo, eso sí. ¡Venga, sígueme!

Me agarra del brazo y tira de mí hasta sacarme de la habitación. Una vez fuera (no hay ningún agente al lado del gran ventanal), me suelta y me insta a seguirle por el pasillo. No es la primera vez que me paso por esta comisaría. Las obras que la mantuvieron cerrada un par de años casi han terminado. El espacio está habilitado para su uso diario, aunque ciertas áreas de la última planta continúan con las reformas. Es la jefatura de policía más moderna en la que he estado.

Cada persona está, o lo aparenta estupendamente, ocupándose de alguna llamada, consultando archivos digitales en sus monitores

no lo suficientemente actualizados o tomando declaración. Los teléfonos no dan un respiro y los pasillos están medio congestionados de gente que viene y va.

Mi presencia es advertida por un gran número de agentes. Me he convertido en una visita frecuente, por obra y gracia de Fusco. En casa tengo una tarjeta plastificada que me identifica como asesor policial, así que nadie se sorprende al verme otra vez por aquí. Puedo venir cuando quiera. Sigo siendo el bicho raro, el tipo ese que mi amigo el inspector, como si fuera el mismísimo Lestrade, vendió como una suerte de superdetective asesor. Ni soy Sherlock Holmes ni esto es Scotland Yard, aunque el cómputo de mis colaboraciones da un resultado de eficacia del cien por cien. Resuelvo casos. Fusco se lleva las medallas y yo…, bueno, digamos que ya no pago multas.

Entiendo que estoy acumulando favores para cuando los necesite, en un futuro. No quiero hacerme líos, esto no es una tarjeta de salida de la cárcel del Monopoly en el mundo real.

Tiene gracia, fue Manrique Franzoni quien nos juntó. Fusco es un apasionado del fenómeno OVNI y la conspiranoia, y Manrique conoce a casi todo el mundo en persona o conoce a un tercero que conoce a un cuarto. Debido a esta alianza, que pretendía ser puntual, Fusco y yo cooperamos en un caso muy peliagudo. Nuestro primer caso juntos.

Salió bien. Más o menos.

Desde entonces, Fusco me ha venido buscando para ayudarle en casos de difícil resolución. Hablar con las víctimas de asesinato es fácil para mí. Los muertos me dicen quién los mató y yo se lo ofrezco al inspector en bandeja de plata. Con mis capacidades mentales se agilizan ostensiblemente las localizaciones de los criminales: puedo averiguar sus móviles, intenciones ocultas, controlarlos, someterlos. Fusco llega en el momento oportuno para esposar a quien yo le diga y a escribir un informe tirando de inventiva, donde el psiquismo brille por su ausencia. Un juego de niños.

En poco más de un año y medio, Fusco se ha convertido en el agente de policía más eficaz y el con mejor historial de todo el

país. Y, según los datos, el tercero más cualificado de toda Europa. Tal cual. Está comprobado. Si no fuera porque está en edad de jubilación anticipada, la Interpol lo ficharía como agente estrella.

Su carrera ha ascendido en una gráfica de casi ángulo recto. Noventa y cinco grados. Eso es subir. Ascendido a inspector jefe a fuerza de resultados. No llegará a inspector general, ni mucho menos a comisario porque no tiene amigos en las altas esferas. El currículum no importa, llegados a cierto nivel. Y porque ya está en edad de retiro, insisto.

No puedo evitar pensar que en este trato yo soy el que sale perdiendo. Fusco habla de que hacemos equipo, que somos Mulder y Scully, y yo sé que lo que hago está bien, ayudamos a que el mundo marche un poco mejor y castigamos a los malos.

Pero estoy pagando un precio muy alto.

—¿Qué tal tu hermana Irene? —me intereso.

—Bien —responde apocado—. Ya sabes. Como siempre. He estado mirando un nuevo tipo de plataforma elevadora para la cama. Hace masajes mediante vibración. Viene bien para la circulación. No tendríamos que estar la asistenta y yo cambiándole la postura tan a menudo. Ahora puedo permitírmelo.

—Comprendo.

—Sigo creyendo que algún día saldrá del coma.

Lo dudo muchísimo. Ella no quiere despertar. Las dos veces que me interné en su mente había construido un cosmos privado con dinámica de bucle y estaba bastante a gusto ahí.

No le agradaban los intrusos.

Llegamos a la sala, climatizada, espaciosa, con mucho aparataje y monitores enormes. El gran tablón con fotografías, anotaciones, árboles de conexión y flechas rojas indicadoras ocupa un lugar importante en la estancia. Pensaba que eso solo lo veíamos en las películas. Puede que a Fusco le haga gracia todo este teatrillo. Lo disfruta. Está en el centro del escenario, con todos los focos iluminándole.

El equipo está reunido. Sentados en sillas de oficina, en la esquina de las mesas, tan solo Carl Sagan con Coleta permanece de pie, con los brazos cruzados. Fusco se sitúa en el centro del espacio

de uso de la sala, señalándome con un amplio ademán.

—Gente —dice—, este es el tipo de quien os hablé. Nuestro adjunto, Isaac Zarco.

Saludo con la mano.

—Él —continúa Fusco— digamos que… sabe. Sí, él sabe. Al subinspector Garacoy ya lo conoces —declara, dirigiéndose ahora a mí— y al oficial Muñoz —para mí Nariz de Mazapán—, allí tenemos a la subinspectora Rivera, el oficial…

Sigue así hasta presentármelos a todos. Yo desconecto enseguida. Memorizar nombres no es mi fuerte. Para mí, aparte de mi amigo de cola de caballo, serán el ya citado oficial Nariz de Mazapán, la subinspectora Uñas Brillantes, el oficial Dwight Schrute Moreno, Wakanda Whatever y Gótica Feliz.

Estos grupos cambian constantemente, así que es absurdo emplear neuronas para recordar quién es quién.

Además, me presenta a una señora de dos metros de altura a quien define como «nuestro enlace con la científica». Asumo que se refiere a la Policía Científica y, por tanto, no forma parte intrínseca del grupo.

—Encantado —les digo.

Un par de manos se alzan para saludar, sonrisas a medias y un *qué hay*.

Fusco toma la palabra.

—Antes de ayer, durante la madrugada, se suicidó una madre en el balcón de su casa, delante de su hija pequeña. Ya vamos por veintitrés suicidios extraños. Que hayamos contabilizado, al menos. Las iglesias, a petición nuestra, han cancelado todas las bodas de los próximos nueve meses. No te imaginas lo que eso supone, pero estamos ante un incidente grave que ha llevado al arzobispo a interceder a nuestro favor.

—¿Se han producido casos fuera de la ciudad?

Mi amigo, el inspector jefe, chasquea los dedos y me señala con el dedo. Me da unos golpecitos con la punta del dedo índice en el pecho.

—Ahí está la gracia. Esta especie de influencia maligna no sale de la ciudad. Lo que nos lleva a pensar que quizá, después de

todo, sí haya una persona detrás de los sucesos. Una secta destructiva ya habría llevado el asunto más allá de Madrid.

—No tiene por qué.

—Necesito que hables con una lista de testigos y que… —se me pone delante, a menos de un palmo— hagas lo que haces.

—¿Cuántos testigos hay?

El inspector se dirige al enorme tablón y señala la foto del magnate de los medios Martínez Oblongo.

—Como él y la mayoría de los seres queridos de las víctimas se encontraron con el cuerpo ya sin vida; testigos, lo que se dice testigos, tenemos un par. Todos inciden en que no había indicios de depresión, estrés agudo o actitudes extrañas. Hoy están bien y, al día siguiente, aparecen muertos. Nadie, ni uno solo, le ha encontrado lógica al suicidio. A pesar de todo —Fusco adopta una pose melancólica—, es lo más corriente. Las familias de los suicidas, por norma general, no los conocían lo suficiente. A veces, los amigos saben más que los padres o que las parejas. Hay traumas que se ocultan en casa. Es así. Por otra parte, Zarco, no creo que haya que desperdiciar tu potencial con esos seres queridos.

—¿Y qué es lo que el señor Zarco sabe hacer, inspector?

Es la subinspectora Uñas Brillantes la que interviene, justo en el momento en que Científica de Dos Metros decide que ya ha tenido suficiente y se encamina hacia la puerta para marcharse.

Fusco se mete los pulgares en los bolsillos del pantalón y aguarda en silencio a que la mujer de gran altura abandone la estancia.

Nos vamos a meter en materia, por lo que puedo dilucidar, y no interesa que en otro departamento sepan lo que aquí se cuece. Y no creo que ella tenga ganas de saber de los chanchullos de este grupito. Cada uno a lo suyo. Eso se respeta.

Cuando *nuestro enlace con la científica* desaparece tras la puerta, Fusco estudia con la mirada el techo, como si allí estuviera escrita la mejor respuesta posible.

—Zarco… sabe —vuelve a repetir.

—Es un médium —escupe Carl Sagan con Coleta.

—¡Mario, coño!

—Es así. —Se vuelve hacia los demás—. Yo vi lo que hacía en el caso de Román Mínimo Sagarzazu. Daba mal rollo, inspector.

—Te callas ya, si eso. ¿Sí? O sea, ahora mismo.

—Fue escalofriante.

—¿Médium? —masculla Dwight Schrute Moreno—. ¿Nuestro asesor en el caso es un médium?

—Y lee la mente —completa Sagan.

—¿En serio?

—Vaya.

—Esta va a ser buena.

—Cojonudo.

—¿En qué estoy pensando?

Fusco alza las manos y se sitúa en el centro del grupo.

—¡Vale ya! ¡Yo sé lo que me hago! ¿Estamos? Silencio ahora. Y… Mario. ¿Mario?

—¿Sí?

—Cállate, por favor. No me obligues a patearte la cabeza.

—Usted manda.

—Usted manda, no. Que te calles. —Le da dos segundos, por si acaso. Que sean tres—. Muy bien. Silencio. Pues sí, gente, Isaac Zarco es especial. Quiero que os lo metáis en la cabeza. Porque no vamos a poder convencer a nadie de fuera de esta sala. Así que, cuando haya que referirse dentro de este grupo a las habilidades extrasensoriales de nuestro asesor, *Zarco sabe*. Eso decimos todos. ¿Lo estamos pillando?

—Zarco sabe.

—Zarco sabe.

—Correcto. Haceos unas camisetas, si queréis. Me da igual. —Se pasa una mano por esos pelos que le disimulan la calva de un lado a otro—. Eh, Zarco, son de fiar. Buena gente. Los he seleccionado yo personalmente. Mi *dream team*. Lo que ocurre es que no se creen una palabra ahora mismo; eso es un inconveniente. Es comprensible; a mí todavía me cuesta asimilar lo que haces. Y me gustaría que los convencieras. Por eso odio tener que pedírtelo: convéncelos.

—Sabes que odio las demostraciones.

—Las demostraciones convencen a la gente.

Si por mí fuera, estas técnicas de invasión mental se guardarían con el mayor secretismo. No como está resultando. Poco a poco, lo va sabiendo cada vez más gente. No es algo que se pueda publicar en periódicos o que, al menos, la mayoría de las personas vayan a creer así como así, por lo que ante ciertas acusaciones yo siempre podría defenderme asegurando no saber nada de nada: «¿médium, señoría?», «¿en serio un juez puede creer en esas cosas?». Sería como filtrar en público que soy la reencarnación del rey Arturo. ¿Quién se lo va a tomar en serio?

Si hubiera otras opciones…

Me encojo de hombros.

En el fondo, hay algunas mentes que me muero por probar. Sin sondeos demasiado profundos… ¿Qué mal pueden hacerme?

—De acuerdo. —Doy unos pasos para ponerme en el centro del pequeño corrillo que han formado—. ¿Quién no me cree?

Tardan un poco en alzarse las manos, pero se alzan cuatro. Cuatro de ocho, no está mal. Cinco. Vaya.

Y… allá vamos.

—Traten de recordar lo que hicieron anoche. Ayer por la noche, en sus casas.

Realizo un sondeo mental superficial sobre los escépticos. Dwight, Whatever, Uñas, Gótica y Mazapán. Me lleva unos segundos. Voy de uno en uno.

Señalo a Dwight.

—Usted le dio una segunda oportunidad a una serie de televisión a la carta que no parece que le enganchara mucho al comienzo. —Señalo al siguiente—. Cenó tortilla francesa con york mientras escuchaba… ¿Orbital? Sí, debe de ser Orbital por la cara que está poniendo. Llevan décadas no estando mal. —Siguiente—. Usted engrasó la pistola. Ha colocado al final del cargador una bala con una X tallada en la punta. Tenga cuidado con eso. Usted discutió con su hijo mayor y usted estuvo siguiendo un directo *online* de un *streamer* famoso hasta que se quedó dormido. Usted, no el *streamer*.

Se miran unos a otros, inexpresivos. Alguno traga saliva visiblemente.

—Qué mal, nadie echó un polvo, ¿qué nos está pasando?

El gracioso es Wakanda Whatever, los demás cuchichean como si yo no pudiera oírlos: «¿Es cierto lo tuyo?» «Sí. ¿Ha acertado contigo?» y cosas del estilo.

—Ya os dije que era bueno —Fusco se pone a aplaudir, riéndose como un conejo maligno. Para enseguida, gracias a Dios —. Y si no os acojona lo suficiente, dadle tiempo. Este hombre no da miedo, es el miedo. Está terminantemente prohibido hablar con él, exigirle nada o tomarse su poder como si fuera un juego. Yo soy el que habla con él. Yo y nadie más. Zarco, esto va también por ti. Si algo tienes que decir al equipo, lo hablas antes conmigo. ¿Te supone un problema? ¿No? Estupendo. Y…, Rivera, páseme el cargador de su arma. Ya.

—¿Y qué pasa con lo otro que sabe hacer?

Carl Sagan con Coleta tiene el día puñetero. Va a ser muy difícil trabajar con él, sobre todo si esto se alarga mucho.

—Mario —el inspector se va a por él y le pone las manos sobre los hombros. El entrenador dándole instrucciones al jugador sin que el movimiento de sus labios aparezca en televisión—, te voy a acabar *afostiando*.

Lo peor de exhibir mis habilidades ante desconocidos es que estos son polis de los que parecen buenos, y quién sabe si el tiro no podría acabar saliendo por la culata. Algunos de ellos podrían querer encerrarme si… esto se sale de madre.

Espero que Fusco no vaya mucho más allá revelando todas mis habilidades paranormales, de una en una, como una colección de cuadros en un museo.

Sagan susurra tan bajo a su superior que no tengo más remedio que meterme en la cabeza del subinspector para enterarme de lo que dice:

—…controla a la gente, inspector. Usted lo sabe.

—Déjame a mí llevar esto —murmura Fusco.

En teoría, mi amigo el inspector debe guardar el secreto acerca de las órdenes mentales y los ataques de onda psíquica. La

clase de técnicas que no me interesa que nadie, salvo él, conozca.

Que uno de sus subordinados, por mucho que sea su mano derecha, lo sepa, o bien se debe a que lo averiguó por sí mismo, o bien el inspector se lo confesó en algún momento, quién sabe si con alguna cerveza de más.

No. Me. Gusta.

Fusco inspecciona el cargador de la subinspectora Uñas Brillantes. Saca todas las balas con un movimiento rápido del pulgar, depositándolas sobre la palma de la otra mano. En efecto, la última bala tiene un aspa tallada en la punta. Un proyectil preparado para fragmentarse por la fricción del aire y el impacto contra el objetivo, que se abre en cuatro fragmentos dentro del cuerpo alcanzado. Hemorragia segura, compleja de extraer, letal. Fusco se queda con la bala y le tira todo lo demás sobre la mesa a la que sin duda va a ser la siguiente persona que me odie. Haciendo amigos. El cargador se queda en el sitio, vacío, las otras catorce balas ruedan por la superficie de la mesa como insectos dorados despavoridos.

El inspector vuelve a reclamar la atención de todo el mundo.

—Por el momento, es lo que os interesa saber. Zarco se pasará a veces por aquí, se entrevistará con nuestros testigos y le pondremos al corriente de toda la investigación. —Alza el tono cuando ve que ya hay voces prestas a rezongar—. ¡Se le informará de todo! Conocerá pormenorizadamente los detalles de la investigación y os garantizo que acelerará el proceso de esta. ¿Sí? Esté o no esté yo por aquí, a Zarco hay que contárselo todo. Y no pongáis esas caritas, copón. Confiad en mí. He trabajado mano a mano con él y ya os digo que su ayuda fue decisiva en los casos que cerré personalmente.

Le honra que me conceda los méritos oportunos. No especifica más de la cuenta, eso sí. No quedaría muy bien reconocer que yo le hacía todo el trabajo sucio.

—La niña del último caso se ha convertido —esto ya me lo dice a mí— en la única persona que ha visto uno de estos suicidios *in situ*. Testigo de todo. La gente se suicida en la intimidad. Solo un terrorista se inmolaría delante de otros.

—Habéis hablado con ella, ¿qué ha dicho?

—Precisamente por lo que nos ha contado, quiero que tú la… contemples con tu ojo de la mente, o como lo queramos llamar.

—¿Qué ha dicho, Fusco?

—Algo de un fantasma con caparazón, una mujer espantosa. Te va a encantar. Monstruos que toman aspectos que espeluznan, control mental, es tu especialidad.

Se me pone la piel de gallina. Erin me dijo algo de que su novia había visto a un ser parecido. Una señora de grandes ojos y piel como una nécora.

—¿Habéis encontrado huellas —pregunto—, pruebas de que hubiera alguien en la habitación?

—No. Sin huellas, sin restos de ADN. Y, agárrate, se supone que se cortó las venas. El forense habla de heridas típicas de cuchilla de afeitar, no duda de que se empleó un objeto filoso, pero… no encontramos la cuchilla, ni cristal, ni objetos punzantes. Y la niña habló de heridas que se abrían solas. Acojonante, ¿eh?

—¿Cuándo podría encontrarme con ella?

Fusco ladea la cabeza de un lado a otro.

—No es fácil. Legalmente no podemos interrogarla como a un adulto. Ha de estar presente una persona de apoyo, lo que implica personal ajeno a este equipo. Una psicóloga, en este caso. E intuyo que no va a haber buena química con ella. No podemos acceder a la chiquilla hasta que nos den permiso.

—Seguro que puedes apañar algo.

Fusco pone cara de niño travieso.

—Sé dónde está la niña ahora mismo. —Mira la hora en la pantalla de su móvil—. En una guardería, aquí al lado. Con una piscina de pelotas de colores, columpios y todo eso. La psicóloga no le quita ojo de encima. Hay una custodia policial a cierta distancia. Unos mandados. Esperan instrucciones mías. Podríamos ir y, como no nos permiten seguir haciéndole preguntas a la cría, tú lo que harías… En fin, ya sabes lo que harías.

—Solo veré lo que ella haya creído ver. Si es una visión inducida, quizá por una invasión psíquica, no veré más allá.

—Verás a la señora de la piel de crustáceo.

La misma cosa que llevó a Xiomara a meterse en el cuerpo un puñado de barbitúricos. Inducción de dominio telepático. Órdenes mentales. Algo que podría hacer un psíquico de gran nivel, un ente de los bajos astrales o un demonio.

—Ese aspecto no será el real.

—A mí, por el momento, me vale con eso. Luego puedes hacerme una transferencia mental de esa visualización.

Maldito Fusco. No solo conoce hasta dónde llegan mis poderes, sino que sabe sacarle el máximo partido para sus propios intereses. Un buen entrenador que dispone de sus jugadores en función de sus facultades.

Sí, podría hacerlo. Ya lo he hecho para él. Me meto en la cabeza de la víctima, exploro sus vivencias y extraigo la imagen de su agresor. Después me meto en la cabeza del inspector y le deposito allí la información visual. Fácil y rápido. Desde que Fusco y yo *combatimos el crimen* como una pareja de cómic, hemos estado usando este truco para ir a tiro hecho la mayoría de las veces. No nos ven venir. Arrestamos a los culpables sin que se lleguen a explicar cómo los hemos trincado.

Y como con eso no suele ser suficiente, yo obligo al malo de turno a que me facilite las pruebas que le inculpan a fuerza de órdenes mentales. Los delincuentes saben dónde están guardadas las armas del delito; si además se los obliga a que hagan declaraciones confesoras incriminatorias, el trabajo casi lo hacen todo ellos.

No. Lo hago yo.

Es inmoral, por mucho que los fines estén justificados. Y me pareció bien al principio. La policía no puede hacer mucho en según qué tipo de casos. Yo puedo marcar la diferencia.

Las consecuencias, en lo que tiene que ver con mi implicación en esos sucesos, no tardaron en llegar. Sangrados craneales. Mal asunto.

Y aquí estoy otra vez, dispuesto a dejarme arrastrar a lo mismo de siempre. Fusco no me llama para tomar café o ir a ver un estreno de cine. Ahora hay que invadir la memoria de una niña traumatizada por una visión paranormal. Una visión que causa

pavor, que llena las noches de insomnio, y yo ya tengo bastante mierda de esa.

Y lo voy a hacer, de nuevo, porque soy el único que lo hace. Porque hay que hacerlo. Porque hay un… algo o alguien llevando al suicido a personas que están a punto de contraer… ¿matrimonio?

No había caído hasta ahora.

—Fusco.

—Dime.

—Has dicho que la víctima tenía una hija. ¿No se había casado ya?

—Correcto. ¿Muñoz? ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

El oficial Nariz de Mazapán rebusca entre las carpetas que hay sobre una de las mesas. Localiza el dosier y no tarda mucho en comprobar el dato.

—Doce años casados.

—Comprendo. Se suponía que todas las víctimas eran prometidos o prometidas, jóvenes a punto de unir lazos oficialmente.

Fusco asiente mientras se toquetea el bigote con el anular.

—Correcto de nuevo. Este matrimonio ya había rebasado la línea hacía tiempo.

—No encaja con los demás casos —puntualizo. Y tampoco encaja con el caso de la novia de Erin, pero no es necesario comentarlo—. Quizá nos estamos equivocando de pauta. Todos los medios de comunicación hablan de futuros esposos; ¿y si se trata de otra cosa?

—Hasta ahora, encajaba. Por eso, este último suicidio lo queríamos sacar de la lista. Si le hemos puesto el número veintitrés se debe a la señora de la piel de crustáceo. Esa descripción ya nos llegó de antemano. ¿Muñoz?

El oficial se lanza hacia los dosieres y encuentra en cuestión de segundos el que busca. Abre la carpeta y busca entre los papeles.

—Es el suicidio número siete —dice Nariz de Mazapán—. Rebeca Orea, de catorce años. Acababa de recibir el primer beso de

un chico de un curso superior. Unas horas después, salta la mediana e invade la autopista. Se lanzó contra un monovolumen. Un maldito monovolumen a ciento veinte por hora.

—Al grano, Muñoz.

—Sí, inspector. Un momento, a ver… Sí, aquí está. Justo una hora antes del arrebato se encontraba en casa de su mejor amiga, otra adolescente de su colegio, a quien le confiesa que está viendo a una señora con piel de crustáceo que la observa fijamente. Poco después de decir este disparate, huye del piso. Lo siguiente que viene ya es el atropello.

Fusco toma la palabra.

—La señora con piel de crustáceo no nos pareció un detalle importante, solo un dato escabroso del séptimo caso. Hasta que vuelve a aparecer esa descripción en el vigésimo tercer suicidio y, tatatachán, una coincidencia así de llamativa no puede ser algo casual. Como los suicidas no pueden decirnos nada, no teníamos ningún conocimiento de esa señora cangrejo y, claro, yo me pregunto: ¿y si todos los suicidas la vieron? Como ya sabes, nosotros no podemos hablar con ellos.

—Pero yo sí.

—De ahí que haya estado persiguiéndote durante todos estos días. Y por eso ya no podía esperar más. Necesito tu ayuda, porque esto huele a psíquico perverso que le ha dado por adoptar esa imagen como disfraz mental y está conduciendo a un determinado tipo de persona a quitarse la vida.

—La coincidencia en la descripción de la señora con piel de crustáceo no explica el cambio de pauta.

—No. Y también podrías echar una mano en eso, Zarco. El cuerpo de la madre del balcón está todavía en la morgue. El forense remató su informe esta mañana. Si te llevo hasta allí, ¿crees que podrías contactar con el espíritu de esa mujer?

—No siempre los espíritus permanecen cerca de sus cuerpos muertos.

—Es una posibilidad. Dos puntos de partida posibles. Hasta que no te metas a fondo en esta investigación —le arrebata el dosier a Mazapán de las manos y lo coloca en las mías—, aquí

estamos atascados. Echa un vistazo a lo que necesites. Los veintitrés casos. Pregunta lo que sea, estamos aquí para ayudarte en lo que necesites. Pero ahora, danos un empujoncito.

Le devuelvo el dosier sin mirarlo siquiera.

—¿Y el padre de la criatura?

Fusco resopla.

—Está hospitalizado. Perdió el juicio y se le cayó todo el pelo de repente. El de la cabeza y el resto del cuerpo. Como el agua de la ducha —se recorre el torso con la palma de la mano—. Depilación láser perpetua. Hablan de que está parcialmente inmovilizado.

—Rígido —corrige alguien—, no inmóvil.

—Rígido, santo Dios. Endurecido como un muñeco al que se le atascan las articulaciones. Vaya *shock* debió de sufrir. Pobre hombre.

Mientras el grupo delibera sobre las consideraciones psicosomáticas que pueden llevar a una persona a perder todo el cabello por un buen susto, reviso mi teléfono en busca de mensajes recibidos por el doctor Pont. Bingo. Tengo unos mensajes de WhatsApp de un número desconocido. Manrique Franzoni debió de pasarle mi contacto.

«No se sabe nada de Carlos Borman». Mensaje recibido hace solo unos minutos, seguido de «Lorena Ruth me recibe en su casa. Seguiré informando».

Agrego a mi lista de contactos al doctor Tasio Pont y le respondo rápidamente.

«Gracias. Manténgame al tanto».

«En comisaría, todo bien».

Me acerco a Fusco, le tomo por la parte anterior del antebrazo y le conduzco hasta una silla vacía. Le insto a que se siente en ella. Me cuesta lo mío que acepte la invitación. Cuando ya soy la única persona de pie en la sala, me coloco justo delante del gran tablón y aplico a mi voz un tono de auténtica autoridad.

—¿Puede todo el mundo prestarme atención? Vamos a hacerlo de la siguiente manera. ¿Me escuchan? Bien, yo no voy a meterme en el asunto policial. Eso es cosa suya. Aun así, cuando

entre en juego lo paranormal, el que manda soy yo. Da igual que sean fantasmas, señoras con la piel rara o lo que sea; si huele a parapsicología, a muertos, si huele a esotérico, a maldiciones, a misterioso de cualquier forma, será mi terreno. Yo voy por delante y ustedes me siguen. Entonces, se hace lo que yo diga. Todos los aquí presentes deben aceptar esto. ¿Ha quedado suficientemente claro? Si no hay trato, Fusco, esto va por ti, me largo ahora mismo.

Fusco vuelve a ponerse en pie. Se coloca a mi lado.

—¿Os ha preguntado si ha quedado suficientemente claro?

Parece que sí.

~

Parece inevitable que vuelva a convertirme en adalid de la justicia.

Mi padre me enseñó unos valores heroicos y honorables, debido a toda esa cultura que él mamó del cómic ochentero de superhéroes y los samuráis del *manganime* japonés, un tipo de principios morales que aplicó a ciertos aspectos de su vida, por muy reprobables que fueran ciertas decisiones que tomó a lo largo de ella. Y yo acepté esos códigos de forma natural, ya que se me inculcó la idea de que mis habilidades psíquicas no eran un obsequio, sino una responsabilidad. «No los tienes gratuitamente», me decía, «tienes que ser merecedor de todo esto».

Con todo, cuando hubo que detener a aquel psíquico siniestro, lo hice a las bravas.

Cometió un par de errores porque, cuando te crees un dios entre hombres, subestimas a tus semejantes, y nadie es intocable del todo. Ese ser pudo matarme. Me enseñó así que, cuando tienes la oportunidad de cerrar un asunto, has de cerrarlo definitivamente. Yo no cometí el mismo error. Yo le maté. Había que hacerlo.

Desde que Fusco vio hasta dónde podían llegar mis poderes, lo que podía hacer, quiso aprovecharlo para sus investigaciones policiales. Y así he pasado una buena temporada, resolviendo para él los casos más difíciles que le asignaban. Hablando con el espíritu

de víctimas asesinadas, localizando a los homicidas a través de proyecciones de mi psique, sueños lúcidos y algún que otro truco mental. En ciertas ocasiones, Fusco me llamó para estar presente en interrogatorios a sospechosos contra los que no había pruebas suficientes. Y resultaba fácil para mí introducirme en sus cabezas y averiguar los actos, los móviles y todos los detalles escabrosos del delito.

Me he tenido que meter en mentes viles y degeneradas, conciencias de tipos depravados hasta un límite que yo no podía ni imaginar. Fue como asomarse al infierno. Si bien pudo servirnos para desarticular una red de esclavitud, arruinarles el negocio a unos organizadores de salas rojas y encerrar a un tipo de escoria que supera todo lo ya visto en series y películas, el coste fue tener que llevarme a casa, por decirlo de alguna manera, una clase de vivencia y de horror humano que podría generar traumas a cualquiera.

Hasta no hace mucho, yo no era inmune a eso. Hay que insistir en que la inmersión mental profunda implica ser partícipe de esas sensaciones cuando no se tiene nivel suficiente y, en el caso de asaltar la memoria de, por poner un ejemplo, una persona de gran relevancia social que en secreto es un pederasta, esto te lleva a experimentar en primera persona esos deseos, esas sensaciones.

Es nauseabundo.

Ahora ya soy capaz de controlar la inmersión hasta el punto de colocarme en una tesitura de observación objetiva. Como yo suelo decir, no soy más que un espectador. Lo cual le quita mucho del factor repugnancia. Por desgracia, no todo.

Por eso, un buen día tienes que tomar la decisión de poner freno a todo esto. De salirte de una vez, ignorar a tu amigo el policía e insistirle en que se busque a otro.

El problema es que no hay otro. Bueno, no hay muchos.

Lo cierto es que no lo sé.

Fusco me está llevando ahora mismo al depósito policial de la morgue, a través de un laberinto de pasillos cada vez menos transitados, con muchas puertas sin especificación alguna. Se conoce el camino muy bien, desafortunadamente para él.

De la comisaría nos hemos desplazado al Instituto Anatómico Forense, atravesando todo el centro de Madrid por dos de sus calles más concurridas desde el punto de vista del tráfico, Gran Vía y Alcalá. En un año y medio, convertido ya en una especie de héroe policial, Salvador Fusco ha pasado de un Mondeo que valdría en el mercado de segunda mano menos que unos vaqueros a un flamante Lexus ES 300h, que conduce con una mano como si fuera Steve McQueen.

Me ha extrañado que no nos acompañara ninguno de sus discípulos, lo que me hace suponer que, como otras veces, por muy complicado que sea el caso, hemos vuelto a la dinámica del dúo inseparable. Los demás son refuerzos.

Desde que entramos en el Instituto Forense se ha comportado como si fuera él quien firmase las nóminas de todo el mundo y ha sido recibido con muchos *sí, sí* y muchos *claro, claro*.

Ahora estamos llegando a una de las salas más amplias de la morgue, al parecer. Uno de los especialistas forenses nos espera delante de la puerta, con una mascarilla en la cara y una carpeta en las manos. No hay nadie más.

—Fusco, ¿no recibió mi informe?

—Sí, muy detallado. No vengo por eso. Mi asesor —deposita una mano en mi hombro— quiere ver un par de cosas. No estaremos mucho tiempo.

El forense abre la puerta con una tarjeta y nos invita a entrar. El sitio huele a algo que jamás ha recorrido mis conductos nasales. Algún tipo de producto químico liberado en el aire para, entiendo yo, atenuar el hedor de la muerte.

Nos dirigimos a una de las camillas con ruedas, sita en el espacio más amplio de la sala.

—Estaba a punto de meterla en su nicho —dice—. Hemos llegado a un callejón sin salida.

Es el cuerpo de la madre suicida, bajo una sábana de componentes plásticos que no se empapa con las heridas sanguinolentas. A pesar de eso, el forense me da un par de detalles bastante gráficos sobre la muerte, quizá pensando que mis especialidades entran dentro de lo médico.

Termina la disertación con un último apunte:

—Lo hemos llamado el caso de las cuchillas de afeitar invisibles.

El inspector me da un codazo suave.

—O del asesino invisible.

El forense le ignora y detalla el modo en que los cortes claramente parecen haberse hecho desde el interior hacia el exterior. Lo cual es imposible, por mucho que las heridas lo muestren así. Para demostrarlo, destapa solo la parte de los antebrazos y me los enseña, indicando que el pliegue de corte en la dermis ofrece un dibujo de salida de arma de filo, totalmente inverso a lo que es común.

—¿Cuál es su teoría? —le pregunto al doctor.

—No tengo ninguna. Nunca he visto algo así.

—¿Me está diciendo que estas heridas son imposibles?

—No. Aquí están, las estamos viendo, por lo que no son imposibles. Son inexplicables, que no es lo mismo.

Me pongo a pasear por el sitio, bastante amplio y con más camillas vacías que ocupadas por cadáveres. Escucho un par de cuchicheos a mi espalda. El forense pidiendo explicaciones por mi comportamiento, y Fusco inventándose algún pretexto.

No hay fantasmas. Me concentro para ampliar mi percepción, sin conseguir nada. Al menos, en este momento, no hay espíritu alguno al que consultar.

Busco al inspector con la mirada y niego sutilmente con la cabeza.

—Está bien, doctor —interviene Fusco—. Es todo por ahora.

—¿Ya?

—Sí, ya. Gracias. ¿Ve?, hemos sido rápidos.

Nos marchamos de allí como de un bar donde no queremos pagar la cuenta.

—¿Estás seguro, Zarco? Me va a costar un huevo volver si…

—Nada, ahí no hay nada. Ya te lo comenté de camino hacia aquí, los espíritus no suelen visitar morgues, cementerios ni, mucho menos, velatorios. No me preguntes por qué. Es muy extraño encontrarlos en esos lugares.

—¿Probamos con la niña?

—Mejor, mucho mejor.

Mucho mejor para el caso policial. Para mí, será mucho peor. La mente de un niño está dominada por una imaginación muy superior a la de un adulto porque existen mayores huecos por llenar. Los archivos de memoria cerebrales, por llamarlos de alguna manera (que, en esencia, es capacidad neuronal para almacenar y procesar información), están tan vacíos de experiencias vitales y asociaciones que solo la vida puede dar que, en su lugar, contienen una amalgama de suposiciones e inventiva que se transforma en pura fantasía. Esto, para una mente turista, puede ser una vorágine mareante de sensaciones y emoción irrefrenable. El miedo es diferente, mucho más visceral, se vive de otra manera. Un adulto se asusta por incertidumbres del mundo real, la inseguridad del futuro. En un niño, el miedo es atávico, se ampara en información residual que se transporta en el ADN de la especie.

Y me espanta imaginarme qué voy a ver en la mente de esa cría. Mucho.

Fusco me lleva en su nuevo coche con una urgencia innecesaria. Se nos ha ido el día entero con toda esta investigación. Promete invitarme a la cena y luego me pregunta si soy aficionado a los burritos. Sale del callejear urbano habitual en ciudad y asalta la autovía M-30 con furia, con la sirena policial incorporada encendida y acercando el morro del Lexus a la parte trasera de los vehículos que tardan más de lo debido en echarse a un lado. Los sensores de proximidad emiten un pitido molesto y en la pantalla del vehículo aparece un gráfico de peligro de colisión. Cuando se apartan, algunos conductores hacen sonar el claxon, molestos por la agresividad con que se les ha pedido el paso, sin importarles que sea la policía quien lo ha hecho. Me parece correcto.

Con un buen tramo de carretera despejado, reviso mi móvil para comprobar qué pasa en la investigación paralela.

Pont me ha escrito lo siguiente:

«Lorena no sabe nada de Renzo».

«Todo bien por aquí».

«Se unirá a nuestro grupo. Vamos a establecer como base principal el chalé de Franzoni».

«Seguimos intentado localizar a Borman».

—Con el padre medio loco en el hospital —comenta ahora el inspector— y la casa acordonada y cerrada a cal y canto hasta nueva orden, la niña está residiendo momentáneamente en la propia casa de una psicóloga asignada por la Fiscalía de Menores. Sonia Coll. Es temporal, hasta verificar el estado emocional y psicológico de la pequeña. La llevan a un parque infantil para que juegue e interactúe con otros niños, con una cierta vigilancia policial a poca distancia, me parece que esto ya te lo he dicho, y luego la psicóloga se la lleva a casa. Puede que esté con ella cinco días, una semana o el tiempo que se dicte, en función del comportamiento de la chica. Y, hasta que la Fiscalía no decida que está en condiciones de declarar, no deberíamos ni acercarnos a ella. Da igual la importancia del caso o de qué haya podido ser testigo; a un menor hay que cuidarlo. Me parece bien. Sin embargo, hay prisa, qué cojones.

—¿Cómo pudisteis sacarle información si no podíais interrogarla? Ya sabéis que vio a una señora crustáceo, ¿cómo?

—Lo primero, Zarco, *interrogar* es una palabra feísima en tales circunstancias. Y lo segundo, los dos policías que llegaron en primera instancia al piso intentaron hablar con el hombre y la niña. No pudieron sacar mucho de ninguno de los dos. Y lo poco que se sabe surgió de esas primeras preguntas que se formularon, antes de que llegara la ambulancia y los demás especialistas.

—La señora de piel de crustáceo.

—Un policía sabe de sobra cuándo un menor está muy afectado por la experiencia, la forma de hablarle y de intentar sonsacarle información es sutil, o se dejan directamente las preguntas para otro momento. En cuanto escucharon lo de la piel de esa mujer espectral, aquellos agentes se olvidaron del asunto y se dedicaron a serenar a la pequeña, a tranquilizarla y hacerla sentir más segura.

—Y, desde entonces, ¿no se le ha podido hacer ni una sola pregunta?

—Ni una sola. El GRUME asomó el hocico, por supuesto. A fin de cuentas, nadie nos ha podido garantizar que la propia niña no tuviera algo que ver.

—¿El GRUME?

—Grupo de Menores, es la rama policial que se encarga de delitos de menores de edad. Resuelve casos en los que los propios adolescentes, niños o lo que sea son los que delinquen. Para descartar la hipótesis de que la niña pudiera haber…, suena absurdo, lo sé, pero así funciona esto…, pudiera haber asesinado a su madre, envió a un par de agentes a descartar todas las posibilidades sórdidas. La Fiscalía los despachó con viento fresco en menos de un minuto.

Empiezo a sumar dos y dos. Por lo pronto, no me salen cuatro. De momento.

—Y tú, ¿conoces a la psicóloga de la Fiscalía de Menores?

—No. Sé quién es y dónde vive. Lo he comprobado. Nos presentaron en su momento.

—¿Hay confianza?

—No.

—¿Has encontrado algún resquicio legal que nos permita entrevistarnos con la niña?

—No, claro que no. No hay resquicios que sirvan para…

—Entonces, ¿cómo vamos a hablar con ella?

Fusco se pone a mover la cabeza de un lado a otro, un gesto suyo que me pone nervioso desde siempre, como esos muñecos de perros o de Elvis que se ponen en el salpicadero, con la cabeza unida al resto del cuerpo únicamente por un muelle que provoca que el cabezón se mueva con el trajín de la marcha del vehículo. En el caso de Fusco, este gesto equivale a un bufido motivado por el rechazo de sus interlocutores a algo evidente.

Dan ganas de ordenarle mentalmente que estrelle su frente contra el volante.

Vamos muy deprisa por la autovía y yo voy sentado en el asiento del acompañante.

Qué suerte tiene.

—Llamaremos al timbre de la psicóloga y tú… —Hace un

aspaviento—. Demonios, harás lo que haces.

—¿Quieres que controle a la psicóloga para que así…?

—¡Sí, eso es!

—No voy a controlarla. No voy a controlar a nadie.

—¿Para qué te sirve ese poder si no lo usas?

—Para hacer cosas que estén bien, no para hacer cosas que estén mal.

—El fin justifica los medios.

—No, Fusco, nunca ha sido así.

—Lo has hecho otras veces.

—Sí, y me arrepiento de ello. Jamás debería haber traspasado esa línea.

—Y el mundo seguiría habitado por monstruos que nosotros restamos de la ecuación.

Tiene razón. Había que hacer lo que había que hacer con algunos de esos monstruos. No me arrepiento. Lo que ocurre es que, sobrepasados ciertos límites, los matices morales empiezan a difuminarse. Acaba siendo fácil romper las reglas.

—Hagamos las cosas bien, maldita sea.

Fusco empieza taconear con el pie izquierdo. Como el coche es automático, esa pierna puede hacer lo que quiera, como expresar su nerviosismo.

—Imagínate que esa niña te da una clave y resolvemos este caso esta misma noche. Otras veces ha pasado algo parecido. La chica del pelo verde a la que violaron. Cazamos al agresor en menos de una hora. El secuestrador de ancianos a quien trincamos con solo cruzarnos con él. La madre que no nos quería decir dónde enterró vivo a su bebé. La pareja que iba en moto de madrugada y golpeaba con el casco a los transeúntes solitarios. El grupito de la burundanga. Coño, atrapábamos a esa gentuza en cuestión de horas. Hacemos un buen equipo tú y yo. Estamos haciendo algo bien. Yo pensaba jubilarme en cuatro o cinco años; ahora estoy pensando en aplazarlo una década entera. Quiero llegar a comisario antes de que me llegue la hora del retiro.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Sabes lo que todo esto me está haciendo aquí dentro? —me doy unos golpecitos con el dedo en la

sien.

—Era lo que quería tu padre. Que tu poder sirviera para algo. Que ayudaras a la gente. Tú me lo contaste.

—Él ni se imaginaba el verdadero poder que yo tenía. Además…

Se acabaron las contemplaciones.

[No vuelvas a mentar a mi padre]

—¡Vale, vale! ¡De acuerdo! No ocurrirá de nuevo. Pero no hagas esto. No me lances ni una orden mental más, ¿estamos? Ni una orden mental, y hablo muy en serio.

—Compórtate y me comportaré. Sabes cuál es mi tabú.

—Me parece muy bien, Zarco. Te pido disculpas. Nos tenemos que respetar. Y, si queremos que esto nuestro siga funcionando, hay que poner unas normas. La primera de ellas es que a mí no me exijas nada telepáticamente nunca más. Lo has hecho un par de veces, supongo que con motivos de sobra. Sea como sea, se acabó. Lo odio. Es una sensación… No más órdenes mentales conmigo, ¿trato hecho?

—Sí.

—Ahora tú. Impón la segunda norma.

Los juegos de Fusco a veces se me antojan infantiles. Juguemos, pues.

—Someteré mentalmente a quien me dé la gana.

—Muy bien. Estoy conforme. Solo a los malos. Los que lo merezcan.

—¡A quien me dé la gana, Fusco! ¡A quien me dé la gana!

Doy un rodillazo a la guantera para darle mayor énfasis.

—Sí, sí, médium, ya lo he oído. A quien tú quieras. A quien tú quieras, menos a mí.

Consulto la hora y determino que ya he hecho bastante trabajo policial por hoy. Es equivalente a nada, porque no hemos sacado ni un solo detalle en claro y, para ello, hemos perdido una cantidad de tiempo considerable, con lo cual dejaré lo que sea que venga ahora para mañana. Con el asunto de Pont y Renzo empantanado, ahora mismo no sé qué es más grave o corre mayor prisa.

La máxima prioridad en este preciso momento soy yo.

—¿Me llevas a casa?

El inspector aprieta los dientes en una mueca de máxima frustración.

—Te recogerá un agente en tu casa, mañana a las nueve de la mañana.

—¿Para qué? Mañana tampoco voy a…

—La psicóloga, por lo que parece, planea que la niña se airee. Llevarla a parques infantiles, heladerías… Y yo pienso seguirla, de incógnito.

—Fusco, tío…

—Tú vendrás conmigo. Sacarás tu mente cuando estemos a corta distancia y la sondearás. No hará falta ni que te pongas delante de la niña y le propongas lo que vas a hacer. Simplemente, lo harás. Averiguarás qué vio esa noche o qué sabe. Con una incursión de las tuyas podría ser suficiente. La psicóloga ni se enterará. ¡Ni la niña se enterará! Y punto. Será solo eso. No tenemos ningún cabo más que poder atar. Solo esta pista. Después te dejaré en paz hasta que tengamos otra cabecita que poder inspeccionar. Esto es lo que haces. ¿Lo harás por mí?

Se me pasa por la cabeza hacer lo que dice y, tras eso, borrar todo recuerdo acerca de mí de su registro de memoria, asociaciones mnemotécnicas e interconexiones asociadas. Nuestra relación desaparecería. Me dejaría en paz y no tendría que hacer más trabajitos de este estilo. Sería infame y supongo que, con algo así, me sangrarían los oídos a chorro vivo. Por no hablar de que toda su vida actual está circunscrita a lo que hemos hecho juntos, por lo que tendría que convertirlo en una suerte de vegetal amnésico.

Y debería hacer el mismo trabajito con todo su equipo de subordinados.

Solo de pensar en todas las implicaciones logísticas, me provoco jaqueca a mí mismo.

—Me parece bien —consiento.

En el fondo, me gusta. Cuando todo acaba, cuando le enseñamos una lección al canalla de turno, me siento bien. La

mayoría de las veces, me dedico a señalar a Fusco dónde está la persona que arrestar y me quito de en medio. Y ni siquiera él sabe que, en otras ocasiones, deposito un pequeño regalo en el interior de las mentes. Son mentes pérfidas, unos miserables sin capacidad de empatía. Todos los expertos en psicoanálisis hablan de la mente criminal sin saber lo que realmente se esconde ahí dentro. Yo sé qué son, qué piensan y la clase de pensamientos que manejan a diario y qué los obsesiona. Creo firmemente que merecen el regalito. Suelen ser miedos, pequeñas semillas de oscuridad que dan como fruto grandes pánicos. Irracionalidad pura que los atormentará el resto de su vida. Es un trabajo delicado y requiere saber manipular sinapsis complejas, conocer el diseño arquitectónico de la Gestalt de la mente humana. Cuando sabes qué nudos hacer, puedes alojar un principio de obsesión que acabará transformándose en miedos irrefrenables, pavor a los silencios, aversión al número uno, trastornos de ansiedad que se multiplican y ramifican sin parar, fobia a verse reflejados, a la estación primaveral… Regalos muy jodidos.

Y funcionan. Lo he comprobado.

Me justifico diciéndome que se lo hago a gente que se lo merece. Y con ciertos elementos de la sociedad, que me cuesta aceptar como seres humanos por la cantidad de mierda que he encontrado en sus cabezas, es placentero.

Lo siento, papá, no era esto lo que querías que fuera. Una especie de Rorschach rabioso con poderes psíquicos. Siento que yo hubiera sido una decepción para ti si hubieras llegado a este día. Tuviste que morirte demasiado pronto, cuando necesitaba más guía, justo al momento de empezar a convertirme en lo que estaba destinado a ser.

[¿Estás por ahí?]

No hay respuesta. ¿Y por qué iba a estar escuchándome? Ya han pasado años desde que nos dejó. Si no se me presentó al poco de morir, no hay razones para que vaya a hacerlo ahora.

Soy lo que soy. He estado a punto de torcerme. Ahora intento corregir una trayectoria que podría llevarme adonde no quiero ir.

Me temo que va a ser una lucha constante.

Fusco me deja en la puerta de mi casa y pone cara de perrito bueno. Sin demasiadas ganas de nada, le guiño un ojo y le doy unas palmaditas en el muslo.

—Mañana seguimos, madero.

—Muñoz vendrá a las nueve para recogerte. Nos veremos en mi sala.

—¿Sabes? Estoy metido en otra cosa. Un posible caso de posesión.

—Seguro que puedes con todo. Lo mío lo resolvemos en una mañana.

—Ya. Seguro.

—Nos vemos.

En cuanto le cierro la puerta de mi lado, sale disparado como si tuviera que atrapar a mil malosos antes de acostarse. Menudo tipo.

—Tu amigo el poli.

La voz suena a mi espalda. Me doy la vuelta y me encuentro con Erin, con una cazadora de cuero negro y piezas de cuero rojo entre los pliegues de los hombros y los laterales. Los ojos pintados de negro, sin que parezca muy siniestra. No es mi Erin de la infancia. Se ha… hecho mayor.

Me cuesta un triunfo aceptar que sea real. Que lo haya sido a lo largo de los años.

—Mi amigo el poli, sí.

—Te ha metido en otro follón.

—Hasta las trancas.

—Hagamos un trato —me pasa un brazo por detrás de la cabeza y me rodea la parte posterior del cuello, dejando caer la mano por delante de mi pecho y me acompaña así hasta el portal del edificio, como si tuviera una cogorza y me necesitara para mantener el equilibrio—: pensaba ayudarte con esa movida del piloto; ahora te ayudaré con esta nueva historia policial.

—¿Sabes? Qué casualidad. La nueva historia policial… es el mismo caso de la mujer del caparazón de Xiomara.

—No me digas.

Nos introducimos en el recibidor del edificio, superamos la

zona de los buzones de correo y nos metemos en el ascensor.

Al principio no sentía el brazo de ella en la nuca, apoyado en mi hombro izquierdo. Ahora sí. La veo a través del espejo interior del ascensor.

—¿Qué tal tu chica? —me intereso.

—Sigue en coma.

—¿Qué tal tú?

—Voy tirando.

Llegamos a mi planta y antes de salir al pasillo la miro directamente a los ojos. Sus labios están a un dedo de distancia de los míos.

—Vas a pasar la noche en mi casa, ¿no?

—No tengo nada mejor que hacer.

—Vas a ser buena.

—¿Y eso qué es?

—Erin…

—¡Sí! ¡Lo prometo!

Se lo agradezco, porque algo me dice que podría ser la última noche que pueda conciliar el sueño tranquilamente.

CAPÍTULO 12

SEGUNDO ENCUENTRO DE TRES

Erin. Qué grande, Erin. En la infancia se tienen amigos imaginarios. Es el periodo vital en el que aparecen. Luego se superan y se diluyen en el tiempo. La mayoría de las mentes infantiles los utilizan como medio para gestionar y asimilar contenido emocional complejo en tercera persona, en un momento existencial en que se tienen pocos recursos de gestión, por norma general.

No tienes una idea clara del yo y la mente genera el equivalente a un ser querido comprensivo, para que ayude en la gestión de los sentimientos puros. Un proceso neuronal básico que, con la edad, se vuelve más complicado.

Tener una amiga imaginaria molona y guapa ya traía de serie una intencionalidad de convertirla a futuro en mi novia. Una inversión. Una novia imaginaria, el siguiente nivel.

Tenía diez años y aún no había descubierto mi cuerpo. Erin me ayudó. Mis primeros tocamientos la incluían a ella. Era sexo compartido. Y estuvo muy bien. Iba bastante más allá de la masturbación, porque Erin podía volverse tangible en función de la intensidad del momento.

Pero los amigos imaginarios y las novias son para la infancia. Si lo reconoces abiertamente, tus padres no llamarán a un exorcista. Si lo reconoces de mayor, alguien avisará al psiquiátrico.

Como niño ya era un psíquico excepcional —sin saberlo, obviamente—, y no sabía lo que estaba creando. Erin se volvió real y yo ni me di cuenta porque, para mí, siempre fue perfectamente real. Y cuando se marchó lo olvidé todo.

No tiene nada de extraño. Como manipulador de mentes,

experimenté conmigo mismo. Quise olvidarla y lo hice. Simple. Tocas esta cuerda de aquí y esta de allí, como un buen titiritero. Jugué con la telepatía, con el psiquismo, inconscientemente, y realicé un trabajo artesanal.

—Aprovéchalo, muchacho —dice el cazarrecompensas, cambiándose el purito de una comisura a la otra—. En cuanto haya conseguido su propósito, volverá a marcharse. Siempre lo hacen. ¿Lo olvidarás esta vez?

El sombrero le tapa los ojos porque está ligeramente encorvado; mientras, revisa el tambor de su revólver y deposita una bala en las cámaras vacías. Lleva el poncho con un *molonismo* irresistible. Nadie en la historia de la humanidad ha llevado un poncho con tanto estilo, ni lo llevará jamás. Sus amigos le llaman Rubio. No, esa historia vino después, ahora es el Manco.

Está apoyado contra la pared como si lo tuviera todo bajo control. Botas de espuelas y barba de una semana. El tipo más duro del mundo.

Vale. Estoy soñando. He tardado en darme cuenta.

Compruebo si el coronel Douglas Mortimer anda cerca, pero no hay nadie más que nosotros en el andén. La estación de tren de Tucumcari es poco más que una barraca de maderos mal alineados y una oficina ruinosa con pasquines de búsqueda de fugitivos.

—No —le respondo—. Esta vez no pienso olvidarlo.

—El problema es que ya no es tuya.

El entorno comienza a desintegrarse, desde el cielo hasta el erial que hay más allá de las vías. La flipada va a durar bien poco. El Manco de Clint (que tiene dos manos) comienza a desvanecerse en la nada, junto a todo el apeadero. Justo antes de despertar, el Hombre Sin Nombre me dice unas últimas palabras con su voz susurrante y rasgada:

—Y si se marcha otra vez, será para siempre.

Abro los ojos y contemplo el techo. Un techo de gotelé color crema del siglo xxi. Sin ninguna épica. Compruebo la hora. Aún podría dormir veinte minutos más, pero ya estoy bastante espabilado.

Sueños. ¿Cuánto de nosotros mismos hay en ellos y cuánto de

puro azar? Al menos no ha sido el sueño de siempre, con el doctor de barba blanquinegra y la enfermera nazi.

Las palabras del pistolero resuenan en mi cabeza: «Si se marcha otra vez, será para siempre».

Podría ser.

Abro los ojos y me incorporo rápidamente. Erin está en la silla corredera de mi escritorio, leyendo la novela *Más que humano*, de Theodore Sturgeon. El mismo ejemplar que yo perdí en cierta mudanza y que nunca he reemplazado en la biblioteca. Un libro físico que no está en mi casa, pero sí en mi mente, y es el que ella ojea con interés.

Lleva puesto un kimono negro muy fino, de seda, pensado para andar por casa. Con florituras sutiles en las costuras. Calcetines cortos y la media melena echada hacia atrás, recogida con una pinza.

Me saluda en plan *trekkie*, sin despegar la vista de las páginas y me da los buenos días. Le devuelvo el saludo y me encierro en el baño para el aseo matinal y para darle un par de vueltas a lo recién soñado. Y mientras me enjuago la boca, reparo en que no la he echado de menos durante décadas, como si nunca hubiera existido. En el supuesto de que ahora desapareciera de nuevo, ¿realmente sería distinto? Sería probable que volviera a olvidarla, como ocurrió en mi adolescencia, cuando ella un buen día dejó de serme útil y me eché novias de carne y hueso. O no. Puede que ahora su ausencia dejara un hueco imposible de llenar.

Como siempre, me anticipo al problema. Pienso en adoptar un cachorrito y enseguida me asalta la depresión por lo mucho que voy a sufrir cuando muera. Y entonces no lo adopto. No puedo evitarlo.

Después del aseo y de un mínimo desayuno, me marco un límite de treinta minutos de bicicleta estática y me pongo a pedalear. Habrá tiempo para una ducha rápida y un segundo desayuno, más copioso que el primero y todavía en hora para cuando el secuaz de Fusco llame al timbre.

Cuando ya llevo seis kilómetros, Erin se pone delante de mí y coloca sus manos sobre el centro del manillar. Yo aminoro un

tanto. La abertura del kimono deja ver el principio de la redondez de sus senos.

Parece muy seria.

—¿Eastwood —dice—, en serio?

—Está muy mal que espíes los devaneos oníricos de la gente.

—No puedo evitar estar conectada a ti.

A esta velocidad de pedaleo, hablar va a romperme el ritmo respiratorio.

[No puedo controlarlo]

Privilegios del psíquico. No es necesario hablar para comunicarse.

[Me encanta Sergio Leone]

—No lo entiendo —dice ella—. Según parece, has perfeccionado al máximo la técnica de sueño lúcido. ¿Cómo funciona?

[La tengo bastante dominada, sí]

—Lo cual, significa que puedes hacer *quedadas* en sueños, mantener contacto con otros soñadores lúcidos. Viajar por ahí a reinos a voluntad. Puedes hacer lo quieras. ¿Puedes construirte una casita de madera en un bosque paradisíaco?

[Es de las primeras cosas que aprendes a hacer]

—¿Y puedes invitar a otra gente que esté soñando a tu casita particular?

[Donde sea] [Dispongo de media docena de sitios privados, con un diseño muy complejo] [Años de perfección]

—¿Cuál es tu preferido?

[Depende del momento] [Tengo un sitio para cada apetencia]

—Si yo tuviera ese poder, no tendría sueños normales, mantendría el control en todo momento.

Es una tendencia habitual. En otro tiempos, yo mismo estaba deseando meterme en la cama y concentrarme para esa suerte de viajes astrales (y puede que lo sean, en realidad, más que sueños lúcidos) en los que la mente se sale del cuerpo para visitar ese mundo infinito donde todo es posible. Pasaba las noches enteras en playas cristalinas de planetas de cielo violáceo, en el Egipto idealizado de pirámides pulcras y resplandecientes, en parques de

atracciones gratuitos de atracciones imposibles.

El sueño lúcido es, dentro de lo mejor de lo mejor, lo mucho mejor de lo mucho mejor.

Pero agota. Y cuando despiertas, aunque el cuerpo ha estado tendido y, por tanto, ha descansado de alguna manera, has estado sometiendo a tu cerebro a un rendimiento superior al estado de sueño REM, lo que se traduce en un tipo de fatiga mental que te hará la siguiente jornada muy difícil. Desde un punto de vista mental, es como si no te hubieras acostado.

Es fácil dejarse llevar por las proyecciones astrales en mitad de la noche, lo que obliga a la gente que pule esta habilidad a mantenerla bien a raya, a riesgo de estar el resto del día como un zombi.

Lo de Clint Eastwood ha sido un sueño normal y corriente. Creo.

Cuando doy por concluida la sesión de ejercicio, me meto dentro de la ducha. He de poner la temperatura del agua más fría de lo que es habitual porque no puedo quitarme de la cabeza a Erin con el kimono más desabrochado de lo que dicta el decoro.

Debo pensar en otras cosas. Impuestos de autónomo. El precio de la gasolina. Que me toque sentarme en una mesa electoral. La cancelación de series como *Hannibal* o *Cristal Oscuro*.

Funciona.

Cuando he cumplido a rajatabla el plan previsto, suena el timbre del telefonillo. Puntualidad, un rasgo que define a las personas.

—¿Sí?

—Soy el oficial Muñoz. Baje.

Muñoz. Muñoz. Muñoz. Ojalá fuera un apellido un pelín más raro. Lo recordaría mejor. El tipo parece más majo que otros miembros del equipo, ¿se merece que deje de pensar en él como Nariz de Mazapán? Le estoy otorgando ese plus.

Me esfuerzo por ser mejor persona.

—Ahora mismo bajo.

Elijo una chaqueta no demasiado llamativa. Supongo que, aunque vamos a pasar muchas horas dentro de un vehículo, en

algún momento habrá que seguir a pie, por lo que llamar la atención no es una opción.

Erin también está vestida de batalla. Pantalones vaqueros ajustados, botas de estilo paramilitar y una nueva chupa de cuero, marrón desgastado y costuras *vintage*.

—¿Te vienes?

—Por supuesto.

El trayecto hasta la comisaría se hace en un coche civil, no parece que entre dentro del presupuesto del Departamento. Probablemente sea el que Muñoz tiene en propiedad. Y me juego mi piso entero, amueblado y todo, a que se usa en no pocos seguimientos policiales. Como la pistola principal de Fusco, el coche de Fusco, incluso un chaleco antibalas de Kevlar fino de fabricación austríaca; es instrumental comprado por los propios agentes, por su calidad y acabados superiores al equipo oficial que el Departamento les brinda.

No es lo correcto. Qué le vamos a hacer.

No hablamos apenas durante el trayecto.

En *la sala de Fusco* se hace repaso de la actual situación. En efecto, la población ha aceptado de buen grado los decretos oficiales. Algunas parejas están optando por casarse en otras autonomías, ya que los estamentos sociales y eclesiásticos de fuera de la capital se mantienen ajenos a la marea de suicidios.

Las protestas en redes sociales tienden a venir por parte de los no afectados.

Muy propio de las redes sociales ofenderse por el trato dispensado a terceros cuando la persona no puede darse por aludida directamente.

La opinión pública sigue apostando por la teoría de la secta. Y los datos acerca del último suicidio no se están divulgando a voz en grito, por lo que pasa desapercibido. Nadie repara en que hay gente ya casada (y una chica que solo mantenía relación con una persona imaginaria) que está sufriendo los embates de esta… vamos a llamarla *entidad*. Por lo que el objetivo de sus ataques no es solo amantes que deciden prometerse.

La policía está tan perdida que es conveniente no confundir

también a la prensa.

Erin cotillea un poco por aquí y por allá. De vez en cuando llama mi atención para hacerme reír, haciendo el ganso como solo ella puede. Se chupa el dedo índice y hace como que se lo mete por el oído a Mazapán-Muñoz que, por supuesto, ni se entera, luego lo saca y lo huele poniendo cara de asco. Y se parte de risa.

Uno de los presentes pone mala cara al encontrarme sonriendo tontamente. Me tengo que recomponer con esfuerzo, volver a mi pose de circunspección.

—Si pasara cualquier cosa, no dudéis en llamarme—decreta Fusco—. Zarco y yo vamos a ver si podemos acercarnos a la niña. Hay un plan en marcha. —Esboza una mueca de niño malo que le quita hierro a una trastada recién hecha.

Erin aplaude como una muñequita manga.

—Zarco sabe —dice Dwight Schrute Moreno, con un énfasis que no sé identificar como fingido.

—Zarco sabe —repite Gótica Feliz; esta sin tanto júbilo.

Tras la reunión, donde se han asentado varias bases disciplinarias para los próximos días, y haciéndome pensar que el grupo está bastante atascado en la investigación, Fusco me indica que le siga y así ponerme al día de nuestro menú de hoy. Al parecer, la subinspectora Rivera, a quien no sé identificar, pero que, por eliminación, tendría que ser Uñas Brillantes, es quien ha estado observando durante la madrugada la residencia de la psicóloga de la Fiscalía y siguiéndola desde que salió a la calle bien temprano.

Fusco y yo debemos relevarla antes de que acabe la hora actual.

Esta gente debe de querer mucho al inspector si está dispuesta a realizar un trabajo policial que baila claramente en la frontera de lo legal.

—Un sondeo rápido y a casa —sugiere Fusco mientras me conduce por la cochera exterior de la comisaría en dirección a su flamante berlina híbrida—. No creo que vayas a ver nada que nos sea útil en el caso, solo al monstruo. Si bien no está mal poder mirar al monstruo a la cara.

—Es fácil decir eso cuando no vas a ser tú quien lo haga.

—Al final sí lo haré. Instalarás esas imágenes en mi mente, ¿no? Eso lo daba por hecho.

—Sí, la verdad es que te lo estás mereciendo.

Mientras nos acomodamos en los asientos y el motor se enciende con la presión de un botón, Fusco me muestras sus dudas.

—La opinión pública busca sectas, mis superiores buscan sectas, la alcaldía también… y yo…

—Podría ser una secta.

—Mi teoría del psíquico malvado tiene un par de nudos que no sé atar, así que empiezo a plantearme una secta de psíquicos. ¿Qué me dices?

—Podría ser, ya te lo he dicho.

—Dile que podría ser cosa de Shia LaBeouf —comenta Erin—, a ver si le detiene.

El inspector se pierde la ocurrencia, pese a tener algunas propias del mismo calibre.

—Ya, pero ahora estoy hablando de una secta de telépatas, no de una secta normal. ¿Qué piensas?

El inspector quiere un tipo de respuesta determinante que no ofrezca dudas al respecto, la teoría definitiva que oriente el caso en la única dirección que nos lleve a la verdad.

No puede ser tan fácil. Nunca lo es.

—Podría ser.

La respuesta le hace enfurruñarse un tanto y expone el porqué de su preocupación. Se pone a hablar de corrientes políticas de moda y de cómo las investigaciones policiales, en ocasiones, han de ofrecer un resultado con cierto sesgo ideológico. Si el villano que encarcelar no entra dentro de cierto perfil, entonces no puede ser el villano ideal, y mucha gente en las actuales altas esferas demanda dianas perfectas contra las que lanzar sus dardos. Culpables convenientes, una idea del todo nauseabunda, por mucho que así sean las cosas en estos tiempos.

Y claro, se espera que, si hay una organización detrás de los suicidios, sea una organización religiosa admitida (y solo hay una religión mayoritaria perversa, hoy por hoy; las otras son

maravillosas, por lo visto), compuesta por individuos de un único género y rasgos étnicos muy concretos. Fusco no tiene que atrapar a unos delincuentes; ha de atrapar un perfil.

Que yo no me lo esté tomando en serio le cabrea. Por mucho que yo me lo esté tomando muy en serio.

Al final, tras recorrer una parte importante de la ciudad hablando de este tema, activa el teléfono móvil con un código de órdenes de voz. Dice «Rivera» en alto y el propio coche pone a su servicio los altavoces del habitáculo para la llamada. Tras dos tonos, escuchamos la voz de la subinspectora.

—Jefe, Coll se ha llevado a la niña al parque del Retiro. Las estoy siguiendo. Por cierto, he tenido que aparcar mi coche en prohibido.

—Si se lo lleva la grúa, yo me encargo.

—Creo que van a dar un paseo en bote, se dirigen al embarcadero.

—Tiene una voz bonita —opina Erin.

—No sospecha nada —dice Fusco—, supongo.

—Qué va a sospechar, esta tía parece bastante ingenua. Si quiere, con el monumento a Alfonso xii a espaldas, le espero en la estatua del segundo león de la derecha. No pienso alquilar una barca.

—Segundo león por la derecha —repasa Fusco, como si el dato fuera todo un reto de memorización—. Me parece bien, Rivera.

No tardamos mucho más en llegar. Fusco deja el Lexus en un reservado para minusválidos junto a la entrada al parque desde la avenida Menéndez Pelayo. Nos introducimos en la inmensa finca pública mientras él hace una llamada muy discretamente, moviendo hilos para que estas infracciones de estacionamiento no sean castigadas ni supongan un perjuicio a terceros.

El monumento a Alfonso xii no tiene embarcadero, pero es el mejor lugar para visualizar a la gente que atraviesa el gran estanque a remo. Tras unos minutos terminamos llegando a la zona acordada. La subinspectora se nos acerca y señala la barca en cuestión.

—Buen trabajo, Rivera, puede marcharse.

—Jefe.

Desde el mirador de los leones puede verse toda la superficie acuática. El día es soleado, por lo que hay servicio de alquiler de botes a pesar de que hace un poco de frío.

La niña de once años observa el agua con cierto temor mientras la psicóloga, Sonia Coll, le sonríe y parece estar contándole una animada historia. Ella rema muy despacio y se diría que el trato que le dispensa es dulce y muy atento.

El inspector aguarda a que yo diga algo.

—Vamos allá.

—Cuando tú quieras, Zarco.

—Está bien, es un ejercicio de concentración intermedio. No entraré en trance, ni nada parecido. —Me siento sobre uno de los escalones que bajan hasta la barandilla casi a ras de la superficie del agua—. Siéntese a mi lado, Fusco, y haga como que estamos charlando de nuestras cosas. De hecho, eso será lo que haremos.

—¿Vas a hablar mientras estás dentro de la cría?

—Ya se lo he dicho, no va a ser una inmersión profunda. Esa visión, la niña no va a poder olvidarla en su vida. No estará bien guardada, es reciente y traumática. Llegaré al recuerdo enseguida.

Él limpia el escalón antes de colocar sus posaderas sobre la fría piedra y entrecruza los dedos sobre sus rodillas.

—Vale. Cuando tú digas.

Erin se sienta en el escalón inferior al mío y apoya la espalda contra el pilar de la estatua felina.

—Silencio, ahora.

Cierro los ojos y realizo el sondeo. Sacar la conciencia del cuerpo no es tanto un viaje astral, con toda tu mente metida en el proceso, como enviar una lanzadera desde la órbita a la superficie del planeta, por decirlo de algún modo. Tu conciencia se convierte en un dron que puedes teledirigir por tu entorno. Ves lo que te rodea. Para mí hay límites a la distancia en que puedo contemplar el mundo a mi alrededor. Por ejemplo, mi conciencia no podría visitar un país lejano. Con un grado mayor de concentración, en estado de trance profundo, podría. No es el caso.

Ante una presencia tan cercana, invadir la mente objetivo cuesta tanto como tratar de escuchar una conversación de la mesa de al lado en un restaurante.

Con todo, las mentes de niños no me gustan. Entre adolescentes y adultos no hay diferencias. Los niños, en cambio, albergan puro caos en su interior. Y una resonancia que es más antigua que las propias interconexiones neuronales, que no sé de dónde viene. Podría ser el eco de experiencias *previda*. O reencarnación, si me pongo muy *new age*. Aunque tengo la teoría de que tiene más que ver con la memoria residual de la propia especie que con algo más místico. Puro ADN.

De cualquier forma, la pequeña Eva Herrera tiene once años. Puedo entrar en ella inmediatamente, y eso hago. Su madre la llamaba Evita. Tiene un miedo latente cada segundo del día. No se acaba de fiar de la señora que tiene delante. ¿Por qué la habrá llevado a este lago? ¿Piensa ahogarla? Lleva con ella desde que su madre se mató y no conoce sus intenciones, por muy simpática que esté mostrándose. Quiere que la tutee, que la llame Sonia y que finja que son amigas, como si se conocieran desde siempre.

La cría no le está siguiendo el juego muy bien.

Esto es pensamiento superficial, no hay que escarbar mucho para llegar hasta esa fatídica noche. Ha ocurrido hace muy poco, por lo que la experiencia es vívida.

—Ocurre de madrugada —le digo al inspector en voz alta—, ella está dormida cuando siente una mano que la agita con intención de despertarla. Piensa de inmediato que es su madre. Sabe de sobra que es muy pronto para ir al colegio. Todavía es de noche. Ha de ser algo urgente. Se incorpora con cautela.

Desde su visión subjetiva, la niña no distingue bien a la señora, por lo que solo es una silueta adulta femenina. Siente la aspereza de la piel más que verla cuando esa cosa le toma las manos.

—La señora con piel de crustáceo le acaricia las manos. El tacto es áspero y desagradable. Aún no puede verla bien.

Agradezco que Fusco no haga comentarios innecesarios. Se dedica a escuchar y mantener la compostura.

Desde los ojos de la niña puedo ver cómo la señora se sienta en el borde de la cama y le pasa su mano por el pelo, restregándole la palma por la frente, sin intención aparente de hacerle daño a la pequeña, pero haciéndoselo de todos modos.

La pequeña Evita sabe entonces que tiene delante a un ser no humano. Sabe o cree saber que, si chilla o trata de escapar, la cosa que está sentada a su lado se ofenderá mucho, ya que está siendo amable a su manera, y podría matarla o procurarle un gran dolor. Cualquiera de las dos cosas.

Entonces esa criatura la agarra del camisón y de un empellón la saca de la cama como si fuera una pluma. La voz de la señora con piel de crustáceo es más un desgarro que un sonido procedente de cuerdas vocales.

—Tu madre te cuida mucho, ¿verdad, culebrita?

El tipo de malicia que encierra ese timbre quejumbroso se me antoja arcaico, de una malevolencia que parece venir de la prehistoria. Es egoísmo puro, una codicia tan vil que no puede disimularse. Es una inundación, apabulla por completo. Insoslayable.

—La quiero para mí —dice esa cosa infernal.

Procuro narrárselo a Fusco como buenamente puedo mientras la vivencia sigue proyectándose en la sala de cine de la mente.

—La saca de la cama y le dice que va a quedarse con su madre, porque la cuida muy bien y es muy cariñosa. La señora con piel de crustáceo se mete en la cama de la niña mientras va transformando su aspecto. Tiene a Evita agarrada de la muñeca. Le hace daño. La niña quiere escapar, salir corriendo. El ser no la suelta hasta que ha adoptado una apariencia semejante, no idéntica, solo muy parecida a ella. En la penumbra de la habitación bien podría pasar por Evita.

El terror incontrolable que siente la niña me hace estremecer. Un miedo a lo desconocido con la perspectiva infantil, que es el peor miedo que se puede tener. Siento en mi propio cuerpo cómo el inspector me pone una mano en el antebrazo y otra en el hombro.

—¿Va todo bien, Zarco?

Su voz se escucha con nitidez en mi oído. Casi parece que se meta en la escena. La misma escena que sigo visualizando como la mejor de las simulaciones en 3D.

La niña con piel de crustáceo le señala a la otra niña, la de verdad, la puerta del balcón.

—Sal —le ordena—. No me hagas ocuparme de ti.

Le suelta la mano y la cría cae al suelo de la inercia. Es aquí donde emite un chillido que puede oírse en toda la casa. Gatea despavorida y se pone en pie a trompicones, rodea la cama y agarra, en un movimiento desesperado, un pequeño abrigo de plumas del respaldo de una silla. Sale a la terracita, gimiendo, con el abrigo sobre la cabeza como si quisiera protegerse de una lluvia furiosa. O esconderse en una especie de capullo de protección. Se arrincona en una de las esquinas del balcón y allí se queda.

Narro a Fusco el momento, no con gran detalle porque todo ocurre dentro de un acusado contraste de luces y sombras. Evita no llega a ver bien en ningún momento a la señora de piel de crustáceo, más bien la percibe. O, mejor dicho, percibe su naturaleza impía y malintencionada.

Es en este momento cuando todo acontece con los párpados de la niña cerrados. El sonido de su madre llegando a la habitación, ocupándose de la niña falsa que hay en la cama. Evita se debate entre gritar a viva voz que ella está allí y que la niña de la cama es un demonio o no hacer nada y rezar para que todo sea una pesadilla más. No hace nada hasta que su propia madre la descubre bajo el abrigo. Entonces se desata la tragedia.

—Está en mi cama —le advierte Evita—. Esa cosa está dentro de mi cama…

Entonces aparece en el umbral de la puerta corredera de cristal esa señora espantosa. Es la primera vez que Eva Herrera, de once años, la ve en su total malevolencia. Con su delantal de intervención quirúrgica colgando del cuello, dejando toda la parte de atrás del cuerpo sin cubrir. Un cuerpo viejo y descuidado con piel dura, como de cangrejo, y unos ojos sin párpados, incrustados en las cuencas como bolas de helado sobre cucuruchos.

—¿Cuidarías igual de su abuela? —le dice a la madre.

Y ocurre. Las cuchillas de afeitar salen de dentro de la piel, haciéndole cortes como si de un zarpazo de oso se tratara, avanzando con decisión mientras la mujer solo puede mirarse los brazos, que sangran copiosamente. Luego, esa aberración la toma por las muñecas y aprieta con firmeza para que el desangramiento sea más rápido. Mientras lo hace, se pone a bailar de un modo dantesco.

—Laralá —canturrea la señora de piel de crustáceo—. Laralí, laralá.

La niña se desgañita, alaridos de desesperación máxima, de un terror que no puede expresarse, de posesa total. Jamás se repondrá de esto.

La madre cae como un muñeco de trapo y el demonio se desvanece como una fumarada. Cuando el padre entra en el dormitorio, la chiquilla ha caído en un estado de *shock* nervioso.

—Es suficiente —señala Erin—; sal de ahí, Isaac.

No puedo salir ahora. No después de ver esto. Las huellas que deja esta experiencia son surcos profundos que no se sellarán.

Me concentro un poco más y comienzo a seccionar mentalmente hebras sinápticas. Es como podar ramitas que sobresalen. Solo un psíquico poderoso puede hacer esto. Yo lo hago. No voy a permitir que esto haga más poso. Va a ser imposible hacerle olvidar tal cosa, pero puedo conseguir que las visiones más impactantes se borren. Como líneas de texto tachadas sobre un expediente clasificado. El recuerdo quedará difuminado, confuso, incompleto. La pequeña Evita archivará en su mente el dato de que su madre se suicidó delante de ella y olvidará los detalles más perniciosos. Incluyendo la señora de piel de crustáceo.

Así, el trauma quedará notablemente aplacado. Lo superará antes.

Cuando termino el trabajo mental, salgo del trance.

Fusco está mirándome fijamente.

—Zarco —dice.

—Tu oído —secunda Erin—, está sangrando.

Tengo un paquetito de clínex en la bandolera. Me llevo uno a

la zona manchada y la limpio a conciencia. El inspector no sabe qué decir. Para él esto era Jauja, el equivalente a ser un superhéroe de cómic, sin consecuencias, sin precios altos que pagar. Una araña radiactiva te pica y no hay mutación que valga. Todo son ventajas.

Yo mismo no podía imaginar tal coste.

—¿Te mueres? —pregunta Fusco.

—Podrías decirle que sí —me aconseja Erin—, a ver si te deja en paz.

—No lo sé.

—¿No has ido a que te lo miren?

—No tengo ninguna enfermedad que puedan detectar. Es la telepatía, Fusco. Cada vez que hago algo serio con esta facultad, algo muy profundo, se produce una leve hemorragia.

—Vaya, yo no imaginé…

—No pasa nada. Ha sido cosa mía. El sondeo superficial no me ha provocado esto. Ha sido lo que he hecho luego.

—Yo no te he pedido que hagas nada más.

—No podía quedarme de brazos cruzados. Esa niña podría haberse vuelto más retraída, convertirse en una inadaptada, fracasar en los estudios, en las relaciones personales. Algo así, tan joven, te cambia para siempre.

—Le has borrado el recuerdo.

—He borrado las partes más angustiosas.

Me da unas palmaditas en el antebrazo y se pone de pie con cierto esfuerzo mientras se limpia el pantalón y sigue con la mirada la barca de la psicóloga.

—Buen trabajo. Eso que has hecho está muy bien. Aunque el motivo de que hayamos hecho todo esto era sacar alguna pista. Me has contado lo que ella vio, pero ¿qué has visto tú?

Erin se encoge de hombros. No tiene ningún consejo de los suyos que darme.

El escrutinio únicamente puede ser intuitivo. Tal y como yo me temía, no he visto nada determinante para el caso.

—La visión de la señora de piel de crustáceo no es más que una representación visual. Una *skin* de videojuego. Podría ser el disfraz bajo el que se amparase un psíquico, tal y como tú

sospechas, o también otro tipo de ente. No humano. Entró en escena con la niña durmiendo, lo que no nos ayuda. Lo que sí me llama la atención es cómo se evaporó del lugar. Con el padre a punto de entrar en la estancia, esa presencia se disipó. Es posible que el desvanecimiento formara parte de la ilusión, que la mente que orquestó ese asesinato atroz permaneciera invisible dentro del dormitorio y se marchara en cualquier otro momento. Es más fácil generar ilusiones en las personas si estás a su lado. A distancia, cuesta muchísimo más trabajo.

»Por tanto, podría haber permanecido en esa habitación, físicamente, engañando a la madre con una visión veraz de una niña sobre la cama y cambiando luego a su avatar recurrente y terrorífico con piel de crustáceo. De ser así, los cortes los habría efectuado con sus propias manos, obligando telepáticamente a sus víctimas a ver que las cuchillas aparecían solas. Siempre y cuando estemos hablando de un ser humano con poderes psíquicos excepcionales.

»Ahora bien, si hablamos de otra cosa, esa inteligencia asesina es capaz de provocar *psicorragias* muy complejas. Y no solo logra que sus víctimas se provoquen heridas a sí mismas, sino que consigue efectos físicos prodigiosos.

—Como hacer que broten tres cuchillas en cada brazo —Fusco lo dice con un temor reverencial— y corten la piel hacia fuera, desde las propias venas. ¿Es posible? ¿Eso lo puede hacer un espíritu?

—Algunos médiums afirman haber vomitado clavos o sufrido estigmas religiosos en presencia de ciertas entidades.

—Madre mía, Zarco, no paras de decirme cosas bonitas.

Una familia desciende por los escalones a pocos metros de nosotros, por lo que bajamos el volumen de nuestra conversación.

—Desde un punto de vista policíaco, Fusco, esto sigue siendo obra de un mago. No hay mucho que sacar. No pienso transferirte ese recuerdo a tu mente.

—Me lo temía. En fin… El plan ahora es esperar al siguiente ataque suicida. Confiar que algo pase, algo que nos diga hacia dónde mirar. Me hubiese gustado que hicieras lo mismo con la

mejor amiga de Rebeca Orea, el suicidio n.º 7. Ella escuchó la confesión de la víctima antes de que esta se fuera a una autopista y se arrojase a las ruedas de un coche. A pesar de que ahora creo que no servirá de mucho.

—No lo creo. Solo le contaron una historia. Es invadir mentes de gratis.

La barca de la psicóloga, tras un rodeo importante, pasa justo ahora por la orilla donde nos encontramos. Sonia Coll no repara en nosotros. Puede que no haya visto al inspector en su vida, al menos de momento. Y creo que no cruzará ni una palabra conmigo.

—Lo que me saca de quicio —gruñe Fusco— es tener que quedarme de brazos cruzados hasta la siguiente muerte.

Erin se sube a la barandilla que está junto al agua y, con los brazos en cruz, se pone a recorrerla como una acróbata equilibrista. A sus cosas, como si la gravedad no la tuviera en cuenta o alguien más que yo pudiera alabar su gran coordinación.

—¿Qué estás mirando?

—Nada, Fusco. —Me encaro con él—. Escucha, a mí no me hace gracia seguir con este tema; sin embargo, estamos metidos en un caso muy grave. Eso tengo que reconocerlo. Y yo ya estoy metido hasta el fondo, así que vas a poder seguir contando conmigo, ¿de acuerdo? Como otras veces. Siempre que quieras. Llama y acudiré.

—Cojonudo.

Termino de limpiarme el oído y el lóbulo de la oreja. Ha sido un hilillo de sangre, nada más. En ocasiones anteriores ha sido peor.

—Ahora bien, te prevengo —empleo mi tono de voz más grave—: tengo otro asunto del que ocuparme. Me llamarás cuando me necesites de verdad, cuando sea imprescindible. No quiero ir metiéndome en la cabeza de todo el mundo, un ciclista que pasaba por allí, el vecino de abajo, un socio que habló con el hijo de un amigo que trabajaba para el conocido del primo de la víctima. Soy el último recurso. ¿Estamos?

—Me parece bien.

—Llámame para una parida y no podrás localizarme nunca

más. ¿Estoy hablando claro?

—Que sí, tío, lo he pillado.

Parece sincero. Lo compruebo. Lo es.

Hoy lo es, mañana podría cambiar de idea y, con la mayor sinceridad, romper la promesa para terminar de poner el último punto sobre la última i con la niñita de 11 años.

Espero que le dure.

Le ofrezco la mano y él me la estrecha.

—Podría acercarte adonde sea —dice, servicial—. A tu casa, o a la de Manrique. ¿Qué estáis organizando allí? ¿Misas negras?

—No estamos haciendo nada. Y no hace falta que me lleves a ningún sitio; me apetece caminar por aquí.

Me suelta la mano y yo le dejo allí. Me dirijo con las manos en los bolsillos a las arboledas cercanas. Siento la mirada del inspector clavada en mi nuca mientras me alejo. Nuestra relación irá bien mientras la dosifiquemos armónicamente.

Erin aparece a mi lado. Me pongo un auricular *bluetooth* en el oído para simular que mantengo una conversación telefónica.

—¿Qué piensas? —se interesa ella.

—No parece humano.

—A mí tampoco me lo parece.

—Pero yo podría hacer lo mismo. Simular un avatar horrendo y obligar a las víctimas a hacerse daño, induciéndoles una alucinación. Y tampoco yo parecería humano.

—¿Hacer aparecer cuchillas de la nada? ¿Puedes hacer eso?

—Mente sobre la materia. No digo que yo pueda provocar efectos físicos de ese tipo.

—*Psicorragias*.

—Exacto, no puedo provocarlas. Lo que sí podría es hacer ver a la gente eso o lo que sea. —Le doy un par de vueltas al tema—. Lo que me preocupa es la parafernalia del hospital, la bata de paciente. Se parece mucho al residuo espectral de un aparecido. Cuando los espíritus se manifiestan, instintivamente lo hacen adoptando el aspecto que tuvieron al morir. Es más fácil para ellos, requiere de menos energía que *vestirse* con otra apariencia. Si lo hacen con mejor aspecto, más jóvenes y saludables, bien vestidos,

es porque han invertido mayor energía en la proyección. La bata de paciente de hospital es el equivalente a las heridas de bala de una víctima de tiroteo que decide manifestarse en nuestra realidad.

—¿Debería la policía buscar en hospitales?

—Quién sabe. Sería una aguja en un pajar. Demasiados elementos por concretar todavía para saber por dónde empezar a husmear. No. Es solo una suposición mía.

—¿Te puedo agarrar de la mano?

Erin se me pega mucho. Puedo sentir su tacto. Me aparta el brazo del costado para estrecharme la mano con firmeza. Relaja la presión y balancea nuestras dos manos entrelazadas para que se ajusten a nuestro caminar. Como una parejita de colegiales atolondrados.

No puedo evitar imaginar que gran parte del efecto realista de su corporeidad se lo estoy aportando yo mismo. Se hace más física y real porque extrae esa energía de mi interior.

Y no me importa. Aunque…

—¿Qué pensaría Xiomara si te viera así?

Erin me da un pequeño empujón que me desplaza un par de pasos. Nadie repara en mí, por lo que no quedo como el loco del parque.

—Nuestra relación es muy abierta.

—Seguro que ella no sabe nada sobre este pequeño detalle. ¿Se lo has especificado?

—Oh, venga, no seas quisquilloso. Eres mi primer amor. Una chica nunca olvida el primer amor. Mírate, los años no te han tratado nada mal. Y la monogamia es un muermo, qué quieres que te diga. Además, oficialmente tú y yo nunca lo dejamos.

—No se firmó ningún papel, eso es cierto.

—Yo creo que tenemos que hablar mucho para terminar de ponernos al día.

El ejercicio es una menudencia. Estamos tan conectados que podríamos sondearnos sin necesidad de pronunciar una palabra. Ella lo sabe todo sobre mí y, aun así, escucha. Le hablo de los viejos tiempos con mi padre, de nuestras investigaciones de sucesos paranormales a lo largo de todo el país junto al resto de

integrantes del Grupo Prometeo. Una información a la que ella puede acceder con un pensamiento.

En lugar de eso, atiende a cada detalle.

Yo hago lo mismo cuando ella me habla de Imanol, uno de sus huéspedes, a falta de un término mejor.

Conversamos durante dos horas mientras recorremos todo el Retiro.

Y está bien. Muy bien. ¿Por qué no puedo tener esto con una mujer de carne y hueso?

Suena la *Danza de los caballeros* de Prokófiev en el bolsillo interior de mi tres cuartos (nota mental: bajar el nivel de vibración del móvil) y en la pantalla aparece el nombre *Tasio Pont*. Palpo el botón de descolgar llamada.

—¿Doctor?

—Ha aparecido Carlos Borman. Quiere reunirse con nosotros.

—¿Dónde estaba?

—Visitando Montmeló y Desfortes.

Le busco rápidamente el sentido. La respuesta se me escapa.

—¿Por qué?

—Porque no era él. Renzo le había poseído. Dice que ha escapado a su control, pero que va a volver. Tenemos que reunirnos de inmediato en su casa. Le paso la dirección por WhatsApp.

—Allí nos vemos. —Doy por terminada la llamada. Suelto la mano de Erin—. Hay problemas.

Lamento haber dejado el Toyota en mi casa, no me queda más remedio que pagar por el transporte más directo y llegar cuanto antes. Salgo del parque y reclamo la atención de un taxi libre antes de que la aplicación de Uber me sugiera otra solución. Taxi, pues.

La dirección de Borman nos lleva a una zona residencial cerca del Hospital Universitario de Torrelodones. Un chalé bastante apañado, a juzgar por los comentarios despectivos con los que Pont me ha obsequiado.

El actor de poca monta seguramente saque ingresos de alguna otra parte.

El viajecito me va a salir caro y me lo tomaría con más calma

si la urgencia de las palabras de Pont no indicara a las claras que el margen para entretenerme con viejas amigas de la infancia se ha terminado.

~

El chalé, al menos por fuera, es un espectáculo. El Audi RS 3 color moco radiactivo que pude vislumbrar en la memoria de Pont está aparcado dentro del recinto interior, en una ligera rampa de acceso. La puerta del garaje está abierta y puede verse un Q8 e-tron cargándose. Advierto desde un lateral la piscina, sita en la parte posterior de la finca privada, con mucho césped alrededor de toda la casa y media docena de árboles que sobrepasan el tejado, dotado de otras tantas placas solares. El chalé dispone de dos plantas con una buhardilla en la cara oeste y una terraza a lo largo de la cual podrían colocarse cuatro mesas de billar con espacio suficiente para los jugadores. Bordea dos flancos de la fachada. Así, a ojo, calculo que puede haber unos mil quinientos metros cuadrados por planta y un total de entre catorce a diecisiete habitaciones en todo el domicilio.

Entiendo el desprecio de Pont. El tipo es guapo, es médium y tiene pasta. Esto no lo da el teatro.

Llamo al telefonillo de la puerta y, sin más preámbulos, suena un pitido molesto y la puerta queda abierta. Accedo al interior a través de un caminito de piedra serpenteante. El porche es más grande que algunas terrazas de bar, y la puerta del interior de la casa está abierta.

En cuanto atravieso un recibidor con mucha piedra y madera pulida, llego a un cuarto de estar.

Mierda.

La puerta se cierra de golpe a mis espaldas.

En el cuarto de estar se encuentra Lorena Ruth, amordazada y atada a un sillón. Los ojos como platos, mirándome con urgencia.

—¡Lárgate de aquí, Isaac!

La exclamación de Erin llega tarde. Al darme la vuelta veo a Carlos Borman sujetando desde atrás a Pont, con un cuchillo

táctico M48 de más de un palmo de hoja negra colocado sobre su cuello. El doctor también está amordazado, con las manos atadas sobre el bajo vientre. No puede forcejear; si Borman le corta el cuello, morirá desangrado sin remedio.

Tiene expresión de lástima. Odia haberme traído aquí. Me pregunto si ha sido una trampa o…

—Por favor, siéntese en el sofá —dice Borman—, al lado de la enfermera.

En el impacto del momento, me cuesta unos instantes acordarme de quién es la enfermera, a pesar de que solo hay una mujer de carne y hueso en la casa.

—No le haga daño a Pont —le ruego.

—Pues entonces siéntese.

Le hago caso, por lo pronto, mientras sopeso las posibilidades que pueda tener Erin de hacer algo y ayudarme. ¡Oh, demonios, Isaac, piensa! Su corporeidad únicamente es operable con sus compañías, huéspedes, necesitados o como queramos llamarnos. No puede tocar a otra persona si esta no es capaz de verla, oírla, etc.

De momento, hago creer a todos los presentes que estoy a merced de Borman. Voy a enterarme de qué está pasando aquí, en qué escenario me encuentro, antes de utilizar mis habilidades psíquicas y pasar a mayores.

Carlos Borman… está poseído. Porque está claro que lo que ocurre es justamente eso. No hace falta ningún sondeo telepático para saberlo.

—Renzo —le digo.

—Usted también está metido en esto, por lo que veo. Y creo que es justamente la persona que necesitaba.

—¿Va a matarnos?

A través de las facciones de Borman, Renzo parece bastante confundido.

—Ya veremos.

No. No pienso ver nada. No pienso quedarme ni un segundo más a seguirle el juego a nadie. Por mucho que quiera evitar emplear mis poderes, no me queda más remedio que usarlos a

fondo. El mundo me obliga a hacerlo.

¿Queréis al telépata que actúa a las bravas? Lo tendréis.

Me concentro ligeramente para meterme en la mente de Borman y, a través de ella, en la de Renzo.

Renzo deja caer el cuerpo maniatado de Pont al suelo. El doctor emite un gemido.

Me introduzco en la mente de…

Me tengo que concentrar un poco más.

No estoy entrando en su mente. Es imposible. No logro entrar en la mente de Renzo.

—¿Qué cree que está haciendo? —dice él.

Es la primera vez que me pasa en toda mi vida. En cierto momento hubo alguien que me expulsó de su mente, como intruso que era, dándome una patada mental de primera categoría. Hace mucho tiempo de eso.

Lo que ocurre aquí es que la puerta está cerrada a cal y canto.

No puede ser.

—Maldita sea —se enfada Renzo—, ¿cómo se atreve?

Se abalanza sobre mí de improviso, alzo los brazos para intentar… Ya viene… Intento atrapar un jarrón de la mesa justo cuando siento un enorme dolor en la cabeza, en la zona parietal del cráneo. Luz blanca… Es rápido. La empuñadura de cuchillo de combate… El mundo da vueltas… Dolor… Creo que estoy de rodillas… Erin chilla… La alfombra… Desmayo… Piel de oso… de… yo…

CAPÍTULO 13

INTERLUDIO: SÍ ESTÁ OCURRIENDO

El inspector jefe Salvador Fusco sabe que no va a poder ascender a comisario por mucho que se empeñe. No hay un nivel de proezas que superar que ayude a llegar a ciertos estamentos. Si no dispones del apellido adecuado, no hace falta molestarse. Podrías resolver el caso más importante jamás afrontado por la policía, daría igual.

Ocurre en muchas carreras. Empezar desde abajo te puede permitir escalar rangos, pero siempre se acaba tocando techo. No hay generales chusqueros; el concepto es contranatural.

Fusco ya tiene una edad como para empezar a pensar en dejarlo. Es cierto que está viviendo una explosión de popularidad y prestigio en su carrera profesional. Ha pasado de ser un policía veterano con tablas e instinto, a pesar de estar muy cansado y de haber entrenado su capacidad para tirar la toalla antes de tiempo sin que eso le suponga remordimientos de conciencia, a ser una especie de camiseta de moda.

No es un héroe, porque eso no se destila en este país. Es algo parecido.

Nadie sabe qué es. Nadie se cree lo que está pasando con él. ¿Fusco? ¿En serio Fusco está dando carpetazo a casos tan difíciles e importantes en tiempo récord? ¿Dónde está el truco?

El truco es Isaac Zarco. Gracias a su afición a los temas del misterio en general y la parapsicología en particular, Fusco acabó conociendo al que, en principio, no era más que un médium investigador de sucesos paranormales que, y le venía de familia, terminó convertido en un articulista recurrente en las revistas especializadas del sector.

Fusco le vio crecer, contempló de primera mano cómo pasaba

de eso a ser un auténtico telépata de fantasía. Alguien capaz de invadir mentes, examinar recuerdos y modificarlos o quién sabe qué.

Le tiene miedo.

Es su amigo y se aprovecha de él siempre que puede. Sin Zarco, esta nueva etapa de éxito policial no estaría ocurriendo. El problema es que a un psíquico de tal calibre no se le puede ocultar nada. No se le puede mentir, no se puede conspirar contra él. Por no poder, no se le puede ni arrestar, porque podría detectarlo telepáticamente y obligarte a que te esposases la muñeca a un tobillo y dejarte fuera de juego.

Fusco se estremece imaginando qué clase de cosas puede hacer su cómplice de aventuras policíacas sin que se lo haya confesado aún. ¿Puede mover objetos con la mente? ¿Prender fuego a las personas con un pensamiento? ¿Sanar mediante la imposición de manos? Se supone que son capacidades mentales que ciertos individuos controlan; ¿y si Zarco fuera capaz de hacer más de lo que le cuenta? Aparte de la telepatía, lectura y manipulación, intuye que podría lanzar una especie de ataque psíquico para aturdir el cerebro completamente, como lo haría una pedrada en la sien. Es capaz de realizar proyección astral, tanto despierto como dormido, controlar el plano onírico de un modo incomprensible para el inspector. ¿Y si dominara la técnica de la psicometría? ¿Bilocación? ¿Retrocognición? ¿Clarividencia?

—Zarco, Zarco, Zarco —lo dice mientras coloca en su posición el pasador del mecanismo percutor de su pistola—. Zarco, Zarco, Zarco.

En el fondo, sabe que su socio psíquico podría perder el norte. Y solo él podría detenerle. Cree conocerle y sabrá si se está volviendo más peligroso de lo conveniente. Y si bien ahora mismo lo quiere peligroso y despiadado, no desea verlo convertido en parte de esa chusma a la que se enfrentan juntos.

Con todas las piezas de la corredera y el muelle recuperador encajado en su compartimento, Fusco monta completamente la pistola semiautomática con un sonido seco y acaricia la guarda del gatillo. Introduce, una por una, cada bala de nueve milímetros en

el cargador y aloja una bala de punta verde en la parte superior. Sería la primera en ser disparada. Luego introduce el cargador lleno por su cavidad en la empuñadura. No carga el carril. Nunca lleva munición en la recámara. Le gusta tener el interior bien limpio y lubricado en su justa medida. Limpia el arma a conciencia cada semana. Sopesa su Heckler & Koch VP9, apunta a la televisión, con el seguro puesto. Le gusta el tacto de los componentes polímeros.

Se imagina si alguna vez ese cañón apuntará a Isaac Zarco, si será necesario apretar el gatillo. ¿Le permitiría ese hombre llegar a completar la acción?

Espera no tener que llegar a eso nunca.

Escucha un llanto en una de las habitaciones al fondo. Está solo en casa. La asistenta se marchó hace horas y su hermana… está en coma.

Un intruso en su casa es una idea que le hace reír. Se levanta como una exhalación y aprovecha que empuña el arma para lanzarse al pasillo con decisión.

No cree que su hermana Irene vaya a despertar precisamente hoy. No cree que alguien que se mete así de silenciosamente en una casa ajena, en la quietud de la noche, vaya a cometer el desliz de gemir lastimeramente.

Piensa en gritar algo del tipo «soy policía y estoy armado», lo típico que dicen en las películas personajes que no son policías. Mujeres solitarias que gritan «mi marido es jugador de *hockey* y está a punto de volver a casa» y cosas así, que podrían amedrentar a un ladrón de pacotilla. Solo que esta vez sería verdad.

No. Ha debido de ser su imaginación. Quizá un vecino ha hecho un ruido más sonoro de lo habitual. Parece haber sonado dentro de la casa, en la habitación de Irene, aunque podría habérselo figurado. Sigue caminando hacia la habitación.

Un mueble, cavila el inspector, podría haber sido un mueble. El crujir de la madera debido a un cambio de temperatura. En ocasiones, sonidos normales adquieren facultades orgánicas al traspasar tabiques o puertas cerradas. La habitación de su hermana siempre tiene la puerta abierta, pero está al fondo del piso.

Fusco entra en el cuarto y acciona el interruptor de la luz.

Entonces la ve.

Es una persona que se ha acomodado en torno a la almohada, enroscada como un gato gigantesco alrededor de la cabeza de Irene. Con una mano le mesa los cabellos y le canturrea una canción infantil.

Es una mujer con una bata de hospital. Con piel de crustáceo.

—Ni hablar, no voy a…

La señora le clava una mirada intensa. Ojos de gran tamaño, como bombillas. Un blanco ocular casi perfecto, sin rastro de nervios ópticos. Unos iris pequeños y extraños, parecidos al símbolo de almohadilla de un teclado.

—El buen hermano —le dice el ser—. Un hermano responsable. Me gusta.

El auditorio se pone en pie. Le deja atónito, casi le paraliza. Está lleno hasta los topes, con lo cual, el clamor es ensordecedor. (*Un momento*). Al menos mil personas le aplauden con auténtico fervor, todas vestidas de gala. Hasta el director de orquesta le hace una reverencia de cabeza. Es su momento. (*Esto no tiene sentido*). El solo de trompeta. Y él es el primer trompetista. El resto de los músicos de la orquesta aguardan su entrada, tardarán en sumarse a la melodía. Los grandes focos se alinean para iluminar únicamente su figura. Ahora le toca lucirse. (*Esto no está ocurriendo*). El director alza la batuta y la barbilla. A su señal, se lanzará a tocar.

El gran trompetista Salvador Fusco se coloca la boquilla del instrumento en los labios sellados, al contacto estos se abren lo justo para permitir el paso del aire. Hay un cierto efecto de succión antes de empezar. La trompeta se convierte en una extensión de la cara. Va a dar comienzo. (*¿Qué está pasando?*).

El instrumento hace una especie de clac-clac. Fusco coloca un dedo sobre el primer pistón y los otros dedos apuntando hacia arriba. Va a ser una breve melodía, pero furiosa y osada. Una tormenta musical. (*Esto no está ocurriendo*). El pabellón de la trompeta apunta hacia abajo porque la cabeza está encorvada. Se introduce la boquilla dentro de la boca. Es una nueva pieza. Muy moderna. Siente con la punta de la lengua el conducto redondo de

la embocadura. Sabe a metal y a plástico. Le entra a duras penas, pero así es como se ejecuta esta composición.

El director de orquesta eleva un poco más su batuta. El director de orquesta con piel de crustáceo. (*No, por favor, no*). Cuando deje caer la batuta sutilmente, comenzará a tocar. Y uno, dos…

Empieza a soplar al mismo tiempo que acciona el pistón y…

Tras la detonación, Fusco cae al suelo, con la pistola aún metida en la boca. Le sale un humillo muy discreto de las comisuras y las fosas nasales.

Su último pensamiento ha sido que no estaba ocurriendo.

CAPÍTULO 14

QUIÉN ES QUIÉN

El doctor es alto y fornido. Un hombre de mediana edad que ha decidido cuidarse. Lleva gafas y una barba donde se libra una batalla campal entre el blanco y el negro. *Blancas juegan y ganan*. Aún quedan unos pocos años para que un bando arrase.

La enfermera que le acompaña se asemeja a una institutriz alemana de primeros del siglo xx, dura como el hierro y de expresión gélida. No dice una palabra, pues su forma de mirar proclama más juicio y desaprobación que cualquier expresión oral. La enfermera Ratched de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—A pesar de tener todos los rasgos de una hemorragia cerebral —dice él—, ha sido un sangrado puntual, no patológico. Anómalo, sin duda, y en mi opinión habría que observarlo, por si hubiera riesgo de ictus.

Habla y habla, queriendo aparentar que sabe lo que me ocurre, pero no tiene ni idea.

Es un sueño evocador, una rememoración de un instante vivido en el pasado. Ocurrió hace unos meses.

Y no tengo ningún control sobre él.

Sé lo que viene a continuación, eso sí. El tipo tratará de convencerme de que debo seguir un tratamiento, incluso ingresar en el hospital. Unos síntomas así de alarmantes, en mi estado, no pueden deparar nada bueno. Se pondrá insistente y me obligará a ponerme desagradable. La enfermera, sin cambiar su rictus, parecerá no mostrarse sorprendida ante mi reacción. Esperaba eso de mí. Me hará sentir incómodo y plantearme borrar de la memoria de ambos todo el contacto que han mantenido conmigo. Yo me contendré.

—Debería acceder... —continúa el doctor—.

A que le hagamos algunas pruebas…

—A que le hagamos algunas pruebas…

Para determinar…

—Para determinar…

Me adelanto a cada palabra, a cada mínima reacción. Un movimiento de un párpado, de las fosas nasales, el momento en que se ajusta las gafas al puente de la nariz para repasar algún dato en su carpeta.

Es una experiencia grabada a fuego. ¿Cómo no podía ser así? Fue la mañana que tomé conciencia de que la telepatía podía matarme si abusaba de ella.

El sueño se repite como una película aburrida que no se tiene más remedio que volver a ver. Y despierto cada vez más tarde. Hay dos datos significativos en el sueño. El primero, obviamente, es que mi cerebro está acusando mis poderes de la peor manera. El segundo es que los datos de mi caso quedan registrados en las computadoras del hospital. Mi expediente ha quedado marcado para siempre por este nuevo tipo de demencia vascular. A partir de aquí, me convierto en un paciente de riesgo. Ictus es una palabra muy comprometida. Aquel es un fichero digital que no me interesa que figure en los registros médicos.

El sueño prosigue hasta que me marcho del hospital, prometiendo al neurofisiólogo que volveré a los pocos días para hacerme más pruebas. Promesa que aún hoy no he cumplido.

Ahora el sueño da un salto hasta la noche de ese mismo día, cuando recibo una llamada al teléfono fijo de mi casa. No son horas de llamar a nadie. Temo que sea una emergencia y por eso descuelgo el auricular. Nada más que por eso. Hoy por hoy ya no le hago caso al teléfono fijo. Solo recibo ofertas de compañías telefónicas, estafas y conversaciones que nadie quiere mantener. Nadie con quien deseas hablar te llama al teléfono fijo.

La voz del hombre, cavernosa y contundente, no me deja mediar palabra y se pone a hablar en cuanto me llevo el objeto de plástico a la oreja.

—Nos ha llegado información acerca de su caso. El ordenador

del hospital ha activado nuestras alarmas. Usted es Isaac Zarco.

No es una pregunta. Ese individuo se limita a repasar lo que sabe, más para mantenerme informado del hecho, por pura cortesía, que porque necesite una verificación.

Es extraño que el sueño llegue hasta aquí. Normalmente, no pienso nunca en esta parte.

—¿Llama del hospital?

—No, no llamamos de su hospital. Verá, nos preocupa mucho su salud. Es un momento clave para usted, en el que va a tener que tomar decisiones importantes. Podría necesitar consejo. Guía.

—¿Quién es usted?

—Y si no aprende a controlar sus peculiares artes, señor Zarco, quién sabe, podría extraviarse, acabar consumido, esquizofrénico. Mal.

—Le he hecho una pregunta.

El Hombre de la Voz Cavernosa se pasa una lengua estropajosa por los labios. Puedo escucharlo con nitidez, como si hablase a través de un micrófono de condensador de gran membrana. O como si estuviese presente a unos centímetros de mi oído.

—Normalmente —prosigue—, reparamos en casos como el suyo demasiado tarde. Cuando ya no hay rectificación posible. No son sus circunstancias. A usted lo descubrimos hace mucho tiempo. Aún recuerdo a esa amiga suya tan particular. Usted está a tiempo para muchas cosas, señor Zarco. Que un rayo me parta, incluso estaríamos interesados en concederle, en un margen de tiempo efímero, el ingreso en… el Conciliábulo.

Y cuelga. Sin dar tiempo a más preguntas, a interesarme más por la oferta, incluso a aceptarla.

No le quise dar más importancia entonces. No entiendo el porqué.

Mi teléfono fijo lleva desconectado un par de años.

~

Abro los ojos. Estoy amordazado y atado a una silla de salón. El

dolor en la cabeza es atroz. Toda esa parte del cráneo donde recibí el impacto está ardiendo. La siento como si alguien me hubiera abierto un agujero, clavado una pajita de metal directa al cerebro y me hubiera convertido en un sorbete de sesos disponible para cualquier chupador ocasional.

Renzo Scarfiotti está dentro de Carlos Borman, con un ordenador portátil sobre las rodillas, sentado en el suelo. Muy concentrado en lo que, supongo, es una búsqueda de internet del futuro. Renzo murió en 1995, por lo que han pasado en torno a treinta años desde su imaginada muerte. Debe encontrarse ante un mundo muy cambiado.

Soy incapaz de invadir su mente. Lo sé porque ha sido lo primero que he hecho en cuanto he abierto los ojos. Me he lanzado de cabeza (nunca mejor dicho). Nada. Se me ocurren varias teorías al respecto, aunque la que más sentido tiene es que Renzo es una forma de vida artificial y, por tanto, su mente se rige por otras reglas. Entiendo que solo un miembro del Grupo Fobos podría tener acceso, ya que ellos son sus padres, las mentes implicadas en su creación. La parte mala de esto es que ninguno de ellos es telépata como yo, lo que nos deja peores cartas para ganar esta partida. La parte buena es que, si estoy en lo cierto, Renzo no puede poseer a ninguna otra persona que no sea uno de los cuatro.

¿Se olió la doctora Landra este percal y por eso ha desaparecido?

En el gran salón del chalé de Borman, Lorena Ruth y el doctor Pont siguen atados y amordazados. Los nudos son fuertes, intento resistirme, aflojarlos, comprobar la holgura, y el resultado es casi nulo. Yo no estoy atado a un sofá pesado con cinta americana como Ruth y Pont, conmigo ha usado cuerdas y una silla que podría, con movimientos bruscos a izquierda y derecha, volcar de lado. En la caída la silla podría romperse y darme la oportunidad de encontrar holgura suficiente entre las cuerdas para liberarme o algo. Llegado el momento óptimo. Y no es este.

Renzo ha encontrado un buen cuchillo táctico con el que nos puede destripar sin contemplaciones. Él no es así, no es el fantasma de un sádico asesino de Whitechapel, pero aquí entra en juego el

principio del frenesí transitorio.

Una idea original de mi padre y que jamás me tomé en serio.

El principio del frenesí transitorio consiste en que un fantasma, al no verse controlado por glándulas pineales ni pituitarias, puede fácilmente caer en arrebatos emocionales sin control. Su forma de sentir es absoluta; cuando ama, lo hace sin restricciones, se entrega completamente. O puede caer también en el odio y el miedo y todo ello traducirlo en violencia. El simple hecho de verse atado a un escenario que no le corresponde o no poder reunirse con sus seres queridos con plena libertad lo convierte en una forma de energía furibunda e impredecible.

El espíritu de una persona bonachona y serena podría, en la muerte, convertirse en un fantasma nervioso y vehemente.

Renzo, por razones obvias, no entiende nada de nada. Está en otra época, todo lo que conoce o bien es diferente o, directamente, no existe. Según las palabras de Pont cuando me llamó al móvil, tomó posesión de Carlos Borman y visitó Desfortes y Montmeló, el lugar donde vivió y el lugar donde murió. Tiene sentido. Probablemente haya querido localizar a su familia, a su mánager, el director de equipo… Sin éxito.

Erin se coloca delante de mí.

—¿Qué puedo hacer?

No puede hacer nada. Solo es física para mí. Puedo sentir su tacto, puedo… hacer cosas con ella. Pero no puede liberarme de las ataduras ni golpear a Borman, pasarme el cuchillo o lo que sea que me pueda venir de perlas ahora.

[Estoy pensando]

Mantener comunicación mental con ella es un alivio tremendo. Es como estar menos inmovilizado. Podría contactar también con Pont y Ruth, cuando haya un plan en marcha, ponerlos al corriente y coordinarnos sin haber pronunciado ni una palabra. Es algo que Renzo no se espera.

—Nada —dice Renzo. Cierra la tapa del portátil de un manotazo y se levanta de la silla con el cuchillo en la mano—. Voy a tener que averiguarlo de otro modo.

Se encamina a mi silla, acerca la mano libre a mi cara y me

arranca el trozo de cinta americana de un fuerte tirón. A mi barba de cuatro o cinco días le parece la peor idea del mundo. Emito un gemido, muevo la mandíbula inferior hacia los lados y me paso la lengua por los labios.

Renzo se agacha para enfrentar su rostro al mío. La punta de su cuchillo se coloca sobre mi bolsa escrotal.

Tiene toda mi atención. Se lo está ganando.

—Y usted ¿quién es? —dice.

—¿Yo?

—Los demás sé quiénes son. De usted no sé nada. ¿Es el jefe?

—¿Jefe? No. No soy el jefe de nadie.

Clava un poquito la punta de la hoja en el pantalón. No traspasa la tela vaquera, pero ya consigue hacerme daño.

—Escúcheme, por favor, señor Scarfiotti o… ¿cómo quiere que le llame?

—Renzo.

—Renzo, usted no es así. ¿Qué cree que va a hacer, matarme?

—Si no responde a mis preguntas, es posible. No sé.

El principio de frenesí transitorio dice que sí. Que podría matarnos a todos y luego arrepentirse, quizá demasiado tarde. No es dueño de sus actos. Es el equivalente, en un fantasma, a estar enajenado. Para cuando recupere la cordura, si es que ocurre…, quién sabe. Ya podríamos estar en el mismo plano existencial que él.

Se me pasa por la cabeza la imagen de una pelea entre dos fantasmas. Menuda idea.

—Estoy dispuesto a responder cualquier pregunta que tenga —me ofrezco.

—¿Es el jefe o no?

—¿El jefe de quién?

—De estos —se alza cuan alto es y señala a los otros dos rehenes con el arma blanca—. Son una secta, ¿no es así? Una secta satánica.

—¿Cree que somos una secta satánica?

—Cienciológica, quizá.

Renzo clava la punta del cuchillo en el hueco de madera entre

mis piernas separadas. Deja el arma clavada en la silla, a un centímetro de mis testículos.

—No me tome por estúpido. Recuerdo perfectamente el accidente. Supongo que entonces robaron mi cuerpo. Recuerdo las invocaciones, las conversaciones deletreando las palabras. ¿Qué ha pasado con mi cuerpo? ¿Qué han hecho con él?

Me imagino su proceso mental. Se piensa que está vivo y que ha sido víctima de algún experimento científico maligno. Muy propio de las historias de terror de la Universal clásica. Experimentos con rayos y esferas Tesla, para intercambiar las mentes de cuerpo o algo así. Béla Lugosi y Boris Karloff.

—¿Y mi familia? —prosigue nuestro confundido secuestrador —. Más vale que empiece hablar, porque sé que usted es quien lo orquesta todo desde la sombra.

—¿Yo? En absoluto. Yo acabo de llegar a esta fiesta.

—Sentí cómo intentaba meterse en mi mente. Pude sentirlo. Dando patadas a la puerta para colarse aquí dentro. —Se da unos golpecitos en la sien, un gesto que ya vi hacer a alguno de los miembros del grupo cuando me sumergí en el doctor Pont—. Si me dice dónde está mi cuerpo y mi familia, permitiré que ella —señala a la enfermera— se marche de aquí.

—No va a creer la respuesta.

—Eso es asunto mío.

Tomo aliento y lo suelto lentamente.

—Está bien —accedo—. Vayamos poco a poco. Según parece ha visitado el caserón Desfortes, ¿verdad?

—Continúe —dice muy serio.

—Y lo ha encontrado abandonado. ¿En qué año cree que está?

Él no responde enseguida. Debe de conocer la respuesta, no es tan complicado indagar al respecto; habrá sido de las primeras cosas de las que se ha cerciorado. Otra cuestión es asumir esa realidad.

—Continúe. —Ahora parece mucho más crispado.

—De acuerdo, voy a tener que soltarlo de golpe. Sin miramientos. Puedo ayudarle a procesarlo, si quiere. No va a ser fácil. Al principio va a sonar a disparate, por lo que tendrá que

tirar de entraña y asumir que no hay otra explicación. Estoy seguro de que sentirá la verdad en su interior.

»Usted es una invención, Renzo. Estas cuatro personas, ellos —señalo con la barbilla a los maniatados—, el hombre a quien posee y la doctora Landra, a quien pudo ver en el asiento de al lado cuando se metió dentro del doctor Pont y le obligó a sacar el coche de la carretera…, son quienes le crearon a usted. En el fondo de su corazón, por decirlo así, sabe que esto es cierto.

Renzo niega y niega con la cabeza. Da unos pasos en una dirección, regresa a donde estaba antes. Mira a los demás rehenes, intentando explorarlos, vislumbrar alguna declaración de intenciones, sin éxito.

Repara en el cuchillo que aún está en su mano y lo agarra con más fuerza. Su furia transitoria podría llevarle a cometer un acto atroz, por muy poco violenta que sea su personalidad inventada. La negación ante una revelación tan traumática incrementaría el grado de embriaguez demencial.

Ahora mismo estoy corriendo un riesgo increíble. Si arremete contra alguien, lo pagará conmigo.

—Lo que dice es imposible —reniega Renzo.

—Pont es un fanático de la Fórmula 1, por eso ideó el plan de que usted fuera a ser un piloto de éxito. Cuando usted estuvo dentro de su cuerpo, justo antes de provocar ese choque contra el árbol, pudo verlo dentro de su conciencia. No reparó en ello, pero ahora podría hacerlo. Todo lo que usted sabe sobre la competición es lo que él sabe al respecto. Lo puede comprobar en cualquier momento; si salta de Borman al doctor Pont, podrá comprobar lo que digo. Ahora mismo, usted se ha hecho lo suficientemente fuerte como para saltar de un envase corporal a otro.

—¿Está diciendo que salte a su mente? ¿A la de él? —Señala con la punta del cuchillo al doctor, que no aparta la vista de la afiladísima hoja.

—¿Cree que su cuerpo físico, Renzo, está guardado en un laboratorio lovecraftiano, dentro de un tanque con líquido amarillento? Si fuera un fantasma típico, su cuerpo ya llevaría tiempo pudriéndose en un ataúd. Sin embargo, no es así, no hay

cuerpo. Usted no está en ningún cementerio. Es una mente creada por otras mentes. Una forma de vida incorpórea desde su origen. Una forma-pensamiento. Un *tulpa*. No sé si hay un término más adecuado para algo como usted.

Observo cómo lleva los ojos a un lado y hacia otro, su consciente rebuscando en unos hemisferios que jamás han existido, tratando de recordar, procurando imaginar. Si para mí ya es suficientemente absurdo, no me quiero hacer una idea de cómo será para él.

—Es imposible —insiste.

—Necesita ayuda, Renzo. Yo podría hacer algo. Intentarlo al menos. Mírenos, ¿en serio considera la idea de que somos una secta? ¿Una secta de científicos satánicos? Piénselo bien.

—Ustedes me invocaron.

—Ellos le crearon.

Renzo Scarfiotti se mira las manos. Frota una contra la otra. No es algo nuevo para él. O eso debe de pensar. El aspecto del cuerpo de Carlos Borman es el de un bebedor compulsivo tras la resaca de una borrachera que ha durado veinticuatro horas seguidas. Ojeras, tono pálido. No es una posesión diabólica en el amplio sentido de la expresión, pero el daño que va a hacerle al cuerpo anfitrión puede ser muy parecido. Cuanto más tiempo pase dentro del actor, más riesgo corre de matar su organismo.

Nunca me ha dado por aprenderme el ritual de exorcismo, aunque creo que eso podría expulsarle de Borman.

No va a ocurrir, así que no merece la pena darle más vueltas.

El piloto cambia el semblante, se lleva la mano libre a los cabellos y se los estruja a conciencia, como si quisiera arrancárselos a manojos. Se agita, le tiemblan los pies sobre la alfombra de oso pardo. Cuando aparta la mano del pelo no tiene ni un mechón entre los dedos, aunque se queda muy despeinado.

Echa un vistazo a la escena, como si la viera por primera vez. Tres rehenes, un cuchillo afilado en su mano. Se derrumba. Sus rodillas golpean el suelo con fuerza al caer como un fardo. Él no acusa daño alguno. Se vence de lado y apoya una mano para no caer del todo, soltando el cuchillo. Sus ojos se humedecen y se

diría que le falta la respiración.

Erin se acerca a él con intención de ayudarle. Él la ve aproximarse.

¡La ve aproximarse a él! ¡Está reparando en ella! La contempla con cara de idiota. Alguien que estaba en la habitación y a quien no ha visto hasta este preciso momento.

Ignoro por qué puede verla, lo único que puedo decir es que… está sucediendo.

Erin le pone una mano en el hombro y le ofrece la otra.

—Venga, Renzo, levántate. Pareces un guiñapo.

—¿Quién…?

—Me llamo Erin.

Renzo lleva la mano de Borman hasta la mano imaginaria de Erin y la estrecha. Realmente está percibiendo algo tangible y real. Erin le ayuda a ponerse de pie.

Lo hace. Cuando ya está erguido, ella se aparta un poco.

Renzo se recoge en una pose cargada de apocamiento. Un niño recién regañado por el padre. Se seca una gota de sudor que le cae por la frente y examina la punta de sus pies, avergonzado al ver, justo a unos centímetros de distancia, el cuchillo que tenía entre sus manos hasta hace unos segundos.

Erin camina hacia la encimera de la cocina americana. Renzo y yo la seguimos con la vista. Se sienta sobre ella tras un saltito y cruza los pies.

—Yo te entiendo, Ren —dice ella—. He pasado por lo mismo.

El piloto sonríe tristemente.

—A ti también te han…

—Sí. Más o menos. Fue por otros motivos, pero el origen es el mismo.

—¿Por qué antes no te he visto?

La pregunta de Renzo llega en el momento más oportuno. Era la pregunta, una de los dos millones trescientas mil que me obnubilan, que me estaba haciendo ahora mismo.

—No sé —dice ella—. Supongo que me necesitas. Y si me necesitas —abre las piernas y los brazos ampliamente—, aquí estoy.

Los dos se ríen como colegiales.

Yo aprovecho para mirar a Pont, que ahora mismo, junto a la enfermera, no debe de estar enterándose de nada. Tendremos tiempo de explicarles qué pasa.

[Pont, soy yo]

Él deja de extrañarse mirando a Renzo-Borman hablar con la nada, para extrañarse mirándome a mí.

[Hay que cambiar el chip] [Se acabó afrontar esto como una cacería]

En el pensamiento superficial del doctor se refleja el hecho de que él nunca concedió derechos existenciales a su fantasma artificial. Y, sí, por mucho que le incomoda la idea, él lo vio todo como una expedición de castigo. Buscar y destruir. No vino pidiéndome ayuda para que liberáramos a Renzo. La libertad no entraba en sus planes. Quería que eliminara a Renzo.

[Vamos a ayudarle] [Ahora Renzo ha salido de su frenesí transitorio]

Pont asiente con la cabeza.

Erin sigue obrando su magia. El piloto está atónito. Podría ser la primera persona que logra encandilarle. Y más allá de lo que le digan sus recuerdos implantados, es una experiencia nueva para él.

—Este de aquí —Erin sale de la cocina americana, rodea mi silla y me abraza desde atrás— es mío. Creo que, en este momento, Ren, lo que necesitas es una amiga. Por eso estamos comunicándonos. Seré la amiga imaginaria de un fantasma imaginario. Emocionante, ¿no? Casi *supercalifragilístico*. Solo faltaría que esos dos pobres inmovilizados del sofá, la doctora que falta y el pedazo de pibe que vistes ahora mismo… fueran la invención de otra persona. ¿Te imaginas? Te ayudaré si liberas a mi chico y dejas que haga lo que sabe. Créeme, es un poco gilipollas a veces —me da una bofetada muy suave—, pero le quiero muchísimo. Y es… quien puede enseñarte la puerta que tú debes abrir…, Neo.

Renzo no pilla la referencia. Aquella película se estrenó cuatro años después de su muerte. Y si es un fantasma psicosomático tan bien hecho como parece, aunque sus creadores

hayan visto la saga entera, él no debería incorporar ese conocimiento a su trasfondo. Todos los parámetros de la teoría del anexo han funcionado muy bien; por lo que este debería surtir el mismo efecto. A pesar de eso, el piloto italiano comprende el contexto.

—Bueno, si tú lo dices, me fiaré de él. Por el momento, únicamente de él. Y luego, ¿qué hacemos?

Erin se coloca en medio de la sala y mete las manos en los bolsillos de su cazadora de cuero.

—Vas a permitir que Isaac se meta en tu mente. Abres la cerradura y le invitas a pasar. *Hola, Zarco, bienvenido a mi casa*. Va a ser más fácil y lo vas a pillar a la primera. Todo.

—No sé si fiarme tanto.

Erin mueve el pie, inquieta.

—Renzo, sigue tu instinto. ¿Te fías de mí?

Él se queda deslumbrado, sin palabras, sin poder reaccionar.

Tras unos instantes que se hacen eternos, camina hacia mi silla sin perder de vista a Erin.

—Me fío.

Ella le guiña un ojo.

Me acaba de sacar de un aprieto de los grandes. Hacemos buen equipo; siempre ha sido así.

CAPÍTULO 15

EL PILOTO

No parece un recuerdo. Es como una simulación. El grado de detalle es demasiado preciso para que un cerebro humano pueda memorizarlo.

Es la mente de Renzo Scarfiotti.

El griterío y la animación del *paddock* y el colorido de cada elemento que me rodea, el olor, incluso la brisa que acaricia mis mejillas, los detalles poseen una definición y una carga de información que supera la percepción de los sentidos. Ninguna memoria podría retener tanto.

El escenario es el circuito de Montmeló. Es su último día de vida.

El simple acto de trasladarse de una zona común, como es la sala de *briefing*, al *pit* del equipo incluye un tipo de estrés concreto para el cual existen maniobras no escritas en ningún manual, que solo tienen por objeto reducir a la mínima expresión el tiempo que se le puede conceder a un aficionado (y sus ansias por coleccionar autógrafos) y a los periodistas bucaneros que se te pegarán como lapas a cambio de unas declaraciones no concertadas.

La misión es ir del punto A al punto B lo más deprisa posible sin echar a correr.

—*Will you win today*, Renzo? —pregunta el reportero. «¿Ganarás hoy?».

—*È una gara molto difficile* —le respondo.

Es una vivencia de Renzo. Yo soy Renzo. Por alguna razón, situarse en un plano cenital y objetivo me es imposible. Es el recuerdo más pegajoso al que me he enfrentado. No puedo ser un simple espectador, debo vivirlo. Si estoy aquí, estoy aquí.

Hasta las últimas consecuencias.

—*What?* —periodista anglosajón. Típico. Hablan un único idioma.

—*Difficult race* —respondo. Mi inglés es mucho mejor de lo que suelo demostrar en público. Esto me viene bien para hacerme el tonto cuando conviene, irme por las ramas ante preguntas incómodas y, en general, hablar poquito en las ruedas de prensa.

Si pudiera no haría jamás una sola declaración ante los medios. Lo cual, obviamente, es imposible.

Acelero el paso. La zona reservada está a quince metros.

El tipo me pregunta si temo las órdenes de equipo. Le respondo que no. Me recuerda las posiciones en el Mundial de Pilotos. Mi compañero de equipo tiene 120 puntos en la general; yo le sigo con 112. Aún restan tres carreras. Cada Gran Premio cuenta. El equipo no va a favorecer a uno sobre el otro. Cualquiera puede ganar. Dejarán que lo disputemos, a riesgo de que podamos tocarnos y acabar ambos fuera de la pista. Ocurrió en Imola y Julien terminó en la arena, sin tren delantero y graznando por la radio, fuera de sí, acordándose de todo mi linaje familiar. Volvió a pasar en Hockenheimring, aunque esa vez el que se estrelló contra el muro de neumáticos fui yo. Cuando se me acabaron los insultos en italiano, pasé al inglés. Durante dieciséis minutos. En Monza, nuestros alerones delanteros se engancharon en la variante del Rettifilo y nos fuimos los dos directos a la grava, de la que ya no logramos salir. No nos arrojamos el uno contra el otro porque la directiva del equipo ya nos había disciplinado convenientemente. Nos contuvimos. Probablemente, Julien me hubiera arrancado la cabeza de cuajo. Es grande, el cabrón. Llevábamos meses sin hablarnos, pero desde ese día evitamos incluso mirarnos. Las celebraciones en el podio se convirtieron en momentos tensos.

—*The most important thing* —respondo al fin— *is the team.*

¿Lo más importante es el equipo? Y un cuerno. Pero así zanjo el asunto y abro por fin la puerta del recinto de Benetton. El sujeto sigue haciéndome preguntas a través del cristal de la puerta cerrada. Puedo respirar aliviado. Un rato al menos.

Yo sé que, si estalla el conflicto, Eladio Salvatore, nuestro

director de equipo, me beneficiará a mí siempre que pueda. Está en nuestro plan dar el salto a Ferrari en cuestión de dos años. Juntitos de la mano: él mandando y yo ganándolo todo. Será el momento álgido de mi carrera profesional.

No puedo saber que hoy es el día en que voy a morir. Concretamente, en dos horas y doce minutos.

¿Obraría de otra forma si supiera que disfruto de mis últimos momentos de vida?

~

Se acabó. Los protocolos finalizaron. El politiqueo con la dirección de Carrera, los ánimos de los patrocinadores, declaraciones robadas a la prensa, los consejos del jefe de Equipo, el griterío de los fans desde la grada, los camarógrafos de televisión acercándose todo lo que pueden… Todo eso se terminó. Ahora está el circuito, veintitrés depredadores maníacos a bordo de sus respectivos ataúdes con ruedas, Julien Veyron en la primera posición de salida y, solo un puesto por detrás, yo. Ambos con el mismo Benetton de motor Renault. Diez cilindros en V relajados y tranquilos, aguardando su oportunidad de estallar en una tormenta de furia y estruendo. Dentro del casco mi respiración resuena profunda, siento la adrenalina liberando un caudal minúsculo, suficiente para administrar la tensión necesaria, pero sin llegar a entrar en niveles básicos de nerviosismo. El corazón sabe lo que hace.

No hay nada como este momento. Vivo para este momento. El plan es meterle el morro a Julien sin piedad, acometerlo desde su tren trasero izquierdo y aprovechar su reacción lógica para atacarle por la derecha. Sé cómo suele cerrarse al llegar a la primera curva, siempre hace lo mismo cuando sale desde la *pole*. He sufrido sus maniobras de cerrojo en curvas de estas características.

El primero de los cinco semáforos dobles se enciende. Acciono el encendido de motor, permito que se revolucione lo mínimo. Este ronroneo hace que vibre todo el habitáculo. Es como una ligera corriente eléctrica. Suave y placentera. Segundo semáforo. Un segundo por cada uno de ellos. Tercero. Piso un poco más para

revolucionar sin ahogos. Queda poco. Cuarto semáforo. El corazón se precipita, no se puede evitar. Aprieto los dientes con fuerza. Último de los semáforos rojos. Los cinco brillan con intensidad. Permanecen así un instante. El rugido de todos los monoplazas es una sinfonía de pasión violenta y furor sin sentido.

Con dieciocho años calé un Fórmula 3000 y no he vuelto a cometer un fallo semejante en toda mi carrera. El miedo permanece. Me aterra que vuelva a pasar. Un calado, uno solo, echaría por tierra todo el esfuerzo del año.

El último segundo previo a la carrera se lo concedo siempre a este temor. Es mi ritual.

Ahora se apagan todos los semáforos a la vez. El *Maelstrom* se desata.

Libero el embrague. Acelero un tercio del recorrido total del pedal. El motor atmosférico no es gran cosa acelerando. Es tan progresivo que decepciona. No hay turbos desde 1989. Voy hundiendo el pie poco a poco, no perder *grip* es fundamental para mantener la línea recta. El sonido emitido por los motores no es proporcional a las velocidades que se logran en estos primeros latidos de carrera. Mucho ruido y pocas nueces. Paso a segunda marcha casi enseguida, trece mil revoluciones. Tercera. No hay indicaciones ni luces en mi consola de mandos. El sonido y las reacciones de toda la máquina me dictan cuándo pasar a la siguiente marcha. Es todo control y dominio de esta bestia de tres litros y setecientos cincuenta caballos. Las gomas han de adherirse a la pista como pegamento. Tiene su arte. Cuarta marcha a ciento sesenta kilómetros por hora, coche recto, es el momento de ir a fondo. Quinta marcha, sexta.

Julien se mantiene a mi ritmo. Ha salido tan bien como yo. Por los retrovisores no veo ninguna amenaza apremiante. Como si los demás no estuvieran. Es nuestro duelo personal.

El ritmo del monoplaza pasa de nada a todo. El viento estrellándose en la visera de mi casco es una poderosa mano invisible empujando mi cabeza contra la almohadilla. Sin el casco, el aire me pegaría los globos oculares al fondo de las cuencas y me asfixiaría lentamente. Las *fuerzas g* operan sobre todo el organismo.

Nadie puede hacerse una idea de lo que se siente. Un astronauta, quizá.

Cubrimos la zona rápida que nos queda por recorrer de la gran recta en muy poco tiempo. La curva se aproxima. Julien levanta el pie un tanto, yo no. Acerco mi alerón delantero a su rueda izquierda trasera y cubre el hueco desplazándose ligeramente hacia mi posición. Me tapa medio coche. No le da ningún miedo que haya impactos. Si le toco, será culpa mía y me sancionarán. Aminoro y me voy colocando tras él, a menos de un palmo de distancia. Él frena cuando tiene que frenar, cuando vas primero tomas la trazada perfecta con tiralíneas. Se desplaza más hacia el vértice opuesto y yo aprovecho para abrirme hacia su derecha. Freno más que Julien, permitiendo que él gane unos metros, pero confío en forzar menos la curva y encontrar antes el punto óptimo de aceleración a fondo. Desde el interior. No es mala maniobra porque es inesperada. Julien odia las jugadas imprevistas. Si sale bien, saldré más rápido de la primera curva de noventa grados y le ganaré la posición en la segunda, que llega enseguida.

Julien aguanta con estoicismo. Cuando logro emparejarme con su vehículo, sigue siendo dueño y señor de la trazada. Me ha ganado la primera curva y la segunda es una curva que se toma a fondo. Él tiene la ventaja y si no se achanta se mantendrá primero. Y no se achanta. No se achanta para nada. Las ruedas de nuestros coches se emparejan hasta el punto de compartir los grumos de degradación microscópicos que salen despedidos de los neumáticos.

Esto no es un pulso, nadie echa a nadie como en una persecución policial. Si nos rozamos, nos iremos contra el muro los dos. Yo no regalo nada y mi compañero de equipo tolera mi presencia a su lado durante los metros que dura la siguiente recta. No hay casi diferencias de motor ni de configuración de marchas o reglajes. Vamos a llegar pegados en paralelo a la siguiente curva y él mantiene la ventaja.

No me voy a arriesgar con la frenada. Prefiero ir detrás y degradar menos goma que entrar en el estúpido juego de los

adelantamientos constantes. Ahora tú, ahora yo, ahora tú, ahora yo. Eso machaca el motor, los frenos y los neumáticos. Quiero rebasarle y mantenerlo en el retrovisor toda la carrera. Esperar mi oportunidad. El gancho de izquierda que lleva al otro púgil a besar la lona.

Tengo que ceder en la siguiente curva. Me pego a su difusor trasero y me quedo allí varios metros, un trenecito imantado, hasta la horquilla que se nos aproxima y en la que intento adelantarle de nuevo desde el interior. Él frena en el punto exacto. Milimétrico, como si el que condujera fuera un maldito robot. No me deja hueco ni para achucharle el morro y meterle presión. Entra y sale con una limpieza exultante. Me gana unas centésimas que no le duran mucho porque, en el fondo, él es preciso y cabal y yo soy agresivo y estoy bastante peor de la cabeza, así que me lanzo a por él de nuevo con un ansia suicida. No conduzco igual yendo por delante que por detrás. Defenderse requiere más frialdad, asegurarse de no cometer error que valga. Atacar es más instintivo. Hay que hacer amagos, provocar, enseñar los dientes. Mantener ese tipo de tensión toda una carrera no lo hace todo el mundo.

La recta tras el *turn 9* permitirá que alcancemos velocidades superiores a trescientos kilómetros por hora. Una ocasión sensacional para tomarle el rebufo y pasarle, pero es una maniobra que lleva su tiempo, sobre todo con dos coches en idénticas condiciones; y tras eso llega la curva más complicada de todo el circuito. Podría ganarle la posición y luego no recuperar la trazada con espacio suficiente, por lo que tendría que decidir entre pasarme de frenada y mantenerme por delante en el vértice de la curva (y seguramente volver a la segunda posición) o bien frenar en el punto idóneo y que Julien me adelante desde el exterior. De cualquier forma, es demasiado pronto. Si no lo veo claro, casi es mejor seguirle el paso durante varias vueltas y confiar en que él cometa un error. Hacerle creer que voy a por todas, jugar al farol como en el póker y luego aguardar una mejor oportunidad.

Y así sucede.

Llega la chicane y ocurre lo mismo. Yo aprieto, me cruzo, me abro al contrario, le meto medio coche en el vértice, salgo en la

salida como un meteoro. No lo consigo.

El juego dura varias curvas más. A veces llego a colocarme por delante, únicamente para confirmar que tengo peor trazada y entregarle la posición. No le supero nunca. El esfuerzo para no ceder terreno e impedir que escape es notable. Y para él resistir este acoso no va a ser nada sencillo. El baile continúa una vuelta entera.

En la gran recta de meta lo intento otra vez con el rebufo, pero los dos monoplazas están demasiado igualados y le cazo con muy poco espacio para ganarle por completo la posición, por lo que mi tren delantero no consigue sobrepasar al suyo cuando llegamos a la zona de frenado.

Y él vuelve, una vez más, a tener mejor trazada.

Va a ser una carrera de aguante. El más obstinado se impondrá, desde luego, y somos fieras salvajes dispuestas a todo.

Hoy puede pasar cualquier cosa.

~

Las vueltas se suceden y los neumáticos han pasado de estar calientes a empezar a degradarse. Ha habido algunas oportunidades de arrojarme a muerte, pero Julien me ha resistido cada envite.

En el equipo estarán dándole vueltas a la cuestión de meternos a repostar. ¿A quién llamarán primero por radio para que lo haga? Sea quien sea a quien le toque el primer turno, desaparecerá de pista tiempo suficiente para que el otro se lance a correr como si el diablo le persiguiera. Ganar un par de décimas sería un gran logro. Y en el segundo turno de boxes las cosas podrían volver exactamente al punto en que nos encontramos, pero con las gomas en perfectas condiciones. Todo el proceso de las dos paradas duraría unos minutos de tensión máxima. Es una buena oportunidad para adelantarle y ahí el equipo debe ser preciso y no cometer ningún error.

Ganarle la posición justo ahora, antes de entrar en el *pit lane*, desequilibraría la balanza. Arremeto de nuevo en la curva de

Campsa, a medio gas para entrar en la gran recta. Es una zona ciega en subida y le clavo el morro en el costado derecho, forzando más de la cuenta el ángulo de maniobra y penetrando su línea invisible de trazada. Es como darle un pequeño codazo, pero él responde. Da un ligero volantazo para empujarme a mi sitio. Como nuestra visión periférica está entrenada, veo las intenciones al instante. Los coches parecen imantados negativamente. No hay roce por milímetros. Es un farol constante, detrás de otro y otro. Ninguno quiere irse contra el muro. El duelo empezó en cuanto arrancó la carrera, y aquí estamos.

Le presiono a la salida de curva. Emparejados, afrontamos la segunda recta más larga del circuito. Al llegar a la horquilla se produce la misma situación. Freno más tarde que él y sitúo mi alerón delantero por delante del suyo, solo para enfrascarme en una maniobra más lenta y farragosa que le permite a él salir con ventaja. El resto son varias curvas rápidas por las que se pasa a gran velocidad. No hace falta frenar, basta con levantar un poco el pie del acelerador y regular la potencia.

Entramos en ese segmento del circuito con muy poca diferencia. La velocidad es mareante. Amago para entrar por el exterior a riesgo de hacer más recorrido y tener menos opciones. Quiero asustarle, impedir que se abra demasiado. Dejarle claro que no va a poder hacer su trazada perfecta porque yo ya estoy ahí. El mundo es un borrón fuera del monoplaza. Líneas difuminadas de un cosmos vacío y hueco. No hay nada más allá del asfalto. Conozco el recorrido, todos los pilotos lo tenemos interiorizado, memorizado hasta el más mínimo detalle. Es el momento de levantar un poco el pie. No lo hago. No sé por qué no lo hago. Arriesgo un poco. Otro poco. Cuando me quiero dar cuenta, tengo todo el tren delantero por delante del alerón de Julien. Le estoy rebasando. La fricción del aire aplasta el vehículo contra el suelo, un surco que se abre a fuerza de pura violencia aerodinámica. Es apuñalar un muro de viento. Me estoy abriendo demasiado, siento como cada pieza de fibra de carbono oscila en torno a mí. El terreno presenta irregularidades. La rueda delantera izquierda se levanta un tanto y pierde tracción, se eleva a la altura de un dedo

meñique. El efecto suelo desaparece durante unas milésimas de segundo.

Es suficiente. Para cuando el neumático vuelve al suelo, la rueda trasera opuesta genera un latigazo. Una reacción imprevista. Si freno ahora, trompearé. Giro el volante unos grados hacia el exterior. Trato de compensar. Demasiado tarde para *contravolantear*. La velocidad es descomunal. Pierdo tracción en una rueda de cada tren. Piso el pedal de freno, ahora sí, un único toque. Bajo un par de marchas de golpe. Demasiado tarde para reducir. Me salgo del circuito. Invado la grava. Pisotón al freno. El coche no me hace caso. Las leyes de la física dictan que ahora estoy a su merced. Demasiado tarde para recuperar el control. La fuerza centrífuga azota verticalmente la parte posterior, el coche vuelca de lateral y termina por dar una vuelta de campana. Dos vueltas de campana, tres. Se acabó. El mundo gira a mi alrededor como un torbellino. Demasiado tarde para todo. El monoplaza gira como la broca de un taladro en dirección al muro. El *intake* de la toma de aire tras el asiento queda destrozado, dejando mi cabeza totalmente expuesta.

Es imposible escuchar el enorme crujido de mi cuello al romperse contra el suelo, pero puedo sentirlo un instante antes de morir. No hay dolor. No hay nada. La máquina convertida en chatarra seguirá liberando piezas en todas direcciones, y mi cabeza se bamboleará hacia aquí y hacia allá, como un globo tirado de un cordel, aunque yo ya no esté ahí dentro.

Oscuridad.

Oscuridad.

Luz.

~

Estoy sentado en una terraza privada, con un té helado frente a mí. Es el jardín de la casa. Jardín con piscina en forma de ocho, donde una mujer rubia de gran atractivo juega con una cría, lanzándose un flotador con cabeza de tiranosaurio. La niña juega en la parte que no cubre.

Es el caserón Desfortes. Si bien esta residencia nunca ha tenido piscina.

Renzo está sentado al otro lado de la mesa, tomando otro té frío con una rodaja de limón. Es él, con su verdadero aspecto. Pelo de un suave pelirrojo, pecas sobre el puente de la nariz, ojos muy claros. Tirando a bajito. Con un polo deportivo de marca y unos pantaloncitos cortos de muchos bolsillos.

Aquí es él, tal y como fue concebido, sin la rabia de ningún frenesí transitorio.

—¿Lo ha visto? —pregunta mi anfitrión.

—Sí.

La experiencia se suspendió tras la muerte, no tan instantánea como me figuraba. No creo que Pont ni ninguno de sus colaboradores idearan una forma de morir tan rica en detalles. Debe de ser cosa de la propia mente de Renzo y la teoría del anexo.

—Mírelas —me dice—. Les encanta vivir aquí. Hace un frío de mil demonios en invierno, pero en verano es el paraíso.

Los dos contemplamos cómo la madre lanza el flotador hacia arriba y cae salpicando hacia la pequeña, que se protege los ojos del agua sin parar de reír. Es una escena encantadora.

—Nos levantamos —continúa Renzo— cuando una brisa se cuela a través de las ventanas abiertas de nuestro dormitorio, acariciando nuestras mejillas. Nos acostamos cuando estamos exhaustos, después de haber aprovechado el día a conciencia. Comemos cuando tenemos hambre y no reparamos en el reloj en ninguna circunstancia. —Se rasca el hueco de la mano entre el índice y el pulgar, donde tiene una pequeña verruga—. Creo que es nuestro último verano.

—Son recuerdos felices. Han de ser un tesoro.

—Lo son. Sigo recordando cosas. Momentos maravillosos que pasamos Lisa y yo con la pequeña. Un día que le compramos a Loretta ropa de mayor para su cumpleaños, y le hizo una ilusión enorme. La cena romántica en el crucero por el Nilo. Los detalles que Lisa me hizo advertir del tríptico La adoración de los Magos del Bosco. Y si sigo recordando cosas, significa que me las estoy inventando. ¿No es así?

—Me temo que sí.

—La teoría del anexo. Lo sé por esa información que me sobreviene de repente. Forma parte de los conocimientos prestados de mis cuatro creadores. Me llegan detalles acerca de sus vidas que es posible que ni ellos conozcan. ¿Sabe que Pont se siente atraído por Borman? Y detesta la sensación, porque es una causa perdida. Cuanto más tiempo paso en este mundo, más consciente soy de todas las sinapsis implicadas en mi creación. Estoy vinculado a ellos.

Por un lado, aunque celebro que Renzo esté comprendiendo la verdad, me entristece notablemente.

—Si le he dejado entrar aquí —prosigue diciendo—, es porque se supone que usted es la persona indicada.

—Indicada para… ¿qué exactamente?

—Usted es una especie de semidiós o algo así.

—Yo no diría eso.

—Erin me lo ha hecho comprender. Usted es el amo de la mente. Puede hacer lo que se proponga. Cambiar esto o aquello.

—¿Qué es lo que quiere que haga por usted?

Le da un buen trago a su té y señala hacia la piscina.

—¿Podría conseguir que las olvidara?

No me esperaba una petición así. Me desarma por completo.

Por otra parte, tiene todo el sentido del mundo. Sería una manera de dejar de sufrir. Porque entiendo que las echa terriblemente de menos.

—Podría ser. Lo intentaré, si eso es lo que quiere.

—Es demasiado para mí. Sé que no es real. Estoy repasando un recuerdo, pero no logro vivirlo como tal. No hay placer en esto, solo ausencia. Siento una especie de nudo enorme, del tamaño de un balón, en mi pecho. ¿Cómo puede ser? Ni siquiera tengo pecho propio. La sensación de ahogo es insufrible. Venero algo que no existe. No imagino cómo estar más lejos de ellas.

—Es posible que deje de ser usted mismo.

—¿Cómo dice?

—Si las borro, teniendo en cuenta que su amor por ellas y el que las eche tanto de menos forma parte de su *modus vivendi*, uno

de los reclamos que permitiría a su espectro manifestarse en las sesiones de espiritismo de Pont y su equipo, es posible que tenga que derribar pilares básicos que le definen a usted. Porque Renzo Scarfiotti es un piloto que se mató en una carrera, pero por encima de todo eso, es un marido atento y un padre ejemplar. Si me cargo todo eso, no sé qué quedará de usted.

Renzo espanta con la mano una avispa que revolotea cerca de su bebida. El nivel de detalle de la simulación mental es extraordinario.

—No quiero sentir todo lo que siento. Es sufrimiento, la mayoría de las veces. Esta vivencia en directo, por ejemplo, es maravillosa. Estamos aquí, debería ser genial, y no lo es. El olor a cloro conlleva un montón de sensaciones. Lisa y yo probamos la piscina por primera vez haciendo el amor en los escalones de acceso sumergidos. Recuerdo a la perfección el día en que compramos, por capricho de Loretta, ese flotador de dinosaurio. Podría seguir con cada detalle de este momento.

—Su mente está falta de experiencias reales. Así que las llena con pura invención.

—El que no sea real lo convierte en insoportable. ¿Puede imaginar que el peor infierno posible sean estas rememoraciones de plena felicidad?

Es una contradicción en sí misma y, al darle vueltas al asunto, se me presenta la verdadera realidad de la vida de Renzo. Echar de menos a un ser querido que ya no está se puede superar con el tiempo, porque se sigue viviendo después de todo. Renzo está atrapado en estos bucles; es todo lo que tiene, es todo lo que es. No puede proseguir con su vida como una persona normal, que recupera su trabajo, sus fines de semana, sus rutinas, y que tiene un puñado de personas que conforman su núcleo privado. Renzo es la persona más solitaria que he conocido en mi vida.

—Si lograse borrar todos estos recuerdos, su complejidad, lo que le ha permitido alcanzar la autoconsciencia, podría disiparse. No estoy seguro, pero existe la posibilidad de que se convirtiera en un simple espectro. Una película de un fantasma que recorre el pasillo de un castillo, con una sábana por encima y una cadena. Yo

no mato a nadie. Que no se lo merezca al menos. Y usted es una forma de vida, con sus derechos humanos y…

—Pero es lo que yo deseo. Prefiero morir a vivir así.

Caigo ahora en que Renzo no tiene la opción de suicidarse. No hay acción o efecto que pueda acabar con su existencia en modo alguno.

—No puede pedirme eso, Renzo.

Desde la piscina, agitando el flotador a izquierda y derecha, la pequeña Loretta saluda a su padre con una sonrisa desdentada. Luego se mete dentro del círculo de plástico hinchado y se lanza a nadar hacia la madre.

Renzo se gira hacia mí y apoya las dos manos sobre la mesa.

—Se lo imploro. Borre todo esto.

No es tan sencillo. Detestaría matar o inhabilitarle, convertirle en una mente vegetal, que perdiera su esencia. Sería un crimen.

—Mire, Renzo. Llevo toda la vida pensando en lo que significa la vida, en el propósito de nuestra existencia. Hay varias corrientes de pensamiento que aseguran que el universo es como es para que la vida pueda brotar, en determinadas condiciones, y perpetuarse. ¿Para qué? Algunos grandes pensadores dogmatizaron que para poder obtener la autoconsciencia, como objetivo primordial de la vida, y que de esta forma el cosmos llegue a comprenderse a sí mismo. Como ocurrió en este planeta.

»No obstante, para dar como resultado al *Homo sapiens* tuvieron que ocurrir un montón de tragedias planetarias y situaciones imprevistas. Es como ganar una partida de póker tras descartarse de las cinco cartas de la mano, con la gran suerte de que las siguientes cinco cartas recibidas de la banca conforman una mano imbatible. Si la búsqueda del universo es la autoconsciencia de las formas de vida que brotan en rincones remotos, hay una cantidad ingente de recursos desaprovechados.

—¿Usted cree que la autoconsciencia es un acto azaroso?

—No sé qué pensar. El profesor Preuss, el mentor de mi padre, creía que el cosmos perseguía incansablemente la vida. Que era un objetivo primordial. Asteroides y cometas viajando de aquí para allá, con los elementos necesarios para fertilizar mundos. La

teoría de la panspermia. Y que la vida como tal anhelaba la conciencia de sí misma para poder seguir indexando información a una suerte de gran biblioteca sideral. Los archivos *akáshicos*, donde todas las formas de vida intelectiva ingresan información vital por el simple hecho de existir.

»Las creencias del profesor Preuss iban más allá. Él creía en unas normas que dictaban que solo podía haber una especie trascendente y autoconsciente por planeta, pero que, una vez que una de las formas de vida lograba tal efecto, podía ser sustituida por una especie emergente en el supuesto de que la primera fracasara o se autodestruyera. Aventuraba la posibilidad de que, en el supuesto de que el ser humano acabara con su propia existencia, los delfines experimentaran un desarrollo exponencial y mutaran para ser los siguientes señores de la Tierra.

»Por eso, hoy día los delfines tienen conciencia del yo, pero no poseen ego. No mientras nosotros ocupemos esta posición dominante.

Renzo medita el razonamiento.

—Entonces —dice—, el propósito del universo es almacenar información.

—Es una forma de verlo.

El sol se desplaza por este firmamento inventado y me obliga a mover la silla hacia el interior de la gran sombrilla.

Le doy otro trago al té. Está delicioso.

—Si todo esto de lo que hablamos es cierto —lo digo apenas susurrándolo, y el entorno parece bajar el volumen para prestar atención—, su participación en esta historia es capital, Renzo. Una forma de vida artificial con sus propias aportaciones para esos colosales archivos de memoria.

Él resopla, molesto.

—Criado para ser una cobaya, ¿debo seguir siéndolo? No quiero ser un experimento constante. Si no puedo vivir como una persona normal porque no tengo cuerpo, nada tendrá sentido. Ni siquiera sé si tendré un más allá como el de cualquiera. ¿Qué dice usted? Parece un experto en ese tema. ¿Mi alma viajará al siguiente nivel de existencia?

—¿El más allá? Sobre el más allá yo soy de la escuela de Sócrates. Solo sé que no sé nada.

—¿No sabe decirme si lo que me espera es lo mismo que lo de los demás fallecidos?

—No. No lo sé. Usted no es un fantasma corriente, porque es un tipo de mente que funciona bajo otros parámetros. No ha desencarnado, ya que fue creado en el (vamos a decirlo así) éter entre mundos. La línea divisoria de la vida tridimensional con el siguiente nivel de existencia. Yo no pude entrar en su mente cuando quise y, si estoy aquí, es porque usted me lo permite. Dicho de otro modo: sus reglas son para usted. Las nuestras no pueden aplicársele.

»No sé qué más allá le corresponde, Renzo. Podría aguardarle la nada definitiva. La no existencia. Puede que no sea justo, pese a que no tenga elección. No se lo puedo decir. Tampoco sé cuánto tiempo estará existiendo entre planos. Si mueren los cuatro miembros del Grupo Fobos que le crearon, ¿logrará usted permanecer? Puede que haya un tiempo prudencial de existencia consciente para los espíritus psicosomáticos y, pasado ese periodo, podría empezar a desaparecer. También una absoluta inanición podría desembocar en ese fin. Quién sabe.

—Quién sabe —repite él, con amargura.

—Es solo especulación.

El piloto estira los pies y los entrecruza, echándose hacia atrás en su mecedora y haciéndola balancearse suavemente.

—¿Usted sabe lo que es estar enamorado y no poder gozar de la compañía de su media naranja?

Bárbara acude a mi mente de un *flashazo*. En una escapada de cuatro días a Londres, la última de las tardes, subimos a uno de esos taxis tan característicos para un trayecto corto y ella, con una de sus sonrisas candorosas y un lenguaje corporal de niña mojigata de convento, se me sentó encima a horcajadas y se puso a besarme en el cuello. El conductor era un chico joven que, en lugar de reprendernos, no perdió detalle desde el retrovisor.

No pasó mucho más. Cuando yo empecé a encenderme ella se separó de mí y me acarició la punta de la nariz con su dedo índice.

«Señor Zarco, compórtese», dijo, juguetona.

Sus juegos nunca llegaban demasiado lejos. Todo le daba vergüenza. Sus arrebatos de locura y pasión me parecían tan fugaces que me exasperaban. Alzaba la mano desde la parada para detener el autobús y luego no se subía.

No sé por qué ese instante ha acudido a mi memoria.

Creo que no estoy enamorado de Bárbara. Es una chica fantástica, la quiero, no puedo decir otra cosa. Y terminaría por amarla con todo mi corazón, con el pasar del tiempo, en el supuesto de que no fuera un telépata. Lástima. Supongo que ya nunca comprobaré esta teoría.

De Cosette, prefiero no acordarme.

Y luego está Erin.

Renzo aguarda que responda a su pregunta

—Entiendo lo que dice. Dejémoslo ahí.

Renzo se pone en pie y me señala una esquina del techo del porche, donde hay una especie de formación orgánica, parecida a un montón de cartones mojados estrujados.

—¿Ve eso? Es un nido de aviones. ¿Los conoce? Son pájaros muy pequeños.

—¿Aviones? Sí, claro.

—El nido está hecho de barro. Entran y salen a una velocidad tremenda. Ahí vive un par. Construyen nidos bajo alféizares, bajo las terrazas de pisos de media altura; no son dañinos, los vecinos no suelen protestar. Unas aves muy simpáticas, los aviones. A veces, los vemos asomar la cabecita, a mi hija le chifla cuando consigue verlos. — Observa el nido durante un buen rato—. ¿Todo es producto de mi imaginación? ¿No hay nada real?

—Seguramente, una buena base de su historia importa detalles de las vidas de sus cuatro creadores. El resto, sí, es invención propia.

—¿Ha sentido mi muerte?

Vuelve a primer plano esa sensación de estar aprisionado en el habitáculo del monoplaza, girando como una bala, el suelo alcanzándome desde un flanco a toda velocidad, partiéndome el cuello como una rama.

—Ya lo creo.

—¿Cree usted que el doctor Pont, que es el experto en Fórmula 1, ideó en su imaginación esa experiencia pavorosa?

—Lo dudo muchísimo.

—Ya. Yo tampoco lo creo. He sido yo. He creado un modo de morir horrible. Incorporo detalles dentro de detalles. Estos recuerdos me parecen más reales y sofisticados que el mundo real. A través de los ojos de Carlos Borman se ven los colores menos vivos, los fondos menos nítidos, todo tiene peor sabor…

—Tiene razón —le digo—, este escenario en el que estamos… es demasiado intenso, Renzo. Ningún recuerdo es tan vívido; ni siquiera la realidad es tan minuciosa. Harían falta supersentidos para percibirla de este modo.

Es un efecto que se conoce como hiperrealidad. Muchos testigos de sucesos paranormales, encuentros del tercer tipo y viajeros del orden astral lo definen así. Se ve todo con una definición imposible. Es la manera que tiene el cerebro de completar la información que recibe de, o bien una situación irreal, o bien de una zona tan alejada de los márgenes de nuestro mundo que puede resultar inconcebible.

—Es tan real que me ahoga —confiesa Renzo, y cierra los ojos con fuerza, como si así pudiera rebajar el nivel de precisión de esta simulación mental—. Y es tan auténtico, tan placentero que...

—Le entiendo.

Abre los ojos y se seca una lágrima de un restregón, ofendido por su propia sensibilidad.

—Haga que acabe.

—Lo intentaré. Pero primero debe salir de Borman. Es una posesión en toda regla. El cuerpo no puede vivir con salud con una mente ajena dentro. Las mentes se asignan a los cuerpos en un momento concreto del embarazo, no me pregunte en qué momento, lo ignoro. Si otra mente lo ocupa, lo que solemos llamar posesión, el cuerpo se rebela, enferma. Ha de salir.

Aunque no es una posesión tal y como se concibe ese suceso, de naturaleza habitualmente diabólica. En una posesión tradicional, el ente invasor tarda en dominar completamente el

cuerpo usurpado. Se comienza con una influencia que pasa a ser infestación. La posesión propiamente dicha requiere un esfuerzo enorme por parte del espíritu.

Lo que hace Renzo, debido a su especial condición, está más cerca de lo que hago yo con mi poder psíquico que de una posesión propiamente dicha.

Con todo, no puede ser bueno para el cuerpo huésped.

—¿Dónde me ubicaré? —pregunta él—. No quiero volver a ese limbo de inconsciencia, manifestarme solo cuando me invoquen mediante espiritismo.

Las chicas ya han acabado su baño. Se aproximan, secándose con toallas y riéndose por algo. Me pregunto si lograrán verme. A fin de cuentas, esto es un recuerdo, yo no debería estar aquí.

En efecto, no me ven. La mujer, llamada Lisa Sanabria según el informe del equipo de investigación, le habla a su esposo de la cena de esta noche; parece que su hermano se presentará con su nuevo amigo. Aplica un tonito muy significativo a la palabra *amigo* y acaba el comentario con la frase «a ver cuánto le dura este».

Me tengo que acordar de César.

La niña se sirve un poco de té frío y protesta por que los hielos lo han aguado demasiado.

Yo no existo para ellas.

En cuanto se introducen dentro de la casa, Renzo vuelve a centrarse en mí.

—¿Qué dice, Zarco? ¿Se le ocurre alguna solución? Tengo la certeza matemática de que, si salgo de Borman, volveré a Desfortes. Estoy atado a ese lugar. Pude escapar de ahí forzando mi entrada en este hombre. Salí de allí dentro de él. Y solo lo he abandonado para saltar al interior de los demás. Poseí momentáneamente a la doctora Landra, por unos minutos nada más, para darme una vuelta por su casa y eso…, poca cosa. Se asustó muchísimo. Por eso entró en pánico cuando hice lo propio con Pont, la noche que estrellé el coche contra el árbol. Puedo saltar de uno a otro. Lo hice también con Lorena Ruth, pero no se enteró de nada. Estaba profundamente dormida.

Es una hipótesis con sentido. Si no le permito ocupar un

cuerpo, será arrastrado al caserón abandonado donde fue despertado. Y el lugar podría atraparle indefinidamente, sin la capacidad de volver a ocupar otro cuerpo humano.

Nuevamente, en hipótesis.

—Lleva mucho tiempo en Borman. Podríamos alcanzar un acuerdo para que se fueran turnando entre los cuatro.

—Me siento mejor aquí. Esta mente está mejor adaptada a mí. Es el mejor médium del grupo, supongo que puso más energía que los demás. Lo intuyo. Quizá porque ellos lo creen así, y yo lo sé por vinculación directa. ¿No podría quedarme más tiempo? Además…, ese coche suyo… ¡Cuánto ha avanzado el automovilismo en treinta años!

—Se meterá en Pont.

—Yo creo que es mejor si…

—Va a meterse en Pont o se quedará solo.

Percibo en uno de sus ojos claros un brillo de malicia. El frenesí transitorio de los fantasmas iracundos asomándose a la ventana y preguntando si le dejan entrar en casa.

—Si me traiciona o…

—Confíe en mí —le insto—. Le enviaría un mensaje telepático de honestidad incuestionable, la verdad pura en un *pack* mental, pero su conciencia es infranqueable para mí. No puedo controlarle, Renzo. Es una sensación… muy desestabilizante.

—Me fiaré de usted.

—Pues despertemos de este trance.

Salir de esta hiperrealidad me cuesta más de lo que me había imaginado. Los sondeos profundos siempre son intensos; una parte se resiste siempre a salir. Los recuerdos de la gente enganchan, siempre ha sido así. Tras un tiempo sin invadir la cabeza de nadie, lo echas de menos. Por ello, regresar a tu propio cerco, tu conciencia única e intransferible, deja un poso amargo.

Nada como esto. Renzo es la peor droga a la que me he enfrentado jamás. Es un néctar tan dulce que…

—Hey, chico-mutante —es la voz de Erin—, despierta.

Chasquea los dedos varias veces delante de mis ojos.

—¿Qué demonios…?

Es el salón principal del chalé de Carlos Borman. Pont y Ruth continúan maniatados. Con aspecto demacrado. A juzgar por la luz que entra por los ventanales, pueden haber pasado horas.

—Estás sangrando por la nariz —afirma Erin.

Puedo sentir el sabor de la sangre en los labios. El dolor del golpe en la cabeza no remite. Renzo me dio con todas las ganas.

Observo el rostro de Carlos Borman, de pie, a unos metros de mí. Puedo intuir a Renzo bajo su expresión.

Me dirijo, muy serio, al doctor y la enfermera.

—Este secuestro se acabó —les informo—. Voy a decirles lo que va a pasar. No les va a gustar mucho, eso ya se lo garantizo. Al final, estamos pasando por toda esta situación debido a su curiosidad parapsicológica insana. Es por su culpa. Ahora hay que apechugar. —Permito que Renzo corte mis ataduras y trato de incorporarme de la silla con cuidado. Me crujen los huesos de las rodillas. Se me ha dormido un gemelo y no me quito de la cabeza el sabor adictivo del interior de la mente de Renzo—. Verán… No sé cómo decirlo… El plan es…

¿Cómo se le dice a la gente que van a tener que turnarse para ser poseídos?

—Ustedes tendrán… que…

No, en serio, ¿cómo se dice?

CAPÍTULO 16

SOLUCIÓN FRANKENSTEIN

Está siendo una jornada intensa. Creo que, al final, todo el mundo asimilará la nueva situación. El coste está siendo una inversión de capacidad neuronal y esfuerzo oratorio de primera categoría.

Debido a una cuestión práctica, y que a veces ser un hijo de puta es muy práctico para según qué cosas, Renzo y yo les explicamos a los demás qué está pasando sin quitarles las ataduras de manos y pies. Las mordazas sí, porque ciertas preguntas merecen ser respondidas. Sin embargo, no queremos que alguno intente agredir a Borman-Scarfiotti, salga huyendo de allí o algo peor; de ahí las precauciones.

Ataditos no están más guapos, pero, a regañadientes, se comportan.

La idea es que les entre en la cabeza que Renzo Scarfiotti ha reaccionado de modo violento en ciertas circunstancias debido al síndrome del frenesí transitorio, equivalente al común de los fantasmas confusos que quedan varados entre mundos. No es del todo culpa suya. No puede evitar ser lo que es.

La idea de que el fantasma artificial salió de Desfortes dentro de Carlos Borman, usurpando su personalidad, explica por qué no sintieron su presencia astralmente dentro del caserón una vez que se firmó su sentencia de muerte. También deja claro que el plan de hacerlo desaparecer no podía funcionar de la misma forma que su creación. Tiene su lógica. La gente no muere volviendo al vientre de las madres.

Gusta infinitamente menos que Renzo haya tenido a Borman bajo control la mayor parte de todo este tiempo. Hay que extender el diálogo mucho más allá de lo que yo tenía previsto, y me tienta

la idea de someterlos a todos mentalmente y hacerles comprender a las bravas que ahora el plan es que él forme parte del equipo, y que para ello necesita estar presente a través de los cuerpos de sus creadores. *El plan es el plan, y punto. La próxima vez no os preocupéis tanto por parir fantasmas psicosomáticos y dedicaos a dar cursos de latín o haceos jueces de patinaje artístico.*

Todos formamos parte de la solución. La solución Frankenstein.

La perspectiva científica que motiva a todos los miembros del grupo sirve para que acepten que, a partir de este momento, hay que permitir que otro lleve la carga durante un tiempo limitado. Y pasarse la patata caliente entre ellos por turnos.

Teniendo en cuenta que lo están llevando con cierta filosofía (un sondeo psíquico superficial está bien justificado en estos momentos), me animo a desatarles por fin tras una hora de parlamento, dejar que estiren las piernas y sigan normalizando la situación. Por muy loca que sea. Y a pesar de que hemos dejado atrás la condición de secuestrador-rehenes, el ambiente se percibe muy raro.

Pont mira a Borman-Scarfiotti peor que nunca.

Con palabras muy bien escogidas, logro hacer comprender a todos los presentes que se deben disculpas mutuas, pues, aunque yo tengo muy claro quién desempeña el papel de huevo y el de gallina, llegado a cierto punto de la historia todos han obrado inconvenientemente. ¿Que ha habido faltas mayores y menores? Por supuesto. Si bien todos han operado dentro de una posición ética cuestionable. Quien esté libre de pecado…

A pesar de que yo hago la mayoría de las exposiciones, Renzo participa puntualmente, apoya mis hipótesis y aporta detalles en la narración. Incluso se ofrece a darles la mano y llevarse bien con todo el equipo, por mucho que eso no va a resultar fácil los próximos, con suerte, diez mil años.

Pont se compromete a ser el siguiente cuerpo anfitrión de Renzo y el salto físico de un envase corporal a otro es casi instantáneo, aunque Carlos Borman (a quien se había dejado sentado durante la transición) tarda casi medio minuto en volver

en sí.

Lo que yo me temía es que las cosas fueran a ser más complicadas con él. Y así ocurre. Lo lleva peor que nadie. Asumir todo lo ocurrido es para Borman un varapalo tremendo.

Recordemos que Carlos Borman trató de verificar la consunción psíquica de Renzo deambulando de una habitación de Desfortes a otra, completamente solo, en busca de sensaciones extrasensoriales. Renzo vio la oportunidad de asaltar su mente por sorpresa y poseerle, abandonando el cerco del caserón dentro de un cuerpo físico humano.

Como el fantasma artificial está vinculado a sus cuatro creadores, no le ha sido difícil hacerse pasar por Borman durante este tiempo.

—¡Para vosotros es muy fácil! —ruge Carlos Borman, fuera de sí.

Renzo, dentro del cuerpo de Pont, toma cierta distancia. Se aproxima a la cocina, por si debe utilizar algún utensilio en defensa propia.

No creo que Borman vaya a atacar el cuerpo del buen doctor, si bien me mentalizo de que podría tener que usar órdenes mentales de máxima urgencia.

—¡Os ha poseído únicamente en momentos concretos! ¡A mí me ha usado como una marioneta durante días enteros!

—Nadie te quita la razón en eso —añade Lorena Ruth.

—Desde ese último día en el caserón Desfortes —prosigue Borman—, he recuperado la conciencia dentro de mi cuerpo en solo tres ocasiones, tan debilitado y consumido que apenas podía arrastrarme de la cama de mi dormitorio al grifo de agua más próximo de la casa. Renzo no me ha dejado solo mucho tiempo.

Tiene razón. Es duro. La posesión de Lorena Ruth, por ejemplo, ocurrió de madrugada, mientras ella dormía, y Renzo apenas se miró en el espejo y poco más. La de la doctora Landra fue más breve aún, de apenas cuatro o cinco segundos, y tomó el control de su cuerpo mientras la doctora cenaba en un búrguer con sus dos hijos. Los niños no se percataron del intercambio de mentes en el cuerpo de su madre; ella, por otra parte, sí pudo temerse lo

que acababa de ocurrir, si bien la parte racional de su cerebro ofreció la explicación de un posible lapsus temporal, un efecto secundario derivado de la sugestión acumulada durante el experimento Renzo. A fin de cuentas, los dos médiums del grupo habían asegurado que la entidad Renzo se había vaporizado; no había motivos para creer otra cosa. Y debió de ser así hasta que, al poco tiempo de esto, pudo ver con sus propios ojos cómo Renzo tomaba posesión del cuerpo del doctor Pont mientras estaba al volante de su coche y lo estrellaba después contra un árbol.

Fueron tres saltos de cuerpo que duraron segundos, y tras ellos regresaba al cuerpo de Carlos Borman y permanecía allí, acomodándose al tipo corporal del actor de reparto.

Renzo intentó encontrar a su mujer y su hija, visitó su supuesta casa (que nunca lo fue), el circuito donde murió, siempre en busca de respuestas que no llegaron.

—Entiendo que ahora hay que seguir prestando envase corporal a… nuestra creación —Borman lo señala como un guía de museo a un cuadro especialmente vulgar, «esa obra menor del autor que nos ocupa»—. Ahora os toca a vosotros. Si hay que prestarse a un cuadrante de posesiones por turnos, adelante, yo me presto. ¡Cuando hayáis igualado mis horas de títere voluntario! Sois tres y vais a tener que aceptar que seréis poseídos durante mucho tiempo, hasta que igualéis mi marca. Mientras tanto, yo paso.

Ahora caigo en que no he tenido tiempo de presentarme ante él. No en condiciones.

Lo hago. No me va muy bien con las palabras durante varios minutos. Mediante telepatía le envío un *pack* de asociaciones neuronales que podrían servir de tarjeta de presentación. *Soy psíquico y puedo hacer esto, esto y esto*. El diálogo mente-mente le desconcierta, y mucha información puede ser interpretada como simples promesas sin fundamento, así que me veo obligado a hacer demostraciones mayores.

Le envío una orden mental para que se tranquilice y, por descontado, lo hace. Le sigue una visión increíblemente real de él mismo caminando a cuatro patas durante una semana entera,

comunicándose mediante ladridos, miradas intensas y algún lamido de agradecimiento. Miccionando en la base de los árboles con una pierna estirada hacia arriba.

Una promesa que estoy dispuesto a cumplir si no se comporta como es debido.

Por una parte, tiene toda la razón. Ha sido el más damnificado de los presentes. Lo cual no quita que pueda ahora desentenderse de todo. Él es tan responsable como los demás y, al considerarse el médium más capacitado, es quien mejor puede sobrellevar la carga de transportar a Renzo, por decirlo así.

Si se diera la circunstancia de que él debiera alquilar su cuerpo por mayor tiempo, al menos hasta que la solución se ponga en práctica, deberá elegir entre resignarse a ello o ser un perrito faldero los próximos siete días.

Me siento fatal por amenazarle de esta manera. Y al mismo tiempo, no me queda más remedio.

—Eso no es verdad.

[Erin, por favor]

—Te está encantando. Quieres que te desafíe, quieres ver al tipo gateando por la alfombra con una correa al cuello.

Erin podría tener razón. No es tan sencillo tener la oportunidad de controlar a tu prójimo y no hacerlo cuando se pone de verdad impertinente. Es una lucha muy dura. Tampoco es tan malo. Estamos avanzando una barbaridad. Han sido horas de comulgar con buenas ruedas de molino, pero aquí estamos. El grupo Fobos ha aceptado lo que hay.

Acordamos comportarnos como científicos.

El propio Borman propone un pequeño tentempié y seguir la reunión en su cocina americana, como si estuviéramos en la barra de un bar.

Borman es la clase de pijo que solo puede tener cervecitas IPA en la nevera, lo que me obliga a tirar de refrescos. No vive mal, por lo demás. Podría quedarme a vivir en esta casa.

—Lo cierto es que podrías quedarte a vivir, si quisieras —comenta Erin.

Ruth está contándole a Borman todo lo que se ha perdido en

los últimos días, riéndole tontamente las pocas salidas ocurrentes que el tipo le suelta (en su caso, no está el horno para muchos bollos chistosos) y colocándole las manos sobre su antebrazo mientras le devora con los ojos.

—Vaya si le gusta el tipo, ¿eh? —comenta Erin.

—Ya lo creo.

Hablo en voz alta porque Renzo, dentro de Pont, está pegado a nosotros.

Está conectado espiritualmente a los integrantes del Grupo Fobos, por mucho que no tenga ningún tipo de conexión social con ellos. Paradójico. Los padres y los hijos están condenados a no entenderse.

Después de haber pasado por un secuestro con violencia, que a mí me ha valido un buen chichón en la cabeza, haber vivido en carnes propias un accidente a trescientos kilómetros por hora, con rotura de cuello incluida, y haber convencido a unos rehenes de que el objeto de todos sus problemas en los últimos días ahora es el nuevo fichaje del equipo (por no hablar de demostraciones penosas de telepatía cabrona de último recurso), se puede decir que nos ha ido bien.

Renzo está totalmente tranquilo. Se diría que el frenesí transitorio no volverá. Ocurre con todos los espíritus del mundo.

Debe de ser duro tener que aceptar que toda la vida que recuerdas es una invención, que no eras real hasta que cuatro personas te crearon psíquicamente y que tu destino es incierto, en este mundo y en el próximo.

—¿Qué va a pasar con la doctora Landra?

La pregunta del piloto viene muy a cuento. Desde la posesión puntual de Pont en el coche, Landra ha calculado la ecuación y ha decidido huir, quién sabe adónde.

—¿Podría localizarla donde quiera que esté? —le pregunto.

Renzo se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Por muy lejos que vaya?

—La distancia no es un límite. El lazo que me une a estas cuatro personas es demasiado fuerte. Si se va a Indochina, podré

saltar de aquí —se señala al pecho con los dos pulgares— a allí —ahora hace como que sujeta firmemente dos enormes pechos invisibles— con un pensamiento.

Erin le da un codazo.

—¿Y si se va a Marte? —con la palma de la mano hace una maniobra típica de nave espacial, incluso imita el sonido.

Renzo se mira el codo donde ella le ha impactado y se queda anonadado.

Erin enarca las dos cejas a lo Groucho Marx.

—Menudo truco, ¿eh?

—Yo no podía hacer eso… Cuando estaba desencarnado no…

—Eres muy nuevo, Ren. No tienes ni un añito, pobrecito mío. Ya aprenderás.

Renzo, en lugar de ofenderse, sonríe tímidamente. Es curioso lo mucho que le hace cambiar el semblante al doctor Pont. Un señor seco y muy poco campechano que, con Renzo tras la piel, se diría que tiene unas facciones afables.

—En fin, creo que sí —responde—. En Marte también podría meterme dentro de la doctora. —Se rasca la nuca, meditando el asunto—. ¿Ya hemos llegado al planeta? Me refiero a los astronautas.

—No —le contesto—. Aún es una tarea pendiente.

—Ya.

—Hemos enviado robots. Y tenemos muchas fotografías de la superficie.

Renzo aguarda a que siga dándole detalles. No sé si es buena idea. Empezará a hacer preguntas sobre el presente y no pararé de hablar de nimiedades.

—No es tan futurista este año como nos imaginábamos en los noventa —añado en un tono apenado—. Los coches volando entre los rascacielos se nos resisten.

—Pero tienen robots astronautas.

—No se los imagine humanoides y dorados a lo Fritz Lang; recuerdan más a cortadoras de césped.

—Lo que usted ha dicho —conviene Renzo—, el futuro es menos futurista de lo que se preveía. ¿Qué pasa con la Fórmula 1?

Simple curiosidad profesional.

—Los mundiales los ganan los ingenieros antes de la primera carrera. El resto del año es confirmar el guion. Vale, Renzo —tengo que zanjar esta conversación ya—, aprovechando que Landra no tendrá que volver desde Indochina o Marte, debería saltar dentro de ella y traerla con el resto del grupo. La necesitamos.

—De acuerdo.

Ruth y Borman sacan unos cacharros de cocina de un cajón y se disponen a hacer para todos un arroz caldoso con pollo y verduras. Nada como la promesa de sexo fácil inminente para relajar al más nervioso.

Durante la comida los pondré al corriente del plan A y del, bastante más que probable, plan B.

—¿Por qué me ayudas, Isaac? —Es la primera vez que Renzo usa mi nombre de pila, tuteándome al hacerlo. Un paso en el terreno de la confianza.

—Porque estás vivo —le tuteo yo también— y todo ser vivo tiene derechos universales. Crear vida es la mayor responsabilidad que puede asumirse en este mundo. La gente lo hace por diversión, por realización personal, por presión social o incluso por accidente. Lo hace, antes que ninguna otra cosa, por ella misma. Un acto de máximo egoísmo que hay que compensar con máxima generosidad durante toda la vida.

Renzo se rasca la verruga del pulpejo de su mano. Un acto instintivo, porque no está allí. Nunca ha estado allí.

—Vaya, menuda reflexión —concede—. ¿Por eso tú nunca has tenido hijos? Porque eres responsable, ¿es eso?

—Creo que para aceptar ese trabajo hay que…

—¿Trabajo?

—Bueno, ya me entiendes… Para aceptarlo hay que estar convencido del todo. Sin el menor asomo de dudas. Yo siempre he tenido miedo. Un miedo pavoroso. No sé si sería buena idea. Y ante la duda, con esta cuestión, es mejor ponerse un candado.

Tiene gracia. Mi propio padre fue un ejemplo de fracaso estrepitoso como marido, pero se desvivió conmigo, lo sacrificó todo por mí. Puede que algunos sacrificios fueran innecesarios,

aprovechados incluso, empero, lo intentó. ¿Ser un buen padre compensa todas sus faltas?

Y por no caer en sus errores…

—Eso que dices no acaba de ser correcto.

Es Erin. Se sienta sobre una encimera y cruza los pies en el aire.

Mi creación accidental. Una prueba más de lo que digo.

—Y si me dices que lo mío es diferente, te pegaré un patadón desde aquí. Puedo llegar, te tengo a mano. —Estira el pie hasta colocarlo debajo de mi barbilla y luego lo aparta—. No obstante, sería verdad, yo fui diferente. No tenías ni idea de lo que estabas haciendo.

Pont-Scarfiotti la señala con el dedo.

—¿Ella es invención tuya?

—Sí. La parejita feliz y los doctores te hicieron a ti, yo hice a Erin. La diferencia estriba en que yo era solo un niño.

—Menudo poder has de tener.

—Puede que demasiado.

—¿No te tienta? Quiero decir…, no sé, podrías conquistar el mundo si te lo propusieras, ¿no?

Quién no lo pensaría. Yo mismo he sopesado la posibilidad. Puede que no algo tan aparatoso como conquistar el mundo. Nunca llegué tan lejos en mis reflexiones. Aunque llegué lejos. Bastante. Y el mundo es demasiado engorroso como para conquistarlo a fuerza de órdenes mentales. No sé si me dejarían. Podría ser que alguien tuviera algo que decir. Alguien con una voz cavernosa capaz de llamar a través de un teléfono desconectado: «Estaríamos interesados en concederle, en un margen de tiempo efímero, el ingreso en… el Conciliábulo».

—Procuro luchar contra eso —respondo al fin.

—Su padre le enseñó un código de honor —apunta Erin.

—Eso está bien. Si conseguir las cosas no costara esfuerzo, lo tendríamos todo. Todo sin excepción. Dejaríamos de luchar. Los éxitos se disfrutan si cuestan esfuerzo.

—¿Le concibieron a usted con valores, Renzo? ¿Quién de los cuatro le legó esa forma de pensar?

Él me mira con frialdad. Probablemente ofendido.

—He llegado a esa conclusión por mí mismo.

—Muy bien.

—Pienso. Ya conoce la frase. Pensé que usted lo entendía mejor que nadie.

Asiento con la cabeza. Bebo un trago de mi refresco. Deseo que me trague la tierra.

—Por supuesto.

Erin se planta en el suelo de un salto y agarra a Pont-Scarfiotti del brazo.

—Me gusta este tío —dice—. Casi preferiría que el plan A no dé resultado. Y que el plan B surta efecto, claro.

Coincido en que el plan B tiene trazas de ser mejor, suena más humano, ofrece un sinfín de beneficios y, si resultara, sería el colorín, colorado ideal para el final de un cuento. Y me llama la atención que Renzo no prefiera probar primero con esa opción. El plan B es lo que yo he bautizado como *solución Frankenstein*. Todos los integrantes del Grupo Fobos se vuelven a juntar y, durante un tiempo no inferior a los mismos meses que sirvieron para engendrar la mente de Renzo, moldean a su mujer y a su hija, las pergeñan y, finalmente, les dan vida como fantasmas artificiales. De la misma manera. Paso a paso. Sin muertes traumáticas como única diferenciación. Una familia de espíritus que podría llegar a tener una vida etérea plena en el interior del caserón Desfortes.

El plan A, en cambio, consiste en acceder a la petición del piloto de que yo, con mi telepatía más agresiva, le borre todos los recuerdos. Si suponemos que somos lo que recordamos, que nuestra memoria perfila nuestra personalidad, entonces él dejaría de existir. De sufrir.

El plan B es largo y tedioso. El plan A es rápido. Creo que Renzo no confía en el plan B. Yo no confío en el A. Solo pude acceder a la mente de Renzo estando inconsciente y con el permiso expreso de su anfitrión. Fue él quien me arrastró a su psique. Una vez allí no me sentí como siempre. Aunque era la misma experiencia de sondeo profundo, pude percibir una naturaleza distinta en esa mente, con un montón de detalles estridentes, de

acoples. Si el acceso a su mente es un muro para mí, puede que su memoria sea del todo invulnerable a mis técnicas.

Sus padres intentaron generar un efecto parecido. Idearon una nueva secuencia a su mitología, en la que imaginaron que entraba en el típico túnel con luz al fondo. Quisieron darle la trascendencia del mismo modo que le dieron vida. Y no resultó.

Que yo sea más poderoso mentalmente que los cuatro juntos no quita que, para mí, también pueda ser tarea imposible.

Qué mundo más caprichoso. Hay un montón de gente quitándose la vida en estos días, sin desearlo, y alguien como Renzo, con ganas de dejar de vivir, no es capaz de conseguirlo.

—Gracias por guardar mi secreto —hago un gesto con el mentón para referirme a Erin—. Prefiero que ellos no sepan que está aquí.

—Bastante tienen ya —secunda ella.

Renzo se muestra jovial, incluso da una palmada. Son expresiones que no había visto en el doctor hasta ahora.

—Podría decir —susurra él— que ahora mismo es mi mejor amiga. ¿Cómo traicionar a mi mejor amiga?

~

Después de comer, y tras quedar claro que el equipo Borman-Ruth se defiende impecablemente entre sartenes, les expongo los pros y contras de los dos planes que tener en cuenta.

Nuestro guapo y adinerado anfitrión se empieza a mostrar tan considerado y consecuente como en los recuerdos del doctor Pont durante los meses que duró el experimento. Por mucho que la figura de Renzo sea aún amenazante y un tanto alienígena, comienza a calar la idea de que todos juntos han generado un problema que ellos mismos podrían solucionar.

A pesar de todo, la creación de un segundo ente autoconsciente, llamémoslo *tulpa* o como queramos (y creo que Renzo está muy por encima de esas antiguas definiciones), podría no funcionar según lo esperado. En el supuesto de que la solución Frankenstein no acabe como la novela, donde la novia no llega a

cobrar vida en ningún momento, podría obtener el mismo resultado que la película de la Universal, con Lisa Sanabria huyendo despavorida del marido que se le ha asignado.

Desafortunadamente o no, los entes psicosomáticos son creados de la necesidad, del sufrimiento de los humanos que los producen. Salvando al pobre Philip y al todavía más desgraciado Renzo, hijos de parapsicólogos que juguetean con fuerzas que no comprenden del todo, como una comunidad de chimpancés apaleando una bomba atómica, las mentes psicosomáticas se alumbran para cubrir necesidades de terceros. Como la Eva del Génesis, como Erin, diseñadas para satisfacer los deseos de…

Siento la mirada fija de mi exnovia imaginaria.

—¿No crees que he aprendido un par de cosas? —inquiere.

Sin duda. Ni en el más imaginativo de mis sueños hubiera concebido el destino de Erin después de haber pasado página conmigo, o haber yo pasado página con ella, ayudando de maneras dispares a los inadaptados.

—Yo prefiero la expresión —sugiere ella— personas con dificultades.

Pero siempre evolucionó (evolucionaste, maldita cotilla mental) en la misma dirección. Diseñada para socorrer al necesitado.

Lo cual nos indica que la probabilidad de que Lisa Sanabria tome conciencia de sí misma amando a su marido el piloto con toda su alma es muy alta.

Incluso yo, con una psique entrenada, estaría dispuesto a intervenir en el segundo experimento, acelerando los procesos de concentración y energización necesarios. Añadiéndole contexto a la nada para formar algo. Y aunque no habría partículas físicas implicadas en la realización, sí añadiría un tipo de esencia muy específica a ese foco de donde emergerá una inteligencia llegada de ninguna parte. Ya que, por mucho que la ciencia no pueda demostrarlo, la vida no requiere necesariamente de átomos para existir. Y ahí está la clave. La auténtica materia de las sombras.

Lo siento mucho por el monstruo que interpretaba Boris Karloff, pero será al único al que darán calabazas.

A pesar de todo, cruzo los dedos.

Tras un postre, café y un cigarrito para Lorena Ruth que no se fuma entero, nos desplazamos hasta un estudio de lectura. Una habitación incrustada en el corazón de este chalé, con estanterías llenas de libros y un montón de parafernalia tecnológica que ya entra dentro de lo que suele ser el hábitat de un buen parapsicólogo. Una estancia que haría las delicias de Manrique Franzoni, equipada con todos los elementos para acoger ciertas experimentaciones mediúmnicas o, simplemente, para leer un buen libro fumando en pipa.

O lo que sea que hagan los que van de eruditos de estas mierdas.

Borman y Ruth se acomodan en un sofá de dos cuerpos. Pont-Scarfiotti y yo colocamos dos sillas enfrentadas en el centro de la habitación.

—Va a durar muy poquito —informo a Renzo—. Pero vas a tener que abrirme la puerta de tu cabeza.

—Lo intentaré.

Y me concentro.

Entrar en la mente de la gente es instantáneo para mí. Y vuelve a ocurrir. Permiso para subir a bordo. Permiso concedido. No me lo pienso ni un poco. Penetro a toda velocidad, por si el portal se sella de nuevo.

Como la otra vez, sigo sintiendo esta mente como un entorno extraño. No es el subconsciente de un humano corriente. Y puedo apreciar cómo va creciendo, hacia todas partes, como raíces de árbol. Cada recuerdo genera nuevos recuerdos. La información se multiplica. Ciertas escenas que yo pude ver con mis propios ojos (figuradamente), el *paddock* de la escudería, la escena de la piscina con el flotador dinosaurio, siguen incorporando matices, *prerrenderizando* detalles a lo largo de todo el escenario. No solo lo que recuerda Renzo está perfeccionándose, sino que hay un montón de nuevas vivencias floreciendo sobre la marcha. La teoría del Anexo siendo llevada a la máxima expresión.

Intento cortar una de las hebras de interconexión, acción de borrar, y no solo fracaso, sino que soy repelido con algo parecido a

una descarga energética, casi expulsado como reacción protectora. Si pierdo la concentración, regresaré a mi mente y cada sondeo será más dificultoso.

Trato de modificar sinapsis, cambiar la memoria en torno a un suceso. Imposible. Procuro añadir un nuevo recuerdo, algo que la mente debería aceptar, pues está en pleno proceso de recreación histórica. Nada. Es intocable. La mente más hermética a la que me he enfrentado. Me permite ser espectador, nada más.

Me lo temía.

Pruebo con algo más extremo. Arrojar una onda psíquica sobre un archivo mnemotécnico, un tic caprichoso. La manía de rascarse la verruga del pulpejo del pulgar izquierdo. Lo más parecido a propinar una patada giratoria a una vitrina de museo con un jarrón de la dinastía Qianlong. El destrozo lo dejará todo hecho un desastre, las respuestas de seguridad me expulsarán como a un insecto molesto.

Lo lanzo con toda la rabia del mundo. Allá va.

[…]

No… Maldita sea…

Me caigo de espaldas en el mundo físico, con silla y todo. Pont se abalanza para ofrecerme la mano. Me levanta del suelo con un movimiento rápido

No solo la onda psíquica no seccionó el filamento mental, sino que rebotó la acción hacia mí mismo. Sacándome de la psique en el acto.

Y ha dolido, joder que sí. Me paso la lengua por los labios. La ambrosía de esa mente es… deliciosa. En serio. Volvería a jugármela para entrar de nuevo. Sin cambiar nada, solo contemplar. Un mirón de balcón.

—Señor Zarco —Lorena Ruth me señala con el dedo.

Todo el mundo me mira con inquietud. Erin con mayor preocupación que nadie.

Mi oído ha vuelto a sangrar.

—Espero no haber sido yo quien…

—No, Renzo. A veces pasa. Tranquilos. Es normal.

—¿Se lo ha mirado un médico? —se interesa Borman.

Vuelvo a la sala de espera del hospital: «Tiene todos los rasgos de una hemorragia cerebral… Sangrado puntual… Anómalo, sin duda… Riesgo de ictus». El médico se limpiaba las gafas mientras lo decía.

—Sí, no se preocupe. No es nada. —Se hace un silencio muy incómodo, ignoro si por mi respuesta poco convincente o porque tienen curiosidad por saber qué ha pasado—. Yo tenía razón —digo a continuación—: no ha servido de nada, Renzo. La mente de una persona que ha tenido una vida física está moldeada de otra forma. Muchas rutinas cerebrales están tan interrelacionadas con la capacidad neuronal del cerebro que, tras la muerte del envase corporal, siguen influyendo sobre la mente del difunto, por mucho que ya no dependan de esos procesos. Dicho de otro modo, tu mente no está viciada por las dinámicas cerebrales. Es una mente en bruto, ya te lo dije. Creía que no iba a funcionar, ahora ya lo sabemos.

—No puedes borrar a mi mujer y mi hija.

—No. No puedo borrar nada. No puedo modificar, no puedo incorporar, es un sistema inexpugnable. Tu mente está convirtiéndose en una Gestalt. Un refugio nuclear a prueba de todo.

Lorena Ruth se pone en pie, como si algo esencial le hubiera sobrevenido de repente.

—La vida se abre camino —dice.

Parece que no soy el único que aplica referencias cinéfilas a todas las situaciones de la vida. Dos puntos para la Casa… esta chica tiene que ser de Hufflepuff a la fuerza.

—¡Sí! —se entusiasma Renzo. Debe de ser de las pocas que pille. Ha tenido dos años para ver la película.

Ruth se recompone y trata de usar un lenguaje corporal académico. Le toca aportar algo. A ver qué hace.

—Renzo no tiene más que su mente. Le dimos inteligencia, ¿no? Y es lo único que tiene, así que intentará expandirse. Se ampliará y ampliará porque… porque no puede reproducirse. ¿O sí puede?

—Si la vida se abre camino —interviene Borman—, debería

poder reproducirse por sí mismo. Si no, los dinosaurios van a ser más listos que él. Sin ofender, señor Scarfiotti.

Renzo da un paso en su dirección. El actor se agita en su asiento.

—Por no decir, señor Borman —le dice Renzo—, que, en un ambiente de único sexo, el 99,99 % de las especies se extinguirían.

—Esa peli me encanta —añade Erin.

—Yo creo —es mi turno— que Ruth podría tener razón.

—Lorena, por favor, Isaac. Lorena.

—La… reproducción, como usted dice, Borman, es posible de unas mentes a otras. Ustedes han creado una mente —le doy unas palmaditas en el omoplato a Pont-Scarfiotti—, a las pruebas me remito. Yo mismo…, bueno…, y creo que cualquiera, incluyendo Renzo, pero especialmente Renzo, podría hacerlo.

—Yo no llamaría a eso reproducción, Zarco —interviene nuestro anfitrión.

—¿Ah, no? ¿No estamos hablando de formas de vida que traen nuevas formas de vida al universo? Es usted de la escuela de Pont, que le cuesta aceptar que Renzo es, a todas luces, una persona.

—No creo que se haya demostrado con veracidad esa afirmación. Haría falta una investigación científica de mucho nivel.

Renzo cierra los puños con fuerza y enseña mucho los dientes al empezar a hablar.

—¿Y qué me dice de usted, Borman? ¿Alguien ha podido demostrar alguna vez su inteligencia?

Erin se parte de risa.

—Superfan tuya, Ren. Te lo juro.

Carlos Borman alza su pulgar hacia arriba mientras sonríe antipáticamente.

—Claro, claro. Es lo mismo, ¿no? Mi caso y el suyo. Pues siento discrepar, qué voy a hacerle. Usted no es un ser humano.

—Estamos hablando de formas de vida —me entrometo—, no de seres humanos. En una línea comparativa, un ser extraterrestre tampoco sería humano. ¿Está de acuerdo?

—Me parece que se está yendo de la cuestión, Zarco.

—No, no lo creo. Un ser extraterrestre (y yo no creo que nos visiten, quiero poner eso de manifiesto) podría ser humanoide y comunicarse en nuestra lengua; podríamos pues considerarlo un semejante; sin embargo, jamás diríamos que es un ser humano. En mi opinión, Renzo es eso: un semejante de nuestra especie. Resultante de ella y con un intelecto parecido.

—Coño, qué bien hablas.

[¡Erin!]

—Buen argumento, Isaac —reconoce Renzo—, gracias.

—Voto a favor —resuelve Ruth.

Erin levanta la mano, como en un congreso de diputados. Renzo le agradece el gesto con un asentimiento de cabeza.

—¿Qué estamos votando? —se indigna Borman—. Si Renzo merece o no vivir me importa menos que si merece las atenciones que ya está recibiendo. ¡He dejado que posea mi cuerpo durante días y días! Parece que nadie me reconoce el mérito.

—Oh, yo sí se lo reconozco —comenta Erin, al fondo de la sala—. Ha hecho un trabajo estupendo.

Qué demonios, la agudeza de mi chica imaginaria merece ser escuchada.

—Oh, aquí hay varios que se lo reconocen —le digo al actor médium—. Ha hecho un trabajo estupendo.

—El Club de la Comedia —comenta Borman.

—Vamos a crear al resto de la familia Scarfiotti —garantizo, con un tono de voz que no admite discusión—. Usted va a ayudarnos, y Renzo y yo formaremos parte del experimento.

Erin se pone a trastear con un mapamundi de una estantería. Hace ver que lo gira con el dedo índice, aunque la esfera planetaria no se mueve un ápice.

—Eh, un momento —dice ahora—, yo también puedo ayudar. ¿Yo también puedo ayudar?

Pont-Scarfiotti le dedica una mirada optimista.

—Por supuesto que sí, Erin.

Me imagino lo que Borman y Ruth están pensado. No hace falta sondearlos mentalmente. Contemplan al jefe y fundador del Grupo Fobos, un mentor para la joven enfermera, poseído por un

espíritu que han creado ellos mismos, dirigiendo la mirada hacia la nada y respondiendo a alguien que ninguno de los dos es capaz de ver, aun siendo médiums.

Carlos Borman se levanta del sofá y alza las manos para poner paz.

—Venga, chicos, yo no he dicho que no vaya a participar. Lo que pasa es que me ha traumatizado que… —se coloca delante de Renzo— tú me hayas poseído. ¿Es tan difícil de entender? —Repasa nuestros semblantes de uno en uno—. Es una violación de la intimidad en grado sumo. Sin permiso… Y… yo creo que, mientras estábamos en Desfortes, en las fases finales de la experimentación, si nos hubieras hecho saber lo que te pasaba, lo que querías…, podríamos haberte ayudado.

—Te recuerdo, Carlos —hace hincapié en que ahora todo el mundo se tutea aquí—, que la primera ayuda que me prestasteis fue intentar destruirme.

—Que marcharas al más allá. Evolucionar.

—Ni siquiera sabíais si iba a encontrar el más allá. Nadie lo sabe.

—La comunicación es la base de las relaciones.

—Eso es lo que queríais que fuera, solo una vía de comunicación. Hache, o, ele, a.

—Nadie pensó que fueras a convertirte en un ente autoconsciente.

—Lo sabía, la culpa de todo ha sido mía.

—De haberlo sabido, podrías habernos ayudado a ayudarte.

—No me fiaba de vosotros.

—Y yo ahora no me fío de ti, Renzo. No te quiero dentro de mi cuerpo nunca más.

Se acabó, este anormal me saca de quicio. Dice que sí, luego dice que cuando le toque el turno, ahora dice que no. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—¡Isaac, no, mi vida!

Me introduzco en la mente de Borman como una salva de cañonazos de estribor.

[Cierra el maldito pico]

Erin se pone delante de mí.

—No hagas esto; recuerda el código de tu padre.

Mi padre. Y qué más. Don perfecto instruyéndome para que fuera mejor persona. No predicaba con el ejemplo. Me absorbió por completo. «Tienes que aprender a usar tus dones». Sabía que llegaría mucho más lejos que él. Pero mis mayores logros no los he obtenido a base de seguir códigos de caballería artúrica. He ayudado a más gente haciendo cabronadas que siendo recto y honorable.

—Tienes que controlar la tempestad. Gobiérnate, Isaac, nadie puede hacerlo por ti.

Él me atrajo como un agujero negro. Me llevó a investigar con él y su grupito de médiums, igual que estos cuatro figuras. Prometeo, Fobos, qué más da, todos los grupos de parapsicología científica son lo mismo. No era más que un niño, Erin. Un adolescente que fingía ser mayor de lo que era. Me llevaba a todas esas investigaciones en la época en la que habría tenido que pasar el día bebiéndome mis primeras litronas con unos colegas, quizá tonteando con alguna compañera de clase. Pero no, me abdujo como un platillo volante y me instruyó en sus anomalías de los cojones. Me convirtió en un bicho raro como él. Yo solo era otra de sus pesquisas. El *experimento Isaac*. Una inversión a futuro. Quería sumar mis éxitos a los suyos. Que yo fuera su gran aportación al mundillo del misterio. Me convirtió en su marioneta.

—No es verdad. Yo sé que no.

Tú no sabes nada, Erin. Mi padre se casó con el misterio. Con los *poltergeist*, las psicofonías y las infestaciones diabólicas.

En esos años se arrimó a otra mujer, una compañera de investigación. De su grupito cerrado. Y mientras, en mi casa…, mi madre se moría de pena.

Me hizo elegir. Y lo hice.

No he llamado a mi madre desde hace años. Me prometí que lo haría.

Me prometí tantas cosas.

…

Sé de sobra lo que me está pasando. Eso es lo peor de todo.

[Ya puedes hablar]

Borman elige seguir en silencio. Aterrado. Los nervios ópticos enrojecidos.

Ruth se ha llevado una mano a la boca. No debería haberse enterado de nada. Aunque es sensitiva, por lo que algo habrá presentido. Y su imaginación hará el resto.

Renzo muestra una mueca de desaprobación y aparta la vista con lástima.

—Odio que… por mi culpa os veáis obligados a…

—¡No, Renzo, no es culpa tuya! —Y algo desde el estómago me sube hasta la laringe, pura bilis, un vómito de dolor que se me atasca en la glotis, me ahoga. Me constriñe el estómago. Me llevo las manos al rostro, me doy la vuelta para darles la espalda a todos —. ¡Tú eres otra víctima de…!

Iba a decir *mi padre*, con la voz rota, aunque mi padre no tenga nada que ver. Víctima de otro Arián Zarco; hay a montones en el mundillo del misterio. El doctor Pont es un Arián Zarco, y el doctor A. R. G. Owen.

Y me voy llorando del estudio como un imbécil. Me caen lagrimones como lluvia en el cristal de una ventana. Me los quito de la cara a manotazos.

Llego al salón y tropiezo con el pico de una mesa porque ni miro… La cabeza me da vueltas… Me dejo caer de rodillas…

—Eh, campeón.

Erin se materializa desde mi espalda, se agacha para abrazarme desde atrás.

—Ahora no —le ordeno.

No me suelta. Apoya su mejilla en la parte posterior de mi hombro.

—No tienes nada que demostrar. A mí no.

Las fosas nasales se me inundan de inmundicia mucosa. Me llevo un pañuelo a la nariz.

—Quería someterle. A Borman. Hacer que se diera de cabezazos contra la mesa. Noséquédemoniosmepasaestoysensiblecomounabuelo…

—Tranquilo. Ya ha pasado. Lo que cuenta es que no se lo has

hecho. Debes de sufrir el síndrome del frenesí no sé qué.

—Yo no soy un espíritu recién desencarnado.

—Durante toda tu vida has congeniado mejor con espíritus y gente imaginaria que con los vivos. Al final, se te tienen que pegar sus manías.

—Tengo amigos; no seas cruel.

—Ah, sí, tres. En Instagram.

—Eres tontísima.

Me sueno la nariz. He dejado de llorar, menos mal. Qué ridículo más bochornoso. Nos ponemos de pie.

Me doy la vuelta mientras me seco los ojos. Erin me aparta las manos y me besa en los labios a traición. Se lo permito. Sin lengua, pero muy húmedo, labios contra labios, se aparta un tanto y vuelve a besarme. La siento como una chica de verdad. Es increíble, nunca dejaré de maravillarme. Me muerde el labio inferior mientras se aparta. Al modo austríaco de Elsa Schneider.

—Tienes un problema, Zarco, ¿lo sabes?

—Podría ser.

—No sé si podría detenerte de nuevo si se te cruzan mucho los cables.

Me suena el móvil. No sé si he sido salvado por la campana o la llamada gana el Premio a la Inoportunidad Siglo xxi.

Reviso la pantalla: el inspector Fusco.

—No puede dejarme en paz ni un día. Qué tipo. —Acepto la llamada con una caricia táctil— ¿Hola? ¿Hay novedades?

—Y tanto. —No identifico la voz, de buenas a primeras—. Le he llamado con el teléfono del inspector para que respondiera a la llamada. No creo que tenga memorizado en su aparato mi número.

Es el subinspector Garacoy. Carl Sagan con Coleta.

—¿Le permite el inspector usar su móvil?

—El inspector ha intentado suicidarse esta misma noche.

Siento cómo toda la sangre de mi cuerpo se congela en el acto.

No se me ocurre qué decir.

—Está vivo —asegura él—, ¿me ha oído? Ha tenido muchísima suerte. Está en el hospital. Le voy a pasar la dirección

por mensaje. Tiene que venir cuanto antes.

—Por supuesto.

—Zarco, esto se ha puesto serio.

—Voy para allá.

El cambio de chip se produce en un chasquear de dedos. Acudo al estudio. Los cuchicheos se acaban en cuanto oyen mis pasos firmes. Entro en la estancia y todo el mundo me presta la debida atención.

—Tú —señalo a Borman—, lo siento mucho, de verdad. Tú —señalo a Ruth—, encárgate de la logística para una nueva estancia en el caserón Desfortes. Para ponernos en marcha dentro de una semana, como máximo. Inclúyeme en las previsiones. Tú —señalo a Pont-Scarfiotti—, localiza a la doctora Landra y salta a su interior. La posees y la traes aquí. En función de cómo la pilles, pon en orden sus asuntos. No dejes a los críos en una gasolinera y te vengas. Pero te vienes. Con ella puesta, ¿me estoy explicando? Yo me tengo que ir. Asunto urgente.

—¿Justo ahora?

—Podéis empezar el plan B sin mí. Poned al corriente a la doctora. No os peleéis. Suerte. Si me necesitáis, llamadme. Ya sabéis, en caso de extrema necesidad, es decir, si el espectro de Charles Manson se manifiesta recién fugado del Infierno y viene escoltado por Gilles de Rais y Nerón, esputando fuego y lanzando láseres por los ojos. Si no es así de grave, no me llaméis.

Esto se está convirtiendo en un partido de tenis. Cada raquetazo hace que la pelota llegue a un escenario peor que el anterior.

Fusco, la siguiente víctima de suicidio. ¿Qué será lo próximo?

Con mi suerte, lo de Charles Manson. Fijo.

CAPÍTULO 17

TAN CERCA DEL PELIGRO COMO SE PUEDE ESTAR

El taxi me lleva directamente al hospital. Me estoy dejando un dineral en taxis para poder seguir el ritmo de las emergencias. A la primera oportunidad, en cuanto las noticias que reciba dejen de ser malditos DEFCON 1, me paso por casa para pillar el Corolla. En cuanto lo saque del garaje comunitario, no pienso separarme de él, por muy inconveniente que pueda llegar a ser, incluso si hay que hacer viajes en el tiempo, ponerse en órbita o enfrascarse en una expedición al centro de la Tierra. No sin mi coche. Ya está bien.

Pienso en eso, en qué voy a cenar. ¿Dormiré tranquilo esta noche?

Cualquier cosa menos reparar en el elefante en la habitación.

Llego al Hospital Universitario Vithas Madrid Aravaca. El vehículo se detiene en el acceso interior, junto a la puerta, al lado de otra media docena de coches que esperan en doble fila.

—Veintiséis con setenta —indica el taxista.

Qué bien. Me gustaría saber si el Departamento estaría dispuesto a pagar estos gastos de asesoría policial. Se supone que eso es lo que soy. Tengo una insignia plastificada. Asesor de Policía. Por desgracia, ser *freelance* total asegura un servicio gratuito.

Fusco no me invita ni al cine.

—Hágame factura. Nunca se sabe.

En cuanto llego a la recepción de Urgencias veo al subinspector Garacoy esperándome en un pasillo próximo. Se quita los auriculares que tiene conectados al móvil y viene a mi

encuentro más turbado de lo que le he visto nunca.

—Venga conmigo.

Me lleva a una sala de espera con varias máquinas expendedoras y una máquina de café instantáneo alrededor de la cual se ha congregado medio equipo de investigación. El centro sanitario posee una cafetería bastante aceptable y va siendo hora de ir pensando en cenar. Esto es más barato, supongo. La subinspectora Rivera, el oficial Muñoz y, lo siento por ellos, no me quedo con sus nombres, Gótica Feliz y Dwight Schrute Moreno sostienen vasos de papel humeantes.

Me incorporo a la cuadrilla como si fuera un agente más. Ocurre por primera vez. Me están aceptando, por lo que veo. ¿Tan pronto? No, no creo. Sin papá Fusco se sentirán desamparados, y no se enfrentan a la banda de carteristas de avenida de América. Los han atacado directamente. Por mucho que hiera el orgullo de los agentes subir a la azotea de la comisaría y activar la gran señal luminosa contra el cielo, ante ciertas amenazas, hay que pedir una ayuda muy concreta.

—Lo trajeron enseguida —informa Garacoy, que entiendo que ahora es quien manda—. A esas horas de la madrugada, un disparo se oye en toda la calle. Los vecinos avisaron telefónicamente.

Fusco vive en un chalé adosado típico de urbanización. Los de su calle son estrechos de fachada, constreñidos entre sí, aunque con mucho fondo hacia un jardincito interior comunitario.

—¿Se ha pegado un tiro?

Garacoy resopla.

—Si él hubiera querido suicidarse por propia voluntad, no habría fracasado.

—¿Cómo es que sigue vivo?

—El jefe siempre llena el cargador dejando arriba una última bala de fogueo. Será siempre la primera que se dispare. Por norma general, cuando llegamos a desenfundar nuestra arma reglamentaria es para hacer una advertencia. No merece la pena malgastar una bala auténtica para disparar al cielo. La inteligencia que controló al jefe no tenía por qué saberlo. Lo malo es que ha sido a tan corta distancia que ha sufrido daños. Tiene toda la boca

abrasada. El paladar duro fue dañado, por lo que ha necesitado cierta reconstrucción. Afortunadamente, el fogonazo no alcanzó la cavidad nasal. Han estado interviniéndole toda la mañana.

—¿Está consciente?

Garacoy se saca un capuchino de la máquina (tan parecido a un verdadero capuchino como un mosto a un rioja) y me pregunta si quiero algo. Le digo que no. Hago de nuevo la pregunta.

—Despertó hace una hora —responde—. Lo primero que nos dijo fue que le llamáramos a usted.

—¿Puede hablar?

—No, puede que nunca más vuelva a hablar normal. Le pusimos una libreta y un rotulador en las manos. En este tiempo, le hemos agenciado un ordenador portátil. Lleva escribiendo desde entonces. El informe, algunos mensajes concretos para usted, puede que su testamento. Jamás le he visto teclear tanto.

—¿Discurre con normalidad?

Se eleva un murmullo a mi alrededor.

—Tiene más droga que un *hippie* al tercer día de Woodstock —dice Rivera. El chiste lo ríen todos, muy discretamente.

—Sí, pero es capaz de razonar —añade Garacoy—. Teclea en el portátil a cámara lenta, tarda una eternidad en decir muy poca cosa y, ya nos lo ha dejado bien clarito, quiere seguir al mando de la operación.

—¿Y sigue al mando de la operación?

—El comisario le ha quitado de en medio. Es lo que se hace en estas situaciones. Y usted ya sabe el caso que nuestro jefe va a hacerle.

—Y usted ¿a quién va a hacer caso?

—Fusco es mucho Fusco, señor Zarco.

—Comprendo.

Se palpa la inquietud dentro del círculo. La máquina de café ha sido confiscada por las autoridades. Si algún paciente o familiar quiere tomarse un café, tendrá que buscarse otro expendedor.

—Antes de seguir con este aire distendido —dice Garacoy—, me gustaría hacerle unas preguntas. Sin malos rollos.

—Adelante.

—¿Usted sabría distinguir una bala de fogueo de una normal?

—Nunca he visto una bala de fogueo.

—Ya, lo que me lleva a preguntarle: ¿dónde estuvo usted anoche?

Increíble. Me pilla con la guardia baja. No he visto venir este quiebro.

Tiene todo el sentido del mundo, acorde con esta lógica loca que nosotros conocemos. Si existen psíquicos en el mundo, algunos con la capacidad de controlar a los hombres y obligarlos a hacer cosas, uno de ellos podría encabezar la lista de sospechosos. Garacoy tiene un único nombre, por ahora: Isaac Zarco.

Lograr que un individuo se meta una pistola en la boca y apriete el gatillo, por mucho miedo que me dé reconocerlo, para mí sería un juego de niños.

—En casa de unos amigos —respondo.

—¿Podrían contrastar esa información?

Me llevo la mano al chichón de mi cabeza. Todavía duele.

—Oh sí, podrían contarle eso y otro mogollón de historias cojonudas. ¿Qué quiere, secuestros? Lo incluirán en sus testimonios. ¿Violación? No le quepa duda. De tipo mental, aunque para el caso es lo mismo. ¿Qué le apetece? Podemos recopilar violencia con arma blanca, varios tipos de posesión… Y, Garacoy, ya puestos, piense un poco. ¿Cuántos testigos quiere?

—¿Cuántos son?

—Técnicamente, cuatro. Pero solo contarán tres. Dos. Es complicado. Pero si le apetece, subinspector, puedo buscarme cinco testigos más. O cincuenta. Si me lo curro, incluso cinco mil.

[Podría convertirle a usted en testigo] [¿Qué le parece?]

—No haga eso.

—He venido a ayudar. Si mi ayuda no es apreciada, que tengan suerte, caballeros.

Duelo de miradas. ¿De verdad? Voy a ganar. Voy a ganar. Sin duda, voy a ganar.

Y gano. Él contempla el suelo y da un par de pisotones nerviosos.

—Supongo que no estaría aquí si no…

—Exacto.

Los demás me escrutan con curiosidad.

A Schrute le caigo bien. Lo detecto enseguida, me jugaría un brazo. Y un sondeo psíquico superficial confirma mi apuesta.

Ya puestos, voy a sondearlos a todos.

Muñoz me ve como un aliado muy potente. Me tiene miedo, también. Lo primero compensa lo segundo. Rivera se debate entre pensar que soy un fraude parapsicológico y que me las doy de incomprendido, o bien que lo que soy es un psicópata extremadamente manipulador. Gótica Feliz, que, por cierto, se llama Mara, está encantada conmigo. En demasiados sentidos.

—¿Puedo subir a verle? —pregunto a todo el grupo.

Garacoy da un trago al líquido humeante.

—El hospital ya no nos lo permite. Son las normas.

Garacoy da otro trago.

—Entonces —sigo yo—, ¿para qué me han hecho venir con tanta urgencia?

Garacoy me lanza una mirada taimada desde el borde de su vaso de cartón.

Su pensamiento superficial está claro.

—Ya lo pillo —consiento—. Lo mismo de siempre.

—Ahora se lo pregunto yo a usted, Zarco: ¿puede subir a verle?

—Supongo que sí.

—Es la habitación 38B. Puede encontrarse con personal del hospital. Es muy probable.

—Podría ser. Imagínese.

—Tendría que ingeniárselas para que no le expulsaran de las áreas reservadas. Y aquí nosotros confiamos en que algo se le ocurrirá.

La subinspectora Rivera hace una visera con la mano sobre la boca.

—Zarco sabe —murmura.

Los demás lo corean al unísono.

—Zarco sabe.

Me meto la mano en el bolsillo y encuentro una moneda de

diez céntimos que puede llevar en el pantalón un año o dos.

Se la echo en el café a Garacoy.

—Da suerte —le miento.

Él se aparta el vaso de la cara como si el contenido se hubiera transmutado en ácido sulfúrico.

Los dejo atrás y me encamino a la habitación. Siento la presencia de Erin materializándose al lado.

—¿Estás preocupado de verdad por el inspector?

—Sí. Me he encariñado con él.

—Si te dejara en paz, vivirías más tranquilo.

—Me imagino que seguiría con esta misma vida. No será sencillo parar.

—El desfacedor de entuertos.

Los pasillos no están muy transitados a estas horas. Creo que puedo tener suerte. Subo por las escaleras de servicio a la planta de arriba y, después, me lanzo presuroso por una zona que espero no sea laberíntica. Las puertas cerradas exhiben letreros convenientemente descriptivos. Diálisis peritoneal, Endoscopia, Hemodiálisis. Puertas dobles y pasillo a la izquierda. A distancia, veo a alguna persona con un mono azul que va a lo suyo. Qué oportuno.

Doblo una esquina y me topo de cara con dos enfermeros trasladando un carrito con utensilios médicos. Me ponen mala cara.

—¿Está buscando algo? —inquiere el más fornido.

La orden mental grupal no me sale nada bien. Primero una orden y luego la otra.

[Sigue tu camino y pasa de mí]

Debo repetir el proceso con el segundo enfermero. Paso de largo. Escucho a mi espalda cómo ellos prosiguen su conversación.

A Erin no le parece bien.

—Solo porque Sagan te haya sugerido que hagas esto no tienes por qué hacerlo.

—Es más fácil así. No voy a pasarme la vida subyugando psíquicamente a quien se me cruce por el camino. No temas por eso. El caso es que ahora tengo prisa. Teniendo el poder para

solucionar ágilmente un apuro, no hacerlo sería estúpido.

—Es más rápido dar un bofetón a un niño que educarle de palabra.

—De acuerdo, tienes razón.

Avanzo por una zona con diferente disposición. Las habitaciones de los pacientes. Puertas abiertas me enseñan más de lo que quiero ver. Miradas tristes, aburridas, la mayoría duerme. De una habitación sale una mujer de mediana edad con bata blanca sobre ropa de calle y un fonendoscopio en las manos.

Me pasa revista como si estuviera en formación militar. Ojalá fuera un liante con mucha labia e ingenio, con capacidad para la improvisación, sonrisa encantadora y la cara más dura del mundo. Le contaría un cuento chino y justificaría mi presencia aquí a estas horas. No lo soy. Soy un telépata con prisas.

[Sigue tu camino y pasa de mí]

La mujer me ignora automáticamente, visiblemente confundida. Cuando recupera la concentración pasa a mi lado como si yo fuera invisible. Sus zapatos de tacón medio siguen resonando por el corredor en cuanto alcanzo la habitación 38B.

Abro la puerta, entro y cierro a mis espaldas. Fusco está en cama, ligeramente incorporado sobre dos grandes almohadones y con el portátil en el abdomen. Grandes ojeras, piel pálida casi azulada y toda la parte inferior de la cabeza vendada. Unas tomas atraviesan el vendaje para acceder a una sola fosa nasal y la comisura contraria de la boca.

Da un poco de miedo.

Se pone a toquetear el ratón táctil.

La habitación es individual. Incluye un lavabo con retrete habilitado para pacientes impedidos, un par de taquillas y un banco empotrado para visitas. La iluminación está programada al mínimo.

Me acerco a él muy despacio, aparto un poco el portasueros y deposito la mano sobre su bíceps.

—Me alegro de que no pudiera contigo.

Él gira el portátil para que pueda ver una página de Word, con una única frase escrita en negrita a tamaño enorme.

PERMISO PARA USAR TELEPATÍA. SOLO POR ESTA VEZ

Le hago caso. Su mente está aturdida por la medicación. No tanto como para distorsionar el pensamiento consciente, por fortuna. Él recompone para mí toda la escena del atentado. El momento previo, limpiando su pistola mientras pensaba en nuestra relación. Escuchando el gemido humano al fondo de la casa, acudiendo al dormitorio de Irene y encontrándose allí con la señora de piel de crustáceo.

—El buen hermano —le dice esa abominación—. Un hermano responsable. Me gusta.

La irrupción de un auditorio lleno de público a su alrededor eclipsa por completo el mundo real. Una técnica poderosa para psíquicos de nivel superior. Muy por encima de mis posibilidades. De momento.

Él es el trompetista, lo acepta. La psique amoldándose al contexto. Sumisión total, por mucho que una parte de su subconsciente sepa que algo malo está pasando y clame por ser escuchada. Coloca el instrumento en los labios, pero lo que empuña en sus manos es el arma. Al final, se acaba pegando un tiro en la boca. La primera bala de fogueo impide la ejecución del suicidio forzado.

Ha tenido suerte.

El recuerdo no me dice nada. Otra ensoñación terrible cuya resolución ha sido mejor que otras veces.

—Xiomara también se salvó —comenta Erin.

Tiene razón. Las dos excepciones que confirman la regla. Supervivientes de la señora cangrejo. Fusco al menos mantiene la consciencia.

Quería mi alma, Zarco, piensa el inspector. *Sentí cómo me arrastraba, me sacó a la fuerza de mi propio cuerpo.*

No hay visión ni sonido en su recuerdo. Únicamente presentimientos. Sin embargo, el inspector está en lo cierto, la sensación es la de una fuerza exógena que se aferra al alma y trata de arrancarla de cuajo. De apropiársela. Tiró de ella con una avidez y una voracidad incontrolables. No pudo llevársela por poco. Entiendo que porque Salvador Fusco continuaba vivo. El

denominado *cordón de plata*, la única fijación al envase físico del cuerpo astral, impidió que esa cosa se apoderara del espíritu de Fusco.

Cuando alguien muere, el cordón de plata se rasga para siempre y el alma, siempre hablando en hipótesis, marcha al más allá. O adonde sea. Si la señora de piel de crustáceo se apodera del alma de sus víctimas en el preciso momento de escapar del cuerpo físico, estamos hablando del adversario más execrable que haya podido imaginar. Una entidad coleccionista de almas.

Hay algo más, Zarco.

Fusco piensa con una claridad meridiana. Es negro sobre blanco.

Tienes que venir.

—Como quieras.

Me siento sobre el banco acolchado empotrado contra la pared. Junto las manos sobre mis rodillas y me concentro.

Primero, Erin.

[Sácame del trance si viniera alguien]

—Lo haré.

Relajo mis músculos y me dejo llevar por el escalofrío placentero de sumergirme en la profundidad de una mente ajena. Aprietas el émbolo y la heroína entra en el torrente sanguíneo.

Fusco me recibe con gentileza aquí dentro, por primera vez. Es una mente melodiosa y accesible. Me siento cómodo aquí. Para entrar a vivir.

Un Fusco con el bigote mejor perfilado y abundancia de pelo me estrecha la mano.

El entorno empieza a formarse a nuestro alrededor, construyéndose desde el suelo hasta el techo. Quedamos ensombrecidos por una oscuridad que no respeta los focos de luz existentes en la representación. Es una casa rancia e insalubre, una casa baja del Madrid más antiguo, de esquinas romas y ronchones en las paredes que dejan ver el ladrillo tras el revestimiento y el papel casi despegado. Manchas de humedad en varias partes del techo, grietas y agujeros de impacto. Pocas habitaciones, a cuál más deprimente por el mobiliario casi podrido, por el desorden,

por todo.

En el dormitorio principal, dos jóvenes de ambos sexos, aseados y con ropa barata pero pulcra se sientan a sendos lados de la cama para atender a una señora tendida y de aspecto enfermizo, que se queja de los riñones y la zona lumbar.

Una familia pobre, de acuerdo, ¿y qué?

—Me trajo aquí —aclara Fusco—. Estuve solo unos segundos antes de ser devuelto a mi cuerpo inconsciente.

El efecto cordón de plata que, tras estirarse como un chicle, se contrae para devolver el núcleo astral a su origen corporal. Un tirachinas. Y para esa monstruosidad con piel de crustáceo, una golosina que se le quita justo cuando está a punto de hincarle el diente.

—Se enfadó, Zarco. Se enfadó mucho. Quiso perseguirme, sentí que quería recuperarme. Forzó el acceso a mi mente. No logró entrar.

—Porque no te moriste del todo. Lo que no entiendo es por qué te eligió a ti.

—Estuve conectado a ella durante un intervalo de tiempo que no sé concretar. Estuve retozando entre… cúmulos de visiones, alucinaciones muy vívidas.

—Recuerdos.

—No sé. Se mezclaron todos ellos, me sobrevenían al mismo tiempo, sin control. Años y años postrada en una cama. Y más…

—¿Viste recuerdos de su vida? ¿De la señora de piel de crustáceo?

Fusco se cruza de brazos como lo haría un portero de discoteca.

—En efecto. Estuvimos fundidos, mente con mente, durante unos instantes. Es esa de ahí. La mujer enferma.

La señora acostada sobre la cama, tan normal y corriente como cualquier paciente con una enfermedad de columna. Su piel no tiene nada de extraño, si acaso más pálida de lo acostumbrado. Sus ojos son de tamaño habitual. No se percibe ninguna malignidad en ella.

—No le importará mucho exponerse tanto —sigue diciendo

Fusco—, cuando sus víctimas ya están muertas y no pueden hacer nada. Lo que ocurrió aquí es que yo pude zafarme de su presa en el último segundo.

—No saco nada en claro. ¿Has averiguado algo?

—Su nombre, por lo pronto —veo un brillo en sus ojos, triunfal y exultante—. Se llama Angélica Delgado.

—Angélica Delgado.

—La tenemos, Zarquito. He atrapado a esta bruja mala.

—No sé, no suena como el nombre que debería tener una señora espantosa con la piel de crustáceo.

—Que los chicos averigüen dónde está esta casa y luego ve tú allí a fundirle la puta cabeza como un *tranchette*.

Nada tiene sentido. Una señora con un mal crónico de espalda que conduce a más de veinte personas al suicidio… ¿para devorar sus almas? ¿Qué es todo esto?

La madre gime de dolor en la cama, los hijos se esmeran en aliviarla. Si esta es la secuencia paradigmática en la vida de Angélica Delgado significa que es más relevante de lo que parece.

—El buen hermano —lo repaso en pensamiento compartido, por eso resuena en el interior de la mente de Fusco.

El inspector se revuelve, incómodo.

—¿Es por eso? ¿Elige las víctimas por ese motivo?

—Creo que busca sustitutos para sus hijos. Buenas personas en general, hijos, hermanos, le vale cualquier persona atenta con sus seres queridos. O extraños. Individuos entregados a la causa de… cuidarla a ella.

—Enfermeros.

—Esclavos, Fusco. Lo que quiere son esclavos. Permanentemente atados a su cuidado. Por siempre jamás.

Espero que el equipo del inspector jefe recuerde que se comprometió a seguir mis órdenes en ausencia de Fusco. Habrá que poner a sus miembros a investigar a esta familia tan particular. Los hijos de Angélica están muertos. Estoy convencido. Y esa es la causa de que recolecte nuevos espíritus adoptados para que sigan cuidando de su alma, perpetuamente necesitada de atención.

Xiomara, según me dijo Erin, cuidaba intensivamente de su

madre. La madre de la pequeña Evita estaba totalmente entregada al cuidado de su hija. «¿Cuidarías igual de su abuela?». Una forma de preguntarle a la víctima si la cuidaría a ella de la misma forma.

Si ampliamos el espectro de búsqueda, seguramente encontremos un perfil. Personas empáticas y altruistas.

—Lo que no entiendo, Zarco, es por qué una mente anhela otras mentes. ¿Para simular experiencias vitales? ¿Tanto echan de menos la vida?

—Son adictos a sensaciones físicas. Algo inalcanzable en ese limbo entre mundos. Puede ser el principal motivo de las posesiones, aunque no voy a ser yo el que dé por cierto este dato. Muy propio de una mente poco evolucionada, como dirían los practicantes de la fe espírita, y que conste que la evolución y el poder psíquico no están ligados. Por eso los espíritus de poco nivel evolutivo persiguen incansablemente las vivencias del mundo en tres dimensiones. Es como esnifar pegamento cuando no puedes permitirte una droga más costosa.

La mente del inspector se llena de preguntas. Una lluvia torrencial de interrogantes, a cada cual más sugerente. Se decide por una:

—¿Cómo es posible que una mente aprisione a otra?

—La gente tiende a pensar que la mente se asemeja a un líquido y que el cerebro es una botella.

—¿La mente reside en el cerebro?

—Habrá quien te diga que no, pero yo estoy convencido de que, si halláramos la manera de mantener con vida las dos partes de una persona decapitada, la mente se hallaría en la cabeza cortada. De cualquier manera, la mente no es un líquido, sino que es líquido y también botella, lo que en ciencia se denominaría dualidad onda-corpúsculo. En la física clásica la diferencia entre partículas y ondas es evidente. No son lo mismo. Son comida y bebida, entran en el mismo género de cosas, si bien hay una diferencia sustancial entre ambas. Pues bien, en determinados estudios científicos, un fotón puede comportarse como onda o como partícula según el experimento. Y con la mente pasa lo mismo.

—Entonces, ¿puede una mente albergar a otra?

—Yo mismo he comprobado que determinado tipo de mentes, muy encerradas en sí mismas, capaces de construir muros imaginarios muy sólidos a su alrededor, pueden convertirse en fortalezas, incluso trampas para otras mentes. —Prefiero no decirle nada a Fusco sobre su propia hermana, Irene, en estado de coma desde hace años… con una mente-mazmorra muy, pero que muy jodida—. Es complicado, pero ocurre.

»En cierta ocasión, el profesor Preuss investigó el caso de una joven que nació tras un parto complicado que se cobró la vida de su hermano gemelo. Al parecer, según demostró el experimento, parte del alma del bebé que nació muerto residía en el cerebro de la hermana que sí sobrevivió.

—Impresionante.

—Esa señora de piel de crustáceo puede secuestrar literalmente la mente de las personas a las que obliga a suicidarse, por decirlo así. Y trasladarlas a una simulación de realidad creada por su imaginación. Una celda.

—¿Y los prometidos? —cae en la cuenta Fusco—. La mayoría de las víctimas eran aplicadas y generosas hacia los demás, pero al mismo tiempo se acababan de prometer o estaban a un paso de subir al altar a dar el *sí quiero*.

Eso es lo que no concuerda. No logro establecer una relación.

—Ni idea, Fusco.

—Bueno, lo descubriréis. Yo ya os he entregado la primera huella. Ahora os toca seguir el rastro.

—Te veo muy orgulloso de ti mismo.

—Me ha costado casi la vida, Zarco, concédemelo.

—Concedido.

La señora de la cama se lleva la mano a la zona lumbar. Llora de dolor. El hijo le aplica una gasa caliente. La simulación va a lo suyo, una película que se proyecta en la seguridad de los recuerdos del inspector.

—¿Algo más, Fusco?

—Sí. Cuando me arrastró a este lugar y luego fui devuelto a mi cuerpo… noté que ella perdía fuerza. El esfuerzo de tirar de mi

alma, mi espíritu, mi mente… ¿Cuál es el término adecuado en este caso?

—Da igual. Yo prefiero mente. Como prefieras.

—Cuando me escapé de entre sus garras, sentí cómo el esfuerzo de haberme traído a esta casa la extenuaba. Me perdió de repente y, cuando trató de recuperarme, pude sentir cómo perdía gran parte de su poder. Por ello me libré, creo.

—Interesante.

—A que sí.

—Ya lo creo. Puede que el acto de apoderarse de un espíritu le cueste muchísima energía. Sospecho que luego puede reponerse, consumiendo la propia mente cautiva. Pero, si esa mente se le escapa en el último momento, ella quedará debilitada. Al menos, durante un tiempo.

A pesar del dato, sin duda esperanzador, regreso a mi cuerpo con una idea perturbadora zumbándome en el cerebro. En este momento la señora de piel de crustáceo, tras haber salido a cazar y vuelto sin ninguna presa, estará hambrienta y furiosa. Volverá a la carga. Su siguiente objetivo podría no tener la suerte de Salvador Fusco.

~

El inspector jefe cierra la tapa del portátil y se despide con un movimiento de cabeza sutil. Menudo día debe de haber sido. Lo siento abatido. Ha aguantado despierto para poder recibir mi visita. Con un brazo deposita el ordenador sobre la mesilla de cabecera y se dispone a dejarse llevar por las drogas y perder el conocimiento.

—Buenas noches, policía —le deseo.

Erin trata de peinar con una mano el cabello revuelto del inspector. Los dedos le atraviesan los mechones.

—Este hombre hubiera acabado viéndome —dice—. Ya no lo hará.

—¿Por?

—Porque tiene un amigo. No un subordinado disciplinado que

le venera como a un mesías policial. Alguien que se ha ganado su confianza.

—No sé si me querría tanto si no tuviera estos poderes.

—No seas así, Isaac. —Le pasa el dorso de la mano por la mejilla—. Míralo. Yo creo que cuando duerme pone una carita muy tierna, ¿no?

—No sé, Erin, creo que a veces tu brújula empática se descojona un poco.

—Ah, y otra cosa. Puedo sentir lo tuyo. Acaba de pasar.

Ni idea de a qué se refiere. Y me encanta poder charlar con ella sin necesidad de abordajes mentales. Ir deprisa con ella no es lo mismo que ir deprisa con los demás.

Dejo que continúe.

—Lo siento justo —se levanta la camiseta ajustada y se toca el ombligo— aquí. Cuando ocurre, desprendes un aura magnética que se detecta a distancia.

—Me tienes en ascuas.

—Tienes un plan.

—¿Eso crees?

Erin rodea toda la camilla de Fusco y se acerca a mí con un caminar lento e inconfundible. Se sitúa delante y lleva la punta de su dedo índice a mi frente.

—Acabas de trazar el boceto. Está ahí.

—Tengo que darle unas cuantas vueltas.

—Sí, claro que sí. —Me da un golpe en la mano con la que pretendía tomarla por las muñecas. Me dice *no* con el dedo—. Hay que dibujarlo del todo, entintarlo, colorearlo..., si bien el boceto ya lo tienes. Un plan bebé. Y vas a contar conmigo, creo.

—Oh, sí.

—Te voy a pedir por favor… que me lo pidas por favor.

—Por favor.

—Si lo pides así, cuenta conmigo.

Se pone a caminar hacia atrás, despacio. Me enseña las muñecas, muy juntas, me las ofrece igual que una delincuente que se deja esposar.

Tendríamos que marcharnos ya. Aquí podría entrar

cualquiera. Un médico, enfermeros, limpiadores, ladrones de órganos. Hay prisa. El resto de los polis espera.

Nos quedamos un ratito más.

CAPÍTULO 18

EN LA BOCA DEL LOBO

El subinspector Garacoy ojea el manojo de papeles que ha impreso, separando la información importante de la complementaria.

—No me puedo creer que haya muerto —dice, con aire derrotista—. Todo esto no nos vale para nada. La gente espera que encontremos un cuello que ahorcar. —Busca apoyo entre sus compañeros. Ninguno tiene nada que aportar—. Ahora resulta que no vamos a poder arrestar a nadie.

El inspector jefe, es decir, Fusco, está fuera del caso. De acuerdo, lo esperábamos. Cuento con poder terminar antes de que a él le den el alta del hospital. Lo que no me hace ninguna gracia es ver cómo se crece el subinspector Garacoy, al adoptar el nuevo rol de persona al cargo del caso, por si no me pareciera suficientemente prepotente.

El aire que se respira en *la sala de Fusco*, sin estar él, es enfermizo, desesperante. A su manera, el tipo tiene carisma y ha dejado claras instrucciones de ponerme al mando táctico, que no policial (y que me aspen si pillo la diferencia), lo cual me facilita las relaciones con sus subordinados.

Lo están llevando bien, en general. Este caso se mete de lleno en el terreno de lo paranormal y no están muy duchos en la materia. No me atrevo a decir que confían en mí, por mucho que aguardan a que yo les exponga una estrategia que seguir.

Y, para colmo, resulta que Angélica Delgado, la señora con piel de crustáceo, lleva muerta y enterrada algo más de un año, trece meses y medio. No me lo esperaba.

Adiós a la teoría del psíquico malvado. No voy a enfrentarme a un enemigo como yo. No sé si esto es mejor o peor; esta clase de

entidad es algo diferente al tipo de espectros con los que me he visto las caras. Las historias de los parapsicólogos más obcecados con la idea de que determinados espíritus pueden convertirse en genuinos demonios siempre me habían hecho dudar. ¿Por qué algunos difuntos se van, otros se quedan y, dentro de este grupo, los más mezquinos permanecen con las idiosincrasias que los definieron en vida?

El grupo empieza a mirarme con curiosidad. Ahora está en mis manos. Sus componentes han pasado a convertirse en ayudantes del *detective de lo sobrenatural*. Al menos, es así como me ven. No va a haber medallas, ni ascensos, porque la amenaza se combatirá necesariamente en secreto. Qué le vamos a hacer, las resoluciones paranormales no quedan muy bien en los medios de comunicación.

No quiero ni imaginarme qué pondrán en los informes que tendrá que leer su comisario.

Si es que esto se soluciona.

Ha sido una noche de lo más intranquila. Con planes que se batían a capa y espada en mi cabeza, maniobras ajedrecistas que se superponían, las unas sobre las otras, pergeñando lo que puede acabar siendo el plan definitivo.

Hubo tiempo para llamar a Pont y que me pusiera al tanto de la situación con respecto a la doctora Landra. Renzo la poseyó, como yo le insté a hacer, mientras ella descansaba con sus hijos en un hotel catalán, cerca de los Pirineos, camino de Francia. Poniendo tierra de por medio. Alejándose de Renzo todo lo posible. Ahora el piloto está volviendo con ellos, de nuevo, a la casa de Borman.

Espero que los hijos hayan sido engañados convenientemente para que no se teman lo peor. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Ya me preocuparé de eso a su debido momento.

Manrique Franzoni me ha escrito un *mail* bastante agresivo donde me avisa de que, si continúa viéndose apartado del asunto de Renzo, se inmiscuirá él como buenamente pueda. Esto ya me preocupa más.

Mientras, en la comisaría, el equipo de Fusco ha investigado a nuestra única sospechosa: Angélica Delgado, una mujer que distaba mucho de ser un monstruo de pesadilla. Al menos, en apariencia. Todo lo que de ella pudiera sacarse para el caso se reduce a un puñado de datos que nos dejan en la misma casilla.

Para cuando yo he llegado junto a Erin, más o menos a la hora del almuerzo, me han brindado un resumen rápido. En esencia, nuestra sospechosa está muerta. Toda su familia lo está. En vida, no dio motivos para esperar de ella un comportamiento criminal. Lo típico que suele decirse: una familia muy normal.

Justo cuando empezábamos a tomar velocidad en el caso, nos encontramos con el freno de mano puesto.

Ahora estamos matizando los detalles. Todavía hay demasiados cabos sueltos.

—Tenemos la dirección, ¿no? —pregunto.

Garacoy, con su coleta sujeta en la coronilla al estilo samurái, rebusca entre los papeles.

—Sí. Monte Naranco, esto está en Villa de Vallecas. Ha mejorado algo con los años, pero sigue siendo un barrio por el que transitar con los ojos muy abiertos. Podríamos ir a ver.

—¿La casa está deshabitada?

—En este momento, sí. La señora Delgado vivió allí de alquiler durante veinte años. El propietario se la ha alquilado a tres familias desde entonces.

—Tres familias en apenas trece meses. ¿Por qué?

Muñoz se pone a tocar un piano imaginario a la altura de sus ojos.

—Sucesos extraños —dice, con sorna.

—No. ¿Sí?

—Pues sí. —Me enseña su móvil, moviéndolo como si fuera un sonajero—. He telefoneado al tipo hace una hora; me ha dicho que los inquilinos no duran mucho allí. Le he preguntado al respecto y la respuesta ha sido que allí pasan «cosas raras de esas». Pero él no sabe nada. La señora Delgado estuvo allí viviendo sin sufrir —gesticula para formar las comillas con los dedos— cosas raras de esas, por lo que no se explica por qué motivo ocurren

ahora.

—Porque ella misma los genera —añade Mara, que se ha ganado que le retire el apelativo Gótica Feliz.

—Exacto —Muñoz chasquea los dedos, fervoroso—. Todo apunta a nuestra historia de fantasmas. Y hemos dejado lo mejor para el final. ¿Está preparado para la traca final, Zarco?

La información superficial está sobre la mesa. Números de documentos nacionales de identidad, de la seguridad social, incluso declaraciones de la renta, contratos con compañías eléctricas, etc. Vida académica de los hijos y laboral de toda la familia, registro médico (sorprendentemente, no había rastro de enfermedad crónica alguna de Angélica en los expedientes de su médico de cabecera justificando que requiriera de tantas atenciones). En fin, han hecho un trabajo policial a conciencia, averiguando todo lo que un policía podía descubrir.

—Ilumíneme, Muñoz, se lo ruego.

—La madre y los dos hijos murieron al mismo tiempo. Intoxicación accidental tras una última cena. He pedido el informe forense —recoge una carpeta azul sobre la mesa y la abre para ojear el interior—, consumo de herbáceos de corte opiáceo. Dosis inconveniente. *Caput*. A lo que yo digo: y un cuerno intoxicación accidental.

—Pero eso no se pudo saber entonces.

—No se sospechó, porque pensar en un suicidio colectivo era más engorroso que concluir que fue un simple accidente. Y más aún si se trata de un suicidio voluntario y dos homicidios mezclados en una batidora.

—La cosa no acaba ahí —interviene la subinspectora Rivera —. El hijo, Daniel Moreno Delgado, perdió a su pareja unos meses antes del triple suicidio. O doble homicidio. O mejor aún, el suicidio doble con homicidio incorporado, que es otra posibilidad. Trinidad Renedo, se llamaba la novia. El hijo lo cuenta todo en una especie de diario blog al que subía entradas cada tres o cuatro meses. En sus redes sociales hay más detalles, sin ser el usuario más activo del mundo. —Los ojos de la subinspectora se tornan sombríos—. Y, cuando su novia murió, acababan de prometerse —

remata.

—El móvil que faltaba —comenta Erin—. Qué zorra la señora crustáceo, empezó esta cacería por sus hijos.

—Dios santo —es lo único que yo sé decir.

—Gracias a esa información que el hijo subió a la red, sabemos que su novia murió a los dos días de recibir el anillo de compromiso. Adivine ahora, Zarco, qué pasó con el novio de la hija, porque tenía un novio. Sin leerme la mente, si es posible.

—Se suicidó.

—Se lo he puesto fácil, ¿eh? Sí. Gong Seong-Su, prometido de la hija, sufrió un accidente laboral, aunque ahora apesta a suicidio forzado. Ella se llamaba Priscilla Moreno Delgado. Le tiraba más Tik Tok y esos vídeos donde se regala la privacidad a cambio de nada. Su cuenta no era muy seguida, por eso ella la usaba para mandarse mensajes con su *noviete* y hacerle propuestas para el fin de semana. Carteándose a través de una red social pública. Qué generación.

»Una chica llamativa físicamente, las cosas como son. Sabía maquillarse y hacía vídeos con tutoriales sencillos para sombrearse los ojos, pintarse los labios y mierdas así. Échale un vistazo cuando puedas, Mara. Te dará ideas. —Tras contemplar cómo su compañera le enseña el dedo medio con la uña pintada de negro, Rivera prosigue hablando—: En muchos de estos vídeos deja entrever la idea de que Gong Seong-Su y ella llevaban sopesando desde hacía años lo de subir al altar, sin acabar de dar el paso. La decisión del hermano debió de animarla. No se especifica abiertamente en ninguno de sus perfiles, pero un comentario en Instagram de mayo del año pasado me lleva a pensar que los hermanos querían reducir gastos combinando ambos eventos. Boda doble.

Más piezas encajando. Con una sordidez incalificable.

—Los polluelos iban a abandonar el nido.

—Los vídeos cesan el mismo día en que, según nos cuentan los informes forenses, Gong pierde la vida. O Seong-Su. ¿Cuál es el apellido?

—Las parejas de los hijos —interrumpe Garacoy— se mataron

con tres días de diferencia. Trinidad Renedo se lanzó al tren de cercanías cuando se aproximaba al andén. Estación de Asamblea de Madrid-Entrevías. Varios testigos aseguraron que ella resbaló, que no fue intencionado. Si esto ocurrió un martes con la novia del hijo, ese mismo viernes el prometido de la hija se lanzó de cabeza a un molino triturador de plástico en su fábrica de reciclaje. Se tomó por otro accidente. Y el apellido es Gong. La última cena del trío familiar acontece tres meses después.

»Lo que la subinspectora Rivera ha insinuado antes con aquello de un homicidio con suicidio doble, o un suicidio con homicidio doble, es que aquí el equipo se debate entre la teoría de que fue la madre quien puso el veneno en la cena y se llevó a sus dos hijos por delante, o que fueron ellos los que se vengaron de su madre, quitándose la vida a su vez, en un ejemplo de depresión adolescente de manual.

La sala se queda congelada en el tiempo unos segundos. Nadie mueve un músculo ni se le ocurre qué decir. No es para menos. Los datos caen como una losa y las teorías no pueden resultar más oscuras.

Erin señala al grupo a su espalda con el pulgar por encima del hombro.

—¿Esto no les ha llamado la atención hasta hoy?

A veces no es tan fácil atar cabos. Más aún cuando todas estas muertes fueron achacadas a la mala suerte. Nadie ha hablado de suicidio hasta hoy. Y mucho menos, de asesinato.

—No se puede hacer nada ya —comenta Garacoy, tirando sobre la mesa sus papeles como si nadie fuera a recogerlos luego, un gesto que ya vi hacer a Fusco en su momento—. Podemos analizar lo que ocurrió realmente, aquello en lo que nadie reparó entonces porque —me señala con un ademán— no contaban con un experto como el nuestro. Si hay que darle un enfoque paranormal, y hay que dárselo a la fuerza (por mucho que yo odie todo lo que tiene que ver con estos temas), hagámoslo. Comprendamos qué pasó. —Se pone a caminar a mi alrededor—. ¿Qué nos dice, Zarco? ¿Fue la madre, Angélica con la piel de crustáceo o como haya que llamarla? ¿Ella los suicidó a todos?

—Los asesinó —puntualizo.

—Usted ya me entiende.

—Yo apostaría a que sí. —Cuando veo que Muñoz le exige no sé qué billete de cincuenta euros a Whatever, me apresuro a decir —: Pero podría estar equivocado. Que nadie me dé la razón todavía.

—Algunas cosas sí que van teniendo sentido —reconoce Rivera—. Un nombre y un apellido nos han dado todo esto. No está mal. Los hijos muertos, sus parejas muertas, compromisos de matrimonio, suicidios por un tubo… Por mucho que no acabo de pillar la clave primordial, encaja con nuestro caso. Bordeamos el agujero negro. —La subinspectora se levanta de su silla de oficina y examina el gran tablón con docenas de fotografías clavadas con chinchetas—. ¿Esto no tiene nada que ver con el síndrome aquel, el de Münchhausen por poderes?

—En realidad, sin poderes —aclara Mara.

Rivera bufa, sin comprender.

—Si es con poderes —explica Garacoy—, la persona se inventa una enfermedad de alguien a su cuidado. Es la necesidad de tener un paciente y continuar cuidando de él al precio que sea. Una adicción. Si es sin poderes, el síndrome de Münchhausen a secas, el afectado hace lo que sea para que le sigan cuidando, fingiendo dolencias o provocándoselas. ¿Lo tenemos todos? Pero sí, Rivera, casi ha acertado.

—Pues eso.

Alzo la mano para que todo el mundo me preste atención.

—Desde aquí no puedo sacar mucho más. Hemos dado un buen paso en la dirección correcta. No voy a decir que haya valido la pena, aunque el homicidio frustrado del inspector… nos ha venido de perlas. No hay mal que por bien no venga y todo eso. Me gustaría visitar la casa. Está vacía, ¿no?

Muñoz asiente.

—De momento.

—¿Podría llamar al casero y decirle que nos enseñe la casa?

—Claro. ¿Cuándo quiere verla?

—Esta tarde. Cuando sea, lo antes posible.

—¿Sondeará al tipo? —se interesa Garacoy.

—Dudo que sepa algo que pueda venirnos bien. Lo haré de todos modos, ya puestos, para confirmarlo. —Veo a Erin ponerme mala cara—. Por otra parte, es la casa lo que me interesa. Fusco fue llevado allí, es el nexo de esa entidad con el mundo real. Sale de allí y regresa con víctimas, cuando las consigue. Tengo que ir. Sentir qué pasa en ese sitio.

Garacoy se dirige a Wakanda.

—Adebowale, encárgate tú, anda, consigue que el propietario vaya a la casa con la llave. Tú irás con él, Vaquero.

Vaquero. El apellido de Mara. Nuestra chica siniestra ya tiene apellido.

—Zarco.

—Dígame.

—¿Habrá peligro? Quiero decir…, si se meten en esa casa, ¿no querrán suicidarse o algo así?

Distingo a Erin por encima del hombro del subinspector, con los brazos cruzados y atenta a mi respuesta.

—No puedo garantizar nada.

—Si mis agentes se quedan en la puerta, ¿le parece bien?

—Sí.

—¿Usted podrá evitar que le controle? Se supone que es un telépata muy poderoso.

Ojalá pudiera responderle con certeza. Lo cierto es que pienso ir confiado a la casa, eso seguro. No puedo dejarme llevar por el miedo; sería como ir sin armadura a un duelo de espadones.

—No sé qué decirle, Garacoy, nunca me he topado con nada semejante. El más allá tiene sorpresas de todo tipo. Le puedo prometer que me aplicaré a fondo. ¿Le sirve?

—Qué remedio. No creo que haga falta que envíe a todo el equipo, más aún cuando tenemos la sospecha de que esta misma madrugada ha podido actuar, obligando a alguien a matarse, sin que nosotros podamos confirmarlo aún. Debemos estar atentos.

Es una manera como otra cualquiera de decir que todos ellos tienen las manos atadas y que, si no resuelvo yo a la manera psíquica este asunto, no habrá otra forma.

Garacoy da un par de sonoras palmadas.

—En marcha, personitas. Muñoz, sigue indagando sobre la familia Delgado o Moreno, sobre todos ellos y sus parejas, amigos, compañeros de estudios, a ver si se nos escapa algún detalle. Rivera, llama a los servicios de urgencias, avisos a la central, averigua si hemos añadido un nuevo suicida a la lista. Habrá que enterarse de cuáles eran los amigos comunes de los hijos y de sus parejas. Por si hay que entrevistar a esos jóvenes acerca de las posibles ideas depresivas, con tintes suicidas, de Daniel y Priscilla. Doménech sigue en el hospital, está pendiente del jefe, por si esa vieja horrible vuelve a por él. Si llama o si sabéis algo de él, quiero que me informéis enseguida. Vaquero, Adebowale, Zarco, ya tienen tarea. Vamos, vamos, vamos, movámonos como si tuviéramos prisa.

—Uno que se ha tomado más café de la cuenta —opina Erin.

Contemplo mi móvil en busca de novedades en el grupo de Pont. Las cosas siguen como antes.

Adelante, pues; hay una casa encantada que visitar. ¿Quién dijo miedo?

Me da tiempo a comerme un sándwich.

~

Con algo más de decisión, vuelvo a hacer La Llamada.

Aprovecho que me he quedado solo en el salón comedor de la comisaría.

Suena cinco veces. El tono de llamada se interrumpe y paso a escuchar ruido de tránsito urbano. Ella está caminando por la calle.

No dice nada. Lo haré yo.

—Deberíamos hablar.

Su respiración, cuando por fin responde, suena entrecortada, como si estuviera caminando a muy buen ritmo:

—Ya deberíamos haberlo hecho. Llevo esperando unos dieciocho años.

Cuelga la llamada. Entiendo su postura, la entiendo de verdad. Y por mucho que yo ahora me esté esforzando por realizar

acercamientos, no está obligada a corresponderme. Que yo sea su hijo no debe afectar, ¿no? ¿Es eso?

Menuda filosofía de mierda. ¿Qué es esto, el mercado de fichajes de pretemporada? ¿Si te vas del club, no vuelves?

Vuelvo a llamarla. Suena un único tono y salta el buzón de voz. Es lo que ocurre cuando alguien te ha bloqueado. Puede que no sea esa la explicación y que ella me haya colgado inmediatamente. Cualquiera de las dos cosas es comprensible. ¿Cierto?

No. Es inaceptable. Ella no hizo nada para evitar que me alejara. No luchó por mí, no se esforzó por buscar mi cariño como sí hizo mi padre.

Puede que sí lo hiciera y yo no me diera cuenta.

Entonces, ¿tengo yo la culpa? El matrimonio de mis padres no funciona bien, elijo un bando casi sin querer y… ¿soy tan malo como mi padre?

Está claro que esto no va a poder quedar así.

Pensaré en ello más adelante.

~

Wakanda Whatever es Radhi Adebowale. Previsible, pero bien. Gótica Feliz es Mara Vaquero. Excelente por ella. Algo me dice que no olvidaré sus nombres nunca más. Voy mejorando con estas cosas. Muy despacito. Son los que me acompañan en un monstruoso SUV negro sin distinciones policiales, aunque va equipado con la típica radio, un radar de velocidad, sirenas anexas al interior del chasis y altavoces de gran potencia para dar instrucciones a transeúntes y otros usuarios de la vía. Por no hablar de que es un vehículo idóneo para embestidas frontales y arremetidas laterales debido a su envergadura. Pedazo de bicho este SsangYong Rexton.

Radhi conduce con tranquilidad y buen tino, con la otra agente a su derecha dándole mejores indicaciones que el GPS del navegador. Erin está sentada, por decirlo de alguna manera (si quisiera, podría acostarse en el techo o seguir el trayecto volando

al otro lado de la ventanilla), a mi lado en los asientos traseros. Típica lógica del amigo imaginario que quiere pasar por real: no hacer nada estrambótico ni preternatural. No por costumbre.

Introducirnos con este mostrenco mecánico por la zona interior de Villa de Vallecas requiere de cierta determinación. Más allá de las avenidas principales de doble sentido, el laberinto de callejuelas que debemos atravesar obliga a Radhi a tener que maniobrar en puntos muy concretos, incluso introduciendo la marcha atrás para hacer un simple giro de noventa grados, invadiendo la acera con la rueda trasera interior. El resto del tiempo lo pasamos rozando los retrovisores de muchos coches aparcados.

A pesar de que Radhi habla del lugar como si fuera el salvaje Oeste, este barrio ha mejorado una barbaridad. No voy a mentir diciendo que se puede caminar tranquilo las veinticuatro horas del día o que nunca vayas a tener ningún percance con la fauna humana que reside por la zona. De hecho, el distrito todavía figura como una de las áreas más peligrosas de la capital; no obstante, no es tan fiero el león como lo pintan.

Es un barrio obrero, con su orgullo y sus lemas propios, y al transeúnte ocasional se le percibe de lejos en ciertas manzanas poco recomendables. Se fusionan aquí varias épocas en lo referente a la construcción, con edificios de pisos de los años ochenta acoplados a otros levantados en los cincuenta. Nuestro destino se encuentra dentro de un sector de casas apelotonadas sin sentido, como una hilera de dientes desiguales. Viviendas bajas con patios exteriores y azoteas recreativas dándose la mano con edificios de tres o cuatro plantas, con diferente color de ladrillo, que dan paso a nuevas casas bajas preguerra civil de yeso blanco y tejadillo, solares vallados desaprovechados y grafitis puros mezclados con pintadas de menor calibre artístico en las fachadas más desamparadas. La intimidad que ofrecen estas viviendas es la que dispensan paredes de tres dedos y medio de grosor. Las antenas tradicionales y las parabólicas están colocadas sin orden ni concierto, teniéndoselas que ver en el mismo espacio con aparatos de aire acondicionado y una maraña de cableado cruzando las

fachadas de lado a lado y de arriba abajo. Ni una sola ventana sin barrotes.

A pesar de todo, hubo tiempos peores, desde luego que sí.

Llegamos al número correcto de la calle Monte Naranco, casi haciendo esquina con la diminuta travesía Suspiro del Moro. El antiguo hogar de Angélica Delgado es una de esas casas bajas de pueblo, con poca distancia de anchura, pero mayor recorrido de fondo una vez que entras. Es un viaje en el tiempo. No tanto como para que Robert Capa se hubiese pasado por aquí, pero bastante atrás en la historia. El propietario ya está esperándonos, dándole caladas profundas a un cigarro electrónico como si acabara de descubrir el invento y no le convenciera tanto como el tabaco de verdad. Lleva una americana gris claro y una camisa color almendra sin corbata.

Hay bastante espacio en la acera para dejar nuestro vehículo, y Radhi lo aparca justo en la puerta, haciendo caso omiso a las instrucciones que le da el casero desde fuera. Nuestro conductor prefiere quedarse dentro por si acaso.

Mara y yo nos bajamos del SUV haciendo visera con las manos para protegernos los ojos del sol directo. Ella enseña su placa de policía antes de poner los dos pies en el suelo.

—¿Juan Coz?

El tipo se quita el cigarrillo electrónico de la boca, está a punto de ofrecerle la mano a la agente cuando ve que no es necesario.

—Ya hicieron una revisión a esta vivienda hace un par de años. Los del Ministerio de Sanidad. La reformé hace trece meses.

—No venimos por eso. Soy la agente Vaquero. El señor Zarco —con el gesto parece indicar que yo también soy policía, dejando claro que este hombre no tiene por qué saber más detalles— y yo queríamos ver la casa.

—¿Ocurre algo?

—Solo queremos ver la casa.

—Ahora mismo está vacía, se lo comenté al agente Muñoz. ¿Era agente Muñoz?

—Sí.

—He pasado de tener a una familia durante casi dos décadas a tener tres como inquilinos en poco más de un año. De los seis alquileres que gestiono, este es el que más problemas me está dando. Rediós —farfulla mientras mete la llave en la cerradura de una puerta desgastada de acero con la pintura cuarteada—, cómo cambia todo de un día para otro. —En cuanto abre la puerta, nos conduce al oscuro interior con la linterna de su móvil encendida—. Como no está arrendada, no hay contrato de luz. No sé por qué no he vendido ya esta barraca. La mayoría del alquiler que hay disponible en este barrio cae en manos de compañías, ¿saben? No sé si ellos tendrán tantos quebraderos de cabeza como tengo yo.

—Señor Coz.

—Por trescientos y pico euros al mes que saco por este alquiler, no me merece la pena. ¿Me ha denunciado algún inquilino? ¿Es eso?

Se diría, por el olor, que en la casa se está llevando a cabo una reparación de cañerías. El pestazo a cerrado y humedad es el mismo que se produce cuando los trabajadores tiran abajo un tabique y su contenido inunda las estancias comunes.

Erin no avanza mucho más de la puerta.

—Señor Coz, no sabemos nada de ninguna denuncia —le informa Mara.

—Llámenme Juan.

La casa no tiene entradas de luz hacia uno de los extremos (que da a un edificio de pisos) y las ventanas del lado opuesto cuentan con vistas a un solar cerrado que parece destinado a ser un vertedero.

Algún día tirarán todo esto y edificarán… una guardería, espero.

En cuanto el tipo sube las persianas y la luz de fuera nos deja ver con mayor claridad, el espectáculo nos sobrecoge.

—Me cago en todos sus muertos —maldice el casero.

La reforma superficial ha sido devorada, no encuentro otra manera de expresarlo, por el antiguo aspecto de la casa. El gotelé de las paredes está invadido por papel viejo, decolorado y grumoso, del mismo modo que las caries cubren el esmalte de un

diente. No es que se caiga la pintura, es que la decoración del pasado está superponiéndose a la moderna.

Sé que este papel de apariencia insalubre era el que había cuando vivía Angélica, porque lo vi en la visión del inspector Fusco, cuando su espíritu fue arrastrado a este lugar. Esa casa que contemplé es la que ahora pretende imponerse a la reciente reforma.

—Ya me comentaron los últimos inquilinos que la casa cambiaba por sí sola —dice el casero—; lo que no me podía imaginar es… esto.

La cocina está limpia, aunque no hay armarios suficientes para la cubertería, y sobre la encimera hay dispuestos unos montoncitos de tenedores, otro de cuchillos… Los asientos de dos sillas mugrientas parecen estar mutando de una tela de recubrimiento nueva, de colores brillantes, a un mullido de cuero viejo agrietado y poroso. Y está la típica bombona naranja de butano, sellada y llena de polvo, colocada contra un rincón.

Las casas así de antiguas no suelen tener instalación de gas natural.

Erin, desde el umbral de entrada, niega con la cabeza.

Mi sensibilidad de médium no me dice nada. Sé de sobra que muchos hogares pueden permanecer desactivados durante largas estancias de tiempo. El mismo caserón Desfortes tardó horas en desperezarse. Con esta casa podría ocurrir igual.

—¿Es una especie de virus? —pregunta Juan Coz, sin que me parezca del todo una tontería lo que está proponiendo—. Esa no es la nevera que compré el año pasado —asegura—. Es el frigorífico antiguo. Mi hijo me ayudó a llevarlo a un punto limpio. No debería estar aquí.

Mara entra en el salón principal, donde la estética insalubre de antaño casi ha engullido los nuevos cambios de la reforma. Preside la estancia una mesa de madera con relieves retorcidos y un enorme cristal en el centro, un sofá de dos cuerpos, cuyo aspecto me lleva a no querer sentarme ahí ni a punta de pistola, y, contra la pared principal, un gran mueble tosco y sin adornos de madera casi negra, con sitio para un televisor que no está, baldas

para libros que nadie ha colocado y un par de estatuillas religiosas. Los enchufes de toma de tierra tienen el soporte de plástico despegado de la pared y permiten entrever los cables que conducen al interior del tabique. Huele a rancio. La confortabilidad de la habitación se reduce a cero.

—Esa lámpara del techo tampoco es la que puse —asevera el propietario—. ¿Por qué está volviendo el mobiliario antiguo?

Me parece todo un acierto por su parte que acuse la responsabilidad de los cambios a un qué y no a un quién. Puede que haya que atribuirle un tipo de instinto propio a un hombre que, por otra parte, subestimé en cuanto lo vi.

—¡Isaac!

Es la voz de Erin, solo yo puedo oírla. Acudo al pasillo de la casa, que comunica con todas las estancias de la vivienda. Puedo ver la puerta de la calle en cuanto me asomo a mirar. Erin ha permanecido todo este tiempo a la entrada, tal como haría un vampiro que no ha sido invitado a entrar. Su dedo índice apunta a algo que está por detrás de mí, al fondo del pasillo. Giro la cabeza a cámara lenta, sintiendo cómo el vello de mis brazos se eriza y la temperatura desciende con rapidez. Efectos *poltergeist* activándose en tres, dos, uno…

—Algo viene —dice ella.

—Lo sé.

Me he tropezado con docenas de fantasmas en mi vida. Esta es su carta de presentación.

—¡Mara, saca al señor fuera! —me apresuro a decir.

Al mismo tiempo que la agente de policía se lleva al casero hacia la calle (curiosamente, el hombre no se resiste lo más mínimo, lo que me lleva a pensar que las historias de fantasmas de sus inquilinos han acabado por hacerle mella), la puerta del dormitorio al fondo de la casa se abre hacia dentro. De ella surge una figura azabache. Se diría que es una mujer menuda, puede que incluso una adolescente. Ella es más negra que la penumbra de la habitación de la que sale. Tras dar un paso y bañarse en la luz que inunda el pasillo, se la ve completamente ennegrecida. Carbonizada, oscura como el carbón, jirones de su piel con la ropa

pegada se desprenden al caminar, avanzando como un insecto antropomorfo hacia mí. Lo hace con sigilo, puede que temerosa de hacer ruido. Dejando huellas que tiznan la antigua y rígida moqueta a su paso. Una joven calcinada por completo.

Ahora una especie de clara de huevo se forma en las chamuscadas cuencas de los ojos; conforma una forma sólida que termina siendo un ojo. Primero el izquierdo, azul; luego el derecho, marrón claro. Ojos perfectos, sanos, un poco enrojecidos, pero libres de los efectos de quemaduras graves. Su vestimenta adquiere color mientras se separa de la piel con la que parecía haberse licuado. Un vestido verde esmeralda se va limpiando de impureza y ceniza. La dermis, recuperando su aspecto habitual hasta quedarse en un tono apagado. Gris de muerte. Con sus lunares, vello capilar y los surcos de ciertas venas destacando. El pelo surge del cráneo chamuscado, las uñas reaparecen sobre su cavidad, los tejidos dañados casi se han recuperado del todo. Cada paso que da hacia mí la acerca a la normalidad.

Una chica de veinte años, de aspecto un tanto enfermizo, aunque natural en los demás sentidos, se detiene justo delante de mí.

—Te he visto a través de las paredes —me dice.

No puedo andarme por las ramas. El sondeo superficial de su mente confirma mis sospechas. Es un espíritu que ha desencarnado hace horas. La víctima número veinticuatro.

—Me llamo Alicia —dice—. Es mejor que te marches. Después del masaje en las varices debo traerle una toalla caliente. No le gusta que la desatienda.

Las imágenes en su mente de las llamas consumiéndola son muy breves, así como los sonidos. Los ojos y los tímpanos se derritieron en segundos. El resto son recuerdos de un dolor espantoso y enloquecedor, a través de cada fibra de su ser, colmándola de tormento. Una muerte horrible en la sorda oscuridad.

—Yo no me prendí fuego anoche —asegura—. Jamás lo hubiera hecho. Creía que estaba bañándome bajo una cascada en Ahuashiyacu. Era una visión hiperrealista. Aquella señora me pidió

que la ayudara a bañarse en sus aguas curativas. Cuando quise darme cuenta, me había convertido en una antorcha humana. Creo que mi casa ardió entera. No sé qué ha sido de mis padres y mis hermanos.

—Yo me ocuparé —le prometo.

—Pasé del incendio de mi casa a este lugar como succionada por una fuerza invisible. Y ahora debo cuidar de ella. Debo traerle una toalla caliente.

—¿Dónde está?

—En el dormitorio que hay al fondo.

Escucho a Juan Coz gritar desde la calle. Pregunta qué ocurre de varias formas diferentes. Mara entra con Radhi, las armas reglamentarias en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay que hacer?

—No creo que puedan hacer nada.

El fantasma de Alicia sopesa a mis compañeros con expresión de lástima.

—Deberías decirles que se vayan —me sugiere.

—No os mováis de aquí —les digo a todos, vivos y muertos.

Pongo mis sentidos extrasensoriales al máximo mientras me encamino al dormitorio principal, al final del pasillo, con su puerta entreabierta y una especie de resplandor violáceo formándose en su interior, intensificándose poco a poco.

La habitación que me enseñó Fusco, con los dos hijos cuidando de la señora postrada en la cama. Y esa misma habitación es lo que me encuentro ahora.

Entro lo mínimo indispensable en el cuarto, lo justo para impedir con mi cuerpo que la puerta se cierre detrás de mí. Ya he estado en situaciones parecidas, nadie va a encerrarme aquí dentro.

La presencia me llega a través de sensaciones, antes de verla con mis propios ojos. La persiana sube por sí sola, haciendo un ruido ensordecedor. Una cama de sábanas arrugadas y repleta de manchas marrones, hedor a descomposición, a enfermedad, a fluidos de desecho.

Una malignidad desproporcionada reside en este lugar. Siento

su codicia, incomprensible, absoluta, un hambre voraz por consumir el cariño y la nobleza de la gente, por tragarse todo el afecto que una persona pueda poseer.

Sobre la cama, tapada con sábanas manchadas y una colcha pringosa, está la señora de piel de crustáceo. Con esos ojos como bolas de árbol de Navidad, blancos como la tiza, incrustados en cuencas sin párpado y con iris parecidos al signo de almohadilla.

De improviso, me ataca psíquicamente.

CAPÍTULO 19

TERCER ENCUENTRO DE TRES

La señora de piel de crustáceo se me introduce en la mente como una flecha. Maldita sea. Su invasión mental es un ácido corrosivo. Aplico una suerte de resistencia, pero ella perfora, entra, echa la puerta abajo. No es sutil, a la manera de un telépata corriente. Arrambla con todo. Busca con rapidez, accede directamente a un sinfín de archivos psíquicos sin profundizar en ninguno. Es una exploración muy específica. Intento resistirme, expulsarla. Es un pulso de voluntades durísimo.

—Eres un mal hijo —dice, con la voz de alguien que masticara cucarachas—. No te quiero en mi casa.

Sale de mi mente como un tornado que deja atrás una aldea rústica devastada.

Mi turno.

[Libera a Alicia]

La orden mental es un cañonazo. La proyecto con una potencia cien veces ampliada, me concentro para que sea una supernova psíquica.

Ella se resiste. Es la primera vez que me pasa. Nadie puede soportarlo. La señora de piel de crustáceo pone muros a la orden mental, frena su efecto. Inconcebible. Aprieto con insistencia. Me dejo la piel. Invierto más y más fuerza mental.

[Libera a Alicia]

Ella cede un tanto y el yugo que apresa el espíritu de la chica abrasada se libera durante un único latido.

Siento cómo Alicia se acerca a los límites de la casa, lo está aprovechando. Aún está presa, aunque las cadenas invisibles podrían romperse de un momento a otro. Si sigo insistiendo, podrá

salir de este recinto psíquico. Escapar.

Le doy toda la caña que puedo a la señora de piel de crustáceo.

[Libera a Alicia]

[Libera a Alicia]

[Libera a Alicia]

Un grito estruendoso suena en todo el dormitorio, se extiende por todas partes, la casa entera está chillando. Enormes grietas surgen del suelo. La monstruosa mujer se alza sobre la cama de un salto. Sus extremidades son un tanto amorfas, por lo que su visión completa, desnuda, con esa piel rugosa, es dantesca.

[LIBÉRALA DE UNA PUTA VEZ]

Y el flujo cede. Los grilletes se rompen como el cristal. Puedo advertir cómo Alicia sale disparada fuera del cerco de este reino del terror. Libre.

Me apacigua un poco, por mucho que me haya quedado casi sin fuerzas.

La vieja espeluznante esputa un gargajo negro como el petróleo. Se agita como si estuviera electrocutándose, si bien es solo rabia y consternación.

—¡Maldito, maldito, maldito!

Y se arroja sobre mí. Su boca abierta como la de una lamprea, llena de dientes circulares que giran alrededor del cieno de ese foso, mucho más profundo de lo que marca el límite físico de su nuca. Un agujero negro por boca. Un espíritu cabreado que arremete sin pensar.

Proyecto una onda psíquica con todo el poder mental que me queda. Me concentro, voy con todo, tiene que valer, no puedo permitirme fallar. Abro las piernas y me afianzo en el suelo. Cómete esto, bruja inmunda.

El impacto de la onda mental es demoledor; la hace volar por la habitación a velocidad terminal, empotrándola contra la pared, dejándola caer sobre la cama como un guiñapo y creando un cráter vertical sobre la superficie del tabique. A mí me hace retroceder hasta el pasillo.

Esto me va a valer una migraña de dos semanas.

—¡Eres un mal hijo! —dice ella, con la boca llena de sangre oscura, revolviéndose entre las sábanas como una araña herida—. ¡Eres el peor hijo que una madre podría haber parido!

El suelo bajo mis pies se transforma en una superficie líquida de color morado, un inmenso lago en una noche sin luna. Me hundo como una roca hacia un fondo de oscuridad.

No me sorprende el realismo de la situación. Es su poder; visiones de gran precisión. Como la mente de Renzo. Una realidad más detallada y fidedigna que la propia realidad.

Es otro tipo de ataque. Hay que resistirse igual.

El fondo de este pantano llega ahora, lo atravieso como si fuera algodón y caigo a una habitación nueva desde el techo. ¡Estoy dentro de otra casa! Reconozco la habitación en cuanto echo el primer vistazo, los carteles de películas y series ochenteras, la bandera pirata, el póster del *Emperor´s Return* de Celtic Frost… Es mi habitación de niño. La casa de mis padres en Coslada.

Sí, claro. Y qué más. No vas a poder conmigo así. Soy el amo de las recreaciones oníricas, zorra. Vuelve con otra…

—Isaac, campeón.

Mi padre entra en el cuarto, tímidamente, llevando por la cintura a mi madre. Una imagen idílica. Son jóvenes y su matrimonio todavía no se ha arruinado. Por otra parte, jamás los vi tan acaramelados.

—Hemos pensado en centrarnos en nuestra relación y dejarte de lado, ¿verdad que sí, mi vida?

Mi madre, embelesada, se deja querer. Se funden en un abrazo que pasa de ser apasionado a directamente impúdico. Empiezan a magrearse, a desgarrarse la ropa a tirones, a mordiscos. Les importa un comino mi presencia.

—Tú lo echarás todo a perder, niñito simplón —dice mi madre mientras le mordisquea el mentón a mi padre—. Ingrato y desagradecido serás. Tendrías que suicidarte antes de que hagas más daño.

—Oh, sí —secunda el Arián Zarco de treinta años—, que se suicide, que lo haga pronto. Oh, cariño, ven aquí.

Una soga se materializa en mi cuello, una abrazadera de

plástico ata mis muñecas. La horca salida de la nada se aprieta contra mi garganta hasta cortarme la respiración.

Es real. La horca es real. El entorno es una ensoñación. Sé de esto. Deja esa sensación indefinible de fondo típica de una simulación astral. Pero la cuerda que está apretándose en mi cuello es auténtica.

Tira de mí hacia la ventana con una fuerza sobrehumana, soy un harapo a merced de la cuerda. Me saca del cuarto, de la casa al exterior, un tercer piso en mitad de la calle Dr. Fleming y continúa su ascenso. Miro hacia abajo, una caída mortal, que aumenta peligrosamente, miro hacia arriba y contemplo cómo la cuerda llega hasta el cielo mismo y puede que más allá. Agito mi cuerpo en todas direcciones en cuanto empiezo a quedarme sin aire. Intento meter los dedos entre la cuerda y el cuello. Estoy atado con una abrazadera, pero por delante; puedo hacerlo. Logro introducir un dedo que alivia muy poco mientras mi cuerpo sin peso sigue subiendo como un pez recién pescado.

Es el otro poder del que dispone esta abominación. Si hay elementos disponibles, los utiliza para suicidar a sus víctimas. Una caída real, una pistola en las manos, un vehículo que avanza por la autopista. Si la cosa no es tan sencilla, puede materializar el instrumento mortal allí donde convenga. Unas cuchillas de afeitar que surgen de dentro de la piel o una horca que aparece de la nada.

Significa que voy a morir.

Lanzo otra onda psíquica hacia donde intuyo que está la señora molusco.

No sirve.

[Suéltame]

No sirve.

[QUE ME SUELTES, JODER]

Toda la fantasía que detectan mis sentidos se cortocircuita durante un instante en el que veo el pasillo de la casa agitándose a mi alrededor. Vista nublada, pitidos agudos en los oídos. La señora de piel de crustáceo ha cedido un poco. Me concentro en permanecer en el mundo real. Puedo respirar de nuevo. Estupendo.

Veo una figura difuminada de pelo rojo corriendo hacia mí desde un foco de luz cegador.

En circunstancias normales creo que mi mente sería más poderosa que la del espíritu de Angélica Delgado. Lo que pasa es que aquí estoy en la boca del lobo. Es su territorio. Voy a perder siempre cada partida.

El cielo vuelve a rodearme, toda la periferia de Madrid se extiende bajo mis pies. La ilusión ha vuelto. La soga prosigue su ascenso demente mientras vuelve a estrangularme. Angélica se repone. Está decidida a acabar conmigo.

Intento salir del entorno astral por mis propios medios. La vista se me está nublando también en esta realidad falsa, siento un frío helador, miles de pinchazos de aguja en mi cerebro. Me asfixio, es así. Queda poco tiempo. El nudo de la horca se cierra cada vez más, es una boa constrictora apretando sin parar mientras avanzo imparable hacia la estratosfera.

Unas manos firmes me abrazan desde atrás. Las siento alrededor del torso. Tiran de mí vigorosamente. Se produce un choque de energías, la fuerza que procura arrastrarme hacia atrás y la que pretende estrangularme mientras me lleva a la órbita del planeta. Las manos en torno a mi tórax pueden más.

—Lucha, Isaac —la voz suena entre las nubes que me rodean, como un trueno.

Mis tobillos se enredan con algo. Podría ser el suelo. Sea quien sea la persona que tira de mí, oscila por momentos, le cuesta un triunfo arrastrarme.

El oxígeno llega poco a poco. Y algo de calor.

La ilusión se desvanece de repente, como un globo explotando.

Estoy en la calle Monte Naranco. Ha sido Erin quien me ha sacado de la casa y me ha puesto a salvo. Sus benditas solidificaciones. Estoy tirado en el asfalto de la estrecha calzada, con ella encima de mí. Le debe de haber supuesto más esfuerzo de lo que pensaba, porque se está volviendo transparente. Va a desaparecer.

—*I'll be back* —dice, con media sonrisa, imitando a la

perfección un acento austríaco muy reconocible.

Y se disipa como el humo de un tubo de escape.

Me incorporo lentamente, tosiendo y tratando de volver en mí, recobrar fuerzas. La vista se me aclara. Siento a Mara agarrarme por las axilas, intentando que me incorpore. Radhi pregunta si estoy bien.

Deben de estar flipando. No sé qué han visto, qué han intuido, qué nada.

—Dios mío —dice la agente de policía.

La señora de piel de crustáceo está en el umbral de su casa. Visible para todos. Su odio es increíble. Es un tipo de aborrecimiento mayúsculo, ineluctable, hacia toda forma de vida, hacia mí especialmente.

—Eres escurridizo —masculla, dirigiéndose a mí, con los dientes muy apretados—. Veamos qué te parece esto.

Juan Coz lleva la vista a la navaja de barbero que ha aparecido en la palma de su mano, sin dar crédito. Y se degüella en un único movimiento. Visto y no visto. Un reguero de sangre encharca el capó del SsangYong aparcado. Él no hace nada por taparse la herida.

—¡Dios! —exclama Mara.

Radhi Adebowale saca su arma de la pistolera y carga el carril. Lo vuelve a echar hacia atrás, liberando así la bala de fogueo igual que un casquillo usado. La vieja execrable va aprendiendo. Se lleva la HK USP de 9 mm a la sien, como me temía.

Intervengo con una orden mental.

[No te dispares]

La señora de piel de crustáceo debe de estar echando los restos, porque Radhi se debate entre llevar su arma hacia su sien o apartarla de sí. Lucha por recuperar el control de su cuerpo.

Juan Coz cae al suelo, desangrándose sin remedio. Ya no puedo hacer nada por él.

Me doy cuenta de que Mara empuña con las dos manos un *wakizashi* japonés que nadie ha visto antes, la punta de la hoja dirigida a su bajo vientre. Va a eviscerarse a la manera samurái.

[No te apuñales]

La orden mental paraliza sus movimientos, pero esta lucha mental no va a acabarse nunca. La señora de piel de crustáceo opera sobre varias víctimas y yo debo concentrarme para que cada orden mental se instale en la mente y permanezca allí.

Radhi ya casi ha llevado el cañón de su pistola al lateral de su cabeza. Sus ojos suplicantes me rompen el alma. Estoy haciendo todo lo que puedo. Necesita otra orden mental, y luego otra y otra. Este juego seguirá hasta que Angélica o yo cedamos.

Escucho un ruido fortísimo a unos metros de donde nos encontramos. El cuerpo de un desconocido tirado sobre el suelo. La cabeza apoyada sobre un charquito de sangre que va haciéndose más grande.

Al otro lado de la calle adyacente, otro cuerpo, de una señora de mediana edad, revienta con su peso el techo y los cristales de un coche aparcado.

Reparo en que varios vecinos están saliendo a los balcones y las ventanas, en los edificios de vecinos más próximos. Un veinteañero con una gorra se sube a la barandilla de su terraza y se lanza de cabeza. Su cráneo se rompe como una sandía en la acera.

No voy a poder con todos. No me quedan fuerzas psíquicas.

Mara aprieta el arma blanca contra su abdomen, dispuesta abrirse el vientre. La agarro de las muñecas y tiro de ella para impedir que la hoja alcance la piel. Le planto la suela de una bota sobre la tripa para hacer palanca y tirar de sus muñecas hacia fuera con todas mis fuerzas. El *wakizashi* deja de existir cuando logro separarle las manos. Doy unos cuantos pasos hacia atrás por la inercia, a punto de perder el equilibrio.

No hay tiempo para explicar mis intenciones. Embisto a la agente de policía y le propino un puñetazo con tal fuerza que me caigo al suelo al mismo tiempo y en la misma dirección que ella. Me quedo a cuatro patas, parcialmente, sobre ella, verificando que la agente ha perdido el conocimiento.

¡Sí! En ese estado no puede verse influenciada. Paradójicamente, está a salvo.

Escucho una detonación.

No, por favor. Que no sea…

Me pongo en pie a tiempo para ver cómo Radhi se desploma sobre la calzada con la cabeza ensangrentada y su arma humeante en la mano.

Un obrero de mono azul se despeña desde la azotea de un edificio al final de la callejuela. Una mujer se coloca en el borde de la terraza de un cuarto piso, con los brazos en cruz. Impactará a solo unos metros de mí.

[No se tire]

Un chiquillo ya está colocándose sobre la barandilla de su balcón. Un coche acelera a máxima velocidad por una de las calles que hace esquina con Monte Naranco.

Se escucha el sonido de un impacto metálico y cristales rotos en una calle cercana. Al chico se le engancha el pantalón a una de las plataformas de sujeción de macetas y no llega a arrojarse a la muerte.

La voz quejumbrosa de ultratumba de la señora de piel de crustáceo resuena en toda la calle.

—Contigo no puedo ahí fuera —me dice—, así que me cargaré al vecindario entero si no te marchas.

Alzo las manos. Acepto la rendición.

—¡Muy bien! Nos marchamos, no siga con esto.

—No vuelvas aquí nunca.

Para mis adentros, prometo volver en cuanto me sea posible. Prometo vengarme por cada una de sus víctimas, prometo someterla a la tortura más salvaje que sea capaz de imaginar. Palabra de honor que te voy a triturar, puerca, aunque sea lo último que haga.

—No volveré, señora. No volveré a su casa. Ni siquiera a este barrio —créetelo, créetelo, créetelo.

Cierra la puerta de un portazo y se sumerge en ese submundo de perversión suyo. Volverá a actuar.

Y aquí fuera, el mundo despierta de un estado alterado de conciencia. Un vocerío a lo lejos, gritos de mujer desde algún inmueble. El chaval de la terraza regresa al interior, así como la señora que tenía los brazos en cruz. Salvados por la campana.

Este evento se estudiará durante décadas. Nadie podrá explicarse por qué seis personas se mataron súbitamente, porque sí, incluyendo a un agente de policía, ni la causa de que otras tantas se quedaran a un paso de conseguirlo.

Recojo en brazos el cuerpo de Mara Vaquero, que está volviendo en sí (menuda nariz se le va a quedar), y lo meto en el asiento trasero del SUV. Me acerco al señor Coz y me arrodillo ante su cadáver, porque es un cadáver, no me hace falta tomarle el pulso. Esos ojos vacíos tienen una expresión inconfundible. Es la muerte. Rebusco entre sus bolsillos y extraigo el llavero que utilizó para abrir la casa. Me guardo las llaves en un compartimento de mi bandolera. Me introduzco en el vehículo policial de incógnito, por el asiento del conductor, y activo la radio.

Con un sondeo mental profundo, rebusco en la mente de Mara los códigos pertinentes que tiene memorizados para llamar a la central y dar aviso de una urgencia policial de primer orden. No me lleva mucho.

No doy muchos detalles al llamar, con unas pinceladas gruesas da para mucho.

Llamo al subinspector Garacoy y le cuento lo que ha pasado.

No es fácil. No es nada fácil.

Mis oídos, fosas nasales y encías sangran más que nunca.

Cuando creo que ya puedo desmayarme sin mayores problemas, lo hago sin dudar.

CAPÍTULO 20

DECHADO DE VIRTUDES

He de ser razonable. Cuando se toma la determinación de desenterrar el hacha de guerra y emplearla para cimentar una calzada Madrid-Moscú de cabelleras arrancadas, un poco de sentido común puede venir bien.

Las derrotas hay que aceptarlas. Cuando te agarran del lomo y te restriegan el hocico por tus propios meados, has de aprender la lección. *De acuerdo, no me haré más pis en casa*. Comprendido.

Ahora bien, si no me da por abrir todas las herrumbrosas cerraduras del maldito Infierno y desatarlo sobre cada centímetro cuadrado de esa casa de Vallecas, más me vale enterrarme vivo en el desierto. Una batalla no hace la guerra. Esto aún no ha acabado.

Por ello, he de ser razonable. Ser la calma previa a la tormenta. Idear bien cada paso antes de darlo. Recapacitar. Inspirar muy hondo y espirar poco a poco.

Había una bombona polvorienta de butano en un rincón…

Por lo pronto, me trasladaron al hospital más próximo. Me encontraron sin sentido, con los oídos y la boca sangrando, por lo que me tomaron por otro suicida más. Muy sensato.

Recomponer los sucesos del día de hoy me ayuda a reflexionar acerca de dónde estoy y cuál es el desafío que enfrentar. Un día para no perdérselo, dicho con toda la ironía.

Los vecinos, el propietario de la casa y el agente Adebowale, junto a la chica quemada de la pasada madrugada suman un total de treinta suicidios misteriosos. Es la gota que colma el vaso. Un chorro a presión, en realidad, que estrella contra la pared el dichoso vaso de cristal.

La noticia se ha vuelto viral internacionalmente. No se habla

de otro asunto o, por lo menos, no más alto y con mayor insistencia. Puede que Al Qaeda lograra un impacto periodístico semejante si les diera por llevar a la práctica alguna de sus ocurrencias asesinas.

Ya hay conspiranoicos echándoles la culpa, de hecho. El nuevo tipo de ataque terrorista. Tras imitar a los pilotos kamikazes japoneses, lo que tocaba era hacer realidad aquella película de Shyamalan con un *lamentable-Mark-lamentable-Wahlberg-lamentable*.

Lo cierto es que a la prensa no se le ocurre cómo explicar lo sucedido. Revistas como *Siglo 100* o *Misterios* harán su agosto el resto del año. Los medios de comunicación menos atrevidos hablarán y hablarán y hablarán; las redes sociales se llenarán de expertos que propondrán un esclarecimiento de los hechos en una u otra dirección. Ni un usuario de redes sociales se guardará su opinión de mierda. Y, salvo los que estuvimos allí, ni uno se aproximará con sus presunciones a lo que en realidad sucedió.

No quise quedarme mucho tiempo en el hospital. Y nadie pudo impedir que me marchara.

Mara Vaquero, nuestra Gótica Feliz, ha presentado su dimisión firme e inaplazable. Ha tenido suficiente trabajo policial para una vida. Sospecho que no conciliará el sueño en los próximos veinte años.

Lo siento por ella; era la que mejor me caía de ese grupito.

No creo que los subordinados de Fusco vayan a seguir mucho más tiempo con el caso. Esto les supera. Entrarán en juego entidades de mayor calado, que dejarán de lado a la policía municipal. Seguirán colaborando, una participación necesaria, pero ya no protagonista. Adiós a las medallas (que yo siempre dudé que fueran a colgarse) para el jefe Fusco y sus alegres muchachos.

He llamado al subinspector Mario Garacoy para decirle adiós. A partir de ahora, yo seguiré por mi cuenta. He colgado antes de que pudiera mediar palabra. Le he mandado un mensaje en audio donde le he narrado lo que sé de la chica quemada, según las palabras de la propia Alicia, que se quitó la vida prendiéndose fuego en su piso. De este modo, podrán investigar el incendio

teniendo en cuenta que fue consecuencia del suicidio número veinticuatro.

Lo prometí, y ahora lo cumplo: he vuelto al garaje a recuperar mi fiel Rocinante de 1.8 litros, blanco e híbrido, al que en cierto momento bauticé como *paseador de fantasmas*. Hubo una época en que le iba de perlas.

Como repaso de lo acontecido, no está mal.

En el interior del habitáculo, configuro el cuadro superficial de mi psique para simular las mismas sensaciones que tendría un cosmonauta perdido en mitad de la inmensidad interestelar. Pongo el vehículo en marcha para poder activar el climatizador y situarlo en la temperatura idónea. El motor de gasolina descansa mientras las baterías se hacen cargo de todo.

Erin me ha acompañado en silencio. En lugar de juguetear con las cosas, cotillear, hacer comentarios jocosos sobre lo que dice la gente o provocarme en plan simpático, se dedica a vigilarme con la atención de un animal de compañía. Haciéndose notar tan poco que en ocasiones me olvido de ella.

—No quiero que hagas esto —dice, desde el asiento del acompañante, sentada sobre una pierna flexionada y con el cuerpo girado en mi dirección—. Algunos ríos deben seguir su curso.

La ignoro. Ignoro a Erin e ignoro todo lo demás. En cuanto logro vaciar mis pensamientos de complicaciones e inconvenientes, debo reconocer que me siento tan reconfortado que ni me lo creo. Acondicionamiento mental. Soy capaz de manipular a los demás y a mí mismo. Chasquear los dedos y ajustar el cerebro en modo relax. Un robot de ciencia ficción. No siempre me alegro de ser yo mismo y de poder dominar estas técnicas psíquicas; si bien, en este momento, me parece lo más genial que se puede entrenar y aprender en la vida.

Es obvio que dichos dones son los que me han metido en esta maraña impresionante y que debería odiar los males que padezco por disponer de ellos, pero no lo hago. Compraría este poder todos los días del año.

Ahora toca hacer una visita astral.

—¡Zarco!

Me concentro. Mi cuerpo se relaja sin llegar al estado REM. Mi conciencia sale del envase corporal que la gente reconoce con el nombre de Isaac Zarco. Veo mi cuerpo y a Erin, siguiéndome con la mirada. Me elevo sobre el Toyota, atravesando la materia del techo y de cuanto me encuentro, a gran velocidad, una planta de pisos tras otra. Paso sin ser visto entre los habitantes, hasta llegar a la azotea del edificio y continuar desplazándome con el aire despejado, a la manera de un dron etéreo, con visión de 360 grados. Avanzar desde aquí es tan instantáneo como ver en la lejanía un puente y, con solo desearlo, llegar. No hay recorrido previo. Mirar y encontrarme en la localización visualizada a voluntad. Diviso en la distancia una torre de pisos; estoy allí. Una autopista llena de tráfico; la sobrevuelo acto seguido. Si me elevo lo suficiente, podría incluso distinguir la localidad a la que me dirijo. A la altura de mil pies. Así lo hago. Veo una agrupación de construcciones donde predomina el ladrillo rojo; es el municipio que me interesa. Y ya estoy allí.

Llegar hasta mi antiguo barrio y localizar la casa de mi madre es un juego de niños. Me lleva en torno a un minuto desde el punto donde se encuentra mi cuerpo en reposo, dentro del coche aparcado.

Mi conciencia llega en línea recta, sin planeos ni maniobras, hasta la fachada del edificio donde se encuentra el piso de mi madre, y entro al igual que un cohete fantasma, frenando en seco sin ningún tipo de fricción o inercia.

Mi madre. Una mujer muy diferente en mi memoria. Me lleva a pensar si pudo ser abducida y sustituida, a partir del final de mi adolescencia, por una mala impostora. Dulce y atenta cuando yo no era más que un niño, indiferente durante mi pubertad y rencorosa desde entonces.

Si bien mi padre supo llamar mejor mi atención, yo no creía estar formando parte de una guerra fría matrimonial. Cuando quise darme cuenta de que había elegido bando, puede que no fuera capaz de haber sabido expresarme. Un detalle es mucho. Cuando no puedes comunicarte de un modo conveniente, pierdes la oportunidad de salvar el miembro, y lo que viene luego es

gangrena.

A medida que me iba haciendo mayor, tuve más problemas para conversar con mi madre. Al menos, de un modo profundo. Me alejé por pura inercia. Y si bien ella no tuvo la iniciativa de buscar acercamientos, yo acepté esa deriva de los continentes, aumentando el tamaño del océano que nos separaba, sin ninguna razón de peso más allá de no ser capaz de conectar.

Realizar esas llamadas telefónicas me costó un triunfo.

Ahora tendrá que valer esto.

Visualizo a mi madre inclinada sobre una mesa llena de papeles, con las gafas de leer puestas y tecleando en una calculadora solar con doscientos mil años de antigüedad mientras su iPhone último modelo descansa justo al lado. Está enfrascada en la declaración anual de la renta.

Me introduzco en su cabeza del mismo modo que lo haría un virus impertinente. Limpio la mesa tirando directamente del mantel. Sus cuentas, sus saldos, ahorros, movimientos bancarios y demás cuestiones se desparraman sobre un suelo metafórico, obligándola a concentrarse en esta intrusión. Manipulo su campo visual para que pueda verme sentado en la silla que tiene al otro lado de la mesa.

Su reacción es tirar el lápiz y quitarse las gafas casi de un manotazo. Se levanta un tanto. A su pensamiento superficial acude la idea de que está viéndome muerto. Una manifestación espectral.

—No estoy muerto, mamá.

Mi imagen se amolda al entorno como si yo estuviera físicamente allí. La luz que entra por la ventana cae sobre mi piel con realismo. Incluso me permito proyectar una sombra con toda precisión.

Mi madre no sabe nada de telepatía. Ignora qué clase de poder poseo, dónde me he metido o a qué me he enfrentado. Piensa que soy médium y ya está. Veo fantasmas, igual que su difunto esposo.

—Es una proyección psíquica. No te asustes.

Tarda en procesarlo. Se sienta con medio cuerpo apoyado sobre la mesa, mirándome de arriba abajo, abriendo mucho los

ojos, frotándoselos para volver a comprobar que sigo aquí y cerrando los puños hasta clavarse las largas uñas en las palmas de las manos, verificando que no es un sueño. Arruga un *post-it* descartado y me lo lanza en un movimiento rápido. Por supuesto, me atraviesa. Ella da un respingo.

—¡Márchate de aquí!

—Soy yo. En serio que soy yo. He venido a hablar.

Se aparta de la mesa de un empellón, tirando la silla al suelo y desplazándola unos metros; da varios pasos hacia atrás. Niega con la cabeza.

Su proceso neuronal está ardiendo, calibrando posibilidades, explicaciones racionales para esta alucinación. No puede aceptar que su hijo haya aparecido de repente. No cree que yo disponga de tales habilidades. Le echa la culpa a la medicación que está tomando, aunque es la misma de siempre y jamás le ha provocado visiones.

[Soy Isaac]

El pensamiento proyectado se instala en su cerebro, abriéndose paso entre las dudas a codazos. Se condensa y solidifica a toda velocidad, con una dureza indeleble, convirtiéndose en genuina certidumbre al cabo de unos segundos.

Asustándola.

Podría ordenárselo mentalmente, obligarla a que me crea. Una exhibición de mi poder que facilitaría las cosas.

Ahora ya no hace falta llegar a tanto.

La comprensión da paso a una idea cargada de veneno.

—Eres una monstruosidad —dice, con el desprecio del que solo es capaz una madre resentida.

—Quizá.

—¿A qué has venido?

Su tono de voz advierte urgencia. Quiere que acabe pronto, le diga lo que tenga que decirle y me vaya. No va a ser una conversación fluida. Me escuchará, al menos me concede eso, pero no va a facilitar un diálogo igualitario.

Piensa que no tiene nada que decirme.

—Lo siento —le digo.

Mi madre se cruza de brazos.

—Seguro que puedes mejorarlo.

Oh, claro que sí. ¿Esta es su respuesta? No voy a ponerme de rodillas e implorar perdón por estropear nuestra magnífica relación de madre e hijo; no cuando ella tampoco está exenta de culpa. Lo he dicho mil veces, es lo mismo que se dijo en aquella película carcelaria basada en una historia de Stephen King, «empeñarse en vivir o empeñarse en morir».

¿Quieres que lo mejore, mamá, es eso? Muy bien. A ver qué te parece.

[Vas a perdonarme]

El *shock* cerebral es semejante a los destrozos de una bala que atraviesa el cráneo de lado a lado. Sinapsis neuronales se empiezan a resquebrajar, asociadas a recuerdos, sensaciones, desengaños, sentimientos profundos. No es fácil lograr que alguien se incline a un impulso contrario a su naturaleza. Es el equivalente a obligar a un individuo a enamorarse de otra persona. A veces hay que eclipsar, ensombrecer rasgos intelectuales y anímicos. Se ve afectada toda la maquinaria cerebral. Es un tipo de sometimiento irreal. La persona entra en una especie de trance.

—Te perdono, hijo mío.

Ella piensa que lo ha hecho. Está convencida. Ha abierto una caja fuerte en su imaginación y ha metido ahí un montón de vivencias y emociones para cerrarla herméticamente después. Vivirá en un nubarrón de consciencia a partir de ahora.

Aún no sé cuánto tiempo puede durar una orden mental. ¿Toda la vida? ¿Un año? Podría ser que se acordara de que no me ha perdonado en realidad y la borrachera psíquica a la que la he sometido se disipara como un terrón de azúcar.

No me ha concedido la absolución en absoluto, solo le he hecho creer que sí.

¿Qué demonios estoy haciendo?

[Me perdonarás si quieres] [Lo siento]

Ella se lleva las manos a la cabeza. Un hilo de saliva asoma por una de las comisuras de su boca. Vuelve a retroceder, derribando una planta del tamaño de una persona sobre una gran

maceta. Hace un ruido enorme y la imitación de palmera se queda atravesada en medio de la habitación.

—¿Has sido tú? ¿Eres tú quien está jugando con mi mente?

—De acuerdo, ¿quieres que lo mejore? Lo intentaré. Lamento que no os llevarais bien papá y tú, que en un momento determinado vuestra relación empezara a torcerse y que yo me fuera metiendo con lentitud en ese mundo suyo, dejándote a ti de lado. Perdonándole todos sus errores, convenciéndome a mí mismo de que no me percataba de lo que ocurría. Su relación con aquella otra médium del Grupo Prometeo de investigaciones paranormales, Monique Theriault. Y te juro que no vi nada del todo revelador. Aunque lo sabía. De algún modo, lo sabía.

»Nunca quise formar parte del problema. Y, desde luego, no llegué a darme cuenta de que mi elección personal, cuando me fui a vivir con él, sirvió para construir un muro entre tú y yo. Ninguno de los dos llegó a hablar claro conmigo sobre el asunto de la custodia legal. Yo tenía edad suficiente para elegir. Y aquello significó implicarse en un pacto geopolítico en un mundo en guerra. Casi fue un juego. Te visitaba de vez en cuando y… pasado cierto punto no teníamos nada que decirnos. Ni un tema del que hablar. No conectábamos y a mí me daba pereza sacar a relucir mis inquietudes, mis apetencias, mis perspectivas ante la vida. Quizá pensara que no lo entenderías o fuera desidia.

»Él me cautivaba con la idea de mis poderes especiales, los dones que me hacían distinto a los demás chicos de mi edad, al resto del mundo. Me llenaba la cabeza con misterios y casos que las personas como nosotros, excepcionales por definición, podíamos resolver. Sabía qué botones apretar. La persuasión de sentirse singular, único, perteneciente a una suerte de élite, miembro de una misión especial. Un atontamiento digno de una secta. Y yo entré en todo aquello. Y me lo creí. El precio fuiste tú y no me di cuenta hasta que era tarde.

Mi madre se relaja por fin. Recoloca la maceta y la enorme planta en su sitio. El parqué y una sección importante de la alfombra situada en el centro de la estancia han quedado manchados de tierra húmeda. Mi madre va a buscar un cepillo de

barrer y un recogedor.

Mi voz sigue sonando dentro de su cráneo, porque ahí es donde está mi conciencia, pero mis palabras le llegan igual que si hablara desde el salón de la casa, el lugar en el que espera mi proyección astral. Mi avatar, por decirlo así.

—No te merecías mi indolencia —continúo diciendo—. Con un poco de sensibilidad podría…

—Eres igual que él —sentencia ella, regresando con la escoba y poniéndose a barrer, ignorando mi representación visual.

—Menuda respuesta. Es cierto que siempre viste todo aquello de la mediumnidad como algo *tan de mi padre*, que el hecho de que yo manifestara la misma percepción extrasensorial me alejaba de ti. Todo era competir entre vosotros. Vuestra vida pasó a ser eso y nada más. Competir por ver quién traía más dinero a casa, organizaba las vacaciones, tenía más y mejores amigos, más y mejores familiares a los que visitar, cenas festivas, conocimientos cinematográficos… Competíais por todo. Por mí.

»Recuerdo cuando, siendo niño, te conté que había visto a aquella señora a la que atropelló el camión cerca del centro de salud de nuestro barrio. El vehículo le pasó por encima. Murió con un corrillo de transeúntes curiosos alrededor. Nadie hincó la rodilla para tomarle la mano o preguntarle si quería algo. No había teléfonos móviles en aquella época, aunque la gente se comportó igual que lo haría hoy en día. Cuando te conté que la había visto en mi cuarto, no le quisiste dar importancia. Te insistí y te enfadaste. Me dijiste que me dejara de niñerías y que no me inventara cosas. Le echaste la culpa a papá, quien, según tú, me llenaba la cabeza de fantasmas y monstruos. No hay que tomarse a broma los miedos infantiles.

»Cuando se lo conté a papá, él sí me escuchó. Me explicó que algunos espíritus pueden ser vistos fuera de su hábitat porque se sienten atraídos por las esencias de las personas sensitivas. Por eso, en casa, yo podía ver espíritus que jamás vivieron allí o llegaron siquiera a pasar cerca de nuestro barrio. Con papá, todo era más fácil. Yo no sabía que en realidad estaba reclutándome, convirtiéndome en un proyecto personal, pero se esforzó mucho

por embelesarme. Tú te diste por vencida en cuanto cumplí los doce años. Una madre no debe darse por vencida jamás con sus hijos.

»¿Y cuál es tu respuesta? Que soy igual que él. ¿Es todo lo que tienes que decir?

Ella amontona la tierra vertida en un punto del suelo liso, con tranquilidad, pasa el cepillo de cerdas rígidas por la alfombra, llevándose los grumos más grandes y apurando para arrastrar los restos más pequeños a la zona tapizada. Cuando ha terminado, recoge la inmundicia como si dispusiera del día entero; después se va a la cocina y allí dedica un par de minutos a alojar cada cosa en el armario correspondiente, servirse un poco de agua y quizá beberla o puede que no. Mientras, mi avatar permanece en el salón. Otorgándole cierta intimidad, por mucho que en verdad estoy dentro de su mente, contemplando cómo llena un vaso de agua, solo por el mero hecho de hacer ruido con el grifo, para luego tirar el contenido.

Cuando regresa al salón, pone de pie la silla volcada, la coloca junto a la mesa y se coloca las gafas de ver sobre el puente de la nariz. Revisa una factura y finge que repara en mí justo ahora.

—Sí, hijo mío —el tonito es… desdeñoso—, es todo lo que tengo que decir.

Y vuelve a sus papeles.

Qué mujer más testaruda, rediós. Si tenía dudas de dónde vienen ciertas particularidades insoportables de mi personalidad, aquí está la responsable genética. Me dan ganas de borrarle todos los recuerdos que tiene sobre mí, si sirviera para solucionar algo y si no fuera un trabajo delicado que me llevaría horas de esfuerzo psíquico que no puedo permitirme. Además, luego tendría que romper el candado, ya que no me interesa tener una madre amnésica que el sistema me obligaría a cuidar. Con un concepto tan potente como un hijo olvidado, tan vinculado a recuerdos esenciales que definen a la persona, media vida se deslavazaría en los canales de memoria. De hacer un destrozo tal, el cerebro quedaría hecho un lío.

Por obviar que no es más que una reacción de pura entraña.

Un berrinche típico de *psíquico malo*. Yo no sería capaz de tanto.

Supongo.

—Voy a enfrentarme a algo muy… siniestro —comento, con desgana—. Si no volviera a verte, recuerda que te he pedido perdón. Y sí, el perdón no debe exigirse, hay que ganárselo. Conforme con eso. Si necesitas tiempo, tómate el que quieras. Algún día tu orgullo ya no será tan importante. No querrás seguir haciéndote daño, porque eso es lo que estás consiguiendo. Nada más. —Mi proyección visual desaparece de su ángulo de visión, aunque ella no está mirando—. No he cambiado de número de teléfono. Llámame cuando quieras.

Salgo de su cabeza.

El turismo astral no se ha terminado.

~

Mi plan requiere de una buena persona. Un dechado de virtudes. Es lo que busca Angélica Delgado, la señora de piel de crustáceo. Gente altruista y responsable de terceros. Enfermeros, buenas hijas, buenas madres, buenos hermanos, cualquiera de los suicidas de la lista deberá tener algún componente de este tipo. Angélica se ha convertido en un espíritu opresor y de corte demoníaco.

Si un fantasma es una mente desnuda, el núcleo de un planeta que sin su corteza se reduce a un diminuto corazón ardiente, lo que resulta al descartar el cuerpo no es nuestra personalidad en vida, lo que reconocen de nosotros nuestros seres queridos. La mayoría de los creyentes en estas materias lo llama alma, o ánima, del latín *anima*. A mí me gusta la definición *entelequia del yo*. El carácter de un sujeto, su perfil psicológico es la suma de esa mente en bruto y todas las experiencias vitales. Estas últimas conforman un plano cerebral único. Podríamos decir, de ser cierta la creencia, que, al morir, al liberarnos de toda esa carga asociada a lo físico y a los propios mecanismos y configuraciones cerebrales, nos convertimos en otra cosa. Deberíamos seguir siendo identificables para nuestros familiares y amigos, pese a ser entidades incorpóreas diferentes. El mismo café sin azúcar ni leche.

Y no hay un solo tipo de alma. Las debe de haber de naturalezas muy variadas. Esencias espirituales que quedan constreñidas, capadas, al nacer en cuerpos físicos limitados. Por ello, hay gente que potencia ciertos poderes, que no son tanto mentales como de la *entelequia del yo*.

Debido a esto, la mujer que fue Angélica Delgado, sin duda egoísta y adicta al cuidado y la atención de sus hijos, tras la muerte del cuerpo físico, ha visto liberada su ánima auténtica en todo su materialismo narcisista. Evolucionada hacia un ser impío y pleno de facultades, un ente con poderes en el más allá que cabría atribuir a habitantes de los denominados bajos astrales. Las entidades más oscuras. Mucha gente los llama demonios.

Sin duda, ella ya poseía poder de influencia. No puedo asegurar de qué tipo, pero, si los informes policiales son correctos (y no existe razón para pensar de otro modo), las parejas de Daniel y Priscilla se suicidaron en un margen de tres días por algún tipo de infestación. El cuerpo de Angélica Delgado era una cárcel para una *entelequia del yo* aviesa y retorcida. Apuesto a que tenía a sus hijos condicionados psicológicamente y provocó que sus prometidos se quitaran la vida por su propia mano de tal manera que parecieran accidentes. Cómo lo hizo, lo ignoro. El modo que utilizó para combatirme en la casa baja de Vallecas no era el propio de un telépata. Debería atribuirle un tipo de poder psíquico que se manifiesta en los demás por medio de una contaminación mental, una fuerte influencia.

Y, tras su muerte, la erupción de todo ese poder, acrecentado por las sensaciones otorgadas por las vivencias terrenales, se ha visto cristalizado en un espíritu desalmado, que solo quiere coleccionar cuidadores que hagan el rol de sus hijos y se ocupen de sus dolencias hasta… supongo que hasta el fin de los tiempos. Dolencias físicas que no puede tener.

Lo que quiere es ser el objeto de toda la atención de alguien. Su técnica consiste en localizar y «suicidar» inocentes. Esas son sus capacidades sobrehumanas. Dispone de una sensibilidad extrasensorial que la lleva a detectar a cualquier persona que encaje dentro del perfil de sus aplicados hijos, entiendo que

limitado a una distancia concreta desde el epicentro de su antigua casa, ya que no ha arrastrado a nadie al suicidio fuera de la provincia. Ese es su primer poder. Vinculado a su adicción.

El inspector Fusco lleva años viviendo solo, haciéndose cargo de los cuidados de su hermana en coma. Por ello lo encontró. Si la señora de piel de crustáceo supiera diferenciar una bala de fogueo de otra real, Fusco se habría saltado la tapa de los sesos en lugar de achicharrarse la boca. Él y todas las demás víctimas.

El suicidio es su segundo poder. Puede provocar que cualquiera, incluyéndome a mí, termine con su vida dentro de un tipo de engaño sensorial que no tiene por qué tener sentido en el contexto de la rutina de la víctima. Puede generar heridas físicas y reales acordes con aquello que se concibe en la visión. Y hacer tangible lo inmaterial es un poder muy serio.

Ninguna de las víctimas de la calle Monte Naranco tenía que ser buena persona. La señora de piel de crustáceo puede provocar el suicidio a quien desee, pero solo reclamará el espíritu de un ser generoso para convertirlo en su siguiente cuidador atento y servicial. No mata por placer, sino para esclavizar, para devorar esa bondad natural.

A juzgar por la rapidez con que busca nuevas víctimas, sospecho que los agota en espíritu. Me gusta creer que, una vez consumidas, esas ánimas trascienden al siguiente nivel y, gracias a eso, escapan de ese secuestro astral.

No me puedo quitar de la cabeza la posibilidad de que los mantenga aprisionados. Que ahora mismo tenga a veintitantas personas cuidando de ella, extendiéndole pomadas, haciéndole masajes musculares, midiéndole la presión o encargándose de su higiene en un limbo insustancial es un pensamiento deleznable. Bastante malo es que quiera más y más. Sin parar.

No gano nada martirizándome con ideas semejantes.

Así que ahora me desplazo a la velocidad de la vista en busca de una segunda intrusión, al interior de la mente de una persona fabulosa, de las más dadivosas que he conocido, un genuino dechado de virtudes según nuestra horripilante señora con piel de crustáceo. Alguien que invierte tiempo y ahorros en la lucha contra

el cáncer, el hambre, la violencia de género…, que se vio obligada a dejar de estar conmigo para asegurarse de que no estaba siendo controlada psíquicamente.

Mi exnovia Bárbara. Una víctima potencial de nuestra enemiga astral.

Admito que se me ocurrió meterla dentro mi plan. No le iba a gustar nada. Los gusanos, de comprenderlo, odiarían ser el cebo que se coloca en el anzuelo.

Por fortuna para todo el mundo, pero en especial para Bárbara, ella no me sirve. Ese papel debe desempeñarlo otra candidata. Que ya tengo en mente, porque soy así de mezquino.

Cuando me doy cuenta del asco que doy, me resulto insoportable.

~

Bárbara, en la actualidad, está trabajando en una tienda de accesorios de hogar. Venta de muebles, lámparas, sillas, mesas de todo tipo..., esas mierdas. Tiene un puesto destacado que le sirve para eludir la atención directa al público. Supervisa pedidos *online* y se encarga de las devoluciones. Tiene un equipo a su disposición.

Lo cierto es que me lo explicó en su día, mientras salíamos. Y yo hacía esfuerzos por escuchar. No era igual que con Cosette, su mejor amiga y con quien yo estuve saliendo un montón de tiempo, a quien ignoraba directamente. A Bárbara me esforzaba por atenderla, podría jurarlo ante un tribunal. Lo que pasaba era que mi concentración se disipaba, por mucho que intentara impedirlo. Ella hablaba de la tienda, de sus ocupaciones, de lo que había hecho o de lo que quería hacer mientras yo luchaba por no pensar en las musarañas. No bostecé ni una vez, y me dieron ganas, lo juro. No sé si eso me da puntos.

La localizaría en cualquier zona del mundo. Con la gente a la que has tenido muy cerca, la que se te me mete dentro y escribe capítulos importantes de tu vida, la localización astral es un juego de niños. Podría concentrarme muy fuerte y acudir a ella en el acto, si bien es un medio que requiere de esfuerzos denodados, y

yo no debo agotar mis reservas de psiquismo por lo que está por venir. La proyección mental puede ser una herramienta igual de útil y menos costosa. Y tampoco se tarda tanto.

La pillo en su reservado de encargada, revisando unos albaranes en el monitor de su iMac.

La asalto sin contemplaciones. En lugar de hacerle ver un duplicado de mí colocado justo delante, lo que hice con mi madre, me limito a hacer que mi voz suene en el interior de su cerebro:

[Bárbara, soy Isaac, ponte el móvil en la oreja y finge que hablas con un cliente, por favor]

Ella levanta la mano del ratón como si le quemara. Vuelve la vista a izquierda y derecha.

[Estoy en tu mente] [Así es la telepatía, y así te demuestro que nunca la había empleado contigo]

Se queda congelada. Paralizada. Hay un cierto grado de morbo en su pensamiento superficial subconsciente, no acabo de entender por qué, y eso está mezclado con miedo.

La telepatía da miedo. Cuando se quita la máscara de sigilo y se muestra tal cual es, libre para campar a sus anchas, arbitraria, inmune a todo, a fuertes personalidades, cabezas amuebladas y todo tipo de moralidad, la respuesta lógica es el miedo, claro que sí.

[No te asustes, te lo suplico, no voy a hacer nada malo] [Todo lo contrario]

No hay ningún motivo para que Bárbara se entere, por muchos años que viva (y se los deseo), de que una vez pensé en usarla de cebo de un ente temible. Estoy aquí para salvarla y eso ahora es lo que cuenta.

Al final, ella se pone el móvil junto al oído.

—¿Diga?

Podría haberle dicho todo lo que tengo que decirle y leer sus pensamientos sin más, aunque muchas veces el individuo asaltado mentalmente se delata en este tipo de estados alterados de conciencia. Gesticula, mueve los labios, lleva los ojos aquí y allá. Se comporta del mismo modo que los dementes, igual que si hablara con un amigo imaginario. Tiene gracia la cosa.

[Corres peligro]

—Dios.

Se queda callada mientras trata de pensar rápido. Me echa la culpa de forma automática de alguna tropelía imprecisa, la que sea, relacionada con fantasmas, los dichosos fantasmas. Tiene razón desde cierto punto de vista, aunque de ahí a culparme de todo…

[En mi intención por ayudar, me he topado con una entidad peligrosa] [No he visto nada así antes]

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

Opto por lanzarle un *pack* sensorial con el grueso del asunto, una bola enorme de imágenes vívidas, información memorizada y sensaciones subjetivas. No es todo el caso, pero es un informe concluyente donde ella podrá dilucidar a qué nos enfrentamos. Relacionado con los suicidios que se están produciendo por toda la ciudad, la noticia de la que todo el mundo habla sin parar en estos momentos, y todo ello asociado a una especie de bruja de cuento medieval que subyuga a sus víctimas para llevarlas al suicidio, lo quieran o no.

[Siendo como eres, y estando conectada a mí, es posible que esa cosa venga a por ti]

—Ay, no, no, no, Isaac, ya te dije que no me metieras en tus movidas. Me acojonan estas historias, te lo dije. En qué hora se me ocurrió aceptar esa primera cita. Esto no puede estar pasando.

[Ese ser ha estado dentro de mi cabeza y yo en la suya] [Podría saber de ti]

—¿Y hará que me suicide? ¿Me estás diciendo eso? Esto tiene que ser una broma. De las pesadas. No. Me niego. Mira, me estás inquietando un cojón con esto. Y espero que lo soluciones. ¿Lo vas a solucionar? Oye, ¿no será un ardid para volver conmigo? Mira, no me jodas, Isaac, ¿eh? Ahora me sueltas que un demonio me persigue y llegas tú y lo derrotas telepáticamente y yo te lo tengo que agradecer. No me vengas con que es eso.

[No es eso] [Estoy invadiendo tu mente para advertirte del peligro que corres]

—¿Advertirme y qué más? Porque tendrás una solución. No

me puedes venir con eso de que corro peligro y luego dejarme tirada. No serás capaz.

[Ese ente actúa sobre sus víctimas de noche] [Termina tu jornada laboral antes de que se haga de noche, si es necesario invéntate una excusa] [Y sal de Madrid; quédate fuera hasta que yo te diga que puedes regresar]

—¿Hoy? ¿Ya? Qué…

[Me pasas la factura del hotel, si quieres; búscate un alojamiento fuera de la provincia, cuanto más lejos, mejor] [No puedes volver a tu vida de siempre hasta que estés fuera de peligro]

—¿Y cuánto puede durar esto?

[No creo que más de dos o tres días] [Voy a ponerme muy serio]

—¿Tú también corres peligro?

[Sal de Madrid, Bárbara, lárgate hasta que yo te diga]

—Eres una maldición, tío.

Vaya. En la vida me habría planteado ser eso para alguien. Y tiene razón. La gente a mi alrededor sufre.

[Si tengo que obligarte a que te vayas de la ciudad, lo haré]

—¿Lo harías?

[En un caso así de desesperado, sí]

—Comprendo.

Esta afirmación sella nuestra ruptura. Tan concluyente como una defunción. No hay posibilidad de que una persona del talante de Bárbara, con un corazón tan sensible al derecho inapelable de cada ser vivo a su propia intimidad, se plantee darme una segunda oportunidad. No tras haber reconocido que estoy dispuesto a someterla mediante telepatía. Aunque sea para salvarla. Ella no podría perdonar esa acción. Era su mayor miedo mientras salíamos juntos, y se confirma mi determinación de llegar a ese extremo si lo considero necesario. Y para Bárbara no hay razón de tanto peso que valga. Es una violación. Es peor, de hecho, que lo que habitualmente llamamos violación.

—No puedo darte las gracias —dice.

[No quiero que me lo agradezcas, quiero que te pongas a salvo]

—Adiós, Isaac Zarco.

Me quedo allí dentro un poco más. Contemplando el interior

de esa conciencia maravillosa y acaramelada. De una candidez casi criminal en los días que corren, ella es un cuento de hadas recitado en las bodegas de un galeón esclavista. Tan fuera de lugar y de tiempo.

Y, por ello, un tesoro.

Me conformo con que sobreviva.

Devolver mi psique proyectada a mi cuerpo es instantáneo. Se parece a esa sensación de caída que se produce mientras duermes. Equivale a un despertar repentino en el que el cuerpo reacciona a una caída desde el lado de la cama que no se produce. Es una reubicación del cuerpo etéreo sobre el cuerpo físico tras una escapada ocasional. Subconsciente o inconscientemente. Lo que Christopher Nolan denominó *la patada*.

Y ocurre en el acto. Desplazarse en proyección puede suponer un tránsito, pero el regreso es tan fácil debido al *cordón de plata*, que efectúa un efecto ballesta que te trae de vuelta a tu cuerpo a muchas veces la velocidad de luz. Yo prefería que se pareciera más a una teletransportación. Y no.

Abro los ojos igual que un vampiro renacido, agarrándome al volante con todo el cuerpo electrizado y palpitante. Acalorado, con un hormigueo en manos y pies. Me rehago enseguida. Al menos, tiene eso. Es violento durante un instante. Te puede dejar, además, la boca seca, cierto mareíllo y un poco de presbicia temporal. Hay remedio para todo eso. En un par de minutos estaré como nuevo, aunque tengo la boca llena de sangre, procedente de mi nariz y encías; la telepatía haciendo estragos otra vez.

Se me ocurre poner en alerta a César y Manrique. No son lo que podríamos denominar víctimas potenciales de la señora de piel de crustáceo, aun tratándose de buenas personas.

Al final, decido que no será necesario. No creo que sean tan magnánimos y bondadosos como para ser los siguientes.

Por cierto, Erin no está en el coche.

~

Pongo rumbo a casa de Carlos Borman. Otra *sitcom* de las buenas

que está a punto de ser cancelada.

Estoy a tiempo de irme de vacaciones un mes y dejar que el país se arregle solo. Perderme por algún rincón cercano a los Picos de Europa y olvidarme de quién soy y de por qué no me hice decorador de zapatillas deportivas o podador de bonsáis.

Un mes sabático o dos y regresar con un *saludos, mundo, ¿qué me he perdido?* Y que no sea para tanto.

No pretendo engañarme mucho tiempo; estoy hecho para este tipo de desafíos.

No puedo eludir enfrentarme a la señora de piel de crustáceo. No puedo dejar de dar pasos en la dirección que me lleva... a ese tipo que estoy destinado a ser.

Echo de menos a Erin todo el recorrido en coche.

CAPÍTULO 21

PLANES Y DESPEDIDAS

El chalé de Carlos Borman se ha convertido en el segundo circo de lo extraño más importante de la ciudad, aunque nadie lo sepa. El Grupo Fobos se ha reunido al fin. Nuestro anfitrión se muestra menos arisco de lo acostumbrado. Lorena Ruth parece tranquila, atenta al siguiente paso que dar, y, ya que el doctor Pont porta a Renzo consigo, el piloto da muestras de ser el más animado del grupo. Es comprensible. Vamos a crear a su familia. El mayor regalo de Navidad posible. Su vida.

Me ha recibido en la puerta, en lugar del dueño de la casa, y se ha interesado por mis andanzas en el otro frente de esta guerra sobrenatural.

La doctora Landra está ya con nosotros. La noto asustada, con un grado de implicación mínimo en este instante. La versión rápida que me cuenta Renzo con la voz de Pont incluye una posesión por sorpresa y cambio de rumbo, de nuevo a Madrid. La ha liberado en la casa del actor. Y se le ha puesto al corriente con cierta presteza. Ha tardado en aceptar que ahora Renzo ya no es un espíritu agresivo, puesto que el principio de frenesí transitorio es más bien una hipótesis moderna y no muy extensamente manejada por la comunidad espiritista. Pero, por lo que puedo ver, ha aceptado la situación de mala gana. Si sus otros compañeros están de acuerdo en que esto es lo que hay que hacer, ella no pondrá ningún obstáculo.

Al igual que Borman no llevó bien haber sido el poseído inicial de la entidad que ellos mismos crearon y, tras un periodo de comprensión (que yo sepa), ha terminado por acceder a este loquísimo proyecto, asumo que la doctora Landra ha entrado a

regañadientes en el mismo redil.

Sus hijos andan por ahí, persiguiéndose alrededor de la piscina, ajenos a los asuntos de los adultos. Quién pudiera desentenderse así de toda esta historia. Erin se mueve entre ellos. No pueden percibirla, aunque a ella le da igual. Se la ve feliz.

Si me centro en lo que tengo delante, en este gran salón, la estancia principal del chalé, puedo garantizar que se han liberado no pocas tensiones, ya que los cuatro miembros del Grupo Fobos se sienten responsables de la vida desgraciada que le han dado a su creación. Eso facilita la cooperación y reciprocidad de todo el grupo. No perdonan el hecho de que estos medios, tanto el método de reunión de todo el equipo como las reacciones de Renzo en los primeros estadios de su liberación del cerco Desfortes, no justifican este fin. Se ha actuado de forma peligrosa, demencial e improcedente. Con todo, no se puede sino disculpar a una persona con un puñado de meses de vida, por mucho que haya llegado al mundo con una inteligencia adulta.

Mientras yo me enfrentaba a la señora de piel de crustáceo y luego pasaba unas horas en el hospital, han podido discutir entre ellos el inesperado éxito de su experimento, consultándolo con el mismo sujeto de este. Renzo Scarfiotti es una mente pensante, con derechos existenciales, y lo han creado ellos. Las teorías del *tulpa* han sido demostradas completamente.

Renzo ha manifestado su intención de ser colaborativo en las siguientes fases del que, sin que nadie se emocione en exceso, podría ser el experimento más notable de la parapsicología científica del siglo, puede que de la historia. Renzo podría hacerse famoso y ser entrevistado e investigado por todos los grupos de investigación del mundo. Podría estar cociéndose aquí un Premio Nobel. Aun así, este grado de implicación pasa por el acuerdo de crear primero a su esposa, tal cual la recuerda, y, más adelante, a su hija.

Se diría que no han malgastado el tiempo. Durante mi ausencia, han tomado la determinación de excluirme del proceso. La solución Frankenstein no debería contar con mi participación, ya que sería un elemento demasiado desestabilizador en

comparación con el primer experimento. Y podría dar lugar a un resultado diferente. De formas muy inquietantes. Por tanto, se ha decidido, lo quiera yo o no, que el segundo experimento se parecerá al primero en la mayor medida posible. Se regresará al caserón Desfortes y se iniciarán las correspondientes fases del proyecto en el mismo orden y con la misma ejecución que en la ocasión anterior. Al ser el único lugar donde Renzo Scarfiotti puede permanecer en estado etéreo, los cuatro miembros del Grupo Fobos podrían operar libremente, sin necesidad de *cargar con él*. Y, de darse de nuevo un resultado tan… *satisfactorio*, por decirlo así, no haría falta que Renzo tuviera que vestirse con el cascarón vital de uno de sus padres espirituales, ya que Lisa y él podrían vivir una vida plena sin cuerpos físicos en esa residencia.

Han de usarse los mismos principios y procedimientos que la otra vez.

Me han convencido.

—A pesar de todo —les digo, con cierta preocupación—, la solución Frankenstein debe esperar. —Compruebo que todos los presentes me prestan toda su atención antes de seguir hablando—. Ahora tengo entre manos otro asunto más acuciante. Y necesito la ayuda de algunos de vosotros. ¿Cómo vas de paciencia, Renzo? Espero que ahora no te entre la prisa.

—Eh… yo…

—Lisa existirá. Se amoldará a tus recuerdos de tal manera que todo lo que recuerdas de ella se convertirá de forma automática en su pasado. Viviréis felices en un Desfortes que imaginaréis en perfectas condiciones y comeréis deliciosas perdices fantasmales. Eso se hará. Llevará otros nueve meses, pero tus creadores ahora estarán mucho más motivados porque sabrán que es posible. Han demostrado que pueden hacerlo, y repetirán el mismo éxito.

Me aproximo a la puerta corredera que conduce al jardín. Erin repara en mi presencia y me dedica una mirada de soslayo que dura menos de un segundo. Al apartar la vista continúa jugueteando con los niños. Está enfadada conmigo.

Sabía que iba a visitar a mi madre telepáticamente. Que iba a obligarla a que me perdonara. Está bien, no era una buena idea. Y

no lo hice, de hecho. Ella percibió mis intenciones porque estamos tan unidos entre nosotros como el piloto de Fórmula 1 lo está con sus cuatro padres. En verdad, mucho más. Erin y yo hemos vivido juntos muchas más aventuras.

Estuvimos enamorados.

Supongo que a una madre hay que ir a visitarla. Personarse allí y probar su tarta recién hecha. Dejar que te cuente sus proezas domésticas, heroicidades en el supermercado o resolución de molestas llamadas telefónicas comerciales. No enviar tu mente y proyectar un hijo intangible al que poder ver. Para eso ya está Skype o Zoom.

Y he puesto a salvo a mi exnovia. No sé qué más tengo que hacer. Soy telépata, uso la telepatía. Hago lo que puedo con ella para ayudar. Me enfrento a los malos, hago lo que se tiene que hacer. A veces es trabajo sucio. Inmoral, por supuesto que sí, no se combaten las grandes amenazas del mundo con flores y poemas. La droga, el terrorismo son enemigos que no atienden a negociaciones; la comunicación no es posible ante sus oídos sordos. Yo no puedo negociar la paz con la señora de piel de crustáceo. Puedo ignorarla y desentenderme, que siga obrando a sus anchas hasta que la ciudad entera se suicide, o puedo destruirla sin miramientos.

Así es como se hace.

—Supongo que han oído hablar de los suicidios en masa —presumo.

—¿Y quién no? En la CNN llaman a Madrid nada menos que Ciudad Suicidio. La cosa se ha desmadrado. ¿Habéis oído lo de Vallecas? —pregunta Borman.

Se monta un pequeño corrillo, lleno de exabruptos y expresiones de pasmo y horror. Alguien habla de la teoría del ataque extraterrestre. Una invasión invisible, que afecta a la población mediante… ¿disruptores psíquicos? A mí, que me registren. Y dentro de poco, según Lorena, se extenderá por todo el continente. Para la doctora Landra esta podría ser una consecuencia de la última pandemia y de cierto tipo de vacunaciones, lo que, viniendo de ella, me llena de asombro.

—Yo he estado ahí, en Vallecas, en el momento del suicido masivo. —Sabía que esto iba a generar un silencio sepulcral, y así sucede. No se lo esperaban—. Mis correrías con la policía iban por ese camino. Los suicidios los está provocando un tipo de espíritu maligno que tiene su cubil en una casa baja, típica de pueblo, en la que ningún inquilino puede vivir mucho tiempo. Es el espíritu de una madre manipuladora y egoísta que esclavizó a sus hijos para que no se separaran nunca de ella. Fingió dolencias que no tenía, enfermaba sin cesar y pasó gran parte de sus últimos años postrada en cama, con el único objeto de que sus hijos cuidaran de ella.

»Cuando estos empezaron a planear sus propias vidas con las parejas con las que se habían prometido, el componente psíquico de la señora influyó en quienes podrían haber sido sus futuros nuera y yerno, hasta manipularlos a la manera de una infestación diabólica y hacer que se quitaran la vida. Tras eso, una cena envenenada terminó con la existencia en este plano del trío familiar. Todavía no sé si por obra de la madre o de los propios hijos.

»Ahora esa señora se ha convertido en una entidad abominable con el poder de provocar visiones hiperrealistas en sus víctimas, haciéndolas tangibles, incluso, siempre y cuando estén contextualizadas dentro del suicidio. El suicidio es su poder. Nadie puede resistirse. Y cuando los obliga a matarse, puede apoderarse de su espíritu. Yo pienso que la mente es un líquido y también una botella. Dualidad onda-corpúsculo. En el envase del espíritu de la señora con piel de crustáceo hay otras almas atrapadas.

—¿No hacía Freddy Krueger algo parecido en no sé qué película? —rememora Lorena Ruth—. Los chicos que soñaban le atacaban en grupo en el clímax de la trama y, al derrotarle, liberaban un chorro de almas que estaban aprisionadas.

—Podría ser, no estoy seguro —confieso.

—Y usted, ¿qué se propone hacer? —pregunta la doctora Landra, que, con Pont ausente, ha asumido el rol de líder del grupo.

—Por lo pronto, y ya que todo el mundo aquí, menos tú, Renzo, domina la materia paranormal, quisiera exponer el asunto

del foco físico para espíritus humanos desencarnados. Es decir, lugares donde se ubican sus manifestaciones frecuentes. Guaridas. Sean sus hogares en vida, las localizaciones donde fallecieron, zonas de trabajo o sean entornos en los que disfrutaban; resumiendo, esos sitios donde se hacen presentes e interactúan con los vivos. Yo tengo la teoría de que esos lugares pueden llegar a tener memoria residual. No sé si estamos de acuerdo.

La doctora Landra se ajusta las gafas y se recoloca en su asiento.

—Yo investigué con Tasio algunos hospitales inhabilitados antes de que se convirtieran en lugares abandonados como tales. No hablo de sitios en la línea del antaño encantado Hospital del Tórax, que también, sino de cualquier casa o punto concreto. Para los espíritus es más fácil asentarse en un terreno concreto, cercado mayormente, una casa es lo más habitual, y hacerse fuertes allí, si me permitís que lo diga, sobre todo si pasaron parte de su vida o les ocurrieron sucesos importantes. Podría ser algo que se remonta a la época prehistórica, con las cuevas como principal lugar de impregnación psíquica.

—A veces, es el punto exacto donde murieron —interviene Ruth.

—Aunque esos espíritus no suelen durar mucho en los lugares donde murieron —la corrige la doctora—; ya sabes que esa situación no prevalecerá con el pasar de los años. Si el espíritu se asienta y se perpetúa en el interior de una morada, podría permanecer durante décadas.

Borman sale de la cocina portando una bandeja de vasos con té helado. Los reparte entre los presentes.

—No estoy muy ducho en esas cuestiones —reconozco mientras acepto un vaso lleno de condensación—. Gracias, Borman. Pero tengo la teoría de que, si uno de esos emplazamientos se demoliera, el encantamiento se disolvería. ¿Qué opinan de este planteamiento?

Landra ladea la cabeza con cierta desaprobación.

—Si se vuelve a edificar sobre la zona, podría no disiparse por completo. Hay testimonios de nuevos encantamientos en las

residencias recién construidas. Si bien no son casos cien por cien contrastados. Ya sabéis que ciertos enclaves sagrados mantienen su condición, aunque se construya encima. Teóricamente. Y esto vale para iglesias, otro tipo de templos y hasta cementerios indios.

—¿Usted lo cree, doctora? ¿Cuál es su verdadera opinión?

La azul mirada de Tamae Landra está cargada de inteligencia. Calla mucho más de lo que piensa y parece que lo observa todo a distancia.

—No he pensado mucho sobre ello —dice—. Me cuesta pensar que una casa, que amparó miles de experiencias vitales de la gente que vivió allí, pueda mantener la misma memoria residual si se derriba.

—En ocasiones —prosigue Carlos Borman—, yo he dejado de sentir presencias de familiares difuntos en casas antiguas a partir del simple acto de hacer una reforma, repintar una habitación y cambiar el mobiliario. Eso modifica mucho la esencia viva de las estancias. Y los espíritus dejan de sentirse confortados.

—Les garantizo que el poder que opera sobre esa casa en Vallecas —les informo, con preocupación— no permite reforma alguna. Lo he visto con mis propios ojos. No es que la casa antigua disuelva la moderna, es que la recubre como el sarro dental.

—No he visto nada semejante —reconoce la doctora Landra.

—Ni yo —secunda Borman.

—Yo no he sentido ningún ente como esta señora de piel de crustáceo. Es… otra cosa. Cuesta pensar que alguna vez esa *entelequia del yo* tuviera una vida en nuestro mundo a través de un cuerpo físico, como una persona normal. A pesar de todo, no podemos hacer otra cosa que no sea enviarla al más allá definitivo o destruirla como sea.

—¿Y piensa hacerlo mediante el derrumbe de la casa?

La doctora Landra me ha pillado. Una jugada previsible, a nada que estuvieras atento a la conversación. Si es cierto que un espíritu se puede fortalecer atándose a un escondrijo específico, una buena manera de debilitarlo es reventárselo. Sin miramientos.

—Es… una parte del plan, sí.

—¿Y los vecinos?

—Una bombona de butano puede, o no, ocasionar daños a los edificios adyacentes, todo en función de dónde se encuentre. Pero en un punto elegido con precisión, en una casa baja tan antigua… Bueno, mi idea es destruir la vivienda sin que los edificios de pisos más modernos que la rodean se vean afectados.

No soy experto en demoliciones. No sé calibrar el daño de una bombona de butano. Procuro sonar como si supiera de lo que hablo. Y si hace falta convencerlos más aparatosamente, estoy dispuesto a todo. No voy a discutir este punto.

—Sabe que eso va a ser calificado como terrorismo, ¿no?

La doctora Landra pone un asunto espinoso sobre la mesa.

—Tendremos cuidado —aseguro—. Parecerá accidental. Es la idea. Por alguna razón, esa señora de piel de crustáceo se ha establecido sobre el dormitorio principal de la casa. Donde ella pasó años acostada, viviendo del cuento, con sus hijos alrededor. Es el corazón de ese antro encantado. Si hacemos estallar la bombona en esa zona, teniendo en cuenta la poca altura de la residencia y los materiales de construcción empleados, ese sector de la casa quedará hecho trizas, el techo se derrumbará y no habrá que lamentar muchas más pérdidas materiales. El dormitorio colinda con un solar vacío. El edificio anexo en el ala opuesta de la casa baja es más resistente, de los años ochenta, aguantará el embate. La explosión apenas lo afectará.

—Parece muy seguro de lo que dice, señor Zarco. —Los ojos de la doctora Landra son témpanos. Juzgan, sentencian y ejecutan, todo de una vez.

—Medidas desesperadas.

—¿No hay otra manera? —pregunta Lorena Ruth—. Somos tres médiums, aquí presentes. Y usted parece de categoría. Quizá entre los tres podríamos…

—Si hubiera una forma psíquica o mentalista de librar este enfrentamiento, el asunto ya estaría resuelto. Les garantizo que sí.

Renzo se da una vuelta por el salón. Es el único que no ha aceptado el té frío. Medita sobre lo que se está diciendo sin acertar a comprender los detalles.

—¿Puedo hacer algo o me limito a esperar?

—Tú eres vital, Renzo —le informo.

—Yo no sé nada de parapsicología.

—Ni falta que te hace. Eres necesario porque tu bloqueo mental es absoluto. No he visto ninguna defensa psíquica parecida. Has sido creado por estas cuatro personas, por lo que tu mente no está supeditada a los límites físicos impuestos por el cerebro material. Siempre has sido etéreo. No sé si por este o por cualquier otro motivo tu mente es un muro, infranqueable por completo. Si yo no puedo perforarlo, estoy convencido de que la señora de piel de crustáceo tampoco podrá. No sufrirás visiones ni tentaciones suicidas. No podrá afectarte.

»Es una pena que no puedas poseer más cuerpos que los de tus cuatro padres. Puedes meterte en Pont, como ahora, en Ruth, la doctora o Borman, pero en nadie más. Eso constriñe un poco mi plan. Nos limita. Nos apañaremos, no obstante.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Ir a esa casa?

—No irás tú solo. Yo estaré ahí. La idea es que… le pongamos un cebo a esa monstruosidad. Le encantan las personas responsables, atentas, entregadas al cuidado de los necesitados. Altruismo, generosidad, amabilidad. Al principio, buscaba víctimas entre personas que acabaran de prometerse o formalizar una relación amorosa. Serían los individuos más parecidos a lo que simbolizaban sus hijos. Aplicados, sí, entregados como pocos, pero a un paso en firme de comprometerse con terceros. El matrimonio es el primer paso que te aleja de casa. Y por mucho que digan que las madres ganan un nuevo hijo, esta señora lo veía como una pérdida irreparable.

—¿Y dónde vamos a encontrar a alguien así?

—Como he dicho, Renzo, eso fue al principio. Desde que las autoridades recomendaron en público aplazar momentáneamente las fechas de boda más próximas, esa bruja horrible se ha conformado con personas caritativas y deseosas de cuidar a los más desfavorecidos. Que estén emparejadas o piensen en comprometerse ya no importa.

Renzo mira a Lorena Ruth. La doctora Landra, también. Carlos Borman los imita. Yo mismo me encojo de hombros y con

un gesto le indico a Ruth que así son las cosas.

Ella se pone en pie y se echa medio té encima. No se mancha mucho los pantalones (la alfombra se lleva la peor parte), pero se encoge al sentir el líquido a unos nueve grados.

—¡Un momento! ¿Yo? ¿Me toca ser el cebo?

—No tenemos a nadie mejor. Eres enfermera y, por lo que pude ver en la memoria del doctor Pont mientras repasaba vuestro experimento, eres idónea. Te desvives en el trato por los que sufren. Eres una buena hija, ideal para la señora de piel de crustáceo.

—Has pedido un traslado para la unidad de quemados —corrobora Borman mientras limpia con un paño la alfombra manchada de té, un comentario que le vale una mirada por parte de la chica que, de ser kryptoniana, le habría fundido enterito.

—Lorena —le digo—, te lo pido por favor. Debes confiar en mí. No va a pasarte nada. Nos buscaríamos a otro u otra si fuera posible. El problema es que debe ser uno de vosotros cuatro. Nadie más me sirve. Renzo únicamente puede poseer los cuerpos de sus creadores. No puede meterse en el cuerpo de nadie más. Y, dentro del grupo, eres el miembro que encaja con el perfil de víctima ideal de la señora horripilante. Vas a pasarlo mal un ratito; sin embargo, luego…

—¿Pasarlo mal?

—Un ratito. Poco tiempo. Nada.

—¿Y por qué tengo que pasarlo mal?

—Bueno, porque… vamos a meterte en la boca del lobo. Y ella vendrá a por ti. Hay que hacerlo de esta manera porque la señora de piel de crustáceo busca astralmente a sus objetivos, y podrían pasar semanas, meses o quién sabe cuánto antes de que diera contigo. Pero si le metemos la carnaza al tiburón directamente en la boca, morderá el anzuelo.

—Coño, qué bien. Estoy encantada con el plan. Y me lo ibas a contar, ¿cuándo?

—Te lo estoy contando ahora. Y te garantizo que no te pasará nada.

Sondeo su pensamiento superficial y ya preveo que no la voy

a convencer así como así. La entiendo, la comprendo. Menudo papel en toda esta delirante comedia le toca interpretar.

Lo que ocurre es que yo ya no me puedo andar con paridas.

[Vas a aceptar] *[Todo el mundo sabe que no te hace gracia]* ***[Accederás, a regañadientes, pero accederás]***

La orden mental cuaja en el interior de la mente, vertiéndose entre las entrecruzadas líneas de pensamiento como el chocolate derretido sobre un postre.

Lorena Ruth se frota los pantalones, inconsciente al control mental. Su expresión de esfuerzo denota una lucha interior que, por fortuna para mis planes, no se produce.

—Está bien —dice—. Accederé.

Borman se levanta del suelo. No parece muy contento con el aspecto de la alfombra, una de esas de trama de seda, estilo persa y sobrecargada de detalles. Poco moderna para combinar con el resto del mobiliario. Al actor le gustan los contrastes.

Tendrá que encargar su limpieza si desea que la mancha desaparezca.

—Nosotros también iremos —dice, y con un ademán incluye a Landra y a sí mismo.

—No es necesario.

—¿Formamos parte del plan B?

—No hay plan B. Y me encanta tener planes B, casi siempre ideo alguno. —Le doy un trago al té, con cuidado, no quiero maltratar mis encías sensibles—. Esta vez no lo tengo.

El tintineo de los hielos mientras besan mi labio superior me trae a la memoria el de ciertas cuentas religiosas empleadas en exorcismos. Llevarme a un exorcista a la antigua casa de Angélica Delgado podría ser de ayuda. Seguro que Manrique Franzoni conoce a un par. Quizá fuera un plan B.

No quiero ni plantearme esa posibilidad en este momento. Mi plan es el plan.

Borman vuelve a la cocina, con su bayeta húmeda y expresión dolida. Lo mismo es una de esas alfombras persas auténticas que subastan por decenas de miles de euros.

La doctora Landra aprovecha que Renzo se interesa por el

estado de Lorena para colocarse delante de mí con cara de pocos amigos y clavarme un dedo de uña de manicura sobre un pectoral.

—Algo le has hecho —asegura, en susurros—. ¿Verdad?

—¿Cómo? No entiendo.

—Lorena no aceptaría así como así un trabajito semejante. La has controlado, dime que no si te atreves, le has… nublado el sentido o lo que sea que hagas.

[Quítese esa idea de la cabeza] [Olvide lo que acaba de sugerir]

Aparta el dedo y lo observa como si él solo se hubiera hundido en mi pecho. Frunce el ceño, con extrañeza. Busca alguna explicación en mi mirada.

—¿Qué ha…?

—Estamos todos muy nerviosos, doctora. No se preocupe por Lorena, es más valiente de lo que cree.

Me doy cuenta de que, al otro lado del cristal de la puerta corredera del jardín, está Erin, observándome con decepción y con una pose agotada.

Ya sé lo que ella piensa de todo esto.

En cuanto Carlos Borman vuelve al cuarto de estar, saco del bolsillo interior de mi americana la pluma estilográfica y le doy unos golpecitos al vaso de cristal.

—Perfecto, amigos —exclamo mientras el sonido insistente reclama toda la atención de los presentes—. Los detalles del plan son los siguientes.

~

El plan entraña riesgos. No les he prometido que será fácil. Ahora que caigo, no les he prometido nada, ni siquiera que funcionará. Nadie ha preguntado qué pasará si no tenemos éxito. Hemos de tenerlo.

Como nos espera una noche muy dura, dedico las dos horas siguientes, lo único que queda del día antes del anochecer, para meditar. Relajar mi mente, canalizarla, recargarla.

Entro en un trance profundo.

~

Estás en los salones recreativos de tu antiguo barrio, en Coslada. Debes tener diez u once años. ¿Lo recuerdas? Cuarto curso de EGB, según el antiguo sistema de enseñanza básica. Mírate, llevas una camiseta blanca y unos vaqueros. Te huele el aliento a tabaco, así que debes de haberle dado unas caladitas al Fortuna que José le roba a su madre todas las tardes para que podáis fumároslo entre todos y marearos enseguida. Te gusta vacilar de que sabes tragarte el humo. Prada está dándole al Commando. *No estaréis mucho tiempo, en la segunda pantalla le matan enseguida, por eso se entretiene tanto en el nivel de inicio, se lo conoce muy bien. Monta una escabechina de cuidado. No deja un enemigo vivo.*

[¿A cuento de qué viene esto, Erin?]

Venga, no seas así. Este es mi poder sobre ti. Puedo conseguir que te sumerjas en tus recuerdos como si fuera realidad virtual. Los conservo como oro en paño. Fue la época en que alcancé la autoconsciencia. Fueron los buenos tiempos.

[No fueron tan buenos tiempos]

Tenían su aquel. El cine llegaba al corazón como nunca. Efectos especiales prácticos, era la época de los grandes tecnicismos en las películas. Los malditos años ochenta.

La partida se acaba, mira. Prada busca alguna moneda en sus bolsillos para continuarla. Antes que él, tú ya sabes que no encontrará nada, el chico va siempre corto de pasta.

—No tengo nada. ¿Podéis prestarme?

—Si tuviera, jugaría yo —responde José.

—Ya vale —dices, autoritario—. Me apetece… darle una tunda a alguien.

Todos te ríen el comentario. No es gracioso, lo que ocurre es que promete diversión de tipo duro. Es lo que os creéis que sois. Unos chavalotes de cuidado.

[Un momento]

—El otro día —cuentas—, cuando os dejé y volvía a casa, me encontré con el hijo del quiosquero, el Embute.

—Javi Nandos.

—¿Por qué le llaman el Embute?

Todos se encogen de hombros. Chupito está a punto de decir algo. Aguardas a ver qué puede ser. De cuando en cuando, se le ocurren cosas interesantes. Se lo piensa mejor y mete las manos en los bolsillos, en silencio. De cuando en cuando viene a ser casi nunca.

—El caso es que me miró raro. No sé si mal o qué, lo que sé es que no me gustó un pelo. Y no me corté. Lo juro por Dios. Fui a por él y le afostié. *No lo pensé ni una vez. Me lancé a por esa cara llena de granos y le di un puñetazo justo aquí. —Le pones los nudillos junto a la mejilla a Prada y lo empujas un poco hacia atrás. El muy idiota sonríe —. Pude sentir el hueso de su calavera en los huesos de mi mano. Entonces pensé:* siempre pego en el estómago, nunca en la cara como en las pelis. *Y me dio el punto. Fue así. Dolió un poco, no me lo esperé. Retiré la mano enseguida.*

—¿Qué hizo él?

—Se fue hacia atrás y se dio contra la pared. Estábamos enfrente de un portal. Luego se cayó de culo. —Los demás ríen, burlescos—. Estando ahí sentado, con la cabeza a la altura de mis huevos, pensé en pegarle un patadón y reventarle la cabeza.

—¿Y lo hiciste? ¿Lo hiciste?

Chupito es el más sádico. Puede que más que José. A saber, son dos buenos piezas.

[Erin, este recuerdo no puede ser mío]

Cállate, Isaac. Vas a perder el hilo. No te pierdas lo que estás a punto de decir:

—No lo hice, capullo. O no estaría aquí. —Presta atención a esa forma de hablar, ensayada y metódica. Un tío duro hablando suena así. Lo tienes estudiadísimo—. Ya te digo que, si le hubiera metido una patada en la cara, le habrían llevado a urgencias. Lo mismo hasta me lo cargo. Has visto lo flaco que está. —Escupes al suelo con animadversión—. Un puto palillo. ¿Qué hubiera pasado si lo mato? Hubieran venido a por mí. Quiero ser luchador profesional. Me voy a federar cuando tenga quince años. Entonces, le partiré la crisma a montón de peña. ¡Y será legal! No quiero joder eso por que me metan primero en un correccional.

—Ya te digo —secunda José.

José Luis Cano Castellar. Cano, tu lugarteniente.

[Erin, ¿qué es esto?] [¡Erin!]

Cano, Chupito y Prada. Los tres mosqueteros, solo que al servicio de Richelieu.

—Quiero volver a sentirlo —dices—. La calavera a través de la piel. Es cojonudo cómo el puño lleva esa sensación al cerebro. Quiero que todos lo probéis. Un puñetazo cada uno. Quiero que os luzcáis.

—Vamos a por el Embute, lo mismo su padre lo ha puesto a trabajar. Podemos sacarlo del quiosco y molerlo a palos.

—¿Eres tonto o qué coño te pasa, Josele? Esa calle está siempre llena de basca. Mogollón de terrazas con marujas a destajo, no pierden detalle. Si nos ven, seguro que se ponen a gritar y a montarla. Como venga la madera nos crujen. Es un ataque a un trabajador. —Ninguno de ellos ni tú tenéis idea de convenios, leyes laborales y cosas así. No sabes de lo que hablas. Y da completamente igual. Agarras a dos de tus amigotes por los hombros y los atraes hacia ti—. No, a quien quiero es a Isaac Zarco.

[Vale ya, Erin, pon fin a esto]

Te pones de rodillas y obligas a tus dos esbirros a que se agachen contigo. Cano está enfrente y se pone de rodillas también. Como los equipos cuando van a planear una estrategia de juego.

—¿No lo habéis notado?

—¿El qué?

—Está distinto. Isaac Charco.

—El Cobarde —añade Chupi.

—Quiero que vayamos a por él. Hace tiempo que no le hacemos nada. Y no le hacemos nada porque parece… —intentas que te salga la palabra altivo*, pero eres un matón de mierda, así que el término se te resiste—: como más presumido, ¿no os parece?*

Lo piensan un momento.

—Yo lo veo igual. —Prada no se entera de nada.

—Sí, algo ha cambiado —reconoce Cano.

—Ha cambiado —sigues tú— porque se ha buscado una novia.

—¡No jodas!

—¡Imposible!

—Sí, me lo dijo mi hermano mayor. Le vimos desde el coche de mi padre cuando íbamos a misa. Iba solo, a alguna parte, con prisa. Caminaba como si hubiera comprado el pueblo entero y fuera su dueño. Qué cabrón. Le importaba todo un comino. Mi hermano me vio mirarlo y dijo: eso es porque se ha echado novia. Algún día ya lo sabrás.

—No le he visto salir con nadie del colegio.

—No sale con una chica de nuestro colegio —afirmas—. Puede que sea una chica del Gregorio Marañón o del Blas de Otero, me la suda. Voy a partirle la boca.

Cano se pone de pie. Preocupado.

—Ha estado entrenando. Podríamos buscarnos a otro. El quiosco del Embute cierra a las ocho, si llegamos con tiempo podemos esperarle.

Te lanzas a por él, como el muñeco de muelle de una caja sorpresa. Le estrujas el cuello de su polo imitación de Lacoste y lo pones pecho contra pecho.

—Eres un maricón, Joselito.

—Está entrenando, te lo prometo. Se le empieza a notar. Puede que esté haciendo pesas o artes marciales.

—Me da igual. Somos cuatro y yo puedo pisarle la cabeza cuando quiera. Y quiero. ¿Te tengo que obligar? ¡¿Tengo que hacerlo?! Muy bien.

[Vendrás conmigo]

—Iré contigo.

[Le pegarás un puñetazo]

—Le pegaré un puñetazo.

Ya sé lo que estás pensando, Isaac, que ninguno de tus abusones en la infancia fue psíquico. ¿Estás seguro? ¿Y si la erótica del poder del más fuerte derivara en un tipo de telepatía inconsciente que afectara a los subalternos? Explicaría muchas cosas. Por qué chicos aparentemente sencillos, con buen comportamiento en casa con sus padres y hermanos, se transforman en capulletes bullies *en cuanto se juntan con sus respectivos jefecillos.*

[No es por eso, te lo garantizo]

Claro, eres un experto. Zarco sabe. El único que va por ahí ultrajando mentes e imponiéndoles acciones que no desean realizar… eres tú.

Adelantémonos una hora. Vayamos justo al momento en que le encuentran. Ahí estás. O, mejor dicho, ahí está él. Viene pensando en las musarañas, yo no estoy a su lado, ni siquiera ha logrado hacer un boceto mío en su mente. Isaac Charco está solo, siempre lo va a estar.

[Nada de esto ocurrió realmente]

Este Isaac es otro. No tiene novia, no le han enseñado a pelear, no ha entrenado un solo minuto. Hemos pasado a un universo alternativo. ¿Por qué no? Puede que los motivos para que tus compinches y tú fuerais a buscar al primer Zarco tuvieran que ver con la envidia que le teníais por tener novia a su edad, cuando vosotros estabais tan lejos de eso. Sin embargo, ahora ese Zarco nos viene fatal para el ejemplo. Solo quería encontrar los argumentos más convincentes, perdóname. Lo que vamos a ver es cómo destrozan a un segundo Zarco.

El Isaac Zarco que hubiera seguido siendo toda su vida sin mí.

Mira cómo tuerce una esquina, apollardado *con sus chorradas, no se espera lo que está a punto de pasarle y… Pum. Se lleva el primer* fostial *sin saber ni de dónde le viene. Le has pillado bien. Esa cara parecía estar hecha, diseñada, para recibir este pedazo de mamporro.* Boom. *Y a tomar el té. El pobre cae de lado como un poste derribado. Le agarras del cuello y lo pones en pie. Peso pluma. ¿Se ha creído que esto va a acabar tan pronto? ¡Qué iluso! Acabas de empezar. Al menos vas a atizarle dos veces más antes de que tu cuadrilla se estrene en el arte de golpear con la mano cerrada.*

Zarco expresa su confusión con un gesto lastimero. No sabe a cuento de qué viene esto. Lo tiras contra el escaparate de una tienda de electrodomésticos. No te cuesta esfuerzo. Eres un tío con un par.

Y, por encima del hombro de Isaac Charco, reparas en tu propio reflejo.

Eres Óscar Fuerte. Claro que sí. Es lo que eres. Es en lo que te has convertido. La erótica del poder del más fuerte.

[Menudo despliegue para llegar hasta aquí]

Aun así, lo estás asimilando, ¿no? A ti no te acompañan, hoy en día, tres fieles secuaces que te rían los chistes, que se apunten a tus disparates y estén dispuestos a desvivirse para tenerte contento. Puede que César. ¿Qué te parece? ¿Dirías que César Baggio estaría dispuesto a convertirse en tu matón a cambio de más atención por tu parte?

Imagínatelo. Podrías acudir a dos o tres avisos de su app *de alertas misteriosas. Llegarías al lugar, te entrevistarías con los testigos y resolverías el caso en un santiamén. Como siempre haces. El gran Óscar Fuerte, telépata de gran poder. A cambio, él iría por ahí pegándole puñetazos a quien le señalaras con el dedo. Podría traerse a su nuevo amigo, a quien tú convencerías de cualquier otra manera. Quizá, la manera sencilla. En plan:*

[Vente]

—Vale —diría Marco.

Es suficiente. Voy a nublar todo a nuestro alrededor. Ya no necesitamos los ochenta para nada ni tu infancia falsa. Estamos dentro de un círculo, rodeado de nubes. Un ojo de huracán congelado en el tiempo.

Has sentido lo que ese chaval sentía cuando abusaba de otros, sus momentos de popularidad frente a sus pequeños discípulos. ¿Te suena? Claro que sí. Es lo que sientes hoy día.

Todo lo que odiabas es lo que has conseguido. Ser un abusón.

Ser Óscar Fuerte.

~

En una de las mazmorras más profundas de mi mente, el Manco, con su poncho y su purito en los labios, el pistolero más molón de la historia del *western*, me clava esos ojos entrecerrados y fríos.

—Si se marcha otra vez, será para siempre.

El ala de su sombrero le oculta el rostro al agachar la cabeza.

~

—Lo he pillado, Erin. Buena representación. Soy un abusón. Un buen coscorrón. ¿Vas a ser la voz de mi conciencia a partir de hoy?

—Mucha gente te ha dejado antes. Casi nadie te lo explicó primero.

—¿Y qué viene ahora? ¿Un castigo? Me voy a ir a mi cuarto sin cenar. Toda esa vivencia falsa ha sido muy gráfica. Me he portado mal. Como otros se portaron mal conmigo en mi infancia. Me has pillado.

Señoría, me declaro culpable.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, lo he oído. Casi nadie me explicó por qué me dejaron cuando lo hicieron. Entonces, ¿vas a dejarme, Erin? ¿Me estás diciendo eso?

—Yo estoy con quien me necesita.

—Eh, un momento. No estarás hablando en serio.

—Llevo unos días muy seria contigo.

—Han sido días… muy duros.

—Ya, seguro.

—Yo te necesito, Erin. Estás con aquel que te necesita. Estupendo, pues yo sigo necesitándote.

—No. Óscar Fuerte no necesita a una amiga imaginaria. Quizá una novia que le centre un poquito, nada más. Él tiene a sus mosqueteros fieles. Todos para él y él para él. Un chico como Óscar, en su infancia, nunca tuvo que imaginarse a nadie que le escuchara, le consolara, que le entendiera. Y si ahora eres como él, lo que te hacen falta son súbditos, no amigas imaginarias. O, por lo menos, no te hago falta yo.

—Puede que te necesite más que nunca.

—Voy a desaparecer de tu vida, Isaac. Te quiero más que a nadie. El primer amigo, el primer confidente, el primer cómplice. El primer amor. Me ha encantado volver a verte. Pero me largo. No quiero tener nada que ver con esto que haces. Esto es una despedida. No volverás a verme ni volverás a oírme. Nunca más.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Te he ofendido o qué?

—Tú ya sabes por qué.

—No, quiero que me lo expliques.

—Si no eres capaz de entenderlo, no mereces que siga contigo.

—¡Ah, por supuesto! ¿Es porque estoy obrando inadecuadamente? ¿Me estoy… corrompiendo? ¡No me hagas reír! ¡Hay amenazas ahí fuera! Tú te has dedicado toda la vida a darle palmaditas a la gente. ¡Oh, pobrecito Iker, que no se adapta bien al nuevo colegio! ¡Joder, Erin, yo me enfrento a monstruos! ¿Dónde demonios has estado últimamente? Yo creía que habías visto a esa bruja con piel de cangrejo como yo, aunque lo mismo estabas mirando a otro lado. ¿Y el malo soy

yo? No se puede combatir contra esas cosas regalando cajas de bombones. Hay que darles fuerte, donde se hace daño de verdad. Tú me lo enseñaste. Sujetar con fuerza una pila en el centro de la mano antes de cerrar el puño. Golpear en el ojo, en el tabique nasal. Un golpe, dos golpes, tres golpes. A los puntos flacos. Y luego soltar una parrafada final. Lo que yo hago es lo mismo, pero con la mente.

—¿No te escuchas? Ahora me estás culpando a mí de todo.

—No, no, no, no te estoy culpando de nada. Yo solo… intento que me comprendas.

—Yo comprendo en lo que casi te has convertido. Porque piensas que es lo que hace falta. Pues presta atención: no se exorciza un demonio con misas negras y hechizos satánicos más poderosos. Combatir el fuego con fuego no ha funcionado jamás.

—Derroto entidades dañinas. Hace falta no querer ver para no verlo.

—Y estás quedándote solo para ser la única entidad dañina que perdure.

—Joder, Erin.

—No, Isaac. A veces los medios no justifican el fin.

—No se me ocurre otra forma de combatir este tipo de espíritus. Tengo un poder, se usa de una determinada manera. Es lo que hago.

—¿Sabes cuál es la mejor forma de acabar con todos los grandes aprietos de la humanidad? Las guerras, el hambre, la injusticia, todo. Con una extinción absoluta. Llámalo virus letal definitivo, una guerra nuclear en condiciones, atrayendo a nuestra órbita un asteroide descomunal o desafiando a los extraterrestres para que nos invadan y exterminen de una vez. ¿Son formas de hacer las cosas?

—Y el Óscar de la Academia a la mujer más exagerada del planeta es para…

—Bueno, como puedo comprobar, te haces mucha gracia tú solo. No hará falta que yo te anime en tus horas bajas.

—Venga, Erin, estamos sacando esto de contexto.

—No eres el Isaac que me creó. No eres mi Isaac. No sé quién eres y me da mucho miedo en quién vas camino de convertirte. Porque vas a ir a peor.

—Soy un Óscar Fuerte low cost, *¿cierto?*

—Solo ha sido una demostración visual para plasmar mejor lo que pienso de ti ahora. Tú recuerdas ese miedo que te despertaba la simple visión de Óscar Fuerte apareciendo en tus proximidades. Cómo le esquivabas al salir del colegio. Conoces la fuerza de ese temor. Y ahora es lo que tú infundes.

—Él hacía lo que hacía por diversión. Yo lo hago por necesidad.

—¿Por necesidad? Lo haces gratis, Zarco. Te entrometes en casos que no son de tu incumbencia. Sé lo que piensas, que, teniendo un poder así, no entrometerse causará mayores daños, que habrá más víctimas. Con tu poder, la inacción está fuera de lugar. Eso puedo respetarlo. A pesar de eso, cada día eres menos paciente, te vuelves más irascible, soportas menos la presión, toleras menos los inconvenientes. Llegará el día en que dejes de hablar con la gente y te limites a alojar en sus mentes paquetes de datos con toda la información que quieras darles. Dejarás de discutir para siempre, porque someterás a todo el mundo desde el primer momento para que hagan lo que tú estimes que debe hacerse. Siempre por un bien superior. Porque alguien debe hacerlo. Porque tú puedes. Y se acabará el razonar, el debate, nadie podrá ofrecerte ideas nuevas.

—No creo que llegue a tanto. Aunque…

—Aunque qué.

—Es una forma de ir mucho más deprisa.

—Estás perdiendo tu conciencia, Isaac. ¿Qué te enseñó tu padre?

—¡Mi padre! ¡Mi padre no era ningún ejemplo que seguir! Me equivoqué con él durante años. ¿Quién era él para aconsejar a terceros? Destruyó su matrimonio y me fagocitó por completo. Me alejó de mi madre sin que yo me diera cuenta. ¡Y los he perdido a los dos! Los he perdido a los dos, Erin.

—Puede que tu padre no fuera lo que aparentaba, que tuviera sus fallos. Pero el código ético que te enseñó era real. Una buena lección es una buena lección, venga de quien venga. Fue el proyecto en el que más se implicó en toda su vida y tú estás mancillando ese legado. Tú fuiste lo mejor que salió de tu padre.

—¿Y qué propones? ¿Debo dejarlo, entonces? He ayudado a mucha gente.

—Lo que te sugiero es que no te pierdas a ti mismo. No haces lo

que haces por necesidad. Lo haces por placer. Hay una parte de ti a la que le encanta tomar estas determinaciones extremas. Puedo sentir cómo gozas metiéndote a fondo en las cabezas de los demás.

—Erin, no puedo parar. Ahora sería un acto de irresponsabilidad. Hay algo ahí fuera muy serio y requiere de medidas drásticas.

—No te controlas, cielo. Tu poder te está dominando, en lugar de ser tú quien lo domina. Y ni te das cuenta. No puedo continuar a tu lado si sigues así. Yo ya no soy como tú necesitabas; soy como quiero ser.

—No puedo perderte a ti también. No puedo quedarme solo. He perdido a quien se ha cruzado en mi camino. Los únicos que me quedan ya están buscándose nuevas compañías que me apartarán de su lado. Tú sí que eres lo mejor que ha salido de mí.

—Cada día te reconozco menos, Isaac. No quiero que un día aparezca a tu lado y me encuentre con un desconocido que lleva tu rostro. He sentido ya eso y no voy a quedarme a ver cómo la transformación se completa del todo. Esto te lo has buscado tú.

—Erin, no puedes… ¿Y si…?

—Te quiero. Adiós.

—Erin… ¿Erin?... No, no, no, no, no, no, por favor, no. Erin…, por favor…

CAPÍTULO 22

SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS

El día se presenta nublado y decidido a querer descargar una buena cortina de lluvia en cualquier momento, cuando menos nos lo esperemos. Me da la sensación de que el planeta está pendiente de mi siguiente paso. Los astros apretando las mandíbulas, agarrándose a una butaca imaginaria. Es el momento de la verdad. El equivalente a una tanda de penaltis de acceso a una final.

Hemos dormido todos en la casa de Carlos Borman.

Me he percatado de que Renzo no duerme. Cuando se instala en el cuerpo de uno de sus cuatro anfitriones y todos se retiran, se dedica a recostar el cuerpo, relajándose todo lo que puede, sin cerrar los ojos. Medita en vez de dormir. Entiendo que no le hace falta ese tipo de descanso.

Me llama la atención, porque ningún fantasma se hace presente las veinticuatro horas del día, aunque haya quedado vinculado a ti. Tienen ausencias, siempre las tienen. A lo largo de los años, he visto cómo algunos espíritus se me pegaban como un chicle y permanecían a mi lado mientras tuviera alguna tarea que resolver para ellos. En cada ocasión había intervalos de tiempo en los que no estaban ahí. Nadie sabe adónde acuden o por qué se separan de una localización o de una persona a la que han quedado atados. Ninguna de las teorías se ajusta a esta realidad. Y ellos mismos no son capaces de contestar a este interrogante. Se ausentan y aparecen caprichosamente. Y punto.

Renzo, no. Mientras ocupa el cuerpo de uno de sus padres psíquicos, permanece allí, consciente. No quiere agotar el cuerpo en modo alguno; de ahí los turnos de posesión consentida. Y cuando no queda otro remedio, realiza este tipo de meditaciones.

Lo he visto y es… estremecedor. El cuerpo se diría que está en fase REM, con el tipo de respiración de una persona dormida, pero sus ojos están ahí, abiertos y pendientes. Semejante a un vampiro.

Durante las primeras horas de la mañana nos hemos puesto al día con los noticiarios nacionales e internacionales. Ha sido un desayuno interesante.

El modo en que se analiza la escalada ascendente de suicidios varía ostensiblemente según si se acude a un medio español o extranjero. La Unión Europea se ha pronunciado. Un paripé necesario que viene a significar que está preparada y que instará al Gobierno español a reaccionar de alguna manera, contando con todo su apoyo de ser necesario.

La palabra terrorismo se evita en la mayoría de los canales, por mucho que se paladee en el ambiente, y hasta ha supuesto avisos de censura significativos en las plataformas donde se mueven los *influencers* más jóvenes. Mientras no se verifique que se ha producido un ataque, definirlo como una nueva práctica de terrorismo es tema tabú. Y la hipótesis de la secta destructiva empieza a abordar los medios más escépticos como, ahora sí, una explicación razonable a los últimos acontecimientos.

Los seis suicidios inexplicables de Monte Naranco traen de cabeza a todo el mundo. La policía ha dejado de emitir comunicados en público. El Gobierno de la Comunidad de Madrid asegura que la investigación es exhaustiva y ofrecerá nuevos datos en breve. El avance es, según la portavoz oficial, extraordinario.

Bla, bla, bla.

Para tranquilizar al subinspector Garacoy, he decidido adelantarme y llamarle yo antes de que él insista con más mensajitos de texto. Anoche debió de aburrirse o comerse la cabeza más de la cuenta, una de dos. Por eso me he levantado con dos pares de mensajes que pretendían ser apremiantes y decisivos, rozando la amenaza al principio, advirtiéndome de que yo no soy quién para apartarlos del caso, y luego, más serenos y amables, entre pidiéndome consejo y ofreciéndose a colaborar en mis pesquisas de orden paranormal.

Durante la llamada no me ando con aspavientos

—Mañana se lo explicaré todo —empiezo diciendo, sin saludos previos ni memeces de ningún calibre—. Creo que esto acaba hoy.

—¿Qué es lo que va a hacer, Zarco?

—Es el turno del 7.º de Caballería. Confíe en mí.

—¿Tiene usted un equipo de cazafantasmas o algo por el estilo?

—¿Tiene agentes apostados en Monte Naranco?

—Por supuesto que sí. Este suicidio colectivo nos ha traído muchos problemas. No se hace cargo de cómo están las cosas por aquí.

—¿Forman parte de su equipo?

—Están llegándonos más activos. Van a mandarnos, entiendo que durante el transcurso del día, una unidad del Grupo Especial de Operaciones. Por si fuera necesaria una intervención relámpago de fuerzas de élite. Y muy pronto se pondrá al cargo de toda la operación la inspectora jefe Carranza. —Lanza una carcajada que el micrófono distorsiona totalmente—. Era de esperar. Fusco está fuera, Zarco. Yo no me iba a quedar al frente de toda esta movida mucho tiempo.

—Inspectora jefe Carranza. Ya suena a que lo va a poner todo patas arriba, ¿no?

—Vendrá dando muchas órdenes y fingiendo que sabe a qué se enfrenta y lo que hay que hacer a continuación. La envían desde Administración. Hará un buen trabajo en lo referente a lo político y las relaciones públicas. Lo policial va a quedar al margen.

»Ella no es Fusco. Toda esta historia de espíritus malignos y suicidios inducidos desde el más allá… no va a entrarle muy bien. Y, además, no creo que a usted le vaya a ser sencillo, a partir de ahora, seguir visitándonos por comisaría con ella al mando. La cosa se pondrá muy rígida con respecto a los protocolos de actuación. Todo va a ser registrado, anotado, computado…, todos los *ados*. No se escapará de aparecer en un informe el uso injustificado de una grapadora fuera de su correspondiente despacho. Así que su acreditación podría verse comprometida hoy mismo. Porque, de hecho, no era muy oficial que se diga.

Chanchullos del jefe, ya sabe.

—Envíeme un mensaje con los datos personales de la nueva jefa, especialmente domicilio y un par de fotos, si puede. —Aguardo por si tiene algo que decir, y resulta que no—. Por si tuviéramos que ponerla de nuestra parte a las bravas. La comprensión se puede adquirir mediante palabrería, al cabo de siglos de insistir, o se puede ir directamente al grano mediante telepatía.

Mi buen Carl Sagan con Coleta de antaño resopla sobre el auricular.

—Joder, Zarco, es usted un peligro. Puede que a Fusco le encantaran estas formas de proceder, que las incentivara. No sé, creo que prefiero salirme de este espectáculo pirotécnico de telepatía y fantasmas. Cuando venga esta buena señora yo le diré que sí a todo y a ver dónde acabamos. Si ella fuera a ser la máxima autoridad, el problema es que por encima de ella habrá media docena de intermediarios, secretarios, un par de ministros y quién sabe si un faraón.

—Politiqueo.

—Carranza va a ser una simple portavoz.

—Garacoy, resumiendo, que no tengo todo el día: este tema pienso darlo por terminado esta misma noche. Mañana pueden ustedes venir a limpiar. Hagan sus informes e invéntense lo que les dé la gana. Lo único que le pido es que retire a sus hombres esta noche de Monte Naranco o que se alejen un par de portales, miren hacia otro lado y nos dejen hacer.

—¿Y si me niego?

—Sangraré un poco más por la nariz, sin embargo, no supondrá una diferencia.

—¿Cómo?

—Estoy intentando ser cortés.

—Madre mía, Zarco, cómo le odio. Lo cierto es que no es un lugar del crimen, propiamente dicho. En realidad, sí; lo que ocurre es que oficialmente… aquí nadie sabe nada de una señora espantosa que lleva a todo el mundo a matarse por su propia mano. Conclusión: no es necesario mantener una vigilancia

intensiva. No se esperan más suicidios en esa zona, al menos los demás no lo esperan, así que… ese par de agentes podrían estar haciendo otras cosas en otras partes. De eso, puedo ocuparme. De momento.

—Ocúpese, pues.

—¿Y si fracasa?

—Entonces, mañana por la mañana lance un misil nuclear en la casa donde vivía Angélica Delgado y luego llame al Vaticano para que envíen a alguien a exorcizar las ruinas.

—No me gusta su humor, Zarco.

—Qué cruel. Pretendo llorar mucho ahora. *Oh, mi corazón padece. Oh. Oh.*

Escucho en susurros un *qué* y un *gilipollas* antes de que la llamada concluya.

—¡Subinspector! ¡Oiga, Garacoy! —aunque la pantalla me indica que la llamada sigue en proceso, llego a pensar que ya me ha colgado—. ¿Está ahí?

—Dígame.

—Mire, yo creo que usted me catalogó desde el primer día, y no muy bien. Yo hice lo mismo. Estuvo mal por ambas partes. Le pido perdón. Estas cosas se me dan fatal. No valgo para decir lo siento, así que va a quedar muy seco; por mucho que el momento pida un toque más afectuoso, no me saldrá muy bien. No pienso intentarlo. Créame si le digo que decir esto ya me duele como una gastroenteritis. Y si hay que repetirlo para remarcarlo, allá va otra vez: lo siento.

»He sido impertinente toda mi vida. Es un mecanismo de defensa. La vida me ha dado demasiados limones y la limonada me ha salido ácida. No soy un tío muy azucarado. Me ha costado amistades, familiares y noviazgos. No tengo mesura. Míreme, subinspector, no valdría para posar o marcarme un desfile de moda masculina, pero no acabo de estar mal del todo, debería haber encontrado a alguien que me soportase. Y no ha sido así.

»Salvador… Fusco es un buen hombre. Voy a cerrar mi etapa de asesor y/o ayudante policial con este caso. Déjeme que le ponga fin, Garacoy. Usted sabe de sobra que, si alguien tiene una

oportunidad con esa cosa de piel de crustáceo, soy yo.

El subinspector aguarda unos instantes.

—Habla como si supiera que va a morir.

—Lo que creo, sea por ese motivo o por cualquier otro, es que esto es una despedida.

—De modo que así es como usted hace las cosas. Se tira los tres actos de la obra metiendo el dedo en el ojo a todos los actores y, en la ovación final, sale de detrás del telón, se coloca al fondo del reparto y gana el perdón a base de no llevarse suficientes aplausos. Se parece a Hitler saliendo del búnker y pidiendo perdón: *No volverá a ocurrir, seré bueno si me absuelven*. ¡Qué caradura!

—Si quiere que le diga que le amo, lo haré.

—¿Ve lo gilipollas que es? Llevándoselo todo el sarcasmo, siempre teniendo la última palabra.

—Eso no es así.

—Sí lo es.

—No.

—Sí.

—Le estoy pidiendo disculpas por ser tan exasperante. ¿Por qué no me lo concede?

—¡Que le jodan! ¡El mundo no funciona así, Zarco! ¡No puede dedicarse a amargarles la vida a todos los que le rodean y, antes de meterse en un barco y perderse en el mar, exigir la redención! Se deben pedir disculpas porque la persona se arrepiente de ello, no para comprar el perdón. Hay que sentirlo de verdad.

—Yo lo hago.

—Adiós, Zarco. Le deseo suerte. Ojalá mañana se haya solucionado todo.

Cuelga la llamada. Pongo una equis en mi lista de tareas del día.

Y entonces caigo en la cuenta de que, desde que me he despertado, no he visto a Erin.

~

César Baggio me envía por WhatsApp un enlace directo a un

pódcast donde le han entrevistado recientemente. El titular del audio reza «Parapsicología moderna: ¿Sabemos investigar?» y, a juzgar por la descripción del contenido, mi buen amigo se ampara en nuestras pesquisas en más de una docena de casos para dar consejos sobre interpelar a los testigos, utilizando técnicas de lectura en frío, hacer composiciones de lugar y aprender trucos de ilusionismo para detectar fraudes espíritas.

Lo escucharé seguro. César no tiene una exposición deslumbrante, sus participaciones en medios de comunicación son de tipo campechano, porque cae bien, posee una simpatía natural que le lleva a captar la atención de un público ya entregado a la causa. No tendría mucho que hacer en un debate escéptico con adversarios de gran hostilidad, pero en una entrevista con amiguetes del misterio se comportará como el buen chico que puede ser el alma de la fiesta, si se lo permiten.

No se me ocurre escribir nada en exceso relevante. Puedo decirle que estoy a punto de enfrentarme a una entidad que bien podría convertirme en la víctima número 31 de la plaga de suicidios. O decirle también, ya puestos, que lo siento.

Lleva años queriendo formar parte de mi grupo de expedición de riesgo, formar parte de una batida de exterminio de espíritus del infierno, como la que vamos a organizar para esta noche. Así es como lo ve él. Se imagina que tengo un grupito de entregados cazadores de alimañas de la noche, en la línea de Seward, Holmwood y Morris, estacas en mano, y que yo soy el eminente profesor neerlandés que se pone al frente de la comitiva. Y él se muere por ser Harker, algún día.

Si le dejo fuera de todas mis andanzas en verdad peligrosas es porque le aprecio. Eso no lo puede entender.

Debo reconocer que no percibo en él grandes potencialidades para este tipo de trámites. No sabría qué hacer con César. Y, si no me es útil, mejor dejarle al margen. Como Carlos Borman o la doctora Landra. No me valen para nada. Así que, fuera.

César sabe que estoy metido en algo muy gordo. Quiere participar, ser de ayuda.

Prefiero tenerlo en un pódcast mientras encaramos la fase

final de este arriesgado asunto.

Lorena Ruth lleva puesta una cazadora de cuero de nuestro anfitrión que le queda un poco grande, pero no del todo mal. Se ha recogido el pelo en una cola de caballo y trata de transmitir seguridad. Su línea de pensamiento superficial está llena de miedo y confusión. No sabe exactamente qué ha de hacer o cuándo, únicamente el porqué. *Por ser buena persona*. Las buenas personas se llevan la peor parte.

Renzo pasó un par de horas esta mañana dentro de Borman mientras la doctora le explicaba a Tasio Pont lo que iba a pasar, preparándolo. Tras contarle el plan, Renzo volvió a tomar a Pont. Ahora está levantando la mano como un niño tímido en clase.

—¿Pasa algo si… —dice— conduzco yo?

El piloto que echa de menos un volante entre sus manos.

—Me parece buena idea —le indico.

—No, yo… no sé si sería posible, quisiera…, espero que me comprendáis todos…

—Venga, Renzo, suéltalo —le anima Borman.

—Quiero llevarme tu coche.

Por hablar. El actor pone la misma cara que un personaje de película recién apuñalado por la espalda.

Renzo junta las manos, igual que si fuera a rezar. Me mira, suplicante.

—No es que tu coche no me guste...

—No pasa nada.

—No sé qué es eso de lo híbrido y juraría que vi una especie de 4x4 enchufado como un secador de pelo a una toma de corriente. En la mente del doctor Pont he podido informarme de la situación actual en torno al automovilismo, por mucho que me parezca aberrante mezclar motores eléctricos con motores de combustión. Yo no he visto tantísima contaminación para llegar a tanto. El caso es que yo, si no supone mucho problema, prefiero ir con ese Audi de color moco radiactivo.

—¡No es color moco! —se defiende Borman—. Se llama *kyalami*.

La enfermera da unas palmadas y se echa a reír. La doctora

hace un comentario que no llego a escuchar bien, en tono burlesco, sin duda.

—El color no me importa —prosigue Renzo—. Yo hubiera elegido otro, eso ya te lo digo. —Un clamor popular secunda su opinión—. En fin, no es importante. Quiero conducirlo. Parece rápido. El más rápido de los que están aparcados ahí fuera.

—Es rápido.

—Si no te importa.

—No me importa. No irás a ponerlo a toda velocidad...

—Es solo para ver si es como recuerdo. Son recuerdos impostados. ¿Cierto? Con lo cual, va a ser mi primera vez al volante. Toda la memoria adquirida me convierte en el mejor conductor de los que estamos aquí, en la teoría. En la práctica, no he notado la superficie de los pedales bajo la suela de la bota ni una vez y tampoco he cambiado de marchas. Sí en mi trasfondo recreado de la nada o a través de la memoria de fondo del doctor Pont y de cada uno de ustedes. Solo quiero saber si mi cuerpo responderá.

—No es tu cuerpo, recuérdalo —le digo.

—Es correcto. Era tan solo una forma de hablar —se justifica—. Digamos que lo echo de menos. No se parecerá mucho a pilotar un monoplaza de casi mil caballos en un circuito, y con… —mira hacia abajo—, este cuerpo, no muy en forma, y os ruego que no se lo digáis así al doctor Pont, dudo mucho de que pudiera resistir vivo las inercias y los golpes de frenada de un coche de carreras moderno. Aun así, ya es algo.

Carlos Borman señala una mesita que está al lado de la puerta de entrada a la casa.

—Las llaves están en esa especie de bol de cerámica.

—Muy bien.

Se coloca la chaqueta de entretiempo del doctor, de tonos canela e idónea para un abuelo de ochenta años, y atiende a… a algo.

Se diría que presta atención a un punto indeterminado situado a su derecha, a no mucha distancia. En una parte de la estancia en la que no hay nadie.

Renzo ríe, en respuesta a lo que sea que haya escuchado, y se dirige a la puerta de entrada. Recoge las llaves del coche y echa un vistazo al exterior. Aguarda allí.

Me doy la vuelta y le ofrezco la mano a Borman. Él me la estrecha con fuerza.

—Procuraré traerla de una pieza —con el pulgar señalo a Lorena Ruth, que se está abrazando a Tamae Landra con una fuerza inusitada.

Nuestro niño pijo preferido no encuentra palabras adecuadas que le hagan quedar bien. A veces, guardar silencio es lo mejor que se puede decir. Y queda como un señor.

Cuando la doctora se despega de nuestra chica-cebo, sus ojos están humedecidos. Se pasa el dorso de la mano por la nariz húmeda. Todavía tiene una mano sobre el hombro de la chica cuando me fulmina con la mirada.

—Si esto sale mal y le pasa algo…

En sus cavilaciones preeminentes puedo vislumbrar claramente unas ansias homicidas sin límites. Es furor de madre. El instinto reptiliano menos civilizado posible, al servicio de la protección de las crías. Y si hay que caer en una acción irracional que ponga en peligro la propia vida, se sacrificará sin dudar.

No es su hija, en realidad, pero la adora como si lo fuera.

La doctora Landra está dispuesta a matarme sin vacilar, tal cual, y no es un arrebato propio de alguien que espera en una cola y recrimina el acto de colarse de un tercero. Llegaría a ese extremo de asesinarme realmente en caso de producirse un suceso desgraciado. O Lorena Ruth regresa tal cual se marcha o me lo hará pagar.

En su mente lo tiene bien claro.

—Todo irá bien.

—Más te vale.

Me tomo unos segundos para sintetizar. La situación no puede ser más tensa.

Hemos aprovechado el día entero, preparándonos para lo que viene a continuación. Con tres horas de margen para que se ponga el sol, es momento de dirigirse, una vez más, a la calle Monte

Naranco. A medirse cara a cara con…

No lo tengo claro todavía. Ese ser.

Me viene a la mente el diálogo de cierta película bélica. Uno de los soldados norteamericanos asegura al resto de la compañía Charlie del 2.º Batallón de Rangers que Dios está con ellos, por eso triunfarán. Berlín caerá y podrán volver a casa como héroes de guerra. El soldado más enclenque del grupo, poco más que un piltrafa cuya cabeza no llena el casco, responde al optimista comentario, más para sí que para sus compañeros de armas, con una reflexión demoledora: «Si Dios está con nosotros, ¿quién está contra nosotros?».

Yo podría aceptar a Dios o al diablo en este momento, si con su beneplácito pudiera contar con un apoyo para esta empresa. Un buen aliado que observe y esté dispuesto a insuflar ánimos. O directamente intervenir a nuestro favor, con un gran despliegue de poder. Eso estaría bien. Yahvé golpeando con la fuerza de los elementos, Odín enviando a sus cuervos, Ra calcinando la tierra, Huitzilopochtli bebiéndose la sangre de mis enemigos o Zeus levantando del suelo la figura de arcilla que me representa. Cualquier cosa me valdría. Me dedicaría por entero a predicar su palabra. El más leal y devoto.

Desafortunadamente, la moda que se ha impuesto entre las actuales deidades de nuestro mundo es la filosofía de Crom. Pasotismo total.

Estamos solos.

—Bien, pongámonos en marcha.

Me encamino hacia el recibidor

—Mucha suerte —nos desea la doctora, a nuestras espaldas.

Renzo asiente mientras nos ve ir hacia él. Con cierta emoción en su faz abre la puerta del chalé y se lanza trotando hacia el RS 3. Puede permitirse la excitación. Él es quien menos riesgos va a correr.

Yo me coloco junto a Lorena Ruth y me atrevo a rodearla con el brazo y darle un ligero achuchón desde el hombro contrario.

—Va a salir bien. Te lo prometo.

Ella coloca la mano sobre mi vientre, en un gesto que desvela

gran confianza.

—Sí.

—Por supuesto que sí.

Debería plantearme si confío plenamente en mi plan. Creo que es el único plan posible. No sé si soy muy firme en mi fe, aunque ya no hay vuelta atrás.

Cuando todo esto haya acabado, pienso cerrar mi mente a toda vía de telepatía o mediumnidad. Se acabarán los dones extrasensoriales. No haré uso de ellos bajo ningún pretexto. Llevaré una vida normal, me casaré y echaré tripa. Me iré a vivir a Islandia. Renovaré mi suscripción a Filmin y estaré viendo películas clásicas durante catorce años, puede que incluso me meta a *streamer*. Si no me queda más remedio, modificaré mis recuerdos y borraré tanta memoria neuronal como sea preciso.

Saldré de esta vida.

~

Contra todo pronóstico, el piloto de Fórmula 1 conduce como un señor mayor. Respeta todos los semáforos en ámbar, no aminora en los *stop* que nos topamos, sino que detiene la marcha y se cerciora de que no viene vehículo alguno antes de continuar; en muchos casos, esperando mucho más tiempo de lo estrictamente necesario. En cierto tramo de autovía le ha metido un apretón al motor alemán, sin llegar a montar mucho escándalo, verificando que el sonido y el reprise estaban al nivel esperado. No ha rebasado la velocidad máxima permitida en todos los tipos de vías en los que hemos transitado. Le encantan las pantallas de entretenimiento, las posibilidades de navegación por GPS y los cuadros digitales de mandos.

Es cierto que se mostró decepcionado al encontrarse ante un modelo automático; sin embargo, le duró muy poco. La tecnología de treinta años en el futuro a la que se enfrenta contentaría al piloto más exigente. Todo es comodidad.

En cuanto nos metemos a callejear por la Vallecas profunda, los ánimos se oscurecen.

Antes de llegar a nuestro destino, hay una cosa que tengo que

aclarar.

—Renzo.

—¿Sí?

—¿Está aquí?

El huésped del envase corporal del doctor Pont lleva instintivamente la mirada al retrovisor central. Luego vuelve a concentrarse en la carretera.

No responde.

—Renzo…, ¿está ahí detrás? ¿En el asiento trasero?

—¡Eh, pues claro que estoy aquí!

Es Lorena la que se hace notar, sin comprender que no me refiero a ella, sino a Erin.

Renzo mueve ligerísimamente la cabeza en señal afirmativa.

Y para mí es suficiente. No sé cuánta necesidad tiene ahora Renzo Scarfiotti de tener una amiga imaginaria que solo le haga caso a él. El resto del Grupo Fobos lo ha aceptado como a uno más de su equipo y se ha prestado a crear un nuevo tulpa, una conciencia autoconsciente para su esposa y una nueva para su hija pequeña. Una auténtica y feliz familia incorpórea.

Que Erin continúe mostrándose solo para él, haciéndole compañía en cualquier situación, debo confesar que me molesta.

Si ha cortado la conexión conmigo para obligarme a perderla de vista e impedir que escuche lo que tenga que decir, es imposible que pueda seguir mis pensamientos superficiales. Esto mismo que estoy pensando. El nexo existe o no. Es una comunicación de ida y vuelta. *¿No, Erin? No puedes leer este pensamiento, ¿verdad?*

Me pregunto si no le está doliendo de ninguna forma. Si puede seguir así, tan cerca y tan lejos de mí. Aunque goza de una ventaja de la que yo no dispongo: ella aún puede verme. Estoy aquí, soy material.

No es justo.

Por lo que sé, en tal circunstancia no funcionaría ni la telepatía.

[Erin, por favor, háblame]

Nada.

Sin telepatía no hay orden mental. Otra vía muerta. De no ser

así, ahora mismo ya no me andaría por las ramas. La sometería, por supuesto que sí. La obligaría a que me hablase, a que me hiciera caso.

[Vuelve a conectarte a mí]

Nada.

Es fácil hablar del diálogo cuando no te has medido cara a cara con los horrores sobrenaturales del mundo. Cuando tienes que jugársela a un psíquico de mucho más nivel que tú, por ejemplo, a la hora de derrotar a pervertidos que ya no tienen remedio, delincuentes que no conocen otra forma de vida o señoras horripilantes de ojos saltones y exoesqueletos artrópodos. Qué fácil es decir *no uses la telepatía, no uses las órdenes mentales, deja de someter a la gente*. Estamos en un punto de no retorno. Hacer las cosas mediante procedimientos mucho más correctos, sutiles y bienintencionados nos haría perder mucho más tiempo, la amenaza que nos ocupa seguiría cobrándose vidas y muchos de nuestros aliados persistirían en su actitud poco participativa porque aún no habrían entrado en razón; así que llevaríamos varios días de retraso. Ser tan buenista es una maravillosa idiosincrasia para personajes públicos que se exhiben en los medios de comunicación o si asistes a una entrevista de trabajo en una empresa ultramoderna. La clase de actitud que intenta transmitir al mundo que se vencerá a los regímenes autocráticos extranjeros mediante un diálogo de buen rollito, que el borreguismo extremo de dentro de nuestras fronteras caerá mediante series y películas inclusivas y el terrorismo internacional, colocando según qué banderitas en los avatares de nuestras redes sociales.

La típica ingenuidad de nuestros tiempos.

La forma ideal de impedir que un martillo se convierta en un peligro es un manual de instrucciones. El conocimiento es la clave de todo. Sabiduría y cultura. Lo que ocurre es que el martillo, en las sociedades modernas, no quiere dialogar, no quiere aprender, desea golpear a las demás herramientas que no son como él. No atiende a razones.

Que en pleno siglo xxi los científicos sigan viéndose como figuras negativas, marionetas de los gobiernos de las sombras,

mientras que un porcentaje masivo de la población mundial no crea conveniente invertir en ciencia como una necesidad para el progreso de una sociedad nos conduce a una única alternativa: hablar en el lenguaje de las mayorías ignorantes.

Sin manual de instrucciones solo hay una forma de derrotar a un martillo. Un lanzallamas.

No hay otra manera de acabar con la señora de piel de crustáceo.

Ojalá Erin comprendiera eso.

No me imaginaba que fuera a echarla tanto de menos.

~

Para cuando la voz electrónica de navegación nos anticipa que hemos llegado a nuestro destino, todos llevamos unos minutos en silencio y con los nervios a flor de piel. Renzo ha ido deteniendo el vehículo poco a poco, aprovechando el tráfico inexistente a esta hora, hasta colocarnos a unos pocos metros de la puerta de la casa baja. Una puerta normal y corriente, antigua, sí, que no permite sospechar que en el interior se oculta una fuerza malévola proveniente de la oscuridad de esos otros planos de existencia. Nuestro fantasma psicosomático aparca el coche en un vado permanente, un acceso a un garaje que esperamos que a estas horas no vaya a estar transitado. Lo mantiene al ralentí.

Si todo sale bien, saldremos muy deprisa de aquí.

Lorena y yo nos colocamos una gorra en la cabeza. Las dos son negras y sin logos comerciales o señales distintivas. Nos ajustamos los guantes de cuero y nos ponemos una mascarilla quirúrgica azul para taparnos el rostro. Salimos del…, maldita sea, ahora me doy cuenta, el coche más llamativo que se nos podía haber ocurrido traer. Caprichitos de piloto. Espero que no nos arrepintamos de esto.

Reviso mi bandolera. Tengo todo lo necesario. No es mucho, aunque cada elemento es decisivo. Cerramos la puerta y echamos un vistazo a los balcones de los alrededores. Muchas ventanas iluminadas, televisiones demasiado altas; no obstante, sin curiosos

asomados al alféizar o fumando en la terraza. La noche es fría y desapacible, por fortuna.

En la puerta de la casa hay dos bandas amarillas pegadas en cruz, con advertencias policiales de prohibido el paso. Con las llaves hurtadas al cadáver del señor Coz en la mano me dispongo a…

—Mierda.

Lorena, a mis espaldas, se asoma por encima de mi hombro derecho.

—¿Qué pasa?

—La cerradura —le digo—, la han cambiado.

—¿Quién?

—¿Qué más da quién? Vamos a tener que forzar la… Olvídalo.

Aunque ensayé bastante con una tarjeta de crédito caducada en la puerta de mi propio piso, tras haber visto un vídeo en YouTube (qué educativo YouTube, en serio que sí), la técnica no me sale bien en todo tipo de puertas. He averiguado cuáles puedo abrir y cuáles no. Este es, precisamente, el tipo de cerraduras que no voy a saber burlar.

Me guardo el manojo de llaves en el bolsillo. Esto no estaba en el plan. Ni se me ha pasado por la cabeza pensar en la posibilidad de que…

La puerta se abre sola.

Lorena emite un gemido detrás de mí.

Un rostro consumido por las llamas se asoma al umbral. Es Alicia, la chica que se prendió fuego, con su cabeza calcinada y su vestido renegrido pegado a la piel. Y a pesar de su horrible aspecto, con una sonrisa llena de luz y esperanza en su rostro.

—¿Sientes eso? —pregunta Lorena. Sus dotes de médium dan para un presentimiento innegable, aunque parece que no puede ver a nuestra inesperada aliada.

—Es Alicia, una de las víctimas de esa abominación. Hola, Alicia.

—Pasad. —Abre la puerta de par en par y se hace a un lado. Mira hacia el fondo del pasillo—. Todavía no ha despertado,

aprovechad. —Gira la cabeza para sonreírme un instante antes de volver a ponerse muy seria. Sonrisa exprés—. Sabía que volverías.

—Y yo pensé que te había liberado.

Por lo que puedo advertir, Lorena tampoco escucha su parte de la conversación. Sus capacidades dan para detectar la cercanía del espíritu de la chica y poco más. Al menos es lista y sabe que no estoy hablando con ella, así que no participa en el diálogo ni hace preguntas tontas en plan *¿liberado a quién?*

—Lo hiciste —responde Alicia—. Me escapé de sus garras. Ni siquiera es capaz de descubrir mi presencia aquí. Estoy en otra frecuencia. Tampoco es que permanezca el día entero en este lugar.

Un dato curioso. Espíritus en el mismo limbo entre este mundo y el más allá, indetectables entre ellos, en diferentes niveles de… ¿frecuencia?

El más allá y sus excentricidades. Como suele ser habitual, sorprendiéndome cuando tengo la guardia más baja. Cuanto más sabes, mejor comprendes lo mucho que ignoras al respecto.

—¿Has estado esperando por si yo volvía?

—No estaba segura; así que estaba dispuesta a arriesgarme por unos días. No creo que disponga de mucho tiempo antes de marcharme. Y quería darte una oportunidad si volvías.

—Pues aquí estoy. No todo el mundo se fiaría tanto de mí.

—Tú me ayudaste.

Se me forma un nudo en la garganta. No he perdido toda la sensibilidad con estos temas.

—Quizá deberías marcharte, Alicia. Has hecho suficiente.

Entro en la casa y le indico a Lorena que entorne la puerta, sin llegar a cerrarla, y me siga hasta la cocina. Allí le enseño la palma de la mano para hacerle entender que se quede ahí, en el umbral. Con medio cuerpo en el pasillo.

Me acerco al rincón de la cocina donde está la bombona de butano. Espero que esto salga bien. Le quito la lengüeta de seguridad con una navaja de acero D2. Saco un regulador de mi bandolera, comprado en efectivo para la ocasión, y lo acoplo a la válvula. Abro el paso de gas con la lengüeta de la parte superior del regulador. El gas ahora mismo debe pasar a través del

mecanismo hasta el pitorro de salida, donde he colocado con una abrazadera un manguito de diez metros que me dispongo a conectar directamente a la placa de fogones de la cocina.

No quería arriesgarme a que no hubiera instrumental en los armarios de la casa. La otra vez no hubo tiempo para inspeccionar demasiado. Y hoy tampoco.

La operación me va a llevar unos minutos. Puede ser que echemos abajo este maldito sitio y nos marchemos sin que nuestra presencia despierte a la entidad que mora aquí. Haber traído a Lorena y a Renzo sería un extra innecesario.

Una fe de la que no gozo.

Me arrodillo para abrir el armario inferior donde encontraré el acceso a las tripas de la placa de fogones. Veo que ya tiene la instalación, con el manguito cerrado sobre sí mismo con una abrazadera de plástico. Lo engancho para arrancarlo de cuajo y poder conectar el que ya está colocado en la bombona. Busco en mi bandolera el destornillador correspondiente.

Esto va a llevarme un par de minutos.

Todo va bien. Todo va bien.

Con una pequeña linterna de llavero metida en la boca, alumbro mi laboriosa operación que…

Un momento…, no…

—Isaac —es Lorena, con un tono de voz de absoluto acongoje—, ¿sientes eso?

Vaya si lo siento. Ya me estaba pareciendo fácil. Estoy ensimismado con la operación de activación de los fogones, pero la sensación es abrumadora, un estremecimiento de toda la realidad que nos rodea. La casa ha tensado las paredes, si eso es posible, y comienza a respirar. Inspirar y espirar. Un estremecimiento en cada fibra de mi ser me avisa de que algo se aproxima, sombrío y caliginoso. La propia densidad del aire parece haberse intoxicado.

—Ya viene —anuncia el espíritu de la chica quemada.

—¡Lorena, tú quédate ahí!

Termino con mi trabajito de conexión. Abro los cuatro fogones disponibles al máximo. Necesitamos tiempo.

Saco mi móvil y busco el número del doctor Pont con una

mano mientras con la otra me coloco un auricular con micrófono incorporado. Realizo la llamada mientras el aparato de mi oído se conecta al teléfono por Bluetooth. Un tono. Dos. Las cuerdas vocales del anfitrión le dan voz a Renzo Scarfiotti, si bien su tono es inconfundible, ya sea en el interior de Pont, Borman o cualquiera de sus creadores.

—¿Ya empieza? —pregunta directamente.

—Parece que sí. Dejo la llamada en abierto. No te despistes ni un momento.

—Para nada.

—Y no lo hagas antes de que te dé la señal. Renzo, no te precipites o lo echaremos a perder.

—De acuerdo.

Alicia no entiende nada. Su rostro abrasado muestra una confusión que la lleva a plantearse si ha hecho bien en ayudarnos. Cree que estamos a punto de convertirnos en las siguientes víctimas de esa cosa que se aproxima.

[Gracias por abrirnos la puerta, Alicia] [Debes marcharte, insisto]

Y me desentiendo totalmente de ella. Es el momento de colarme en la mente de Lorena. No va a ser una inmersión muy profunda, más bien algo ligero. Acercar el ojo a la cerradura y mirar. De vez en cuando. Está aterrorizada. Esta sensación pone los pelos de punta. Y no ha visto nada aún.

Engancho la bombona de butano por una de sus asas y me la llevo conmigo hasta el pasillo. Con un manguito tan largo, podría cambiarla de habitación y alojarla donde quisiera y seguiría administrando gas a los fogones. La idea es esa.

Entonces surge. La veo a través de la visión de Lorena Ruth. Del dormitorio principal, al fondo de la casa, sale lentamente… la señora de piel de crustáceo. Con su bata de hospital (un atuendo que nunca entenderé) y sus ojos casi extraterrestres buscando a los perturbadores de su sueño. Hambrienta. Con esa piel rugosa que debe de provocar eczemas al tacto.

La presencia de Lorena debe de ser como un faro en una noche sin luna. La entidad la observa con una mueca diabólica.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Lorena camina hacia ella. Haciendo caso del plan previsto, aun con toda la adrenalina y el pánico del mundo haciendo estragos en su mente y organismo. Ofreciéndose.

La señora de piel de crustáceo la observa detenidamente, como si pudiera devorarla con la mirada. Dispuesta a cobrarse su siguiente suicidio. Reclamar una nueva hija que se encargue de sus cuidados personales. El cebo está en el anzuelo.

Salgo un momento de la mente de Lorena. Continúo en la cocina, sintiendo el enorme peso de la bomba de butano en mi mano diestra. Debido a la carnaza entregada y a que estoy oculto aquí, nuestra maléfica anfitriona no ha reparado en mi presencia.

Escucho cómo Lorena camina hacia el dormitorio, para sorpresa de la señora de piel de crustáceo, que jamás ha tenido que vérselas con presas tan sumisas. La comida entrando por sí sola en su boca.

Me asomo a la cabeza de la enfermera. La visión es tan realista que me abruma. Se ve a sí misma en un muelle de madera. Un muelle antiguo y kilométrico. La costa a la que está conectado parece situarse a medio mundo de distancia. Un muelle que llega hasta alta mar. Lorena se ve con un yunque de herrero en los brazos. Lo sostiene con gran esfuerzo; debe de pesarle un quintal. El yunque está encadenado a unos grilletes cerrados alrededor de sus tobillos. Se aproxima al borde del tablado.

Pretende ahogarla. Y la visión tendrá efectos en el mundo real.

Una ilusión así debe de ocupar gran parte de la concentración de la entidad que la controla.

Salgo de Lorena para concentrarme en mis cosas.

Me asomo al pasillo. Aparte de la chica quemada, no se ve a nadie más. Lorena y la dueña espiritual de la casa se han encerrado en el dormitorio. Me llevo la bombona al pasillo y avanzo hacia el punto central de la vivienda. Examino las paredes y el techo. No soy ingeniero, pero me arriesgo a entender una disposición tan simple. Coloco la bombona en el suelo, junto a la puerta cerrada del dormitorio. El manguito llega de sobra. Vuelvo a empuñar la navaja y hago un corte con la punta de la hoja en el manguito, en

la parte más próxima al regulador. Clavo la punta y realizo movimientos circulares para convertir la línea de corte en un agujero. El gas empieza a filtrase. Seguirá llegando a los fogones abiertos y se saldrá de la nueva apertura, creando varias bocas de escape.

Guardo la navaja. Ahora toca esperar.

—Va a matarla —susurra Alicia, a pocos pasos de mí.

—No va a matarla —le aseguro, firme y decidido.

Me encamino a la puerta de la casa, arriesgándome a que Alicia interprete que voy a marcharme sin más. Abro la puerta y miro al exterior. Desde mi posición veo el Audi radiactivo, con Renzo al volante, muy serio.

Le hago una indicación con la mano para que espere.

Sin moverme del umbral, me concentro para introducirme en la psique de Lorena. Tal y como cabía prever, ha saltado ya del muelle. Está hundiéndose. El yunque no está en sus manos sino tirando de las cadenas que sujetan sus tobillos, camino al fondo del mar. Ella intenta ganar la superficie, inútilmente. La señora de piel de crustáceo ha dejado de controlar sus actos y permite que la chica obre como guste dentro de la atroz ilusión.

Desde mi posición no tengo línea de visión directa con Lorena, aunque puedo entender que está ahogándose de verdad, quizá mientras permanece de pie sobre el suelo embaldosado, alzando los brazos hacia el techo mientras trata de nadar de alguna forma en el aire.

Yo mismo puedo sentir la sensación de asfixia, la vista nublándose mientras las burbujas acuden a una superficie inalcanzable. No aguantará mucho más.

Salgo de su mente.

Alzo el brazo para que Renzo me vea desde el vehículo. Le muestro mi pulgar hacia arriba. El piloto cierra los ojos de Pont.

Y ya.

Esta es la parte que menos me gusta. Esa en la que no tengo control alguno de lo que pasa.

Si todo sale acorde con lo que tenía pensado, Renzo entrará en la conciencia de Lorena Ruth, una de las únicas cuatro personas

del mundo que el piloto puede poseer. Tomará el control del cuerpo y la influencia suicida de la señora de piel de crustáceo será expulsada a patadas de la mente. Porque ahí ya no estará Lorena, víctima potencial de nuestra entidad oscura, sino Renzo Scarfiotti, el fantasma artificial de mente impenetrable.

Si la cosa va bien, el influjo terminará en el acto. Y la señora de piel de crustáceo se quedará con un palmo de narices. Incapaz de obrar su magia suicida. Sin control. Otro caramelo que se le quita de la boca cuando ya estaba saboreándolo.

En el Audi, el verdadero doctor Pont abre los ojos y mira desorientado a su alrededor. Ya se le ha puesto al corriente del plan. Espero que ahora no se atonte el buen doctor.

Le hago una señal para que acerque el vehículo a la misma puerta. El tipo cumple. El coche se coloca lentamente justo a unos pasos delante de mí.

—¡Prepárese para salir a todo gas!

Él asiente.

Un nuevo vistazo para mirar a los alrededores del vecindario. No hay testigos, por lo pronto.

Dirijo mi chorro de voz al pasillo que recorre la casa. No sé por qué Renzo no está esprintando desde el dormitorio como alma que lleva el diablo.

—¡Renzo, vamos, hay que salir de aquí!

El piloto sale aparatosamente de la habitación. Tropezando como si el suelo estuviera húmedo, alcanza el pasillo estrellándose contra la pared opuesta y esquiva la bombona de butano por muy poco. Mientras viene hacia mí, saco el mechero Zippo del bolsillo y lo enciendo, colocándolo erguido sobre el suelo en cuanto Renzo me rebasa y sale a la calle.

Escucho a mis espaldas el chasquido de una puerta del RS 3 abriéndose y el golpe al cerrarse inmediatamente.

Y allí, en la otra punta del pasillo, clavándome una mirada tan feroz que me perturba como pocas sensaciones en mi vida, se encuentra la señora de piel de crustáceo. Trago saliva aparatosamente.

—¡¡Tú!!

Todo el pasillo central, sistema sanguíneo de la vivienda, parece regurgitar, sacudirse, retorcerse, simulando ser un duodeno vivo con papel pintado de hace ochenta años. Y ella avanza hacia mí. Con los brazos alzados en paralelo, las muñecas dobladas y los dedos de cinco falanges tensos como garfios.

Su poder es el suicidio, pero creo que si logra echárseme encima me despedazará.

Me meto en el coche a través de los asientos traseros; Renzo me ha dejado sitio. Pont no tarda mucho en hundir el pie en el acelerador. Nos alejamos.

Una parte de mí siente la inmensa necesidad de echar mano de la navaja en mi bandolera. Está influyéndome. No hay ilusión onírica que valga. Simplemente voy a ponerme la hoja en el cuello y voy a rajármelo.

—¡Renzo, ayúdame!

Las delicadas manos de Lorena Ruth intentan contener las mías. No tiene suficiente fuerza. Forcejea lo justo para retrasar el movimiento; no obstante, no va a poder impedírmelo.

Pont pega un frenazo repentino. Buena jugada, la hoja se clava a la parte posterior de su asiento, pero al ser de diseño deportivo el mullido es suficiente para no atravesarlo de lado a lado. Con el coche detenido, Pont se asoma por el hueco entre asientos y junto a Lorena intenta agarrarme de las muñecas y detener mi movimiento de retracción del arma.

Los deseos de degollarme son irrefrenables.

Pienso en proyectar mi mente hasta la señora de piel de crustáceo y meterle ahí una orden mental fulminante, cuando se escucha una explosión.

No es una explosión apabullante, no agita el asfalto a la distancia donde nos encontramos ni genera una onda expansiva de la que haya que escapar, aun habiéndose escuchado el sonido de muchos cristales rompiéndose. No se parece al efecto que cabría esperar en una película de acción. Produce un derrumbamiento bastante apreciable, pese a que no ha destruido la fachada de acceso a la residencia ni la pared del otro lado de la calle. El centro de la casa se ha visto severamente afectado. El estallido ha

reducido el cuerpo principal de la vivienda a una construcción de Lego gigante demolida sobre sí misma. Suenan las alarmas de un par de coches aparcados y se ha levantado una columna de humo, si bien no se ven desde nuestra posición fuegos activos.

No ha sido una detonación impresionante, aunque, para destrozarle la casa al espíritu de Angélica Delgado, ha sido más que suficiente. La teoría es que, sin un foco físico que sirva de cubil para la entidad y tras haberle sisado una víctima en el último momento (como ya ocurrió en el caso del inspector Fusco), su debilitamiento será suficiente. Suficiente para lo que viene a continuación.

—Atento, Pont.

—Sí.

Me concentro como nunca. Me concentro, me concentro, me concentro, me concentro, me concentro, me concentro, me concentro, me concentro, me concentro…

Fuerzo mi poder mental para el truco definitivo. Nunca lo he probado. Va a consumir mis reservas de energía psíquica.

…

Es masticar cristal. Son clavos en la piel presionando desde dentro. Una colmena de avispas en el plexo solar. El sonido de miles de volcanes estallando en mi inconsciente. Una hoja de sierra rasgando superficies de pizarra. Un petardo explotando en la mano cerrada. Un grito planetario esputado por un orificio demasiado pequeño. Es morir de alguna manera.

Es una puta mierda.

—Pont, sáquenos de aquí —le ordeno.

—¿Ya está?

—Sí.

Sin su guarida, el espíritu de Angélica Delgado ha quedado desubicado, fuera de lugar. Parte de su poder se ha perdido, ya que no hay un centro de recomposición que le permita regenerarse.

Lo único que queda de la señora de piel de crustáceo… me lo he llevado en mi interior. Su líquido está en mi botella.

CAPÍTULO 23

LA HORA DE TU MEDICINA

A mis buenos amigos policías les resultará reprobable el follón que se ha montado la pasada noche. Puede que se planteen venir a interrogarme, incluso a arrestarme. Me preguntarán a gritos que quién me creo que soy y cómo me atrevo. El accidente del escape de gas de la calle Monte Naranco parece justamente eso y no un sabotaje premeditado. Puede que las investigaciones policiales se acerquen a la verdad, por mucho que interese dejar el asunto como está y zanjarlo cuanto antes.

Los medios de comunicación querrán ver algún vínculo entre los suicidios colectivos producidos hace pocos días en esa misma calle y la explosión de la casa donde residió Angélica Delgado. La teoría del terrorismo saldrá a flote con más potencia que nunca. Habrá mucha palabrería que aumentará con el paso de varias semanas de investigación constante. Poco a poco, con la ayuda de los últimos conatos de polémica, el tema se olvidará en el fondo de un cajón muy profundo.

He cerrado el caso para ellos y se lo he entregado con papel de regalo brillante y un buen lacito. El caso de los suicidios inexplicables se ha solucionado. Es así. El tiempo enterrará gradualmente el misterio a cucharadas soperas en los próximos días, buenas paladas al cabo de una quincena y con una excavadora tras un mes. Nadie exhumará este cadáver, salvo las revistas de misterio especializadas, los *youtubers magufos* y otros medios similares, que pondrán sobre la mesa todas y cada una de las teorías de conspiración posibles e incluirán las sobrenaturales, que adquirirán fuerza a medida que las respuestas esclarecedoras sigan resistiéndose a aparecer.

Que les den a todos.

El Grupo Fobos está de nuevo reunido en la guarida pija de Carlos Borman. Nos damos abrazos, nos emocionamos, sentimos una gran exaltación y lo vamos a culminar con un buen brindis. Ninguno de ellos lo entiende del todo bien. Si les preguntara de uno en uno, no sabrían qué ha pasado con exactitud.

Y para arruinar el momento estoy yo, por supuesto, que, con la copa de champán del bueno en alto, me desmayo con los oídos y las fosas nasales sangrando. Juro que no es adrede. Preferiría no ser el puñetero desgraciado de siempre, el que les dice a los niños que los Reyes Magos son sus padres, el que chafa las fiestas.

—Joder.

Todo el salón del mal actor, médium aplicado y, suponemos, empresario de éxito gira de lado como una cara frontal del cubo de Rubik mientras yo permanezco inmóvil. El suelo que se sitúa a mi izquierda acude a mi lateral como una rápida bofetada. Debo de haber caído igual que un pino recién talado. La alfombra tiene un tacto en mi mejilla muy suave y prometedor, dándole al momento un toque de confortabilidad. Podría quedarme aquí un ratito. La vista se me nubla, veo un montón de zapatos aproximándose y varias manos toqueteándome, algunas tratando de incorporarme.

Con un filtro submarino (que no sé si existe) escucho la voz lejana de Pont, o de Renzo. O de…

—Yo me ocupo —dice.

Mi frase favorita.

Desvanezco… Estoy… Un… Mi…

~

Voy y vengo. Retazos de la realidad me sobrevienen durante un puñado de segundos. Y luego regreso a la oscuridad. Mi conciencia lucha por sobreponerse. Está claro que quiero despertar.

Interior del coche-moco. Asiento del acompañante. Pont conduce. No, Renzo conduce. Si el doctor en física Tasio Pont conoce un buen hospital al que llevarme, entonces Renzo lo conoce.

—La señora de piel de crustáceo —dice al detectar que tengo un momento de lucidez—, ¿ha desaparecido?

—No del todo.

No aparta la vista de la carretera en ningún momento. El motor ruge a muchas revoluciones. Vamos bastante rápido.

—¿Dónde está? —pregunta, aunque me da la sensación de que ya sabe la respuesta.

Me gustaría, pero no puedo sondearle telepáticamente. En este estado, no podría con nadie. Me conformaré con emplear mis dotes de psicología para descifrar sus pensamientos.

Apuesto a que ya lo sabe.

—La llevo dentro de mí —le revelo.

—Comprendo.

No se inmuta. Yo estaba en lo cierto, él se lo temía.

—Sí.

Es más, creo que realmente comprende lo que entraña llevar un ser así dentro de mi mente.

—¿Y no es peligroso?

Siento que vuelvo a desvanecerme.

—Eso espero —respondo—. Para ella no va a haber nada más peligroso que esto.

Oscuridad…

~

El dormitorio es el mismo, un espacio que parece anclado en el tiempo. Las paredes están revestidas de un papel pintado horripilante, cuyos diseños evocan épocas pasadas y añaden un toque rancio al ambiente. La sencilla lámpara del techo ilumina tenuemente la habitación, proyectando sombras misteriosas en las esquinas.

El cabecero de la cama, elaborado con hierro forjado, aporta un aire basto y todavía más empobrecido al conjunto. Sobre el somier descansa un doble colchón que ha perdido gran parte de su firmeza original, a juzgar por los pequeños hoyos que pueden apreciarse. Las sábanas, que en algún momento fueron blancas como la nieve, ahora han adquirido un tono crema.

La ventana permanece con las cortinas echadas para evitar la desolada vista hacia un solar desvencijado. Los tabiques muestran indicios de presencia de bichos, incluso de refugios de ratas a ras de suelo. Un panorama insalubre y, aun así, habitado.

Angélica se echa la mano a los riñones y frota un poco. El dolor ha ido apareciendo poco a poco: de ser una simple molestia, se ha vuelto más agudo con el pasar de los minutos y ahora entra dentro de la categoría de punzante. Será agónico enseguida. Un hormigueo en la planta de los pies anuncia que debería haber cambiado de postura hace tiempo, por mucho que ella no se vea capaz.

Gong Seong-Su entra en la habitación. Un chico joven, podría parecer más guapo si no llevara ese finísimo bigote tan de moda en la Corea de principios del siglo xx. A Angélica le gustan las barbas, incluso las perillas; el *noviete* de su hija no podría aspirar a lucir con dignidad ninguna de esas dos opciones.

—¿Cómo se encuentra hoy, doña Angélica? —pregunta él.

Ella se niega a contestar. Aparta la vista con desdén. Seong-Su huele raro. No sabe definir bien qué es, puede que sea olor a plástico quemado o algo peor. No viste bien y, aunque pretende tener buenos modales, ser sutil, no tiene cualidades apreciables. ¿Qué ha podido ver su hija en él?

Y ahora entra Trinidad. Trinidad. La mala pécora elegida por su pequeño Daniel. Pavoneándose de su vulgaridad con todo ese rojo en los labios y ese tinte oxigenado deplorable. Sin posición, sin elegancia, con las maneras de una chacha analfabeta. Sin duda, Trinidad es peor que Seong-Su.

Podrían amancebarse entre ellos y dejar en paz a sus hijos. Lo piensa mientras le rechinan los dientes. Hará lo que esté en su mano para que no se conviertan en su nuera y yerno. La simple idea le produce migraña.

—¿Se ha tomado la pastilla? —pregunta la chica, sin que quede claro si la pregunta se la hace directamente a la madre postrada o al señor bigotitos.

Angélica se tragará la lengua antes que responder a estos dos cabestros.

Trinidad saca un bolígrafo de su bolso y le clava la punta en la planta del pie, sin ningún cuidado.

—¿Siente esto?

Ella la fusila con la mirada. Por supuesto que lo ha sentido. ¿Qué se ha creído? Casi le clava el objeto como si fuera un puñal.

No emite ni un sonido.

—Vaya —comenta Seong-Su—, tenemos el día orgullosito, por lo que veo. Bueno, no pasa nada, doña Angélica. —Le palpa la cadera, restriega su mano llena de callos y luego da un par de palmadas sonoras—. ¿Le duele aquí? Doña Angélica, ¿le duele? ¿No? Siempre está quejándose de los riñones. ¿Hoy los tiene bien? No dice nada. De acuerdo. ¿Y aquí? —le clava la punta del pulgar en un costado, entre dos vértebras—. ¿No? Muy bien. ¿Qué me dice ahora? —Le clava el pulgar en un pecho, aprieta con fuerza, ejerciendo un movimiento tipo taladro. La teta se le comprime en el punto constreñido. Un hilillo de dolor le recorre el sistema nervioso—. ¿Nada? ¿Seguro?

Angélica trata de resistir los molestos arrebatos de orgullo, así como el dolor. Permanece quieta como una momia. No va a darles la satisfacción de enseñarles ni un ápice de sufrimiento. Aguantará lo que sea.

—Excelente, doña Angélica. Toda una triunfadora. Vamos a añadir a sus admirables aptitudes la quietud. Mutismo y, ahora, inmovilidad. Y ya será, si me permite que se lo diga, absolutamente perfecta.

La agarra de una muñeca y la lleva hasta uno de los extremos laterales de la cama, donde la aprisiona con unas correas de cuero. Trinidad hace lo mismo desde el otro lado. Angélica no recuerda que ese somier tuviera correas de sujeción. La simple idea le parece insólita. Ella no necesita eso para nada.

A decir verdad, tampoco recuerda un solo día que estos dos parásitos entraran por su propia mano en su dormitorio. Era su templo personal. Zona restringida. Los días que podía caminar se los encontraba en el salón, por poco tiempo (siempre tenían algo mejor que hacer en otra parte, en cuanto la veían). Sus hijos casi traían a sus parejas a escondidas.

Jamás se preocuparon por su salud. Ellos no son los que tendrían que cuidarla.

Le atan los tobillos.

—¿Mucho mejor ahora? —pregunta Gong Seong-Su—. Claro que sí. Nada como estarse quieta. Es la mejor manera de no hacerse daño una misma. Trinidad…

—¿Sí?

—Te sorprendería la de veces que una persona mayor se puede hacer daño a sí misma a lo largo del día.

—Es una pena.

—Sin duda. Hay que estar muy pendiente de los viejos. Se caen por las escaleras o se queman con cerillas, a veces hasta se sierran el cuello sin darse ni cuenta.

—Yo tuve un tío que se realizó un trasplante de pulmón él mismo sin querer. Casi se muere en la intervención.

—Oh, Trini, querida, estoy hablando en serio.

—Yo también.

Gong Seong-Su avanza hasta el arcón donde la dueña de la casa guarda sus pertenencias más valiosas. No osará husmear ahí dentro. Ese arcón forma parte de ella, guarda objetos privados, los mayores tesoros obtenidos en vida. No se atreverá a abrirlo.

Seong-Su abre el arcón y se pone a rebuscar. Arroja por encima de su hombro retratos, fotografías antiguas enmarcadas de la época en que su marido aún seguía con vida. Cuando se da la vuelta, tiene un puñado de clavos de casi un palmo de largos y el martillo de la casa.

Un momento, el martillo de la casa no está guardado en el arcón, sino en…

—¿Ha oído hablar de la acupuntura, doña Angélica? ¿No? Oh, venga, conteste a esto. ¿Sí o no? Sigue sin decir nada, ¿verdad? Es lo mismo, se lo contaré. Verá, es un arte chino. Los orientales en general lo usamos para estimular ciertas zonas del sistema nervioso y así poder eclipsar dolencias crónicas. Si se conocen los puntos exactos donde introducir las agujas, se obran maravillas en enfermos terminales. ¿No lo sabía? Estoy seguro de que algo habrá oído por ahí. En la televisión. ¿No dice nada?

—A mí me lo contó Daniel. ¡Oh, cuanto lo quiero! Es adorable.

Angélica Delgado siente náuseas. Escupiría, si no lo considerara un acto por el que podrían castigarla. Teme eso, no es estúpida. Está asimilando la situación a la perfección. Y, además, un buen escupitajo mancharía las sábanas. Pero, maldita sea, si pudiera, claro que les escupiría, por supuesto que sí.

—Es un chico estupendo —secunda Seong-Su—. ¿Y qué me dices de Pris?

—¡Oh, Priscilla! ¡La adoro! Es tan tierna y sensual.

—Y sabe maquillarse. ¿Has visto sus vídeos?

—¡Los he visto todos! ¡Es maravillosa! Les doy *like* incluso antes de verlos.

Seong-Su deja el puñado de clavos espeluznantes sobre el colchón, en el hueco entre las dos piernas de su futura suegra. Solo se queda con uno, cuya punta coloca sobre el fémur. Atraviesa la piel. Un puntito de sangre rodea la punta del clavo.

—¿Sabes, Trini, que este es el hueso más largo del cuerpo?

—Sí, me lo ha dicho Daniel.

—Un chico estupendo —insiste Seong-Su mientras alza el martillo y lo deja suspendido en el aire, por encima de su cabeza —. Posiblemente el fémur fuera la primera arma de la humanidad. El objeto con el que agredían a las tribus rivales o con el que remataban a los animales viejos o enfermos que se separaban de las manadas, mucho antes de que se concibiera la caza.

Trinidad da un par de palmadas y sube el talón de una de sus esbeltas piernas hasta colocarlo a la altura de una nalga, como una muñequita japonesa. Hace el símbolo de la victoria con dos dedos y se los lleva a los ojos.

—¡Qué valiosa información!

Es entonces cuando Angélica se traga todo el orgullo que pudiera quedarle y pregunta, casi suplicante, lo obvio:

—¿Dónde están mis hijos?

Gong Seong-Su, aún con el martillo elevado, entrecierra los ojos, tratando de recordar.

—Creo que… han ido a buscar al doctor. —Seong-Su sonríe

—. No se preocupe, cuidaremos de usted, mamaíta. Vamos a estar ocupados… para siempre, aquí.

—¡La acupuntura! —le recuerda Trinidad.

—¡Ah, sí! Casi lo olvidaba.

El chico descarga un martillazo con todas sus fuerzas. El tintineo metálico resuena en la habitación. Cuando el clavo perfora el hueso, casi lo atraviesa entero.

La mujer atada emite un alarido estremecedor. Sigue gritando durante los siguientes segundos, cuando su probable yerno agarra la base del clavo y lo mueve aquí y allí, comprobando que está fuertemente sujeto.

—Acupuntura occidental —dice—, mucho mejor que la original.

Angélica se desgañita a llorar, a gritar, puede que ya esté suplicando y ni se ha dado cuenta.

Trinidad hace aparecer de su bolso un rollo de cinta americana y extiende un buen trozo, lo corta con los dientes y lo pega a los labios de la señora, que sigue gimiendo y bufando sin cesar.

—Bueno, esto es por su bien, doña Angélica. ¿Lo sabe?

—Por supuesto que lo sabe, Seong-Su.

Mientras emite una carcajada nerviosa, Trinidad Renedo agarra del pelo a la señora de la casa y le levanta la cabeza como una calabaza, después, con una sola mano se las apaña para enrollar la cinta americana alrededor de toda la cabeza, desde la boca, procurando no tapar las fosas nasales. Sigue dando vueltas al rollo de cinta por toda la parte inferior del cráneo hasta que los gemidos han sido casi silenciados.

—¿Seguimos?

—Yo creo que sí. Cuatro clavitos más y pasamos a otra cosa. Putos chinos, ¿eh? Qué listos son.

—Listísimos. Los más listos que hay.

—Bueno, bueno, bueno… Tampoco es eso. En Corea conocí…

Entonces se escucha el susurro. Mi susurro.

—Chicos.

Como doctor, me muestro en el umbral, muy serio. Bata

blanca y gafas de sol. Una presencia que no puede ser ignorada en este momento. Es el sol en la cara vista de Mercurio. El actor principal haciendo su entrada.

—¿Me dejáis con la paciente un momento?

Los dos jóvenes asienten y salen por la puerta con las cabezas gachas. Realizan unas reverencias respetuosas al pasar a mi lado.

El doctor es un papel importante. Los médicos traen buenas y malas noticias, así que su presencia inquieta a las personas. Si la enfermedad es curable, desaparecen instantáneamente, los doctores se vuelven invisibles en el acto. Los familiares se abrazan entre sí, se enseñan los dientes manchados de café en amplias sonrisas y se manifiestan con gritos de entusiasmo. Es genial. No pasa nada, vas a vivir. Y cuando alguien se quiere dar cuenta, y lo normal es que no quieran, el eficiente doctor ya no está. Desvanecido por completo.

Cuando traen malas noticias se ven obligados a quedarse un poco más. Todo el mundo tendrá preguntas, se hablará de cuántas posibilidades existen de regatear a lo ineluctable. Es entonces cuando no se les permite volverse invisibles.

El doctor Zarco viene para quedarse un buen rato. Responder preguntas. Ofrecer toda la calma posible. Y todo será verdad.

Tengo que ofrecer mi mejor interpretación. Tengo que salirme con la mía. Las gafas de sol de estilo aviador con cristal de espejo me otorgan un aspecto perturbador.

—Lo siento mucho, señora Delgado —le digo mientras con un escalpelo le practico una raja en el pegote de cinta americana que tiene en la cabeza, permitiendo que un ojo pueda verme y, con otro pequeño corte, que su boca pueda hablar y respirar—. Acabamos de recibir una noticia triste, proveniente de la policía.

Ella procura despegar los labios y hablar con la mejor dicción posible. Con este emplasto de plástico y un corte tan pequeño, el casco de cinta americana no le deja expresarse con mucha claridad.

—¿De qué se trata? —aunque suena a *de qué fe tata*.

—Su marido. Ha muerto.

Ella me mira, confusa.

—Pero si ya estaba muerto.

—Oh, no, en realidad, no. Solo se fugó. Quería huir de usted. ¿Cómo era? —Busco en el bolsillo de la bata blanca un trozo arrugado de papel—. ¡Aquí está! A ver, a ver… *Arroz, erpmeis… ¿atsah?* ¿Qué cojones es…? ¡Huy, perdón! Lo tenía al revés. —Le doy la vuelta al papel—. Sí, ahora sí. Dice lo siguiente: «Me marcho para no aguantarte más, estoy harto de ti y de tus mierdas. Así que solo queda decir *hasta siempre, zorra»*. Y ya, eso es todo. Ni besos, ni posdata, ni nada. Bonita letra, por cierto. Fue la nota que le dejó. ¿No se acuerda?

—Yo… no recuerdo… Siempre creí…

—Da igual lo que creyera, señora Delgado, ha muerto. El tipo ha muerto. Qué desastre. —Y me pongo a canturrear una canción infantil—: *Se ha marchado, se ha pirado, semillitas al sembrado, los bracitos enterrados, pim, pam, pum. Ya no está, se nos ha ido, su tronco nos va a dar higos, no se quedará conmigo, pam, pem, pim.* Venga, no se amohíne, señora. ¡Cante conmigo! *Se ha marchado, se ha pirado, semillitas al sembrado…* ¿No? Vaya. —Resoplo con paciencia—. Seguro que usted canta como los ángeles.

—¿Cómo? ¿Cómo ha muerto?

Me quito las gafas de sol para mirarla con mis ojos completamente negros. Globos oculares como obsidiana y un anillo naranja refulgente como iris.

—Seguimos hablando de su marido, ¿no?

No responde. Supongo que por la obviedad de la pregunta. Pero no lo tengo tan claro, no deja de morir gente a todas horas.

—Bueno —le digo—, el cómo ha muerto su marido tampoco importa. Lo importante ahora es que es la hora de su inyección.

Saco una aguja de dos palmos de longitud. La aguja puede dejar agujeros en la piel del diámetro de una moneda de cinco céntimos de euro. Si se la introduzco entera en la vena cefálica radial, le atravesaré el brazo. Y esto va de penetrarla hasta el fondo, así que se la clavo en la barriga. Más bien es un apuñalamiento.

La mujer grita. Aprieto el émbolo sin dilación, para que un líquido negruzco entre en el riego sanguíneo en un instante. La mujer grita. Las venas se hinchan y oscurecen a medida que la

sustancia invade el organismo. La mujer grita.

—Toda vuestra, yernos —les digo a los chicos, que estarán escuchando desde el pasillo—. Su sistema nervioso está hipersensibilizado. Sentirá cada cosa que le hagáis con una intensidad multiplicada por seis. No está mal, creo yo.

—Muchas gracias, doctor Zarco.

—Muchas gracias, doctor Zarco.

—Llamadme si necesitáis grabar algo en vídeo o, qué sé yo, tal vez queráis jugar a un *Strip Póker* o un parchís con chupitos. Y ahora sería mejor que le cosierais los labios con hilo de seda. Va mucho mejor que… todo ese desastre. ¿Qué me decís, alguno de los dos sabe coser? ¡Es fácil!

—¿Se refiere a los labios de la boca?

—Es por el ruido, maja. Solo una sugerencia.

—Podemos aprender sobre la marcha, doctor Zarco. Coser parece fácil. Y si no, he visto una grapadora en el arcón. Y pegamento de contacto. Y…

—Claro que sí, úsalo todo, chaval. Algo acabará funcionando. Y ahora —me pongo las gafas oscuras para ocultar mis ojos de iris naranjas—, chao, gente.

~

Despierto en el hospital. La enfermera que está en el cuarto no ha reparado en que he abierto los ojos. El hombre que está en la misma habitación, sí.

La enfermera verifica el estado de la sonda que tengo en el brazo y abandona el cuarto sin mirarme a la cara ni una vez. Deja la puerta abierta.

Mi cabeza zumba como un motor. La migraña es apocalíptica. Estaría dispuesto a probar cualquier droga, pagar todo mi dinero en el banco, con tal de mitigar este dolor de cabeza. ¡No lo soporto!

El hombre es el que la cierra la puerta de la habitación, no sin antes mirar al pasillo, a izquierda y derecha. Una vez que se ha encerrado conmigo, se coloca justo delante de mí, con las manos

cruzadas sobre su entrepierna, como un futbolista en la barrera en un lanzamiento de falta.

Viste una americana color crema y no lleva corbata. Su barba está bien recortada, blanqueada casi en su totalidad, salvo en las comisuras del bigote, que a su vez es tan negro como el carbón.

Ha envejecido estos treinta y pocos años que han pasado desde la última vez muy dignamente. Tiene entradas en su pelo rubio oscuro y arrugas en la frente y alrededor de los ojos, aunque, por lo demás, está casi igual que aquella vez, cuando salió del cine y me abordó.

Y a pesar de que lleva gafas de pasta, lo cual disimula un tanto su ojo de cristal, si te fijas con atención, puede distinguirse el símbolo del átomo justo en la zona del iris, moviéndose a la vez que el iris azul de su ojo normal.

Tiene gracia que yo no relacionara, hasta hoy, al Hombre del Ojo de Átomo con el Hombre de la Voz Cavernosa. Uno me lo crucé en mi infancia y no le hice ni caso. Me llamó la atención que pudiera ver a Erin. No obstante, lo olvidé. Y luego fue ese mismo tipo el que, no hace mucho, me llamó al teléfono fijo, cuando llevaba años desconectado.

Debo reconocer que ahora mismo estoy inquieto.

La migraña remite en cuanto él se pone a hablar.

—Me atrevería a apostar —dice, con la misma voz profunda de siempre— a que he llegado justo a tiempo.

—¿Quién es usted? Dígamelo.

—Represento al Conciliábulo. Es pronto para dar más detalles. Le interesará saber más de nosotros cuando lo merezca. Tendremos que esperar.

—¿Qué es lo que quiere?

El hombre revisa la carpeta colgada en la estructura de mi camastro. Pone una mueca que intenta parecer divertida, por mucho que no logre aliviar la tensión.

—Los médicos hablan de encefalopatía traumática crónica, hablan de un nuevo tipo de demencia vascular intracraneal. Y usted ya sabe cuál es el diagnóstico correcto, por mucho que no se lo pueda contar a sus doctores. Sus… habilidades van a matarle.

Por supuesto, usted ha hecho un uso desproporcionado de ellas; es lo que ocurre cuando se juega con elementos útiles pero peligrosos, independientemente de la eficacia que le haya sabido sacar a dichas técnicas. En la prehistoria solo teníamos que dominar el fuego; ahora, entre los combustibles fósiles, la energía nuclear, la radiación de la tecnología doméstica… No me mire así, nadie ha confirmado que sea leyenda urbana. Usted, además, debe lidiar con sus dotes telepáticas. Lo denominamos M. A. Y ahí lo encuadramos todo, desde la telequinesis hasta la precognición, pasando por la visión remota, la psicometría y la combustión espontánea (los sujetos que manifiestan tal habilidad lo hacen inicialmente por accidente, incinerándose vivos a sí mismos). Como ve, algunas técnicas son más peligrosas que otras. Usted está en nuestra categoría Puñal. Domina más de una técnica. O, mejor dicho, es capaz de usar más de una técnica. Si las dominara a la perfección, no le estaría pasando todo esto. Tiene una hemorragia cerebral. Podría ser catastrófica.

—¿Cómo sé que usted no es producto de mi imaginación?

Noto cómo se sienta en la cama. No confirma nada, la imaginación puede ofrecer sustancia a visiones que solo están en la mente de la persona. Y mi mente puede dar corporeidad a cualquier cosa que se me ocurra. Esta era la letra pequeña. Los gajes del oficio.

—¡Ah, esa idea es realmente buena! Aunque no es suya. Se la prestó su amiga, Erin. ¡Que un rayo me parta, menuda amiguita se hizo usted! Una obra maestra de la ingeniería psicosomática-astral.

—Que pueda verla no juega mucho a su favor; solo pueden vislumbrarla aquellos que necesitan ayuda psicológica inmediata. Ni tampoco le viene bien a la teoría de que usted sea real.

Él apoya la yema del dedo índice sobre el símbolo del átomo de su ojo, con un movimiento rápido hacia abajo hace que la esfera ocular gire como los diales de una máquina tragaperras. Tras dar vueltas durante varios segundos, el icono más célebre de la física se detiene justo en el centro.

—En su día podía hipnotizar a la gente con este truquito. Qué

tiempos, cuando la manipulación mental requería de semejantes argucias. Verá, no estoy aquí para convencerle de mi existencia, Zarco. Tampoco he venido para reclutarlo. Eso aún no está decidido, a pesar de que yo apostaba por usted. Al menos hasta hace poco. Podría no ocurrir. Lamentaría que lo perdiéramos, bien porque su ética le haga inviable de cara a nuestros intereses, o bien porque su cerebro se desangre. —Se pone en pie y vuelve a cruzar las manos sobre la hebilla del cinturón—. Lo que sí le contaré es que podemos parar su hemorragia intracraneal, señor Zarco. Enseñarle a usar su poder sin poner en riesgo su materia gris ni la integridad estructural de su cerebro. Convertirle en un miembro útil de nuestra… hermandad. ¿Lo haremos? Depende de unos pocos factores. Ser uno de los nuestros o perderlo para siempre. Para nosotros no habrá dilema alguno. Sus decisiones mandan.

Me estoy empezando a quedar dormido. Lo que sea que me están metiendo en vena hace sus efecto. La enfermera me daba por inconsciente; si tengo estos momentos de lucidez, supongo que debe de ser porque… él lo hace posible.

Asistiré a lo que quede de esta extraña charla y volveré a mi pertrechada mazmorra mental. En el interior de una prisión diseñada a conciencia en mi cabeza, Angélica Delgado aguarda a la siguiente sesión de tortura.

—No acabo de tenerlo claro con usted, señor Voz Cavernosa —le digo mientras me esfuerzo por mantener los ojos abiertos—. ¿Por qué no usa la telepatía? Estoy seguro de que usted también es un… ¿ha dicho un puñal?

—Sí, hay varias categorías: Piedra, cuando solo se conoce una habilidad psíquica; Puñal, cuando se utilizan de dos a cuatro (aunque algunas están relacionadas y cuentan como una sola); luego vendrían Espada y, por último, Lanza.

—Y me van… a curar…

No me quedan muchos segundos de consciencia.

—No. Lo que he dicho es que podemos hacerlo. Poder y querer…, verbos diferentes, amigo mío. He venido a comprobar una sola cosa, si usted aún puede entrar en el redil o si es una causa perdida. De ser esto último, no volverá a verme. Si aún hay

una oportunidad con usted, me verá, al menos, una vez más.

—Y… con respecto… a lo que…

La vista se me va nublando.

—Estaré muy atento a sus próximas decisiones, señor Zarco. Soy un espectador de excepción. Por cierto, ella es un encanto. No se ha separado de usted ni un momento. Cuídese, desfacedor de entuertos. Y usted también, señorita Erin.

~

La casa derruida de Villa de Vallecas. Acordonada por las cintas amarillas de la policía. Un coche patrulla con dos agentes está aparcado justo enfrente.

Es de noche, la hora con mayor índice de casuística de sucesos paranormales, las tres y media de la madrugada. No es una ilusión orquestada por mi mente, es el mundo real. Lo que implica que se trata de una proyección psíquica, también llamada viaje astral.

No me he desplazado conscientemente hasta aquí desde el cuerpo inerte en el hospital, así que el mismo acto de teletransportación a este lugar implica una llamada, puede que una invocación. Y si he accedido es porque presiento en mi fuero interno que…

—Tú eres Isaac Zarco.

Sobre los cascotes de la parte trasera de la casa puedo ver a una pareja de jóvenes que me miran con arrobo. Él es alto y delgado, risueño de un modo triste. Ella es encantadora de una forma ingenua y frágil.

Son los espíritus de Daniel y Priscilla Moreno, los hijos de Angélica Delgado.

A pesar de lo que la creencia popular sostenga al respecto, no solo los vivos pueden invocar a los muertos.

—No temas —indica la chica—. Este lugar ya no es peligroso.

Su hermano le rodea los hombros con un brazo.

—En este estado ya no es la casa de nuestra madre. No podría residir aquí en modo alguno. El lugar ha perdido su poder.

Avanzo hacia ellos; no tengo por qué esquivar ciertos cascotes que hay en el suelo, pero lo hago. Mi afán de conceder verismo a todo tipo de ensoñación.

—Creía que ya habríais trascendido. Que habríais pasado al otro lado.

—Estábamos presos aquí —responde el hijo—. Nuestra madre nos convirtió en esclavos de su atención. Ejercía influencia sobre la gente. No sé de dónde le venía ese don, lo único que sé es que nos ató a ella, logró obsesionar a nuestras parejas para que se quitaran la vida. Y eso mismo hicimos nosotros. No era deseo de nuestra madre que nos suicidáramos y mucho menos que nos la lleváramos con nosotros, a pesar de que eso fue lo que consiguió. Jamás nos hubiéramos imaginado que, en la muerte, ese poder oscuro se desataría de esta forma. Todas esas personas que se quitaron la vida… Si hubiéramos aceptado nuestra responsabilidad de seguir cuidando de nuestra madre…

—No fue culpa vuestra.

Me adelanto para que Daniel no tenga que rematar la frase, pese a que la idea ronda por sus cabezas. No me hace falta un sondeo telepático demasiado profundo para percatarme de ello.

—Las víctimas de la señora de piel de crustáceo… ¿han sido liberadas?

—Ya no queda nadie aquí —asegura la hija—. Salvo nosotros. Alicia, la víctima del incendio, quería permanecer un poco más, despedirse de ti.

—Le dijimos que no hacía falta.

Los dos hermanos se abrazan. La cabeza de ella queda por debajo de la barbilla de él. Casi puedo observar un cierto brillo, no muy intenso, que resplandece de la unión de ambos seres. Entonces Daniel me mira sin mover la cabeza.

—Ahora nuestra madre es nuestra responsabilidad. —Aparta delicadamente a su hermana y da un paso hacia mi foco astral—. Devuélvenosla.

—Es demasiado poderosa, Daniel.

—Ya no. No es más poderosa que nosotros. Permite que vuelva a su familia. La conduciremos… de camino…

—Al más allá —concluye Priscilla.

Me cruzo de brazos y meneo la cabeza con escepticismo. Me tomo un instante para contemplar el coche patrulla, a unos metros de lo que queda de la fachada donde aún está en pie la puerta de la calle y la ventana del domicilio. Es imposible que los agentes de policía a los que les ha tocado pringar haciendo guardia aquí nos vean. Con todo, me estremezco al pensar que uno de los dos pueda tener dotes de médium no muy avanzadas y contemplar esta escena.

—Veréis, chicos —empiezo diciendo—, vuestra madre ha matado a una treintena de personas, como mínimo. No puede irse sin más. Debe pagar. Ser castigada.

—Su juicio llegará ahora.

Pongo los brazos en jarras.

—¿En serio me salís con esas? Ya sé que es una creencia muy popular, la del juicio final. Desde el antiguo Egipto se cree que, en cuanto morimos, una entidad superior juzga nuestros actos en vida y decide nuestro destino. Pues bien, yo no estoy tan seguro de eso.

—De cualquier forma —interviene ella—, no te corresponde a ti decidir.

—No opino lo mismo.

—¿Pretendes guardar su espíritu como una lámpara guarda un genio? ¿Hasta cuándo, Isaac? No lo haces para salvaguardar a los demás, para que no suponga un peligro, sino para someterla a tortura. Y nosotros no queremos eso.

Daniel se aproxima a mí y me pone la mano sobre el hombro. Su sonrisa me proporciona un tipo de serenidad que me venía haciendo falta desde hace mucho tiempo.

—Intentas hacer las cosas bien —dice—. A tu manera. Lo que pasa es que no estás haciendo un gran trabajo precisamente. Eso podemos verlo. Aprisionas el espíritu de nuestra madre empleando tu propia mente, pero estamos vinculados a ella. Debido a eso, casi podemos decir que nosotros dos también estamos ahí dentro. Ha sido fácil invocarte. ¿No te das cuenta? Ella podría extenderse por tu mente, como el agua atraviesa la piedra, con el pasar del tiempo. Lo decimos por tu bien.

—Lo decimos porque es justo —añade Priscilla—. Quieres imponer justicia. ¿Y qué logras? Haces daño a la gente que te quiere y a ti mismo.

—Te estás debilitando por momentos —asegura el hermano —. No podrás contenerla mucho más.

Ignoro todos esos argumentos y sopeso la posibilidad de morir, con el cerebro encharcado en sangre, si con ello la señora de piel de crustáceo obtiene su merecido. Una parte de mí desea eso. Es poderosa y clama a viva voz en mi fuero interno.

Por otra parte, desearía volver a ver a Erin. Una sola vez. Bastaría con un último encuentro. Y es posible que ella me conceda ese deseo…, si… vuelvo a ser su Isaac.

Su Isaac.

—Permite a mi madre que se quite la vida, si lo desea —reclama Daniel—. Que se suicide. Es lo más justo.

—Ella ya está muerta.

—Ya me entiendes, Isaac.

A veces solo hace falta una nueva perspectiva para que todo tu mundo se trastoque de arriba abajo.

Los hijos que lo perdieron todo, que tiraron por un barranco sus carreras universitarias, sus vidas privadas, incluso su propia existencia, todo por culpa de una madre posesiva y egoísta hasta límites difíciles de calcular, ahora pretenden salvarla.

Y yo me enfado con mi propia madre porque no me perdona que la haya ignorado durante décadas.

¿Quién me he creído que soy?

—Quedaos aquí —les digo a los hermanos, antes de encerrarme en la mazmorra más profunda de mi yo interior.

~

Cuando entro en el dormitorio mugriento, el olor a inmundicia me llena las fosas nasales. Los carceleros inventados para la ocasión han seguido realizando su trabajo mientras yo estaba ausente. Ni él es Gong Seong-Su ni ella Trinidad Renedo, que espero que se encuentren en otro lugar mejor.

Si es verdad lo que los hijos me han dicho, sus prometidos ya estarán descansando en paz o en el proceso del siguiente plano existencial. Sea el que sea.

Angélica tiene media docena de clavos sobresaliendo de sus piernas ensangrentadas. Alambres de espino alrededor de los pies que le dan la apariencia de calzar unas sandalias de metal improvisadas. Torniquetes en varios puntos de su cuerpo y al menos un centenar de jeringuillas clavadas aquí y allá. Un grifo cerrado instalado en la vena del cuello, cuya intención no acabo de tener claro (la capacidad de iniciativa de mis diablillos torturadores me asusta). La boca cosida (al final aprendieron) y los ojos sobresaliendo de las cuencas al estar los párpados cortados.

El tiempo ha debido trascurrir de diferente manera, pues aquí se pueden calcular al menos doce o quince horas de torturas intensas antes de mi llegada.

—¿Doctor? ¿Es usted?

Sin la bata blanca y las gafas de sol de médico del infierno no son capaces de reconocerme.

Con un pensamiento los hago desaparecer. Al ver su desvanecimiento, Angélica emite un gemido. Se pregunta qué clase de agonía le espera a continuación.

Entonces desaparecen los clavos, las agujas, los torniquetes, el hilo de seda, incluso el grifo del cuello. Todo dolor físico ha desaparecido para siempre de la conciencia de Angélica Delgado. La cama se transforma en pocos latidos en una bañera amplia y confortable, se diría que el tejido del colchón al convertirse en cerámica fuera a devorarla, pero lo que hace es acunarla. No es la bañera de esta casa, sino una bañera propia de un gran hotel. Con agua caliente que brota de la nada, con suavidad, llena de sales aromatizadas, increíblemente relajantes. El cuerpo de Angélica Delgado se adecúa a la nueva situación como si llevara aquí toda la vida. Un baño eterno. Apoyada de espaldas sobre la parte frontal de la bañera, con la cabeza y los hombros sobresaliendo del agua enjabonada, que oculta en la blancura burbujeante el resto de su cuerpo desnudo. Está tan relajada que puede haber olvidado los tormentos recientes. Encerrados en una caja fuerte con

combinación.

Mientras yo le cepillo el pelo con suavidad, procuro aplicar a mi tono de voz la mayor inexpresividad.

—Dígame que se arrepiente de todo.

Angélica no responde. Emite un gemido de gusto. El baño, el cepillado de los cabellos bien podrían formar parte de otro modo de torturarla. Ese es el pensamiento que le cruza la mente. El juego típico de poli bueno y poli malo: antes de volver a la cama del dolor, viene esto. Piensa disfrutar cada segundo que dure. Lo guardará para sí, lo atesorará para luego. Se lo administrará poco a poco cuando los clavos y las agujas regresen a su cuerpo.

No está entendiendo nada.

—Dígame al menos que se arrepiente de algo. Lo que sea.

Ella se pone tensa. Se incorpora un poco, hacia el centro de la bañera, alejando su cabeza de mi cepillo.

—No —dice con la voz de la señora de piel de crustáceo, rebosante de crueldad, de una malevolencia *akáshica* de procedencia dudosa.

Es lo que es. Punto.

Puedo aceptar su naturaleza o arrojarme por un abismo, tanto da; nada cambiará la realidad. Existe el mal. Tiene avatares crípticos y otros, bien definidos. En ocasiones, se introduce en un envase corporal humano y vive una vida entera como tal. Cuando la existencia terrenal finaliza, la naturaleza básica regresa a su estado primordial.

Lo cual no quiere decir que a la entidad conocida algún día como Angélica Delgado le otorgue grado alguno de felicidad.

Me incorporo sobre una rodilla y deposito un escalpelo sobre el borde grueso de la bañera.

Ella gira la cabeza rápidamente. Observa el escalpelo y luego a mí. Y entonces sonríe un poco, de forma tan inapreciable que podría parecer que no lo hace.

Me preparo para un ataque, solo por si acaso. Es mi territorio, no hará gran cosa.

—Gracias —me dice.

Se hace con el escalpelo y lo introduce dentro de la blancura

de las aguas. Vuelve a acomodarse, quizá esperando que yo vaya a seguir cepillándole el pelo. Pero no.

No le importa. Canturrea un *laralí, laralá* infantiloide y se pone a mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

Una ligerísima nube rosada surge desde el centro de la bañera. No pasa mucho tiempo hasta que las aguas se tiñen de un rojo oscuro arterial.

No puedo evitar sentir cierto resquemor cuando veo que esta señora termina desapareciendo de manera tan sumamente plácida. Sin haberse mostrado arrepentida, sin haber dado su brazo a torcer.

No ha sido derrotada del todo.

La punzante sensación no dura mucho. Se parece a quitarse un peso de encima. Una mochila con demasiados libros que simplemente dejas caer.

Ahora mismo, lo que me siento es sosegado.

Echaba de menos esto. Liberar a los espíritus atrapados. Porque es posible que la señora de piel de crustáceo no fuera más que otra manifestación de la infelicidad y la incomprensión.

Cuando llevo mi mente de nuevo a la casa derruida de la calle Monte Naranco, no hay ni rastro de los hermanos ni de Angélica ni de nada que no sea un montón de ruinas. Un sitio tan embrujado como el control magnético de cualquier aeropuerto.

En realidad, sí que siento una presencia. Una presencia muy conocida. Que no se ha dejado ver desde que dijo que me abandonaría, pero que, como el señor Átomo dijo, ha estado cerca de mí, por si acaso.

Me encantaría poder verla. Aun así, presentirla de este modo no está tan mal.

CAPÍTULO 24

LA MATERIA DE LAS SOMBRAS

Seguir en el hospital es una pérdida de tiempo. Ya lo fue la vez anterior y la anterior a aquella. No pueden hacer nada por mí.

Es posible que el Conciliábulo pueda, si es que ese grupo existe.

Yo mismo podría hacer algo. Sería el último uso que daría a mis facultades psíquicas, el *trabajito* final. Si es que concluyo que eso es lo que deseo hacer.

No sé qué clase de droga me están suministrando, lo que sí puedo es garantizar que la migraña del fin del mundo se ha transformado en una simple y llevadera jaqueca. Ruido agudo y chirriante de fondo a la melodía, molesto, aunque tolerable. Tendré que conseguir más fármacos de estos.

El sabor a pirita en mi boca, procedente del lento pero constante sangrado de encías, me indica que he rebasado el punto de no retorno.

Cuando la doctora que se encarga de mi caso se presenta en mi habitación, la someto psíquicamente para me quite la sonda y me dé el alta sin más preámbulos. Fácil. Rápido. Adiós.

Puede que sea la última vez que gobierne una mente ajena y posteriormente modifique su memoria para hacer que olvide lo sucedido. Esta vez era necesario. No pienso conmoverme mucho por esto. Está claro que vuelve a ser la vía más sencilla; no obstante, no había alternativa inteligente para salir de este callejón sin salida.

Una punzada de dolor me atraviesa la sien y se instala tras mi ojo izquierdo. Puedo con ello. No es mala inversión para conseguir salir de esta.

Me marcho del hospital sin miramientos, sin explicaciones, caminando como un fantasma, y de eso sé un poco. A nadie le importa. Si hubiera sido el mismo centro donde el inspector Fusco aún se recupera del disparo de fogueo en la boca, podría haber perdido el tiempo visitándole. Hubiera hecho lo mismo si aquí estuviera el cuerpo en coma de la joven Xiomara. Así la habría conocido. Más o menos. En ambos casos, habría sido más una visita simbólica que otra cosa. Ninguno de los dos habría hablado demasiado.

A Fusco ya lo veré. No me corre prisa. A Xiomara, quién sabe.

Llamo a César y Manrique para invitarlos a desayunar mañana. Se merecen que se lo cuente todo y que les explique qué es lo que me propongo hacer en el menor margen de tiempo posible. Sea cual sea la decisión que tome, determinará el resto de mi vida.

Sé que Manrique me insistirá para que escriba un artículo sobre la verdad de los suicidios masivos, contando detalles que no solo me comprometerán a mí, sino a la revista entera. Hay tantos que no se pueden hacer públicos que, lo que resta, únicamente daría para redactar el artículo más esotérico e insustancial de los últimos tiempos. Y no soy la clase de persona que se metería en algo así.

César, en cambio, procurará convencerme de que ahora estoy libre de responsabilidades mayores y que es el momento de descongestionarme con un puñado de casos de fantasmas y encantamientos de fácil resolución. Explotando, por supuesto, las posibilidades que ofrece su nueva *app* misteriosa.

Me negaré a todo. Se pondrán pesados. No conseguirán nada.

De buenas a primeras no parece el mejor plan del mundo. Sin embargo, lo es. Reunirme con esos dos para otra quedada de las nuestras es algo que me apetece de veras. Maldita sea, me muero de ganas.

Por lo demás, vuelvo a casa de Carlos Borman. Debo desearle suerte al Grupo Fobos. Nuestros caminos no deben seguir unidos necesariamente. Ellos decidieron crear a la familia de Renzo utilizando el mismo procedimiento que surtió efecto con él. Sin mí.

Y tienen toda la razón, por lo que aguardaré a que dentro de unos meses me cuenten el resultado de su experimento final.

La familia de fantasmas psicosomáticos. Menuda historia.

Pero no es mi historia. Llegué *in medias res* y me voy antes de su resolución final. A veces, el mundo funciona así.

Es posible que tengamos alguna oportunidad de colaborar en el futuro en alguna investigación. Todo a su tiempo.

Al llegar al chalé, Borman me recibe con una sonrisa radiante, hasta me da un abrazo. Me pregunta si ya estoy bien de salud y qué era al final lo que me pasaba (y que, sobre seguro, ya no me pasa), una minucia, seguramente, y no me permite sacarle de dudas. Sus otras incógnitas tienen por objeto hacerle sentir mejor a él que a mí mismo. Asume que, en este instante, no hay nada más importante que lo que él se muere por comunicarme, y no es nada más y nada menos que oficializar su compromiso de noviazgo con Lorena Ruth. Una jugada previsible. Si tenía que ocurrir, cuanto antes, mejor. La vida es corta.

Son novios. Fantástico.

Ella está en la casa; de hecho, en este momento solamente se encuentran allí los dos. Él la llama a gritos y la pobre enfermera baja del piso de arriba con una sonrisa tímida. Se ve que no quería tanta pompa, el problema es que se ha liado con un actor teatral. Lleva el paripé en la venas.

Les deseo lo mejor y les recomiendo que su nueva condición sentimental no los distraiga mucho de sus obligaciones parapsicológicas. Juran y perjuran que no ocurrirá. Son muy serios.

Bueno, tendré que creerlos.

Hay un buen montón de maletas en el centro del salón, imagino que con todo lo que a una parejita le hará falta durante nueve meses en un caserón abandonado. Lo cual, teniendo en cuenta que dormirán por el día en alojamientos ya habilitados para la vida moderna, bastante equipaje me parece.

—Ha llegado la hora —señala Borman—. Si hemos sido capaces de crear una forma de vida pensante, tendremos que repetirlo.

—Y esta vez —añade Ruth—, no como experimento científico,

sino como medida de bondad.

Me parece una intervención ensayada. Primera representación, ante mí, antes del estreno, que se llevará a cabo en cuanto regresen al caserón y crucen sus puertas.

Yo les manoseo un poco los antebrazos, permitiendo que se mantengan en su entusiasmo. Durante la experimentación puede salir mal un buen número de supuestos o, cuanto menos, dar un resultado diferente al esperado, y no los ayuda temerse eso ahora. Lo hago yo por ellos. Mejor que sean felices. Los viajes muchas veces son mejores que los destinos. Tras unos achuchones, me encamino hacia la cocina. Un copazo bien cargado sintonizará el resto de mi cuerpo con mi mente, mucho más apesadumbrada.

—Será más fácil esta vez —comento—. A fin de cuentas, ya tenéis experiencia.

No hace falta que pregunte adónde ha ido Renzo. Los dos doctores estarán camino de sus respectivas casas para hacer sendos equipajes. Prepararse para un experimento Renzo dos punto cero. Desfortes los espera. El piloto italiano los poseerá por turnos y ayudará a cada uno en las labores de organizar los fardos.

Se me sigue haciendo raro hablar de posesión en estos términos. Como dijo el doctor Pont el día que nos conocimos: quitarse la chaqueta y ponerse otra. Y, ya que lo pienso, hablando de ideas que tardan en cuajar, me planteo por primera vez que todo ha terminado. El caso del asesino de los suicidios, la señora de piel de crustáceo y Renzo, el espíritu desarraigado y furioso.

Y aunque lo del piloto se arregló mediante puro diálogo y se confirma así que la comunicación es casi siempre la mejor solución, el otro asunto se remedió… destrozando cosas.

Me pregunto qué tipo de conversaciones estarán teniendo lugar en ese pequeño feudo de la comisaría donde el equipo de Fusco se hizo fuerte una vez, teniendo en cuenta que el derrumbe de la casa de Vallecas no pudo ser obra de nadie más que de mí mismo. Qué se inventarán para justificarlo, a sabiendas de que el caso se ha cerrado satisfactoriamente de este modo, por mucho que su expediente vaya a seguir abierto durante un tiempo...

Estoy seguro de que este tipo de curiosidad es la que mata a

los gatos.

Mejor no preguntar ni llamar a nadie. El tiempo me lo hará saber.

Únicamente espero que no vengan a detenerme. Solo faltaría eso.

Centrándome en los presentes, si el Grupo Fobos parte hacia el caserón mañana mismo, hoy es mi último día con ellos.

—¿Os reuniréis de nuevo aquí? —les pregunto desde la cocina mientras me preparo algo irlandés con cola.

—Sí. Imagino que vendrán a lo largo del día. Partiremos en dos coches, los más grandotes.

—Otros nueve meses metidos a fondo en esto. ¿Y vuestros otros trabajos?

Los dos se encogen de hombros. No quieren hablar mucho sobre la cuestión, si bien me adelantan que todavía están en periodo de excedencia. Y esas situaciones pueden alargarse.

Cuando veo que es un tema de conversación incómodo y que tampoco me interesa tanto, decido regresar a la trama primordial.

—Buena suerte —les deseo—. Ese chico que habéis creado se lo merece. Me ha caído bastante bien, Renzo. Y procurad —les sonrío maquiavélicamente— no traer más formas de vida que las planificadas.

El chiste no le sienta muy bien a él, aunque ella le agarra del brazo como si ese no fuera a ser ya un proyecto futuro firmado y expeditado.

Vaya dos.

Me acomodo por primera vez en esta casa. Paso el resto de la mañana junto a un portátil prestado en el jardín próximo a la piscina, con una simple camiseta y un bañador que mi anfitrión me ha proporcionado. El día soleado se presta para desperdiciarlo de esta guisa.

Escribo una carta para mi madre que me dispongo a enviar por correo electrónico en cuanto la acabe, sin darme tiempo a pensármelo mejor. La idea es enviar un par de cartas a la semana hasta que ella decida responder, llamarme, visitarme o hacerme caso del modo que prefiera. Una carta por correo electrónico y otra

por correo físico certificado. Cada siete días.

No serán copias, serán cartas escritas expresamente para ese día. Insistiré mucho en varios planteamientos, acerca de los cuales convendrá ser pertinaz. Le contaré cómo me va a medida que pasa el tiempo. Qué me parece lo que veo y oigo acerca de la actualidad, del mundo en que vivimos, mis andanzas profesionales y las de índole personal. Se parecerá a un diario y a mí me hará las veces de terapia. Todas las semanas. Sin excepción. No me voy a rendir.

Solo ella podrá pararlo, contactándome.

En mi primer escrito, entro en detalles minuciosos sobre las tareas que llevo realizando junto al inspector Fusco durante casi dos años. No le cuento todo, aunque cuento mucho.

Le hablo de la señora de piel de crustáceo y le hago un resumen bastante parco, casi una sinopsis argumental de carátula de Blu-ray, desvelando el final y relacionándolo con todos los sucesos sobre los que ella ha tenido que oír hablar en los medios de comunicación.

Le pido prudencia, por supuesto, por mucho que sé que mi madre no se iría de la lengua con este tipo de cosas.

Le digo que estaré disponible para cuando se anime a ponerse en contacto conmigo. Le recuerdo que ya pedí perdón por mi desinterés como hijo y ella se negó a escucharme, que bien podría volver a intentarlo, por supuesto con la condición indispensable de que lo haré en persona. Ni por *mail* ni por teléfono.

Y le digo que la quiero.

En la posdata le advierto al respecto de los *mails* que recibirá, incansablemente, hasta que el marcador del pasotismo esté igualado y decida hacerme caso.

Cuando termino la carta, consulto el reloj. Dos horas para cuatro mil y pico palabras. Bastante mal, comparándolo con mis números de los días de reportero en *Siglo 100*, y bastante bien si tenemos en cuenta los comprometidos contenidos de la misiva.

Envío el correo.

Entrecruzo los dedos por detrás de la nuca. Hacía tiempo que no me sentía tan liberado.

Me quito la camiseta y me acerco a la piscina. Pruebo la temperatura del agua con los dedos de un pie. Un poco fría, la verdad. En un día cualquiera, tal y como soy, bastaría para no meterme o introducir solo los pies y quedarme sentado en el bordillo durante un rato, moviendo las piernas dentro del agua como única medida de refresco antes de volver a la toalla.

Hoy es hoy. Me lanzo de cabeza, arrepintiéndome casi en el acto. Me hago unos largos, un maldito porrón de ellos, antes de empezar a sentir que entro en calor.

Para cuando me siento verdaderamente a gusto en el agua, oigo la melodía de llamada de mi teléfono, a un volumen insólito. Y, desde el centro de la piscina, puedo ver que, en la mesita de jardín donde están el portátil y mi reloj de pulsera, mi móvil no tiene la pantalla encendida, ni vibra, ni nada.

La *Danza de los caballeros* de Prokófiev está sonando en mi cabeza.

Desconcertante.

Descuelgo mentalmente o me imagino que lo hago. Es lo más extraño que me ha pasado en… el día de hoy.

—Diga.

—Señor Zarco. —Es la voz cavernosa del tipo del Conciliábulo, sonando con nitidez en mi mente—. Iré al grano. ¿Quiere aceptar nuestra oferta o persistirá en esa idea suya?

—Así que ahora, por fin, es una oferta.

—Obró regular. Es mejor que mal. Se le podrían brindar oportunidades.

—¿Qué alternativa me ofrecen ustedes? ¿A qué se dedican?

Supongo que si se va por las ramas, con un *es una historia demasiado larga* o algo parecido, es que no puedo fiarme.

—Es largo de explicar —empieza diciendo, lo cual confirma mis sospechas—. Simplemente, pregúntese: ¿qué utilidad puede tener para una especie que ciertos individuos, una minoría infinitesimal, posean el poder psíquico de controlar a los demás?

—Supongo que… controlar a los demás.

Intento asaltar la mente que me invade en este momento, sin éxito. Es como si estuviera meditando, un acto personal. Yo y yo

mismo, imaginándome la conversación. Podría estar ocurriendo justamente eso.

—¿Hacia dónde? —pregunta él.

Intento cambiar, lo juro que sí. Lo que ocurre es que me ponen en bandeja oportunidades sensacionales para usar mi superpoder del sarcasmo.

—A una época de esplendor y maravilla para todos los seres humanos. Oh, Señor, aleluya.

—Algún día.

Le doy tiempo para que concrete más. Decide permanecer callado. Si pretende ponerme nervioso, lo consigue. Al final rompo yo el silencio:

—¿Está diciendo que realmente esa es la meta?

—Sería genial, sin duda, de resultar alcanzable. Si podemos escalar el pico más alto del planeta, deberíamos hacer cumbre; ¿dar la vuelta al mundo?, rodeémoslo; ¿llegar a la Luna?, enviemos a alguien a pisarla. Y si se trata de equilibrar, de reducir los excesos, frenar a aquellos que adquieren demasiado poder…, en fin, Zarco, liberando un poco de presión de esta caldera al rojo vivo podemos asegurar mayores márgenes de tranquilidad que si la dejamos a su aire.

—¿Dejar a su aire? No entiendo. ¿Se refiere a… los Gobiernos?

—Me refiero a todos los demás.

—¿A todos los demás… que no son telépatas?

—Búsquese una brújula para la semántica y procure no perderse en ella.

Le estoy haciendo perder el tiempo. Hago preguntas innecesarias.

Liberar presión de cuando en cuando, ha dicho. Suena a gobierno *anunnaki* en la sombra, los verdaderos gobernantes del mundo, los que les dicen a los presidentes, primeros ministros y califas lo que deben mandar o qué operaciones geopolíticas aprobar. ¿En serio?

Es probable que no se refiera a eso. O que se haga empleando métodos más subrepticios. Nada en plan llamar al número privado

del presidente de turno y ordenarle lo que uno guste, sino más bien controlarle la mente sin que se percate y luego sentarse en un butacón con un cubo de palomitas.

Yo mismo podría… jugar con un presidente. Idea que tanteé en una ocasión. Juro que fue una única vez.

Y él habla de una organización, entiendo que secreta, que se ocupa de ello. O eso estoy entendiendo.

El mundo de la conspiración ya estaba tardando en aparecer en mi vida. Iba tocando.

Qué mal fario me está dando este asunto.

Sea como fuere…, lo del grupito de psíquicos manipulando desde la sombra cuesta creerlo.

—Cuesta creerlo —confieso en voz alta.

—De acuerdo. Es el momento de una exposición. ¿Está preparado?

—Imagino que sí.

—Mire, Zarco, existen varios tipos de civilizaciones, según la *escala de Kardashov*. Las más avanzadas, las de Tipo iii, pueden dominar galaxias enteras y convertirlas en vehículos ciclópeos a su entera disposición. No hay tecnología que no puedan crear. Es inconcebible calcular lo muy lejos que estamos de eso. Ahora mismo, la humanidad no llega ni a Tipo i, que son aquellas civilizaciones que pueden aprovechar la energía del planeta en el que viven, la potencia de la deriva continental, el núcleo terráqueo, el campo electromagnético de la Tierra, etc. Si controláramos el clima en toda la superficie terrestre, podríamos satisfacer nuestras actuales necesidades energéticas. Situaríamos los huracanes y terremotos en zonas concretas y específicas, donde podríamos almacenar su fuerza mientras ningún imprevisto afectara a las grandes regiones pobladas. Desafortunadamente, para empezar a ser una civilización de Tipo i y seguir avanzando en el escalafón, primero debemos superarnos a nosotros mismos. Unirnos en un frente común eterno.

»La mayoría de los teóricos afirma que, si el universo está tan poblado como se calcula, al menos el 90 % de las civilizaciones que alguna vez se den en los incontables planetas del cosmos no

llegará nunca al Tipo i, ya que antes se extinguirán por sus propios medios. Ahí es donde estamos nosotros. No tan lejos de llegar a ese primer peldaño de prosperidad, una meta que se alcanzaría de no haber fronteras o divisiones ideológicas. Una humanidad unida podría gobernar el planeta entero y utilizarlo como una herramienta, sirviéndose de la fuerza devastadora de sus arrebatos climatológicos, localizándolos, gestionándolos y canalizándolos. Es el objetivo de cualquier civilización. Dominar el planeta, después el sistema solar y seguir avanzando.

—¿Qué tiene que ver esa película llena de CGI que me está contando con ustedes?

—La única utilidad para la especie humana que podrían tener los psíquicos del mundo es que guiaran a los demás. Conducirlos hasta una era de prodigio.

Lo que me faltaba. El discursito de los hermanos guías. Una idea romántica atribuida a los extraterrestres benignos, que extendían un mensaje bastante *hippie* entre contactados elegidos al tuntún y que luego daba como resultado diminutas y extravagantes revoluciones, muy localizadas. El puto rollo del *contactismo*, que, por fortuna, ya se pasó de moda.

—Eso suena mucho a 2012, señor Átomo, y ya tuve bastante de eso en su momento. Al final, no pasa nada. Nunca. El ser humano es como es. Desde siempre. Solamente un cambio de conciencia podría unirnos a todos. La modificación de nuestros cerebros, manteniendo a raya el sistema reptiliano y excluyendo las actitudes competitivas y los anhelos ambiciosos del sistema límbico. Lo siento mucho; mientras sigamos siendo como somos, continuaremos matándonos para tener más cosas y servirnos de ese reparto asimétrico de las propiedades que existen en el mundo. No hay utopía que valga.

Un silencio tras… *la línea*.

Lo cierto es que el señor Voz Cavernosa habla igual que esos reclutadores de las sectas milenarias, con esa línea de pensamiento que arranca con el sermón titulado «Eres especial» y que, a partir de ahí, te desangra vivo de muy diferentes formas. Algunas, literales.

—Exacto —dice al fin—. No hay utopías. Las utopías son poemas de amor. Nosotros hablamos de transgresión. De mancharse las manos. No somos un grupo *new age*. Abogamos por el cambio de conciencia, sí, aunque jamás lo haríamos esperando que la labor se haga por sí sola o que vengan de fuera del planeta a hacernos el trabajo sucio. Defendemos que el ser humano debe pasar al siguiente nivel, aunque sea dándole un empujón. Dejar de ser ese *Homo sapiens* que conquistó la cueva, los páramos y cuantos territorios cruzó en la prehistoria, y ahora se atraganta en este presente de ciencia ficción. Antaño, esos parámetros mentales del cromañón nos ayudaron a sobrevivir, nos permitieron superar a nuestros depredadores naturales. Era una química cerebral fantástica para ese período. En nuestra triste actualidad, con nuestro progreso tecnológico ascendente, esos parámetros mentales solo nos conducirán a la autodestrucción. El progreso humano avanza infinitamente más rápido que la evolución.

»Necesitamos ese cambio de conciencia. El nuevo cerebro. Y eso podemos hacerlo, como usted ya debería saber.

—Nunca he modificado el sistema límbico de nadie.

Tomo aire y me sumerjo en la piscina para bucear hasta el fondo, más para poner a prueba la telepatía de Voz Cavernosa que otra cosa. Simple curiosidad.

—No. Aún no. —Lo escucho con total claridad mientras alcanzo el suelo adoquinado de la piscina y gateo por él—. A pesar de eso, Zarco, usted tiene pensado modificar sus recuerdos, borrando gran parte de ellos, y cortar suficientes sinapsis neuronales como para extirpar el componente psíquico que le define. Lo cual no está nada mal para hacerlo sin ayuda.

El oxígeno se me escapa en un momento. Vuelvo a la superficie y me recompongo.

Me ahorro el preguntarle cómo puede saber eso, porque está claro que está en mi cabeza. Ha estado y a saber si volverá a estar.

Si no es una presencia producto de mi mente, se trata del telépata más poderoso con el que me haya cruzado alguna vez. Y ya tuve una experiencia traumática en el pasado.

Y sí, tenía pensado hacer todo eso. Reconfigurar mi cerebro

por completo. Resetearlo y permitir que él solo se reiniciara, con mi psiquismo, la telepatía, mediumnidad y demás habilidades extrasensoriales, que tantos problemas me han originado a lo largo de mi vida, suprimidos para siempre. Convertirme en un tipo normal, sin nada excepcional dentro de mi cabeza. Con unas lagunas de memoria tales que la cronología de mi vida sería como la superficie de un queso gruyer. Un efecto secundario asumible.

Sería algo que nunca he experimentado, ser un tipo corriente y moliente. Quizá tenga una oportunidad para llevar una vida tranquila y feliz.

—No sea estúpido, Zarco. Hacer eso, practicarse a sí mismo una operación de cirugía psíquica tan compleja, le haría olvidar más partes de las que recordaría. Podría producirle un retraso mental o alguna forma de deterioro intelectivo imposible de calcular que haría su vida mucho más difícil.

—Podría ser feliz.

—O triplemente infeliz. Volverse un desequilibrado peligroso. O quedarse tan atontado que no sería ni consciente de la miseria extrema que ha traído a su vida.

—El riesgo merece la pena. Es mi apuesta.

—No me venga con esas. No se lo cree. Yo sé que no se lo cree. ¿Por qué no se cree que no se lo cree? ¡Qué predisposición para el autoengaño, Zarco! Es usted mismo la persona más manipulada por su propia mano. ¡Impresionante!

—No sé nada sobre ustedes. El mismo nombre de Conciliábulo ya suena… Coño, parece ideado por Dan Brown. ¿Es miembro emérito? Y todo lo que me dice huele a un plato combinado de MK Ultra con masones reptilianos en salsa de terraplanismo y guarnición de Illuminati. Tendría que conocerlos a ustedes un poco mejor, señor Voz Cavernosa, antes de poder tomarlos en serio. Averiguar sus verdaderas intenciones. Lo que me está proponiendo es… muy fuerte.

—¿Cómo de fuerte? ¿Más fuerte que ver a los muertos desde niño o piratear las cabezas de las personas? Escuche, voy a cortar la conexión, Isaac Zarco. Tome su decisión. No se ha perdido del todo, como nos temíamos. Buena resolución del caso de la dama de

piel de crustáceo. Si decide alumbrar su camino en una dirección útil, volveremos a encontrarnos. Le enseñaremos a llevar su telepatía al siguiente nivel sin poner en riesgo su salud.

Y se marcha de mi cabeza como un pensamiento incómodo, dejándome una sensación de intranquilidad muy perturbadora.

Siento el agua de la piscina como si estuviera bañándome en el Ártico.

Salgo y me seco con una toalla mientras le doy mil y una vueltas.

~

Hacia las seis de la tarde, llegan la doctora Landra y el doctor Pont, con el fantasma psicosomático ocupando el cuerpo de ella. Durante la hora previa, mis dos acaramelados anfitriones (asumo que Lorena se vendrá a vivir aquí en tiempo récord, y no es para menos, yo también lo haría, menudo sitio) han estado colocando bandejas con refrigerios de todo tipo en la mesa grande del jardín.

Hay muy buen rollo de entrada, y más mientras les resumo la mentira sobre mi alta en el hospital y la verdad acerca de las dificultades maléficas resueltas definitivamente. *Nada que temer, vosotros a lo vuestro. Todo ha terminado por aquí.* Me insisten mucho sobre si los suicidios acabarán. Y yo les prometo tajantemente que sí.

Mucho prometer es eso, en estos tiempos de hastío y descontento.

La merienda es agradable. Conversaciones superficiales y preparativos para el nuevo experimento, que todos ellos parecen estar memorizando bien. Y, en cuanto nos ponemos en pie y las ramificaciones de los asuntos que comentar se multiplican, Renzo, dentro del cuerpo de la doctora Landra, encuentra el momento idóneo para sacarme del grupo, sin alejarnos mucho, y ofrecerme la mano con gesto muy serio.

—Muchísimas gracias, Isaac.

—De nada, hombre.

—No, en serio creo que… no lo habría conseguido sin ti. —

Observa a tres de sus creadores—. ¡Van a devolverme a mi familia! ¿Puedes creerlo? Es una sensación embriagadora. En mi memoria siempre han sido reales. Muy pronto, estaré de nuevo con ellas. No tendré que meterme dentro de nadie para moverme por el mundo, porque ellas serán mi mundo. Seremos una familia feliz de espíritus artificiales viviendo en el caserón Desfortes de nuestros sueños —se ríe a carcajadas, contagiándome un poco.

—Estaréis vinculados al lugar, ¿eso no supone un problema?

—Será nuestro hogar. No le encuentro pegas a esa situación.

—Ya. —Me llevo la mano a la nuca y me rasco allí con saña —. Mira, Renzo, hay una cosa que querría preguntarte.

—Lo que quieras.

—Me imagino que ella te lo habrá dicho. Si podías verla antes, supongo que sigues haciéndolo.

—Te refieres a Erin.

—Sí. Por supuesto que sí. Ella me abandonó.

—¿Eso crees?

Le sondeo telepáticamente casi sin darme cuenta. El muro impenetrable permanece.

—Me refiero a que… me retiró el saludo. Y su visión. ¿Tú puedes verla aún?

—Isaac, mira…

—¡Oh, venga, me lo debes! No puedes darme estos apretones efusivos y luego dejarme tirado con respecto a este punto.

Pone cara de niña buena, una sufriente personita a la que el abuelito senil le pregunta si quiere más a papá o a mamá cuando los dos están justo delante.

—Ella no quiere que te lo diga.

—¿Te lo está diciendo ahora mismo, te está diciendo que no me cuentes nada? ¿O te lo dijo hace unos días y ahora no está aquí para meterte presión? ¿Está aquí? ¿Nos está escuchando?

—Esta relación vuestra nunca ha sido asunto mío.

—¡Ni tu puta vida imaginaria ha sido nunca asunto mío, Renzo! ¿Y acaso no te he ayudado?

Veo que el resto del grupo vuelve la cabeza para mirarnos, sin saber qué asunto estamos tratando, el cual despierta un interés

inusitado de repente.

Agarro al piloto del brazo y me lo llevo al interior del domicilio, lo siento (casi lo tiro) en el sofá más confortable del cuarto de estar y me dispongo a servirle una bebida isotónica, que he visto que le chiflan.

—Me lo debes, Renzie. Oh, venga, dime al menos si está aquí.

—Digamos que… en el supuesto de que…

—O sea, que está aquí.

—¡Yo no he dicho eso!

—Si no estuviera presente, me lo dirías. *No nos escucha, Isaac*. Muy fácil. Si te andas por las ramas, sin querer decirme abiertamente que está aquí, es porque está aquí. —Su cara de idiota me hacer reír. En el rostro poco propenso a expresiones descontroladas de la doctora, se antoja cómico—. A ver, dónde están esas bebidas… ¡Aquí! ¿Prefieres Isostar o Powerade?

—No sé. Probé una que me gustó mucho. Era azul.

Powerade. Cierro la nevera y le llevo la botellita de quinientos mililitros y se la coloco entre las manos.

—¿Ha estado contigo todo este tiempo? —le pregunto.

—¿Cómo?

—Yo he dejado de ver y oír a Erin. Tú, en cambio, no. ¿Ha permanecido a tu lado?

Renzo abre el tapón y bebe un poco. Un trago amargo, a juzgar por su cara.

—Sí.

—¿Puedes mirarme a los ojos mientras me contestas, por favor?

Lo hace.

—Sí.

—¿Sí que puedes mirarme a los ojos o sí que ha permanecido a tu lado?

Tarda un poco más de la cuenta en contestar.

—Sí, que ha permanecido a mi lado.

Creo que miente. No puedo usar la telepatía con él, por lo que recurro a mis conocimientos de antaño de lectura en frío. No es capaz de sostenerme mucho la mirada y todo su lenguaje corporal

indica que se considera en un aprieto.

Y seguro que Erin está haciéndoselas pasar canutas, soplándole lo que debe decir.

—O sea, que lo que el señor Átomo me dijo en el hospital era cierto.

Renzo frunce el ceño y se estruja las rodillas con las manos.

—Te digo que… —duda un tanto— es falso. Espera. Sí, es falso.

—Ojo de Átomo me dijo que Erin no se había separado de mí ni un segundo.

Renzo bebe un trago de su refresco, muy agitado. Se va a poner a sudar.

—¡Pues eso es que te mintió! Según parece…, te mintió.

—¿Cómo lo sabes, Renzo? Tú no estabas allí.

Él mira a su derecha, aproximadamente a sus tres. Luego a mí. No sabe que le he pillado. Erin, sí. Lo que no significa que el juego haya terminado.

—¿Y para qué… —una pausa nerviosa— y para qué iba ella a seguir contigo? Te odia, ¿recuerdas?

—Te está dictando qué decir. Me parece bien.

—No te estoy dictando… ¡No me está dictando nada! Es solo que…

—Será mejor que hables más despacio, Erin.

—¿Cómo? —Renzo lo pregunta a sus tres más que a mí—. A ver, Isaac…, a ver… si te… enteras.

Me cruzo de brazos. El mensaje puede llevarnos el resto de la tarde y de la noche y quién sabe si la madrugada.

—Ella te dejó… Asúmelo… Porque se iba a preocupar… ¿Por qué se iba a preocupar… ella por ti… no tiene sentido cuando piensa...? ¿Por qué se iba a preocupar ella por ti? No tiene sentido. Cuando piensa que te has convertido en un… monstruo. En un monstruo, sí —Y sonríe. Mensaje telegrafiado completado.

—Nivel superado. Aquí tienes tu diploma de mensajero —le hago una peineta.

Miro a sus tres, que son mis nueve.

No veo a nadie. Por mucho que me concentro, no escucho su

voz tan particular, ni siquiera me llega su aroma.

Renzo Scarfiotti da un pisotón en la moqueta y se pone en pie como accionado por un resorte.

—¡Está bien, esto no tiene nada que ver conmigo! —Extiende de nuevo su mano hacia mí—. Gracias, tío. Era lo que tenía que decirte.

Se la estrecho y tiro de él hacia mí. Le abrazo con fuerza.

—Creo que voy a echarte de menos —le digo—. Has sido bastante auténtico. De los mejores fantasmas con los que he tratado.

—No vamos a volver a vernos, ¿verdad?

En cuanto el grupo Fobos regrese al caserón Desfortes, Renzo desocupará el cuerpo en que esté alojado y se integrará de nuevo con el lugar. Aguardará allí, como todos los espíritus del mundo cuando desencarnan, y le tocará cruzar los dedos por que la solución Frankenstein dé resultados.

Y si me da por visitar ese caserón abandonado, habré de usar mis dotes de médium para poder ver a la familia feliz. Siempre y cuando el sitio permanezca en pie. Y yo siga siendo médium.

Lo aparto de mí, aunque le sigo agarrando de los hombros.

—Es mejor mentalizarnos, Renzo, de que no vamos a volver a vernos. Si lo hacemos algún día, pues no pasa nada. Nos saludaremos y me presentarás a tu esposa e hija. Y si no ocurre jamás, al menos nos habremos despedido hoy. Así que hasta siempre, piloto.

—Yo que tú seguiría haciéndolo —sugiere.

—¿El qué?

—Esto que haces.

—Esto que hago provoca unos daños colaterales inmensos.

—Porque lo haces solo. Si te dejaras arropar más, te iría mejor. Rodeándote de la gente que te quiere, en lugar de solo aprovechar las facultades de los demás. No se trata de que seas el entrenador del equipo, sino el cabeza de familia. —Su sonrisa queda un poco extraña en el rostro de la doctora, por mucho que resulte enternecedora—. Haz lo que haces —dice—. Y déjate ayudar.

Retiro las manos de sus hombros.

Deberé tenerlo en cuenta. Creo que una parte de mí ya está grabando en letras de oro estas palabras.

Tras el último contacto físico llega el último contacto verbal.

Echo un vistazo al gran ventanal de la estancia, desde donde se ve todo el jardín y la zona de la piscina. Los demás están bebiendo el maldito té helado de Borman y riendo alguna ocurrencia. Se los ve entusiasmados ante lo que les plantea el futuro.

—Eres sabio, para tu edad. Ah, por cierto, Renzie, despídete del resto del grupo por mí, ¿quieres? No soy de hacer mucho protocolo con estas cosas. Será que me lo han hecho a mí demasiadas veces. Diles que les deseo suerte. Y al doctor Pont, que siento mucho haber sido tan poco fino el día que nos conocimos. Me comporté como un cretino. Estaba amargado. Dile que me llame, dentro de un año o así. Charlaremos. Lo prometo. Díselo, por favor. Dile que lo prometí.

—No soy el mejor mensajero del mundo, ya lo has visto.

—Díselo como te salga de dentro. Lo entenderán. Y ya para ir terminando… Tú, bueno, aprovecha cuanto puedas.

—Eso haré.

—Para mí, Renzo Scarfiotti, esta carrera sí la has ganado.

Él agacha la cabeza para que no le vea llorar. Y si no se hubiera secado inmediatamente la mejilla con la manga hubiese creído que no lo ha hecho.

—Adiós —concluye, con la voz casi rota de la emoción.

Yo me doy la vuelta y me marcho antes de que nadie más me eche de menos.

También me seco la mejilla con la manga.

~

El Corolla blanco avanza por la autovía, fuera de horas punta y en un momento de la semana ideal para disfrutar de una conducción tranquila. La cabeza se me va sin remedio, repasando los acontecimientos intensos de los últimos días. He tenido épocas

muy ajetreadas. Las más recientes siempre parecen las peores.

No descarto que mañana o dentro de un par de días se presente una patrulla policial en mi casa con una orden de arresto. Va a ser una declaración bien complicada la que tenga que efectuar en comisaría.

Confío en que Fusco, que aún tiene mano, o Garacoy, que digo yo que algo pintará, con ese aspecto de Carl Sagan greñudo, sabrán mantenerme fuera de las pesquisas policiales y de las de esa nueva inspectora jefa, que parece la mujer del saco.

Por lo menos, me dejarán una noche tranquilo.

Tengo la intención de llegar a casa, hacer un pedido *online* para que me traigan la comida más grasienta que mi estómago sea capaz de resistir y prepararme una buena jarra de sangría con lo poco que pueda pillar de la tienda de comestibles de mi calle.

También es posible que me quede dormido con la tele encendida antes de atacar el postre.

Me lo creo.

Dormir a pierna suelta es la parte final del plan. Lo mejor de lo mejor. Estoy abatido físicamente. Mi mente podría aprovechar para torturarme con pesadillas angustiosas, sirviéndose de las inquietantes vivencias de los últimos días; no lo descarto. Así que ruego por que el cuerpo se sobreponga al cerebro. Lo necesito de veras.

Pienso orquestarlo todo para aislarme del resto del planeta, al menos una noche. Con una me conformo. Habrá quien piense que eso, por lo menos, me lo he ganado.

En ocasiones, tengo la sensación de ser yo el personaje imaginario. Aquel que alguien creó y que ha terminado por tomar conciencia de sí mismo, vagando por ahí sin un propósito claro, pese a que todo aquello en lo que me inmiscuyo parece importante. ¿Qué tipo de prueba necesita la gente para saberse real? He podido ver cómo un fantasma psicosomático reclamaba sus derechos existenciales básicos, cómo una amiga imaginaria me salvaba la vida arrastrándome fuera de un cubil del mal, por no hablar de que me he topado con demasiadas personas supuestamente auténticas que no tenían ningún objeto en el gran plan de las cosas. ¿Quién

decide lo que es real? En estos tiempos de necesidad empática, de distinción, de búsqueda de la propia identidad en los rincones más extravagantes, ¿quién no estaría dispuesto a reclamar su derecho de autodefinirse como imaginario? Presentarse en el registro para proclamarse uno mismo la invención de un tercero, borrarse del mundanal ruido para vivir en una supuesta ficción.

¿Por qué no? He contemplado la oscuridad y, allí, viven cosas. No siempre invaden nuestra realidad, por mucho interés que pudieran tener en hacerlo. Es probable que haya reglas y que, dadas determinadas condiciones, su estado material se haga factible para los seres humanos, condenados a existir solo en el plano tridimensional.

Por ello, cuanto más conozco esas otras dimensiones de la existencia y el denominado más allá o como queramos llamarlo, menos claro tengo qué es la vida y qué es real.

De improviso, me llega una sutil fragancia de piel suave cuidada con cremas hidratantes y un ligero pinchazo aromático imposible de determinar. No es perfume ni colonia, más bien es como un bálsamo…, esencia egipcia de loto rojo.

Se produce un ligero desplazamiento de aire, parecido a una brisa sutil que dura un breve instante y, en cuanto sucede, ese pelo rojo sangre, corto y lacio, entra en el ángulo más esquinado de mi visión. En el asiento del acompañante. Lleva una falda negra muy brillante y ajustada y tiene las piernas cruzadas; su pie suspendido parece moverse al son de una melodía que solo ella escucha.

No aparto la vista de la carretera.

Supongo que, al final, después de algunas tropelías, de hijoputadas bien gordas y pensamientos merecedores de cien latigazos vuelta y vuelta, la balanza se ha declinado hacia los actos honrosos y plausibles de los que he sido autor.

—Xiomara ha despertado —dice.

—Es una gran noticia.

Su novia la necesitará más que yo. Se irá con ella; lo tengo clarísimo. Así es Erin. Ayuda a la gente que la necesita.

Me conformo con que, por lo menos, me vuelva a dirigir la palabra.

Y siempre me quedará la esperanza de que me visite de cuando en cuando.

—Menudo lechón, ¿eh? Me refiero a Renzo.

—Le has hecho sudar de veras en esa habitación, usándolo de correveidile para fastidiarme. Dios, eres muy traviesa.

—Ya. Y veo que no me lo has tenido en cuenta. —Tamborilea sobre el salpicadero mientras susurra una tonadilla. Ahora creo que es algo de Soft Cell—. Ojalá tenga suerte, pobre chico. Vino al mundo con todos los traumas del universo.

—Su destino no tiene que ver tanto con la suerte como con el talento. Esos cuatro saben lo que hacen. Saldrá bien, estoy seguro.

—Una misión de amor. —Saborea la frase con deleite.

—Es la fuerza que mueve más proyectos e iniciativas en la vida. Hablando de lo cual, ¿cuándo volverás con Xiomara? Me imagino que, ahora que ha despertado del coma, necesitará a su amiga imaginaria.

—Siento que está muy atontada todavía. Su mente aún no me reclama. Mañana, supongo. Y, con respecto a ti, ¿qué piensas hacer con Bárbara? ¿Vas a intentarlo?

—Creo que siempre he tenido claro que no tengo nada que hacer con ella. Es una fuerza poderosísima e incomprensible de luz y bondad, la generosidad cósmica adoptando forma humana. Si nunca me pregunté qué demonios hacía con ella, ahora me lo pregunto. Yo para ella no fui más que un capricho, una decepción a futuro. Y ella…, sé que está muy manido eso de decir que era demasiado buena para mí, pero era demasiado buena para mí.

—Vaya, es una lástima.

—Bárbara es una de esas personas que necesita un alma gemela a su lado o no saldrá bien. Supongo que me toca estar solo de nuevo. Una temporada. Por lo menos, la llamaré para que regrese a Madrid, ahora que ya no corre peligro. Y me despediré.

El sol está cayendo allá en el horizonte, entrando en mi línea de visión a través del parabrisas. Pasa a deslumbrarme tanto en un momento que un segmento de la carretera queda difuminada ante mis ojos, obligándome a bajar la visera de mi lado del habitáculo. Aun así, no logro tapar del todo los rayos directos; un hilillo de

pura luz cegadora insiste en meterse desde la diagonal en mis retinas. Así que echo un vistazo al parasol del lado del acompañante, sabiendo que si extiendo el brazo podré alcanzarlo sin muchos problemas… y…

Se baja solo.

Con una simple mirada.

—¡Dios! —se asombra Erin, puede que incluso más que yo—. ¿Has hecho tú esto?

Lo cierto es que no lo tengo claro. He deseado hacerlo, se me ha pasado por la cabeza un único segundo. Podría haber bajado el parasol con la mano, pero el pensamiento ha sido mucho más rápido. Quererlo durante un latido del corazón y hacerse realidad al siguiente. Una mano invisible proyectada desde mi mente que mueve el objeto y lo coloca exactamente en la posición deseada. ¿O ha sido una simple casualidad?

El sol ya no me deslumbra.

—Telequinesis —susurra Erin.

Es mucho suponer. Según las creencias más cándidas dentro del mundillo del misterio, todos los poderes mentales posibles están al alcance de cualquiera. La gente que aprende a usar uno se especializa en él. Nadie los controla todos, si es que esas otras habilidades psíquicas existen.

Por otra parte, tampoco me he encontrado con ningún telépata que al mismo tiempo sea médium. Y aquí estoy yo.

—Podrías volver a repetirlo —propone ella.

Sé que no lo lograré. Estas cosas al principio surgen de forma accidental. Si lo buscas, no lo encuentras; has de esperar una situación de estrés o emergencia o… tomártelo muy en serio y entrenar.

Yo lo que quiero es llegar a casa. Poner en marcha mi sencillo plan para esta noche.

—Olvídalo, ¿quieres?

—¿Qué estás diciendo? ¡Acabas de mover un objeto con la mente! Otra de tus técnicas paranormales se acaba de manifestar… ¡¿y no quieres darle importancia?!

Esto podría convertirse en una de esas discusiones estúpidas

del tipo hazlo-por-favor, no-lo-haré, hazlo-por-favor, no-lo-haré, hazlo-por-favor, no-lo-haré y… acabaría intentándolo, porque ella no se daría por vencida y yo me cansaría de oírla. Y, a no ser que el sol siga descendiendo en la lejanía y amenace con dejarme ciego, no volveré a conseguir el mismo efecto. Estas cosas funcionan muy muy despacio.

Mañana meditaré sobre ello.

—Lo consideraré, Erin, te prometo que lo haré.

—Te juro que, si yo descubriera de repente que puedo mover objetos, doblar cucharas o qué sé yo…, estaría un día entero cambiando las cosas de sitio. Reordenando las estanterías de la biblioteca, cambiando la cubertería de cajón…, escondiéndote los calcetines. Tú, en cambio, descubres que dominas ese nuevo poder…

—No domino ese poder.

—Y te quedas como si nada. Eres el tipo más paradito que he conocido.

Me deslizo por el asiento como si estuviera a punto de licuarme. Las fuerzas se me acaban. El simple gesto de agarrar el volante se me antoja extenuante.

—Me conformo con… relajarme esta noche, por favor. Nada más.

La línea discontinua pintada en el asfalto se convierte en un antiguo protector de pantalla, un bucle hipnótico. Podría echarme una cabezadita de un par de segundos. De aquí a la mediana de la autopista. Una siestecita corta.

Sería un buen momento para pedírselo.

Reviso la pantalla del navegador, por hacer algo. Toqueteo sin ganas un par de controles y echo un ojo por los retrovisores. Procuro no bostezar.

—Si lo vas a decir, dilo —exige ella.

Qué directa. Cuando se pone dominante me derrite un poco. Sin pasar de cierto punto, que mi pasado ya ha demostrado que no soy muy de fustas y látex, agradezco un poco de actitud agresiva en las relaciones interpersonales.

—Lo diré. Allá va: ¿tienes algún sitio donde pasar la noche?

—Aún no lo tengo claro. ¿Qué dirías tú? —Acerca sus labios al lóbulo de mi oreja y sopla suavemente, lo que me hace estremecer de pies a cabeza—. ¿Tengo un sitio donde pasar la noche?

—Yo creo que tienes uno.

—¿De veras? ¿Dónde es eso?

—Es curioso, ya que es el mismo sitio donde voy a pasar la noche yo.

—Menuda casualidad.

—Vaya si lo es. El único problema es que… solo hay una cama en toda la casa. Vale, de acuerdo, hay también un sofá, es muy incómodo y tiene bichos y agujas de yonquis colocadas hacia arriba. Un lugar horrible para dormir, por mucho que seas alguien imaginario.

—Tendremos que apañarnos.

—Sí.

Coloca su mano sobre mi pectoral, a la altura del corazón. Percibe mis latidos y se echa a reír.

—Oye, Isaac, y pienso hablar muy en serio. No te cortocircuites el cerebro, ¿estamos? Eso de borrar de tu mente todas las conexiones con tus poderes… Ya sabes, lo que dijo el señor del ojo chungo…

—Convertirme en un tipo normal.

—Pasa de hacerlo. Podrías convertirte en un vegetal. Sería un desperdicio. Más ahora que vas a aprender a mover objetos con el pensamiento.

—¡Qué fácil te parece! Además, a ti qué más te da. Mañana te irás.

Desliza su mano desde mi pecho hasta mi abdomen. Consigue que me tense como un arco.

—Si no te pirateas el cerebro, podrías hacer caso de la sugerencia de Renzo.

—No estar solo.

—Y yo, cuando lo necesitaras, podría echarte una mano.

—Como ahora.

Erin me da un manotazo en el bajo vientre.

—¿Quién es ahora el tío más rematadamente tontísimo del continente? Descenso interrumpido, repito, descenso abortado, hagan regresar los deditos juguetones a superficie. —Como no necesita cinturón de seguridad, se coloca del revés en el asiento, con la espalda apoyada en el salpicadero y los pies cruzados sobre el respaldo—. ¿Recuerdas cuando te saqué de aquella casa?

—Vaya si lo recuerdo.

—Esa bruja endemoniada con su piel de crustáceo venía a por ti y te enganché y saqué de allí físicamente.

—Una genuina *sidekick*.

—Aquello agotó mis reservas de energía. Hemos hecho cositas retozonas en muchas ocasiones, algunas durante horas, pero la cuestión es que trasladar tu cuerpo muerto toda esa distancia… fue demoledor. Ni siquiera sabía si podría hacerlo. Menuda aventura. Si tienes más, podría ser tu aliada. ¿Qué te parece? Pues que estás entusiasmado, claro, qué te va a parecer.

La miro tristemente.

—No puedo volver a abusar de mis dones. Si no…, ya sabes, me sale sangre por los sitios, me caigo redondo, tengo que doblegar a los médicos para que me dejen salir de los hospitales… Es una rutina de la que preferiría olvidarme. —Tomo la salida de la autopista y me incorporo al tráfico urbano mientras una idea traspasa mi línea de pensamiento superficial—. A no ser…

—Ya…, a no ser…

—¿Tú te crees lo que me dijo Voz Cavernosa?

—No sé qué pensar.

—Pensar, pensar, pensar. Ya estoy harto. Creo que nos merecemos una noche sin pensar. Ya sabes cómo era aquello, pensar espada, pensar gente mira, pensar enemigo, demasiado pensar.

—No pensar.

—Correcto.

—Vaya dos.

Nos olvidamos de todo aquello que tenga el más mínimo atisbo de importancia o trascendencia. Nos centramos en superficialidades, películas, música, artes marciales… y, en cuanto

dejo el coche en el garaje, me acompaña con su mano agarrada de la mía.

Yo tenía un plan férreo para esta noche. No siempre los planes se cumplen a la perfección.

El de esta noche no se cumple en modo alguno. Y me alegro por ello.

~

Qué malos son los despertares solitarios. Descubrir que la otra persona ya hace tiempo que se ha marchado. Saber que el momento no se repetirá. No de igual manera. Por eso hay noches para enmarcar.

Esta noche lo ha sido.

No ayuda mucho a la hora de tomar la decisión definitiva. Arriesgarse a ser normal… o no.

Tengo una reunión pendiente con dos buenos amigos. Un desayuno fuerte y un par de horas de cafés bien cargados y conversaciones que saltarán de lo divino a lo humano, igual que niños subidos a muelles. No sería una buena idea llegar con una migraña espectacular, con lagunas de memoria y el cerebro agujereado por mil sitios.

Quizá convertirse en uno más sea un ejercicio de egoísmo extremo. Si la vida te ha dado cualidades, aprovéchalas, ¿no? Qué irresponsable hubiera sido que Beethoven dejara de componer tras quedarse sordo, que Cervantes hubiera dejado de escribir tras perder una mano o Hawking, de teorizar solo por haber quedado postrado en una silla de ruedas. Yo no he pasado por las mismas penurias que ellos y estoy meditando amputar mis habilidades especiales y negar así ese otro mundo de enigmas y sombras.

Lo que ocurre es que no me gusta despertarme solo. Aislarme de mis amigos para protegerlos, tener que enfrentarme a adversidades surgidas de un averno al que no le importa que yo no crea en él, porque sigue escupiéndome monstruos espantosos a los que no tengo más remedio que plantar cara.

Y luego está el hecho, que algunos me han señalado con muy

buen tino, de que yo podría no ser tan buen telépata como a veces me creo que soy. Y suprimir mis poderes debe de estar lejos de hacer clic sobre un icono y arrastrarlo a la papelera de reciclaje, porque me lo estoy haciendo a mí mismo. Eso lo cambia todo. No descarto que me quede babeando mientras canto *Daisy, Daisy, give me your answer, do.*

O algo peor.

Me gustaría volver a ver a Erin.

~

De camino a la cafetería preferida de Manrique Franzoni, habiendo salido con bastante tiempo para no llegar con prisas y encontrar algún aparcamiento por la zona, me detengo en un semáforo. Un semáforo de los muchos que tiene esta parte de la ciudad. Sin nada que lo haga especial. Salvo un niño que lleva un impermeable y botas de agua, cuando hace una semana aproximadamente que no llueve. Está detenido en la acera, solo, indeciso ante el dilema de cruzar por el paso de peatones ahora que tiene su señal en verde o seguir quieto allí. Lo observo durante unos segundos. Nadie más repara en él. Cuando cruza accidentalmente su mirada con la mía, lo tengo claro. A veces, parecen personas normales. Disimulan su condición a la perfección.

El niño se sorprende cuando descubre que le estoy mirando.

Parece triste y desamparado.

Me comunico con él telepáticamente.

[No tengas miedo] [¿Puedo hacer algo por ti?]

—No sé qué hago aquí —dice el crío, desde la acera donde está, aunque puedo escucharle perfectamente debido a la conexión mental—. Aún sigo en la cuneta. Permanezco ahí.

[Llévame a ese lugar]

—Han empezado a crecerme en la piel unos…

[Venga, llévame] [¿Puedes guiarme hasta allí?]

El chico frunce los labios. No se esperaba esto. Y aunque no le queda más remedio que confiar en mí, me encargo de enviarle un *pack* sensorial de sentimientos positivos, de serenidad y paz

interior, un bloque mental de buen rollo. Le ofrezco verdad indudable sobre mis intenciones. Voy a intentar ayudarle. Debería confiar en mí.

—Me llamo Iñaki.

[Yo soy Isaac] [No puedes seguir tirado en esa cuneta]

—¿Y los hombres que me dejaron allí?

[Todo a su tiempo] [En este momento tú eres lo más importante]

Iñaki sonríe.

—De acuerdo —dice—. Te llevaré.

[Estupendo]

Me llevo la mano al oído y luego a la nariz. No hay sangre, aún.

Cuando el semáforo se pone en verde, el pequeño ya está alojado en el asiento trasero del Corolla, visible a través del retrovisor central.

Con un par de instrucciones verbales, logro llamar desde el habitáculo al teléfono móvil de César y contarle el porqué de que vaya a retrasarme. Un buen motivo.

César se olvida del café y los bollitos y me pide coordenadas e instrucciones para encontrarnos allí. Tampoco este era el plan previsto, si bien servirá de igual modo para que nos reunamos. Lo de Manrique lo encuentro más complicado. En fin, qué vamos a hacerle.

El viejo nos obligará a compensárselo. Puedo adivinar cómo.

Me apetece mucho reencontrarme con César. De nuevo, al pie del cañón. No es tanto parapsicología de campo como puras y genuinas acciones humanitarias.

Sin ánimo de ir más deprisa de lo prudente, acelero hasta el límite permitido. Un hormigueo me recorre el cuerpo.

—¡Eh, chaval! ¿Te sabes alguna canción que quieras cantar a dúo?

Niega con la cabeza, con cara de apuro.

—Hay una sobre unos elefantes —le cuento, como si le conociera de toda la vida— que se balancean sobre una telaraña. Debe de ser una de esas redes que ponen las arañas que devoran personas enteras, porque no hay manera de que su hilo se rompa.

¿Te la sabes? ¿En serio no te la sabes? ¿Qué os enseñan ahora en el colegio?

—¿Tenemos que cantar?

—¿Cómo? No, claro que no. Era… no sé, por entretenernos o algo.

El niño introduce medio cuerpo entre el hueco de los asientos. No pasa nada porque no lleve el cinturón de seguridad. Aun así, me pone un pelín nervioso.

—¿Tú qué eres? —pregunta.

Detecto que la pregunta lleva implícito un cierto sentido de la maravilla. En plan: *¿eres un mago?* Tiene que ver con el hecho de que soy el único adulto que le ha hecho caso desde que ha abandonado su cuerpo inerte. Y parezco dispuesto a concederle dos deseos.

Lo que ocurre aquí es que la pregunta bien podría formulármela yo mismo. Y aclararme de una vez.

—Uf… Qué soy —le digo—. Esa es una cuestión… muy complicada.

~

No se trata de si quiero continuar con esto; se trata de que debo hacerlo.

Y seguiré.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quisiera empezar dándole las gracias a Isaac Zarco, porque dejar que me codee con sus amistades y darme permiso para contar sus historias me hace sentir parte de su grupo íntimo. Es igual que volver a irte de vacaciones a un emplazamiento donde, pasen los años que pasen, todo sigue en su sitio y nada importante cambia demasiado, por fortuna.

Los hechos narrados en *La materia de las sombras* me han servido para comprenderle aún mejor, y creía que ya lo sabía todo sobre él. Estoy seguro de que gracias a eso podré mejorarle en las siguientes novelas que le tengan como protagonista. Tras sus aventuras y desventuras en *La chica gris* estaba convencido de que un personaje que había atravesado semejante *tour de force* no podría avanzar más, que nadie evoluciona tanto y sigue haciéndolo en las siguientes historias, pero en *La materia de las sombras* Zarco ha vuelto a ir de la A a la Z, y ha llegado a la última página siendo muy diferente a como empezó la primera.

Era necesario que esta historia fuera conclusiva e independiente. No es una secuela. Habría que leer la novela *La chica gris*, ya que todo lo allí narrado ocurrió antes, pero no hay que leerla necesariamente antes que *La materia de las sombras*, como no es estrictamente necesario empezar a ver *Star Wars* por *La amenaza fantasma*. Gracias a estos dos libros, Isaac Zarco ahora es real. Yo le conozco.

Y volverá. Algún día, volverá.

A partir de aquí, voy rápido porque esta vez no creo que haya mucho que contar y los agradecimientos solo interesan a los aludidos.

A Isabel Queipo, por ayudarme en las labores de inspiración, revisión y en tantos puntos relacionados con la confección de esta

novela que necesitaría otras cien páginas para poder contarlos con precisión. Es la mejor, y vive en mi casa.

A mi madre, mis hermanas, mi suegra y mi cuñada, que no leen mucho terror que se diga, pero leen lo que yo escribo (o eso me dicen). Porque soy de la familia, por supuesto. Si no…En fin, es lo que tiene este tipo de cosas. En este grupo debo incluir al resto de personitas del núcleo familiar; véase parejas de las citadas, mis dos sobrinos y sobrina, aunque sé que esta gente no me lee, y, por eso, ahora puedo decir «que os den». Pero, claro, seguro que esto sí lo leen. Así que, era broma. Además, son muy jóvenes; ya aprenderán. Y, por último, mis cuñados, que ahora que lo pienso tampoco me leen, pero no les mando a paseo porque me pegan.

Quisiera agradecer a todos mis compañeros de *La órbita de Endor* el estar ahí y apoyarme con estos proyectos literarios. En especial, a los que me han leído y han opinado antes de la publicación, facilitándome ideas, sugerencias, impresiones y todo lo que se les ocurría; por no hablar de los que me leerán con el libro ya publicado y se prestarán a analizarlo en condiciones. Estaría feo citar a unos y a otros no, y a su manera cada uno de ellos ha sido partícipe. Tengo familia de nacimiento y familia de elección, mis Loders son mi otra familia. Os quiero a todos.

Mis mayores agradecimientos para los mecenas del pódcast, patrocinadores, fans en iVoox o como prefiráis llamaros, la gente que mantiene vivo el proyecto *La órbita de Endor*, que un servidor tiene el lujo y el honor de dirigir y que, gracias a su generosidad, permiten, de forma indirecta, que estas novelas puedan rematarse con éxito en plazos viables y profesionales. Sin ellos, no habría nada. Simple. Son necesarios.

Dentro de mi grupo de vecinos y amigos del Alameda Meetings también ha habido una gran labor de acercamiento a la obra; han vivido, viven y (supongo) vivirán cada proceso relacionado con la aparición de esta novela como si ellos formaran parte del proyecto. Me han ayudado mucho a nivel psicológico y me empujan a seguir adelante sin desfallecer. Un abrazo a todos; tampoco voy a nombraros, pero sabéis quiénes sois.

Qué decir de las personas de Ediciones Minotauro que han

hecho posible que *La materia de las sombras* se haga realidad; confiaron en mí y no sé si algún día podré corresponderlos equitativamente. Dentro del grupo ha habido mucha gente maja, como Ainhoa Marzol o Andreu Giménez, a los que me gustaría tener oportunidad de tratar más en lo sucesivo. Lo que ocurre es que yo he pasado más tiempo con David Sanz, al que es fácil apreciar, y, sobre todo, con Vicky Hidalgo, a quien he llegado a considerar una buena amiga. No querría mejor editora porque no la hay.

Por último, no me puedo olvidar de usted, o de ti, si me permites que te tutee, por leer esta novela. Al final, resulta que eres el más importante. Gracias.

La materia de las sombras
Antonio Runa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2024

ISBN: 978-84-450-1773-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!